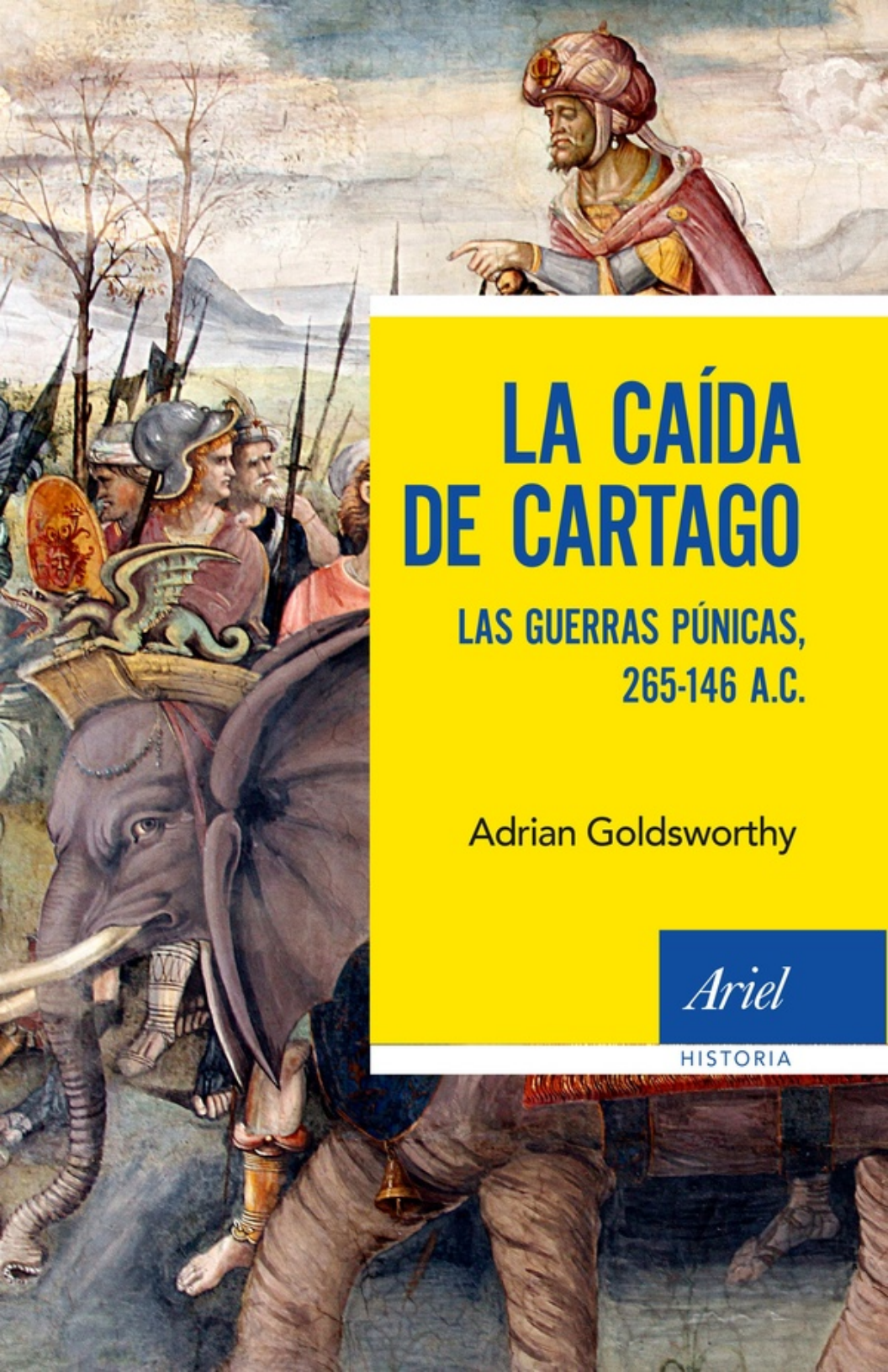


LA CAÍDA DE CARTAGO

LAS GUERRAS PÚNICAS, 265-146 A.C.

Adrian Goldsworthy

Ariel

HISTORIA

ÍNDICE

PORTADA
SINOPSIS
PORTADILLA
LISTA DE MAPAS
PREFACIO
INTRODUCCIÓN
CAPÍTULO 1. LOS BANDOS EN CONFLICTO
PRIMERA PARTE. LA PRIMERA GUERRA PÚNICA 264-241 A.C.
CAPÍTULO 2. EL ESTALLIDO DE LA GUERRA
CAPÍTULO 3. LA GUERRA EN TIERRA
CAPÍTULO 4. LA GUERRA POR MAR
CAPÍTULO 5. EL FINAL DEL CONFLICTO
SEGUNDA PARTE. LA SEGUNDA GUERRA PÚNICA 218-201 A.C.
CAPÍTULO 6. LAS CAUSAS DE LA SEGUNDA GUERRA PÚNICA
CAPÍTULO 7. LA INVASIÓN
CAPÍTULO 8. CANNAS Y LA CRISIS EN ROMA
CAPÍTULO 9. LA GUERRA EN ITALIA, 216-203 A.C
CAPÍTULO 10. ESPAÑA, MACEDONIA Y SICILIA
CAPÍTULO 11. LA ASCENSIÓN DE ESCIPIÓN, 210-205 A.C
CAPÍTULO 12. ÁFRICA
CAPÍTULO 13. ROMA, LOS COMIENZOS DEL IMPERIO
TERCERA PARTE. LA TERCERA GUERRA PÚNICA 149-146 A.C.
CAPÍTULO 14. «DELENDA CARTHAGO»
CAPÍTULO 15. LA TERCERA GUERRA PÚNICA
CAPÍTULO 16. EL LEGADO
CRONOLOGÍA
APÉNDICE I. EL SISTEMA POLÍTICO REPUBLICANO
APÉNDICE II. EL EJÉRCITO CONSULAR

NOTAS
CRÉDITOS

La caída de Cartago
Adrian Goldsworthy

Licencia Creative Commons 4.0 Internacional
(Atribución-No comercial-Compartir igual)

Título original: *The Punic Wars*
© 2000, Adrian Goldsworthy
Publicado por primera vez por Cassell, Reino Unido, 2000
© 2002, Ignacio Herrero, por la traducción
Diseño de la cubierta: © Planeta Arte & Diseño
Diseño de la colección: © J. Mauricio Restrepo
Fotografía de la cubierta: © José Luiz Bernardes Ribeiro/CC BY-SA 4.0
© Editorial Planeta, S. A., 2019
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com
Primera edición en libro electrónico (epub): mayo de 2019
ISBN: 978-84-344-3112-6 (epub)
Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.
www.newcomlab.com

SINOPSIS

Las Guerras Púnicas son con toda probabilidad el mayor y más significativo conflicto armado de la Antigüedad. A lo largo de más de cien años, las dos naciones más poderosas del Mediterráneo lucharon por la supremacía. Para Cartago, el conflicto finalizó con la destrucción total de un Estado y con la casi completa extinción de toda una cultura. En el lado opuesto, Roma pasó de ser una potencia local a convertirse en la formidable máquina militar que dominaría Europa y el norte de África durante los cinco siglos siguientes.

LA CAÍDA DE CARTAGO

LAS GUERRAS PÚNICAS, 265-146 A.C.

Adrian Goldsworthy

Traducción de Ignacio Herrero

Ariel
HISTORIA

LISTA DE MAPAS

1. El mundo mediterráneo en el siglo III a.C.
2. El África del Norte cartaginesa
3. La Península Itálica
4. Sicilia
5. Batalla de Ecnomo, 256 a.C.
6. Batalla de Drepana, 249 a.C.
7. España
8. Batalla de Trebia, 218 a.C.
9. Batalla del lago Trasimeno, 217 a.C.
10. Batalla de Cannas, 216 a.C.
11. Macedonia, Iliria y Grecia
12. Asedio de Siracusa, 212-214 a.C.
13. Asalto a Cartago Nova, 209 a.C.
14. Batalla de Ilipa, 206 a.C.
15. Batalla de Zama, 202 a.C.
16. Sitio de Cartago, 149-146 a.C.

«¡Ah!, sí; Aníbal y sus elefantes.» Ésta era la reacción casi general que obtenía cuando comentaba con alguien que estaba escribiendo un libro sobre las Guerras Púnicas. Con relativa frecuencia mencionaban también los Alpes y, de vez en cuando, aparecían los romanos. Pero ése parecía marcar el límite de los conocimientos de la mayoría de las personas sobre el asunto. Sólo unos pocos tenían una idea suficiente de cuándo habían tenido lugar esos conflictos y de quiénes se habían enfrentado en ellos, así como quién había sido finalmente el vencedor. Una escasa minoría, a menudo fuertemente atraída por la historia antigua o por la historia militar, sabía mucho más, y su conocimiento era, en numerosas ocasiones, notablemente detallado, incluyendo hasta los aspectos tácticos más nimios de determinadas batallas o las peculiaridades de la religión púnica. Quizás pueda parecer aún más sorprendente que, incluso entre éstos, había muy pocos que recordaran alguna cosa sobre los conflictos que se libraron hace ahora veintidós siglos, aunque sólo ha sido entre las últimas generaciones cuando las Guerras Púnicas han desaparecido del amplio bagaje de conocimientos en Europa y en América del Norte. Hasta bien entrado el siglo xx, el griego y el latín, tanto en el ámbito de la lengua como en el de la literatura, fueron claves en el sistema educativo occidental, y los principales acontecimientos y personalidades del mundo grecorromano, en especial las descritas por algunos de los grandes autores clásicos, eran algo familiar y se hacía frecuente alusión a ellos en el arte y en la literatura.

En la actualidad esa situación ha cambiado, puesto que es hoy muy raro el estudio del griego y el latín en la enseñanza secundaria, con lo que disminuye a marchas forzadas la percepción de las raíces clásicas en la cultura moderna. El re-

cuerdo lejano —y, a menudo, amargo— que poseemos de nuestros conocimientos infantiles sobre *La Guerra de las Galias* de César, sobre las pasivas, los subjuntivos y los ablativos absolutos es cada vez menos frecuente. Es probable que yo forme parte de esa minoría relativamente pequeña de mi generación que asistió a un instituto en el que el latín era materia obligatoria desde los nueve años. Aún recuerdo cómo avanzaba trabajosamente por un pasaje de mi primer libro de texto latino (y en el que se utilizaban únicamente algunos tiempos simples), donde se relataba la historia de Régulo manteniendo su juramento, aunque ello significara la muerte mediante el padecimiento de una horrible tortura. Eso era ya raro a finales de la década de 1970, y aún se ha ido haciendo más extraño con el tiempo, pero los cuentos moralizantes como ése de Régulo, o el de Cincinatus y el de Horatius Cocles, se consideraron, durante mucho tiempo, muy apropiados para los niños. Además, son muy pocos los estudiantes universitarios que cursen estudios sobre Historia Antigua, Clásicas o Filosofía y que, en la actualidad, posean conocimientos previos de griego o de latín. Entre la población en general, es más fácil que les sugiera alguna clase de respuesta la referencia a tratados épicos hollywoodienses, tales como *Espartaco* o *Ben Hur*, que si se les menciona a Polibio, a Livio o a Tácito. Parece improbable que tenga lugar una inversión en esa tendencia, pero es evidente que aún perdura un interés por el antiguo pasado, como lo prueba la aparición regular de documentales televisivos que tratan de historia o de arqueología. Hay varias razones para explicar esa continuada atención. El mundo clásico fue testimonio de acontecimientos intensamente dramáticos y estuvo poblado por notables personalidades, por individuos carismáticos cuyas carreras fueron, a menudo, heroicas y trágicas a un tiem-

po. En resumen, es la fuente de numerosas y excelentes historias que aún hoy se cuentan. Junto con la del cristianismo, su influencia ha hecho más que ninguna otra cosa para dar forma a la cultura actual.

Es ésta una obra de historia militar y no va dirigida específicamente a un público académico. Su intención es la de ofrecer un relato accesible y un análisis de las tres guerras que enfrentaron a Roma y a Cartago en los siglos III y II a.C., situándolas de manera fundamental en el contexto de las luchas por el predominio que tuvieron lugar entre esas dos ciudades y con el trasfondo de las guerras que informan ese periodo. No he tratado de proporcionar referencias a toda aquella literatura que, de una u otra forma, se halla relacionada con algún aspecto de esos conflictos, ni tampoco he incluido teoría ni interpretación alguna avanzada ya por los estudiosos de los siglos XIX y XX d.C. He tenido mucho mayor cuidado en mencionar los relatos antiguos de cada uno de los incidentes, casi todos de los que disponemos traducidos y que son esenciales para llevar a cabo cualquier estudio más profundo sobre el tema. El lector común está en su perfecto derecho de ignorar cualquier referencia a obras antiguas y modernas. Aquellos a quienes su interés les lleve más lejos se encontrarán en disposición de acceder a la enorme masa de libros y artículos existentes, dedicados a tratar diferentes aspectos de las Guerras Púnicas, que aparecen en las bibliografías de las obras modernas aquí citadas. Los mejores relatos narrativos sobre la Primera y la Segunda Guerras, en los que se hallan detallados debates sobre fuentes primarias, son los de J. Lazenby, *The First Punic War*, Londres, 1995, y *Hannibal's War*, Warminster, 1978, reeditado con una nueva in-

troducción en Oklahoma, 1998. Ambas obras ofrecen puntos de partida válidos para llevar a cabo estudios más detallados de cada uno de los conflictos.

Nadie puede tratar de realizar un estudio serio sobre este periodo sin apoyarse en F. Walbank, *A Historical Commentary on Polibius* (3 vols.), Oxford, 1970, que ha sido reeditado recientemente. Hubiera sido posible hacer referencias a esta notable obra prácticamente en cada una de las páginas del libro. El punto de partida de cualquier debate a propósito de la localización de las principales batallas de este periodo continúa siendo J. Kromayer y G. Veith, *Antike Schlahtfelder*, Berlín, 1903-1931, así como el *Schlahtenatlas*, Gotha, 1922, que lo acompaña. No obstante, hemos de admitir que es imposible localizar con alguna certeza numerosos campos de batalla. En esta obra sólo he expresado una opinión firme sobre tales materias en el caso de aquellas zonas que he visitado realmente. Incluso los mapas más precisos son incapaces de sustituir la impresión que uno consigue cuando pasea por el propio terreno. De cualquier forma, la localización precisa de muchas acciones no afecta excesivamente a nuestra comprensión de los conflictos en conjunto.

Numerosas conversaciones que he mantenido a lo largo de los años han contribuido a la aparición de las ideas que se presentan en este libro. Especialmente útiles han sido una serie de seminarios dirigidos por el propio autor y por Louis Rawlings, como parte de un programa de posgrado de la Universidad de Cardiff, que tuvieron lugar en 1996-1997, con la Segunda Guerra Púnica como tema. Quisiera también dar las gracias a toda la familia y a los amigos que leyeron los primeros borradores del texto y que contribuyeron con numerosos y valiosos comentarios, y en particular a Ian Hughes y Kevin Powell. Finalmente, quisiera mostrar también

mi agradecimiento a Nick Chapman, anteriormente directivo de Cassell, que fue quien propuso y autorizó la publicación de este libro en su formato actual.

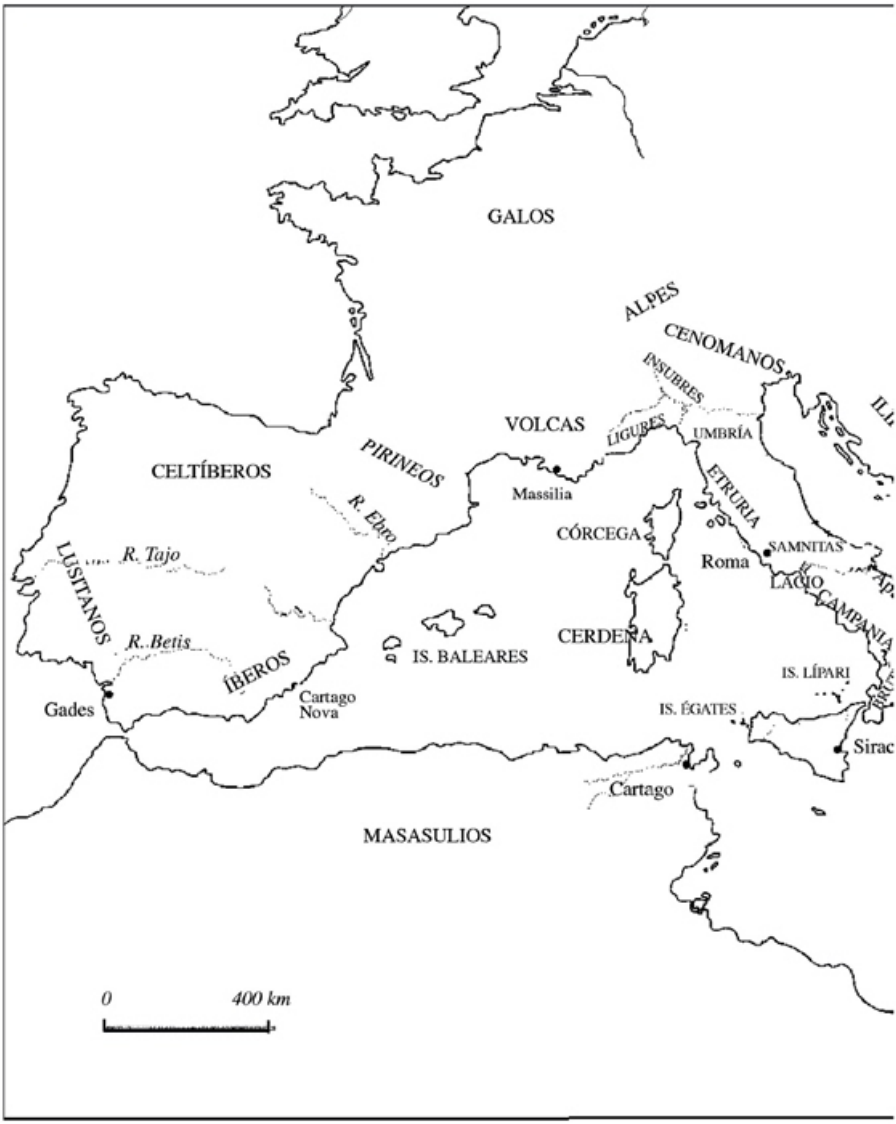
Nota. Debe entenderse que los siglos y las fechas mencionados en esta obra son siempre antes de Cristo, a no ser que el texto indique específicamente otra cosa.

INTRODUCCIÓN

La lucha entre Roma y Cartago tuvo lugar durante más de un siglo, a lo largo de un periodo que abarca desde el primer choque, ocurrido el 265, hasta la destrucción definitiva de Cartago el año 146. La Primera y la Segunda Guerras se libraron a una escala a la que difícilmente puede encontrársele parangón hasta la época moderna. En la Primera, ambos bandos utilizaron flotas compuestas por más de trescientos navíos de guerra a remo, con tripulaciones que sobrepasaban los trescientos mil marineros, y para la Segunda se reclutaron cientos de miles de hombres con la finalidad de pelear en los dos ejércitos rivales. El coste de la construcción de tantas galeras, así como el de pagar, equipar y alimentar a tantos hombres, consumió gran parte de los recursos de los dos Estados más poderosos del Mediterráneo Occidental. El coste en vidas humanas fue aún más elevado. Sólo en una batalla acaecida el 216, los romanos y sus aliados tuvieron un número de bajas calculado en alrededor de cincuenta mil muertos. Durante la Segunda Guerra Púnica pereció una parte considerable de la población masculina adulta de Roma, la mayoría en los cinco primeros años de conflicto. Las bajas no quedaban limitadas a los soldados. Numerosos civiles morían cuando uno de los ejércitos irrumpía violentamente en un pueblo o una ciudad; a otros los asesinaban las bandas que realizaban incursiones por sorpresa asolando los campos y pueblos controlados por el bando contrario, y, aunque las pruebas con que contamos sean bastante pobres, podemos asegurar que muchos más murieron de enfermedades o por hambre. Otros fueron capturados y esclavizados, viviendo el resto de sus vidas en una situación penosa.

Al final del conflicto, Cartago se encontraba en ruinas, su vida como Estado había dejado de existir y su cultura fue extinguida casi por entero. Entre el 265 y el 146, Roma pasó de ser un poder que operaba estrictamente sobre suelo italiano a conseguir una posición de dominio sin rival en la cuenca del Mediterráneo, y se hallaba ya en camino de crear el imperio que controlaría Europa Occidental, África del Norte y el Oriente Próximo durante más de cinco siglos. La intervención en Sicilia que condujo a la confrontación con Cartago fue la primera ocasión con la que contó Roma para enviar un ejército fuera de Italia. El imperialismo romano no había dado comienzo con las Guerras Púnicas pues, desde el 265, Roma había absorbido toda la Península Itálica al sur del río Po, pero se aceleró a un ritmo rapidísimo por el conflicto con Cartago. Las Guerras Púnicas acostumbraron a los romanos a hacer la guerra a una escala enorme, enviando ejércitos a territorios cada vez más lejanos para luchar simultáneamente en teatros de operaciones muy separados entre sí. La victoria final sobre Cartago confirmó la profunda determinación con que los romanos llevaban a cabo la guerra y les convirtió en ese pueblo tan difícil de derrotar. Si los romanos hubieran perdido las Guerras Púnicas, entonces la historia del mundo habría sido muy diferente. Cuando menos, una derrota de esa clase hubiera retardado enormemente la expansión romana y quizás le hubiera puesto fin para siempre. Los siglos de dominio romano tuvieron un profundo efecto sobre su propio Imperio, en especial en Europa Occidental, tanto de manera directa como a través de su resurrección en el Renacimiento. Cuando los europeos colonizaron América y establecieron grandes imperios ultramarinos extendieron sus lenguas, basadas en el latín, su sistema legal y su cultura

por el resto del planeta. Nada de eso habría sucedido si los romanos hubieran sido derrotados en el 241 o sucumbido a la violenta arremetida de Aníbal.



MAPA 1. *El mundo mediterráneo en el siglo III a.C.*

Las Guerras Púnicas señalaron una fase importante en la historia de Roma y en la aparición del Imperio romano. Quizás el conflicto más duradero del mundo antiguo, esa lucha de más de un siglo es también la mejor documentada, aunque a pesar de ello persisten algunos vacíos significativos en nuestro conocimiento. Las tres guerras que libraron esas dos grandes ciudades fueron épicas en cuanto a su escala, a su

intensidad y a su dramatismo, y están plagadas de personalidades notables. En el lado romano hubo figuras tales como la de Fabio Máximo, el hombre que salvó la república al evitar entrar en combate, y su contemporáneo Marcelo, mucho más agresivo, que mató a un rey galo en duelo singular. También están los numerosos miembros de la familia Escipión, siendo quizás el más notable Publio Escipión Africano, que conquistó España y ganó África, y su nieto homónimo y de adopción, Escipión Emiliano, que presidió la destrucción de Cartago el 146, y que lloraba al preguntarse si su patria sufriría algún día el mismo destino. Al lado de esos personajes heroicos se encuentran los bufones y los incompetentes, hombres de la talla de Apio Claudio Pulcro y Cayo Flaminio, ignorantes de los auspicios y del sentido común hasta conducir a sus hombres al desastre. Algunas figuras se vieron envueltas por el mito con tal rapidez que es difícil conocer ahora lo que de cierto hay en sus acciones. Marco Régulo fue capturado por el enemigo, y la leyenda nos cuenta que le enviaron para que consiguiera que el Senado romano firmara la paz, todo ello después de haberle hecho aceptar, mediante un cruel juramento, que regresaría a Cartago. Régulo aconsejó al Senado que continuara la lucha hasta la victoria y después regresó a África, donde le torturaron hasta la muerte. Por el lado cartaginés, los personajes más carismáticos fueron todos ellos miembros de la familia de los Barca, en especial el padre, Amílcar, que dirigió la Primera Guerra Púnica marchando hacia Sicilia y que consiguió evitar la derrota en el campo de batalla; y, por encima de todos, Aníbal. Este personaje posee esa clase de encanto que sólo rodea a aquellos genios militares que consiguen victorias llamativas pero que, finalmente, pierden la guerra, hombres como Napoleón y Robert E. Lee. La marcha de su ejército desde España hasta

Italia a través de los Alpes y las batallas que ganó fueron épicas por sí mismas. No todas las principales figuras del conflicto fueron cartaginesas o romanas. Hubo también griegos, como Hierón, el astuto mandatario de la gran ciudad siciliana de Siracusa, y su pariente Arquímedes, el geómetra que diseñó fabulosas máquinas de guerra y de quien se dice que murió asesinado al no aceptar ser interrumpido en medio de la resolución de un problema matemático. También tenemos a Masinisa, el rey númida que, casi al borde de los noventa años, aún procreaba e iba cabalgando en las batallas al frente de sus hombres.

Fueron las Guerras Púnicas los primeros acontecimientos que hicieron que los romanos comenzaran a escribir la historia de su pueblo, primero en griego y, a continuación, en latín. Hubo muchos otros que advirtieron la importancia de este conflicto y numerosos escritores griegos redactaron narraciones de la lucha, tratando de explicar la rápida arribada de los romanos al poder. Estas guerras, comenzadas hace veintidós siglos, han continuado recibiendo una considerable atención hasta hoy, y Cannas es una de las escasas batallas anteriores al siglo XVIII d.C. merecedoras de ser estudiadas en las modernas academias militares. Napoleón colocó a Aníbal entre los «grandes capitanes» del pasado cuyas campañas podrían enseñar mucho a los mandos modernos. En el siglo XIX d.C., las academias y los soldados alemanes estudiaban la Segunda Guerra Púnica con gran detalle, a veces de manera obsesiva, y Von Schlieffen, el arquitecto de la ofensiva que se llevó a cabo sobre Francia en 1914, trató de reproducir conscientemente el genio de las tácticas militares de Aníbal a gran escala. Liddell Hart y Fuller, dos de los principales teóricos militares británicos de la primera mitad del siglo XX a.C., realizaron también comentarios y extrajeron conclusio-

nes del conflicto del siglo III a.C. La Primera y la Segunda Guerras Púnicas parecieron relevantes en ese mismo siglo XX, marcado por las Guerras Mundiales a una escala sin precedentes, y en el que el estallido de 1939 fue una consecuencia directa de la insatisfacción de uno de los bandos con el tratado que puso fin al conflicto de 1914-1918, de la misma manera en que Cartago había renovado la guerra contra Roma en 218 aparentemente por el resentimiento que sentía debido al duro tratado de 241. Recientemente, en la Guerra del Golfo de 1991 d.C., el mando de las Naciones Unidas ha afirmado que se inspiró en las campañas de Aníbal para su rápida y enormemente exitosa operación. Soldados experimentados se ven abocados aún a escribir sobre las Guerras Púnicas, utilizando su propio conocimiento práctico con el fin de conseguir nuevas perspectivas y tratando, a menudo, de extraer lecciones para las tácticas y las estrategias modernas. Muchos otros, tanto militares como civiles, continúan aún fascinados por el itinerario seguido por el ejército y los elefantes de Aníbal para cruzar los Alpes, y el debate sobre ese tema todavía se mantiene en tensión. Aparecen nuevos libros y se reeditan muchas de las obras más antiguas.[1]

En las universidades occidentales ya no está de moda la historia militar, y son relativamente escasos los estudios sobre las guerras de Roma escritos por académicos. La mayoría de las obras más influyentes que se hallan relacionadas con la estrategia, las tácticas o las localizaciones de los antiguos campos de batalla se escribieron a finales del siglo XIX o a principios del XX d.C. Por lo que se refiere a los estudios de historia política, social y económica presentados en ese periodo, hace ya tiempo que se han complementado o que se han visto sustituidos, algunas veces en diferentes ocasiones, por obras más recientes. Incluso aunque, en la actualidad, los

historiadores de la Edad Antigua producen escasísima historia militar, es raro que pase un año sin que aparezca publicado un libro o un artículo relacionado, de una u otra forma, con las Guerras Púnicas. Algunos de esos trabajos se ven impulsados por la aparición de nuevas pruebas arqueológicas, pero la gran mayoría está formada por interpretaciones actuales de las pruebas ya existentes. Además, parece existir en Francia un particular interés por la cultura púnica, resultado en parte de los interesantes descubrimientos arqueológicos realizados en el lugar ocupado por Cartago, comenzados cuando la zona se encontraba bajo dominio francés, y que han continuado hasta nuestros días. Durante cierto tiempo, los habitantes de la Francia del siglo XIX poseían la misma clase de deseo por todo lo cartaginés que el que ellos mismos y otros muchos países habían desarrollado por la antigua civilización egipcia. *Salammbô*, la cruda novela de Gustavo Flaubert, fue un producto consecuencia directa de ese interés.

Se ha escrito mucho sobre las Guerras Púnicas, y podríamos preguntarnos qué más puede añadirse ya. Es cierto que algunos aspectos se han debatido con tal profundidad que es difícil decir nada nuevo. No obstante, esas guerras no han sido tratadas adecuadamente en alguna de las áreas. Pocos estudios han intentado abarcar los tres conflictos; la mayoría se centran exclusivamente en uno de ellos, por lo general en la Segunda Guerra. Quizás pueda aceptarse el estudio de la Primera como un elemento aislado, aunque, de hecho, ha recibido tan escasa atención que sólo muy recientemente ha aparecido un relato actualizado en inglés, pero la Segunda y la Tercera Guerras son consecuencia directa de aquel conflicto primero. Las tres guerras constituyeron episodios de aquella lucha más larga y continuada entre Roma y Cartago,

y deben entenderse en ese contexto. Las causas, los objetivos bélicos de cada bando y el transcurso de las dos últimas guerras vinieron directamente determinados por el desenlace de los primeros encuentros. Son muy pocos los estudios que se han enfrentado a las tres guerras, pero ninguno de ellos es enteramente satisfactorio. La mayor parte de los errores se comparten con la mayoría de la literatura que trata determinados aspectos del conflicto, por ejemplo, la visión de la política romana como dominada por facciones claramente definidas, interpretación que han dejado de aceptarla los principales estudios sobre la política de este periodo. Y lo que es más importante, han tendido a analizar las campañas basándose en que se luchaba obedeciendo en esencia las mismas reglas de estrategia y tácticas de las guerras más recientes. Este punto de vista se ha visto favorecido en especial por militares experimentados que han estudiado las guerras del pasado con el fin de comprender cuál sería la mejor manera de lucha en los conflictos de la actualidad. De manera inevitable, tales estudios centran su atención en aquellos aspectos que tienen, o que parecen tener, en común los conflictos bélicos de cualquier época. Por tanto, se presupone que los comandantes del ejército de cualquier momento histórico llevan a cabo esencialmente el mismo trabajo y de idéntica manera, convirtiendo en algo muy válido el juzgar a los generales romanos o púnicos utilizando el mismo rasero con el que se trata a Federico el Grande, a Napoleón o a Rommel. El propio título de la obra de Liddell Hart, *A Greater than Napoleon-Scipio Africanus* [«Alguien más grande que Napoleón: Escipión Africano»] (1930), defiende la validez de una comparación de esa clase.[2]

Es evidente que ciertos aspectos del arte militar han cambiado muy poco a lo largo de los siglos. Los problemas prácticos que supone el desplazar gran número de tropas, el alimentarlas y proporcionarles suministros, el comunicar las órdenes, así como las restricciones impuestas por los obstáculos naturales y por el terreno, siguen siendo los mismos que en la Edad de Piedra, y cualquier militar podrá hacer comentarios sobre esos temas de una manera mucho más práctica que los que realizaría un estudioso cuya vida ha transcurrido sin alejarse del mundo universitario. Sin embargo, aunque los problemas no cambien, las soluciones propuestas varían enormemente de una sociedad a otra, y no están dictadas simplemente por las restricciones que impone la tecnología disponible. Los pueblos que se hallan a un mismo nivel tecnológico y con recursos similares a su disposición no actúan necesariamente en las guerras de idéntica manera. Como cualquier otra de las ocupaciones humanas, éstas se ven afectadas por la cultura. El sistema romano de designación de mandos entre aquellas personas que seguían la carrera política apenas tendría sentido alguno en las modernas democracias occidentales, en donde se insiste en la preparación profesional de sus jefes militares. Los romanos no habrían entendido la distinción clara entre jefes militares y líderes políticos que se mantiene en estos países. Un senador romano no era ni un político ni un soldado, sino ambas cosas a la vez. A pesar de las numerosas críticas modernas dirigidas contra ese aspecto del sistema militar romano, parece haber funcionado muy bien en su caso. Todas las sociedades no organizan sus fuerzas armadas o su sistema bélico precisamente de la misma manera. Y lo que aún es más importante: cada cultura tiende a poseer su propio concepto de qué sea la gue-

rra, de por qué y cómo se libran los conflictos bélicos, de cómo se deciden éstos y de cuáles son las consecuencias de la victoria o la derrota.[3]

Este estudio tratará de situar firmemente las Guerras Púnicas en el contexto de la teoría y la práctica militares vigentes en los siglos III y II a.C. Examinará las actitudes romana y cartaginesa ante la guerra, sus instituciones militares y las organizaciones políticas y sociales que las provocaron, afirmando que fueron éstas quienes ocasionaron el conflicto, y que las diferencias existentes entre ellas decidirían finalmente el resultado. Por encima de todo, se trata de una historia militar y sólo hará breve referencia al impacto económico y social de las guerras. No intenta realizar una narración año por año de cada campaña. En numerosos casos las pruebas con que contamos son demasiado pobres para tratar de hacerlo así con alguna confianza, pero incluso cuando eso sucede, el relato tiende a convertirse simplemente en un catálogo de nombres de lugares poco familiares. Allí donde las campañas se suceden de manera simultánea en varios teatros de operaciones diferentes se tratarán una por una. Se examinan por separado diferentes tipos de lucha; por ejemplo, las operaciones navales y terrestres de la Primera Guerra Púnica cuentan cada una con su propio capítulo. Se analizan algunos episodios con gran detalle, como las campañas de Aníbal del 218 al 216. Fueron importantes por derecho propio; pero, además, contamos con buenas descripciones que nos proporcionan numerosos aspectos interesantes sobre la ejecución formal de las batallas de aquella época. El objetivo general no es otro que el de analizar cómo operaban los ejércitos y la armada del momento y cómo los distintos tipos de combate provocaron un impacto sobre la guerra, entendida ésta de una manera más amplia. El análisis se centra

en la búsqueda de las causas que llevaron a un general a tomar una decisión y en cuáles fueron las consecuencias de aquélla, y no en sugerir alternativas y otras maneras posiblemente mejores de haber ejecutado la acción. El estratega teórico que trata de demostrar cómo Aníbal podía haber triunfado fácilmente sólo con haber hecho las cosas de otra forma únicamente se convence a sí mismo.

Las pruebas

El estudio de cualquier aspecto de la historia antigua difiere del de los periodos más recientes simplemente por el hecho de que las fuentes de información son menos abundantes y su interpretación incierta. Existen dudas sobre si algunos de los acontecimientos más importantes sucedieron en un año o en el siguiente, al tiempo que, en la actualidad, nos es difícil asegurar si ciertos sucesos, incluidas algunas batallas, ocurrieron o no. No podemos afirmar con certeza cómo se diseñó y se construyó la quincuerreme, el mayor navío de guerra de las Guerras Púnicas, y existen numerosos vacíos en nuestro conocimiento del equipamiento, la organización, la estructura de mando y las tácticas de los combatientes, especialmente de los cartagineses. En ocasiones, es cuestión de elaborar una secuencia básica de acontecimientos antes de que pueda realizarse un intento por comprenderlos, situación que de ninguna manera puede compararse a la historia militar que se escribe a partir del siglo XVIII. Ni siquiera las pruebas se hallan distribuidas de una manera regular a lo largo de todo ese periodo. Las fuentes de que disponemos registran bastante bien los hechos acaecidos en la Segunda Guerra Púnica, pero la Tercera y la mayor parte de la Primera están mucho peor contempladas. Fundamentalmente, las pruebas se extraen de relatos literarios de autores griegos y romanos. Las excavaciones arqueológicas nos han propor-

cionado mucha información sobre la disposición y las defensas de algunas ciudades, sobre todo en Cartago y Siracusa, que nos ofrecieron noticias sobre la cultura púnica y la colonización en Sicilia y España. No obstante, la arqueología es más fiable revelándonos tendencias a largo plazo, y es muy poco precisa cuando se trata de las operaciones militares. Las pruebas arqueológicas directas sobre guerras son muy raras en todo el periodo clásico.

La historia la escribe generalmente el bando vencedor, pero esa situación alcanza su máxima expresión cuando tiene lugar la destrucción completa del perdedor. No existe relato alguno que describa ni siquiera una parte del conflicto desde la óptica de los púnicos. Algunos autores griegos escribieron narraciones en las que se favorecía a los cartagineses, en especial los relatos de dos historiadores que acompañaron a Aníbal en su expedición italiana, uno de los cuales fue su antiguo tutor, Sosilo.[4] Ninguna de esas narraciones ha llegado hasta nosotros, aunque está claro que fueron conocidas y utilizadas por algunas de las fuentes supervivientes. Incluso esos relatos perdidos los escribieron griegos en griego y, por ende, extranjeros que quizás no entendieron por completo las instituciones y la cultura púnicas. Así pues, es inevitable que contemplemos las Guerras Púnicas desde la óptica griega o romana y a través de relatos de autores que sabían que Roma finalmente sería la triunfadora. Es imposible escribir una versión púnica del conflicto, pues sería tan estúpido desestimar de manera automática cualquier relato favorable a los romanos y dar crédito a todos los incidentes favorables a los cartagineses, como el aceptar toda la propaganda romana sobre las traiciones púnicas. Finalmente, debe considerarse que se trata del relato de las guerras llevadas a cabo por Roma contra el enemigo púnico (como el propio nombre de

Guerras Púnicas implica), puesto que difícilmente los cartagineses podían haber considerado el conflicto como una serie de guerras realizadas contra ellos mismos.

Los historiadores griegos y romanos no aspiraban a alcanzar los mismos ideales que sus colegas modernos. La historia era una rama de la literatura que trataba de entretener —idea que numerosos académicos actuales considerarían como anatema—, al tiempo que informar y sugerir. La convención permitía que se inventaran discursos apropiados y se les adjudicaran a los principales protagonistas de los mayores acontecimientos, y exhortaba a la inclusión de fragmentos genéricos familiares, los *topoi*, en las descripciones de sucesos tales como el saqueo de las ciudades o las consecuencias de una batalla. Es imposible asegurar si eso significaba que tales incidentes eran inventados o, sencillamente, que se trataba del tipo de acontecimientos elegidos de manera automática por los autores para su inclusión. El ideal de la historiografía antigua consistía en que debía ser verdadera al tiempo que descrita con oficio, y es probable que, en el fondo, la desnuda narración de sus relatos se acerque mucho a los acontecimientos reales. De todas formas, no contamos con ninguna alternativa real a esa situación. Si rechazamos los relatos de todos los autores antiguos —opción extrema, pero a la que están muy próximos algunos estudiosos—, no tenemos entonces nada con que sustituirlos. Algunos de aquellos autores son claramente mucho más dignos de confianza que otros, por lo que vale la pena analizar de manera individual las fuentes fundamentales de ese periodo.

Sin duda alguna el historiador más importante fue el griego Polibio. Noble aqueo que luchó contra los romanos en la tercera de las guerras macedónicas, fue uno de los miles de rehenes de la Liga Aquea llevados a Roma cuando la guerra

llegó a su final formal el 167. Allí se convirtió en íntimo de un joven noble romano, Publio Cornelio Escipión Emiliano, que iba posteriormente a destruir Cartago, y de quien recibió un trato especial. Polibio acompañó a Escipión Emiliano en su campaña de África y España, y realizó numerosos viajes por el Mediterráneo Occidental. No se sabe con certeza cuándo empezó a escribir su *Historia* ni cuál fue su objetivo inicial, pero es evidente que llegó a incluir la Tercera Guerra Púnica y la cuarta de las guerras macedónicas, que finalizaría el 146. Su detallada narración da comienzo con la Segunda Guerra Púnica y con los acontecimientos paralelos que tenían lugar en la Grecia Oriental, pues la pretensión de Polibio era la de escribir «historia universal», describiendo los sucesos acaecidos durante el mismo periodo en todo el mundo civilizado. El tema principal consistía en la explicación a un público griego de las causas que habían llevado a los romanos a dominar el mundo mediterráneo en un periodo de tiempo tan breve. El trabajo final lo componían cuarenta libros, cubriendo los dos primeros la etapa anterior a las guerras de Aníbal. Como resultado de ello, el libro I nos ofrece el relato más completo y digno de fiar de la Primera Guerra Púnica, a pesar de que Polibio la describe con muchos menos detalles que la Segunda y la Tercera. Desgraciadamente, sólo ha sobrevivido una pequeña parte de toda su obra. La narración es completa hasta el año 216, pero, a partir de ahí, únicamente contamos con fragmentos.

Polibio intentó demostrar la verdad de los acontecimientos y se muestra duro en sus críticas a otros autores que no lo hicieron así. Pudo hablar con algunos de los participantes supervivientes en la guerra contra Aníbal, y fue testigo presencial de la caída de Cartago el 146. Su relación con una de las más nobles familias romanas le colocaron en una posi-

ción privilegiada para poder entender el funcionamiento de los sistemas político y militar romanos. De vez en cuando, sus teorías sobre la historia universal le llevaron a ser demasiado esquemático en sus interpretaciones de los acontecimientos, pero, en conjunto, sus análisis son serios y cuidadosos. A pesar de ser gran admirador de los romanos, en algunos momentos no les libra de la crítica por su comportamiento, ni evita presentarles en determinadas ocasiones como falsos e incompetentes. Su relación con Escipión Emiliano dio como resultado que realizara un retrato muy favorable al papel desempeñado en el conflicto por sus familiares. Escipión Emiliano fue adoptado por el hijo de Escipión Africano, el hombre que finalmente derrotó a Aníbal en Zama. Fue el mejor comandante romano de la Segunda Guerra y merece como mínimo la mayor parte de las alabanzas que Polibio le dedica. El padre de Africano desempeñó un papel mucho menos distinguido, pero recibe una mención favorable. El verdadero padre de Emilio era Emilio Paulo, hijo del cónsul muerto en Cannas. Polibio no hace mucho por exculpar al viejo Paulo de la responsabilidad por ese desastre, si bien debería aclararse que no va tan lejos como otras fuentes en ese tema. Finalmente, el hermano mayor de Emiliano fue adoptado por uno de los descendientes de Fabio Máximo quien, el año 217, recibiría un trato favorable a su dictadura y a sus consiguientes ejercicios de mando. Desgraciadamente no contamos con el relato de Polibio del 205 cuando Fabio Máximo se opuso a que Escipión fuera nombrado jefe del ejército de África.[5]

El relato de Polibio es preferible cuando difiere de cualquier otra de nuestras fuentes, pero su naturaleza fragmentaria implica que nos veamos obligados a confiar con frecuencia en otros autores. El más importante de todos ellos es

Livio, quien escribió en Roma durante el reinado del primer emperador, Augusto, a finales del siglo I a.C. y principios del siglo I d.C. Su *Historia de Roma* empieza con el mítico origen de esa ciudad y finaliza en Augusto. Se trataba de un relato extraordinariamente patriótico, dedicado a celebrar las virtudes de las anteriores generaciones, donde se explicaba que todos los problemas de Roma eran causados por la decadencia moral y por las acciones de algunos políticos que actuaban sin un rumbo claro. El talante consistía en concordar con la personalidad del régimen de Augusto que, a pesar de su naturaleza radical, se vanagloriaba de haber revivido la piedad y la moral tradicionales y de ser un digno sucesor de la poderosa República del siglo III a.C. y de los precedentes. A diferencia de Polibio, Livio no tenía experiencia directa de la vida militar o política y fue mucho menos perspicaz en la utilización de las fuentes. Originalmente su obra estaba compuesta de ciento cuarenta y dos libros, pero solamente se conservan los libros 1-10, que cubrían el período anterior al 293, 20-30, que trataban de la Segunda Guerra Púnica entre el 218 y el 201, y 31-45, que continúan la narración hasta el año 167. De los demás libros, incluidos aquellos que se refieren a la Primera y la Tercera Guerras Púnicas, sólo poseemos breves resúmenes de sus contenidos.

Livio nos proporciona el relato más largo y completo de la guerra con Aníbal y debemos confiar ciegamente en él para la guerra con posterioridad al 216, ya que sólo contamos con unos pocos fragmentos de Polibio. La narración de Livio es de una elevada intensidad dramática e incluye muchas de las historias más románticas relacionadas con ese conflicto. Tuvo acceso a la versión completa de la narración de Polibio y la utilizó de manera extensa en algunas secciones. No obstante, y contando incluso con esa inmejorable fuente, Livio

podría ser culpable de cometer los errores más importantes. Su relato de la batalla de Cinoscéfalos, ocurrida el 197 a.C., nos muestra casi una traducción del manual de Polibio que ha llegado intacto hasta nuestros días. Sin embargo, allí donde Polibio nos informa de que la falange macedónica hizo descender sus picas desde la posición de marcha, haciéndolas descansar sobre el hombro hasta alcanzar la posición de ataque, donde las cogieron a dos manos, Livio no entiende el texto griego y nos informa de que los macedonios arrojaron sus picas y, en su lugar, tomaron las espadas. Livio utiliza por doquier fuentes mucho menos fiables, algunas de ellas muy influidas por las tradiciones de las familias senatoriales romanas que exageraban las hazañas alcanzadas por sus antepasados. De manera ocasional enumera varias versiones de una historia escrita por diferentes autores anteriores, ofreciéndonos algunas impresiones de esas obras perdidas, pero la mayoría de las veces nos presenta una única narración. Livio nos describe más detalladamente que Polibio todo lo relativo a la política romana, en especial algunas elecciones polémicas, y a la religión estatal de Roma. Todo su relato y, en particular, sus narraciones militares, deben ser utilizados con cierta precaución.[6]

La mayor parte de nuestras fuentes restantes son incluso posteriores a Livio. Diodoro Sículo fue más o menos contemporáneo suyo y, en las últimas décadas del siglo I a.C., escribió una universal *Biblioteca de Historia*. Estaba formada por, al menos, cuarenta libros, pero los textos referentes a ese periodo sólo han sobrevivido de manera fragmentaria. Griego siciliano, Diodoro se acercó de una manera algo ecléctica a varias fuentes perdidas anteriores, como, por ejemplo, el relato pro cartaginés sobre la Primera Guerra Púnica escrito por Filino. Apiano era un griego alejandrino y ciudadano ro-

mano que escribió una *Historia Romana* compuesta de veinticuatro libros. Las secciones que tratan de las Guerras Púnicas se hallan íntegras, pero varían considerablemente en su estilo. Su descripción de la batalla de Zama se lee casi como si se tratara de un resumen de la *Ilíada*. No obstante, escribió, con mucho, el mejor relato de la Tercera Guerra Púnica y parece ser que influyó de manera clara en la narración perdida de Polibio. A principios del siglo III d.C., Dion Casio, un senador romano de origen griego, escribió una *Historia de Roma* en ochenta libros. Sólo se conservan fragmentos, pero todavía existe como narración continua un epítome de esa obra realizado en el siglo XII d.C. por un monje bizantino llamado Zonaras. Además de todas esas narraciones históricas, contamos con las biografías de notables personajes romanos, escritas a principios del siglo II, por Plutarco, un griego de Queronea. Plutarco se interesaba más por el carácter de sus personajes que por ofrecernos una narración detallada de sus carreras; a pesar de ello, incluye mucha información de utilidad. También, a principios del siglo I a.C., Cornelio Nepote escribió breves biografías sobre Amílcar y Aníbal y nos ofrece algunas informaciones que no aparecen en ninguna otra de nuestras fuentes.

La mayoría de éstas se escribieron mucho después de los acontecimientos que se describen. Polibio fue testigo de la Tercera Guerra Púnica y habló para hombres que habían luchado en la guerra de Aníbal, pero, cuando llegó a Roma, ya no había supervivientes de la Primera Guerra. ¿Qué cantidad de información sobre esos conflictos estaba disponible en nuestras fuentes? Ya hemos mencionado algunos relatos griegos que simpatizaban con los cartagineses, en especial el del siciliano Filino para la Primera Guerra y el del espartano Sosilo para la Segunda. A finales del siglo III a.C., los propios

romanos empezaron a escribir historia, en buena medida porque advirtieron la importancia de sus victorias sobre Cartago. Quinto Fabio Pictor y Lucio Cincio Alimento, senadores distinguidos ambos, escribieron historias en griego y, en el siglo II, Marco Porcio Catón redactó la primera historia en prosa latina. Polibio observó que tales relatos tendían de manera clara a favorecer al bando propio y que, en ocasiones, se contradecían directamente entre sí. Además de las narraciones escritas, existían recuerdos conservados por las grandes familias de Roma, a pesar de que, a menudo, eran poco más que propaganda, así como documentos de mucha mayor confianza, como los tratados firmados entre Roma y Cartago que Polibio consultó, e inscripciones como las de la columna lacinia erigida por Aníbal. Había claramente mucha más información disponible para la Segunda que para la más lejana Primera Guerra Púnica. Polibio menciona que incluso tuvo la oportunidad de leer una carta en la que Escipión Africano le describía al rey macedonio Filipo V la planificación de su campaña en España. Ninguna de esas fuentes directas existen en el caso del primero de los conflictos.[7]

Podemos estar completamente seguros de que nuestras narraciones sobre la Segunda Guerra son del todo fiables y que la mayor parte de los detalles en los mejores relatos fueron descritos por contemporáneos o por fuentes cercanas. Esa situación es menos segura en el caso de las campañas del 265-241 a.C. Las ideas generales de los acontecimientos tienden a ser correctas, pero muchos de los detalles continúan siendo cuestionables. Los lectores advertirán que las fuentes menos importantes con que contamos se mencionan mucho más a menudo en los debates sobre este periodo que en las operaciones que tienen lugar entre el 218 y el 201, donde la mayor insistencia se hace sobre Polibio y Livio. La Tercera

Guerra Púnica está prácticamente toda ella basada en el relato de Apiano, apoyado en los escasos fragmentos de Polibio que aún se conservan. Allí donde existen varios relatos paralelos para el mismo periodo es posible compararlos y decidir cuál de los autores es probable que nos proporcione la información más fiable. Cuando sólo se cuenta con una única narración, no tenemos más remedio que aceptarla hasta allí donde nos parezca razonablemente plausible, puesto que, si la rechazáramos, no tendríamos nada más con que sustituirla. En los capítulos siguientes se advertirá, en muchas ocasiones, que existen dudas sobre algunos de los acontecimientos descritos. Las cifras proporcionadas incluso por las fuentes más fiables deben ser tratadas siempre con precaución, ya que, en especial los numerales romanos, son fácilmente susceptibles de sufrir cambios a medida que los manuscritos eran copiados y vueltos a copiar a mano a lo largo de los siglos. Incluso así, el historiador moderno debe comportarse con mucha cautela antes de sugerir alternativas más «plausibles».

Capítulo 1
LOS BANDOS EN CONFLICTO

Antes de entrar en detalles sobre las organizaciones políticas y los sistemas militares de Roma y Cartago en las vísperas de su primer conflicto, vale la pena considerar cómo era el mundo mediterráneo en el siglo III a.C. La muerte de Alejandro Magno, en el año 323, sin que éste contase con un sucesor claro en edad adulta, supuso la disolución de su vasto imperio. Con el tiempo surgieron tres importantes dinastías: la de los ptolomeos en Egipto, la de los seléucidas en Siria y la mayor parte de Asia, y la del reino de los Antígono en Macedonia, que se enfrentaron entre sí y con varios reinos menores, con ciudades y con ligas de ciudades que aparecieron en Grecia y Asia Menor. Las comunidades griegas que ocuparon la mayor parte de Sicilia y del sur de Italia —conocida como la Magna Grecia— y que se diseminaron por las costas de España y del sur de la Galia, en especial la gran ciudad de Massilia (Marsella), formaban parte del mundo helénico, pero de un mundo políticamente dividido. España fue ocupada en el sur por los íberos; los celtíberos formados a partir de una mezcla de españoles y un contingente de galos se hicieron con el norte, y los lusitanos con el oeste. Galia y el norte de Italia estaban pobladas por gentes conocidas por los griegos como *celtoi* y por los romanos como galos. Todos estos pueblos eran esencialmente organizaciones tribales, aunque fluctuaba el nivel de unidad en la tribu, el poder de sus líderes y la fuerza de las propias tribus tomadas de forma individual. Algunos pueblos desarrollaron asentamientos que se parecían ya a las clásicas ciudades-Estado. Los ligures del noroeste de Italia estaban mucho más fragmentados socialmente, contando con un escaso número de líderes capaces sólo de controlar a los guerreros de su pequeña aldea. En to-

dos estos pueblos, el nivel de liderazgo dependía principalmente de la capacidad guerrera. Los ataques por sorpresa y las escaramuzas a pequeña escala constituían algo endémico; las batallas eran menos frecuentes, aunque de ninguna manera inexistentes.[1]

A comienzos del siglo III, Cartago era sin duda alguna la mayor potencia del Mediterráneo Occidental. Los romanos llegaron en realidad a alcanzar la preponderancia, al menos a ojos del mundo literario griego, después de su obstinada resistencia y de la victoria final sobre Pirro, en 280-275. No obstante, continuaron siendo por entero una potencia italiana, y por esa razón nos detendremos en primer lugar en Cartago.

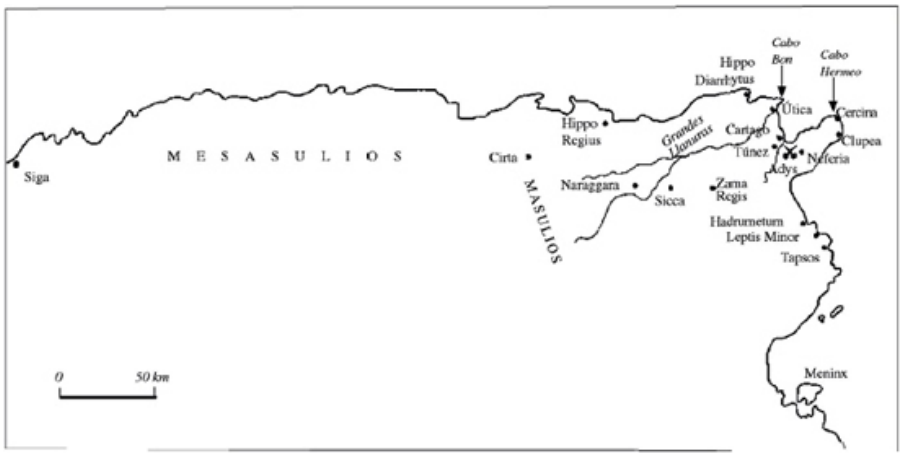
Cartago

Los barcos mercantes fenicios, inicialmente movidos sólo a remo, constituían una visión familiar en todo el mundo mediterráneo ya desde principios del último milenio a.C. Pueblo semítico, cuyas principales ciudades de Tiro y Sidón se encontraban en la costa de lo que actualmente es el Líbano, los fenicios establecieron asentamientos comerciales a lo largo y a lo ancho del Mediterráneo. Existen pruebas arqueológicas de su presencia en España ya desde el siglo VIII a.C., pero es muy probable que hubieran circulado con anterioridad de manera activa por esta zona, como nos lo indica de forma clara Tartesos, la Tarsis del Antiguo Testamento, fuente de grandes riquezas minerales. Cartago no fue el primer asentamiento púnico en África —Útica era mucho más antigua—, pero parece ser que desde el principio gozó ya de especial importancia. El posterior mito de su creación cuenta que Elisa (la Elishat fenicia), o Dido, que se había desplazado desde Tiro después de que su hermano, el rey Pigmalión, hubiera asesinado a su marido, fundó Cartago el año 814. Ha-

biéndole prometido los libios entregarle cuanta tierra cupiera en el interior de una piel de buey, Elisa cortó esa piel en tiras muy finas y, así, pudo reclamar mucha más tierra de la que en un principio se hubiera podido pensar, haciendo una temprana demostración de la doblez que tanto romanos como griegos consideraban característica púnica. Más tarde, Elisa prefirió incinerarse ella misma en una pira funeraria antes que casarse con el rey libio Jarbas, acción que sirvió para proteger a su pueblo y mantener la fe en su difunto marido.[2]

Es imposible afirmar si hay ni siquiera un leve vestigio de verdad en toda esa historia, pues los mitos fundacionales eran comunes en el mundo grecorromano y se fabricaban con frecuencia. Tampoco sabemos qué decían los cartagineses de los orígenes de su ciudad. Las excavaciones todavía no nos han revelado ningún indicio de ocupación anterior a los últimos años del siglo VIII a.C. Está claro que Cartago mantuvo una clara relación con Tiro a lo largo de toda su historia. Anualmente se enviaba una expedición para realizar sacrificios en el templo de Melkart («Señor de la ciudad»), en Tiro, relación que se mantuvo incluso cuando Cartago aumentó su poderío y comenzó a fundar colonias propias. En el aspecto cultural, la ciudad conservó claramente sus características fenicias en lo que a lengua y cultura se refiere, y la adopción de algunas costumbres griegas y del Líbano no hizo cambiar su naturaleza propia. Al menos en un aspecto de la práctica religiosa, los cartagineses eran más conservadores que las gentes de Tiro. Continuaron los espantosos sacrificios de niños a Moloc, a los que mataban y quemaban en honor de Baal Hammon y de su consorte Tanit, una práctica que se había abandonado en Tiro por la época en que se fundó Cartago. El templo de Salambó, lugar de culto donde se realizaba ese ri-

tual, es la estructura más antigua descubierta hasta el momento por los arqueólogos en Cartago, y las excavaciones han mostrado que esa práctica continuó hasta el 146. De manera inquietante, la proporción de sacrificios en los que un cordero u otro animal sustituía a los niños, en lugar de incrementarse, fue disminuyendo con el paso del tiempo. Se han descubierto santuarios similares en otros asentamientos, pero raramente (si es que se puede hablar de algún caso) en lugares fundados de manera directa por los fenicios. En Cartago la religión estaba firmemente controlada por el Estado y sus principales magistrados combinaban funciones políticas y religiosas.[3]



MAPA 2. *El África del Norte cartaginesa.*

Las fundaciones cartagineses de ultramar se constituyeron fundamentalmente como centros comerciales, al igual que lo habían sido las de sus predecesores fenicios; pero, a partir del siglo VI, entraron en clara competencia con las colonias griegas que comenzaban a brotar por entonces. El principal motor impulsor de la colonización griega fue la escasez de buenas tierras cultivables para hacer frente a la demanda de una población en aumento. Las colonias que establecían eran réplicas de las ciudades-Estado o *poleis* de la propia Grecia,

comunidades en las que el *status* dependía normalmente de la posesión de tierras. La competencia entre estos dos rivales, que ambicionaban la explotación de territorios en su propio beneficio, desembocó en conflicto abierto, sobre todo para hacerse con el control de Sicilia. El número favorecía a los colonos griegos, puesto que los asentamientos cartagineses siempre eran de menor tamaño, pero aquéllos tenían la desventaja de su falta de unidad política. Las fuertes diferencias religiosas entre ambos bandos añadieron un matiz especialmente terrible al conflicto, y era frecuente la profanación de santuarios y templos. Esta actitud se suavizó ligeramente cuando el Estado cartaginés empezó a aceptar algunas divinidades griegas. El culto a Deméter y Koré (Perséfone) se introdujo de manera formal en Cartago el 396, como acto propiciatorio, después de que a la destrucción de uno de sus templos en Sicilia le hubiera seguido una plaga devastadora entre los hombres del ejército púnico allí instalado.

La suerte fluctuó hacia ambos bandos durante el largo conflicto por la conquista de Sicilia. El 480 los griegos obtuvieron una gran victoria en Himera, acontecimiento que coincidió felizmente con las derrotas del ejército invasor de Jerjes sobre Grecia en Salamina el mismo año y en Platea el 479, lo que provocaría enorme satisfacción en todo el mundo helénico. A pesar de tales fracasos, los cartagineses perseveraron en su lucha, y los griegos, para poder continuar la guerra, se vieron obligados a aceptar cada vez más el liderazgo de tiranos, sobre todo Dionisio y Agatocles, o de capitanes mercenarios, entre los cuales Pirro fue uno de los últimos ejemplos. El 310, Agatocles, tirano de Siracusa, desembarcó una fuerza en el cabo Bon, en el norte de África, lo que significaba una amenaza directa al propio territorio de Cartago. Provocó el pánico en la ciudad, así como un levantamiento

político. Agatocles derrotó a un ejército cartaginés muy superior, expulsando a las tropas de la fuerza expedicionaria púnica. Finalmente, fue incapaz de tomar por asalto la propia Cartago y no pudo sacar partido suficiente de sus tropas libias, que se habían amotinado, para debilitarla de manera definitiva. Una vez abandonado su ejército, Agatocles regresó a Siracusa desde la que controló la mayor parte de Sicilia hasta su muerte acaecida el 289. Inicialmente, la intervención de Pirro en la isla detuvo el renaciente poder de Cartago, pero fracasó en su intento de alcanzar resultados a largo plazo cuando sus aliados se volvieron contra él y los cartagineses derrotaron su flota el 276. Durante la guerra contra Roma, Cartago dominaba claramente toda la parte sur y oeste de Sicilia.[4]

En el siglo v, el poder de Cartago había aumentado continuamente en la propia África, quizás animada, en parte, por los fracasos en Sicilia. La ciudad puso fin al pago de subsidios exigidos por los mandatarios locales libios y empezó a controlar a las restantes ciudades fenicias de la zona, en especial Hadrumetum y Útica. A mediados de siglo, las flotas cartaginesas llevaron a cabo grandes viajes exploratorios a lo largo de las costas del norte de África, sobrepasando el estrecho de Gibraltar y avanzando cientos de millas por toda la costa oeste. De manera más permanente, esto condujo al establecimiento en África de asentamientos de enclaves comerciales más alejados, mientras que continuaron desarrollándose las colonias en España. El control de todos estos puestos avanzados en posiciones costeras claves (pues los asentamientos cartagineses estaban siempre emplazados alrededor de buenos puertos), unido al poderío de la flota púnica, le proporcionaron a la ciudad el control sobre las rutas comerciales más importantes del Mediterráneo Occidental.

Sus mercaderes comerciaban por todas partes en las condiciones más favorables, mientras que quienes poseían una nacionalidad diferente pagaban impuestos y peajes que enriquecieron aún más las arcas de la ciudad. La enorme riqueza de Cartago se reflejaba en el continuo crecimiento de la ciudad y en el esplendor de sus murallas y edificios. Los restos de las nuevas zonas de la ciudad presentan pruebas de haber sido levantadas a partir de un plan organizado claro, siguiendo, aunque de una manera no tan rígida, la planificación urbana helenística más avanzada del momento.[5]

El comercio no era la única fuente de la prosperidad de la ciudad. Es importante no olvidar que la riqueza de Cartago procedía también de una base agrícola altamente organizada y efectiva. El *Manual agrario* escrito por un noble cartaginés, de nombre Mago, datado seguramente a finales del siglo IV, iba a tener más tarde una influencia enorme en el resto del mundo cuando se tradujo al griego y al latín después del 146. Mago escribió sobre los métodos de gestión de una gran propiedad donde laboraban, al menos en parte, trabajadores en régimen de servidumbre, complementados con campesinos libios. Allá por el año 300, los cartagineses controlaban de manera directa más o menos la mitad del territorio de lo que en la actualidad es Tunicia, siendo la mayor parte propiedad de la nobleza. Ésta constituía una aristocracia terrateniente igual a la elite gobernante de otras ciudades, incluida Roma. La tierra era fértil (mucho más que hoy), el clima favorable y su productividad presagiaba ya aquella época en que las provincias africanas se convertirían en los enormes graneros del Imperio romano. Estas fincas producían vastas cantidades de cereal y, especialmente, de unos frutales por los que África era famosa, tales como vides, higueras, olivos, almendros y granadas. Es de suponer que, cuando desembarcaron en

África, las tropas de Agatocles quedarían maravilladas por la fertilidad de las granjas cartaginesas. Éstas, además de abastecer las necesidades de la ciudad, proporcionaban también elevados excedentes para la exportación.[6]

El año 300, la tierra que dominaba Cartago era significativamente mayor que el *ager Romanus* (es decir, que las tierras pertenecientes a los romanos), y competía con éste y con los territorios de los aliados de Roma juntos. Seguramente, su producción era bastante superior, puesto que la mayor parte de la tierra de Italia estaba constituida por suelos más pobres. No obstante, los beneficios de esa riqueza agrícola no eran compartidos y los disfrutaban mayoritariamente los mismos cartagineses y en su mayor parte los nobles. Cartago era reacia a extender la ciudadanía y los derechos políticos a las gentes de las áreas que iba dominando. Los ciudadanos de las comunidades cartaginesa y fenicia disfrutaban de una situación privilegiada, lo mismo que el pueblo de raza mezclada conocido por los griegos como los libio-fenicios, pero otros permanecieron de forma evidente como aliados subordinados o como súbditos. De esta manera, la extensión de la hegemonía púnica sobre África, España, Sicilia y Cerdeña no significó un aumento paralelo del cuerpo de ciudadanos cartaginés. Parece que la población libia de las explotaciones agrícolas más importantes estaba ligada a la tierra y apenas disponía de libertad. Las comunidades libias aliadas con Cartago disfrutaban de cierta autonomía interna, pero se encontraban claramente subordinadas a la voluntad púnica. Mientras tenía lugar la Primera Guerra Púnica, otros grupos de soldados cartagineses se hallaban comprometidos en una dura guerra para conquistar algunas comunidades libias. Firmada la paz con Roma, cuando los soldados mercenarios de Cartago se amotinaron y se volvieron contra ella, recibieron

rápidamente el apoyo de numerosas comunidades libias. Otros aliados, como los reinos númidas de África, disfrutaban de una mayor o menor autonomía, pero obtuvieron escasos beneficios por formar parte del imperio cartaginés, al que satisfacían impuestos y por el que, muy a menudo, se veían obligados a luchar como soldados.

En su origen, Cartago había sido una monarquía, cuyo reino poseía un carácter fuertemente religioso, pero allá por el siglo III, los principales funcionarios con poderes ejecutivos del Estado eran los dos *sufetes* elegidos anualmente. No se sabe con certeza si ese cargo se desarrolló a partir de la monarquía o si sustituyó a aquélla, pero el uso griego de la palabra *basileus* (rey) para referirse a esa magistratura hace pensar en una posible relación. La naturaleza de la monarquía púnica ha sido profundamente debatida por los estudiosos, aunque es probable que se tratara de un cargo electivo. La riqueza era tan importante como los méritos en la elección de los *sufetes*, que detentaban el poder supremo tanto civil como religioso, pero no actuaban como mandos militares. Un denominado Consejo de los Treinta Ancianos (o *gerousia*) actuaba con capacidad consultiva, y había otro tribunal, el Consejo de los Ciento Cuatro, que se encargaba de supervisarle y del que probablemente procedía aquél. Si los *sufetes* y los Ancianos estaban de acuerdo en la ejecución de una acción, tenían capacidad para llevarla a cabo. Si no conseguían alcanzar un acuerdo, entonces se presentaban las propuestas ante la Asamblea del Pueblo para decidir sobre el asunto. En esas reuniones, a ningún ciudadano le estaba permitido presentar contrapropuestas. Es evidente que un número relativamente pequeño de familias nobles dominaba el Consejo y que seguramente monopolizaba el cargo de *sufete*. Los detalles sobre la política interior de la ciudad están bas-

tante menos claros, y aunque contamos con vagas alusiones a disputas y a la existencia de facciones, es imposible describirlas con cierta precisión. Los filósofos griegos, en especial Aristóteles, elogiaban a Cartago por poseer una constitución equilibrada que combinaba elementos de la monarquía, de la aristocracia y de la democracia, lo que permitía evitar la crónica inestabilidad que constituía la principal debilidad de la mayoría de los Estados griegos. Ciertamente, parece que Cartago fue muy estable, aunque es difícil afirmar si los griegos entendieron o no la verdadera razón de ello, y su régimen benefició enormemente a los ciudadanos y, por encima de todo, a los poderosos.[7]

El sistema militar cartaginés

Los reinos helenísticos del Mediterráneo Oriental contaban con ejércitos organizados siguiendo estrechamente el modelo impuesto por Filipo y Alejandro. Estaban formados por soldados profesionales reclutados entre un grupo relativamente pequeño de ciudadanos instalados en colonias militares. El núcleo de cada ejército era la falange, constituida por infantes armados de picas y altamente adiestrados, y que se apoyaba en una caballería de choque, aunque muy pocos eran capaces de situarlos sobre el teatro de operaciones como lo habían hecho aquéllos, por ejemplo, Alejandro. Estos soldados, bien entrenados y disciplinados, eran muy efectivos, pero era muy difícil que los reinos sutituyeran las enormes bajas de manera rápida. La frecuencia con que esos reinos luchaban entre sí aseguraba que, muy a menudo, los ejércitos operaran contra fuerzas enemigas compuestas por los mismos elementos básicos y que luchaban de una manera similar. No fue una coincidencia el que esos ejércitos comenzaran a experimentar con elementos tan inusuales como la caballería con cotas de malla, los elefantes de guerra y los

carros armados de cuchillas, tratando así de alcanzar cierta ventaja sobre enemigos de similares características. Los estudios sobre teoría militar, que empezaron a aparecer durante el siglo IV, consiguieron una enorme difusión en el III. El propio Pirro escribió una obra sobre el generalato, aunque desgraciadamente no ha llegado hasta nosotros. Esta literatura teórica trata, por encima de todo, de las expectativas bélicas entre parecidos ejércitos helenísticos. No obstante, ninguno de los involucrados en las Guerras Púnicas se ajusta del todo a ese modelo.[8]

Cartago contaba con un muy escaso cuerpo de ciudadanos y casi desde el comienzo de su historia abandonó la práctica de confiar en soldados ciudadanos para formar el grueso de sus ejércitos, no estando dispuesta a arriesgarse a sufrir un gran número de bajas en ese grupo. Los ciudadanos solamente estaban obligados a ejercer el servicio militar para defender a la propia ciudad en caso de existir una amenaza directa. Cuando se situaban en el teatro de operaciones lo hacían con un orden cerrado de infantería, luchando en formación de falange y armados con escudos y largas lanzas, pero su efectividad militar era pobre, seguramente como resultado de su inexperiencia. El año 309, Agatocles derrotó a un ejército mucho más numeroso, en el que se incluía un contingente de lanceros ciudadanos, y su participación en los dos primeros conflictos contra Roma no fue particularmente buena.

Parece ser que en la marina sirvió un número más elevado de ciudadanos cartagineses, aunque debemos admitir que nuestras pruebas sobre el reclutamiento de marineros son muy escasas. Al contrario que los ejércitos, que tendían a ampliarse durante los conflictos y se disolvían a su fin, la marina cartaginesa contaba con una situación de continui-

dad, puesto que existía la necesidad permanente de proteger las rutas comerciales que trasladaban tanta riqueza a la ciudad. El famoso puerto naval circular de Cartago tenía rampas que funcionaban como amarres para unos ciento ochenta navíos, así como todos los elementos necesarios para su mantenimiento. Las excavaciones llevadas a cabo en el puerto datan aquéllas muy a principios del siglo II, aunque no hay pruebas concluyentes y es posible que en esa época se hubiera llevado a cabo su reconstrucción. Incluso aunque el primitivo puerto naval no estuviera ubicado en esa zona es posible que se hubiera construido siguiendo un modelo parecido al primitivo, pero a mayor escala. No creemos que la flota completa estuviera tripulada y dispuesta a entrar en servicio excepto en tiempos de guerra. No obstante, una flota eficiente sólo podía mantenerse si las tripulaciones se ejercitaban regularmente en la mar, lo que nos lleva a pensar que, quizás, se mantuvieran en servicio permanente escuadras de gran tamaño. También es posible que la mayor parte de los ciudadanos más pobres obtuvieran su medio de vida sirviendo como remeros en la flota. Si eso es así, debieron haber contribuido en buena medida a la estabilidad política de la ciudad, ya que los pobres desempleados y endeudados en otras ciudades se inclinaban con frecuencia a dar apoyo a los líderes revolucionarios con la esperanza de mejorar su propia situación desesperada.[9]

La inexistencia de una fuerza ciudadana suponía que el ejército cartaginés estuviera formado sobre todo por soldados extranjeros. Los libios suministraban los que, con bastante seguridad, podían considerarse elementos más seguros y disciplinados de la mayoría de los ejércitos. Las formaciones cerradas de su infantería iban provistas de un equipo compuesto por largas lanzas y escudos redondos u ovalados;

también llevaban cascos y probablemente protecciones de paño grueso. La caballería libia componía también una tropa rigurosamente ordenada, armada con picas puntiagudas, preparada para realizar cargas controladas y por sorpresa. Quizás fueron también los libios quienes aportaron un tipo de infantes especialmente preparados para un combate de escaramuzas, los *lonchophoroi* de Polibio, armado cada uno de ellos con un pequeño escudo y un haz de jabalinas. Los reinos númidas eran célebres por su magnífica caballería ligera, que cabalgaba sus pequeñas monturas sin bridas ni sillas y que devastaba al enemigo mediante una lluvia de jabalinas, evitando el combate cuerpo a cuerpo, a menos que las condiciones estuvieran absolutamente a su favor. El ejército númida incluía asimismo una infantería para llevar a cabo escaramuzas, equipada con jabalinas y con el mismo escudo redondo de la caballería, y es muy probable que también se enviaran contingentes de esas tropas a las fuerzas púnicas. Procedentes de España venían fuerzas de infantería ligera y pesada, cuya vestimenta habitual la constituía una túnica blanca de borde púrpura. La infantería pesada (los *scutati*) entraba en combate formando una densa falange, transportaban un largo escudo que protegía todo el cuerpo e iban armados con una pesada lanza arrojadiza y una espada, el mismo tipo de arma corta y afilada que serviría de modelo al *gladius* romano o a la curva y cortante *falcata*. La infantería ligera (los *caetrati*) portaban un pequeño escudo redondo y varias jabalinas. La infantería gala entraba en combate en formación cerrada y llevaba escudos y jabalinas, pero confiaba sobre todo en sus largas y afiladas espadas. Tanto los españoles como los galos aportaban también contingentes de caballería con buenas monturas y muy bravos, aunque indisciplinados, cuya táctica fundamental consistía en el ataque

en tromba haciendo uso de toda su energía. Las armaduras corporales eran muy poco frecuentes entre las tribus europeas, y los cascos sólo algo más comunes. Los autores clásicos consideraban a los guerreros de estas naciones como muy feroces en la primera carga, pero que se cansaban fácilmente y eran propensos a perder su impulso inicial si las cosas no iban rápidamente como querían. Había bastante de cierto en esta afirmación pero, en otras ocasiones, esas tropas demostraban ser mucho más inquebrantables de lo que permitiría hacer creer ese estereotipo.[10]

Nuestras fuentes hablan sobre todo de los componentes de los ejércitos cartagineses como si se tratara de grupos nacionales. Era probable que solamente un destacamento muy pequeño de un ejército en batalla se encontrara compuesto por miembros de una sola nacionalidad, y algunos ejércitos se hallaban muy mezclados. Por lo general, se tenía muy en cuenta el no confiar demasiado en los indígenas en el campo de operaciones por miedo a las defecciones y las deserciones. Antes de su expedición italiana, Aníbal mandó un gran contingente de tropas españolas a África, sustituyéndolas por unidades que se habían creado allí. El alto mando cartaginés constituía la única fuerza unificada de cada uno de los ejércitos.[11]

De una manera convencional, se suele describir a los ejércitos púnicos como compuestos por mercenarios, pero eso supone llevar a cabo una crasa simplificación, puesto que esas fuerzas incluían soldados procedentes de muchos lugares y con una muy variada motivación. Algunos contingentes no recibían una remuneración, sino que los proporcionaban reinos u otros Estados aliados como una parte de sus obligaciones contractuales. Ése parece haber sido siempre el caso de los reinos númidas, cuyas familias reales dis-

frutaban de excelentes relaciones con las familias nobles cartaginesas, vínculos que se estrechaban a veces mediante alianzas matrimoniales. Los contingentes númidas eran generalmente dirigidos por sus propios príncipes. De manera parecida, muchos de los pueblos hispanos y galos estaban aliados de manera formal con Cartago, se hallaban organizados por contingentes exactamente iguales a sus propios ejércitos tribales y eran comandados por sus propios caudillos. Una vez más, aparecen indicios de que los dirigentes púnicos mantenían estrechas conexiones con la aristocracia nativa, permitiéndoles quizás que hicieran uso de las tradicionales pautas de lealtad. Es seguro que Asdrúbal contrajo matrimonio con una princesa española y es posible que Aníbal también lo hiciera. Está claro que la lealtad de los pueblos españoles se centró más en la familia de los Barca que en la lejana Cartago. Posteriormente, esos pueblos (y de manera parecida) se sentirían más ligados a los Escipiones que a Roma, sublevándose cuando llegaron rumores de que Escipión Africano había abandonado España.[12]

No sabemos con exactitud cómo se formaban las unidades libias. Seguramente algunas tropas las proporcionaban ciudades aliadas, de manera similar a lo que sucedía con los númidas. Es posible que otras hayan sido formadas por campesinos reclutados en las grandes explotaciones agrícolas cartaginesas. Más tarde, esa zona demostraría ser un área de reclutamiento muy fértil para el Imperio romano. Incluso las tropas claramente contratadas como mercenarias no se reclutaban todas de la misma forma. En algunos casos, a esos hombres se les contrataba en grupo, después de que un líder o un caudillo ofreciera sus propios servicios y los de su banda a cambio de cierta cantidad de dinero. El líder recibía el pago a sus servicios y, a continuación, ayudaba y distribuía

la recompensa entre sus seguidores como haría cualquier caudillo. En las sociedades tribales europeas existía una arraigada tradición de guerreros que buscaban entrar en servicio con los jefes a los que apoyaban y que les proporcionaban riqueza y gloria, puesto que una buena reputación marcial estaba muy valorada allí donde se la pudiera conseguir. El vínculo entre tales capitanes y sus seguidores era intensamente personal. Luchaban por él y lucharían igualmente felices con o contra Cartago de acuerdo con la elección de su líder. Se comenta el caso de un grupo de galos dirigidos por un caudillo que sirvieron a varios señores de manera sucesiva y demostraron una dudosa lealtad hacia cada uno de ellos. La lealtad de tales soldados debe haber sido significativamente diferente a la de los hombres que habían sido reclutados directamente y a quienes pagaban los líderes cartagineses sin la presencia de intermediarios. Presumiblemente, algunas unidades del ejército, en especial aquellas que incluían desertores romanos e italianos y esclavos fugitivos, estaban formadas por nacionalidades mixtas.[13]

Nuestras fuentes raramente hacen referencia a la organización de los diferentes contingentes que formaban los ejércitos cartagineses, sino que nos indican sencillamente cuál era la nacionalidad de cada uno; por tanto, no está nada claro si las tropas se organizaban según unidades de un número determinado. Livio hace referencia a una unidad de caballería de quinientos númidas, pero quizás se tratara simplemente de un contingente y no existe indicación alguna de que esos hombres de caballería actuaran como unidades regulares. Otro pasaje menciona un grupo de infantería formado por quinientos libios en Sagunto, en el 218, y también oímos hablar de dos mil galos divididos en tres grupos o unidades en la toma de Tarento, en el 212, aunque no sabemos

si se trataba de una organización permanente o temporal. Generalmente, las tropas galas y, a veces, las españolas luchaban formando contingentes tribales, cada uno con sus propios líderes, de la misma manera en que lo harían si hubieran tenido que defender a sus propias gentes. No obstante, en Cannas, el núcleo fundamental del ejército de Aníbal lo constituían unidades alternas españolas y galas, rompiendo de manera clara con cualquier estructura de pueblo que tuvieran. Polibio usa uno de los términos que también emplea para el manípulo romano de entre ciento veinte y ciento sesenta hombres, y el mismo término lo utilizaron autores posteriores para referirse a la cohorte de cuatrocientos ochenta hombres de los ejércitos de finales de la República y del Imperio. Eso nos lleva a pensar que tales «compañías» las constituían algunos cientos de hombres, en cualquier caso, bastante menos del millar.[14]

Por lo general, esta mezcla de contingentes de distintas nacionalidades proporcionaban a los ejércitos cartagineses un buen equilibrio entre diferentes tipos de tropas, con una infantería y una caballería a la vez de orden cerrado y disperso. La mayor parte de esos contingentes poseían una elevada calidad, aunque su sentido de la disciplina variaba considerablemente. Era extraño que esas tropas, tanto si servían como aliadas o como mercenarias, lucharan sin entusiasmo, y los motines no eran comunes. Un elemento adicional lo proporcionaba el uso regularmente frecuente de elefantes de guerra, que provocarían el pánico entre unos enemigos no habituados a ellos. Los elefantes empleados eran probablemente del bosque africano, algo más pequeños que los indios, pero más dóciles de adiestrar que los africanos de la actualidad. El elefante era el arma principal, usando su tamaño y su fuerza para aterrorizar o destruir a los contrarios, pero

los ejércitos helenísticos montaban también torres sobre lomos de animales, desde las que un grupo arrojaba o disparaba proyectiles. No existe ninguna prueba directa que nos indique si esos elefantes púnicos también cargaban torres, pero el relato que nos hace Polibio sobre la batalla de Rafia, el 217, indica que la especie africana era muy capaz de transportar una carga complementaria. El principal peligro de los elefantes era que ellos mismos podían llegar a aterrorizarse arrollando, entonces, tanto a amigos como a adversarios de manera indiscriminada. Se dice que Asdrúbal equipaba a los conductores o cuidadores con un martillo y una cuchilla en forma de cincel, para que la clavaran en el espinazo del animal hasta matarlo si amenazaba con realizar una estampida hacia las tropas propias.[15]

Los mandos cartagineses contaban generalmente con fuerzas bien equilibradas a su disposición, pero la dificultad residía en la coordinación de movimientos de elementos tan dispares. Las órdenes transmitidas en púnico debían traducirse a varios idiomas para que pudieran ser comprendidas por los soldados. Los magistrados cartagineses, por ejemplo los *sufetes*, no detentaban el mando militar. En su lugar, se nombraban generales, aunque no quede precisamente claro por quién, y, por lo común, detentaban el mando de una forma semipermanente hasta que eran sustituidos, o dependían de la duración del conflicto. Aunque los magistrados no ejercían, está claro que los mandos procedían de la misma clase social de quienes ocupaban aquellos cargos y no hay razón alguna para creer que fuese la capacidad, más que las conexiones familiares y que la riqueza, la principal razón de su selección. Durante la Primera Guerra Púnica, los cartagineses continuaron su tradicional trato riguroso con los mandos que fracasaban, hasta el punto de que varios hombres fueron

crucificados por su incompetencia. En algunos casos se les impuso este castigo cuando perdieron la confianza de los oficiales púnicos más antiguos bajo su mando.

No obstante, la larga duración de los mandos que se les concedía significaba que fueron numerosos los jefes cartagineses que alcanzaron una experiencia dilatada. Cuanto más tiempo conseguían conservar el mando de un ejército, más eficientes tendían a volverse. De manera gradual, los distintos elementos que componían aquél empezaban a acostumbrarse a operar de manera conjunta, sus jefes y el comandante supremo comenzaban a estar familiarizados unos con otros y, al menos hasta cierto punto, acababan por comprender sus lenguas. El ejército que condujo Aníbal hacia Italia el 218 fue, probablemente, el mejor de los que situó sobre un teatro de operaciones. Su eficacia era, en parte, producto de la capacidad de jefatura de su jefe supremo, pero aún fue más el resultado de largos años de dura campaña en España bajo el liderazgo de Amílcar, de Asdrúbal y del propio Aníbal. Durante ese tiempo se desarrolló la estructura de mando hasta alcanzar un elevado nivel, y eso, unido a su disciplina de marcha y a la capacidad de maniobra, le convertían en netamente superior a las fuerzas romanas enviadas contra él. La alta calidad de ese ejército, en cuyo entorno era fácil que se incorporaran aliados galos y, posteriormente, italianos, permitió que el genio de Aníbal deslumbrara a sus enemigos en campañas abiertas.

El de Aníbal no era el típico ejército cartaginés. No obstante, debemos poner en duda que pudiera existir algo así, pues cada fuerza púnica era única. No poseemos indicio alguno de que todos los generales trataran de conseguir el control y dirigieran sus fuerzas de igual forma. Su relación con los distintos contingentes nacionales variaba. Cada

ejército tomado a nivel individual fue desarrollando gradualmente medios para llevar a cabo un trabajo conjunto. Contingentes recién llamados a filas fracasaban a menudo en la coordinación eficaz de sus acciones sobre el campo de batalla. De manera parecida, incluso ejércitos experimentados tenían problemas cuando debían actuar de común acuerdo. En Zama, el ejército de Aníbal incluía tropas reclutadas por tres mandos distintos en momentos diferentes. Durante la batalla se mantuvieron como cuerpos claramente diferenciados y fracasaron en prestarse apoyo unos a otros de manera positiva.[16]

Los cartagineses podían reclutar con gran rapidez a un buen número de mercenarios y de contingentes aliados, ya que solían disponer de recursos económicos suficientes para hacerlo. Habitualmente, la calidad de los soldados tomados a título personal y de los contingentes contratados de esa forma era buena. No obstante, tuvo que pasar cierto tiempo y bastante dedicación para convertir tales fuerzas en ejércitos eficaces. Eso significaba que un ejército experimentado era algo muy preciado, difícil de sustituir y, por tanto, no lo podían poner en peligro a la ligera. Cartago no tenía capacidad para reunir en el campo de batalla un número de tropas en la misma cantidad en que lo hacían los romanos. Por otra parte, la dificultad para sustituir un ejército escogido y experimentado significaba, a menudo, que los generales púnicos se aproximaran a las campañas con mayores precauciones; esos mismos generales solían ser, con muy pocas excepciones, bastante menos agresivos que sus colegas romanos.

Roma

La tradición posterior sostiene que Roma fue fundada el año 753. Han circulado numerosas historias sobre este acontecimiento, pero la más popular nos dice que Rómulo y Re-

mo, los hijos gemelos de Marte, fueron criados por una loba. Rómulo fundó la ciudad, pero mató a su hermano en un arrebato de cólera cuando este último ridiculizó sus planes. Jefe de bandidos, cuyos seguidores eran vagabundos y proscritos, obligó a raptar mujeres de los vecinos sabinos cuando deseaban esposas; Rómulo fue el primero de los siete reyes de Roma, el último de los cuales fue expulsado el 509 cuando se fundó la República. Es imposible asegurar que haya algo de cierto en todos estos mitos. Ciertamente, en una primera fase Roma fue una monarquía, y la República se instauró probablemente sobre la fecha tradicionalmente aceptada. Los restos arqueológicos nos muestran un asentamiento en esa área desde el siglo X, pero los poblados de la zona no se unen para formar algo que podríamos llamar ciudad hasta el VI. El lugar era muy bueno, situado en un punto natural de cruce sobre el río Tíber y rodeado de colinas que ofrecían excelentes posiciones de defensa. Se encuentra también en el centro de varias importantes rutas comerciales, en especial la *via Salaria*, o camino de la sal, que iba desde la costa hasta el centro de Italia. De forma gradual, Roma emergió como la más importante ciudad del Lacio, cabeza de la Liga Latina. Se las ingenió para soportar la embestida de los pueblos de lengua osca de los Apeninos, que se extendieron rápidamente por la mayor parte de la Italia central e invadieron la Campania a finales del siglo V y principios del IV, y de las tribus galas que, simultáneamente, ejercían presión desde el norte. El 390, un ejército romano fue derrotado a orillas del río Allia y la ciudad saqueada por una banda de galos, pero ese hecho prácticamente no supuso un daño permanente y la interrupción del crecimiento de Roma fue sólo temporal.

MAPA 3. *La Península Itálica.*

El 338, la última gran rebelión contra Roma por parte de otras ciudades latinas se vio frustrada después de dura lucha. Como consecuencia de ese conflicto, el asentamiento romano estableció el modelo para provocar la acelerada absorción del resto de Italia. Confiscó parte del territorio y lo utilizó

para establecer en él colonias de ciudadanos romanos y latinos. A numerosas familias nobles de la Campania, que se habían mantenido leales a Roma, se les otorgó la nacionalidad y se incorporaron a la elite dominante romana. Quedó abolida la Liga Latina y los romanos no negociaron con las ciudades derrotadas de manera colectiva, sino que formaron una alianza separada con cada una de esas comunidades. Cada ciudad se encontraba ahora directamente unida a Roma y estaba obligada a proporcionarle soldados para servir en sus ejércitos. El *status* de tales comunidades venía definido claramente por ley, hasta el punto de que algunas recibieron la nacionalidad romana plena, otras la nacionalidad en todos los aspectos, excepto el derecho a ocupar cargos o a votar en Roma *(civites sine suffragio)*, mientras que otros continuaron siendo ciudadanos latinos, pero se les concedía el derecho a contraer matrimonios mixtos y a comerciar con los ciudadanos romanos. La mayor parte de la Campania recibió la nacionalidad plena y las fértiles tierras de esa zona se añadieron en gran parte a la prosperidad de Roma. El 312 empezó la construcción de la *via Appia*, la primera gran carretera romana, que conducía desde Roma hasta Capua, proporcionando así una unión física con el nuevo territorio.[17]

La voluntad romana de extender su ciudadanía fue un hecho único en el mundo antiguo y un factor clave en su éxito posterior. Al contrario de lo que sucedía en otras ciudades, los esclavos liberados en Roma recibían la plenitud de derechos y, allá por el siglo III, numerosos miembros de su población, incluidas algunas familias senatoriales, podían contar a libertos entre sus antepasados. El talento de Roma consistió en absorber a muchos otros y convertirles en leales a ella. Por primera vez, el asentamiento del 338 extendió la plena ciudadanía a comunidades que no eran de latinohablantes

nativos. Las ciudades aliadas perdieron su independencia política, aunque continuaron dirigiendo sus propios asuntos internos, pero salieron beneficiadas gracias al vínculo que mantenían con Roma. Sus soldados eran reclutados para que lucharan en las guerras de Roma, pero también se beneficiaban de los botines obtenidos en las consiguientes victorias. Los ciudadanos latinos, al igual que los romanos, eran incluidos casi siempre en las colonias establecidas en las tierras conquistadas. A finales del siglo IV y principios del III, la expansión romana recibió su mayor impulso. Al margen de algunos desastres, especialmente el de las Horcas Caudinas, en 321, cuando un ejército de Roma se rindió a los samnitas, los romanos derrotaron a samnitas, etruscos y galos. Fueron sometidas las ciudades de la Magna Grecia —la «Grecia Mayor», fuertemente colonizada por comunidades helénicas—, a pesar de la intervención del rey Pirro de Épiro, que salió en defensa de la ciudad de Tarento. El moderno ejército de Pirro, con su falange de lanceros, formada por soldados profesionales, y sus elefantes de guerra, infligió dos serias derrotas a los ejércitos romanos pero, finalmente, aquél fue vencido. Lo especialmente notable en todo ese conflicto fue el rechazo de los romanos a negociar con Pirro después de las victorias de éste, lo que constituyó ciertamente una sorpresa para el rey de Épiro, quien esperaba que todas las guerras finalizaran con un acuerdo de paz negociada, según era la norma en el mundo helenístico. Roma continuó su expansión, transformando a los enemigos derrotados en aliados leales, pero claramente subordinados. A medida que iba expandiéndose, así lo hacía también su población que, unida a la de sus aliados, le proporcionaba enormes recursos militares, muy superiores a los de Cartago.[18]

El número de ciudadanos romanos se fue incrementando paulatinamente y, hacia el siglo III, eran muchos quienes vivían a gran distancia de Roma, pero la vida política del Estado se dirigía por entero desde la ciudad. El ciudadano podía votar o presentarse para ocupar un cargo sólo cuando se encontraba físicamente en Roma. Había tres asambleas importantes mediante las que el pueblo de Roma expresaba su voluntad colectiva. Los *Comitia centuriata* votaban para declarar la guerra o aceptar un tratado de paz, y elegían a cónsules, pretores y censores, es decir, a los magistrados más importantes del Estado. Los *Comitia tributa* elegían a la mayor parte de los magistrados inferiores y tenían capacidad para aprobar leyes. El *Concilium plebis* era muy similar, pero excluía a los miembros de la clase patricia numéricamente pequeña. En esas asambleas, el pueblo sólo podía votar a favor o en contra de una propuesta, y no había oportunidad alguna para emprender un debate o para que un ciudadano ordinario presentara una contrapropuesta. En todas ellas tendían a predominar las opiniones de los ciudadanos ricos. Esto era especialmente cierto en el caso de los *Comitia centuriata*, donde la estructura de voto se basaba en una organización militar arcaica. Los ciudadanos más prósperos votaban primero y tenían unos pocos miembros en cada grupo de votación o centuria, de la misma manera en que, en otro momento, habían engrosado las filas de la caballería y de la infantería pesada, que eran quienes desempeñaban el papel más destacado en tiempos de guerra. La clase superior de la antigua infantería pesada, junto con la aún más poderosa caballería, totalizaba ochenta y ocho de las ciento noventa y tres centurias que componían la asamblea, no muy lejos de conseguir la mayoría. No deja de ser importante recordar que el apoyo popular, con mucho el más importante en las eleccio-

nes consulares, significaba siempre que un hombre contaba con el apoyo del grueso de los ciudadanos prósperos de Roma y no únicamente de los pobres. Los diez tribunos de la plebe habían sido creados originalmente para defender a los plebeyos ante la aristocracia y, en especial, ante la opresión patricia; pero, por aquel entonces, eran normalmente jóvenes senadores que se encontraban en la primera fase de sus carreras. Potencialmente, los poderes de ese cargo eran considerables, puesto que presidían el *Concilium plebis* ante el que podían presentar mociones. Los tribunos poseían también el derecho a vetar cualquier medida presentada por otro magistrado, aunque fuera de la clase superior.

Las asambleas no debatían ningún tema y sólo se las convocaba cuando su voto era imprescindible. El Senado era el consejo permanente que discutía los asuntos de Estado y aconsejaba a los magistrados. Estaba formado por alrededor de trescientos miembros, y contaba entre sus filas a los censores, dos senadores principales elegidos cada cinco años para revisar el censo de los ciudadanos. Muchos de ellos eran antiguos magistrados y todos debían poseer sustanciales riquezas, pero los censores tenían una capacidad considerable para añadir o eliminar nombres del registro senatorial. Los decretos del Senado no tenían fuerza de ley y debían ser ratificados por el pueblo, pero su permanencia continua les aseguraba el papel dominante en política exterior, recibiendo embajadas extranjeras y eligiendo a los embajadores romanos entre sus propias filas. Cada año, el Senado decidía dónde enviar a los principales magistrados, asignándoles «provincias» que, en ese momento, constituían esferas de responsabilidad más que fundamentalmente zonas geográficas. También les fijaban los recursos militares y financieros, estableciendo el tamaño y la composición de cada ejército para

entrar en campaña, y tenían capacidad para ampliar la autoridad de un magistrado por un año más, aunque se trataba de una práctica poco común con anterioridad a las Guerras Púnicas.

El Senado era permanente, sus miembros bastante estables, pero los principales funcionarios ejecutivos del Estado eran magistrados elegidos anualmente. Los más importantes de todos ellos eran ambos cónsules, de quienes se suponía que debían hacer frente a los temas más importantes del Estado durante sus doce meses en el cargo, tanto si se trataba de redactar leyes como de dirigir un ejército en el campo de batalla. Su papel militar era especialmente importante, dada la frecuencia con la que Roma entraba en guerra. Las provincias asignadas a los cónsules eran siempre un indicativo de las prioridades militares del momento, puesto que se esperaba que les asignaran a los principales enemigos. En contadas ocasiones, cuando se enviaba a ambos cónsules a luchar contra un único enemigo, era un claro síntoma de que se debía realizar un esfuerzo masivo contra una amenaza especialmente peligrosa. A lo largo de la duración de su cargo, los cónsules y los demás magistrados recibían el *imperium*, el poder de mandar a los soldados romanos y de impartir justicia. El *imperium* venía simbolizado por el séquito o lictores, que acompañaban a los magistrados, y que llevaban los *fasces*, un hacha envuelta por una serie de varas, con los que se indicaba que el poseedor tenía capacidad de decretar la pena capital y el castigo corporal. Un cónsul iba escoltado por doce lictores, la mayor parte de ellos magistrados inferiores.

A pesar de que los cónsules actuaban como los principales mandos militares de Roma, no eran soldados profesionales. En Roma, la carrera política combinaba tanto cargos milita-

res como civiles. Antes de ejercer algún cargo, un hombre tenía que haber servido durante diez campañas en el ejército, posiblemente como caballero, pero, muy a menudo, como tribuno militar o como miembro de un estado mayor. A punto de finalizar la veintena o a principios de la treintena, un hombre podía llegar a soñar con ser elegido cuestor. Los cuestores eran, por encima de todo, funcionarios de finanzas, pero también podían actuar como lugartenientes de los cónsules. El cargo de edil se alcanzaba habitualmente a mitad de la treintena y tenía poco peso fuera de la propia Roma, donde era sobre todo el responsable de los festivales y las funciones de entretenimiento. Cada año se elegía sólo un pretor, y antes de la Primera Guerra Púnica ese cargo poseía un papel estrictamente judicial. Al menos la mitad de los cónsules nunca ocuparon ese cargo y algunos sólo lo hicieron después de haber ejercido el consulado. Más tarde se incrementó el número de pretores y de magistrados inferiores, y su papel ganó en importancia cuando las victorias en los dos primeros conflictos con Cartago aumentaron enormemente el territorio de Roma, así como sus responsabilidades. En consecuencia, la carrera política, o *cursus honorum*, se vería regulada con mucha mayor precisión durante el siglo II a.C., fijándose, por ejemplo, la edad mínima legal para ocupar cada uno de los cargos.

En Roma, los candidatos a ejercer un cargo político no eran elegidos por su pertenencia a un determinado partido político (tales cosas no existían), y sólo raramente por hacer pública una política concreta. Se elegía a las personas basándose en sus hazañas anteriores o en los de sus familias, sobre todo si se tiene en cuenta que los jóvenes que pretendían ejercer cargos inferiores raramente tenían la oportunidad de conseguir alguna distinción. Los romanos creían con obsti-

nación que las características y las capacidades pasaban de una generación a la siguiente. Si un padre o un abuelo habían conseguido el consulado y habían conducido a los ejércitos romanos a la victoria en el campo de batalla, contaban entonces con argumentos para considerar que el hijo o el nieto demostraría parecidas competencias. Las familias nobles se cuidaron de anunciar los logros alcanzados por las generaciones anteriores, situando los bustos y los símbolos del cargo en los atrios de sus casas, junto a las insignias distintivas de las generaciones actuales. Los funerales de los miembros de esas familias se realizaban en público e incluían discursos que no solamente cantaban las hazañas del difunto, sino también las de las generaciones anteriores, cuya presencia la representaban actores que llevaban máscaras y se vestían con sus símbolos respectivos y con los trajes correspondientes al cargo. El electorado romano sabía qué debía esperar de un Claudio o un Fabio y era más probable que les votaran a ellos que a una persona, cuyo nombre y el de su familia les fueran poco conocidos. Además de esa ventaja, las familias establecidas contaban con numerosos clientes, personas a las que habían hecho favores en el pasado y de las que se esperaba respaldo. Si los favores pasados no eran suficientes, entonces contaban también con riquezas para conseguir apoyos y montar una campaña alabando sus cualidades. Era muy difícil para un hombre cuyos antepasados no hubieran ejercido nunca un cargo que consiguiera una carrera distinguida. Si tal persona lograba alcanzar el consulado, entonces era conocido como un «hombre nuevo» *(novus homo)*. En cada generación, algunos «hombres nuevos» conseguían promocionarse siguiendo esa vía, añadiendo el nombre de sus familias a la nobleza ya existente, por lo que, a pesar de las dificultades, no era de ninguna manera imposible

alcanzar así el éxito. Los mismos «hombres nuevos», incluyendo a Catón el Viejo y, más tarde, a Cicerón, podían exagerar ellos mismos los obstáculos que habían debido salvar, añadiendo así un nuevo elemento a sus hazañas.[19]

Los senadores romanos competían duramente por conseguir un cargo importante y por el honor, la gloria y los beneficios financieros que éste conllevaba. La mayoría de los senadores nunca llegaban a alcanzar el consulado, que estaba monopolizado en buena medida por un pequeño número de familias ricas e influyentes. Durante los primeros años de la República, el cargo se encontraba sólo abierto a las pocas familias patricias, pero en esta época los plebeyos habían sido admitidos, y algunas de las familias plebeyas más antiguas eran casi tan aristocráticas y poderosas como las patricias. Hacia el siglo III a.C. era ya normal que hubiera, anualmente, un cónsul patricio y otro plebeyo. Esas familias bien establecidas poseían grandes riquezas, extensas redes de clientes y el prestigio de numerosos antepasados que habían destacado en el servicio a la República. En la narración de las Guerras Púnicas aparecían los mismos nombres una y otra vez, a medida que una nueva generación de la familia alcanzaba un cargo importante. El consulado conllevaba el mando en las guerras más importantes, y la mayor ambición de un aristócrata romano consistía en alcanzar la gloria militar. Una gran victoria daba derecho a celebrar un triunfo, honor que el Senado dedicaba a los comandantes que habían conseguido éxitos. Para esta ceremonia, el general se pintaba la cara con terracota roja, como las estatuas de Júpiter, y se revestía con las galas del dios, mientras cabalgaba por el centro de la ciudad, mostrando el botín de su victoria y con los soldados marchando en orden de parada militar. El único honor superior a éste lo constituía el derecho a dedicar una *spolia*

opima en el Capitolio, que sólo podían obtener aquellos generales que habían dado muerte al jefe enemigo en combate cuerpo a cuerpo. Antes del 265, solamente dos hombres, uno de ellos Rómulo, habían efectuado ese ritual. Los cónsules anteriores y aquellas personas que habían triunfado constituían un grupo superior entre los hombres de Estado más antiguos del Senado, unos hombres que contaban con una reputación *(auctoritas)* que exigía que se les invitase a tomar la palabra en los debates. Éstos competían entre sí para eclipsar a sus pares en gloria y reputación. Sus monumentos triunfales eran ricos en superlativos, pues todos ellos trataban de ser los mejores y los más grandes, habían conquistado un gran número de pueblos, habían destruido innúmeras ciudades, habían ganado numerosísimas batallas y eran quienes más cautivos habían convertido en esclavos. La competencia entre los senadores les animaba a hacer todo lo posible por servir al Estado de la manera más eficaz como magistrados pero, durante ese periodo, aquella rivalidad se hallaba muy controlada y contribuyó a mantener la estabilidad del Estado. Un aristócrata romano no tenía por objetivo derrocar la República, sino alcanzar éxito en las condiciones marcadas por aquélla. Era necesaria la preservación del Senado y de la República si el aristócrata deseaba ser reconocido por sus pares como uno de sus miembros preeminentes. Un senador romano nunca pensaría en desertar entregándose al enemigo con la esperanza de alcanzar el poder en una futura Roma derrotada.

Era habitual creer que el Senado romano se hallaba dividido en grupos políticos precisos o en facciones que se apoyaban en algunas de las familias dominantes. Se consideraba que éstas defendían políticas sólidas, hasta el punto de que se decía, por ejemplo, que la facción que se apoyaba en la fa-

milia de los Fabio, uno de los antiguos linajes patricios, favorecía la expansión hacia el sur de Italia, mientras que la Emilia tenía mayor predisposición a extenderse por territorios de ultramar. Se trataba de una idea atractiva, puesto que en el momento en que aparecía un cónsul relacionado por sangre, matrimonio o cualquier otro vínculo con cierta familia, automáticamente los historiadores defendían que aquél favorecía una determinada política, incluso aunque apenas se conociera nada del personaje y de lo que realmente había llevado a cabo. De esa manera, parecía que la política exterior romana seguía unas pautas que podían explicarse a partir de la fortuna cambiante de grupos familiares concretos. Nuestras antiguas fuentes no abonan tal supuesto, pues en ningún caso atribuyen a familias concretas específicos posicionamientos políticos, sino determinados rasgos característicos. El Senado romano, y sobre todo el reducido número de familias dominantes, formaban una comunidad muy pequeña cuyos miembros se casaban libremente entre sí, de tal manera que la mayoría de los personajes importantes de cualquier periodo mantenía algún lazo familiar, aunque fuera lejano. No era extraño que, en política, aparecieran contradicciones entre primos. Para los romanos, el término facción era negativo y se aplicaba de manera invariable a los oponentes políticos. Como es natural, los senadores trataban de hacerse con tantos amigos y aliados en el Senado como fuera posible, pero desde el mismo momento en que, en definitiva, entraban en competencia por los mismos cargos y honores, estos grupos eran inevitablemente muy inestables. Cuando sus intereses mutuos eran coincidentes, los senadores podían combinar la ayuda entre sí en sus respectivas campañas electorales con el hecho de verse involucrados en una disputa legal. Tales relaciones no eran permanentes, y

podían abandonarse en el momento en que no sirvieran ya a un objetivo útil. Solamente se podía confiar en los miembros directos de la familia. La política romana se basaba en conseguir el éxito personal y familiar, no en la formulación de una política a largo plazo. Su ritmo venía marcado por el año político, mediante elecciones anuales y la asignación de las provincias.[20]

En Roma, la competencia aristocrática era ardiente, aunque se hallaba fuertemente controlada, y la República, al igual que Cartago, demostraba ser mucho más estable que muchas de las ciudades-Estado griegas. El historiador griego Polibio creía que tal cosa era debida a que poseía una constitución mixta (el ideal de la teoría política griega), que combinaba los tres principales tipos de gobierno considerados como condiciones naturales de un Estado civilizado: la monarquía, la aristocracia y la democracia. En Roma, los magistrados y, en especial, los cónsules poseían un poder enorme y encarnaban el elemento monárquico, mientras que el papel consultivo de carácter más permanente representado por el Senado hacía pensar en una aristocracia. La democracia la proporcionaban las Asambleas Populares, que declaraban la guerra, elegían a los magistrados, aprobaban las leyes y nombraban a los diez tribunos de la plebe. El poder de cada grupo equilibraba el de los demás, de tal manera que ninguna institución del Estado poseía un poder dominante. Algunos comentaristas modernos han aceptado la perfección de la versión de Polibio, si bien la mayoría consideran que el elemento oligárquico representado por el Senado constituía la fuerza dominante del Estado. No obstante, ciertamente uno de los principios fundamentales de la política romana consistía en que nadie, a título individual, pudiera alcanzar un poder omnímodo. Por eso había dos cónsules, cada uno

de ellos con el mismo *imperium*, que ejercían el cargo durante doce meses y después regresaban a la vida privada, puesto que era ilegal conservar el mismo cargo durante varios años consecutivos y, en teoría, debía pasar una década hasta poder acceder de nuevo al mismo cargo. La competencia entre los senadores por el más importante de los cargos convertía en muy poco frecuente que se obtuviera más de una vez, y de manera muy excepcional más de dos. Solamente en momentos de profunda crisis se suspendía el orden normal y se nombraba un dictador único con poderes supremos que incluso superaban los de los propios cónsules. Aun así, este cargo no podía desembocar en la dominación del Estado, pues solamente se ejercía durante seis meses. Muy a menudo se usaba como la vía para convocar elecciones a las magistraturas del año siguiente en ausencia de los cónsules ordinarios, y el dictador dimitía transcurridos algunos días.[21]

Las estructuras políticas de Roma no explican por entero el fuerte sentimiento de pertenencia a una comunidad que mantenía unidas a todas las clases del Estado. Desde una perspectiva moderna, la sociedad romana puede parecer realmente injusta. Las clases más prósperas tenían un influencia política desproporcionada y una pequeña elite monopolizaba los cargos importantes. No obstante, no existe evidencia alguna que sirva para indicarnos que los ciudadanos más pobres tuvieran realmente la sensación de hallarse injustamente en desventaja. Aunque sí parece que esos ciudadanos más pobres habían sido bastante deferentes en su actitud ante los poderosos, sin embargo se sentían libres para mostrar su opinión sobre sus líderes en algunas circunstancias, como cuando los soldados, marchando en triunfo, acostumbraban a referirse con canciones obscenas a su comandante. El patronazgo invadía la sociedad romana, rela-

cionando entre sí a todas las clases en un íntimo vínculo de dependencia mutua. Los patronos esperaban respaldo y respeto de sus clientes; por ejemplo, los senadores pedirían su apoyo político y electoral, pero, a cambio, los clientes esperaban recibir ayuda en sus propios asuntos. Aunque de manera indirecta, ya fuera a través del patrón del patrón de su patrón o incluso siguiendo una sucesión aún más lejana, la mayoría de los ciudadanos más pobres contaban con alguna forma de acceso a quienes se encontraban en el centro del poder. También era posible la promoción social, y quizás de manera bastante más fácil de lo que a menudo se imagina. Los ciudadanos romanos se identificaban a sí mismos de forma muy profunda con la República y se sentían parte de ella. Cuando el Estado entraba en guerra participaban todas las clases, cada una de ellas de acuerdo con su nivel de prosperidad, y todas compartían tanto el peligro como los premios por la victoria, aunque los más poderosos fueran quienes más se beneficiaran de estos últimos.

El ejército romano

Lo mismo que las ciudades-Estado griegas, Roma poseía originariamente un ejército de hoplitas, compuesto por ciudadanos suficientemente ricos como para poderse equipar con todo el armamento correspondiente a quienes formaban parte de la infantería pesada. La mayoría de los hoplitas eran granjeros que sólo se podían permitir algunas semanas de campaña antes de verse obligados a regresar a sus campos. Como consecuencia, un conflicto entre los ejércitos de hoplitas de dos ciudades-Estado era de breve duración, y se decidía por lo común en un único choque entre las falanges rivales. En Roma se conservó el principio de la milicia ciudadana mucho después de que otros Estados comenzaran a confiar en soldados profesionales. No obstante, los romanos modifi-

caron el sistema para hacer frente a las demandas que exigían aquellos conflictos que tenían lugar cada vez más lejos de la ciudad, hasta el punto de que acabó por romperse la íntima unión entre el soldado hoplita y el año agrícola. Desde principios del siglo IV, el Estado romano pagaba a sus soldados por la duración del servicio. El sueldo no era muy alto y ciertamente no convertía al ejército en una carrera, pero mantenía al soldado durante su servicio. En aquel tiempo, los hombres servían en el ejército hasta que eran licenciados, por lo general al final de la campaña, que podía durar más de un año. Se hizo algún esfuerzo por distribuir las obligaciones del servicio militar entre toda la población, desde el momento en que fue bastante poco frecuente que se necesitara algo más de una pequeña minoría de ciudadanos para formar parte del ejército durante un año. La legislación señalaba que un hombre no pudiera servir más de dieciséis campañas y era poco probable que muchos alcanzaran ese máximo con anterioridad a las Guerras Púnicas. Efectivamente, el ejército romano había pasado de ser una milicia ciudadana a algo que se parecía a un ejército de reclutas similar a aquellos que aparecieron en Europa después de la Revolución Francesa. El Estado podía convocar a los ciudadanos para que sirvieran en el ejército, y les proporcionaba comida y una paga a lo largo de la duración del servicio, pero también les obligaba a aceptar la legislación militar y un riguroso sistema de disciplina. La buena voluntad de los ciudadanos romanos para someterse a estas condiciones permitió a Roma desarrollar un ejército que era mayor, mejor entrenado y más complejo que aquellos otros formados por ciudadanos de cualquier otra ciudad-Estado.[22]

Polibio es quien nos presenta el retrato más detallado del ejército romano, pero es difícil saber si todas las prácticas que él describe se siguieron durante todo el periodo de las Guerras Púnicas. Su descripción del ejército parece referirse a la Segunda Guerra Púnica, aunque en ocasiones se ha defendido que habla de mediados del siglo II. No sabemos si los ejércitos que entraron en combate durante la Primera Guerra Púnica eran significativamente diferentes a éste en estructura y tácticas, pero las breves descripciones de las batallas de ese conflicto no sugieren tal cosa.[23]

En su origen, la palabra *legio* (legión) significaba sencillamente ejército o leva y hacía referencia a la fuerza total reclutada por el pueblo romano en un año. No obstante, a medida que fue aumentando el número de ciudadanos que se enrolaban en el servicio militar, la legión se convirtió en la subdivisión más importante del ejército. En el siglo III, la legión se componía de cinco elementos. Su principal fuerza consistía en tres cuerpos de infantería pesada. Todos aquellos hombres contaban básicamente con la misma cantidad de propiedades y se les distribuía según la edad y la experiencia. Los más jóvenes formaban el primer cuerpo y se les conocía como los *hastati*. En el segundo se encontraban todos cuantos estaban a punto de finalizar la veintena o que acababan de entrar en la treintena, edad considerada por los romanos como la mejor época de la vida, y a quienes se llamaba *principes*. El tercero, el cuerpo de retaguardia de la infantería pesada, lo formaban los *triarii*, los soldados más viejos y experimentados.

Cada uno de esos tres cuerpos de infantería pesada estaba dividido en diez manípulos. Los manípulos de *hastati* y de *principes* los formaban unos ciento veinte hombres, aunque en tiempos de crisis, cuando se reclutaban legiones mucho

más numerosas, debieron incrementarse hasta alcanzar incluso los ciento sesenta individuos. Los manípulos de los *triarii* estaban compuestos siempre por sesenta hombres. Todos los manípulos estaban divididos en dos centurias, comandada cada una de ellas por un centurión, pero no luchaban de manera independiente y el manípulo constituía la unidad táctica básica de la legión. Si se encontraban presentes ambos centuriones, entonces el mando de la centuria de la derecha era el principal y, por tanto, el que dirigía el manípulo. Los centuriones eran elegidos generalmente entre los soldados con experiencia probada, más que entre hombres especialmente valerosos, pero no podían ser analfabetos, puesto que incluso, en esa época, el ejército había desarrollado una considerable burocracia. El segundo en el mando era el *optio* (asistente del centurión), quien probablemente se situaba en retaguardia de la formación y tenía por función mantener las filas ordenadas. Otros oficiales del manípulo eran los *signifer*, que portaban el estandarte, y los *tesserarius*, que supervisaban los puestos de centinelas durante la noche y distribuían la contraseña del día en una *tessera* de arcilla. En su narración, Polibio menciona dos veces una cohorte legionaria, diciéndonos que es a lo que los romanos llamaban una unidad de tres manípulos, aunque el griego es ligeramente ambiguo. A finales de la República, la cohorte formada por un manípulo de *hastati*, otro de *principes* y uno de *triarii* había sustituido al manípulo como unidad táctica básica de la legión. Es probable que cuando otros autores mencionan a las cohortes legionarias durante las Guerras Púnicas están cayendo en un anacronismo. No existe indicio alguno para hacernos pensar que, en el siglo III, fuera una subdivisión permanente de la legión, y es más seguro que el término «cohorte» sirviera simplemente para describir cual-

quier formación *ad hoc* mayor que un manípulo, aunque quizás eran particularmente comunes los destacamentos formados por tres manípulos.[24]

El equipo defensivo era el mismo para los tres cuerpos. El elemento más importante lo constituía el escudo ovalado de forma semicilíndrica, convencionalmente conocido como *scutum*, de 1,2 m de longitud y 76 cm en su zona más ancha. Estaba formado por tres láminas de contraplacado pegadas juntas y cubierto de piel de ternero, combinación que le convertía en flexible y resistente a un tiempo. Los bordes superior e inferior se hallaban protegidos por bandas de metal para protegerse de los cortes de espada, mientras que las láminas de madera eran más gruesas en el centro. El escudo se sostenía mediante una empuñadura horizontal situada detrás del cuerpo central, que generalmente era de bronce o hierro, pero que, en ocasiones, quizás fuese de madera. A juzgar por las reconstrucciones basadas en un modelo del siglo I, encontrado en Egipto, y que ha llegado hasta nuestros días, el escudo romano era muy pesado, de unos 10 kg. Durante los momentos de calma en medio de la lucha, se le podía hacer descansar sobre el suelo, pero durante el combate se mantenía rígidamente ante el legionario, ofreciéndole una buena protección para el cuerpo hasta la altura de las rodillas. Además del escudo, un legionario llevaba un casco de bronce, grebas también de bronce y alguna forma de armadura para el cuerpo. Los más ricos lucían cotas de malla formadas por anillas de hierro unidas entre sí que, si bien pesadas, eran a un tiempo flexibles y ofrecían una buena protección. Los legionarios más pobres se protegían con un peto circular o cuadrangular, una placa de bronce suspendida mediante correas de piel, que sólo cubría la cavidad torácica. Al contrario que el diseño griego, realizada en bronce flexible y que se

sujetaba a la pierna adquiriendo la forma de ésta, la greba romana se ligaba directamente. En algunos casos, había quien vestía sólo una greba, normalmente en la pierna izquierda, que era la que se encontraba más cercana al enemigo en la postura clásica de lucha romana, ya que el hombre giraba su parte izquierda hacia el enemigo, protegiendo el cuerpo tanto como le fuera posible tras el escudo. Los cascos romanos más comunes parece que siguieron los diseños montefortino y etrusco-corintio, puesto que ambos ofrecían buena protección de la parte superior de la cabeza. Esa zona se hallaba coronada por una elevada cresta, formada por dos plumas, una púrpura y otra negra, según Polibio. Esa cresta conseguía hacer aparecer más alto al soldado y más intimidador ante el adversario.[25]

Todos los legionarios hacían uso, por encima de todo, de la espada, y posiblemente fue durante o después de la Primera Guerra Púnica cuando los romanos adoptaron la que denominaban como «espada española», el corto e inciso *gladius*, que se convertiría en su arma habitual hasta el siglo III d.C. Copiada probablemente de los mercenarios españoles al servicio de los cartagineses, el *gladius* tenía una hoja de unos 51-61 cm de longitud y acababa en una larga punta triangular diseñada para agujerear las corazas. La mayoría de los ejemplos nos revelan su elevada calidad artesanal y confirman que la espada era capaz de conservar sus bordes extraordinariamente afilados. Los *triarii* mantenían la antigua lanza puntiaguda de los hoplitas, pero tanto los *hastati* como los *principes* iban equipados con el *pilum*, la famosa jabalina pesada romana. Los orígenes de esta arma son tan poco claros como la fecha de su introducción, pero es evidente que se hallaba en uso en el último cuarto del siglo III, y no hay razón alguna para creer que no se utilizara ya en la Primera Guerra

Púnica. Polibio nos dice que cada legionario cargaba con dos *pila*, una más pesada que otra, aunque no ha sido posible categorizar los ejemplos que han llegado hasta nosotros con nitidez. En todos los casos, un astil de madera de 1,2 m de longitud se hallaba unido a la parte final de una delgada barra de hierro de 61-76 cm de largo, coronada por una pequeña pieza de forma piramidal. El considerable peso de un *pilum* al arrojarse se concentraba en ese último punto, y el impulso recibido le permitía atravesar el escudo del enemigo y conseguía aún que esa estrecha punta continuase avanzando y penetrase en el cuerpo del blanco elegido. Incluso aunque no se lograra herir al enemigo, era difícil extraer el *pilum* del escudo, obligando así al contrario a deshacerse de él y luchar sin protección.[26]

Los ciudadanos más pobres y aquellos que todavía no se podían considerar suficientemente adultos como para unirse a los *hastati* servían como infantería ligera o *velites*. Aunque se ha dicho en ocasiones que los *velites* sólo se introdujeron en 211 sustituyendo a los peor armados y menos eficientes *rorarii*, la base de esa afirmación es una dudosa interpretación de un único pasaje de Livio. Es más probable que los dos términos fueran sinónimos, aunque quizás el de *velites* se convirtiera en concepto de uso común en periodos posteriores. Polibio nos describe a los *velites* como armados con un *gladius* y un haz de jabalinas ligeras. Iban protegidos por un escudo circular de 40 cm de diámetro, y muchos de ellos portaban cascos que cubrían con trozos de pieles de animales (a menudo, pieles de lobo), para hacerse más notables a ojos de sus propios oficiales. No está claro cómo se organizaban los *velites*, ya que ciertamente no constituían manípulos. Seguramente estaban adscritos, al menos para fines administrativos, a los manípulos de la infantería pesada. Durante la

batalla, llevaban a cabo una lucha de escaramuzas en orden abierto, apoyándose en alguno de los tres cuerpos de infantería o en la caballería. Por lo general, había mil doscientos *velites* para dar apoyo a los tres mil componentes de la infantería pesada de la legión, pero su número debía incrementarse en tiempo de crisis.[27]

Al igual que el de los *triarii*, el número de componentes de la caballería de una legión no variaba nunca. Eran siempre trescientos jinetes divididos en diez *turmae* de treinta, mandada cada una de ellas por tres decuriones. La caballería se reclutaba entre los ciudadanos más ricos del Estado, incluidas las dieciocho centurias más importantes de la asamblea de electores, los *Comitia centuriata*, a quienes se les asignaba un *equo publico*, lo que obligaba al Estado a subvencionarles con el coste de una nueva montura en el caso de que su caballo fuese muerto durante el servicio activo. Catón presumiría más tarde de que a su abuelo le habían matado cinco caballos montados por él en combate y que le habían sido restituidos por el Estado. Este grupo incluía a los hijos de los senadores y fue en la caballería donde muchos de ellos habían servido en alguna de las diez campañas que eran necesarias para poder ser elegido para un cargo público. El servicio como jinete le ofrecía a una persona la oportunidad de hacerse con un nombre que le ayudaría en su consiguiente carrera. Como resultado de todo ello, la caballería romana se comportaba generalmente con gran bravura y tendía a exponerse dando muestras de valentía mediante combates cuerpo a cuerpo. Su táctica principal consistía en realizar una carga impetuosa en combate, pero, en medio de una campaña, mostraban escasa habilidad para hacerse con información sobre el enemigo. Un Polibio disgustado menciona el equipamiento de la caballería romana antes de que adoptara el de

estilo griego, pero no se preocupa en describir este último con detalle, suponiendo que su audiencia ya debía estar familiarizada con él. No obstante, los jinetes romanos parece ser que portaban un escudo redondo, llevaban un casco de bronce y una coraza de malla o escamas, e iban armados con una lanza y una espada, un arma posiblemente más larga que el *gladius*. Es probable que ya emplearan la silla de cuatro cuernos que posteriormente proporcionaría a la caballería romana un asiento firme, cuya carencia de estribos no les suponía dificultad alguna, copiando quizás la silla posiblemente inventada por los galos.[28]

Cada legión estaba mandada por seis tribunos militares elegidos, a menudo jóvenes aspirantes a políticos pero entre quienes se incluían en ocasiones antiguos magistrados con experiencia. Formando parejas, los tribunos ejercían el mando supremo por turno. Cuando una legión entraba en campaña, normalmente se veía apoyada por un *ala* compuesta de soldados aliados y que estaba formada más o menos por el mismo número de infantes y por unos novecientos jinetes. Por lo que sabemos, el equipamiento de ésta y sus tácticas eran esencialmente iguales a las de la legión, pero debemos reconocer que nuestras fuentes raramente nos ofrecen demasiados detalles sobre las tropas aliadas. Cada una de las colonias latinas aportaba una cohorte de infantería y una *turma* de caballería. No está muy claro si las cohortes tenían un tamaño estándar, y hemos oído hablar de unidades cuyas fuerzas variaban entre los cuatrocientos y los seiscientos hombres. La flor y nata de la infantería aliada estaba formada por cohortes de *extraordinarii*, que acampaban cerca de la tienda del general y se hallaban a su inmediata disposición. Estas tropas encabezaban la columna durante el avance y cubrían la retaguardia en la retirada. El *ala* estaba mandada por

tres prefectos de los aliados *(praefecti sociorum)*, que eran ciudadanos romanos. Llama inmediatamente la atención el hecho de que ninguna unidad del ejército romano tuviera un mando único. Había seis tribunos en una legión, tres prefectos en un *ala*, dos centuriones en un manípulo y tres decuriones en una *turma* de caballería. Solamente en el caso de los centuriones se nos cuenta que había un solo personaje importante por manípulo. Parece ser que, en todos los demás supuestos, los romanos extendieron al ejército su arraigado desagrado a confiar el poder político a un solo hombre y su preferencia por los colegios de magistrados. Desde la perspectiva actual, ese sistema parece imperfecto, y finalmente sería abandonado por los últimos ejércitos romanos profesionales, pero demostró su adecuación a las tácticas relativamente sencillas que, durante ese periodo, usaban las legiones.

Ciertamente, el elevado número de oficiales hacía más fácil el control de un ejército romano. Los centuriones se elegían entre los soldados más valientes, aunque Polibio insiste en que era normal promocionar al cargo a líderes natos, más que a buenos combatientes a título individual. Se suponía que un centurión debía estar con sus hombres, dirigiéndolos en el frente y ofreciéndoles su ejemplo personal. La obstinación y la negativa a dar un solo palmo de terreno por perdido se consideraban una de sus mayores virtudes. Por lo general, el ejército romano hacía también hincapié en la intrepidez individual, disponiendo de un complejo sistema de condecoraciones y recompensas. Un soldado que salvara la vida a un ciudadano recibía la más alta condecoración, la *corona civica*, una corona de laurel que portaba en cada festival público de Roma y que imponía un gran respeto. Después de una batalla o al final de una campaña, los mandos romanos

hacían galas formales donde se recompensaba el valor manifestado, se leían públicamente las hazañas de cada uno de los soldados y éstas eran admiradas por todo el ejército dispuesto en formación cerrada. Las mayores recompensas quedaban reservadas a hechos individuales destacados, tales como la lucha cuerpo a cuerpo cuando no había ninguna necesidad de hacerlo. La agresividad se potenciaba en todos los cuerpos del ejército romano. El ejército dejaba claro cuál era el comportamiento que se esperaba de sus hombres, y estaba dispuesto a castigar tanto como a premiar. Una unidad que cayera estrepitosamente en combate y huyera despavorida podía llegar a ser diezmada, es decir, a ser golpeado hasta la muerte uno de cada diez de sus miembros. A los restantes, como humillación simbólica, se les daba de comer cebada en lugar de trigo y se les obligaba a acampar fuera de las defensas. Oímos contar que a unos legionarios derrotados se les obligaba a comer de pie en lugar de hacerlo reclinados a la usual manera romana. Los niveles disciplinarios a que estaban dispuestos a someterse los ciudadanos romanos durante su servicio militar eran extremadamente duros y muy parecidos a los de un ejército profesional. Los centinelas a quienes se descubría durmiendo, apoyados por lo general en sus grandes escudos, sufrían la pena capital, al igual que aquellos que robaban a sus camaradas o quienes realizaban prácticas homosexuales.[29]

La disciplina del ejército romano durante ese periodo fue, a menudo, muy dura, hasta el punto de que los ciudadanos perdían buena parte de la protección que la ley ofrecía a los civiles. Ya desde las fechas más tempranas, los ejércitos romanos generaban gran cantidad de burocracia y vivían en medio de una rígida rutina diaria. Esa situación se evidenciaba en los campamentos del ejército en campaña, en la orga-

nizada estructura impecablemente desplegada que exhibía cada noche un ejército en marcha. Construido siempre siguiendo el modelo conocido, un campamento tenía cuatro puertas y dos calles principales que se cruzaban en un ángulo de noventa grados ante la principal concentración de las tiendas de mando. Todo estaba regulado, desde la disposición de las tiendas de cada unidad y los bagajes hasta los servicios que deberían llevar a cabo los diferentes contingentes; por ejemplo, los *triarii* eran siempre los encargados de montar guardia ante las hileras de caballos. También estaba asignada con entera claridad la responsabilidad que tenían diferentes oficiales de supervisar a los centinelas y los piquetes situados alrededor del campamento y de transmitir las órdenes para la marcha del día siguiente.

Casi todos los años, la República romana contaba en el campo con cuatro legiones. Cada cónsul recibía un ejército formado por dos legiones y dos *alae*. Durante la batalla, las legiones ocupaban el centro de la formación, con un *ala* en cada flanco. Por esta razón, las *alae* eran conocidas a menudo como *ala* izquierda y *ala* derecha. Por lo general, las legiones estaban numeradas; un cónsul mandaba la Primera y la Tercera, y el otro la Segunda y la Cuarta. Parece ser que todas las legiones existentes se volvían a numerar cada año para que, de esa manera, muy pocas de sus unidades desarrollaran un sentimiento duradero de espíritu de cuerpo o de identidad. Antes del año 264 era extraño que un pretor recibiera un mando militar, pero durante las Guerras Púnicas se convirtió en un hecho común. Un ejército pretoriano estaba formado normalmente por una sola legión y un *ala*. Cada año se asignaban en primer lugar a los cónsules las operaciones más importantes y de gran envergadura, y, a continuación, se les encargaba a los pretores la ejecución de campa-

ñas de menor calado. Generalmente, una legión romana reunía una formación de cuatro mil doscientos soldados de infantería y trescientos jinetes, pero no constituía una cantidad fija ni impuesta de manera rígida. De acuerdo con la potencia de que dispusiera el enemigo, según la consideración del Senado, el tamaño de la legión podía verse incrementado hasta cinco mil, cinco mil doscientos o incluso seis mil soldados, lo que se conseguía aumentando los manípulos de *hastati* y *principes*, e incrementando el número de *velites*. Todo ello no requería ningún cambio significativo en la organización de la legión o del sistema táctico. Exactamente de la misma forma se podía aumentar el tamaño del *ala*, lo que explicaría en parte la variación en el tamaño registrado de las cohortes latinas. En tiempos de crisis extremas, a cada cónsul se le podían asignar cuatro legiones, en lugar de las dos habituales.[30]

El ejército romano de ese periodo operaba de la manera más eficaz con el ejército consular formado por dos legiones y dos *alae*. Esta fuerza de, cuando menos, veinte mil hombres se hallaba bien equilibrada, con algo así como un diez por ciento formando la caballería, y con una clara estructura de mando liderada por la indiscutible autoridad del cónsul. Era suficiente para llevar a cabo numerosas tareas, pero no existía un mecanismo claro que proporcionara una estructura de mando a un ejército compuesto por las fuerzas de más de un cónsul. El cargo temporal de dictador, cuya autoridad sobrepasaba a la de los demás magistrados, era extremadamente raro. Cuando dos cónsules unían sus fuerzas, cada uno de ellos detentaba el mando en días alternos. El sistema no era el ideal, y ciertos autores lo utilizaron posteriormente para explicar algunos de los tempranos desastres de la Segunda Guerra Púnica. No obstante, a principios del siglo III,

ambos cónsules habían unido sus fuerzas de manera ocasional y parece ser que operaron sin mayores problemas. Los dos ejércitos consulares participaron también en la victoria de Telamon el año 225; pero, en este caso, las acciones de los dos ejércitos no estaban acordadas, sino que fueron resultado de una feliz casualidad, puesto que ninguno de los cónsules conocía la presencia del otro antes de la batalla. El sistema de compartir el mando no era el ideal, pero hubo que esperar a la llegada de un comandante con la enorme capacidad de Aníbal para explotar las oportunidades que tal sistema le ofrecía a un adversario.[31]

Formar el ejército romano y, a continuación, adiestrarlo y prepararlo hasta alcanzar un nivel razonable llevó su tiempo. A lo largo de su historia, el concepto que los romanos tenían del jefe militar ideal era siempre el de un hombre que adiestraba con todo cuidado y que preparaba a su ejército antes de arriesgarlo en combate. Las mayores legiones y las *alae* se mantenían en servicio un periodo tanto más largo cuanto más tiempo hubieran estado adiestrándose y cuanta más experiencia hubiesen alcanzado; de esa manera, poco a poco iba aumentando su eficacia. Los ejércitos que habían servido durante la mayor parte de la Segunda Guerra Púnica no podían diferenciarse posteriormente de los militares profesionales. La debilidad del sistema romano consistía en que cada vez que se licenciaba a las legiones y tenía que reclutarse un nuevo ejército, todo el proceso debía empezar de nuevo desde el principio. La mayoría de las levas de ciudadanos incluían hombres que habían realizado ya servicios previos, pero, aunque eso contribuía a formar un poderoso ejército para el combate, no lo convertía en un elemento imprescindible, puesto que era muy posible que aquellos soldados no hubieran servido juntos en las mismas unidades y a las órde-

nes de los mismos oficiales. A partir del siglo II apenas contamos con pruebas que hagan pensar en alguna clase de oficiales subalternos y de centuriones semiprofesionales que consideraran el ejército como una carrera. No está nada claro el número que suponía aquel grupo y no tenemos ni idea de si esa clase de soldados existía ya en el siglo III.[32]

En el sentido moderno de la palabra, los generales romanos eran aficionados, ya que no recibían una preparación formal para el mando. El ciclo político de doce meses conseguía que muy pocos disfrutaran alguna vez de largos periodos de mando, una situación común en el caso de sus enemigos púnicos. En el tema que nos ocupa, sólo Amílcar Barca y Aníbal se mostraron mucho más cualificados que sus oponentes romanos. Durante las últimas fases de la Primera Guerra Púnica, el electorado romano parecía haber favorecido la reelección de hombres experimentados, situación que se volvería aún mucho más común en la Segunda Guerra, cuando el Senado hizo también un uso extenso de su poder para prorrogar el *imperium* de un magistrado uno o más años adicionales. De esta manera se retuvo a numerosos líderes muy capaces, hasta el punto de que algunos de ellos mandaron el mismo ejército durante varios años hasta el final del conflicto. No obstante, lo mismo que sucedía con el éxito en las elecciones, el hecho de que una persona mantuviera el mando militar durante un periodo más largo de tiempo dependía normalmente más de su influencia política que de su capacidad. El sistema romano dio como fruto algunos incompetentes que llevaron a sus ejércitos al desastre, pero también produjo hombres de un talento excepcional, entre los que destaca por encima de todos Escipión Africano. En promedio, los mandos romanos parecen, como mínimo, tan buenos como sus colegas púnicos. Ciertamente, es pro-

bable que fueran mucho más agresivos y, aunque ello conllevaba el riesgo de la precipitación, producía también victorias más espectaculares. Se ha afirmado habitualmente que el ejército romano conseguía sus victorias a pesar de los defectos de sus oficiales aficionados, cuya inexperiencia se veía compensada por la cualificación de hombres más jóvenes, en especial los centuriones. Sin embargo, los mandos romanos debían tomar numerosas decisiones importantes antes de entrar en combate y se mostraban muy activos durante la lucha, prestando atención a los más nimios detalles de la acción. Se trataba de un estilo de mando que exigía una cualificación considerable. Aunque no recibieran una preparación formal, no deberíamos olvidar que la mayoría de los principales oficiales romanos contaban con una dilatada experiencia militar antes de alcanzar los rangos más elevados. Eran también el producto de una clase que valoraba la gloria militar por encima de cualquier otra cosa y que tenía las ideas muy claras de cómo debían hacer frente sus miembros al peligro de la batalla. Se esperaba que un senador encarnase las características implícitas en la palabra latina *virtus*, que abarcaba no sólo el coraje físico, sino también la capacidad técnica y táctica.[33]

La formación romana habitual de combate era la *triplex acies*, basada en los tres cuerpos de la infantería pesada legionaria. Los manípulos de los *hastati* se desplegaban formando entre seis y ocho filas en fondo, dejando entre cada manípulo un intervalo equivalente al frente de la unidad. La formación de los *principes* era idéntica, pero los manípulos estaban situados detrás del espacio vacío que dejaba la línea de los *hastati*. De la misma manera, los manípulos más pequeños de los *triarii* cubrían los espacios vacíos que quedaban entre las unidades de la segunda línea. Así se creaba co-

mo un tablero de damas formado por manípulos, a la manera del *quincunx* o número cinco en el juego de los dados. Polibio nos dice que cada legionario romano ocupaba un frente y un fondo de 1,8 m, aunque una fuente posterior da como más seguro que el frente fuera sólo de 90 cm y de alrededor de 2 m de fondo. La distancia existente entre las filas era indispensable para permitir que los legionarios arrojaran sus *pila*. Dando como válido un frente de 90 cm por hombre y una profundidad de seis filas por unidad, entonces un manípulo de *hastati* o de *principes* ocuparía un frente de unos 18 m y una profundidad algo superior a los 11 m. Una legión completa formaría un frente de unos 365 m, permitiendo los intervalos entre los manípulos, y la infantería de un ejército consular ocuparía algo así como una milla, asumiendo, como parece probable, que las *alae* se desplegaban en una formación parecida. No contamos con prueba directa alguna de la distancia entre los tres cuerpos, y los cálculos anteriores deben aceptarse hasta cierto punto como una conjetura, pero nos proporcionan una idea aproximada de su tamaño.[34]

Nuestras fuentes afirman de manera clara que la legión se desplegaba para la batalla dejando amplios intervalos entre los manípulos de cada línea. Las ventajas de tales formaciones abiertas para moverse campo a través eran evidentes, ya que permitían a las secciones de una línea sortear cualquier obstáculo sin perder su orden, algo que hubiera sido imposible tratándose de una formación cerrada. No obstante, la inmensa mayoría de los estudiosos han rechazado la creencia de que la legión habría combatido, de hecho, conservando espacios entre las líneas, puesto que seguramente eso hubiera permitido a una carga enemiga infiltrarse entre los espacios de la unidad romana, rodeando y arrollando a cada manípulo por separado. Por tanto, han propuesto varios esque-

mas que permitirían a la legión alterar su formación y crear una línea sólida e indestructible antes de entrar en contacto con el enemigo. Unido a este problema se halla la pregunta de cómo los tres cuerpos de la *triplex acies* actuaban entre sí. Es evidente que el sistema táctico romano se basaba en el principio de que las líneas debían poderse apoyar entre ellas. De alguna forma, los *principes* y los *triarii* actuarían unidos durante el combate, y se ha afirmado que incluso podían avanzar y sustituir a las tropas de la línea de vanguardia, aunque no sea fácil entender cómo lo conseguían. El problema es especialmente complejo si se acepta que, una vez en contacto con el enemigo, los manípulos se agrupaban formando un frente sólido. De hecho, es mucho más probable que no fuera así, y que se mantuvieran en el combate los espacios entre las líneas; pero para poder entender el sistema táctico romano debemos observar primero la naturaleza de las guerras y batallas en ese periodo.

El arte de la guerra en el siglo III a.C.

Los principales avances, tanto en la teoría como en la práctica militares con anterioridad a las Guerras Púnicas, ocurrieron todos ellos en el mundo griego. Las ciudades-Estado griegas fueron las primeras en desarrollar las falanges de hoplitas, una densa masa de soldados de infantería bien armados, que avanzaba y luchaba arrollando cuanto se les ponía en el camino. En tierra, esos hombres armados con espadas demostraron ser superiores a cualquier otra clase de combatientes hasta comienzos del siglo IV. Se trataba de un sistema de lucha especialmente diseñado para los soldados-granjeros griegos, que deseaban resolver las campañas rápidamente para poder regresar de inmediato a trabajar en sus granjas. No exigía demasiada habilidad técnica y tampoco una excesiva preparación, para las que los ciudadanos grie-

gos (si se hace excepción de los espartanos) tenían poco tiempo, pero sí un gran coraje y una intensa solidaridad de grupo, algo que los hoplitas de las ciudades-Estado poseían en abundancia. Las tácticas eran sencillas, en especial cuando dos falanges parecidas se enfrentaban la una a la otra en una guerra entre ciudades rivales, y sutilezas tales como las tropas de reserva eran absolutamente desconocidas. Numerosas guerras eran cosa de unas semanas y se resolvían después de un día de batalla en alguna de las escasas llanuras con que contaba la Península Helénica. El arte de la guerra fue evolucionando en Grecia a medida que iba cambiando la sociedad y, en los siglos v y iv, aparecieron en un número cada vez mayor los soldados profesionales, las campañas tendieron a durar mucho más y dejaron de estar sujetas a la duración del año agrícola, mientras que el generalato y las tácticas fueron adquiriendo importancia. Filipo II y Alejandro Magno de Macedonia dirigieron soldados profesionales bien preparados y disciplinados, formando ejércitos en los que se incluían secciones de caballería pesada y ligera, y cuerpos de infantería ligera que acompañaban a la infantería pesada de las falanges que, en lugar de espadas, ahora iba armada con lanzas que se sostenían a dos manos. Fue con un ejército de esa clase con el que Alejandro alcanzó la India a través de Oriente Próximo en algo más de una década. En ese momento, el sistema militar heleno había demostrado su superioridad sobre cualquier otro de los existentes en el mundo, pero después de la muerte de Alejandro y de la desmembración del imperio en varios reinos sucesores en disputa, los ejércitos al estilo macedónico se encontraron enfrentándose a menudo a otras fuerzas parecidas. Allí donde ambos bandos hacían uso del mismo sistema táctico y de idéntico equipamiento, era mucho más difícil alcanzar una victoria decisiva.

Como consecuencia de ello, esos ejércitos comenzaron a experimentar con toda clase de armas inusuales, como los carros armados con cuchillas, los elefantes de guerra y una caballería provista de una pesada armadura de escamas, en un intento por conseguir cierta ventaja sobre el enemigo. También se concedió mucha más importancia al papel del comandante, que trataría de obligar a que se presentase batalla en las condiciones más favorables para su propio ejército y de evitar el contacto si la situación se había puesto en su contra.

Ni los romanos ni los cartagineses contaban con un ejército moderno basado en el modelo helenístico, pero las campañas que se libraron entre ellos iban a hacerse en buena medida siguiendo el arte de la guerra helenística contemporánea. El elemento más importante y decisivo de la guerra continuó siendo la batalla campal, aunque las incursiones por sorpresa y los asedios comenzaron ahora a desempeñar un papel mucho más significativo del que habían tenido en la época de la confrontación entre hoplitas. Una clara victoria conseguida en una batalla en campo abierto era la mejor manera de ejercer presión sobre el enemigo, pero existía también la posibilidad de la derrota, por lo que la batalla suponía un riesgo que no se debía tomar a la ligera. Un número elevado de bajas era difícil de sustituir con rapidez, desde el momento en que tanto los mercenarios cartagineses como los soldados de leva romanos exigían tiempo para convertirse en una fuerza de combate en la que poder confiar. Incluso, aunque la mayoría de un ejército derrotado consiguiera sobrevivir al encuentro se veía profundamente hundido en su moral, por lo que era improbable que pudiera enfrentarse al mismo enemigo de nuevo con alguna posibilidad de éxito hasta pasado algún tiempo. Las batallas no se libraban prácticamente nunca

por otros motivos estratégicos que el de destruir el ejército enemigo; por tanto, un buen comandante buscaba presentar combate cuando consideraba que tenía muchas posibilidades de victoria y evitaba la confrontación de no ser así.

Las campañas de las Guerras Púnicas cubrieron un territorio muy extenso, al tiempo que los ejércitos involucrados eran relativamente pequeños. Con unos servicios de inteligencia estratégicos habitualmente pobres y, en ocasiones, inexistentes, era raro que uno de los bandos poseyera una idea clara de la localización del enemigo hasta que los dos llegaban a estar muy próximos. En esa época, los ejércitos acostumbraban a desplazarse de una manera descuidada, moviéndose tan rápidamente como les fuera posible hacia la zona que se había previsto para realizar la campaña, y sólo se volvían cautelosos cuando el ejército enemigo se hallaba ya situado a escasos días de marcha. Cuando se trataba de un ejército importante, su marcha era difícil amagarla a los destacamentos de exploración, pues la nube de polvo que levantaban los miles de pies y de pezuñas era visible a muchas millas de distancia. Normalmente se esperaba saber de la presencia de un ejército enemigo antes de que estuviera suficientemente cerca como para significar una amenaza directa. Los ejércitos romanos en particular mantenían una actitud de cierto desprecio respecto a las labores de reconocimiento, debida parcialmente a que a su aristocrática caballería le desagradaba bastante llevar a cabo un trabajo de patrulla con cierto rigor. Durante los siglos III y II, las columnas romanas solían caer en emboscadas con una asombrosa regularidad. Incluso cuando los ejércitos adquirieron mayor experiencia y fueron profesionalizándose, no era anormal que uno de los bandos, o ambos, perdieran la pista de un enemigo, y tampoco eran extraños los encuentros ocasionales, terminando al-

gunos de ellos en batalla campal. Antes de planificar sus propias acciones, un buen comandante se preocupaba por conseguir tanta información como le fuera posible sobre la localización, el número y las intenciones del enemigo.[35]

Una vez cerca del adversario, los movimientos de los ejércitos rivales se convertían en extremadamente dubitativos y vacilantes. Disminuía la velocidad de la marcha, hasta que las fuerzas acampaban a pocas millas una de la otra. No era infrecuente que se mantuvieran en estas posiciones, quizás a poco más de media milla durante días o incluso semanas antes de que la batalla tuviera lugar. La mayor parte del tiempo lo ocupaban las escaramuzas y los combates cuerpo a cuerpo entre la caballería y la infantería ligera de ambos bandos, y uno de los comandantes, o incluso los dos podían salir al campo y desplegar su ejército dispuesto al combate. Existía un fuerte elemento ritual en el posicionamiento. Cuanto más avanzara uno de los bandos su línea de vanguardia hacia el ejército o el campamento enemigo más mostraba así su confianza en la victoria. Los campamentos se hallaban generalmente situados en colinas, con el fin de que si una fuerza se desplegaba próxima a ellos, se encontraran en una posición superior que hiciera poco probable el ataque del enemigo. Si un ejército contrario se mantenía muy próximo a su campamento cuando el enemigo avanzaba hacia él, o si permanecía detrás de las defensas y se negaba a desplegarse, permitía que el general adversario arengara a sus hombres diciéndoles que el enemigo les tenía miedo. Era una manera de subirles la moral, y durante los días de espera antes de la batalla era lo que un comandante intentaría conseguir por todos los medios, es decir, animar a su ejército y tratar de proporcionarle tantas ventajas como le fuera posible. De manera adicional, quizás contribuyeran a la victoria

incluso acciones aparentemente mínimas, tales como el maniobrar para que el enemigo tuviera que luchar con el viento en contra o el sol dándole en los ojos. En ocasiones, después de estar algunas semanas observándose entre sí, los dos ejércitos partían sin haber presentado batalla, puesto que uno de los bandos, o ambos, no se arriesgaban a forzar el combate. Alejarse del enemigo cuando se estaba tan cerca de él constituía una operación difícil y peligrosa, pero quizás preferible a luchar en condiciones desfavorables. En este periodo existía un elevado grado de consenso mutuo por lo que se refiere a los combates. Era muy difícil que, incluso los comandantes más cualificados, consiguieran obligar a un contrario a presentar batalla si éste no lo deseaba.[36]

Si finalmente se producía la batalla, ambos bandos salían de sus campamentos para desplegarse en orden de combate, de la misma manera en que lo habían hecho cuando, los días anteriores, retaban al enemigo a combatir. Por supuesto, siempre existía el peligro de que cuando llevaban a cabo esa acción, quizás simplemente con la intención de demostrar su confianza, el enemigo aceptara el desafío y se lanzara a la batalla. El procedimiento habitual de un ejército consistía en formar una columna con cada unidad en el orden que debía seguir en la línea de combate. Esa columna saldría del campamento hasta alcanzar un punto situado aproximadamente en el flanco izquierdo de la línea de combate prevista; giraría a continuación hacia la derecha, marchando en paralelo ante el enemigo hasta que la cabeza de la columna llegaba al extremo derecho de la línea de combate. A continuación, la unidad del frente de la columna se situaba en formación como la unidad del flanco derecho del ejército, y cada una de las demás unidades iba ocupando su lugar junto a ésta. En el caso de los romanos, lo normal era formar tres columnas de

esa clase, cada una de ellas para cada *triplex acies*, y si existía la posibilidad de topar con el enemigo durante una marcha, un ejército romano podía avanzar durante bastante distancia conservando esa formación. Requería cierto tiempo formar un ejército de esa manera y, cuando eso ocurría y el proceso estaba completo, muchas de las unidades podían haber avanzado varias millas, por lo que podían sufrir la frustración de tener que detenerse y esperar a que cada unidad les alcanzara para reducir el espacio con las unidades retrasadas para ejecutar la formación de combate. Los oficiales principales debían supervisar el proceso con esmero para asegurarse de que todo discurriera sin problemas y que el ejército acabara la operación manteniendo el orden preciso y en el lugar correcto. Contamos con algunas pruebas que nos sugieren que, en el ejército romano, este operativo era prerrogativa exclusiva de los tribunos. En numerosos casos, mientras ese proceso tenía lugar, el enemigo estaba realizando una laboriosa maniobra parecida, pero era normal el envío de caballería y de tropas ligeras para proteger aquellas vulnerables columnas mientras se desplegaban.[37]

Tanto en los ejércitos romanos como en los púnicos, la mayoría de los soldados portaba alguna clase de arma arrojadiza, ya fueran lanzas o jabalinas, así como hondas o arcos de largo alcance. Pero ni siquiera esas armas podían herir a un enemigo que se encontrara a algunos cientos de metros. Es posible que las armas arrojadizas ocuparan más tiempo del dedicado a la lucha cuerpo a cuerpo en los primeros combates, pero era esta última la que por lo común se convertía en decisiva. Finalmente, la victoria se decantaba hacia el bando que demostraba una mayor disposición a trabar contacto directo y que atacaba al enemigo con lanzas y espadas. Es difícil que podamos hacernos idea de cómo sería un

combate masivo cuerpo a cuerpo, en parte porque ha sido excepcionalmente raro en la guerra de los dos últimos siglos, incluso en aquellas batallas en que se veían involucrados ejércitos armados principalmente con armas dispuestas para ese tipo de combates. No contamos con una descripción detallada del desarrollo de la lucha en una batalla concreta de las Guerras Púnicas, pero es posible crear un cuadro compuesto de cómo debía combatir la infantería, a partir de todos los relatos de que disponemos, así como de aquellos otros con que contamos de las batallas del mismo periodo. Tales relatos ofrecen la impresión de que la lucha cuerpo a cuerpo se desarrollaba en grado de tentativa más a menudo de lo que nuestra imaginación, o las representaciones cinematográficas, puedan llegar a sugerir.

Las líneas del frente de batalla podían comenzar la acción separadas como mucho por una milla o incluso sólo a unos pocos metros de distancia. A menos que se ocupara una posición de privilegio, era normal que ambos ejércitos avanzaran, pues esa acción servía para dar confianza a los soldados. A medida que avanzaban contra el enemigo, ambas partes trataban de intimidar al contrario, presentándose tan confiados y amenazadores como les fuera posible. Lanzaban gritos de guerra, hacían sonar las trompetas y golpeaban las armas contra los escudos, en un deseo de hacer más ruido que el enemigo. La apariencia personal (por ejemplo, el llevar las largas plumas en el casco), los escudos pintados de colores llamativos y las corazas muy pulidas contribuían a que un soldado se sintiera más seguro y desanimara al enemigo. Haciendo abstracción de la situación, el avance de un cuerpo de tropas tan impresionante y ruidoso era suficiente como para quebrar la moral del enemigo y provocar su retirada o que rompiera a correr en desbandada, pero victorias tan sencillas

sólo ocurrían cuando un ejército poseía una enorme ventaja sobre sus oponentes por lo que se refiere a la moral de combate. Por lo general, ambos ejércitos se situaban a una distancia que permitiera el uso de las armas arrojadizas, algo así como a unos treinta metros, y comenzaban a tirar cualquier proyectil de que dispusieran. Es probable que la avanzadilla comprobara el terreno mientras ejecutaba aquella acción. Cada legionario romano portaba dos *pila*, que nunca tenían un radio de acción superior a los 30 metros, y con un alcance efectivo de la mitad de esa distancia. No había tiempo suficiente para arrojar ambas armas mientras corrían hacia un enemigo que avanzaba, y era imposible que un soldado pudiera llevar una de las pesadas jabalinas en la mano izquierda usando además su pesado escudo con cierta eficacia.

No está claro cuánto podía durar ese intercambio de proyectiles, pero, llegado un determinado momento, uno de los bandos, o ambos, cogía suficiente confianza como para lanzarse hacia adelante y salvar la escasa distancia que le separaba del enemigo hasta entrar en contacto con él. Una vez más, la confianza que producía la embestida contra el adversario, el ruido de los gritos de guerra y de las trompetas, y quizás las bajas causadas por el lanzamiento de armas arrojadizas, podían ser suficientes para quebrar el espiritu de unidad del enemigo y ponerle en fuga. De lo contrario, las dos unidades de vanguardia topaban y luchaban en medio de una cacofonía de gritos y choque de espadas. Solamente los hombres situados en primera línea de cada formación podían, de hecho, golpear al enemigo, aunque, en una unidad armada con lanzas, algunos de los que se encontraban en segunda línea podían seguramente introducir también sus armas por encima de los hombros de los soldados de primera fila. Muy pocas heridas serían mortales de inmediato, y lo

más común serían los cortes en el brazo derecho o en la parte inferior de las piernas (sobre todo de la pierna izquierda, más cercana al adversario). La cabeza, desprotegida por el escudo, se exponía a recibir una herida seria o que te dejara incapacitado y, por ello, después del escudo, era el casco el elemento individual más deseado del armamento defensivo. El objetivo consistía en derrotar, matar o forzar la retirada de un contrario situado en la vanguardia enemiga, para entrar, a continuación, en su zona y comenzar a hacer incursiones en la formación contraria, aunque se tratara de una acción muy arriesgada. La confianza de la unidad residía en buena medida en la coherencia de su formación, ya que los soldados poseían una mayor inclinación a mantener sus posiciones si creían estar rodeados por camaradas en quienes pudieran confiar. Si el enemigo penetraba en la línea de vanguardia de una unidad, entonces los miembros de ésta comenzaban a ponerse nerviosos y era muy posible que fueran presa del pánico y huyeran. Era entonces, cuando uno de los bandos daba la espalda para huir, el momento en que sufría un mayor número de bajas, puesto que el bando victorioso se dedicaba a golpear, de manera frénetica, las espaldas de los que corrían en desbandada. Los demasiado lentos en darse a la fuga, los heridos y, sobre todo, los que sufrían heridas en las piernas eran, por lo general, alcanzados y abatidos.

La lucha cuerpo a cuerpo, utilizando espadas y lanzas, suponía un importante esfuerzo físico unido a una enorme tensión emocional. Tales combates no podían durar mucho más allá del momento en que los componentes de las líneas de vanguardia contrarias se sintiesen agotados físicamente y fueran incapaces de continuar. Es muy improbable que tales combates duraran más allá de quince minutos, y la mayor parte seguramente menos. Muchos conflictos de ese tipo,

quizás la inmensa mayoría, no finalizaban con un bando chocando contra la formación enemiga y arrollándola, sino que tenían un resultado incierto. Cuando eso ocurría, parece ser que los dos bandos se separaban, abriéndose un espacio de algunos metros entre ambas formaciones, cuando una de las unidades, o las dos, se echaban un poco hacia atrás. Había entonces un momento de calma hasta que los ejércitos en lucha se enfrentaban de nuevo, recuperando su fuerza y su confianza, arreciando quizás en su griterío o arrojando contra el adversario cualquier proyectil que todavía tuvieran a mano. Finalmente, uno de los dos bandos estaba en condiciones de avanzar una vez más, realizando una nueva carga y volviendo a reiniciar la lucha.

Después de cada uno de aquellos momentos de calma que se originaban cuando el encuentro previo había finalizado sin un resultado decidido, y las unidades adversarias entraban de nuevo en contacto real, debía ser más difícil conseguir que los soldados, más cansados, volvieran a trabar combate. Ambos bandos estarían cada vez más exhaustos: los soldados de primera línea a causa del esfuerzo físico de la lucha; los hombres de las líneas posteriores por la tensión de la espera, incapaces de ver casi nada de lo que estaba ocurriendo y sabedores de que, en cualquier momento, su formación podía hundirse, apareciendo un enemigo deseoso de venganza y dispuesto a matar a cualquiera que no huyese con la suficiente celeridad. Las bajas eran relativamente escasas —a juzgar por las batallas entre griegos, probablemente menos de un 5 por ciento hasta la huida de uno de los contendientes—, pero afectaban sobre todo a los soldados más intrépidos, entre aquellos que trataban de penetrar en las filas enemigas. Los soldados en quienes menos se confiaba acostumbraban a amontonarse detrás. La teoría militar griega reco-

mendaba poner a los hombres más valientes en las líneas de vanguardia y de retaguardia de las unidades. Los que se encontraban en la línea del frente eran quienes en realidad sostenían la lucha, mientras que los de retaguardia trataban de evitar que nadie diera la espalda y saliera huyendo. Los romanos situaban a sus *optiones* detrás de la línea del frente para que hicieran regresar a los soldados de nuevo a su lugar si trataban de huir. Era de vital importancia el número de líderes con que se contara, tanto si se trataba de oficiales o de capitanes oficialmente reconocidos como si eran individuos particularmente valientes, deseosos de avanzar y ejecutar una nueva arremetida. Eso nos muestra la importancia que, para las legiones romanas, tenía el contar con un gran número de jefes subalternos, y de cómo fomentaban en sus soldados el coraje, en especial el coraje individual. El enfrentamiento entre dos cuerpos de infantería podía durar perfectamente una hora o más, ya que conocemos batallas que duraban al menos de dos a cuatro horas en total. En ocasiones, hemos oído hablar también de un cuerpo de ejército que se veía obligado a retroceder algunos cientos de metros sin que se rompiera la formación. Al final, esos enfrentamientos los decidían dos importantes factores: la fuerza y la agresividad. Una unidad de combate debía ser fuerte para soportar un enfrentamiento tan largo y duro. La disciplina y la experiencia aportaban resistencia a la unidad, lo mismo que el número de líneas de fondo de la formación, ya que los soldados de vanguardia no podrían huir mientras no se hundieran las líneas situadas tras ellos. La agresividad era necesaria para convencer a los soldados de que avanzaran una vez más y entraran en contacto cuerpo a cuerpo con el enemigo, puesto que era la forma más probable de llegar a derrotarlo.[38]

Se trata de una imagen muy distinta a la que tenemos de las batallas que se libraban en la Antigüedad, pero nos permite comprender con mayor claridad las tácticas de la época, en especial las de la legión romana. En el contexto de esa clase de combates a base de intentonas pierde importancia la presencia de espacios entre las unidades que formaban un cuerpo de asalto. De hecho, a partir de las fuentes de que disponemos, queda claro que todos los ejércitos mantenían espacios de separación entre sus unidades. El año 218, en Trebia, se mencionan unidades de infantería ligera realizando ataques por sorpresa, para retirarse a continuación por los espacios que dejaban entre ellas las principales unidades de la infantería pesada, tanto romana como cartaginesa. En efecto, debía ser imposible mover un ejército, incluso por una zona de terreno completamente llana, sin la existencia de espacios significativos entre los diferentes cuerpos, ya que, de no ser así, las unidades chocarían inevitablemente entre ellas, fundiéndose hasta formar una sola y haciéndose dificilísimo su control. La diferencia fundamental entre el sistema romano y cualquiera de los demás residía en que la separación entre sus manípulos era especialmente amplia, y no en que aquél contara con espacios vacíos. Las cargas de los enemigos, incluso las de los «salvajes bárbaros», no conseguían introducirse por esos espacios y quedaban detenidas en los manípulos de la primera línea, ya que las cargas efectuadas estaban en realidad mucho menos planificadas y eran menos rápidas de lo que cree la imaginación popular. Tales cargas no las ejecutaba una línea de combate adversaria de cierta solidez, sino que las realizaban distintas unidades o grupos que dejaban pocos espacios entre sí. Mucho más importante era que los huecos en una de las líneas romanas quedaran tapados por los manípulos de la línea siguiente.[39]

Excepto el romano, todos los demás ejércitos tendían a concentrar la mayor parte de sus fuerzas de infantería en un solo cuerpo. Por ejemplo, los ejércitos helenísticos preferían aumentar el fondo de sus falanges antes que formar tropas en una segunda línea, y apenas hacían uso de tropas de reserva. En parte se debía a que sus comandantes, normalmente monarcas, se veían obligados por la tradición a luchar en persona a la cabeza de su guardia y no se hallaban en situación de enviar órdenes para que se mantuvieran formaciones de reserva. El hecho de que las falanges tuvieran un mayor fondo les proporcionaba también gran fuerza en el combate. En cualquier batalla, algo más de la mitad de la infantería romana se conservaba inicialmente sin participar, situada en la segunda y tercera líneas. Los cuerpos que contaban con más líneas de fondo gozaban de una mayor potencia, pero incluso los soldados de los puestos de retaguardia resultaban afectados también por el cansancio de un combate prolongado. El sistema romano permitía a hombres de refresco ocupar la línea de combate, renovando su ímpetu y originando una nueva oleada quizás suficiente para quebrar la resistencia de un enemigo ya cansado. Siguiendo esa vía, la existencia de amplios espacios entre los manípulos permitía enviar refuerzos al combate con mayor facilidad. El compromiso de los cuerpos de reserva requerían de especial atención por parte de los mandos romanos. Si se las hacía intervenir demasiado pronto, las tropas de refresco corrían el peligro de verse absorbidas por la primera línea de combate y compartir el cansancio de ésta. Si intervenían demasiado tarde, esa primera línea podía derrumbarse, arrastrando incluso en su caída a la segunda y la tercera. Un buen comandante mantenía un buen control sobre sus cuerpos de reserva e impedía que entrasen en combate por propia iniciativa, puesto que

aquellos soldados y centuriones, excitados y nerviosos, se hallarían ansiosos por empezar la lucha. Tradicionalmente, los *triarii* se colocaban en cuclillas o se arrodillaban en la tercera línea. Esa postura les facilitaba apuntalar las lanzas en el suelo y mostrar al frente una barrera de puntas, pero podía servir también para desanimarles de avanzar prematuramente. Los *triarii* eran un número menor de la mitad de cualquiera de las otras primeras líneas, y, tradicionalmente, ofrecían una defensa a quienes se retiraban colocándose tras ellos; de ahí la expresión «el problema había llegado ya hasta los *triarii*», que se aplicaba a cualquier situación desesperada.[40]

El sistema militar romano tenía como sencillo objetivo el de aplicar una presión masiva, renovada de manera sostenida, a un enemigo situado frente a su ejército. La segunda y tercera líneas no constituían exactamente elementos de reserva en el sentido moderno del término, y solamente en las legiones más experimentadas eran capaces de ejecutar cualquier clase de maniobra. Los ejercicios y las tácticas de la legión se ajustaban de una manera ideal al tipo de batallas formales, casi ritualizadas, de aquella época. El campamento del ejército en marcha, con su disposición formal y las amplias avenidas entre las hileras de tiendas, situadas detrás de las defensas, permitía a las tropas formar en las columnas utilizadas para desplegarse en orden de batalla y salir en marcha cada una de ellas por alguna de las puertas. El gran número de oficiales que había en el ejército contribuía a regular y controlar ese proceso. No obstante, el sistema ponía en manos del general y de los oficiales más importantes una considerable responsabilidad, lo que servía para desmentir el antiguo punto de vista de que esos hombres eran inexpertos y casi innecesarios para el funcionamiento del ejército. Mante-

niendo en la reserva a la mayor parte del ejército al principio de una acción, era importante que alguien, por lo general el propio comandante en jefe, tomara la decisión de poner en acción a esas tropas de refresco. Los comandantes romanos no iban con la lanza en la mano a la cabeza de su guardia de jinetes, como habían hecho Alejandro Magno o los reyes que le sucedieron. En algunas ocasiones, sobre todo en medio de una situación desesperada, un general romano podía tomar la dirección de una carga, pero no se esperaba de él que mantuviera esa actitud durante toda la batalla. Los generales romanos solían situarse próximos a la lucha pero sin participar, de hecho, en ella, cabalgando inmediatamente por detrás de la primera línea de combate. Desde esa posición, podían animar a sus hombres e, incluso, conocer por el ruido y la apariencia de sus soldados en el combate, cómo se estaba desarrollando la lucha y, si lo consideraban necesario, dar las órdenes pertinentes para hacer entrar en combate a las reservas. El general debía adivinar dónde tendría lugar el enfrentamiento más importante y trasladarse hasta ese punto de la línea de combate, aunque, a lo largo de toda la línea del frente, los tribunos, los prefectos aliados y los subordinados inmediatos del general (o *legati*) se hallaban cubriendo cada una de las secciones. Se trataba de un estilo de mando que exigía mucho a los oficiales más importantes y que les exponía a considerables peligros, debido a su proximidad a la línea de combate, arriesgándose así a recibir el impacto de proyectiles y a los ataques de enemigos solitarios. Los mandos romanos tenían que estar en continuo movimiento, trasladándose desde un punto crítico hasta el siguiente o retrocediendo sobre su montura para ir en persona en busca de reservas cuando se las necesitaba con urgencia y no había tiempo de enviar un mensaje. Por esta razón, era normal que

los mandos romanos dirigieran sus ejércitos cabalgando, e incluso el dictador, a quien un antiguo tabú prohibía montar a caballo, recibía automáticamente permiso para poder hacerlo si se daba ese caso. Los soldados romanos luchaban mejor cuando creían que su general estaba junto a ellos y, por tanto, podía observarlos y recompensarlos o castigarlos según su comportamiento.[41]

El ejército romano se encontraba como pez en el agua en medio de las batallas formales, en las que podía formar contra un enemigo situado ante sí y atacarle directamente, echando mano de soldados de la reserva para reforzar el principal punto de combate, y evitando así la posibilidad de que le abrieran brecha en sus filas o aprovechando para penetrar en las del enemigo. Hasta bien entrada la guerra contra Aníbal, los comandantes romanos se inclinaban a buscar la confrontación directa tan pronto como fuera posible. Aníbal en particular se mostró mucho más hábil en las cuidadosas maniobras que precedían al encuentro, explotando el deseo instintivo de los adversarios romanos a trabar combate tan rápidamente como fuera posible, para asegurar que la batalla se librara, de hecho, en una situación y un lugar que previamente él mismo hubiera elegido. No obstante, siempre fue una característica importante de los romanos, sobre todo en sus empresas militares, el mostrarse en todo momento deseosos y dispuestos a aprender de sus adversarios, y a adaptarse a nuevas situaciones.

PRIMERA PARTE

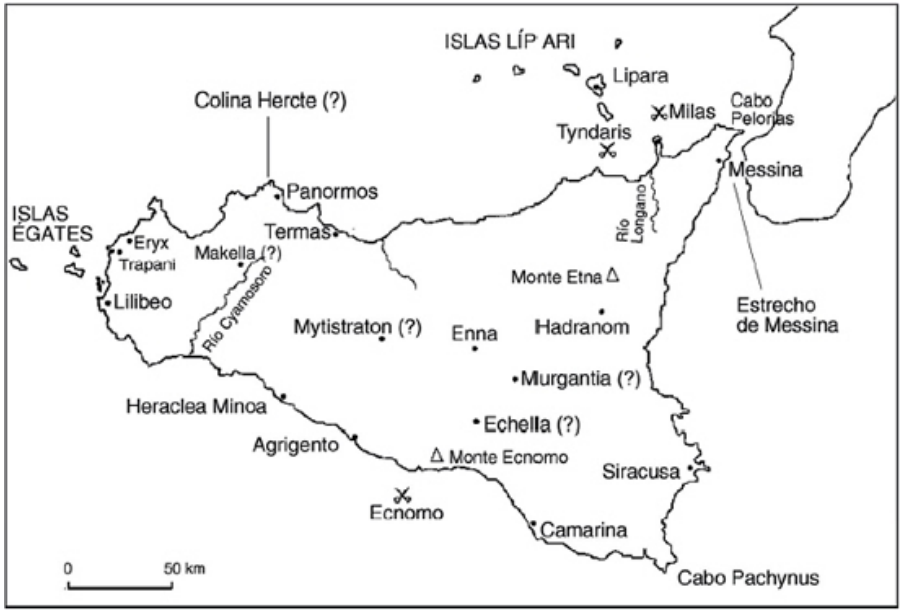
LA PRIMERA GUERRA PÚNICA
264-241 A.C.

Capítulo 2
EL ESTALLIDO DE LA GUERRA

Las causas que, a largo plazo, han provocado los grandes conflictos bélicos han fascinado a los historiadores desde que Tucídides trató de explicar el estallido de la Guerra del Peloponeso, siguiendo el rastro de la ambición ateniense en los años posteriores a la victoria sobre Persia; si bien, en raras ocasiones se presentan aquéllas fáciles de aislar.[1] Esto es especialmente cierto para los conflictos del mundo antiguo, un momento en el que difícilmente sabemos cuándo, quién y actuando con qué informaciones y concepciones previas se tomaban las decisiones que finalmente conducían a la guerra. Es tentador, pero también muy peligroso, echar una mirada atrás para tratar de reconstruir las causas de una guerra desde el principio. No hay ningún romano ni cartaginés que hubieran llegado a soñar, el año 264, que sus Estados estaban a punto de embarcarse en una lucha de veinticuatro años, que significaría un enorme número de bajas, y aún menos que ésa sería la primera de un total de tres guerras entre ambos pueblos. En el caso de la Primera Guerra Púnica es extremadamente improbable que alguna de las partes creyera que estaban a punto de dar comienzo a un conflicto a gran escala. Con anterioridad al 264 las relaciones entre Roma y Cartago habían sido generalmente buenas.

Por muy difícil que sea rastrear las causas más profundas de un conflicto, los incidentes que actúan como chispas provocadoras de una conflagración de mayor alcance acostumbran a ser mucho más evidentes, como en el caso del asesinato por Princip del archiduque Fernando, en Sarajevo, en 1914 d.C., que acabaría por sumergir a Europa en una guerra mundial. Por lo que se refiere a la guerra entre Cartago y Roma, esos acontecimientos sucedieron en Messana (la actual

Messina, en Sicilia), y tuvieron sus orígenes en la actuación del tirano de Siracusa, Agatocles, que se apropió de la ciudad en algún momento entre el 315 y el 312. Agatocles había confiado casi por entero en soldados mercenarios para llevar a cabo su largo conflicto con los cartagineses y en sus esfuerzos por extender los dominios de su ciudad. Entre esas fuerzas se encontraba un grupo desoldados reclutados en la Campania, descendientes de las tribus de las colinas de habla osca, que habían recorrido aquella fértil llanura en el último cuarto del siglo v. Después de la muerte de Agatocles, acaecida el 289, ese grupo fracasó en su intento por encontrar alguien que les diera trabajo en medio de la confusa situación por que atravesaba Siracusa. En algún momento de los años siguientes, los mamertinos fueron libremente admitidos en la ciudad de Messana, pero asesinaron a traición a los ciudadanos, tomando sus mujeres y sus propiedades en beneficio propio.[2] Utilizando la ciudad como base, asolaron los territorios vecinos, obligando a las demás comunidades a pagarles tributo y aprovechándose de la confusa situación en la isla. Haciendo hincapié en su espíritu guerrero, los mercenarios se denominaron a sí mismos mamertinos, seguidores de Mamers, el dios italiano de la guerra a quien los romanos rendían culto con el nombre de Marte.



MAPA 4. *Sicilia.*

Messana se encuentra situada en la costa nororiental de Sicilia, dominando uno de los lados del angosto estrecho que separa a la isla de Italia. En la costa continental italiana se halla Rhegium, un aliado de Roma que había pedido una guarnición romana para defenderse de Pirro.[3] Los romanos enviaron rápidamente cuatro mil hombres dirigidos por un tal Decio, un oficial de rango incierto. Aunque se trataba de ciudadanos romanos a todos los efectos, si se exceptúa que no gozaban del derecho a votar en Roma (eran *civites sine suffragio*), esos soldados procedían también de la Campania y eran de lengua osca. Persuadidos por sus parientes de Messana, se volvieron contra la ciudad a la que se suponía que debían proteger, matando o expulsando a los ciudadanos y expropiándoles sus propiedades. En ese momento, los romanos se hallaban ocupados en las guerras contra Pirro y Tarento, y no podían vengar aquella violación a la lealtad debida, por lo que no sería hasta el 271 cuando enviaron un ejército al sur y comenzaron el sitio de Rhegium. La derrota

de Tarento confirmó el control romano sobre aquella Italia meridional predominantemente griega, y les sirvió por encima de todo para demostrar a sus nuevos aliados que cualquier atropello cometido contra la *fides* (la lealtad) debida a Roma no se libraría del castigo. Rhegium fue tomada después de un largo asedio, y los trescientos campanos que quedaron con vida fueron enviados a Roma para realizar con ellos un castigo público. Allí, lo mismo que sucedía con todos los ciudadanos que se habían puesto contra el Estado, fueron azotados y decapitados en el Foro. Una de las fuentes afirma que Decio, que había perdido la vista, quedó custodiado de manera negligente y consiguió suicidarse antes de verse sometido a aquel castigo.[4] A partir de ese momento, los romanos dejaron de mantener conexiones o relación alguna con Messana.

Los mamertinos no se unieron a la campaña de Pirro contra Cartago cuando éste acudió a la llamada de Siracusa para defender las ciudades griegas de la isla y realizó su breve y espectacular, aunque finalmente infructuosa, incursión en Sicilia. No obstante, privados de sus aliados a uno y otro lado del estrecho, se vieron sometidos a presiones en aumento cuando, en Siracusa, apareció un nuevo líder. Hierón era un soldado bien preparado y un político sagaz, cuya popularidad se basó en las campañas que sostuvo contra los invasores italianos. Elegido inicialmente por el ejército para detentar el poder, Hierón estabilizó aún más su posición al contraer matrimonio con la hija de uno de los principales políticos de la ciudad. La cronología exacta de las campañas de Hierón contra los mamertinos no es nada clara, pero tampoco es necesario que capte nuestro interés en este momento. En una batalla inicial que tuvo lugar junto al río Cyamosoro parece ser que los puso a prueba, al tiempo que, según

se dice, tuvo la oportunidad de sacrificar a un contingente de mercenarios indignos de su confianza. Más tarde, seguramente en algún momento entre el 268 y el 265, Hierón alcanzó una victoria decisiva a orillas del río Longano; en esa batalla, un cuerpo formado por ciudadanos originarios de Messana y por una unidad escogida de Siracusa se ocultaron emboscados detrás de las líneas enemigas.[5]

El poder de los mamertinos se derrumbó, y viendo que no tenían ninguna manera de salvarse sin ayuda externa, sus líderes o, según Polibio, las diferentes facciones que conservaban el liderazgo, el año 265 enviaron embajadas en petición de ayuda, tanto a Cartago como a Roma. Una vez más, no está nada clara la cronología exacta de esos acontecimientos. Lo que realmente sabemos es que los cartagineses fueron los primeros en responder, pues uno de sus mandos en Sicilia, en prueba de buena voluntad, envió una fuerza a ocupar la ciudadela de Messana. En una de las versiones de esa historia, ese oficial, Aníbal, se encontraba con un escuadrón naval próximo a las islas Lípari. Se precipitó hacia el campamento de Hierón, aparentemente para felicitarle por su victoria, pero, en realidad, con el fin de retrasar su avance el tiempo suficiente para convencer a los mamertinos de que aceptaran una alianza e incluyeran en la ciudad una guarnición cartaginesa. Hierón no deseaba abrir directamente las hostilidades con los cartagineses, por lo que regresó a Siracusa. Puede ser que se trate, simplemente, de otro cuento creado por la astucia púnica, que Polibio no menciona en ningún caso, aunque no entra necesariamente en contradicción con su propia versión. No nos sorprende que los cartagineses encontraran atractiva la intervención en esa disputa. A lo largo de aquellas luchas de siglos de duración que llevaron a cabo los cartagineses por el control de Sicilia, la principal oposi-

ción de las ciudades griegas había estado dirigida siempre por Siracusa, la más rica y poderosa de todas ellas. Evidentemente no era deseable que apareciera allí otro tirano poderoso, que basaba su poder en la gloria obtenida por la destrucción de un grupo de extranjeros que habían atacado a los griegos de Sicilia. El control sobre Messana y, con él, de la ruta más directa hacia Italia, aumentó el poder púnico. Más cuestionable es afirmar que tal cosa conduciría de manera inevitable al sometimiento final de Siracusa y a la completa conquista de toda Sicilia, como defienden algunas fuentes posteriores.[6]

La intervención en Messana no significaba una gran iniciativa por parte de los cartagineses, ya que se habían mostrado muy activos durante mucho tiempo en Sicilia. Para los romanos era un asunto bien distinto. Aunque su dominio había ido creciendo ininterrumpidamente durante más de un siglo, hasta ese momento nunca habían luchado fuera de la Peninsula Itálica. Polibio nos cuenta que el Senado se encontraba dividido sobre la respuesta que debía darse a la petición de los mamertinos y, aunque pudiera cuestionarse si él o sus fuentes conocían de manera precisa lo que se dijo en el debate consiguiente, los argumentos que presenta son suficientemente plausibles. La similitud entre la actuación de los mamertinos en Messana y la de las tropas de Decio en Rhegium debía ser evidente, así como también escandalosa la hipocresía que suponía castigar a éste y entrar en alianza con aquéllos. El argumento contrario sostiene que intervenir sería beneficioso para Roma, y peligroso no hacerlo. Cartago controlaba ya el norte de África, parte de España, Cerdeña y las islas más pequeñas del Mediterráneo Occidental. El control de Messana podría conducir con seguridad a la conquista de toda Sicilia y a otorgarles el dominio sobre una ruta fá-

cil hacia Italia. La reciente dominación por Roma del sur de Italia podía haberles parecido especialmente vulnerable, puesto que las ciudades helénicas de esa zona y los griegos de Sicilia habían mantenido siempre una muy estrecha relación.[7]

Polibio afirma que el Senado era incapaz de tomar una decisión, pero, el año 264, los cónsules estaban ansiosos por aprovechar la oportunidad de intervenir y convencer al pueblo a que votara a favor del envío de una expedición a Sicilia, ganándole con la promesa de la obtención de un rico botín, y unido todo ello a los argumentos que ya se habían esgrimido en el Senado. Se nombró para el mando a uno de los cónsules, Apio Claudio Caudex, y es perfectamente posible que él mismo fuera la fuerza impulsora que se encontraba detrás de ese movimiento, puesto que su colega, Marco Fulvio Flacco, debía encontrarse ya en Etruria reprimiendo un disturbio que había estallado entre los volsinios, operación por la que consiguió un triunfo el año siguiente. Para Claudio, la llamada de los mamertinos le ofrecía la oportunidad de conseguir en su año en el cargo la gloria con que soñaban todos los senadores, y especialmente atractiva porque sería el primer hombre en mandar un ejército romano al otro lado de la mar. Aunque Polibio nos muestra al pueblo como más interesado que el propio Senado por el botín y los beneficios, es importante recordar que, cuando se convocaba al pueblo romano a una votación, ésta tenía lugar mediante asambleas que favorecían fundamentalmente a los ciudadanos más poderosos, lo que era especialmente cierto en el caso de los *Comitia centuriata*, precisamente el organismo donde probablemente se efectuó esa votación concreta. La moción no hubiera sido aprobada nunca, a menos que hubiera estado a favor una buena parte de los ciudadanos más prósperos, incluido el or-

den ecuestre. Esos hombres se beneficiarían más recibiendo contratos del Estado para abastecer y equipar al ejército, o manejando las ventas masivas como esclavos de los prisioneros capturados durante la guerra, que por el botín conseguido en el campo de batalla.[8]

Es poco probable que el pueblo votara a favor de una declaración formal de guerra contra Cartago. Contaban con potencial sobrado para la confrontación con los cartagineses, y el choque con Siracusa era prácticamente seguro, pero los romanos podían haber sentido que su poderío militar era suficente para disuadir, si no para derrotar con rapidez, cualquier oposición que surgiera en Sicilia. Polibio criticó al historiador procartaginés Filino, por mantener que la decisión romana de enviar una expedición a Sicilia violaba un tratado entre esos dos Estados, según el cual se reconocía la soberanía romana en Italia y el control cartaginés sobre Sicilia. Polibio presenta una lista de los tres tratados firmados entre Roma y Cartago con anterioridad al 264, que él mismo había podido contemplar conservados aún en lápidas de bronce en el Tesoro de los Cuestores, junto al templo de Júpiter Capitolino, en Roma. Las numerosas disputas entre los eruditos a propósito de los detalles recogidos en esos tratados, así como sobre su fiabilidad, no nos interesan en este momento, pues no se ha propuesto ninguna prueba suficiente para que los rechacemos. El más antiguo, datado en el primer año de la República romana (508-507) y redactado en latín arcaico, imponía fuertes restricciones a los comerciantes romanos en Libia y Cerdeña, garantizando a los romanos los mismos derechos comerciales en los territorios cartagineses de Sicilia, y ofrecía protección al poder de Roma y de sus aliados en el Lacio. Un segundo tratado, que Polibio no fecha, pero seguramente el mismo que mencionan Livio y Diodoro para el

año 348, aumenta el área aliada de Cartago en Libia, repite las restricciones a los comerciantes romanos en ese mismo lugar y en Cerdeña y las cláusulas que protegían los intereses romanos en el Lacio, y confirma su situación comercial en Sicilia. Polibio no menciona el tratado del año 306 de que nos habla Livio, y su último tratado está fechado en 279-278 y tiene que ver fundamentalmente con el apoyo mutuo durante las guerras de ambos Estados contra Pirro, aunque no parece que, de hecho, derivara de él nada práctico. (Es difícil discernir lo que hay de cierto en los relatos sobre la intervención de una flota púnica en las últimas etapas del asedio romano de Tarento, el 272, ya que las narraciones se hallan claramente distorsionadas por la propaganda posterior.) No existe ninguna razón para rechazar la opinión de Polibio y aceptar el tratado de Filino. Sin embargo, es muy posible que una o ambas partes, ya fuera en la época de los tratados o advirtiéndolo más tarde, sintiera que cada uno de los Estados reconocía la esfera de influencia del otro. Lo que los tratados parecen confirmar es la larga tradición de relaciones relativamente amistosas entre ambos, y la evidente difusión del comercio que había tenido lugar, una situación que se renovaría una vez finalizados los enfrentamientos en la Primera y la Segunda Guerras.[9]

Polibio presenta la decisión romana de ir a Sicilia como descaradamente oportunista, pues su conciencia de la hipocresía de ir en ayuda de los mamertinos sólo se veía superada por el ansia de conseguir botín y gloria, respaldándose en la preocupación por la amenaza potencial que suponía una Cartago que controlase toda Sicilia y con un fácil acceso a Italia. Dion creía que la verdadera causa de la Primera Guerra Púnica fue el miedo mutuo que tanto Cartago como Roma tenían del creciente poder del adversario, en un momen-

to en que Roma había conquistado el sur de Italia, lo que había situado sus imperios frente a frente. Ambos consideraban que su única seguridad a largo plazo residía en debilitar el poder del otro.[10] Durante una buena parte de los siglos XIX y XX d.C. existió la creencia de que, en realidad, Roma nunca había sido una fuerza agresiva, sino que su imperio era resultado de una larga serie de guerras principalmente defensivas. Una y otra vez había ido a la guerra para proteger sus intereses y defender a sus aliados (causas que eran consideradas incuestionablemente justas), y si se habían visto obligados a conquistar a sus enemigos era para asegurarse una paz futura. De esa manera, la expansión romana se presentaba como casual e intermitente y sin un sentido de planificación futura; el dominio sobre las numerosas provincias de ese imperio, conseguido de forma accidental, era una carga y un problema al que la República sólo fue capaz de adaptarse paulatinamente. Se trataba de una idea muy atractiva para los estudiosos alemanes, en especial para el gran Theodore Mommsen, quien sostenía que la creación del Imperio romano no fue otra cosa que una distracción del mucho más importante proceso de absorción de Italia hasta formar una sola cultura, tendencia que presagiaba en su momento la unión de los pueblos germánicos en un único Estado. Era incluso mucho más atractiva para la mayoría de los eruditos que trabajaban en países tales como Gran Bretaña, y que controlaban enormes imperios coloniales. Esos estudiosos eran producto de una sociedad que consideraba beneficioso, casi tanto para los conquistados como para el conquistador, el dominio que los pueblos civilizados del mundo ejercían sobre los incultos. Si se tiene en cuenta que los grandes imperios constituían una fuerza positiva, que extendía la educación, el imperio de la ley y el cristianismo por los más oscuros rinco-

nes del planeta, no era nada atrayente considerar que habían sido creados como consecuencia de una política de agresiones y por espíritu de codicia. La idea de que el Imperio británico se había originado «por un arrebato de locura» se hizo extensivo rápidamente al caso de los romanos, en especial si se tiene en cuenta que su cultura, unida con lo mejor de la civilización griega, era claramente superior al resto del mundo de aquella época.[11]

La rápida decadencia de los imperios europeos que siguió al fin de la Segunda Guerra Mundial condujo a que las nuevas generaciones de historiadores condenaran de una manera casi igual de rápida todo cuanto se había sostenido hasta entonces, a partir del supuesto incuestionable de que, por su propia naturaleza, los imperios constituían una equivocación. Esos estudiosos insistían en la codicia y la brutalidad de las potencias imperialistas, en la opresión de los pueblos indígenas y en la destrucción de sus ricas culturas. Finalmente, los historiadores de la antigüedad comenzaron a analizar el imperialismo romano desde una óptica igualmente crítica. La suposición de que la manera en que los romanos provocaban la guerra era por causas principalmente defensivas ha carecido siempre de aceptación a la vista de que aquélla condujo a la conquista final de la mayor parte del mundo conocido. Hay quienes insistieron en la causa económica de la conquista, en particular en la adquisición de un enorme número de esclavos para trabajar en las grandes explotaciones agrícolas adquiridas por las familias nobles gracias a los beneficios obtenidos por los éxitos bélicos. Otros se centraron en los elementos de la sociedad romana que les hacía proclives a la expansión, fijándose especialmente en el deseo de los senadores por alcanzar la gloria, y cuya mejor manera de conseguirla era dirigir a los ejércitos del Estado en una

guerra exitosa en el extranjero, hasta el punto de que, cada año, se daba posesión a un nuevo grupo de magistrados que se hallaban ansiosos por emprender la guerra. Había también ventajas y beneficios que todas las clases de la sociedad romana podían conseguir mediante el servicio militar. La red de alianzas que Roma mantenía por toda Italia, y cuyo principal vínculo de unión era la obligación de aportar soldados para servir a los romanos en la guerra, ha sido contemplada también como un elemento que empujaba a una posterior expansión. Según esa teoría, el único medio con que contaban los romanos para confirmar la lealtad de sus aliados era hallarse implicados en constantes guerras. Es innegable que, con frecuencia, los romanos deseaban hacer la guerra y ampliar su poder, aunque no se tratara de la expansión física de su territorio, pero el énfasis puesto en la agresividad romana puede llevarnos demasiado lejos. Muy a menudo, ese elemento se estudia aislado y sin tener en cuenta los objetivos del imperialismo, muchos de los cuales eran, por sí mismos, altamente agresivos. Recientemente se ha señalado que la expansión romana no siguió un ritmo constante y rápido. Su intensidad varió enormemente, alternándose expansiones explosivas con momentos de relativa calma, en que se llevaban a cabo guerras de carácter menor y cuando solamente una pequeña proporción de ciudadanos estaba enrolada para servir en las legiones. Tampoco podemos descartar por entero el miedo a los vecinos poderosos como el causante de algunas de las guerras llevadas a cabo por Roma, incluso aunque, desde nuestra perspectiva actual, podamos afirmar que no había pueblo ni Estado que pudiera significar un verdadero peligro para el poder de Roma. Si los romanos eran tan agresivos como han defendido algunos estudiosos, nada ten-

dría de sorprendente que, a su vez, esperaran que otros pueblos se comportaran de manera similar y fueran tratados en consecuencia.[12]

El deseo de gloria por parte de un cónsul romano constituyó la razón principal por la que incitó al pueblo con promesas de beneficios y les convenció para que votaran a favor de ayudar a los mamertinos. Se trata de un caso evidente en que los factores internos del sistema político romano, contemplados como favorecedores de la expansión, entraron en juego y se convirtieron en una causa fundamental de guerra. Sin embargo, al menos un investigador ha ido más lejos y ha sostenido que el enfrentamiento entre Roma y Cartago se hizo inevitable después de la conquista romana de la Italia meridional, citando el establecimiento de colonias en Paestum y Cola el 273, la alianza con Ptolomeo II Filadelfus de Egipto y la adquisición de una provisión de madera ideal para construir barcos cuando se confiscó a los brucios la mayor parte del bosque de Sila. Además, y como admiten los que apoyan esa teoría, existían también oportunidades para una potencial expansión romana en el norte de Italia. Es peligroso suponer un nivel de planificación futura demasiado elevado por parte del Senado romano; no obstante, quizás podamos afirmar de una manera razonable que, después de la derrota de Tarento, existía la posibilidad de un choque entre Roma y Cartago, pero no que éste fuera inevitable. Una vez más, vale la pena recordar que, en 264, era altamente improbable que, en Roma, alguien esperara algo más que un breve enfrentamiento con los cartagineses.[13]

Una vez que los romanos tomaron la decisión de enviar una expedición a Sicilia hubo un gran retraso antes de que, de hecho, empezaran a moverse. Llevó tiempo enrolar y reunir un ejército consular y, además de eso, tuvieron que pedir

a los aliados navales de Roma, en Locri, Tarento, Elea y Nápoles, trirremes y galeras de cinco filas de remos para trasladar aquél atravesando el estrecho de Messina desde Rhegium. Mientras tanto, los cartagineses transportaron un escuadrón desde sus galeras a una posición cercana al cabo Pelorias, desde la que podían vigilar el estrecho y enfrentarse a cualquier barco que intentara cruzar. De nuevo, no contamos con una cronología clara pero, en determinado momento, los mamertinos expulsaron de la ciudad de Messana a la pequeña guarnición cartaginesa. Como consecuencia de ese fracaso, el comandante de aquélla, Hannón, fue crucificado por sus propios conciudadanos. Dion nos cuenta la historia de la forma en que una avanzadilla de romanos, conducida por el tribuno Gayo Claudio, precedió a la fuerza principal hasta Rhegium. Los intentos por cruzar la mar a la luz del día fueron interceptados por los barcos cartagineses y rechazados. No obstante, deseosos de evitar un conflicto abierto y confiando quizás en que un despliegue de fuerzas navales detendría a los romanos de la locura de llevar a cabo una campaña en una isla sin el apoyo de una flota, los cartagineses devolvieron los barcos y los prisioneros que habían tomado. Claudio cruzó por dos veces el estrecho durante la noche en un pequeño bote y comenzó las negociaciones con los mamertinos, animándoles con la promesa directa de apoyo romano para desalojar la guarnición cartaginesa. Finalmente Claudio consiguió trasladar allí el grueso de sus tropas aprovechando la oscuridad.[14]

Polibio no menciona nada de todo esto, y quizás haya sido una invención posterior de los analistas o una versión confusa de las acciones de Apio Claudio, ya que la coincidencia del nombre del tribuno es realmente sospechosa. Apio Claudio tuvo también dificultades para cruzar el estrecho a la vis-

ta de los barcos púnicos. En un momento posterior de la narración, Polibio menciona que una quincuerreme cartaginesa encalló y fue capturada cuando, de una manera muy arriesgada, trataba de interceptar a los barcos romanos. Finalmente, Apio Claudio se las ingenió asimismo para transportar hasta Messana, durante la noche, a la mayor parte de sus fuerzas. Todas las fuentes atestiguan la buena disposición a negociar de todas las partes durante estas primeras etapas. Dion recoge la famosa amenaza de Hannón a Gayo Claudio que siguió a la devolución de los prisioneros y los barcos capturados, urgiéndoles a la búsqueda de la paz antes que enfrentarse al poder naval cartaginés, y afirmando que no les permitiría ni siquiera «lavarse las manos en la mar». Según la versión de Diodoro, Apio Claudio envió mensajeros a Hierón y a los cartagineses reafirmando la necesidad que tenían los romanos de cumplir con la *fides* (la fidelidad) para con sus aliados, los mamertinos. Los romanos fueron comprensiblemente condenados por egoístas, descartando que fuera necesario mantener la palabra dada a unos criminales como los mamertinos. El único resultado concreto de esta ronda de negociaciones fue la alianza entre la Siracusa de Hierón y los cartagineses para tomar Messana y, con toda probabilidad, para oponerse a la intervención romana. La facilidad con que Hierón aceptó cooperar con los cartagineses que, hacía tan poco, le habían engañado en Messana, da idea de hasta qué punto todas las partes actuaban en interés propio.[15]

Hierón trasladó un ejército desde Siracusa, acampó cerca de una fuerza cartaginesa y comenzó el asedio a Messana. Cuando se rompieron las negociaciones, los romanos hicieron el movimiento siguiente: Apio Claudio atacó el campamento de Hierón. Tuvo lugar un durísimo combate, antes de

que los romanos alcanzaran la victoria, dominando el campo de batalla y despojando a los muertos, importante símbolo de éxito en el mundo antiguo. Hierón abandonó el sitio y se retiró regresando a Siracusa. Polibio demuestra de manera clara la imposibilidad de aceptar la afirmación de Filino, según la cual, había sido Hierón, y no los romanos, quien salió victorioso de esa acción; no obstante, Zonaras sostiene que la caballería de Siracusa derrotó inicialmente a la romana y que sería la infantería legionaria la que acabó por salvar la situación. Dadas las dificultades de transportar los caballos por mar y los problemas específicos a que debió hacer frente Claudio para salvar el bloqueo púnico, es bastante probable que la caballería romana no fuera especialmente numerosa, aunque también merece la pena recordar que, históricamente, los jinetes siracusanos gozaban de excelente reputación, al contrario que los hoplitas de la ciudad. Al día siguiente, Claudio atacó a los cartagineses de madrugada y los puso en fuga. Zonaras cuenta que, después de un rechazo inicial, los cartagineses avanzaron de manera descuidada y fueron, a su vez, ahuyentados por los romanos. Es muy poco probable que cualquiera de estas acciones fuera algo más que una escaramuza seria pero, con ellas, los romanos habían conseguido romper la alianza contra Messana.[16]

Claudio continuó su éxito realizando una incursión hacia Siracusa, asolando y devastando su territorio. Es probable que no se tratara más que de una demostración de fuerza, ya que no tenía tiempo ni recursos como para contemplar la posibilidad de asediar o tomar la ciudad al asalto. Zonaras afirma que tuvieron lugar varias escaramuzas con los soldados de Hierón, antes de que Claudio se retirara, pues había expirado el plazo de mantenimiento en el cargo. Es notable que, a pesar de los éxitos alcanzados, a Claudio no se le pre-

mió con un triunfo a su regreso a Roma. Quizás fuera resultado de su impopularidad personal en el Senado, pero es más probable que se tratara de la confirmación de la escasa importancia de los combates que había librado. En 263, los romanos decidieron enviar a ambos cónsules, Marco Valerio Máximo y Manio Otacilio Craso, a Sicilia, cada uno de ellos al frente de un ejército consular estándar, formado por dos legiones y dos *alae*, de tal manera que unos cuarenta mil soldados romanos harían campaña en la zona. Este despliegue de fuerzas convenció a numerosas ciudades a alejarse del control cartaginés o siracusano, al tiempo que otras eran tomadas mediante asaltos por sorpresa. La actitud de la mayoría de las ciudades durante la guerra fue abiertamente pragmática, tratando de aliarse con la potencia más fuerte como única manera de evitar la devastación de sus campos y de su población. Marco Valerio Máximo consiguió mucho crédito al acabar la guerra con Hierón y celebró un triunfo el año siguiente. Es posible que recibiera el apodo de Messala como resultado de haber alcanzado una victoria en representación de Messana.[17]

Siracusa era el objetivo principal de la ofensiva romana y se la consideraba claramente como el mayor enemigo. Enfrentado a la arrolladora fuerza de ambos cónsules, Hierón decidió pedir la paz. Su acercamiento fue rápidamente aceptado por los romanos, cuyo gran ejército estaba teniendo ya importantes problemas de suministros. En parte, se debía al continuo bloqueo cartaginés de los estrechos, su única participación activa durante esta fase de la campaña, pero también producto de la falta de preparación de los romanos para llevar a cabo una campaña tan lejos de su propio territorio. Un asalto directo a una ciudad grande y bien defendida era siempre peligroso y es posible que el ejército no se encontra-

ra preparado para la duración de un largo asedio, incluso aunque hubieran podido mantener el bloqueo y evitado que llegaran ayudas a la ciudad, lo que era prácticamente imposible sin una flota romana que impidiera el acceso al puerto. Según los términos del tratado, Hierón se convirtió en amigo y aliado de Roma, devolvió sin pago previo de rescate a todos los prisioneros romanos que habían caído en sus manos, que casi con toda seguridad había capturado en las escaramuzas con Claudio, y les pagó cien talentos. La alianza, confirmada a perpetuidad en 248, le permitió a Hierón controlar una Siracusa independiente, así como extensos territorios, gobernando de una manera que le ganaría las alabanzas de Polibio, y, según su afirmación, darían fe de ello los súbditos griegos de Hierón. La lealtad de éste a Roma se mantendría estable incluso en los momentos de mayor decadencia de sus riquezas y, sin su ayuda, consistente sobre todo en asegurar el abastecimiento de provisiones a los ejércitos romanos, no hubieran sido posibles las campañas de Sicilia.[18]

Siracusa era el más débil de los tres Estados, lo que explicaría la facilidad con que Hierón pasó de aliarse con Cartago a hacerlo con Roma. De esa manera, consiguió su primer objetivo consistente en acabar con la amenaza que suponían los mamertinos, aunque no pudiera conquistar la ciudad. La breve alianza entre Siracusa y Cartago había parecido siempre muy extraña, por el hecho de que se trataba de rivales naturales y por la reciente intervención cartaginesa situando una guarnición en Messana. Aunque no podamos saberlo, no deja de ser interesante especular sobre lo que esperaban que sucediera si, juntos, hubieran tomado Messana. Las acciones cartaginesas fueron simplemente una continuación de su intento ya antiguo de dominar Sicilia. No les agradaba la perspectiva de una Siracusa nuevamente reforzada con la to-

ma de Messana, pero aún deseaban menos contemplar cómo los romanos se establecían en la isla. En el pasado, los cartagineses habían soportado los ataques de varios ejércitos extranjeros que habían llegado a Sicilia para luchar contra ellos en nombre de las ciudades griegas, y cuyo ejemplo más reciente lo constituía Pirro. Aunque esos líderes habían alcanzado éxitos notables, los cartagineses habían aguantado siempre la tormenta y, finalmente, les habían expulsado. Cualquiera que hayan sido los detalles de los primeros tratados, el desembarco romano en Sicilia suponía una amenaza directa a las fuerzas cartaginesas en una zona en que habían mantenido su presencia desde antiguo. La diferencia entre el enorme poderío naval de Cartago y el hecho de que Roma careciera de una flota sólo podía servir para darles ánimos porque los romanos tendrían enormes dificultades para mantener su presencia en Sicilia. No parecía haber razón alguna para que admitieran a los romanos en la isla ocupando una posición preponderante, o para creer que aquel resultado adverso inicial no fuera más que algo temporal.

Siracusa, Cartago y Roma actuaron todas por interés propio, pero es importante no juzgar sus acciones haciendo uso de pautas modernas. En el mundo grecorromano se consideraba perfectamente legítimo que los Estados trataran de aumentar su hegemonía sobre otros, perspectiva que no entraba en contradicción con la importancia concedida a la libertad como ideal político. Además, Roma no contaba con una tradición de presencia en Sicilia que mitigara el oportunismo de sus acciones, y los mamertinos eran, claramente, unos aliados carentes de méritos. Tanto Roma como Cartago poseían una confianza ciega en sí mismas, y es probable que estuvieran ingenuamente inclinadas a creer que su poder era suficiente como para meter el miedo en el cuerpo a cualquier

adversario, o para acabar con él rápidamente si era necesario hacer uso de la fuerza. Fue con este espíritu bastante frívolo con el que iban a comenzar veintitrés años de guerra.

Capítulo 3
LA GUERRA EN TIERRA

En el mundo antiguo, las operaciones de los ejércitos y las flotas estaban íntimamente relacionadas, especialmente en un conflicto como la Primera Guerra Púnica en el que la mayor parte de los combates tuvieron lugar en islas, en las proximidades de éstas o en zonas costeras. No obstante, es más facil entender los acontecimientos de la guerra si tratamos de manera separada las acciones de las armadas y los ejércitos implicados, y nos centramos en la exposición de las actividades en cada uno de los teatros de operaciones. Este capítulo describirá las campañas que se libraron en tierra.

Sicilia, 262-258 a.C.

Siracusa ofrecía a los ejércitos romanos una base segura para sus operaciones, en la que podía hacerse acopio de grano, forrajes y otros suministros. Messana era en esos momentos un lugar seguro y se habían alcanzado los objetivos más evidentes de la participación de Roma en la guerra, pero nuestras fuentes no afirman en ningún caso que cualquiera de los bandos en conflicto tratara de comenzar negociaciones de paz. Los cartagineses no veían razón alguna que, después de sus reservas iniciales, les obligara a aceptar una presencia permanente de los romanos en Sicilia, y dieron inicio a la creación de un ejército poderoso para utilizarlo en la isla. Alistaron en España gran número de mercenarios, al mismo tiempo que galos y ligures aportaban otros contingentes. Para los romanos, las hostilidades no finalizarían hasta que los cartagineses admitieran su derrota y aceptaran un acuerdo en condiciones favorables a Roma, igual que había hecho Hierón. La perspectiva de la obtención de gloria y el botín de las ricas ciudades sicilianas que, en un primer momento, habían constituido el polo de atracción que había conducido a

los romanos a esa zona, suponían un incentivo más para continuar la lucha. Polibio afirma que, después de la capitulación de Hierón, los romanos habían reducido sus fuerzas de cuatro a dos legiones, confiando en la ayuda del rey para resolverles sus problemas de suministros. Por consiguiente, como reacción a los preparativos de los cartagineses, en 262 despacharon a Sicilia a ambos cónsules y cuatro legiones.[1]

Los cartagineses trataron de utilizar Agrigento (conocida también por los griegos como Acragas), situada aproximadamente a medio camino de la costa siciliana más próxima a África, como base principal. No obstante, durante el verano del 262, cuando los romanos avanzaron contra la ciudad, casi ninguna de las tropas reclutadas de nuevo (si es que lo había hecho alguna) había llegado ya. Los cónsules, Lucio Postumio Megello y Quinto Mamilio Vitulo, marcharon juntos, con unos ejércitos combinados que, en teoría, suponían unos cuarenta mil hombres, y llegaron a las afueras de la ciudad en época de cosecha (seguramente en junio). Aníbal, hijo de Gisgo, comandante en jefe de Agrigento, había reunido dentro de los muros de la ciudad a numerosas gentes de los alrededores, hasta el punto de que Polibio nos dice que su población había aumentado hasta las cincuenta mil personas, pero parece ser que su guarnición era relativamente pequeña. El hecho de haber rehusado presentar batalla fuera de los muros de la ciudad pudo haber sido interpretado por los cónsules romanos como un signo de debilidad, ya que, al menos en el Mediterráneo Occidental, era normal que un defensor, pleno de confianza, presentara batalla durante algún tiempo fuera de sus fortificaciones, incluso ante una fuerza atacante numéricamente superior. Una vez que los romanos levantaron el campamento a una milla de distancia de la ciudad, una buena parte del ejército se dispersó con el fin de recolectar la

cosecha ya madura en los campos de los alrededores, tarea que debía serle muy familiar a un ejército formado mayoritariamente por pequeños granjeros y trabajadores agrícolas. A pesar de todo, no deja de ser sorprendente que, una vez más, parece ser que los preparativos logísticos del ejército romano no fueron los más adecuados. En su excelente estudio sobre la logística del ejército, Roth afirma que, en esa época, simplemente el ejército no estaba preparado para alimentar a un gran número de fuerzas operando tan lejos de sus bases durante largos periodos de tiempo.[2] En el pasado, había sido muy extraño que cuatro legiones entraran juntas en campaña. Solamente el pequeño piquete que tomaba posiciones fuera del campamento, siguiendo una práctica que iba a convertirse en habitual en el ejército romano durante muchos siglos, estaba compuesto por tropas bien preparadas y equipadas. Sus hombres estaban obligados bajo juramento a no abandonar su posición, y la dura disciplina del ejército romano castigaba con la muerte a cualquiera de los soldados que lo hiciera.[3]

Aníbal vio su oportunidad y lanzó una vigorosa salida. Los forrajeadores, dispersos y probablemente desarmados la mayoría de ellos, no podían ofrecer una resistencia eficaz y se dieron a la fuga. Posiblemente los romanos pudieron haber llegado a sufrir un desastre más importante cuando las tropas cartaginesas avanzaron hacia el campamento romano. La única resistencia procedió del piquete de guardia del campamento, y esos hombres, aun siendo mucho menores en número, opusieron una resistencia feroz. Las pérdidas romanas fueron abundantes, pero, al final, pusieron en fuga a las tropas atacantes, derrotaron a otro grupo que había comenzado a penetrar en el campamento y le persiguieron de vuelta a la ciudad. Ambos bandos recibieron una buena lección de esta

experiencia y, en consecuencia, sus comportamientos se volvieron más prudentes. Aníbal no podía arriesgarse a sufrir más pérdidas de su guarnición y empezó a ser más reacio a comprometerse a realizar posteriores ataques, mientras que los romanos dejaron de subestimar a su enemigo y, en el futuro, tomaron mayores precauciones para forrajear de una manera más organizada, disponiendo gran número de tropas como fuerza protectora.

La manera más fácil de tomar una ciudad en esa época era por sorpresa o haciendo uso de la astucia, atacando durante la noche o desde una dirección inesperada. Esos ataques por sorpresa tenían mayores probabilidades de éxito si iban acompañados por la traición de los defensores. Los durísimos conflictos políticos internos que tenían lugar con frecuencia en las ciudades-Estado derivaban a menudo en la aparición de elementos desafectos, deseosos de abrir alguna de las puertas, permitiendo así la entrada de una fuerza enemiga que podía llegar a ocupar posiciones claves antes de que los defensores advirtieran su presencia. Durante las guerras fueron prácticamente tan numerosas las ciudades que cayeron gracias a traiciones internas como aquellas que lo hicieron por medios convencionales, pero era difícil que un atacante estuviera en condiciones de planificarlo, y solamente podía contar con la oportunidad que se le ofrecía. Al defensor le era incluso más difícil aún guardarse de la traición, aunque se hicieran considerables esfuerzos por evitarla, hasta el punto de que éste fuera el tema principal del *Manual sobre el arte del asedio*, escrito en el siglo IV a.C. por Eneas Táctico. En Agrigento, los romanos no tuvieron ninguna oportunidad de tomar la ciudad mediante la traición o la sorpresa, lo que sólo les dejaba elegir entre las otras dos opciones con que contaba una fuerza sitiadora: el asalto o el bloqueo.

El asalto era el elemento de las guerras de la Antigüedad que se veía más afectado por los avances tecnológicos. Obligaba al atacante a encontrar una vía desde el exterior, a través o por debajo de las fortificaciones del defensor. El método más sencillo consistía en escalar las murallas, cuando la infantería atacante cargaba escalas, apoyándolas en los muros e intentaba escalarlos, acción que implicaba invariablemente un enorme número de bajas y que difícilmente alcanzaba éxito, a menos que los muros se encontraran vacíos de defensores. Las torres móviles de asedio, que dejaban caer un puente levadizo sobre alguna de las defensas, permitiendo así que los soldados la atravesasen, mientras que arqueros o artilleros situados en la parte alta les cubrían disparando, eran esencialmente una extensión de esa misma idea básica. La principal alternativa consistía en hacer brecha en los muros golpeando con un ariete o excavando un túnel bajo tierra para que se hundieran. Todo ello requería una gran preparación, conocimientos científicos y trabajo para crear máquinas de asedio que permitieran a artefactos como los arietes salvar los fosos defensivos y llegar hasta los muros. Durante todo ese tiempo, el defensor estaría empleando las armas arrojadizas para impedir esa actividad, contraminando para desbaratar el túnel del atacante, y realizando salidas para quemar sus máquinas. El ingenio de ambos bandos se ponía seriamente a prueba cuando luchaban por encontrar medidas para contrarrestar los movimientos del enemigo. Una vez que se había hecho brecha en las defensas, entonces el ingenio y la habilidad técnica dejaban de tener importancia, ya que la infantería de asalto tenía que avanzar decididamente hacia el interior. Las bajas debían ser aún muy numerosas, y había una posibilidad real de fracaso. Era tan enorme el esfuerzo y tan incierto el resultado que los asaltos a las

ciudades importantes no se contemplaban a la ligera. La costumbre decía que a un defensor sólo se le permitía llegar a un acuerdo de rendición si lo hacía antes de que el primer ariete tocara la muralla; en otro caso, la ciudad podía verse sometida a un saqueo. En esa época, los ejércitos romanos carecían de habilidad técnica para intentar un proyecto de esa envergadura en una ciudad tan grande como Agrigento contando con alguna probabilidad real de éxito.[4]

Eso quería decir que la única opción viable a disposición de los cónsules, en 262, era el bloqueo, es decir, cerrar la ciudad al mundo exterior hasta que se acabaran los suministros alimenticios y que la necesidad les obligara a rendirse. Si el enemigo había tenido tiempo de prepararse para el asedio habiéndose aprovisionado de grandes cantidades de elementos indispensables, entonces esa situación podía durar mucho tiempo. No obstante, los romanos tenían un ejército suficientemente numeroso como para bloquear Agrigento de manera eficaz, y comenzaron a levantar todo un sistema de fosos y de pequeñas fortificaciones que rodearon completamente la ciudad. Cada uno de los ejércitos consulares levantaron su propio campamento para apoyar su línea de circunvalación, al tiempo que se construía otra línea fortificada encarada al exterior, o línea de «contravalación», levantada para evitar que columnas con pertrechos trataran de romper el cerco. Al contrario que otros numerosos centros fortificados cartagineses, Agrigento no contaba con puerto propio, y se hallaba situada en un altiplano a varias millas de la costa. Los romanos no hubieran podido bloquear de ninguna manera un puerto sin contar con barcos propios. La larga duración de un bloqueo imponía pesadas cargas en la organización logística de los sitiadores, puesto que un ejército numeroso que permanecía estacionado consumía con gran rapidez

todos los alimentos que podían conseguirse en la zona. Los aliados de Roma le proporcionaban grano y ganado, que reunían en una especie de almacén de abastecimiento creado en un lugar no identificado, llamado Herbeso, y situado a corta distancia.[5]

Después de cinco meses de asedio, Aníbal empezó a preocuparse por los recursos alimenticios con que contaba la ciudad y comenzó a lanzar urgentes llamamientos de ayuda. Los cartagineses embarcaron el grueso de las fuerzas recientemente reclutadas hacia Sicilia, concentrándolas en Heraclea Minoa, situada en la costa a unas veinte millas al norte de Agrigento, donde quedaron estacionadas al mando de Hannón. Polibio no ofrece un número concreto de los soldados que componían esa fuerza, aunque menciona a continuación que contaban con unos sesenta elefantes. Diodoro, citando explícitamente a Filino, habla de un total de sesenta elefantes, seis mil jinetes y cincuenta mil infantes. Esa cifra colocaba a Hannón al menos con unas fuerzas parecidas y, seguramente, con una ligera ventaja sobre los dos ejércitos consulares y el conjunto de sus aliados que asediaban Agrigento. Su primer movimiento consistió en realizar un ataque por sorpresa sobre Herbeso, haciéndose con el almacén de abastecimientos romano y cortando así sus líneas de comunicación. Las legiones que se encontraban rodeando Agrigento comenzaron pronto a padecer de escasez de alimentos. En el débil estado en que se encontraban, los soldados se volvieron más propensos a padecer enfermedades, que se extendieron con toda rapidez por los masificados campamentos. Plenos de confianza, los cartagineses hicieron avanzar su fuerza principal desde Heraclea Minoa, enviando la caballería ligera númida como avanzadilla, con órdenes de obligar a reaccionar a la caballería romana para, a continuación, fingir

una retirada. Ésta tragó el anzuelo y se fue rápidamente a la caza de los númidas cuando empezaron la huida. Llegados éstos donde se encontraba la principal columna cartaginesa, se organizaron y se volvieron contra los jadeantes y desorganizados jinetes romanos, poniéndolos en fuga y persiguiéndolos hasta refugiarse en sus propias líneas con numerosas pérdidas. Siguiendo tácticas parecidas sería como esta extraordinaria caballería ligera desempeñaría un papel tan importante en la Segunda Guerra contra Roma.[6]

Después de este éxito, Hannón trasladó su ejército a una milla y cuarto (diez estadios) de los romanos y levantó un campamento fortificado en una colina conocida por el nombre de Torus. Zonaras dice que Hannón desplegó su ejército y retó a los romanos a entrar en combate, pero éstos no aceptaron, desalentados como estaban por el descalabro de su caballería. A medida que iba pasando el tiempo y que el racionamiento de alimentos se volvió más serio, los cónsules romanos decidieron hacer una salida y emprender la lucha, pero ese repentino aumento aparente de confianza asustó a Hannón, que rehusó el encuentro directo. La naturaleza de tanteo de esta maniobra y la escasa disposición de los generales a arriesgarse a una batalla, a no ser que estuvieran convencidos de que contaban con todas las ventajas posibles, al tiempo que la dificultad de obligar a un enemigo a luchar, incluso aunque se hallara acampado aproximadamente a sólo una milla de distancia, eran elementos típicos de la guerra de esta época. Polibio no trata este periodo en detalle, limitándose a decir simplemente que, durante dos meses, los ejércitos estuvieron acampados muy próximos sin que tuviera lugar ningún conflicto directo, a excepción de los periódicos intercambios de proyectiles. Finalmente, sería solamente debido al constante envío por parte de Aníbal de mensajes y de

señales utilizando fogatas, insistiendo en la desesperada carencia de alimentos en la ciudad y la creciente tasa de deserciones hacia el enemigo, por lo que Hannón se vio obligado a entrar en combate. Los romanos, próximos también a un estado de inanición, aceptaron de inmediato y se desplegaron en la llanura entre los campamentos.[7]

Polibio ofrece escasos detalles de esa batalla, pero parece ser que el ejército cartaginés se desplegó presentando más de una línea, con una primera de infantería apoyada en una segunda, también de infantería, y donde se encontraban los elefantes. Es posible que su intención fuera la de agotar a la infantería romana, debilitando su formación y destruyendo el ímpetu de su avance, pero eso no es más que una conjetura. Presumiblemente, la caballería componía las alas y los romanos se desplegaron con su habitual *triplex acies*. Después de un combate prolongado, los romanos hicieron retroceder y pusieron en fuga a la primera línea cartaginesa. A medida que estos mercenarios se batían en retirada cundió el pánico entre las formaciones de reserva que se dieron a la huida. Los romanos tomaron el campamento púnico y la mayoría de los elefantes. Diodoro afirma que Hannón perdió tres mil hombres de infantería y murieron doscientos jinetes, cuatro mil soldados más fueron hechos prisioneros, mientras que ocho elefantes murieron en la lucha y otros treinta y tres quedaron malheridos, pero en este total se incluyen las pérdidas sufridas en la primera victoria de la caballería. No obstante, dice también que los romanos perdieron en el asedio y la batalla a treinta mil soldados de a pie y quinientos cuarenta de a caballo, pero lo estaría contabilizando a partir de considerar que los sitiadores habrían reunido cien mil hombres.

Tanto el tamaño del ejército como las bajas parecen demasiado elevadas, aunque estas últimas debieron ser sustanciales.[8]

Zonaras aporta una versión diferente de la batalla, según la cual Hannón esperaba coordinar su ataque con una salida de Aníbal de la guarnición, pero la acción se vio frustrada cuando los romanos supieron el plan y atacaron mediante una emboscada a la fuerza principal, mientras que el ataque repentino de la guarnición fue fácilmente derrotado utilizando simplemente a los puestos de guardia del campamento y de las líneas de asedio. Zonaras supone que la batalla empezó al caer el día, y lo mismo sostiene Frontino, quien atribuye al cónsul Postumio la estratagema de negarse a entrar en combate y permanecer cerca del campamento como había hecho durante varios días. Cuando los cartagineses comenzaron a retirarse, satisfechos por haber demostrado su gran espíritu de lucha, en un momento en que habían llegado a la conclusión de que los romanos no deseaban combatir, fue entonces cuando éstos les atacaron por sorpresa y les derrotaron. Es imposible saber lo que tienen de cierto estos relatos tradicionales, pero todas nuestras fuentes están, al menos, de acuerdo en que la batalla finalizó con una clara victoria romana. El uso de los elefantes por Hannón ha sido criticada a menudo, dado su fracaso en ofrecer apoyo a la primera línea. Se ha afirmado que los cartagineses no estaban todavía acostumbrados a utilizar elefantes y nada habituados a corregir las tácticas, siendo éste el primer ejemplo que conocemos de su uso por un ejército púnico.[9] No obstante, a falta de una narración más detallada, no podemos estar seguros de cuál era el plan de batalla de Hannón, o saber con precisión qué fue lo que no funcionó. El fracaso de los diferentes elementos de su ejército en apoyarse entre sí de una manera eficaz

puede ser un reflejo de su composición. La mayor parte de las tropas habían sido reclutadas recientemente y no habían tenido tiempo suficiente para aprender a maniobrar como ejército o a familiarizarse con la manera de actuar de sus mandos.[10]

Sabedor de que ya no podía recibir ayudas, Aníbal condujo a su guarnición en una atrevida salida durante la noche, llenando las zanjas abiertas por los romanos con cestos de tierra y evadiendo la vigilancia de un ejército que estaba descansando o celebrando la victoria. La persecución, a la mañana siguiente, no consiguió capturar un gran número de hombres, pero los romanos pudieron entrar en Agrigento sin oposición después de un asedio que había durado unos siete meses. La ciudad fue saqueada y sus habitantes vendidos como esclavos. Los romanos consiguieron una victoria significativa, pero la campaña había estado al borde del fracaso en varias ocasiones, sobre todo una vez que quedaron cortadas las líneas de suministro de los sitiadores, cuando el ejército había sobrevivido únicamente porque Hierón, haciendo gala de ser un hombre de recursos, consiguió asegurarse de que, al menos, les llegaran unos suministros mínimos. La fuga de la guarnición desmereció el éxito, y es destacable que ninguno de los cónsules romanos recibió un triunfo. Sin embargo, según Polibio, la caída de Agrigento animó realmente al Senado a ampliar sus objetivos bélicos hasta incluir la expulsión total de los cartagineses de Sicilia. Como resultado de todo ello tomaron la decisión fundamental de construir una flota. Walbank critica que la descripción que Polibio hace de esos acontecimientos sea demasiado esquemática, pero es cuando menos muy probable que la conquista de la principal fortaleza púnica animara enormemente a los romanos.[11]

La derrota de Hannón junto a Agrigento fue una de las cuatro grandes batallas que tuvieron lugar en tierra en los veintitrés años de guerra, en marcado contraste con la Segunda Guerra Púnica, cuando los enfrentamientos masivos fueron mucho más comunes. Dos de esas batallas ocurrieron en la campaña africana relativamente breve de Régulo, y sólo dos en Sicilia, a pesar del despliegue de gran número de soldados en la isla por ambas partes durante casi toda la guerra. Esa situación se debió en buena medida a causas topográficas, ya que el terreno accidentado de la mayor parte de la Sicilia central no favorece los movimientos de ejércitos numerosos. Contando con tan buenas posiciones defensivas, era muy difícil que un mando pudiera obligar a presentar batalla a un adversario nada dispuesto a ello. Y lo que es aún más importante: la mayor parte de la población de la isla vivía en numerosas ciudades amuralladas o en pueblos que dependían de ellas. Éstas constituían la llave de Sicilia y solamente mediante el control de esas comunidades podía uno adueñarse de la isla. Los territorios controlados por Siracusa y Cartago mantenían una muy escasa unidad, al estar compuestos por una mezcolanza de esas pequeñas ciudades-Estado, la mayoría de las cuales disfrutaban aún de autonomía local. Desde las primeras acciones destinadas a romper el bloqueo sobre Messana, las operaciones de los ejércitos se veían dominadas por la necesidad de adueñarse uno por uno de cada pueblo y de cada ciudad. El resultado de una gran batalla era siempre incierto, y una derrota podía perfectamente ocasionar numerosas bajas y la desmoralización del resto del ejército. Incluso una victoria dejaba simplemente al ejército victorioso ante la tarea de proseguir su principal tarea, la de dominar a las ciudades con una mayor libertad. En circunstancias normales, los beneficios potenciales eran in-

suficientes para ambas partes como para estar dispuestos a arriesgarse a librar combate. Es significativo que las dos batallas más importantes que ocurrieron en Sicilia tuvieron lugar en las afueras de alguna ciudad y por su control. Una elevada proporción de las tropas desplegadas en Sicilia estaban probablemente distribuidas en pequeñas guarniciones para controlar las diferentes ciudades.

Como ya hemos visto, la ventaja en un asedio estaba siempre del lado del defensor. Los romanos empezaron la guerra careciendo de la experiencia técnica requerida para tomar una ciudad fortificada mediante un asalto directo. A los cartagineses les faltaban hombres tanto para poder contar con la fuerza de trabajo requerida para llevar a cabo tales operaciones como para arriesgarse a las elevadas pérdidas que seguramente tendrían que soportar. En ocasiones, una ciudad se veía obligada a rendirse debido a las continuas incursiones en su territorio, y era común que otras ciudades se pasaran al enemigo después de que éste alcanzara un gran éxito. Diodoro afirma que sesenta y siete ciudades se pasaron a los romanos después de sus éxitos en 263, factor que contribuyó a que Hierón optara por pedir la paz. El bloqueo era la manera más común y exitosa que empleaban ambos bandos para tomar una ciudad, pero, de todas formas, constituía una tarea difícil, puesto que requería contar con una fuerza bastante numerosa para permanecer en una misma zona durante un largo periodo de tiempo. Y tampoco tenía el éxito garantizado. En 263, Apio Claudio fracasó en la toma de Echetla y, después de alcanzada la paz con Siracusa, los romanos no fueron capaces de conseguir nada después de someter a largos asedios a Macella y a Hadranon, localidad esta última considerada una simple aldea por Diodoro. En 261, un asedio de siete meses a Mytistrato acabó también

con los romanos viéndose forzados a abandonar la empresa. Una vez más según Diodoro, los éxitos más espectaculares se consiguieron mediante traiciones; por ejemplo, por este medio fue como Hannón tomó de manera tan fácil Herbeso. Su sucesor, Amílcar, volvió a conquistar Camarina y Enna, que probablemente se habían entregado a Roma en 263, cuando una facción de la población había ejecutado una traición a favor de aquél, el año 259. Los romanos pudieron entrar de nuevo en Enna al año siguiente gracias a la acción de grupos rivales en el interior de la ciudad, aunque una parte de la guarnición consiguió escapar. Camarina cayó también en manos de los romanos en 258, después de un sitio en toda regla, con participación de maquinaria de asedio —y quizás de expertos— suministrada por Hierón. A medida que la guerra iba avanzando, los ejércitos romanos empezaron poco a poco a mostrar una mayor profesionalidad en el arte del asedio, pero ningún bando pudo rivalizar nunca con los ejércitos profesionales helenísticos en estas habilidades.[12]

Confiar en traidores dentro de una comunidad produjo éxitos sorprendentes, pero era también inevitablemente peligroso. El primer comandante de la nueva flota botada en Roma, el cónsul Cneo Cornelio Escipión, fue hecho prisionero en 260, cuando dirigía de una forma arriesgada una expedición contra Lipara, actuando bajo la promesa de una traición en la ciudad. Nuestras fuentes no se ponen de acuerdo en si se trató de una deliberada trampa de los cartagineses. La planificación y la ejecución de los ataques para sacar partido de las ofertas de traición estaban también cargadas de dificultades. Diodoro afirma que, en 253, una columna romana entró secretamente en Termas ayudada por un traidor, pero el pequeño grupo de asalto cerró las puertas tras él, con el fin de quedarse ellos solos con el botín. Cuando los defensores se

dieron cuenta de que se trataba de un escaso número de atacantes, acabaron rápidamente con todos ellos. Se cree que Hannón, o su sucesor Amílcar, se deshicieron de un grupo de mercenarios galos rebeldes enviándolos a conquistar una ciudad bajo control romano, con la promesa de que tendría lugar una traición que se la pondría en bandeja. Los galos, a quienes se les había prometido que podrían saquear libremente aquella localidad cuando se encontraran en su interior, partieron entusiasmados. Sin embargo, el general púnico envió hombres, simulando una deserción, para revelar el plan a los romanos. Estos últimos les prepararon una emboscada y todos los galos fueron exterminados. El saqueo es un importantísimo elemento que aparece en todos los relatos sobre la Primera Guerra Púnica.[13]

Es muy difícil y prácticamente no tiene sentido el tratar de realizar una narración detallada y cronológica de las campañas de Sicilia, dada la pobre calidad de nuestras fuentes. Polibio se centra sobre todo en las operaciones navales posteriores al 261, y otras fuentes son fragmentarias, relatando anécdotas, muchas de ellas increíbles. La verdadera naturaleza de la guerra hace difícil que puedan ofrecernos un relato coherente. Los asedios, los ataques por sorpresa y las traiciones se hallan intercalados con frecuentes incursiones, muchas de ellas con toda probabilidad de escasa envergadura. Las fuentes de que disponemos tienden solamente a mencionar los acontecimientos espectaculares, tal como el ataque sorpresa efectuado por Amílcar contra los aliados siracusanos de Roma, cuando se encontraban acampados solos en Termas en 260, y en el que mataron a cuatro mil hombres. Los cartagineses disfrutaban de ciertas ventajas por la relativa permanencia sobre el terreno de sus comandantes y sus ejércitos. Una vez que se habían reclutado y embarcado las fuerzas

mercenarias hacia Sicilia servían durante largos periodos bajo el mando de los mismos oficiales, adquiriendo así una considerable experiencia sobre el tipo de lucha que allí tenía lugar. Es excepcionalmente difícil seguir el despliegue de las legiones romanas durante la guerra. No está claro si cada nuevo cónsul traía consigo tropas recientemente reclutadas y qué parte del ejército regresaba a Italia cuando un magistrado había finalizado el tiempo que ocupaba el cargo. En conjunto, los romanos desplegaron muchas más tropas en la zona y sustituyeron de manera continuada las pérdidas, mientras que los mandos cartagineses recibían escasos refuerzos. No obstante, la sustitución anual de los mandos debió provocar que las operaciones romanas estuvieran peor conjuntadas y fueran menos efectivas, tal como afirmaba Zonaras.[14]

África, 256-255 a.C.

En el próximo capítulo trataremos del desarrollo de la marina romana y de la serie de notables éxitos que iría consiguiendo. Los navíos cartagineses habían realizado incursiones en la costa italiana en una fecha tan temprana como el año 261, pero en 256, al tiempo que la guerra seguía su curso en Sicilia, los romanos prepararon, no una simple incursión, sino una invasión a gran escala de África. Después de una breve pausa para reagruparse y descansar a continuación de su gran victoria sobre la flota cartaginesa en Ecnomo, los cónsules romanos, Lucio Manlio Vulso y Marco Atilio Régulo, se dirigieron hacia el cabo Bon, y desembarcaron cerca de la ciudad de Aspis, conocida más tarde por los romanos como Clupea (ambas palabras significan «escudo»). Vararon los barcos en la playa, los protegieron mediante una defensa y un foso y pusieron sitio a Aspis. Una vez tomada la ciudad e instalada en ella una guarnición, los cónsules despacharon

un informe a Roma y enviaron a continuación las tropas a realizar una serie de expediciones de saqueo por toda aquella extraordinariamente fértil región. Requisaron un gran número de cabezas de ganado, incendiaron las granjas de los cartagineses más ricos, capturaron a más de veinte mil esclavos, y liberaron a muchos otros, incluidos numerosos romanos e italianos que, según Zonaras, habían sido hechos prisioneros antes de la guerra. Es bastante probable que, durante esas operaciones, se tomara el asentamiento excavado en Kerkouane, en la costa, y se destruyeran sus defensas. El Senado contestó al informe, dando instrucciones de que un cónsul regresara a Italia con la flota y que el otro permaneciera en África con un ejército. Vulso volvió con el grueso de la flota, junto con los prisioneros, dejando un escuadrón de cuarenta naves en apoyo de las fuerzas terrestres de Régulo.[15]

Son numerosos los mitos que rodean la figura de Régulo y, al igual que otros importantes personajes de la Primera Guerra Púnica, como Hierón o Amílcar Barca, en la actualidad es imposible saber qué clase de persona fue. Es evidente que se trató de un comandante capaz, y si quizás se comportaba con una excesiva agresividad, ése era un rasgo común a los comandantes romanos y en ningún caso se consideraba un defecto. Una tradición afirmaba que, de acuerdo con los niveles de riqueza de los senadores, Régulo estaba empobrecido y que, de mala gana, y sólo cuando consiguió la seguridad de que el Senado cuidaría de su mujer y sus hijos a expensas del Estado, aceptó el mando de la campaña de África. No obstante, el tono moralizante de esta anécdota hace pensar, con total convencimiento, en una invención posterior como parte del mito del personaje. El ejército de Régulo en África estaba formado por quince mil soldados de infantería y quinientos

jinetes. Se trataba seguramente de un ejército consular típico (aunque no muy poderoso), desde el momento en que Polibio habla más tarde de una «primera legión», lo que implicaría, como mínimo, la existencia de dos. El número desproporcionadamente bajo de jinetes era resultado de la dificultad de transportar caballos por mar.[16]

Una vez que los cartagineses advirtieron la imposibilidad de evitar el desembarco romano en África empezaron inmediatamente a ocuparse de la defensa de la propia Cartago. Eligieron a dos generales, Asdrúbal, hijo de Hannón, y Bostar, al tiempo que a Amílcar, que en ese momento detentaba el mando de Sicilia, se le hizo venir desde Heraclea Minoa con cinco mil soldados de a pie y quinientos de a caballo. Parece ser que formaron un mando conjunto entre los tres, pero no está claro cuál era el número de sus fuerzas unidas, aunque es evidente que incluían un considerable contingente de elefantes y una numerosa caballería. No es probable que, de manera significativa, sobrepasaran en número global a los romanos, pues nuestras fuentes no muestran una gran diferencia entre las fuerzas de ambos bandos. A finales de 256, Régulo comenzó a avanzar, saqueando el campo. Llegado a la ciudad de Adys (seguramente la Uthina romana y la moderna Oudna), empezó a asediarla. Los cartagineses habían decidido ya que deberían hacer algún esfuerzo para evitar que los romanos devastaran su territorio con total impunidad, y trasladaron un ejército en su ayuda. Llegados cerca de Adys, siguieron una política parecida a la de Hannón en las afueras de Agrigento, y levantaron un campamento fortificado en una colina que dominaba la ciudad y las operaciones de asedio de los romanos. Era evidente que sus comandantes se

mostraban reacios a comprometerse en una batalla con excesiva precipitación, antes de que consiguieran alguna ventaja.[17]

Polibio es especialmente crítico con los líderes cartagineses por haber tomado una posición en un terreno elevado y quebrado, donde la caballería y los elefantes serían mucho menos efectivos, negándose de esta manera ellos mismos las más importantes ventajas que esos elementos les concedían sobre los romanos. Afirma que los comandantes romanos se dieron cuenta de que aquello era un error, debido a la experiencia en este tipo de guerra adquirida en el pasado. No está muy claro a qué oficiales se refiere, ya que el término griego usado es muy vago, pero se decidió preparar inmediatamente un ataque contra el campamento cartaginés. Realmente se trataba de un plan temerario y aún más llamativo por el contraste que suponía con aquella postura que habían adoptado los dos ejércitos rivales en Agrigento de llevar únicamente a cabo tentativas de ataque. Allí, cuando primero Hannón y, más tarde, los romanos se decidieron a presentar batalla, no habían hecho ningún esfuerzo por obligar al contrario a aceptarla si aquél no estaba dispuesto a ello, quedando satisfechos simplemente con la victoria moral que suponía el ver cómo el enemigo rechazaba el encuentro directo. Sin embargo, la situación era bien diferente en 256. En Sicilia la guerra se había librado por el control de las ciudades, tratando cada uno de los bandos mantener o establecer en ellas una presencia tan permanente como fuera posible. Ambos se disputaban una región que no mantenía lazo natural alguno con ninguna de las partes implicadas. El ejército de Régulo era demasiado pequeño, y carecía de una base segura de apoyo aliado que le permitiera tomar en consideración el intento de someter una por una las ciudades del África cartagi-

nesa. Agatocles había pasado varios años en la misma región y, finalmente, había fracasado en conseguir alguna cosa. La invasión romana era un medio de hacer presión sobre Cartago como parte de un conflicto más amplio. Su objetivo consistía en derrotar a Cartago, y no en conquistar más territorios para crear una nueva provincia. La derrota sobre el terreno del principal ejército púnico era la mejor manera de hacer presión sobre la elite de la ciudad y obligarla a pedir la paz. Por esa razón, las operaciones de saqueo romanas y la toma de ciudades y pueblos tenían como primer objetivo provocar que los cartagineses se lanzaran a una batalla en campo abierto, aunque también servían para suministrar al ejército romano los víveres y el botín que todas las clases de Roma esperaban conseguir gracias a la guerra. Este objetivo principal se consiguió cuando los cartagineses marcharon hacia Adys, pero eso no explica por qué Régulo se arriesgó a realizar un asalto por sorpresa al campamento, en lugar de esperar simplemente a que llegara la oportunidad de presentar batalla. Es posible que la reciente experiencia de las campañas en Sicilia, aunque no dirigidas por el mismo Régulo, hubiera acostumbrado a los romanos a efectuar ataques rápidos y asaltos por sorpresa a las ciudades, lo que les animaría a intentar ese tipo de acciones. Si fue así, entonces no deja de ser sorprendente que Amílcar no estuviese preparado para esa maniobra.[18]

Polibio nos cuenta que los romanos atacaron el campamento de la colina al amanecer, pero Zonaras dice que el asalto ocurrió durante la noche, aunque su afirmación de que muchos cartagineses fueron asesinados en sus camas es poco probable. Posiblemente una aproximación durante la noche iría seguida de un ataque al amanecer, ya que, según parece, los cartagineses no estuvieron demasiado alerta y só-

lo pudieron desplegar una parte de su ejército. Dos columnas romanas efectuaron un asalto desde zonas opuestas del campamento. Un grupo de mercenarios consiguió formar y rechazó a la primera legión en medio de un considerable desorden, pero la persiguieron de manera imprudente. Entonces, la otra fuerza romana atacó su retaguardia y les obligó a huir, a su vez, en desbandada. Su derrota parece que marcó el final de una resistencia eficaz, y el resto del ejército abandonó el campamento en una huida dominada por el pánico, aunque la caballería y los elefantes escaparon sin demasiadas bajas una vez que alcanzaron la zona llana. Aquel audaz ataque constituyó un éxito notable, pero el rechazo de la primera legión acentuó la situación de riesgo que aquella acción implicaba. El ataque de ambas fuerzas no parece que ocurriera de manera simultánea, quizás como resultado de la marcha de aproximación nocturna, aunque en ese caso tuvo como resultado la aparición fortuita de la segunda fuerza romana en la retaguardia de los mercenarios. Si los romanos hubieran sido detectados en su aproximación se hubiesen arriesgado a verse obligados a luchar contra un ejército cartaginés desplegado que les atacaría desde lo alto de la colina. No obstante, vale la pena hacer notar que una fuerza cartaginesa recientemente creada (incluso los mercenarios de Amílcar estaban luchando rodeados de tropas y líderes a quienes no conocían) fracasó en su intento por coordinar sus distintos elementos de manera efectiva, y los exitosos contraataques de los mercenarios no contaron con apoyo alguno.[19]

Los romanos continuaron su exitosa campaña con la toma de Túnez, utilizándola como base para llevar a cabo incursiones en el área próxima a la propia Cartago. Los cartagineses estaban totalmente desesperados. En el último año, su orgullosa marina, que había botado más barcos que nunca con

anterioridad, había sufrido una derrota decisiva en Ecnomo, y ahora el ejército, cuya tarea consistía en defender la propia capital, había sido batido con asombrosa facilidad por Régulo. Al mismo tiempo se encontraban envueltos en intensas luchas con los reinos númidas, como resultado de los intentos cartagineses por ampliar sus territorios africanos, política que habían seguido al tiempo que continuaban la lucha contra Roma. Los refugiados de las zonas atacadas por sorpresa por los númidas y también por los romanos llegaban a raudales a la propia Cartago, aumentando el pánico y provocando escasez de alimentos. Según Polibio, fue en ese momento cuando Régulo pensó que el enemigo debía estar a punto de negociar el fin de la guerra y envió mensajeros a proponer la paz, que fueron bien recibidos por los cartagineses. Se ha llegado a decir que estaba nervioso porque su año en el cargo se encontraba a punto de expirar y que quizás no pudiera concluir la guerra antes de que llegara un sucesor que conseguiría una victoria fácil. Una motivación similar influyó claramente en el comportamiento de otros magistrados romanos. Todas nuestras restantes fuentes están de acuerdo en que fueron los cartagineses quienes, de hecho, empezaron las negociaciones después de sus recientes derrotas.[20]

Sólo Dion dice conservar los detalles de las condiciones dictadas por Régulo, pero su ausencia en otras fuentes más antiguas no hace más que convertir en dudosa la autenticidad de dicha afirmación. Sí que es digno de confianza cuando dice que los cartagineses deberían abandonar Sicilia y Cerdeña, liberar a todos los prisioneros romanos sin recibir nada a cambio, aunque pagarían rescate por los propios, satisfarían a los romanos una indemnización y un tributo anual, declararían la guerra y la paz sólo con la aprobación

de Roma, y conservarían únicamente un navío de guerra para su propio uso, aunque deberían proporcionar otros cincuenta que entrarían en servicio allí donde Roma se lo pidiese. En algunos aspectos, sobre todo por la inclusión de Cerdeña, los términos de ese tratado eran más rigurosos que aquellos con los que, finalmente, se daría por terminada la guerra en 241. Cualquiera que fuesen los detalles exactos, está claro que Régulo trataba de imponer un tratado que obligara a los cartagineses a admitir su derrota total en la guerra contra Roma. Todas nuestras fuentes afirman que los cartagineses sentían que los términos eran mucho más duros de lo que la suerte real que habían padecido en la guerra podrían justificar. A pesar de sus últimos reveses, la ciudad no se encontraba de ninguna manera con los recursos agotados. Enfrentados al rechazo romano a otorgar alguna concesión, las negociaciones fracasaron.[21]

Durante el invierno de 255, los cartagineses reformaron su ejército de campaña, añadiendo destacamentos reclutados en Grecia, formados por cien o por cincuenta soldados, según Diodoro. Entre ellos se encontraba Xantipo, un líder mercenario adiestrado por los espartanos, que tenía cierta experiencia y habilidad. Polibio siente un evidente orgullo cuando relata las hazañas de ese soldado griego, cuyas acciones confirmaban la profunda admiración que los helenos sentían por el sistema militar espartano, y es muy posible que Filino describiera estos hechos de forma similar. Mucho de lo que se cuenta sobre Xantipo es seguramente una invención posterior, y el mismo Polibio se mostraba escéptico sobre los relatos contradictorios a propósito de su asesinato por cartagineses celosos, pero no hay razón alguna para dejar de aceptar el relato básico de ese episodio. Xantipo era abiertamente crítico con los mandos cartagineses, que habían llevado a su

ejército a librar combate en un terreno desfavorable cuando su superioridad en caballería y elefantes podían haber sido utilizadas fácilmente para derrotar a los romanos en campo abierto. Después de explicar sus puntos de vista se le nombró algo así como consejero militar principal del ejército y se dedicó fundamentalmente al adiestramiento de los soldados. Polibio insiste en la utilización que aquél hacía de los comandantes militares y de las maniobras adecuadas con las que instruía al ejército bajo las murallas de Cartago. La confianza de los soldados recibió un fuerte impulso, y los generales púnicos se dedicaron a arengarlos con discursos de aliento para salir, a continuación, a enfrentarse a Régulo. Sus fuerzas las constituían unos doce mil soldados de infantería, cuatro mil jinetes y cerca de cien elefantes. La infantería incluía a los mercenarios supervivientes del ejército siciliano de Amílcar, seguramente algunos de los griegos recientemente reclutados y un contingente de ciudadanos cartagineses que combatían en una falange de lanceros. Aunque el ejército no era enorme, probablemente se encontraba al menos en igualdad con las fuerzas de Régulo. Estaba dispuesto el escenario para que tuviera lugar la única batalla que hará recordar en gran medida a los choques formales de la Segunda Guerra. Significó también la única victoria cartaginesa en una batalla terrestre.[22]

Los romanos se sorprendieron por la renovada confianza de sus adversarios, pero, ahora que había fracasado la primera ronda de negociaciones, estaban deseosos de infligirles otra derrota. Avanzaron y acamparon a algo más de una milla (diez estadios) del campamento púnico y aceptaron el combate ansiosamente cuando, al día siguiente, el enemigo se puso en marcha y se desplegó. No se sabe con precisión dónde tuvo lugar el encuentro, aparte de la vaga afirmación

de Polibio de que ocurrió en la llanura pero, a menudo, esta acción aparece citada como la batalla de Túnez, puesto que es éste el lugar que el ejército romano había ocupado, según ese autor. A Xantipo se le encargó la organización de la formación cartaginesa, situando la falange ciudadana en la línea principal, con un cuerpo de mercenarios a su derecha. La caballería, apoyada en más mercenarios (algunos de ellos dedicados a llevar a cabo una lucha de escaramuzas), se dividió entre las dos alas. Los elefantes formaron en una única línea a una «distancia adecuada» por delante de la infantería, aunque parece que no cubrían completamente a los mercenarios de la derecha.[23]

Los romanos eran plenamente conscientes del daño que les podía infligir la masa de elefantes, y Régulo adaptó su formación en consecuencia. Los *velites* avanzaron por delante de la línea principal con el fin de llevar a cabo una lucha de escaramuzas, ya que los elefantes eran vulnerables a los proyectiles, que podían provocarles el pánico, incluso aunque no les causaran heridas graves. Como de costumbre, la caballería formó en las alas y las legiones ocuparon el centro, pero estas últimas mantenían una formación muy profunda, o «con muchos manípulos de fondo», en la descripción de Polibio. No está muy claro qué significa esto, pero Polibio creía ciertamente que se trataba de una formación apropiada para enfrentarse a los elefantes. Por lo general las legiones se desplegaban en la *triplex acies* con tres líneas de manípulos, pero es posible que, en esta ocasión, Régulo organizara a los manípulos en un gran número de líneas. Lazenby sugirió que formaron seis líneas y que, probablemente, taparan los espacios que, habitualmente, quedaban entre los manípulos de cada unidad; pero esta formación compacta contrasta con aquella creación de pasillos que discurrían en-

tre el núcleo de las fuerzas y que tanto éxito les había proporcionado, llevada a cabo por Escipión en Zama, para que el ataque de los elefantes se perdiera por esos pasillos. No obstante, no existen otros ejemplos claros de una legión romana formando con más de tres líneas hasta el siglo I a.C., cuando los manípulos habían dejado de ser su principal unidad táctica. A principios del siglo II a.C., y seguramente durante la guerra con Aníbal, se dieron casos de una legión entera formando en el *triplex acies*, conservándola como reserva detrás de la línea principal, pero eso ocurría normalmente en acciones que se desarrollaban de improviso o cuando el enemigo era significativamente superior en número. Una interpretación más probable del texto de Polibio es la de que las legiones de Régulo estaban formadas por las tres líneas normales, pero que cada manípulo, a título individual, tomó posiciones ocupando muchas más filas de lo habitual. El principal peligro de una carga de elefantes lo constituía el hecho de que la apariencia aterradora de esas bestias podía provocar el pánico y la huida consiguiente de la infantería que debería soportar su acometida. Una formación que contara con un mayor número de filas de fondo hacía más difícil que los hombres que se encontraran en las primeras filas pudieran actuar así, ya que quienes se hallaban detrás tendrían que huir antes de que aquéllos pudieran moverse hacia cualquier otro sitio que no fuera hacia adelante. Si una unidad se mantenía firme sobre el terreno cuando se veía atacada por los elefantes, había muchas probabilidades de que sus proyectiles ahuyentaran a los animales. También parece probable que, como mínimo, se conservaran algunos espacios entre los manípulos, puesto que la infantería romana cubría claramente un frente tan amplio, al menos, como la cartaginesa, desde el momento mismo en que el ala izquierda de los

romanos consiguió evitar el embate del ataque de los elefantes. Esta interpretación del despliegue romano implica realizar una lectura ligeramente más forzada del griego, pero parece que así tenga más sentido para entender el resto de la narración. Según hacía notar ya Polibio, la principal debilidad de la formación romana residía en que no protegía una caballería muy inferior en número. Quizás Régulo esperaba hundir el centro del enemigo con su infantería antes de que los cartagineses pudieran explotar su ventaja en las alas.[24]

Después de un cierto tiempo de espera, por lo demás muy común antes de iniciar cualquier batalla, Xantipo ordenó atacar a los elefantes y los romanos avanzaron para salir a su encuentro, lanzando sus gritos de guerra y golpeando rítmicamente sus armas contra los escudos, en algo que Polibio describe como su costumbre habitual. La caballería romana, enfrentada a un número de jinetes que les superaba al menos en una proporción de cuatro a uno, fueron arrollados rápidamente. Los dos mil hombres del flanco izquierdo de la línea de infantería romana, constituido normalmente por tropas aliadas, consiguieron un éxito considerable. Deseosos de evitar a los elefantes y despreciando a los mercenarios que habían sido derrotados en la batalla anterior, cargaron con sus unidades sobre el flanco derecho del enemigo y lo arrollaron, persiguiéndolo hasta su campamento. En otra zona, la infantería romana se tambaleaba por la violenta arremetida de la masa de elefantes, pero a pesar del número de bajas, la profundidad de la formación evitó que se viniera abajo. Algunos manípulos y pequeños grupos peleaban después de haber sobrepasado a los animales y, tras haber rehecho la formación, avanzaron contra la falange cartaginesa. Cansados, casi sin *pila*, y superados en número, fueron derrotados con facilidad. Entretanto, la caballería púnica se había desplazado ha-

cia los flancos de la infantería romana. Sus ataques acabaron con el ímpetu que aún podía quedarle a aquélla, cuando los manípulos de los costados se vieron obligados a hacer frente a la nueva amenaza. Heridos por los proyectiles que les arrojaba la caballería o pisoteados por los elefantes, los romanos eran aniquilados tanto si trataban de mantener el campo como si daban la espalda y huían. En un primer momento, Régulo pudo escapar con quinientos hombres, pero todos ellos fueron rápidamente capturados. Solamente los dos mil hombres que habían deshecho las líneas mercenarias pudieron retirarse en buen orden, y regresar finalmente a Aspis que, con las tropas que allí habían quedado, se defendió con éxito hasta ser evacuada por la flota romana a finales de ese mismo año. Fue la única parte importante del ejército romano que consiguió escapar. Polibio registra unas pérdidas de ochocientos hombres entre los mercenarios arrollados, pero no ofrece una cifra de las bajas sufridas por el resto del ejército.[25]

Fue éste el éxito más sorprendente conseguido por los elefantes a lo largo de todas las Guerras Púnicas y supuso un gran golpe moral para los ejércitos romanos en Sicilia, quienes, durante los años siguientes no se atrevieron a aceptar un desafío de los cartagineses en campo abierto por miedo a aquellos animales. Sin embargo, es importante señalar que la victoria no había sido conseguida sólo por los elefantes y se debía, en buena medida, a las exitosas acciones de la caballería que habían permitido rodear a la infantería romana. Si el plan de Régulo había consistido en la utilización de su infantería, numéricamente superior, para romper la línea principal del enemigo antes de que éste pudiera hacer entrar en juego a su caballería, superior en número a la romana, aquél había fracasado debido a la eficacia de los elefantes. En Tre-

bia, en 218, una parte sustancial de otro ejército romano, que había sido derrotado en ambas alas, consiguió irrumpir atravesando la línea cartaginesa y escapar. El ejército de Régulo tenía aproximadamente un tercio del tamaño de esa última fuerza, y eso significó que la caballería púnica lo tuviera mucho más fácil para envolver el centro de la infantería, incluso mucho más aún si se tiene en cuenta que su formación sólo podía haber aumentado el fondo de las unidades a costa de reducir la línea del frente.

Después de ese éxito, Xantipo partió de allí, conocedor, según cuenta Polibio, de los celos que despertaba entre la nobleza cartaginesa, y es posible que, a continuación, sirviera a los Ptolomeos. Más tarde, la figura de Régulo se vio rodeada por una tradición romántica, según la cual se afirma que los cartagineses le enviaron como embajador a Roma para negociar el rescate de los prisioneros romanos, pero que aconsejó a los romanos que no aceptaran el acuerdo. Ligado por un juramento que le obligaba a regresar a Cartago, Régulo mantuvo noblemente su palabra y rechazó permanecer en Roma, aunque sabía que el hecho de volver le significaría una muerte cruel mediante tortura. Una de las fuentes cuenta que primero le cortaron los párpados y que, a continuación, fue pisoteado hasta la muerte por un encolerizado elefante. Otra tradición habla de que a su esposa le entregaron dos cautivos cartagineses notables y que, como venganza por lo sucedido a su marido, los maltrató brutalmente hasta que uno de ellos murió. Algunas veces, ciertos estudiosos se han visto tentados a aceptar esta parte del relato y afirman que la historia de Régulo no es más que un invento dirigido a excusar la crueldad de su familia, pero probablemente sea más seguro rechazar toda esa tradición, en especial si se tiene en cuenta que Polibio no menciona ninguno de esos sucesos.[26]

La campaña africana de 256-255 sigue siendo uno de los episodios más dramáticos de la guerra, incluso sin esos adornos casi con toda seguridad míticos. La victoria cartaginesa restableció su confianza, que había caído por tierra después de Ecnomo y Adys, y empezó un cambio favorable en su fortuna. El año siguiente alcanzaron cierto dominio en Sicilia, mientras que una campaña brutal acababa con los príncipes númidas. Durante todo el tiempo que duró el conflicto, los romanos no tomaron ninguna iniciativa para desembarcar en África otra fuerza de invasión, aunque realizaron diversas incursiones de importancia contra las zonas costeras.[27]

¿Cuál fue la causa de que, en primer lugar, prepararan la invasión? Está claro que los romanos contemplaban esa expedición como una manera de ejercer una mayor presión sobre Cartago. Al menos desde la caída de Agrigento y de que los romanos tomaran la decisión de intentar la expulsión de los cartagineses de toda Sicilia, la guerra se había convertido en una lucha abierta entre Roma y Cartago. Los objetivos limitados de las primeras fases de la guerra, la ayuda prestada a los mamertinos y el conseguir el control del estrecho de Messina habían pasado a un segundo término. Los cartagineses podían haber sido expulsados finalmente de Sicilia mediante la conquista gradual de cada una de sus fortalezas, pero ésa era una empresa que costaría muchos años conseguir, y se desperdiciarían considerables esfuerzos cuando esas ciudades se volvieran a perder o pasaran al enemigo por el recurso a la traición. Una vez que el conflicto se convirtió en una guerra abierta entre Roma y Cartago, solamente finalizaría cuando uno de los dos bandos se considerara derrotado. La invasión romana en el norte de África constituyó un intento por ejercer suficiente presión simple mente para forzar a Cartago a que aceptara la derrota, y es notable que fue-

ran precisamente los romanos quienes decidieron la escalada del conflicto por ese camino. Nuestras fuentes se inclinan por reprocharle a Régulo su excesivo orgullo, al ofrecer unas condiciones demasiado duras para que los cartagineses pudieran aceptarlas, pero es bastante improbable que algún otro comandante romano hubiera sido mucho más indulgente. Los romanos exigían que sus enemigos admitieran el haber sido derrotados por completo y que aceptaran unas condiciones en que esa situación quedara reflejada. Se trata del primer ejemplo claro con el que contamos de aquella actitud romana ante la guerra de la que ya hablamos en un capítulo anterior. Las guerras romanas finalizaban solamente cuando el enemigo dejaba de ser una amenaza al admitir su derrota total y al aceptar un futuro como aliado subordinado. La única alternativa que les quedaba a los romanos era la de sufrir una derrota de la misma clase. La actitud cartaginesa ante la guerra era mucho menos determinante, pues ellos, de acuerdo con las prácticas helenísticas, esperaban que una guerra finalizara con un tratado negociado que reflejara el verdadero equilibrio de poderes. No esperaban la destrucción total de la capacidad de un enemigo para hacerles daño en el futuro, y menos aún las condiciones que impondrían. Ya fueran ellos o Régulo quienes, de hecho, iniciaron las negociaciones, es de destacar que los cartagineses deseaban encontrar unas condiciones para la paz cuando el enemigo poseía toda la ventaja en el conflicto. Más llamativo es el contraste que muestra esa manera de actuar con la actitud romana cuando Pirro les derrotó en dos batallas, o cuando Aníbal les infligió toda una serie de derrotas. Ambos generales enviaron embajadores a Roma y no podían entender que el Senado se negara incluso a recibirles a no ser que ellos, los vencedores, se

consideraran derrotados. La implacable actitud romana ante la guerra fue uno de sus mayores activos en las guerras con Cartago.

Sicilia, 258-241 a.C.

La causa cartaginesa resurgió a finales de los años 250, pero el territorio que controlaban en Sicilia se había visto reducido progresivamente hasta ocupar poco más que un enclave en la punta noroeste de la isla. En 254, la combinación de un ejército romano y una flota tomó Panormos, una de las ciudades más grandes que todavía eran leales a Cartago. Polibio nos dice que, aunque los dos bandos estuvieron acampando durante meses a menos de una milla de distancia hasta que llegó el momento definitivo, los romanos se negaban a arriesgarse a presentar batalla o a abandonar las zonas altas, pues tal era el terror que le habían tomado a los elefantes. Sin embargo, los cartagineses no trataron en ningún momento de copiar el atrevido asalto de Régulo contra el ejército enemigo a su propio campamento. Los romanos tomaron algunas ciudades más, entre las que destacaban Lipara y Termas, habiéndose perdido esta última cuando Amílcar sorprendió a los aliados sicilianos de aquéllos, pero no dejaba de ser un pobre resultado para los esfuerzos invertidos por los dos ejércitos consulares, que se habían enviado a Sicilia durante tantos años. Ciertamente, el ritmo de la conquista de Sicilia había frenado su velocidad. Cuando, a finales de 250, se retiró uno de los ejércitos consulares, el comandante cartaginés de ese momento, Asdrúbal, avanzó desde Lilibeo contra el otro, que ocupaba la ciudad de Panormos. Los romanos se encontraban allí para proteger a la población local contra las incursiones que podían sufrir mientras recogían la cosecha, puesto que la incapacidad para defender a los aliados podría suponer de inmediato un motivo de deserciones

hacia el campo enemigo. Esto era realmente cierto, dada la bastante reciente toma de la ciudad. A pesar de ello, el comandante romano, Lucio Cecilio Metelo, mantuvo deliberadamente sus tropas dentro de las fortificaciones, mostrando aparentemente cierta aversión a entrar en combate, en un intento por atraer a los cartagineses a una posición desfavorable. Asdrúbal tragó rápidamente el anzuelo, puesto que las recientes campañas en Sicilia sólo le habían servido para despreciar la falta de espíritu de los romanos, y en un esfuerzo por demostrar a los aliados de Roma la impotencia de sus soldados, avanzó en derechura contra los muros de la ciudad.[28]

Se trataba de una mala posición, pues Asdrúbal tenía que cruzar un río para acercarse a la ciudad, lo que suponía limitar enormemente su capacidad de maniobra y le pondría difícil la retirada. Metelo había hecho unos cuidadosos preparativos. A los habitantes de la ciudad se les había encargado que amontonaran proyectiles junto a los muros, y una buena parte de la infantería ligera romana se había estacionado al lado de las murallas, lista para usar esa munición. Habían enviado al principal cuerpo de *velites* para acosar a los elementos de la avanzadilla del ejército púnico cuando cruzaran el río, obligándoles a desplegarse en formación de batalla. Habían cavado una zanja cerca de los muros, y se había ordenado a los *velites* que se retiraran y se protegieran en ella si se veían sometidos a una fuerte presión. Se les dieron órdenes específicas de concentrar sus proyectiles sobre los elefantes si tenían oportunidad de hacerlo. Metelo mantuvo a los manípulos de infantería pesada esperando detrás de una puerta encarada al flanco izquierdo del ejército púnico, dispuestos a realizar una salida. El comandante romano había tenido también buen cuidado de proporcionar a quienes se

encargaban de realizar una lucha de escaramuzas en el exterior una serie de unidades de refuerzo, y es probable que utilizara algunos manípulos de esa manera para parecer que presentaba un cuerpo de combate en línea fuera de la ciudad. Los cartagineses todavía no se habían encontrado con una seria oposición a todo su ejército cuando Asdrúbal se dejó ir siguiendo una escalada que no fue capaz de controlar, en el momento en que su principal línea de avance se lanzó contra la más débil que le presentaban los romanos. El personal a cargo de los elefantes, ansioso por mantener viva su elevada reputación, cargó y se introdujo fácilmente por entre las débiles fuerzas romanas, persiguiéndolas en su retirada hacia la ciudad. Los *velites* siguieron las órdenes y se retiraron tras la zanja, mientras bombardeaban con proyectiles a los elefantes, quienes recibieron también una cortina de fuego procedente de lo alto de los muros. Los elefantes heridos fueron presa del pánico, y empezaron una estampida contra su propio ejército, provocando un desorden generalizado. Metelo vio su oportunidad y dio la orden de cargar en el exterior a la columna que se encontraba a la espera. Golpeados inesperadamente por un ataque contra el flanco, el desorden cartaginés se convirtió en una fuga desordenada. Causaron así numerosas bajas, aunque no contamos con cifras fiables y las afirmaciones de las fuentes posteriores, que hablan de veinte o treinta mil muertos no parecen dignas de crédito. Los elefantes sufrieron especialmente, siendo capturados diez de inmediato y el resto posteriormente, pero no está claro si se hallaban presentes los ciento cuarenta que nos dice que habían desembarcado en Sicilia después de la derrota de Régulo. Diodoro afirmaba que habían sido muertos o capturados sesenta, pero Zonaras habla de que lo fue un total de ciento veinte, mientras que Plinio el Viejo, escribiendo ya en el si-

glo I d.C., nos ofrece una cifra superior, hablando de unos ciento cuarenta o ciento cuarenta y dos. Una historia afirma que Metelo ofreció la libertad a los conductores hechos prisioneros si controlaban a las bestias, que fueron embarcadas más tarde hacia Roma para ser muertas en los juegos de celebración de la campaña. Diodoro nos dice que la borrachera que padecían los mercenarios galos de los cartagineses fue el principal factor para explicar la huida, pero es probable que no sea más que un cuento estereotípico del desenfreno de los bárbaros.[29]

Ésta fue la última acción de masas de la guerra en tierra, aunque difícilmente se la puede calificar como una batalla en toda regla, y lo más probable es que nuestros informes hayan exagerado su escala. Su importancia fue indudable, ya que la victoria devolvió la confianza a los ejércitos romanos en Sicilia y al Senado. Se planificó un mayor esfuerzo para la campaña de la próxima estación, en 250. Las ciudades siguieron siendo la clave de Sicilia, y la guerra continuó viéndose dominada por los asedios. Dos importantes ciudades con buenos puertos permanecieron en manos de los cartagineses, Lilibeo y Drepana, que se hallaban situadas a unas quince millas de distancia (120 estadios). Los romanos decidieron atacar Lilibeo con los dos ejércitos consulares, apoyados por una enorme flota, totalizando, según Diodoro, unos ciento diez mil hombres. La habilidad técnica de las fuerzas romanas habían mejorado enormemente desde Agrigento, por lo que, ya desde un principio, habían planeado la construcción de máquinas de asedio para transportar arietes contra los muros de Lilibeo y abrir brechas por las que pudiera cargar la infantería de los asaltantes. De nuevo, uno sospecha que la mayor parte de sus conocimientos los debían haber conseguido y aprendido de expertos traídos por Hierón. Fue éste

el primer asedio comparable por su complejidad a los de las guerras del mundo helenístico, en el que atacantes y defensores ideaban contramedidas, respondiendo en su momento a las iniciativas del contrario. El comandante de la guarnición, Himilción, montó una defensa muy activa, poniendo a sus diez mil mercenarios a perforar túneles bajo las máquinas del atacante con la finalidad de hundirlas, y llevando a cabo salidas enérgicas para prenderles fuego. Las bajas romanas fueron importantes debido tanto a las acciones enemigas como a las privaciones. Las fuerzas cartaginesas, incluida aquí la caballería de Lilibeo, que había sido evacuada por mar a principios del asedio, por considerar que serían bocas innecesarias que alimentar, se dedicaban a realizar incursiones por sorpresa contra las líneas romanas de comunicación. Según veremos en el siguiente capítulo, la flota romana se encontró con grandes dificultades para mantener el bloqueo del puerto. Finalmente, el trabajo de muchas semanas se vio destruido por el fuego, cuando un fuerte viento sirvió de ayuda a los esfuerzos incendiarios de un grupo de mercenarios griegos de la guarnición. Un primer intento por parte de algunos oficiales mercenarios de traicionar a la ciudad fue desbaratado por otro oficial, el griego Alexon, lo que no les dejó a los romanos otra opción como no fuera la de someter por hambre a los defensores. A pesar de los impresionantes desastres navales del 249 y de las escasas oportunidades de victoria de que gozaban al carecer del control de los mares, los romanos perseveraron en el bloqueo durante todo lo que quedaba de guerra. Los cartagineses carecían de fuerzas terrestres suficientes para romper el asedio.[30]

Es durante los últimos años de la guerra en Sicilia cuando entra en escena el más famoso de los generales cartagineses que participaron en ese conflicto, Amílcar Barca. Su nombre

tenía ya algo de impresionante, y probablemente derivaba de la palabra semítica que significa relámpago, fogonazo —o, quizás, espada—, pero sus grandes hazañas iban a llegar después de la guerra contra Roma y es dudoso que hubiera recibido excesiva atención de no haber sido el padre de Aníbal. No obstante, Polibio le consideró el comandante más capaz de ambos bandos a lo largo de todo el primer conflicto. En el momento en que desembarcó en Sicilia, en 247, los cartagineses estaban encerrados en un pequeño enclave. Se estableció sobre una colina llamada Hercte, no muy lejos de Panormos, una base segura que dominaba un buen refugio naval. Se dedicó durante tres años a llevar a cabo una lucha de escaramuzas con las fuerzas romanas cerca de la ciudad, consiguiendo victorias menores, pero sin alcanzar ningún éxito que pudiera tener repercusiones a largo plazo. Entonces, en 244, se embarcó de noche y navegó hacia Eryx, cerca de Drepana. Los romanos habían ocupado esa ciudad abandonada en 248, instalando allí una guarnición y otra en la cima de la montaña. Amílcar tomó la ciudad con un ataque sorpresa, y dejó aisladas a las fuerzas de la cima, que ocupaban el templo de Venus, de las principales fuerzas romanas, que se encontraban al pie de la montaña. Consiguió mantener esa posición y asediar aquella fuerza durante los años que quedaban de guerra, alcanzando de nuevo éxitos menores en los frecuentes ataques por sorpresa; las escaramuzas continuaron por ambos bandos.[31]

Amílcar no consiguió importantes triunfos en sus operaciones en Sicilia, pero es probable que careciera de recursos para hacer mucho más de lo que hizo y realmente no contaba con tropas suficientes para derrotar a los romanos en campo abierto. Es muy posible que, en esa época, los cartagineses dedicaran más recursos a sus campañas contra los

pueblos indígenas del norte de África. Con otra potencia distinta de Roma, la prolongación de la lucha en Sicilia y el haber conseguido evitar la derrota pudo haberles convencido finalmente de que lo mejor era negociar una paz aceptable para Cartago. Al final, las operaciones terrestres en Sicilia se volvieron prácticamente irrelevantes, y la guerra se decidió en la mar. Debemos ya dirigir nuestra atención a los hechos navales acaecidos en la Primera Guerra Púnica.

Capítulo 4
LA GUERRA POR MAR

La Primera Guerra Púnica fue el mayor conflicto naval de la Antigüedad. Los recursos que ambos bandos invirtieron en las flotas fueron realmente enormes, y las pérdidas en hombres y materiales asombrosamente monstruosas. Si nuestras fuentes son correctas, la batalla de Ecnomo, el año 256, pudo haber involucrado a más personas que cualquier otra batalla naval de la historia. Durante la guerra, las batallas navales fueron más comunes que las más importantes acciones terrestres y, finalmente, demostraron ser decisivas. Polibio se maravillaba de la escala de la guerra naval, pero más aún de la velocidad a la que los romanos, que, según afirma, nunca antes habían construido un barco de guerra, se adaptaron a la mar y crearon una marina capaz de derrotar a la de Cartago con su larga tradición marinera. Los primeros años del conflicto naval fueron testigos de una espectacular, y casi ininterrumpida, sucesión de victorias romanas sobre un enemigo cuyos barcos estaban mejor construidos y que contaba con tripulaciones mucho más preparadas. Al finalizar la guerra en 241, Roma había sustituido a Cartago como la potencia marítima indiscutible en el Mediterráneo Occidental. La marina creada durante la guerra hizo posible las posteriores victorias sobre Cartago y sobre los reinos helenísticos.[1]

No era cierto que los romanos carecieran de cualquier tipo de experiencia en la construcción y el manejo de navíos de guerra antes de 260, pero podía perdonarse la exageración de Polibio. Apenas habían tenido necesidad de utilizar barcos de guerra de ninguna clase durante la rápida conquista de Italia por Roma, pues incluso aquellos enemigos que poseían una marina podían ser alcanzados y derrotados en tierra por las

legiones. En 311, los romanos crearon un consejo formado por dos oficiales, los *duoviri navales classis ornandae reficiendaeque causa*, que tenían la responsabilidad de construir y mantener los barcos de guerra. Parece ser que cada *duumvir* comandaba una escuadra de diez barcos, probablemente trirremes. Apenas nada ha quedado registrado de sus actividades, aunque una de las escuadras fue derrotada con relativa facilidad por los barcos tarentinos en 282. Aunque es imposible afirmar nada con certeza en este periodo tan pobremente documentado, parece ser que la inexperta marina romana se disolvió después de la derrota en Tarento. En lugar de ello, los romanos prefirieron confiar en los barcos armados y tripulados por aquellos de sus aliados que contaban con tradición marinera, sobre todo los de las ciudades griegas de la Italia meridional. Como ya hemos visto, Apio Claudio pasó a Sicilia, en 264, en navíos proporcionados por sus aliados, particularmente los de Tarento, Nápoles y Locri. Se trataba, en esencia, de una extensión de la tradicional confianza que los romanos ponían en el apoyo militar aliado, aunque estas ciudades, conocidas como *socii navales*, más que soldados proporcionaban barcos. Vale la pena recordar que en el tratado con Cartago de 278 se planteaba la posibilidad de que los barcos púnicos dieran apoyo a las legiones. En 267 se duplicó el número de cuestores, pasando de cuatro a ocho, siendo conocidos los nuevos magistrados como *quaestores classici* [cuestores de la flota]. Es probable que una de las responsabilidades de esos hombres consistiera en regular la relación con los aliados navales, y cada uno de ellos debía responsabilizarse quizás de los pueblos que habitaban una determinada región de Italia. Es imposible saber con exactitud cuántos barcos podían suministrar los aliados de Roma, pero no es muy probable que ni por su número total ni por su ta-

maño pudiesen hacer frente al dominio púnico de los mares. Los barcos aliados tuvieron dificultades para transportar a los ejércitos romanos a Sicilia y para aprovisionarlos durante los primeros años de la guerra ante la actividad naval cartaginesa. El papel de los aliados navales siguió estando estrictamente subordinado al de los ejércitos terrestres, que aún suponían el principal esfuerzo bélico en cualquier campaña romana.[2]

Por consiguiente, la decisión tomada por el Senado de construir y tripular una flota de cien quincuerremes y veinte trirremes, con la intención de enfrentarse directamente a la flota cartaginesa, marcó un cambio importantísimo en la práctica bélica romana. Polibio afirma que la decisión se tomó después de que la caída en Agrigento animase a los romanos a ampliar sus objetivos de guerra más allá de la protección de los mamertinos, hasta pensar en expulsar por completo de Sicilia a los cartagineses. Es posible que quizás hubiera ya algunos defensores de la construcción de una flota con anterioridad a 261. Una fuente muy tardía afirma que fue Valerio Messala, cónsul en 263, el primero en darse cuenta de que una flota era esencial para la victoria final en la guerra, pero no sabemos si esa noticia es correcta o si se trata, simplemente, de una invención posterior por parte de un familiar deseoso de glorificar a sus antepasados. Una fuerte capacidad naval era claramente indispensable para el sometimiento total de Sicilia. A pesar de haber conseguido tener Siracusa como base, todavía era difícil que los romanos aprovisionasen, mantuviesen y reforzasen a sus ejércitos en Sicilia, cuando las rutas marítimas se hallaban controladas por la flota púnica. Los barcos eran también indispensables si los romanos aspiraban a bloquear ciudades que conservasen sus propios puertos, pues, de lo contrario, se podría abastecer fá-

cilmente a sus guarniciones por mar. Finalmente, debe quedar claro que el principal potencial de los cartagineses, y siempre había sido así, lo constituía su flota. La derrota de ésta supondría, inevitablemente, un golpe mayúsculo a Cartago, muy superior a la destrucción de sus ejércitos mercenarios, y, por consiguiente, sería la mayor contribución para obligarles a someterse. Éste parece ser un ejemplo más de una decisión romana tomada para llevar a cabo una escalada en el conflicto, en un intento por conseguir un resultado decisivo.[3]

La guerra naval en el siglo III a.C.

Por lo general, las fuentes antiguas son mucho más parcas en descripciones de las operaciones navales que de aquellas otras ocurridas en tierra. El problema aún empeora debido a la, para nosotros, naturaleza esencialmente extraña de los barcos de guerra propulsados por remos. La arqueología marítima ha empezado a suministrarnos alguna información, aunque los restos del naufragio de barcos de guerra son muchísimo menos comunes que los de los buques mercantes, y mucho de lo que sabemos lo hemos podido conocer mediante reconstrucciones. No obstante, todavía existen enormes vacíos en nuestro conocimiento sobre la construcción y el mantenimiento de las galeras clásicas, así como de los usos estratégicos y tácticos de las flotas. Un ejemplo claro de lo anterior lo constituyen nuestras vacilaciones para poder precisar el diseño del quincuerreme, el navío de guerra estándar en las Guerras Púnicas.

Las grandes batallas navales del siglo V, cuando los griegos derrotaron a los invasores persas, y Atenas y Esparta rivalizaban por el dominio, se libraron y ganaron con flotas de trirremes. Las evidencias con las que contamos sobre este tipo de navío son bastante buenas, procediendo la mayor parte de

la literatura y la epigrafía de la Atenas clásica y de las excavaciones en los astilleros del puerto del Pireo. La reconstrucción a escala real de una trirreme ateniense en la década de los años 1980 y sus intensas pruebas de navegación aumentaron enormemente nuestro conocimiento. La trirreme, o «tres», recibía su nombre de su grupo habitual de remeros formado por tres hombres. Cada remero se sentaba a un nivel diferente y movía un remo de unos 4 m de longitud, y quienes se situaban en la fila más elevada lo proyectaban desde un botante que sobresalía. El buen funcionamiento del navío exigía de cada uno de los remeros una considerable habilidad. Larga y estrecha, la trirreme ateniense tenía unos 36,5 m de eslora y unos 6 m de manga en la parte más ancha. Llevaba una tripulación de alrededor de doscientos hombres, de los que unos treinta eran tripulación de cubierta, oficiales y marineros, y el resto remeros. En el periodo de pruebas, la versión reconstruida alcanzaba velocidades de ocho nudos y podía mantener durante horas velocidades constantes de cuatro nudos, manteniendo siempre a la mitad de los remeros descansando. Los giros de ciento ochenta grados se completaban en una distancia equivalente a dos veces y media la eslora del barco. Esas velocidades se alcanzaban a pesar de la inexperiencia comparativa de las tripulaciones modernas y con la utilización de remos que probablemente eran más pesados que los originales. Con velas, la trirreme podía llegar a los ocho nudos con una brisa favorable. En conjunto, la actuación de la trirreme reconstruida fue notablemente buena y lanzó un desafío a muchos de los pasados prejuicios que se tenían sobre la antigua guerra naval.[4]

En el siglo IV, varios Estados comenzaron a construir barcos de guerra mayores que la trirreme. Los cartagineses fueron los primeros en construir «cuatros», o cuatrirremes,

mientras que Dionisio I, el tirano de Siracusa fue, a principios del siglo IV, el responsable del diseño del «cinco» —el *pentereis*, en griego, y la *quinqueremis*, en latín—. Los reinos que aparecieron en el mundo helenístico a finales del siglo IV podían permitirse el lujo de invertir enormes recursos en la construcción de sus flotas. Algunos de los mayores navíos se construyeron en el reino ptolemaico de Egipto, incluyendo monstruos tales como los «treintas» o «cuarentas» de Ptolomeo II, pero no contamos con registro alguno de algo mayor que un «diez», observado en un combate real. El hecho de entender que, aunque la trirreme contara con tres bancos de remos, su nombre derivaba en realidad del número que formaba cada equipo de remeros, nos ayuda a comprender el diseño de tales barcos. Claramente, las galeras con cuatro o cinco bancos de remos no habrían sido operativas de ninguna manera, y los de diez o más imposibles por entero. De hecho, no contamos con evidencia alguna en el mundo clásico de ningún barco de guerra que tuviera más de tres bancos de remos. Por tanto, en los «cuatros» o en barcos aún mayores, al menos algunos de los remos debían ser manejados por más de un remero.[5]

El quincuerreme tenía un equipo básico de cinco remeros, pero ¿cómo se situaban? ¿Contaba con un solo nivel de remos utilizados por cinco hombres cada uno?; ¿con dos niveles, manejando un remo tres remeros y el otro dos?; ¿o con tres niveles, donde dos remos los usaban dos parejas de remeros —una pareja cada remo—, y el restante un solo remero? Las marinas de las potencias del Mediterráneo a finales de la Edad Media incluían numerosas galeras, todas ellas con un solo banco de remos, sin importar cuántos remeros movían cada uno. Podían sentarse dos hombres juntos y utilizar un remo de manera eficaz, pero si había más de dos remeros

por cada remo, entonces era necesario que se pusieran de pie para meter la pala y, a continuación, lanzarse hacia atrás sobre el banco para hacer presión con la pala bajo el agua. Éste era el método empleado en la Edad Media y debió ser también el utilizado en las galeras más grandes del mundo clásico. Por necesidad, ese diseño requería un casco algo más ancho y más grande para poder acomodar a los remeros, lo que probablemente convertía esos navíos en más lentos y menos maniobrables que los modelos más estrechos. Casson ha sugerido que este sistema tenía la ventaja de reducir la necesidad de contar con remeros habilidosos, ya que solamente era imprescindible que un sólo hombre por remo estuviera muy entrenado. Éste podía parecer un panorama atractivo para los romanos, que estaban emprendiendo la creación y la dotación de una flota a una escala sin precedentes. Sobre esa base, Casson defendió que los romanos utilizaron quincuerremes con un solo banco de remos, movido cada uno de ellos por cinco hombres, al contrario que los cartagineses, que usaban «cincos» de tres bancos, más estrechos. Según él, se explicaba así por qué nuestras fuentes insistían en que los barcos púnicos eran uno por uno más rápidos y maniobrables que los romanos. Sin embargo, Polibio nos dice de manera explícita que los barcos romanos los copiaron de un «cinco» cartaginés apresado, y no parece existir ninguna buena razón para rechazar esa prueba.[6]

Las superiores prestaciones de los barcos cartagineses durante la mayor parte de la guerra fue un reflejo de la mayor preparación de sus tripulaciones y, en los comienzos, de una mejor construcción, y no a causa de la utilización de un diseño básicamente diferente. Resumiendo, lo más probable es que las quincuerremes de ese periodo contaran con más de una hilera de remos. Dos niveles de remos, con tres y dos re-

meros respectivamente, hubiera significado una combinación complicada de los dos diseños diferentes, y es más probable que la quincuerreme tuviera tres niveles, el más bajo con un solo remero y los otros con un par, lo que convertiría a esa nave en un desarrollo más lógico de la trirreme. El nivel superior de remos en una trirreme estaba montado sobre un botante, lo que, en ocasiones, se consideraba un defecto. Incluso aunque así fuera y aunque se hubiera mantenido ese defecto en los «cincos» diseñados de manera parecida, es perfectamente posible que las quincuerremes de las Guerras Púnicas se construyeran de forma diferente. Morrison y Coates han defendido recientemente, partiendo de pruebas iconográficas, que los «cincos» cartagineses diferían de manera clara por su disposición de los barcos griegos de igual tamaño, y sugerían que esa diferencia tenía sus orígenes en los métodos de construcción fenicios. Los «cincos» púnicos contaban todos ellos con tres niveles de remos que surgían de un único y profundo panel, con las bocas para la salida de los remos dispuestas siguiendo un modelo parecido al de un tablero. Esos autores lo interpretaban como si se tratara de un recipiente para los remos, en cuyo interior se situaban todos los remeros y que estaba construido separadamente del casco principal y proyectado desde él. Tal diseño obligaría a crear un navío algo más ancho, pero quizás hubiera permitido el reforzamiento del casco contra el golpe de los espolones, al tiempo que, posiblemente, aumentaría el espacio de carga del casco principal. Según afirman, este modelo de barco fue copiado por los romanos, confirmando así el relato que nos ofrece Polibio, y continuó en uso en la marina romana hasta bien entrado el Principado. Ese sistema ofrecía posibilidades limitadas para el desarrollo de barcos con mayor número de filas, ya que solamente el «seis», que situaba a

dos hombres en cada remo, era realmente operativo dado el reducido espacio de que se disponía. Según señalan, no hay pruebas de que los romanos hubieran botado durante la guerra ningún navío mayor que un «seis», aunque no se sabe si eran de diseño púnico o griego.[7]

La interpretación que de las pruebas hacen Morrison y Coates es muy atractiva, especialmente porque parece confirmar la tradición literaria, pero la evidencia es demasiado pobre para poder llegar a una conclusión definitiva. Por último, subsisten dudas acerca de la naturaleza exacta de la quincuerreme. No obstante, podemos arriesgarnos a hacer ciertas afirmaciones razonablemente fiables sobre su capacidad y características generales. La tripulación de una quincuerreme romana estaba formada por unos trescientos hombres, de los cuales veinte constituían la tripulación de cubierta y los restantes eran remeros. En Ecnomo, los barcos romanos llevaban ciento veinte marineros; sin embargo, eso fue debido a que se preveía un encuentro importante, pero la tripulación normal era seguramente menor, quizás de unos cuarenta. Las cuatrirremes atenienses se ajustaban a los mismos deslizadores de los astilleros sobre los que se construían originalmente las trirremes y no podían haber sido mucho más grandes que éstas. Los «cincos» eran notablemente más altos que esos barcos de carga y seguramente más largos y también algo más anchos. Eran ciertamente más lentos y menos maniobrables que los «treses» y los «cuatros», aunque su mayor masa les permitía avanzar mejor en mares más movidos, y aumentar su efecto cuando embestían a otro navío.

Las antiguas galeras contaban con dos principales opciones tácticas: la embestida con el espolón y el abordaje. La cantidad de proyectiles de fuego que podían lanzar los mari-

neros de un barco, y la artillería que cargaban los mayores navíos eran insuficientes para infligir un daño serio o para imposibilitar la acción de un buque enemigo. Como mucho, ese fuego servía para detener a una tripulación enemiga que se preparara para el abordaje. El lanzamiento de proyectiles se mantuvo como algo accesorio a los principales métodos de ataque y, por esa razón, el viento era un método de propulsión demasiado incierto para poder confiar en él durante la batalla. Por tanto, todos los combates decisivos exigían el contacto físico entre los barcos adversarios.

Los primeros espolones instalados en los barcos de guerra a remo se colocaban de cualquier manera, pero, hacia el siglo v, se sustituyeron por unos dispositivos menos puntiagudos. A medida que los barcos fueron adquiriendo mayor potencia aumentaba el peligro real de que un espolón de punta estrecha quedara profundamente empotrado en el casco del enemigo hasta el punto de que no pudiera desembarazarse de él con facilidad, inmovilizando tanto al navío que golpeaba como a la víctima. Por la misma razón, por norma no era aconsejable atacar en un ángulo superior a los sesenta grados, ya que también se corría entonces el riesgo de penetrar demasiado profundamente. Un espolón del siglo iii, que se encontró en la costa de Athlit, en Israel, y que, en la actualidad, se halla en el Museo Nacional Marítimo en Haifa, es de punta roma, se ensancha hacia el final y cuenta con salientes a cada lado. Tiene 2,2 m de largo, 76 cm en su punto más ancho y 96 cm en el punto más alto, y pesa 464 kg. El espolón pertenece seguramente a un barco de guerra ptolemaico; Casson sugirió que debía proceder seguramente de un «cuatro» o un «cinco». El espolón de un pequeño barco de guerra púnico que había naufragado, descubierto cerca de Lilibeo (Marsala, en Sicilia), estaba construido con madera encajada

en una pieza de metal retorcida por cada lado, y todo él se curvaba hacia arriba, intentando quizás introducirse en el casco enemigo por debajo de la línea de flotación. Los espolones iban encajados en la quilla del barco, pero nunca formaban parte de ella, pues eso implicaría transferir mucha de la fuerza de un espolón que hubiera embestido a otro navío al propio casco del barco atacante. La otra ventaja de este diseño residía en que, si el espolón quedaba enganchado en el barco enemigo, seguramente se rompería y ello permitiría que el barco atacante se retirase.[8]

Golpear con el espolón en la proa de un barco enemigo era peligroso y normalmente se evitaba, ya que se trataba de la parte más dura de un bajel y la colisión resultante seguramente infligiría daños importantes a ambos navíos. En lugar de eso, los capitanes intentarían maniobrar sus barcos para golpear con el espolón un costado del enemigo. La posición ideal consistía en atacar desde la popa en un ángulo pequeño, para que el espolón no penetrara en un solo punto, sino que destrozara una amplia sección del casco enemigo, provocándole una brecha por la que se llenaría de agua. Las batallas marítimas consistían, por tanto, en una serie de duelos individuales mientras los barcos intentaban cuidadosamente cambiar de posición y embestir por un costado, al tiempo que trataban de evitar el convertirse ellos mismos en un blanco vulnerable para otro enemigo; es decir, era una clase de lucha comparada, en ocasiones, a los combates aéreos durante la Primera Guerra Mundial. Una tripulación altamente preparada podía elegir golpear a un contrario con un ángulo tal que el espolón corriera a lo largo del costado del enemigo, cortando las filas de remos del barco e inutilizándolas, pero eso era difícil de conseguir sin recibir ningún daño en los propios remos del atacante. Maniobras tales como el *peri-*

plus, que implicaba buscar el flanco de la línea enemiga, y el *diekplus*, que suponía penetrar en las líneas enemigas para meterles el espolón por popa, no pueden ser reconstruidos de manera precisa en la actualidad, pero es probable que fueran tácticas más de escuadra que para navíos individuales.[9]

La alternativa al ataque con el espolón era el abordaje, aproximándose al navío enemigo e invadiéndolo con una multitud de atacantes. La victoria en el combate cuerpo a cuerpo resultante dependía del número, del entusiasmo y de la capacidad de lucha de los atacantes comparados con los de los marineros y la tripulación de cubierta del barco al que tocaba la defensa. Como es lógico, este método favorecía a los navíos más grandes, capaces de transportar muchos más marineros y que contaban también con la ventaja del peso. El abordaje exigía de la tripulación de un barco muchos menos conocimientos sobre el arte de navegar, pues su tarea principal consistía en dirigir el buque a tomar contacto con un navío enemigo y abordarlo de manera segura. El ataque con el espolón requería una tripulación mucho más habilidosa para alcanzar éxito, puesto que dependía de la velocidad y de la maniobrabilidad. En el siglo v, la marina ateniense había contado con brillantes ejemplos en las tácticas del ataque con espolón, haciendo uso de sus trirremes ligeras, sin cubierta, o *aphract*, tripuladas por remeros muy preparados y que procedían del grupo de ciudadanos más pobres. Muy pocos Estados, aparte de la democracia radical de la Atenas clásica, estaban dispuestos a pagar a un gran número de remeros un salario regular, necesario para mantenerlos entrenándose continuamente. Los reinos helenísticos que surgieron a la muerte de Alejandro estaban, por lo general, más escasos de hombres disponibles para dotarse de tripulaciones que de fondos para construir flotas formadas por barcos cada vez

más grandes. El énfasis puesto en la construcción de navíos de guerra más y más grandes consiguió que el espolón perdiera importancia, ya que tales barcos eran más lentos y menos maniobrables, y su principal ventaja consistía en que podían transportar un mayor número de marineros. Además de todo esto, los cascos de los barcos más grandes se construían con mayor robustez y, por ello, quizás fuesen menos vulnerables a los espolones de los enemigos, aunque es probable que la embestida de un espolón de otro barco grande y pesado podía causar serios daños. En efecto, en el siglo III, el espolón se había convertido en un arma secundaria, aunque la bien preparada marina cartaginesa iba a demostrar aún una gran habilidad para hacer uso de él.

La tripulación de una quincuerreme, al igual que la de otras galeras del mundo antiguo, era excepcionalmente numerosa en proporción a su tamaño, sobre todo si se compara con los barcos de vela de la historia más reciente. Los remeros, que formaban la mayoría de la tripulación, se hallaban confinados la mayor parte del día en sus bancos, ya que su peso corporal constituía una buena proporción del lastre del barco, haciendo poco deseable que se les permitiera moverse de un lado para otro. Las galeras tenían muy poco espacio para el almacenamiento de víveres y (lo que era aún más importante, para el trabajo de los remeros en medio del calor del verano mediterráneo), de agua fresca. Tal cosa imponía una grave limitación por lo que se refiere a la estrategia, haciendo imposibles las travesías que durasen más de unos pocos días para una flota que dispusiese de la dotación adecuada. Lo ideal era que los barcos atracaran en puerto al final de cada jornada para permitir el descanso de los remeros, pero las escuadras varadas en la playa eran extremadamente vulnerables a un ataque por tierra o por mar y tal práctica se

consideraba muy poco prudente, a no ser que el desembarco pudiera ser protegido por fuerzas terrestres. Las flotas eran, por tanto, muy dependientes de bases seguras en que pudieran reabastecerse. Sicilia y sus islotes costeros, y, en menor medida, Cerdeña y Córcega, tenían un emplazamiento ideal entre el norte de África e Italia para ofrecer unos adecuados enclaves intermedios a la marina de ambos lados. El grado de autonomía de las flotas estaba sujeto a reducciones significativas adicionales cuando se esperaba un importante encuentro con la marina enemiga, sobre todo en aquellas flotas que confiaban principalmente en la táctica del abordaje. Cuando se preveía la posibilidad de una batalla, era normal que se aumentara el número de marineros de cada barco, llegando a doblar o a triplicar los complementos, lo que daba como resultado un consumo mucho más rápido de todos los suministros de comida y agua que se cargaran. Y lo que era incluso más importante: representaba un gran aumento en el peso cargado por un barco, reduciendo drásticamente tanto su velocidad como su maniobrabilidad, unos problemas que sólo podían aumentar si los marineros no estaban distribuidos uniformemente y si no eran capaces de mantenerse quietos todo el tiempo que fuera posible. Por lo tanto, constituía una práctica normal el embarcar a la mayoría de los marineros sólo inmediatamente antes de una batalla. Esto no siempre era posible y, en varias ocasiones, las flotas se colocaban en una posición de clara desventaja porque no habían podido tomar contacto con fuerzas de tierra aliadas y debían sacar marineros de sus propias filas.

Los primeros asaltos

La decisión tomada por los romanos de incluir veinte trirremes en su flota de quincuerremes ha sido interpretada plausiblemente como un resurgimiento de las viejas escua-

dras de los duumviros, símbolo quizás del innato conservadurismo de los romanos. Las trirremes no eran ya suficientemente grandes para desempeñar un papel importante en una batalla masiva, pero cualquier flota necesitaba un número de navíos más rápidos para dar apoyo a sus barcos de guerra más pesados. Polibio se inclina por creer que las últimas flotas estaban constituidas enteramente de «cincos», y que éste era ciertamente el modelo más habitual, pero menciona también la presencia de más pequeños «cuatros» y «treses», al igual que ocasionales barcos mayores, y está claro que utiliza el «cinco» como una abreviatura para referirse a «barco de guerra». Polibio nos dice que el modelo de las quincuerremes romanas era un «cinco» púnico que había sido capturado después de que encallara cerca de Rhegium en un intento por evitar el paso de las fuerzas de Claudio. No está muy claro dónde se realizó su construcción. Presumiblemente, hubo una participación de los carpinteros de ribera de los aliados navales, pero es muy posible que el trabajo estuviera centralizado bajo la supervisión directa de los magistrados romanos, quizás en Ostia. La mayor parte de las habilidades necesarias implicadas estaban relacionadas con la carpintería y el manejo de la madera utilizadas en muchas otras actividades diarias con las que los artesanos romanos debían estar muy familiarizados. Aunque la inexperiencia debió rebajar la calidad de los primeros barcos que se construyeron, la propia producción de tantos navíos hizo muy probable que la capacidad artesana fuera mejorando con gran rapidez. Mientras se construían los barcos, tripulaciones de remeros empezaban su preparación en bancos sobre los que se simulaban las posiciones que habían de adoptar en un barco. Plinio nos dice que un navío se terminaba en solamente sesenta días.[10]

Esta historia supone un claro ejemplo del orgullo que los romanos tenían de su capacidad para copiar la tecnología y las tácticas de sus enemigos, para finalmente superarles, pero no existe ninguna buena razón para no creer que fuera así, ni para dudar de la explícita afirmación de Polibio de que las quincuerremes no se habían construido en Italia antes de esa época (Polibio 1.20.10). Siracusa había construido grandes barcos en el pasado pero, si tienen razón Morrison y Coates, entonces los «cincos» cartagineses debieron ser, en cualquier caso, de un diseño diferente a los modelos griegos y es posible que fuesen superiores. La velocidad de la construcción ha recibido recientemente un espaldarazo a partir del análisis del naufragio de Marsala. Este pequeño barco de guerra púnico mostraba señales de numerosas marcas en la madera, que indicaban bien a las claras las etapas de la construcción. Por citar un ejemplo, se pintaba en las planchas el contorno de las muescas por donde se encajarían entre sí, mostrando a los carpinteros por dónde debían cortar. El alfabeto púnico, utilizado como sucesión numeral, se pintaba a lo largo de toda la quilla a intervalos que se correspondían con la posición de las costillas del barco. A pesar del uso de técnicas más modernas, la cubierta del casco se hacía antes de que se colocaran las costillas del esqueleto. Como eso quería decir que los hombres que trabajaban dentro del casco para encajar el maderamen del suelo no podían ver de ninguna forma la serie de marcas de la quilla, se repetía la misma secuencia en uno de los costados del interior del casco. También se habrían pintado otras instrucciones en sentido inverso, pues ésa sería la dirección natural que seguiría la mirada de un obrero durante la construcción. Es interesante señalar que los carpinteros de buques no seguían la práctica más moderna de intentar utilizar piezas de madera ya con la

forma adecuada para fabricar cada componente, sino que tenían suficiente con unir varios trozos de madera para darle a la pieza la forma requerida. Esas junturas podían ser más resistentes que la propia madera natural. La utilización de un patrón marcado previamente y que seguía un modelo estándar debió agilizar de manera notable la construcción. Se creyó durante mucho tiempo que tales técnicas de producción en masa eran desconocidas con anterioridad a la Revolución Industrial.[11]

Antes de describir las primeras operaciones de la recientemente creada flota romana debemos considerar quién suministró las tripulaciones, en concreto los más de treinta mil remeros necesarios. Es evidente que algunas procedían de los *socii navales*, quienes casi con toda seguridad suministrarían también un buen número de capitanes expertos y de tripulación de cubierta, pero es dudoso que esas ciudades pudieran proveer un número de remeros tan grande, y seguro que no pudieron reunir la enorme cantidad de tripulantes que necesitaban las flotas romanas a medida que iba avanzando la guerra. Parece ser que otros pueblos italianos contribuyeron con algunos hombres, en especial los samnitas, que aparecen mencionados a propósito de este tema simplemente porque intentaron amotinarse en 259. No existe razón alguna para creer que fueron solamente los samnitas quienes aportaron marineros. No obstante, a pesar de los comentarios de rechazo de algunos historiadores al contemplar las aptitudes marineras del pueblo romano, es bastante probable que una buena proporción de las tripulaciones procediera de los ciudadanos de la clase conocida como *proletarii*, los más pobres, aquellos que carecían de los requisitos para poder servir en las legiones, al igual que los libertos de la población urbana. Eso parecen confirmarlo las claramente problemáti-

cas cifras del censo registradas por Livio, lo mismo que por la pintoresca anécdota que se cuenta de la hermana de Claudio Pulcher, de la que más adelante hablaremos.[12]

A medida que se iban botando los barcos de la flota romana completa, las tripulaciones dedicaban un breve periodo de tiempo a entrenarse antes de trasladarse hacia los estrechos siguiendo la costa italiana. De los dos cónsules que había en 260, se nombró comandante de la flota al patricio Cneo Cornelio Escipión, mientras que su colega, el *novus homo* Cayo Duilio, recibió el mando de las fuerzas de tierra en Sicilia. Escipión se adelantó con los primeros diecisiete barcos para prepararse y cruzar hacia Messana, con el fin de disponer el apoyo logístico ante la llegada de la flota. Mientras se encontraba allí, recibió la oferta que le hizo Lipara de traicionar a sus aliados y pasarse a los romanos, de la que ya hemos hablado en el capítulo anterior. Lipara era el puerto más importante en el pequeño grupo de islas situadas junto a la punta nordeste de Sicilia, en una posición ideal para amenazar la ruta directa hacia Italia. No dejaba de ser muy apetitoso que los cartagineses se quedaran sin esa base, y Escipión se aferró rápidamente a esta oportunidad de conseguir un éxito rápido. Tomando sus diecisiete barcos, atravesó la corta distancia que le separaba de Lipara y ocupó el puerto. Tanto si se trató de una trampa premeditada como si no, la respuesta cartaginesa no se hizo esperar. La flota púnica se encontraba generalmente en Panormos, a corta distancia, en la costa norte de Sicilia, al mando de Aníbal, el hombre que había dirigido la defensa de Agrigento. Tan pronto como estuvo al corriente de los movimientos de Escipión, Aníbal envió veinte de sus barcos hacia la ciudad. Mandados por Boödes, un aristócrata cartaginés, esta escuadra llegó durante la noche y encerró a los romanos dentro del puerto. Los barcos

romanos no fueron capaces de oponer una resistencia seria; algunas de las tripulaciones más inexpertas sucumbieron al pánico y huyeron hacia tierra. Una tradición sostiene que tanto Escipión como sus oficiales fueron tomados a traición mientras se encontraban negociando con Boödes, aunque debe ser simplemente una fábula más para apoyar el estereotipo de la doblez púnica. Posteriormente, Escipión recibió el sobrenombre de Asina, o «asna», como resultado de este desastre, donde la forma femenina quizás tratara de agravar el insulto; pero no tuvo un efecto demasiado importante sobre su carrera, pues conseguiría el consulado por segunda vez en 254. Posiblemente debió ser liberado de su cautiverio mediante el pago de un rescate o por intercambio en algún momento anterior.[13]

Poco después de ese éxito, los cartagineses sufrieron un pequeño descalabro parecido cuando el propio Aníbal tuvo un encuentro con la principal flota romana, mientras estaba llevando a cabo un reconocimiento o preparando quizás una incursión sobre Italia. Rodeando un lugar al que Polibio denomina cabo de Italia, Aníbal perdió la mayor parte de sus cincuenta navíos antes de poder escapar. Este encuentro demuestra bien a las claras la dificultad que tenían las flotas antiguas cuando trataban de seguir la pista de los movimientos del adversario, y no hay razón alguna para aceptar las afirmaciones que sostienen que Polibio alteró un relato de una acción mítica a partir de una errónea interpretación que Filino hace del posterior combate de Milas. A pesar de estos contratiempos iniciales, ambas partes continuaron deseando mantener un enfrentamiento más serio con la flota enemiga, y los romanos ya se estaban preparando para ello en Messana cuando llegó Cayo Duilio para tomar el mando.[14]

Los romanos advirtieron que sus barcos no eran ni tan rápidos ni tan maniobrables como los de sus adversarios púnicos. Habían copiado el método de construcción, pero aun así no podían igualar la destreza de los carpinteros de ribera cartagineses, y, lo que incluso era más importante, las tripulaciones romanas estaban mucho peor adiestradas. Estaba claro que pocos éxitos podían esperar alcanzar si confiaban en los espolones para derrotar al enemigo y, por tanto, se veían obligados a depender de las maniobras de aproximación y de abordaje. Con esta finalidad, alguien propuso la idea de un nuevo tipo de puente de abordaje, conocido por los historiadores modernos con la palabra latina *corvus* (cuervo), aunque no haya ningún autor antiguo que emplee ese término y Polibio use la palabra griega equivalente: *corax*. No ha quedado registrado el nombre del inventor, por lo que alguien ha sugerido que se trataba de un griego siciliano, un extranjero con el que los romanos no querrían compartir la gloria de los éxitos consiguientes, o incluso que el inventor pudo haber sido el joven Arquímedes, pero no se trata más que de conjeturas.

Fuentes posteriores consideraban el *corvus* como una especie de garfio, lo que sirvió para que algunos historiadores dudasen de la descripción de Polibio, pero la veracidad de ésta quedó confirmada finalmente cuando Wallinga construyó un modelo de ese artefacto que funcionaba. El *corvus* era un puente de abordaje de 1,2 m de anchura y 10,9 m de longitud, con un parapeto a cada lado que llegaba hasta la altura de las rodillas. El último tercio de su longitud estaba formado por dos púas separadas por una larga ranura, que quedaban ajustadas a un palo elevado de 7,3 m que se levantaba sobre la cubierta del barco. Unas poleas permitían que el puente se alzara en un determinado ángulo contra el palo.

Por debajo del extremo elevado del puente había una punta pesada y puntiaguda que recordaba el pico de un pájaro, del que probablemente derivara el nombre de ese artificio. Cuando lo soltaban, el *corvus* caía sobre la cubierta de un barco enemigo, y la punta se clavaba en la tablazón del navío. Aquella ranura de separación permitía al puente balancearse formando un amplio arco, para poder caer por delante o por alguno de los costados de la proa del barco, según la dirección en la que se acercara el enemigo. Una vez que el puente quedaba enganchado de manera segura en el otro navío, los marineros romanos podían subir por él y arrollar a la tripulación enemiga con su habilidad en el manejo de la espada, su ferocidad y su número. Era un artificio simple y práctico que permitía a los romanos trasladar a las batallas navales las ventajas con que contaban en la lucha en tierra, y que les sirvió para alcanzar éxitos espectaculares durante el breve periodo que estuvo en uso.[15]

Al poco tiempo de su llegada con la flota, Duilio recibió un informe en el que se le comunicaba que la flota cartaginesa había estado realizando incursiones por la zona de los alrededores de Milas, una ciudad situada en una península de la costa septentrional de Sicilia, no muy lejos de las islas Lípari. Toda la flota romana al completo se hizo a la mar y fue siguiendo la costa hacia Milas; tan pronto como fue informado Aníbal, preparó su flota para encontrarse con ellos. Polibio nos dice que los cartagineses reunieron ciento treinta barcos, lo que parece mucho más creíble que la cifra de doscientos que ofrece Diodoro. El mismo Aníbal dirigió la acción desde una *hepteres* o «siete», que habían apresado a Pirro en 276. Los romanos contaban posiblemente con lo que les quedaba de sus ciento veinte primeras naves, menos las diecisiete que había perdido Escipión, más, no obstante, nu-

merosos barcos púnicos capturados en enfrentamientos anteriores que habían sido capaces de salvar y tripular, así como algunos barcos proporcionados por sus aliados navales. Lo más probable es que la mayoría de los barcos de ambos contendientes fuesen quincuerremes y nada hace pensar que una de las flotas fuera muy superior a la otra.[16]

Polibio nos dice que los cartagineses quedaron sorprendidos por la extraña apariencia del largo *corvus* cerca de la proa de todos los barcos romanos, pero siguieron confiando por entero en su propia superioridad sobre su inexperto enemigo. Era difícil que el comandante de una flota de esa época ejerciese demasiado control sobre su escuadra durante la batalla, pero parece ser que Aníbal permitía a su flota una casi total autonomía casi ya desde el principio. Los navíos púnicos se lanzaron contra el enemigo, con los grandes «sietes» en vanguardia. Algunos de los barcos romanos fueron golpeados con los espolones, pero todos ellos dejaron ir el *corvus*, cuya punta atravesaba la cubierta del navío enemigo y lo trababa rápidamente. Treinta barcos de guerra púnicos, todos aquellos que habían entrado primero en combate, se vieron abordados y apresados con rapidez. Entre ellos se encontraba el buque insignia de Aníbal, atacado, según Zonaras, por una trirreme, aunque tiende a utilizar esa palabra como un término genérico para barco de guerra y lo más probable es que el barco romano fuera, de hecho, un «cinco», ya que la diferencia de altura entre un siete y un tres debía ser considerable. En todos los casos, los marineros romanos se deslizaban por los puentes de abordaje y derrotaban rápidamente a las tripulaciones enemigas. Aníbal abandonó el buque insignia y escapó en un pequeño bote de remos. El resto de los buques de la flota cartaginesa hicieron valer su superior velocidad, dieron un rodeo, flanqueando la

línea romana y atacándola por popa, con la intención de evitar los *corvi*. Algunos de los romanos consiguieron maniobrar para hacer frente a esta acometida y, una vez más, todos los barcos púnicos que entraron por el costado fueron golpeados y enganchados por los «cuervos». Polibio describe cómo los puentes de abordaje «se movían girando a su alrededor y descendían en todas direcciones», aunque no queda nada claro qué quiere decir con eso (1.23. 9-10). Un *corvus* montado cerca de la proa de un barco se podía hacer descender por la parte delantera y, a corta distancia, por babor o estribor, pero es evidente que no podía girar para actuar por popa. Es lógico que un barco romano, al ver acercarse un navío enemigo, debía tratar de virar para poder tener al contrario al alcance del arco que describía el *corvus*. Thiel sugirió que los barcos romanos debieron formar en dos líneas y que fue esta segunda la que viró para hacer frente al segundo ataque púnico; pero, aunque esta sugerencia puede ser perfectamente plausible, nuestras fuentes son demasiado escuetas para confirmarla o negarla. Podía muy bien haber afirmado que era mucho más difícil hacer virar una quincuerreme, como de hecho era el caso, y más todavía con una tripulación inexperta y sobrecargada con un *corvus* y, seguramente, llena de marineros.[17]

La facilidad con que los cartagineses fueron capaces de zafarse y retirarse de nuevo confirmaba la superior velocidad de sus barcos, pero fracasaron en el momento de sacar ventaja de esa situación favorable. Fue un éxito espectacular para la joven flota romana, debida casi exclusivamente al ingenio de quienquiera que fuese el diseñador del *corvus*. Según Polibio, se perdieron cincuenta barcos púnicos, aunque nuestras fuentes posteriores hablan de treinta o treinta y uno apresados y trece o catorce hundidos, unas cifras que deri-

van casi con toda seguridad de la inscripción erigida por el propio Duilio en conmemoración de su victoria, la *columna rostrata*, que ha subsistido de forma fragmentada, hasta el punto de que solamente se lee la primera X de uno de los numerales. El tono del texto conservado es típico de la autopromoción de la aristocracia romana, poniendo el énfasis en el hecho de haber sido el primer romano capaz de derrotar a la marina púnica, y proclamando que, en las operaciones en tierra, Duilio derrotó a las principales fuerzas cartaginesas. Los textos existentes hablan de trirremes y se han reconstruido mencionando también quincuerremes, lo que nos ofrece una confirmación adicional a nuestra sospecha de que las flotas que se enfrentaron en este conflicto no estaban compuestas exclusivamente por «cincos».[18]

El «hombre nuevo» celebró el primer triunfo naval de Roma, decorando el estrado de los oradores del Foro con las proas (o *rostrata*) cortadas a las naves capturadas, de las que más tarde derivaría el nombre. Cuando Duilio iba en Roma a un convite, tanto a la ida como al regreso de la casa del huésped le acompañaba una agrupación de músicos. No obstante, a pesar de todos estos honores, su carrera política a partir de ese momento no fue especialmente destacable.[19]

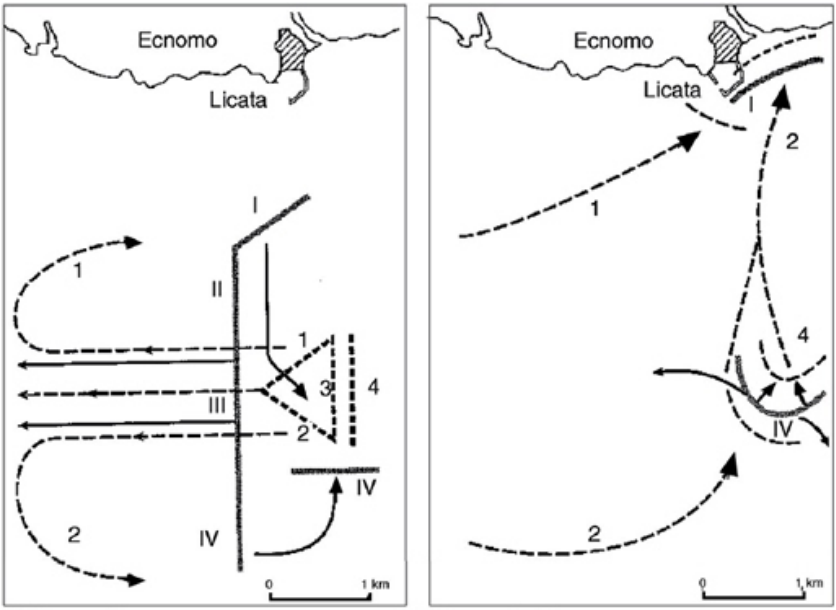
Los cartagineses fueron castigados por su derrota y, aunque Aníbal evitó la condena por su incompetencia en esta ocasión, fue ejecutado por sus propios oficiales poco después por haber permitido que sus barcos fueran bloqueados en un puerto sardo por los romanos. Cerdeña ofrecía una buena base para realizar incursiones en Italia, y su conquista pasaría a ser pronto un objetivo de los romanos. Por otra parte, en los años siguientes la flota romana actuó mayoritariamente en apoyo del ejército de Sicilia, y no fue hasta el 257 cuando tuvo lugar otro importante choque naval. Lo mismo

que otras muchas batallas navales de esa época, lo provocó un encuentro fortuito. Cayo Atilio Régulo (hermano de Marco), uno de los cónsules en 258-257, se encontraba con la flota romana a la altura de Tyndaris, a corta distancia al oeste de Milas, cuando se observó a la flota cartaginesa que navegaba por aquellas aguas. Es posible que ninguna de las partes estuviera al corriente de la presencia de la otra hasta que se pusieron a la vista y, ciertamente, ninguna de las flotas se hallaba en formación ni preparada para la batalla. A pesar de eso, Régulo decidió atacar y se dirigió hacia el enemigo con los diez primeros barcos que se encontraron dispuestos a avanzar, navegando el resto de la flota a bastante distancia. Los cartagineses reaccionaron rápidamente y viraron con una poderosa fuerza contra la pequeña escuadra dirigida por el cónsul. Nueve naves fueron golpeadas con el espolón y hundidas, pudiendo escapar sólo el cónsul con un barco rápido y fácil de patronear. Sin embargo, cuando el núcleo principal de la flota romana pudo colocarse en formación y consiguió finalmente alcanzar al enemigo, las cosas comenzaron a ponerse a su favor. Diez barcos púnicos fueron capturados y ocho hundidos, aunque no está muy claro si esta cifra incluía alguno de los barcos romanos que habían sido apresados en la primera parte de la batalla. Reacios a llevar a cabo una acción a gran escala, la flota púnica se retiró a las cercanas islas Lípari. Es probable que la flota romana se encontrara en esa zona en primer lugar para realizar incursiones contra la bien situada base con que los púnicos contaban allí.[20]

Ecnomo

La flota romana había mejorado rápidamente en eficacia y preparación, aunque, a juzgar por la facilidad con la que los barcos cartagineses consiguieron zafarse en Tyndaris, sus

barcos eran seguramente todavía más lentos y menos maniobreros que los del enemigo. Se tomaron medidas para igualar las fuerzas entre las dos flotas y ambas partes invirtieron recursos masivos en la costrucción de navíos, en un esfuerzo por alcanzar una ventaja decisiva. En 256, los romanos tomaron la temeraria decisión, aunque muy característica en ellos, de llevar a cabo una escalada en el conflicto, mediante la preparación de una invasión en el norte de África. Con esta finalidad, consiguieron reunir una enorme flota de trescientos treinta navíos, que avanzaron siguiendo la costa italiana y cruzaron hasta Messana, antes de navegar hacia el sur a lo largo de tierra siciliana hasta pasar Siracusa, y rodearon el cabo Pachynus, donde se unieron al principal ejército de Sicilia. La flor y nata de la infantería romana embarcó para servir como marineros y proporcionar una fuerza invasora, hasta el punto de que, ahora, cada quincuerreme contaba con un complemento de ciento veinte marineros. Polibio afirmó que el conjunto total de tripulaciones y marineros de la flota romana era de unos ciento cuarenta mil hombres. Los cartagineses consiguieron reunir un total de trescientos cincuenta barcos, que navegaron desde África a Lilibeo, antes de situarse alrededor de Heraclea Minoa. Polibio nos habla de que su fuerza en hombres superaba los ciento cincuenta mil, seguramente calculados de acuerdo con el supuesto de que sus tripulaciones eran, en términos generales, del mismo tamaño que las de los romanos.[21]



Primera fase

1 Escuadra comandada por Marco Atilio Régulo
2 Escuadra comandada por Lucio Manlio Vulso
3 Escuadra de transporte
4 Los *triarii* o escuadra de reserva

Segunda fase

I Escuadra izquierda púnica
II y III Cuerpo principal de la flota púnica con Amilcar
IV Escuadra de Hannón
1, 2, 3, 4 Flota romana I, II, III, IV Flota cartaginesa

MAPA 5. *Batalla de Ecnomo, 256 a.C.*

Muchos de los estudiosos han rechazado las cifras que da Polibio de las flotas en ésta y otras batallas de la guerra. En particular, Tarn y Thiel intentan analizar los relatos sobre la guerra y establecer el tamaño real de los navíos involucrados. En el caso de Ecnomo, han tendido a reducir el total de cada parte en unos cien barcos. Es posible que las cifras conservadas en nuestras fuentes no sean siempre las adecuadas y, como se ha señalado, en todo momento ha existido la comprensible tendencia de los victoriosos a inflar el tamaño de las fuerzas enemigas derrotadas para aumentar la gloria de sus hazañas. Incluso reconociendo que pueda ser así, no nos aporta ninguna ayuda para saber cuáles debieron ser las cifras reales. Los análisis realizados para conocer las cifras de las flotas han tendido a utilizar métodos muy rígidos, sosteniendo que sólo si los mencionan nuestras fuentes específi-

camente se trataba de barcos construidos, tripulados, perdidos o capturados, cuando, dada la brevedad de los relatos de estos veintitrés años de guerra, es muy improbable que nos proporcionen una cobertura plena de esos pequeños detalles. Es evidente que no podemos saber si las cifras que nos ofrece Polibio son o no las correctas, pero es mejor asumir que, en líneas generales, lo sean. En la narración de la acción, menciona al principio que los buques insignia romanos eran dos «seises», y podemos creer, como ya se ha dicho con anterioridad, que la flota romana no estaba compuesta exclusivamente de «cincos», aunque la mayoría de sus barcos fueran de esa clase. Algunos de los navíos romanos quizás eran más pequeños y, de esta manera, se reduciría ligeramente el total de las tripulaciones romanas. Tampoco está nada claro que los barcos cartagineses llevaran tantos marineros como los «cincos» romanos y, ciertamente, no lo hicieron muy bien en las acciones de abordaje llevadas a cabo con la utilización romana del *corvus*.[22]

Los romanos se hicieron a la mar preparados para ejecutar una acción bélica con la flota o continuar viaje hacia la costa africana para realizar un desembarco, pues no podían conocer la probable reacción cartaginesa a sus movimientos. Formando parte de la flota se encontraba un cierto número de transportes de caballos, aunque no se sabe con precisión cuántos eran. Posteriormente iban a desembarcar caballos para los quinientos jinetes que quedaron con Régulo, así como seguramente también las monturas que necesitaban los oficiales principales. Los navíos de transporte no contaban con medios de propulsión propios, sino que eran remolcados por galeras de guerra, lo que les permitía mantener el mismo ritmo que el resto de la flota. De hecho, los mandos púnicos habían resuelto llevar a cabo una acción de la flota a la altura

de Sicilia, considerando que era la mejor forma de proteger a la propia Cartago. Además, si su flota era tan poderosa como afirma Polibio, entonces pudo haber sido quizás la fuerza naval más grande jamás reunida por la ciudad, y esto, unido a la creencia constante en que superaban al enemigo en adiestramiento, debió animarles a considerar que tenían la oportunidad de obtener un importante éxito sobre los romanos. Ambas flotas avanzaron contra el enemigo, a la vista de la costa de Sicilia.

Era tal la importancia de esta empresa que se encontraban presentes los dos cónsules anuales, Lucio Manlio Vulso y Marco Atilio Régulo. Habían dividido la flota en cuatro divisiones, numeradas de la uno a la cuatro, conocidas también como «escuadrones» o «legiones». Simplemente se trataba de un adjetivo que no guardaba ninguna relación con su tamaño real, y parece ser que las cuatro divisiones no eran iguales en número. Los dos primeros grupos los dirigían los propios cónsules, cuyos «seises» encabezaban la formación romana. Los demás barcos de esos escuadrones se situaron a continuación de los buques insignia, formando una línea escalonada a cada lado, de tal manera que la proa de cada barco quedaba situada por detrás y hacia un lado del navío que tenía delante de él. En realidad, estos escuadrones formaban el vértice de un triángulo, cuya base estaba compuesta por el tercer escuadrón, que disponía los barcos formando en línea a la misma altura, y donde cada navío arrastraba a uno de los transportes de caballos. El cuarto escuadrón formaba en línea detrás de este grupo y era seguramente mucho más numeroso que el tercero, ya que sus barcos se disponían en una línea que sobresalía por los dos flancos. Protegiendo la retaguardia de la formación y actuando como última reserva, este escuadrón había recibido también el sobrenombre de *tria-*

rii. Polibio elogia la formación romana por su sentido práctico, pues era relativamente densa y mantenía a la flota unida, a la vez que le permitía virar y encarar una amenaza procedente de cualquier dirección. El hecho de que fuesen capaces de diseñar un plan de este tipo era una señal evidente de la mejora en el adiestramiento de las tripulaciones romanas y de la mayor experiencia de sus mandos, y no existe ninguna razón para dudar del relato de Polibio o para defender que él había malinterpretado lo que quizás no fuera otra cosa que una formación accidental.[23]

Cuando tuvieron a la vista a la flota romana, los cartagineses hicieron algunos cambios en su despliegue, después de haber avanzado aparentemente en posición normal de batalla formando una línea de uno en fondo. Esa línea cartaginesa estaba formada dejando la costa de Sicilia a su izquierda. El ala izquierda, una cuarta parte de los barcos de la flota, se situaba de cara a la costa. Formando ángulo con ésta, se encontraba el resto de la flota; el ala derecha más lejana, dirigida por Hannón (el general que había fracasado en socorrer a Agrigento en 261), reunía los barcos más rápidos y se extendía más allá del flanco de la formación romana. El centro lo dirigía el comandante supremo de Sicilia, Amílcar, quien había dado órdenes a los capitanes de su división de comenzar una retirada ante el ataque romano. El plan de Amílcar parece que consistía en romper la compacta formación romana, y en que las divisiones situadas a la derecha y a la izquierda virasen rápidamente y atacasen al enemigo por el costado o por popa. Eso provocaría una serie de encuentros menores entre diferentes partes de las flotas, en los que los cartagineses podían confiar en explotar su habilidad en la táctica del uso de espolones, evitando ataques frontales de los barcos

romanos equipados con el *corvus*. No son nada convincentes los intentos que se han hecho de considerar que los cartagineses contaban con un plan mucho más complejo.[24]

Al principio la batalla pareció desarrollarse como había esperado Amílcar. Los cónsules romanos habían considerado que el centro del frente púnico era débil —Polibio lo describe como «más estrecho», lo que podría querer decir que existían allí espacios más amplios entre los barcos que en cualquier otra parte—. Los buques insignia dirigieron la carga de las divisiones primera y segunda hacia ese punto aparentemente vulnerable, y los navíos de Amílcar se retiraron a toda prisa, con lo que, rápidamente, los barcos de los cónsules y el tercer escuadrón (que aún remolcaba los buques de transporte) se separaron muchísimo. Decidiendo que los romanos habían sido atraídos ya suficientemente y que la retaguardia de su flota había quedado ya aislada, Amílcar ordenó girar a sus barcos y trabar combate. Tuvo lugar una lucha durísima cuando los romanos avanzaron con bravura y trataron de abordar a los navíos enemigos, animados por la presencia de ambos cónsules, que desempeñaron un papel activo en la lucha. La mayor velocidad de los barcos cartagineses provocó algunos éxitos y, posiblemente, algunos de ellos debieron atravesar las líneas romanas y virar en redondo para embestir con los espolones por popa.[25]

Entretanto, el ala derecha de Hannón había rodeado la flota romana y lanzó un terrible ataque sobre los *triarii*, mientras el ala izquierda había cambiado su alineación para hacer frente a los romanos y chocó con el tercer escuadrón. Soltando a la deriva los barcos de transporte de caballos, las galeras romanas avanzaron en busca del enemigo. Así, según comenta Polibio, la batalla se desarrolló, en efecto, en tres frentes separados y muy alejados entre sí. Aunque ésta era, segu-

ramente, la situación que esperaban conseguir los cartagineses, fracasaron al no alcanzar una ventaja duradera. Los marineros romanos no estaban ya tan poco preparados como en 260. Y lo que es más importante, la gran expansión de la flota cartaginesa solamente conseguiría reducir la calidad media de sus tripulaciones, por lo que su superioridad sobre el enemigo ya no fue nunca tan evidente. El número total de barcos involucrados en cada acción añadía más confusión y hacía más difícil que los barcos púnicos atacaran y embistieran con el espolón contra un enemigo, pudiendo escapar a continuación sin encontrarse con otro barco romano. Finalmente, como remarca de manera correcta Lazenby, los cartagineses habían fracasado en su intento por encontrarle un remedio eficaz al *corvus*. Un ejército o una armada que contaba con una larga tradición de éxitos podía tener grandes dificultades para adaptarse a una nueva táctica empleada por un enemigo, como se vio, por ejemplo, en la actitud radicalmente cambiante ante los portaaviones de las flotas en la Segunda Guerra Mundial.[26]

El choque entre el núcleo central cartaginés y los dos primeros escuadrones romanos fue el primero en decidirse, cuando los barcos de Amílcar abandonaron la lucha y huyeron. A pesar de algunos éxitos iniciales, varios navíos púnicos fueron enganchados por los picos de los «cuervos» y abordados. Cuando los cartagineses se dieron a la fuga, Manlio Vulso controló la seguridad de las presas capturadas, al tiempo que Régulo conducía cuantos barcos podía en ayuda del resto de la flota romana. Los *triarii* habían pasado un mal momento ante el escuadrón de Hannón, hasta que los barcos romanos se fueron tras él; las fuerzas romanas unidas obligaron a huir a los cartagineses. El ala izquierda púnica llevó al tercer escuadrón romano contra la orilla, pero cuando los

barcos de este último se unieron y formaron una línea con las proas dirigidas contra el enemigo, los cartagineses evitaron trabar combate por miedo a los *corvi*. Sus barcos no habían conseguido más que cercar a los romanos y, finalmente, se vieron obligados a huir cuando Manlio Vulso llegó en ayuda de aquéllos por un lado y Régulo por el otro. En esta fase final de la acción apresaron a cincuenta barcos cartagineses, pues era difícil escapar, atrapados como estaban entre la orilla y el tercer escuadrón romano y las fuerzas unidas conducidas por los cónsules. Capturaron también otros catorce barcos púnicos, la mayor parte de ellos probablemente en el centro, y treinta más hundidos. Las pérdidas romanas fueron de veinticuatro navíos hundidos y ninguno apresado.[27]

El principal enfrentamiento de la guerra, y quizás la mayor batalla naval de la historia, había terminado con una clara victoria romana. Una vez más, el *corvus* había demostrado su eficacia, de manera notable cuando el tercer escuadrón sitiado fue capaz todavía de mantener al enemigo en la bahía a pesar de su desfavorable posición. Merece también mención la actuación de los cónsules romanos. En este periodo era difícil, en el mejor de los casos, controlar una flota, contando sólo con simples señales y con una planificación que se basaba en el éxito casual. Fue verdaderamente señalada la velocidad con la que, después de la derrota de Amílcar, Régulo y, a continuación, Manlio Vulso reunieron barcos suficientes para marcar diferencias y conducirlos en ayuda del resto de la flota romana. Fue en estas últimas fases de la acción cuando se causaron los mayores daños a los escuadrones cartagineses. La flota más importante en toda la historia de Cartago no había actuado bien y sus mandos no consiguieron tener demasiada influencia en la lucha después del choque inicial.

Los cartagineses no obtuvieron ventaja alguna de su primera acción consistente en dividir a la flota romana. No existe prueba alguna de que hubieran llevado a cabo un abordaje coronado por el éxito o de la captura de un barco romano, lo que debe hacernos pensar que llevaban una cantidad notablemente menor de marineros. El auténtico tamaño de las flotas debió convertirlas en difíciles de manejar y había sido mucho mejor acomodarse a las tácticas de abordaje más simples, que favorecían a los romanos.

Al final de la batalla, las tres divisiones de la flota púnica se habían retirado en distintas direcciones y no se hallaban en condiciones de renovar el ataque. Los romanos volvieron a Sicilia para que descansaran sus hombres, reparar los barcos y salvar tantos de los apresados como fuera posible. Esta acción ha provocado una sorpresa innecesaria entre algunos de los estudiosos, llevándoles incluso a dudar de que la flota intentara cruzar a África en primera instancia, lo que convertiría en algo muy curioso la presencia de los barcos de transporte de caballos. Además, es importante recordar que la batalla había tenido lugar cerca de Sicilia y que la parte más larga del viaje estaba aún por hacer. El esfuerzo exigido por las tripulaciones durante una batalla era mucho mayor que el de un viaje normal y era razonable permitir a los remeros descansar algo y dejar que todos los barcos se aprovisionasen de agua antes de seguir viaje. Probablemente, la mayoría de los marineros romanos fueron trasladados a los barcos de transporte. Además, algunos de los barcos romanos pudieron haber quedado seriamente dañados en la batalla, y es evidente que la flota estaba dispersa y era necesario reorganizarla. La flota cartaginesa conservaba todavía un gran número de navíos y de tripulaciones en servicio, pero su moral debía quedar realmente por tierra después de esta

decisiva derrota. No existía ninguna razón para esperar que se arriesgaran a un segundo encuentro poco después de Ecnomo pero, de hecho, éste sería el caso cuando, poco después, la flota romana puso rumbo a África.[28]

Asedios y tormentas

Ya hemos descrito la campaña africana y la última derrota de Régulo. Tan pronto como llegó la noticia del resultado a los romanos, éstos reunieron una gran flota para rescatar a los supervivientes de Aspis. La expedición fue dirigida por los cónsules del año 255, Servio Fulvio Paetino Nobilior y Marco Emilio Paulo, que comandaban trescientos cincuenta navíos. Los cartagineses sólo fueron capaces de conseguir tripulaciones para doscientos barcos con que oponerles resistencia, y fueron derrotados a la vista del cabo Hermeo, al norte de Aspis, un éxito que recibió quizás la ayuda de un ataque fortuito de los cuarenta navíos de la guarnición romana de esa ciudad asediada. No obstante, tanto por el número como por la moral, los romanos hubieran alcanzado la victoria de todas maneras. Polibio afirma que fueron apresados, junto con sus tripulaciones, ciento catorce de los barcos púnicos. Los supervivientes de Aspis fueron recibidos a bordo y la flota romana volvió a aguas sicilianas. Polibio nos dice que los cónsules deseaban sacar ventaja de la reciente victoria y del gran tamaño de la flota para, pasando a lo largo de la costa sudoeste de Sicilia dominada por los cartagineses, intimidar a las ciudades de aquella zona y tratar de convencer a algunas para que traicionaran. Esto se hizo en contra del consejo de los capitanes de barco experimentados, quienes sabían que esa zona de costa les era hostil, contaba con pocos puertos seguros y, en esa época del año, entre el orto de Orion y el de Sirius (aproximadamente a mediados de julio), existía un fuerte riesgo de mal tiempo. A la vista de Ca-

marina, la flota se vio atacada por una violenta tormenta y muchos barcos sufrieron numerosas dificultades o se vieron lanzados contra la costa y se hundieron, con enormes pérdidas humanas.[29]

Polibio dice que sólo se salvaron ochenta de los trescientos sesenta y cuatro barcos de la flota romana, aunque otras fuentes nos ofrecen un amplio número de cifras alternativas. De nuevo los números nos hacen dudar. Si los romanos habían comenzado la expedición con trescientos cincuenta barcos y capturado ciento catorce en Hermeo, entonces deberían haber contado al menos con cuatrocientos sesenta y cuatro, además de los que se habían salvado de la escuadra enviada en un primer momento para apoyar a Régulo en África. Para resolver este problema se han propuesto numerosas soluciones ingeniosas, a menudo fiables, pero una vez más nos vemos obligados a admitir que no podemos establecer un número preciso. Es evidente que se trató de un importantísimo desastre para los romanos, con más pérdidas humanas y de barcos de las que habían caído previamente por la acción enemiga. Una sugerencia atractiva es la de afirmar que la disposición del *corvus* en los barcos romanos los convertía en peligrosamente poco navegables en malas condiciones, lo que contribuiría a agravar la catástrofe. La sensibilidad a los desequilibrios de peso, provocados incluso por movimientos de la tripulación, de la trirreme reconstruida tendían a ofrecer una apoyatura argumental a esta opinión. El *corvus* estaba montado cerca de la proa del barco y su peso debía suponer una sobrecarga para la parte delantera de la galera, lo que plantearía un grave problema en un mar encrespado. Si los romanos habían apresado tantos navíos en Hermeo, eso sugeriría que el *corvus* estaba aún en uso y, por supuesto, no habría razón alguna para abandonar un instru-

mento tan exitoso, aunque nuestras fuentes no lo vuelven a mencionar después de Ecnomo. Es en esta sección donde Polibio hace aquel famoso comentario sobre la confianza que los romanos depositaban en la fuerza bruta *(bia)* en todas sus actividades, invirtiendo recursos masivos en un proyecto y esperando alcanzar éxito únicamente mediante el esfuerzo propio. Esta actitud, nos dice, ha sido una fuente de frecuentes victorias en tierra, pero en la mar, cuando encontraban la oposición de la fuerza de la naturaleza, les ocasionó algunos fracasos espectaculares. La narración de las Guerras Púnicas apoya de manera total esta característica del carácter romano. No obstante, aunque los cónsules pudieron haber sido censurados por este desastre, no parece que pesara más que el crédito conseguido con su anterior victoria, ya que ambos sobrevivieron y celebraron un triunfo naval.[30]

Un indicativo de la capacidad romana para poner en práctica un esfuerzo masivo lo muestra la rápida reconstrucción de su fuerza naval. En 254 construyeron y botaron doscientos veinte barcos en tres meses, un programa de construcción muy notable, pero no exento de precedentes. Navegando hacia Messana y reuniendo los ochenta navíos que habían resistido la tormenta (lo que seguramente implica que esa cifra incluía solamente aquellos barcos que todavía podían servir para la navegación), la flota atacó Panormos. Los dos cónsules del año 254, Cneo Cornelio Escipión, el hombre que había sido apresado en Lípara en 260, y Aulo Atilio Cayatino, que había sido cónsul ya en 258, cercaron la ciudad por tierra y mar. La elección de dos experimentados cónsules anteriores, aunque la reputación de Escipión no contara con un crédito excesivo, estaría haciéndonos pensar quizás en el sentimiento que los romanos tendrían en aquel momento sobre la seriedad de la situación después de los desastres en

255. Las defensas de Panormos fueron derribadas en el punto más próximo a la mar y la ciudad fue tomada al asalto con éxito.[31]

A finales de 253, el grueso de la flota romana cruzó hasta África y llevó a cabo frecuentes incursiones por toda la costa, reuniendo un importantísimo botín, pero apenas consiguiendo nada positivo. Cerca de la isla de Menix (la actual Djerba), la mayor parte de la flota romana encalló en un banco de arena cuando fueron sorprendidos por una inesperada baja marea local. Consiguieron poner a flote los barcos con la marea alta, pero solamente después de deshacerse de todo el equipo más pesado e innecesario. Circunvalando la punta occidental de Sicilia en ruta a la recientemente conquistada Panormos, trataron a continuación de regresar directamente a Italia, pero fueron sorprendidos por otra tormenta, probablemente cerca del cabo Palinuro en Italia, y perdieron ciento cincuenta barcos. No obstante, una vez más, el cónsul que se encontraba al mando sobrevivió para celebrar un triunfo por los éxitos dudosos de su expedición africana.[32]

Esta cadena de grandes pérdidas parece ser que redujo la agresividad de los mandos romanos en los años siguientes, y en especial les disuadió de llevar a cabo grandes empresas en la mar. No obstante, en 252 conquistaron Lipara, acabando con el control que los cartagineses ejercían sobre todas estas islas tan bien emplazadas. En 251, los cónsules se decidieron por tripular simplemente sesenta barcos, sencillamente con el fin de proteger las rutas de suministro hacia Italia. Un esfuerzo más importante se produjo el año siguiente, cuando se construyeron cincuenta nuevos barcos. La victoria de Panormos, en 250, les animó a realizar una empresa más seria contra la fortaleza cartaginesa de Lilibeo, consistente en la formación de una flota de doscientos navíos en apoyo de los

ejércitos combinados de ambos cónsules. El principal papel de la marina consistía en clausurar el puerto de la ciudad y evitar así la llegada de cualquier refuerzo o apoyo que pudiera alcanzar la guarnición. La aproximación al puerto era complicada y sólo podía hacerse siguiendo un estrecho paso que discurría entre bajíos, lo que debió generar satisfacción entre los componentes de la flota romana. Al principio del asedio, en Cartago se habían dispuesto especialmente cincuenta barcos de guerra para enviar suministros y una fuerza de diez mil mercenarios a la ciudad. Comandados por Aníbal, el hijo de Amílcar, esta escuadra se desplazó hasta las islas Égates, al oeste de Sicilia, donde esperó un viento favorable. Con un fuerte viento de popa, los barcos púnicos navegaron directamente hacia el puerto de Lilibeo a plena luz del día, sorprendiendo a los romanos, quienes no fueron capaces de realizar movimiento alguno para detenerles, debido en parte al miedo a verse empujados por el viento hacia el puerto. La llegada de Aníbal dio un mayor empuje a la moral de la guarnición, al tiempo que aumentaba su fuerza. No obstante, tuvo buen cuidado de abandonar la ciudad durante la noche, llevándose la inútil caballería de la fortaleza, y navegó sin ser detectado por los romanos hacia Drepana, situada bastante más al norte siguiendo la costa.[33]

No se pusieron en práctica más intentos de enviar suministros a tan gran escala, puesto que, sin gozar del beneficio de la sorpresa, las posibilidades de éxito eran escasas, pero Cartago deseaba mantener los contactos con Himilción, el comandante de Lilibeo. Otro Aníbal, de sobrenombre «el Rodio» —un apodo con el que quizás se intentaba alabar su habilidad como marinero, puesto que los rodios eran famosos por su pericia marinera—, se ofreció voluntario para penetrar con su barco en la ciudad e informar de la situación en

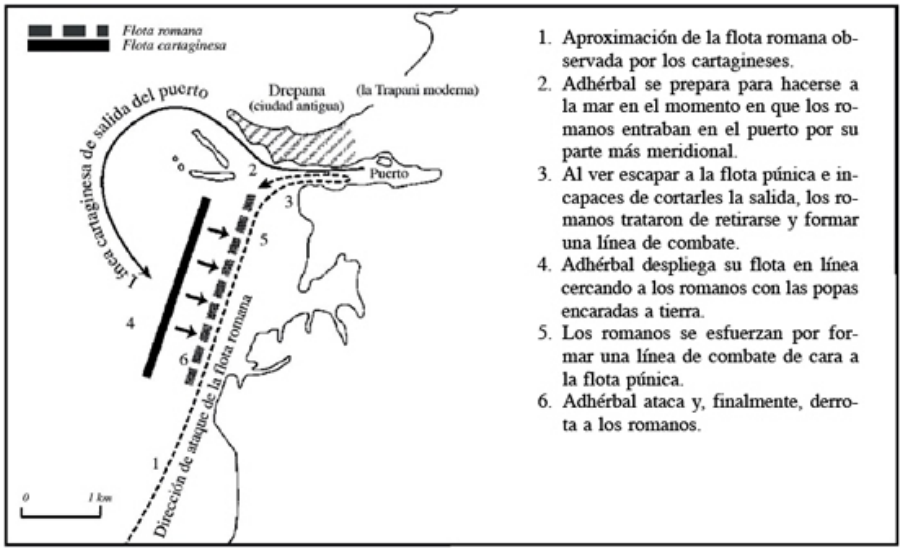
que se encontraban los defensores. Evidentemente, la tripulación de Aníbal estaba muy preparada y tenía gran experiencia; además puso buen cuidado en preparar el viaje, antes de adoptar un plan parecido al del otro Aníbal, navegando hacia las islas Égates, aguardando allí un viento favorable. Entonces, cuando las condiciones fueron buenas, utilizó su conocimiento de las aguas para dirigirse hacia el puerto de Lilibeo a media mañana, a la vista de la flota romana. Dispuestos a vengarse de aquella humillación, los romanos situaron diez barcos rápidos para apresarle cuando se decidiera a salir. Aníbal rechazó llevar a cabo su intento protegido por las sombras de la noche, y abandonó el puerto al día siguiente. Una vez más, el gran conocimiento de los bancos de arena y la magnífica preparación de la tripulación le permitió al barco cartaginés evitar a sus perseguidores y escapar. Desdeñosamente, Aníbal se detuvo a la vista de los romanos y esperó inmóvil, retando a cualquier barco romano a luchar. El enemigo estaba tan impresionado de la velocidad y la maniobrabilidad de su barco que rechazó la oferta. Aníbal iba a repetir la hazaña en varias ocasiones sucesivas, y su éxito animó a un gran número de otros capitanes cartagineses a romper el bloqueo, con lo que la guarnición permaneció en comunicación continua con Cartago y se mantuvo bien aprovisionada.[34]

No pudiendo interceptar a los buques que rompían el bloqueo, los romanos trataron de cerrar el paso que conducía hasta el puerto reuniendo cantos rodados y arrojándolos al agua. La mayor parte de ese material se lo llevó la corriente, pero en uno de los lugares fue suficiente para que el obstáculo creado hiciera encallar a un «cuatro» púnico mientras intentaba una salida del puerto durante la noche. Los romanos advirtieron que se trataba de un barco excepcionalmente

bien construido y veloz, por lo que le pusieron una tripulación escogida, lo llenaron por entero de marineros expertos en abordajes y, a continuación, lo pusieron a patrullar en un intento por apresar a sus escurridizos adversarios. Por casualidad, Aníbal el Rodio navegaba una vez más abiertamente hacia el puerto esa noche totalmente confiado. La cuatrirreme apresada le dio caza y consiguió sorprenderle. Sin posibilidad de huir, el navío púnico giró dispuesto a la lucha, pero fue detenido por los romanos y rápidamente invadido por una masa de marineros. A continuación equiparon también el barco de Aníbal con una tripulación escogida y una fuerza numerosa de marineros, y comenzó a patrullar por la bocana del puerto. De esta manera, la flota romana pudo cerrar finalmente la entrada de Lilibeo por mar. Este episodio supuso la ocasión más clara en que se hizo patente la superioridad de los cartagineses en el arte de navegar. No obstante, durante toda la guerra se demostró que les era muy difícil transformar esa habilidad en alguna ventaja tangible en combate, aunque, al contrario que los romanos, evitaron cualquier pérdida seria debida a elementos naturales. Es de destacar que las diferencias en cuanto a pericia marinera eran más evidentes en aquellas acciones que implicaban solamente un reducido número de barcos. Las grandes batallas navales ofrecían escasas oportunidades para hacer gala de la astucia, quizás el más importante de los factores que explican los primeros éxitos de los romanos.[35]

Además de bloquear la ciudad por mar, la flota romana desempeñó un papel muy activo en el progreso de los asedios por tierra, puesto que la tarea de remar en un barco de guerra produjo gran cantidad de hombres fornidos que constituían una fuerza de trabajo ideal. Como resultado de ese papel, la flota sufrió numerosas bajas en ese asedio, probable-

mente causadas más por la propagación de enfermedades en los abarrotados campamentos que por la acción del enemigo. Por ello, el Senado reunió un destacamento de diez mil remeros y los envió a Sicilia, para marchar por tierra hasta Lilibeo. Uno de los cónsules del año 249, Publio Claudio Pulcher, pensando que los cartagineses no advertirían ese incremento de las fuerzas y porque dudarían de la preparación de la flota romana, decidió realizar un ataque por sorpresa contra la principal base de la flota púnica en las cercanías de Drepana. Se trató de una acción audaz pero, como ya hemos visto, el ataque por sorpresa, si tenía éxito, era probablemente la manera más fácil, rápida y menos costosa de tomar una fortaleza. La conquista de esa base de apoyo, ciertamente, hubiera añadido presión a los defensores de Lilibeo. Las opciones parecían buenas, y había numerosos voluntarios procedentes del ejército para servir como marineros, que esperaban conseguir un buen botín.



MAPA 6. *Batalla de Drepana, 259 a.C.*

La figura de Claudio ha quedado recogida en la historia romana como la de un temerario incompetente; se hizo famoso al ser presa de un ataque de cólera cuando no se presentaban presagios favorables para llevar a cabo el ataque. Cuando los pollos sagrados rechazaron los alimentos (lo que significaba que los dioses no favorecían la empresa), Claudio los cogió y los lanzó a la mar, proclamando que si no querían comer, entonces que bebieran. No obstante, y a pesar de su reputación de personaje arrogante, Claudio llevó a cabo unos preparativos iniciales suficientemente cuidadosos. Se hizo a la mar durante la noche para evitar ser sorprendido y que las noticias de su partida llegaran por tierra a Drepana, y navegó siguiendo la línea de costa. Sin embargo, en medio de la oscuridad, los barcos romanos no podían mantener una formación cerrada, teniendo en cuenta sobre todo que las tripulaciones estaban formadas por una mezcla de remeros experimentados y de reclutas jóvenes y poco preparados. La ruta era fácil de seguir, ya que seguía la costa, pero durante la noche la flota romana se desvió y, por la mañana, formaba una línea larga y dispersa a medida que se iba acercando a la base enemiga. El buque insignia de Claudio se encontraba en algún lugar de la retaguardia. Los romanos se vieron descubiertos y le llegaron noticias a Adhérbal, el almirante púnico, que entonces tomó la decisión atrevida de hacerse a la mar y enfrentarse al enemigo, antes que aceptar quedarse bloqueado en el puerto. Reunió sus tripulaciones y tomó un buen número de mercenarios para hacer de marineros. A partir de ese momento, se trataba ya de saber si se contaría con el tiempo suficiente para que la flota cartaginesa pudiera salir del puerto y ganar mar abierto antes de que los navíos romanos pudieran bloquear la entrada.[36]

La formación desordenada y dispersa de la flota romana y la pobre preparación de sus tripulaciones demostró ser decisiva, pero sólo por el más estrecho de los márgenes. La entrada al puerto de Drepana era amplia y, cuando los primeros barcos romanos comenzaron a entrar por su extremo más meridional, el buque insignia de Adhérbal hacía lo contrario, saliendo de él junto a la larga barra de tierra que formaba el extremo septentrional. Había dado órdenes al resto de la flota para que le siguieran, por lo que los barcos cartagineses avanzaban en línea por popa, rodeando las dos pequeñas islas situadas frente a la bocana del puerto y dirigiéndose hacia el sur en paralelo a la costa, pero mucho más en mar abierto que la flota romana. Claudio advirtió que acababa de perder su oportunidad y, mediante una serie de disposiciones, trató de poner orden en su flota que se encontraba dispersa por una amplia área. Hubo una terrible confusión cuando los barcos que habían entrado en el puerto intentaron virar y salir de nuevo a mar abierto. Algunos colisionaron y varios rompieron los remos al golpear contra navíos de su propia flota. Finalmente, los romanos consiguieron formar una línea más o menos recta de barcos próxima a la orilla, con los espolones mirando hacia la mar. El buque insignia se encontraba situado en la parte exterior izquierda. Entretanto, Adhérbal había desbordado el flanco izquierdo de la línea romana con cinco barcos, los situó en avanzadilla y colocó su propio navío encarando la línea romana. A medida que iba llegando el resto de la flota, les ordenó formar en línea con su navío como referencia, regulando el despliegue oficiales subalternos, posiblemente embarcados en pequeños botes. Después de este retraso en la formación de ambas flo-

tas, Adhérbal dio la orden de ataque a sus barcos. Sería la única derrota significativa sufrida por la marina romana en toda la guerra.

Es incierto el número de navíos de las flotas enfrentadas. Polibio menciona que se salvaron unos treinta barcos romanos y que fueron apresados noventa y tres, pero no queda claro si esa cifra incluye los barcos hundidos. La flota cartaginesa ha sido estimada, con algunas variaciones, entre cien y ciento treinta navíos y, en conjunto, no existe ninguna noticia que sugiera una marcada disparidad entre ambos bandos. En esta ocasión, los barcos cartagineses cargaban grandes contingentes de marineros y, en ese aspecto, estaban a la par que sus adversarios romanos. Las tripulaciones púnicas eran indudablemente mejores que las de su oponente, consiguiendo que sus barcos fueran más rápidos y maniobrables. Quizás eso no hubiera importado si los romanos no se hubieran encontrado en tan mala posición, con las popas tan próximas a la orilla. Si se veía sometido a una fuerte presión, un navío cartaginés podía virar en redondo y huir de la lucha, pero los romanos no tenían espacio para ejecutar una acción parecida. Polibio no lo menciona explícitamente, pero parece claro que los barcos romanos no estaban ya equipados con el *corvus*, su principal arma disuasoria cuando eran atacados por proa. Por primera vez en una acción significativa, los cartagineses pudieron hacer gala de toda su habilidad en el ataque con espolón, golpeando al enemigo y realizando, a continuación, una maniobra de retroceso para no quedar enganchados al barco enemigo. Los navíos romanos carecieron de espacio para maniobrar y evitar los ataques con los espolones o para moverse e ir en ayuda de algún otro barco en apuros; además, simplemente sus tripulaciones no contaban con la habilidad suficiente para poder atravesar las

líneas enemigas e intentar golpear con los espolones desde popa. Quizás debieron sentir también que sería mejor mantenerse en formación cerrada tanto tiempo como fuera posible por seguridad mutua. La batalla no terminó rápidamente, pero, muy pronto, la superioridad cartaginesa fue aplastante. Muchos barcos romanos fueron hundidos, otros encallaron y fueron abandonados, y sólo treinta navíos, incluido el buque insignia de Claudio, pudieron romper el cerco y escapar. Más tarde Claudio fue llevado a juicio en Roma por traición *(perduellio)* y escapó con vida por muy poco.[37]

La victoria de Drepana anunciaba una serie de futuros desastres romanos en la mar. El otro cónsul compañero de Claudio, Lucio Junio Pulo, se encontraba con otra flota romana, formada por ciento veinte barcos de guerra, escoltando un convoy de ochocientas naves de transporte, cargadas de grano para aprovisionar a los sitiadores de Lilibeo. Al cruzar a Sicilia se provocó algún desorden, por lo que Pulo se detuvo con la mitad de los barcos en Siracusa para permitir la reunificación de los rezagados. El resto fue enviado por delante al mando de los cuestores, a quienes se les adjudicó un pequeño número de barcos de guerra como protección. La flota cartaginesa se había dividido también, añadiendo Adhérbal treinta navíos más a los setenta recientemente llevados a Sicilia por Carthalo, y enviándolos a atacar las fuerzas navales romanas de apoyo en Lilibeo. Después de provocar allí bastantes estragos y de incendiar varios barcos, Carthalo navegó siguiendo la costa hacia Heraclea Minoa, esperando interceptar cualquier convoy romano de suministros. Los cuestores fueron advertidos de su proximidad por unos pequeños barcos (los *lemboi*), que, según cuenta Polibio en un paréntesis, precedían habitualmente a una flota, pero que carecían de fuerza para hacer frente en plena mar o de la ve-

locidad suficiente para escapar. En lugar de eso, se dirigieron hacia la costa, cerca de un pueblo tomado por los romanos, y vararon sus barcos fuera del agua. Los cuestores consiguieron establecer una rudimentaria línea fortificada que protegía a los navíos, después de haber conseguido *ballistae* de las fortificaciones del pueblo, lo que demostró ser suficiente para detener a la escuadra púnica, que solamente pudo apresar algunos barcos. En ese momento, Pulo había reunido ya el resto del convoy, rodeó el cabo Pachynus, al sur de Siracusa, y se dirigió hacia Lilibeo. Desconocedor de las recientes derrotas romanas, avistó de manera inesperada la flota de Carthalo. Pulo no estaba dispuesto a arriesgarse a una batalla, por lo que condujo sus barcos de guerra y los transportes en formación cerrada hacia aquella parte abrupta de la costa siciliana. Carthalo no le siguió, sino que, simplemente, se dedicó a observarle a distancia. En este momento, una vez más la meteorología vino a echar una mano. Comenzó a levantarse un viento fuerte y las señales de la inminente galerna fueron advertidas por los capitanes cartagineses, que conocían bien aquella costa, y que aconsejaron de inmediato a Carthalo que navegara rápidamente rodeando el cabo. De nuevo, se puso de manifiesto la habilidad de los marineros púnicos en su lucha por conducir con éxito a la flota rodeando la punta de tierra hasta encontrarse a cubierto del viento. Los romanos quedaron enteramente expuestos a la fuerza del huracán y tan cercanos a la orilla que no tuvieron ninguna posibilidad de escapar. Toda la flota quedó hecha añicos contra la escarpada orilla, aunque algunos componentes de las tripulaciones consiguieron salvarse, incluido el cónsul, si bien parece que fue capturado muy poco después.[38]

El desastre sufrido por la flota romana fue probablemente mucho mayor de lo que indican las primeras pérdidas debidas a la meteorología y, al contrario que éstas, llegaron como resultado de una derrota naval y no de una victoria. Polibio nos dice que, por el momento, los romanos abandonaron todos sus esfuerzos por llevar la guerra a la mar, y es poco probable que el Estado pudiera permitirse la construcción de otra flota. A algunos ciudadanos privados se les concedió licencia para equipar barcos a sus expensas y actuar como corsarios realizando incursiones en territorio cartaginés, pero esto no iba a tener ningún significado especial para el resultado de la guerra. Una cierta idea de la magnitud de las pérdidas romanas podemos conseguirla a partir de las cifras del censo conservado para este periodo, aunque es incierta la fiabilidad de esas cifras para el periodo anterior a 225.[39] Nos ofrecen el número total de ciudadanos varones romanos registrados por los censores como 292.234 en 265-264, 297.797 en 252-251, pero solamente 241.712 en 247-246. La caída en más de cincuenta mil personas en la última cifra podría indicar perfectamente las pérdidas sufridas en la mar, aunque la ausencia de cualquier descenso destacable después de las tormentas del 255 y 254, convierte en bastante dudosa la segunda de las cifras. No obstante, es importante recordar que incluso si estas cifras nos ofrecen una guía, lo es sólo de las pérdidas de ciudadanos. Muchos de los hombres que se encontraban en las flotas procedían de pueblos aliados. Fue durante esos años cuando se procesó a Claudia, la hermana de Claudio Pulcher. Mientras se encontraba viajando por las calles de Roma, la marcha de su carruaje se vio detenida por la multitud. En una exhibición de arrogancia aristocrática, se le oyó decir que deseaba que su hermano perdiera otra batalla para que así se ahogaran algunos ciudadanos pobres más.

El final: la batalla de las islas Égates

Aunque los romanos habían abandonado sus ambiciones marítimas, prosiguieron la guerra en tierra sin dudar en ningún momento de que alcanzarían un éxito definitivo. Los cartagineses hicieron muy poco uso de su superioridad naval, no consiguiendo apenas nada de las incursiones llevadas a cabo en Italia, mientras que la guerra continuaba de manera esporádica en Sicilia. No fue hasta finales de 243 cuando los romanos decidieron una vez más reconstruir su flota y llevar la guerra a una conclusión definitiva. Ni siquiera así podía el Estado permitirse realizar ese proyecto con sus propios recursos y el dinero lo proporcionaron ciudadanos privados: un hombre solo, o reuniéndose dos o tres, se ponían de acuerdo para costear la construcción y el equipamiento de una quincuerreme. El dinero era un préstamo que se debía devolver después de la victoria, cuando se recuperaran las finanzas del Estado, pero parece ser que era sin intereses y podría interpretarse como un gesto de verdadero patriotismo. La flor y nata de la sociedad romana se identificó hasta el fondo con el Estado de una forma de la que nuestro actual cinismo no tendría por qué dudar.[40]

De esta manera se construyeron doscientas quincuerremes, y una vez más se copió un diseño cartaginés, ya que todas tomaron como modelo el barco apresado a Aníbal el Rodio. Morrison y Coates han defendido que tanto ese barco como los de la nueva flota romana eran de hecho «cuatros». Afirman que una quincuerreme era significativamente más alta que una cuatrirreme, y que el barco de Aníbal no hubiera podido ser abordado con éxito por el «cuatro» apresado, citando a modo de argumentación un incidente de la Segunda Guerra Púnica, cuando barcos más pequeños se mostraron incapaces de capturar un «cinco» averiado. Además, en

este caso, se trató de un encuentro inesperado, mientras que los romanos habían planeado poner alguna celada al navío de Aníbal con su rápido «cuatro» y se habían preparado de acuerdo con ese plan. Quizás se debiera a que los marineros fuesen muy inferiores en número, y no a que se mostrasen incapaces de alcanzar la cubierta enemiga por lo que, en ese último incidente reseñado, los «cuatros» no pudieron tomar el «cinco». No parece haber ninguna buena razón para dudar de la afirmación de Polibio de que la nueva flota romana estaba formada por quincuerremes.[41]

Uno de los cónsules del año 242, Aulo Postumio Albino, había recibido la orden sacerdotal conocida como *flamen Martialis* y tenía prohibido por un tabú religioso abandonar la ciudad; por tanto, se le confió el mando de la flota al otro cónsul, Cayo Lutatio Catulo, recibiendo el apoyo del pretor principal, Quinto Valerio Falto. Los romanos renovaron de inmediato la presión sobre las principales fortalezas del enemigo en Sicilia, realizando acciones encaminadas a conquistar el puerto de Drepana y a cortar los caminos que llegaban a Lilibeo desde la mar. Ahora, las fuerzas de Amílcar Barca vieron cortadas sus fuentes de aprovisionamiento por mar. Polibio afirma de manera explícita que el principal objetivo romano de esas operaciones era el de provocar un encuentro serio con la flota cartaginesa, puesto que creían que la derrota de éstos supondría un golpe mucho mayor que cualquiera de las victorias que pudieran conseguir en Sicilia. A tal fin, Catulo puso el máximo interés en que todos sus barcos realizaran diariamente prácticas en la mar, consiguiendo de las tripulaciones un elevadísimo nivel de eficacia. No permitía que sus marineros se consumieran en las pesadas tareas y las privaciones de los asedios, sino que se les conservaba sanos y recibían una dieta saludable de alimentos y bebida. En 241,

la flota romana se encontraba en excelentes condiciones, con tripulaciones experimentadas y preparadas, y barcos construidos con un diseño bastante mejor que en el pasado. El número de barcos construidos en los veinte años anteriores y la experiencia práctica de los romanos en las operaciones navales habían servido para mejorar la pericia de sus constructores de barcos.[42]

Los cartagineses se hallaban mucho peor preparados para el encuentro que se aproximaba, ya que habían hecho escaso uso de la superioridad naval que habían conseguido después de Drepana y de las pérdidas romanas debidas a la meteorología. La marina púnica había hecho muy poco desde entonces, y parece ser que habían mantenido relativamente pocos navíos en funcionamiento. Les llevó algún tiempo reunir las tripulaciones de los aproximadamente doscientos cincuenta barcos que consiguieron para enviar a Sicilia. Probablemente por primera vez en todo lo que llevaban de guerra, la preparación media de la tripulación cartaginesa demostraba ser inferior a la de sus adversarios romanos. Quizás muchas de las tripulaciones se encontraban en baja forma, aunque es imposible tener una certeza absoluta de que eso fuera así. Su objetivo era doble. En primer lugar, la prioridad era la de cargar los barcos con suministros de grano para el ejército de Amílcar y las guarniciones púnicas que se mantenían en Sicilia. La presión romana sobre esas tropas debía hacerles difícil sobrevivir forrajeando por los alrededores. Una vez descargados los suministros, la flota embarcaría a la flor y nata de los soldados de Amílcar para servir como marineros y buscar y destruir la flota romana. El mando de esta operación se le entregó a un tal Hannón, que quizás fuese el mismo que había detentado la máxima jerarquía en las derrotas de Agrigento, en 261, y Ecnomo, en 256.[43]

Los cartagineses siguieron la misma ruta que los cincuenta barcos que transportaban refuerzos y suministros que Aníbal, hijo de Amílcar, había conducido hasta Lilibeo en 250. Cruzando hacia las islas Égates, situadas al oeste de Sicilia, se detuvieron en la parte más occidental de éstas, en un lugar conocido como «la Isla Sagrada», y esperaron vientos favorables para trasladarlos hasta Eryx, antes de que los romanos estuvieran al corriente de su presencia y pudieran reaccionar. Sin embargo, Catulo tuvo noticias de su llegada e inmediatamente embarcó un número suplementario de marineros formado con soldados del ejército y se trasladó hasta otra de las islas del grupo. Al día siguiente, diez de marzo de 241, el viento soplaba fuerte desde el oeste, precisamente en la dirección que Hannón esperaba. Los barcos púnicos desplegaron las velas y comenzaron a desplazarse para unirse a sus fuerzas de tierra. Catulo debía tomar una decisión difícil. El fuerte oleaje venía contra los romanos, por lo que sus remeros deberían esforzarse mucho si pretendían avanzar e interceptar a la flota púnica. En el pasado, los comandantes romanos que se habían enfrentado a los elementos de una manera caballeresca se habían visto abocados a padecer desastres espectaculares. Además, si Catulo se demoraba, entonces sería poco probable que pudiera evitar que los cartagineses se reunieran con Amílcar y pudiesen embarcar un gran número de soldados experimentados. Catulo corrió el riesgo y se hizo a la mar.

Las tripulaciones romanas, cuidadosamente entrenadas y preparadas, demostraron en ese momento su valía, salvando bien el fuerte oleaje y formando una línea para interceptar al enemigo antes de que alcanzara Sicilia. En respuesta, los cartagineses arriaron las velas y desarmaron los mástiles, preparándose para la batalla. Polibio dice que las tripulaciones

púnicas se daban ánimos, gritándose unas a otras a medida que entraban en contacto con el enemigo, pero se encontraban en seria desventaja. Sus barcos estaban sobrecargados por los suministros que transportaban, contaban con muy pocos marineros y sus tripulaciones no tenían una preparación suficiente. Los romanos, no solamente contaban con la ventaja habitual en las acciones de abordaje, sino que, además y por primera vez, sus barcos eran más rápidos, más maniobrables y mejor preparados para atacar con los espolones. La diferencia entre los dos bandos fue rápidamente evidente, cuando los romanos hundieron cincuenta barcos y apresaron otros setenta. Polibio no menciona las pérdidas romanas, pero Diodoro da a entender que la batalla no alcanzó las conclusiones que se habían previsto, pues las cifras nos dicen que, a cambio de los ciento diecisiete barcos púnicos perdidos, veinte de los cuales hundidos con todos sus efectivos, los romanos sufrieron el hundimiento de treinta navíos y el desmantelamiento de otros cincuenta. No obstante, también afirma que la flota romana contaba con trescientos barcos en lugar de doscientos. Ambos autores ofrecen cifras relativamente bajas sobre el número de prisioneros púnicos, afirmando que las mayores pérdidas las sufrieron en barcos; Polibio habla de diez mil, mientras Diodoro nos dice que Filino los reduce a seis mil, y otras fuentes a cuatro mil cuarenta. Esto ha servido para apoyar la creencia de que los barcos púnicos contaban con menos tripulación de lo que era habitual, pero también podía deberse a que se ahogaran muchos más hombres cuando sus barcos se veían golpeados por los espolones enemigos y se hundían, lo cual era muy normal en una batalla naval de esa época, cuando había una fuerte marejada.[44]

Afortunadamente para los cartagineses, el viento cambió durante la batalla, rolando hacia el este, lo que les permitiría a muchos de los barcos elevar los mástiles, izar las velas de nuevo y huir. Los romanos, que se habían preparado a conciencia para la batalla, probablemente no llevaban mástiles y no pudieron perseguirles durante mucho tiempo. No obstante, quienes llevan a cabo las excavaciones del naufragio de Marsala conjeturan que estos ligeros barcos de guerra púnicos debieron ser hundidos el día después de esa derrota, por lo que la persecución romana debió ser algo más eficaz de lo que sugieren nuestras fuentes. Catulo regresó a Lilibeo para continuar el bloqueo y preocuparse del botín conseguido con aquel éxito, tanto por lo que se refiere a los barcos apresados como a los prisioneros. Pronto el cónsul y el pretor empezaron a discutir sobre quién merecía el honor de la victoria. El pretor Falto iba a afirmar más tarde que Catulo se encontraba incapacitado el día de la batalla como resultado de una herida en el muslo que había sufrido en una escaramuza a las afueras de Lilibeo. A ambos se les permitió celebrar un triunfo.[45]

La batalla de las islas Égates decidió la guerra. El ejército de Amílcar Barca y las escasas fortalezas con que contaban en Sicilia se vieron ahora completamente incomunicadas. Cartago carecía de voluntad o, según Polibio, de recursos para poder construir otra flota y tratar una vez más de arrebatarle el dominio naval a Roma. La aristocracia púnica parece que no hizo ningún intento por seguir el ejemplo de la elite romana que había puesto su riqueza privada a disposición del Estado. No obstante, dada la dificultad que se le había presentado para encontrar las tripulaciones de la última flota, quizás fuera la escasez de personal, más que los recursos necesarios para poder construir barcos, lo que no permitiría

la reconstrucción de la marina. Cualquiera que fuese la causa, los cartagineses aceptaron la derrota y se decidieron a pedir la paz.[46]

Los recursos invertidos en las campañas navales de la guerra habían sido enormes, afirmando Polibio que los romanos habían perdido unos setecientos barcos de guerra y los cartagineses cerca de quinientos, aunque se ha puesto en duda la veracidad de esas cifras. Las mayores pérdidas romanas ocurrieron todas ellas en medio de tormentas, lo que aseguraba que las bajas sufridas por las tripulaciones fuesen desproporcionadamente elevadas. Muchas de las tripulaciones de los barcos púnicos se salvaban, aunque a veces eso significara que pasaran a ser cautivos. Fueron los vencedores los que sufrieron las mayores pérdidas en la mar. Finalmente, los romanos vencieron gracias a su profunda determinación y a las ganas de conseguir la victoria que les llevó a aceptar gustosamente el precio a pagar en hombres y barcos. La decisión inicial de crear una flota romana debió estar motivada, al menos en parte, por un deseo de defender la costa italiana de las incursiones de la marina púnica, pero los romanos iban a utilizar su poderío naval de una manera enormemente agresiva. El apoyo de la marina permitió a las fuerzas de tierra romanas en Sicilia presionar con mucha mayor eficacia en la tarea de someter las fortalezas púnicas que allí había. La primera acción de la flota consistió en el arriesgado, e infructuoso, intento de asediar Lipara. La genialidad que produjo el *corvus* permitió a los barcos romanos poder hacer frente y derrotar en batalla a los superiores barcos cartagineses, y animó el creciente deseo romano de buscar encuentros navales. El ataque directo sobre el norte de África demostró una vez más la voluntad romana de llevar a cabo una escalada en la lucha, en un esfuerzo por conseguir un resultado de-

cisivo. La confianza romana recibió un fuerte revés con las enormes pérdidas producidas por las galernas de 255-254 y, de nuevo, por la derrota en Drepana y por la catastrófica tormenta de 249, pero todas esas pruebas fueron sólo temporales. Después de cada uno de esos reveses, los romanos acababan finalmente por reconstruir su flota y se decidían a hacer otro esfuerzo. Si la nueva flota hubiera sido gravemente derrotada en 241 —posibilidad bien real si los cartagineses hubiesen podido descargar sus barcos y embarcar en ellos los mercenarios veteranos de Amílcar—, entonces, al menos, habría sido incluso mucho más largo el periodo de tiempo necesitado por los romanos para volver a disputar la mar una vez más.

Durante toda la guerra, los cartagineses fracasaron en sacar provecho de su flota inicialmente superior, y permitieron que disminuyera después de haber vuelto a conseguir el dominio naval en 249. La manera en que los cartagineses hicieron frente a la guerra por tierra y por mar fue claramente menos agresiva y con menor determinación que la de sus contrarios. Su objetivo parecía ser siempre el de resistir y continuar la lucha, más que el de llevarla a su conclusión. Las flotas formadas por galeras dependían enormemente de las bases terrestres, debido a la autonomía comparativamente menor de sus navíos de guerra. Eso significaba que el control de la mar se basaba finalmente en el control de las bases terrestres de la zona, añadiendo importancia a las ciudades costeras de Sicilia y, en menor medida, a las de Cerdeña. La guerra en Sicilia fue testigo de la rápida reducción de las fortalezas de Cartago que, a pesar de la resistencia temporal y a la recuperación de algunas otras, nunca fueron capaces de detener. Los mandos cartagineses, a pesar del largo periodo de tiempo en que permanecían en sus cargos, nunca consi-

guieron mantener una ofensiva concertada para recuperar el terreno perdido y expulsar a los romanos de la isla. Sus éxitos en tierra no solían tener más que una importancia local y, muy a menudo, a pequeña escala. Las hazañas de la marina púnica eran también de escasa importancia y nunca consiguieron obtener una ventaja más amplia de su mayor habilidad y experiencia. La única batalla ganada por los cartagineses, la de Drepana, fue notablemente inferior por sus proporciones a la mayoría de los demás choques, implicando a algo menos de ciento cincuenta navíos por cada bando. La superioridad de la marina púnica se hundía a medida que aumentaba el tamaño de las flotas. Sus éxitos más espectaculares, por ejemplo la rotura del bloqueo de Lilibeo, tuvieron siempre escasa importancia, e incluso en estos casos, finalmente Roma acababa siempre por darle la vuelta a la situación.[47]

Capítulo 5
EL FINAL DEL CONFLICTO

Después de la desastrosa derrota sufrida en las islas Égates, los cartagineses concedieron a Amílcar Barca plena autoridad para negociar la paz con Roma. De hecho, como Amílcar deseaba mantenerse al margen de tener que ser él quien admitiera la derrota, actuó por medio de Gesgo, uno de sus oficiales subordinados. El año de oficio del cónsul Catulo estaba a punto de expirar, y el deseo de ganar crédito consumando una victoria de tan gran envergadura antes de que llegaran sus sucesores a robarle la gloria debió hacerle mucho más conciliador. Una de las demandas romanas iniciales, exigiendo que el ejército siciliano de Amílcar depusiera de manera inmediata las armas y entregara, a fin de recibir su castigo, a todos los desertores romanos e italianos que militaban en sus filas, fue rechazada de plano. Los mercenarios abandonarían la isla como un ejército, con las armas y el honor intactos.[1] No obstante, parece haber sido ésta la única concesión que los cartagineses llegarían a arrancar, puesto que, en los demás aspectos, las condiciones de paz ponían de manifiesto su completa derrota, así como que Roma no se encontraba negociando en términos de igualdad. Roma y Cartago aceptaron la paz, estipulándose las condiciones siguientes:

a) Los cartagineses deberían evacuar toda Sicilia.

b) Ninguna de las dos partes haría la guerra contra los aliados de la otra, ni trataría de cambiar la lealtad de aquéllos aliándose de manera directa con ellos o llevando a cabo injerencias en sus asuntos internos. No podrían reclutar soldados o conseguir dinero para la construcción de edificios públicos en el territorio de la otra parte.

c) Los cartagineses tendrían que liberar a todos los prisioneros romanos sin recibir indemnización por ellos, mientras que deberían pagar un rescate por los propios.

d) Los cartagineses deberían pagar una indemnización al Estado romano de dos mil doscientos talentos eubeos durante un periodo de veinte años.

Un cónsul romano no gozaba de autoridad para firmar un acuerdo de paz definitivo por sí mismo, puesto que un tratado de esa clase solamente podía ser ratificado por el pueblo romano mediante votación en los *Comitia centuriata*, la misma asamblea que tenía poder de declarar la guerra. Por tanto, Catulo envió a Roma las condiciones negociadas para su aprobación. Como era habitual, el pueblo romano decidió que tales condiciones eran demasiado indulgentes y se envió a Sicilia una comisión senatorial con la finalidad de modificar el tratado. La indemnización se incrementó a tres mil doscientos talentos, de los cuales, mil debían pagarse de manera inmediata y el resto en diez años, lo que quizás reflejara el deseo que el Estado tenía de devolver el préstamo recibido para la construcción de la última flota de Roma. Por tradición, los romanos esperaban que los enemigos derrotados contribuyesen a financiar los costes derivados del esfuerzo bélico.[2] El otro único cambio consistió en la inclusión de una cláusula exigiendo a Cartago que evacuara todas sus pequeñas islas situadas entre Sicilia y África.[3]

Está claro que la expulsión total de los cartagineses de Sicilia se había convertido en el principal objetivo bélico de los romanos, tanto si seguimos a Polibio como si no, y podemos datar esa pretensión ya en la caída de Agrigento, en 261. La invasión de África en 256 no había tratado nunca de establecer una presencia romana permanente pero, de alguna ma-

nera, significaba ejercer mayor presión sobre los cartagineses con la esperanza de obligarles a someterse. Este objetivo principal había sido conseguido por entero. Además, el poderío naval púnico había sido destruido y nunca más dominaría el Mediterráneo Occidental, más como resultado de la pérdida de las bases isleñas que por las sufridas en su propia marina, pues, con el tiempo, los barcos podían volverse a construir. No obstante, Cartago no había perdido nada de su poderío en África o España y, por el momento, conservaba Cerdeña. No tuvo lugar intento alguno por absorber a Cartago en la red de aliados de Roma, de la misma manera en que se había venido haciendo al finalizar la mayor parte de las guerras disputadas en Italia. En parte, se trataba de un reflejo de la realidad de la situación. Al final de una guerra de veintitrés años, ambas partes se hallaban exhaustas y deseosas de hacer la paz. Simplemente no era viable continuar una guerra hasta que una de las dos partes dejara de existir como entidad política independiente. Sencillamente, su propio tamaño, los territorios de que disponía y su prosperidad económica convertían a Cartago en una entidad de escala completamente distinta de los Estados italianos con los que Roma había tratado en el pasado. Además, parece que los romanos reconocían diferencias entre la Península Italiana y las tierras separadas de las suyas por mar. Sicilia no iba a ser absorbida de la misma manera en que lo fueron las comunidades del territorio continental italiano y no se iban a establecer en ella colonias de ciudadanos. Inicialmente, la mayor parte de la isla iba a ser administrada por la Siracusa de Hierón pero, en determinado momento, se nombró un gobernador romano, por lo general un pretor, con el fin de gobernar su parte occidental, creándose así lo que podríamos considerar como la primera provincia de Roma, según entendemos

ese término. No está claro cuándo ocurrió, pero pudo muy bien haber sido en una fecha tan tardía como *c.* 227, cuando el número de pretores elegidos anualmente se incrementó a cuatro, bastante probablemente con la finalidad de nombrar gobernadores para Sicilia y Cerdeña, donde parece que se habían establecido guarniciones romanas permanentes.[4] Al contrario que en el caso de los aliados italianos, las comunidades de una provincia romana mantenían un vínculo diferente con el Estado romano, consistiendo su principal obligación en pagar impuestos, más que en suministrar soldados para luchar en el ejército. El grano procedente de Sicilia se convirtió rápidamente en la mayor fuente de alimentos para la propia Roma, y numerosos romanos, especialmente los del orden ecuestre, se hicieron probablemente ricos con la explotación de aquél.[5]

Con la perspectiva que nos ofrece el tiempo es difícil encontrar alguna ocasión a lo largo de la guerra en que los cartagineses estuvieran próximos a la victoria. Las pérdidas romanas más serias fueron debidas al mal tiempo y no a la acción del enemigo. Quizás durante las primeras fases, si hubieran podido evitar que la expedición romana atravesara los estrechos de Messina o si hubieran derrotado al ejército de Claudio después de haber desembarcado, es posible que entonces habrían conseguido disuadir a los romanos de embarcarse en otras aventuras ultramarinas, al menos a corto plazo; pero, de hecho, eso hubiera servido para evitar la crisis que desembocaría ante todo en una guerra. Además, era extremadamente difícil que las escuadras de galeras bloqueasen una cierta extensión de mar y, en 264, las fuerzas púnicas de Sicilia eran completamente inadecuadas para lograr una victoria tan rápida sobre un ejército consular romano. Aparte de la decisión tomada de continuar la lucha y de en-

viar un gran ejército a Sicilia después de la derrota de Roma en Siracusa, el esfuerzo bélico cartaginés fue esencialmente pasivo, consistente en una serie de reacciones a los movimientos romanos, encaminadas todas ellas a proteger su posición en Sicilia.[6] Incluso cuando trataban de hostigar al enemigo mediante incursiones por la costa italiana, el principal objetivo era el de expulsar a las fuerzas romanas de Sicilia. En la propia isla, su estrategia seguía el tradicional modelo cartaginés de resistir el acoso del adversario e intentar mantener el control de tantas fortalezas como fuera posible, esperando que el enemigo se debilitase para, posteriormente, volver a recuperar el terreno. Con anterioridad a la llegada de los romanos, Cartago se había visto envuelta durante siglos, en Sicilia, en conflictos esporádicos, y si nunca había conseguido un control total sobre la isla, tampoco había nadie sido capaz de expulsarla de allí por completo.

Los romanos no eran como Pirro, quien abandonaría la ofensiva cuando fracasó en su intento por conseguir un apoyo general de las comunidades griegas de Sicilia, ni tampoco su poder era tan precario como el de los sucesivos tiranos de Siracusa. La constancia romana fue al menos igual que la púnica, pero iba unida a un modo de hacer la guerra extremadamente agresivo, aplicando una presión continua sobre el enemigo con el fin de forzarlo a tomar una decisión. Durante todo el conflicto asumieron de manera constante la ofensiva, aumentando metódicamente el territorio que controlaban en Sicilia, y continuaron actuando así incluso cuando la moral de sus ejércitos cayó por tierra después de la derrota de Régulo. Y lo que aún es más importante, estaban ansiosos por llevar a cabo una escalada del conflicto, en un intento por tratar de derrotar al enemigo, invadiendo África y, sobre todo, con la decisión de crear una flota y proseguir la guerra

en la mar a pesar de sus colosales pérdidas. Las enormes reservas en hombres con que contaba Roma hizo posible absorber aquellas aterradoras pérdidas, aunque todo eso no explique por sí mismo las ansias con que la población continuó dispuesta a servir en la guerra.

La sustitución anual de los comandantes romanos posiblemente podía significar que tuvieran, por lo general, menos experiencia que sus adversarios, pero es difícil encontrar ejemplos claros que avalen la afirmación de Zonaras de que ésa fue la causa de numerosas derrotas romanas.[7] Exceptuando dos de las más importantes batallas libradas tanto en tierra como por mar, todas las demás acabaron en victoria de los romanos, y es muy probable que la mayor parte de sus derrotas fueran encuentros menores. Amílcar Barca, a quien Polibio considera el mando más capaz de su bando, desplegó todo su talento en una escala de perfil bajo, utilizando incursiones rápidas y escaramuzas. Hay un aspecto relacionado con el nombramiento anual de nuevos mandos romanos que quizás fue muy positivo: el asegurar que el ejército y la marina las dirigieran de una manera muy agresiva hombres que esperaban ganarse distinción en el breve periodo de tiempo de permanencia en el cargo. La estrategia romana mantuvo una continua agresividad, incluso en aquellos momentos en que carecía de consistencia. Si eso llegó a provocar acciones muy atrevidas o incluso imprudentes, como, por ejemplo, los ataques por sorpresa fallidos a Lipara, en 260, y a Drepana, en 249, significó también algunas victorias destacables, como la de Régulo en Adys. En conjunto los comandantes romanos lo hicieron razonablemente bien.

A medida que la guerra avanzaba fue incrementándose el número de hombres que conseguía el cargo por segunda vez, lo que debió suponer el poder contar con mandos más expe-

rimentados, aunque en el caso de Escipión Asina, cónsul en 260 y 254, se tratara de una experiencia de derrota y captura. De los cuarenta y siete cónsules elegidos a lo largo de los veintitrés años de guerra —esa extraña cifra resulta del fallecimiento de Quinto Cecidio muy poco después de ocupar el cargo, en 256, y de su sustitución por Régulo—, once ya habían ocupado el cargo con anterioridad, y todos ellos, menos dos, durante la misma guerra. Otros dos conseguirían su segundo consulado después de 241. La proporción de quienes habían conseguido más de un consulado fue más o menos la misma que durante las décadas anteriores a la guerra y pudo haber sido más un reflejo de la política del momento y del dominio ejercido por unas pocas familias aristocráticas que de un deseo, por parte del electorado, de elegir mandos experimentados ante una guerra dura. Un cambio en el equilibrio político quizás pueda explicar el ligero descenso en el número de consulados múltiples en los años que discurren entre la Primera y la Segunda Guerras Púnicas. Después del desastre de Drepana, en 249, es evidente que el Senado eligió un comandante basándose en la experiencia, así como en la influencia política, cuando tomó la extraña determinación de nominar un dictador militar para que se hiciera cargo de las operaciones de Sicilia. El hombre escogido fue Aulo Atilio Cayatino, que había sido pretor en 257, y que, como cónsul en 258 y 254, había ejercido ya de jefe supremo en dos campañas sicilianas en los comienzos del conflicto.[8] No obstante, el Senado no hizo uso frecuente de su poder para prorrogar el *imperium* de un magistrado (es decir, la prolongación del mando de aquellos de probada capacidad), algo que sería usual durante la Segunda Guerra Púnica. Esta situación se debió en cierto modo al alcance mucho más restringido del teatro de operaciones en la Primera Guerra, pero fue tam-

bién reflejo del escaso número de bajas entre los principales oficiales romanos, si se las compara con las de la guerra contra Aníbal. Las campañas de la Primera Guerra obligaban a ambos cónsules a actuar de manera conjunta mucho más a menudo de lo que había sucedido en el pasado. Los desacuerdos entre hombres del mismo rango que compartían el mando de un ejército iban a figurar en lugar eminente entre las explicaciones de los desastres romanos de la Segunda Guerra, pero no existe ningún vestigio de ello en el primero de los conflictos, debido quizás a que había muchas menos derrotas que justificar. El altercado entre Catulo y Falto ocurrió después de su victoria y no quedó reflejado aparentemente en la aparición de ninguna dificultad durante la conducción real de la campaña. Las dos mayores derrotas de la guerra se dieron cuando solamente uno de los cónsules se encontraba al mando, y Agrigento, la única batalla terrestre en que el mando era compartido, constituyó una clara victoria romana. No obstante, las batallas terrestres de importancia fueron muy raras durante el conflicto y más bien serían las maniobras de tanteo en los días previos a los enfrentamientos las que ofrecían las mayores oportunidades para hacer caer en la confusión a un mando dividido.

Quizás los mandos cartagineses fueran más «profesionales» que sus adversarios romanos y, ciertamente, permanecían en sus cargos durante periodos de tiempo más largos, pero pocos debieron haber adquirido la experiencia de mando suficiente como para dirigir a un número de tropas tan elevado como las que se emplearían con frecuencia durante la guerra. Esto era especialmente cierto en el caso de los almirantes nombrados para controlar las operaciones de aquellas enormes flotas que se reunieron en varias ocasiones, y de las que no había precedente alguno. Su inexperiencia de

mando a este nivel se añadía a las ya importantes dificultades prácticas que suponía el coordinar los movimientos de cientos de barcos de guerra impulsados a remo, y quizás fuera otro de los factores que expliquen la pérdida de las ventajas que la marina cartaginesa podía haber obtenido de la superior habilidad de sus tripulaciones. Varios generales púnicos fueron crucificados como consecuencia de las derrotas militares durante la guerra; y parece ser que, normalmente, por orden de sus más inmediatos subordinados. Sin embargo, otros líderes derrotados escaparon al castigo y obtuvieron el mando de nuevas tropas, lo que sugiere que su destino lo determinó más bien la influencia política que su responsabilidad real.[9] Los romanos fueron considerablemente más indulgentes con los magistrados que habían estado al mando en momentos de desastre, concediendo triunfos a los sucesivos almirantes que habían perdido la mayor parte de sus flotas por el mal tiempo. Solamente fue procesado Claudio, a quien se le acusó de *perduellio* (en el sentido de «haber abonado el descrédito del Estado»), por su comportamiento en Drepana, pero consiguió escapar a la condena por un estrecho margen y, en lugar de eso, se le consideró culpable de un cargo menor por el que fue multado.[10] No obstante, la acusación posterior a que se vio sometida su hermana nos hace pensar que, en los años inmediatamente posteriores, su familia se consideraba políticamente vulnerable.

La guerra mercenaria

En los meses que siguieron a la finalización de la guerra, Cartago se sumergió en un conflicto que, aunque más breve que el mantenido con Roma, pareció situarla ante una amenaza mucho más seria para su propia supervivencia. Le llevó más de tres años acabar con la rebelión de los, en otro tiempo, mercenarios y de sus súbditos africanos, que, por esa

época, se dedicaron a saquear el territorio hasta alcanzar los muros de la propia Cartago. Se trató de una campaña dura, salpicada por actos de extrema barbarie por ambas partes. Hubiera sido también completamente innecesaria, si las autoridades púnicas no hubieran incumplido por entero todos los tratos que habían alcanzado con los veteranos de Amílcar en la campaña siciliana.[11]

Inmediatamente después de concluida la guerra contra Roma, Amílcar Barca condujo su ejército hasta Lilibeo, para renunciar a continuación al mando y embarcarse de regreso a África, lleno de desprecio ante lo que consideraba una paz innecesaria. Dejó la tarea de desmovilizar a sus mercenarios al mismo Gesgo que había mantenido las negociaciones con Catulo. Este oficial llevó a cabo con gran competencia el nuevo papel que le había correspondido desempeñar, dividiendo a los veinte mil soldados de aquel gran ejército en pequeños destacamentos a los que fue enviando uno por uno hacia Cartago. Una vez allí, cada contingente debía en un primer momento recibir las pagas atrasadas de varios años y ser devueltos a sus países de origen antes de que llegara el siguiente grupo, dividiendo así en plazos el peso económico que había recaído sobre la hacienda estatal y evitando cualquier problema que pudiera surgir debido a la presencia a un tiempo de tantos soldados extranjeros ingobernables en Cartago. No obstante, los cartagineses quisieron olvidar estos razonables convenios y se negaron a pagar a nadie hasta que todas las fuerzas hubieran desembarcado en África, persuadidos de que se podía convencer a los mercenarios a que aceptaran una asignación menor, a la vista del negativo resultado de la guerra y de la difícil situación financiera de Cartago. Se trató de una decisión poco pensada que pronto iban a lamentar.

Después de numerosos disturbios en las calles de Cartago, los mercenarios fueron enviados a la ciudad de Sicca, donde acamparon sin un mando y sin nadie que les obligara a mantener la disciplina. Comprensiblemente, aquellos hombres, que habían luchado de manera leal y con gran brío a favor de sus señores, de acuerdo con los contratos firmados, se resistieron a aceptar un pago menor del acordado y se sintieron traicionados. Estaban especialmente enfadados con Amílcar, quien les había hecho copiosas promesas de recompensas futuras durante las operaciones de Sicilia, sólo para abandonarlos finalmente al antojo de un gobierno y unos generales a los que no conocían. Los cartagineses advirtieron pronto que las negociaciones no progresaban y, conscientes de que tendrían dificultades para controlar a veinte mil soldados veteranos bien equipados, aceptaron pagarles las cantidades que se les adeudaba, pero ya era demasiado tarde. Los disgustados mercenarios se habían dado cuenta de su propia fuerza y rápidamente aumentaron las exigencias, obligando a sus antiguos señores a hacerles una concesión tras otra. De manera gradual, el resentimiento por el injusto trato recibido se transformó en una profunda hostilidad hacia los cartagineses. Al igual que todos los ejércitos púnicos, los veteranos de Sicilia formaban una mezcla de numerosas razas (libios, galos, españoles, ligures, griegos sicilianos), de mestizos, esclavos huidos y desertores. Al carecer de una lengua común y sin la fuerza unificadora de la estructura de mando cartaginés, los mercenarios de Sicca se habían fragmentado en grupos según sus linajes étnicos. Los libios formaban la partida más numerosa y fueron ellos quienes finalmente se amotinaron en una revuelta abierta cuando cogie-

ron y encerraron al desafortunado Gesgo, el hombre con el que los propios mercenarios habían querido tratar como el único oficial púnico en que confiaban.

Fue la presencia del elemento libio en el ejército la que provocó una rebelión tan grave, puesto que rápidamente consiguieron alinear en favor de su causa a la mayor parte del campesinado. Las leyes cartaginesas habían sido siempre injustas y muy impopulares entre los campesinos libios pero, durante la guerra contra Roma, la carga de las contribuciones y las conscripciones había empeorado enormemente. Con muy escasas excepciones, las comunidades libias se pusieron a favor de los rebeldes y acrecentaron el tamaño de las fuerzas de éstos. Se les unieron muchos de los príncipes númidas, contra quienes los cartagineses habían estado luchando durante la última década para obtener su control, y que ahora veían una oportunidad de vengarse y obtener botín. Muy pronto, un ejército muchas veces mayor que el que Régulo había dirigido comenzó el bloqueo de Cartago. Los principales líderes rebeldes eran Mathos, un libio, y Espendio, un esclavo campano evadido, que temía ser devuelto a su antiguo dueño porque sería ejecutado, apoyados por el galo Autariato, jefe de una banda de guerreros notable por la escasa confianza que despertaban. Algunos de sus seguidores habían desertado hacia las filas romanas durante la guerra y, posteriormente, siguieron traicionando a sucesivos patronos.[12] Aunque eran soldados veteranos (Espendio contaba con una historia especialmente distinguida durante la guerra contra Roma), ninguno de ellos poseía experiencia alguna como comandante supremo, y los movimientos de los ejércitos rebeldes eran torpes y poco coordinados.

Se trataba de una de las escasas ventajas de que disfrutaban los cartagineses en ese conflicto. Se les había hecho siempre difícil reclutar grandes ejércitos con rapidez, pero la situación empeoró aún más cuando sus propios mercenarios se volvieron contra ellos. Para colmo de males, la rebelión en Libia les negaba el acceso a los abastecimientos y los recursos humanos en los que habían podido confiar normalmente hasta entonces. Las fuerzas que podían reclutar, compuestas por mercenarios todavía leales, que no mantenían ningún vínculo específico con los veteranos sicilianos, y por ciudadanos soldados recientemente reclutados, se veían altamente superadas en número por sus enemigos. Más problemas todavía les causó la división en el mando, situación muy similar a la padecida con el nombramiento de tres generales para dirigir las operaciones en 256-255. Amílcar Barca y Hannón, este último mucho mejor organizador que comandante, no se llevaban bien entre ellos y las operaciones de sus ejércitos se veían dificultadas por el tipo de disputas que, según se dice, parecían más normales del sistema militar romano que del púnico. Posteriormente, a Hannón se le obligó a dimitir mediante una votación del ejército, o quizás de los oficiales principales, y fue sustituido por el más maleable Aníbal. Es en estas campañas, más que en la guerra de Sicilia, donde contamos con pruebas de las cualidades de Amílcar como general, asegurándose sobre todo ventajas estratégicas ante la superioridad numérica de las fuerzas rebeldes. Unió la fuerza a la diplomacia, por ejemplo en el caso de Navaras, un príncipe númida, quien se prestó a pasarse al bando cartaginés con sus seguidores, y a quien le entregó a su propia hermana en matrimonio. Ambos bandos hicieron un amplio uso y una auténtica escalada en los horrores y las atrocidades, hasta el punto de que Barca ordenaba que los mercenarios

hechos prisioneros fueran pisoteados hasta la muerte por sus elefantes. Finalmente, Mathos y Espendio fueron crucificados, lo mismo que Aníbal, que había sido capturado en una incursión nocturna en su campamento, mientras que Gesgo y los demás detenidos fueron desmembrados y arrojados a un foso donde se desangraron hasta morir. Finalmente, en 237, todos los ejércitos rebeldes fueron derrotados, las comunidades libias se rindieron y la revuelta se hundió.

La actitud romana hacia su reciente derrotado enemigo durante esa época de crisis fue, en principio, escrupulosamente correcta. Al comenzar la guerra, el Senado envió una comisión a Cartago, después de haberles llegado noticias de que comerciantes romanos que trataban con los rebeldes habían sido hechos prisioneros o asesinados.[13] De hecho, los mercaderes estaban únicamente encarcelados y, cuando los cartagineses aceptaron de buena gana su repatriación, los romanos respondieron de manera calurosa. A los comerciantes italianos se les prohibió en el futuro entregar suministros a los mercenarios y se les animó de manera activa a comerciar en la propia Cartago. Además, todos los prisioneros púnicos que todavía no habían pagado rescate, según estipulaba el tratado de 241, fueron devueltos de manera inmediata sin verse obligados a satisfacer indemnización alguna. La Siracusa de Hierón se propuso también vender a Cartago los suministros que exigía su esfuerzo bélico, aunque Polibio creía que, en parte, se había debido al afán por asegurarse que la ciudad continuara existiendo como fuerza equilibrante del poder romano.[14] Más o menos sobre el 240-239, los mercenarios púnicos de Cerdeña se amotinaron y asesinaron a sus oficiales, y convencieron a la expedición de castigo enviada por Cartago contra ellos a que también se amotinara y se les uniera. Unificadas ambas fuerzas, los mercenarios se apode-

raron de la isla y trataron de firmar una alianza con Roma, de la misma manera a como en otro tiempo habían actuado los mamertinos. El Senado rechazó ofrecer su apoyo a un compromiso de esa índole, lo que no deja de ser una decisión de lo más sorprendente si es que Polibio juzgó de manera correcta que la adquisición de Cerdeña se había convertido en una de las principales ambiciones de Roma ya desde el momento en que construyeron su primera flota. Por idénticas razones, tampoco aceptó los intentos de aproximación de Útica para obtener una protección similar, cuando esta ciudad libia abandonó, finalmente, su lealtad a Cartago y se unió a los rebeldes.[15] Antes al contrario, respetó la protección ofrecida a los aliados de cada bando, según estipulaba el tratado de 241.

Finalmente, y lo más probable en 237, los soldados amotinados en Cerdeña fueron expulsados de la isla por la población nativa y huyeron a Italia, donde una vez más se dirigieron al Senado. Esta vez, los romanos decidieron enviar una expedición para ocupar la isla y, cuando los cartagineses pusieron objeciones, les amenazaron con una guerra a la que en ningún caso podían hacer frente. Cartago no tenía otra opción que rendirse a Roma por segunda vez, aceptando la ocupación de Cerdeña, y pagar una nueva indemnización de mil doscientos talentos. Se trató de un acto tan descaradamente oportunista como la intervención inicial en Sicilia en 265, una injusticia que demostró claramente la debilidad de Cartago y sirvió para provocar un rencor y un resentimiento mucho mayor hacia Roma que el generado por su derrota inicial de 241. Nuestras fuentes no explican por qué los romanos decidieron actuar de esa forma después de aquel primer rechazo. No obstante, es importante recordar que el Senado estaba formado por un conjunto de individuos, don-

de todos competían por ganar la gloria al servicio del Estado y con puntos de vista bien distintos a propósito de la mejor manera de llevar los asuntos de aquél. Los grupos que rodeaban a las familias más poderosas se hallaban dispersos y en raras ocasiones adoptaban una política coherente sobre cualquier tema, al tiempo que la influencia de los senadores a título individual fluctuaba cada vez más con el paso de los años. Quizás simplemente se tratara de que Tiberio Sempronio Graco, cónsul del año 238, que iba a dirigir la expedición, se hallara ansioso por detentar el mando en una guerra y contara, por aquel entonces, con influencia suficiente como para convencer al Senado de responder favorablemente a la petición de los mercenarios. Por otra parte, la anarquía desatada en Cerdeña se contempló quizás como una amenaza potencial al mercado marítimo de Italia, pero nuestras fuentes carecen de alguna exposición detallada de las razones que provocaron el cambio de actitud de los romanos.[16] No obstante, la mayoría, y especialmente Polibio, están de acuerdo en que, moralmente, la acción no tenía defensa posible.[17]

Cerdeña demostró que no se trataba de una conquista fácil y, durante la mayor parte de la década del 230, continuó allí una feroz campaña, manteniéndose activos los dos cónsules de los años 232 y 231.[18] Tuvieran o no razón en la acusación, parece ser que los romanos creyeron que los agentes cartagineses animaron de manera activa a la resistencia sarda en su contra, y la isla siguió comportándose como una continua fuente de fricciones entre ambos Estados durante todos esos años.[19]

Los Barcas en España

Se habían perdido Sicilia y Cerdeña y, como consecuencia de la revuelta de los mercenarios, África se encontraba en una situación de inestabilidad tal que era impensable llevar a cabo en ella ninguna acción expansionista; por ello, Cartago volvió su atención de manera creciente hacia los territorios españoles. En 238-237, Amílcar Barca fue enviado a la cabeza de un ejército para hacerse cargo de aquella provincia, y la elección de un mando tan experimentado y agresivo como él para una región que no parecía haber supuesto nunca una amenaza excesiva, solamente puede entenderse porque el objetivo propuesto no era otro que la expansión. Durante los nueve años siguientes, Amílcar mantuvo una lucha casi continua, asegurando el control púnico de la franja costera de la España meridional, y fue ascendiendo por el valle del Guadalquivir, hasta que, en 229, fue muerto en una emboscada por una tribu celtíbera, conocida por el nombre de oretanos; una leyenda tradicional afirma que se sacrificó a sí mismo de manera deliberada para salvar a sus hijos pequeños.[20] Le sucedió en el mando su yerno y lugarteniente, Asdrúbal, quien continuó el programa expansionista, consiguiendo mayores éxitos por medios diplomáticos que mediante la guerra, llegando incluso a contraer matrimonio con una princesa española para cimentar una alianza. Parece ser que la sucesión había sido votada en primer lugar por el ejército de España y aprobada, posteriormente, por las autoridades de Cartago. Efectivamente, eso fue lo que sucedió cuando Asdrúbal fue asesinado en 221 y el ejército, o al menos sus oficiales, ofrecieron el mando al hijo primogénito de Amílcar, Aníbal, de veintiséis años, decisión ratificada más tarde por la Asamblea Popular en Cartago.[21]

La narración básica de la expansión púnica en España bajo el liderazgo de la familia Bárcida es clara y no plantea discusión alguna, incluso aunque, en ocasiones, las fuentes con que contamos se contradigan entre ellas en determinados puntos carentes de importancia; no obstante, numerosos asuntos de interés permanecen sin respuesta. No está claro cómo y por qué, en primer lugar, a Amílcar se le confió el mando en España, y hasta qué punto sus actividades se veían sometidas allí a alguna clase de supervisión. Una opinión extrema consistiría en contemplar este periodo como el triunfo del Partido Popular en Cartago, y a Amílcar como el demagogo que se ganaría el apoyo de los ciudadanos de a pie, cansados de la incompetencia mostrada por la antigua aristocracia durante la guerra contra Roma y la revuelta de los mercenarios. Esto le permitió asegurarse un mando ilimitado en España y libertad para poder hacer la guerra y enriquecerse cumpliendo sus propios objetivos. Quizás hubiera algunos indicios de cambio político en Cartago, ya que el Consejo de los Ciento Cuatro parece que comenzó a tener mucha menor importancia después de este periodo, al tiempo que aumentaba el peso específico de los dos sufetes elegidos anualmente.[22] No obstante, debemos recordar siempre que nuestros conocimientos sobre la constitución y la política interna de Cartago son excepcionalmente pobres. La mayoría de nuestras fuentes nos retratan a la familia de los Barca haciendo frente a una fuerte oposición de rivales que temían su creciente poder y de quienes se oponían a su política, pero no está clara la fuerza y la consistencia de tal oposición.[23] Según una tradición, Amílcar utilizó el botín de sus campañas españolas tanto para asegurarse la lealtad de sus soldados como para comprar apoyos políticos en la patria.[24] También es igualmente posible interpretar los mismos hechos presen-

tando a Amílcar nada más que como un servidor del Estado, nombrado con la aprobación general de la flor y nata de Cartago.[25] La verdad reside quizás en cualquier punto situado entre ambos extremos.

La Segunda Guerra Púnica empezó en España, convirtiendo en especialmente importante la actividad desarrollada allí por la familia Bárcida durante los años posteriores a la Primera Guerra; pero el conocimiento que de estos hechos presentan nuestras fuentes sólo sirve para que sea más difícil entender qué clase de régimen crearon, y hasta qué punto fue significativo que el mando recayera siempre en manos de miembros de esa familia. No está del todo claro si los cartagineses confirmaron la elección del liderazgo del ejército porque sentían quizás que no poseían fuerza suficiente para discutirlo o porque aprobaran la decisión. De este hecho, se derivó un beneficio práctico, ya que a las tribus y a los jefes locales españoles les era mucho más fácil centrar su lealtad en un solo general y en su familia que en la distante Cartago, un sentimiento que los romanos explotarían también más adelante. Es posible que las actividades de los Bárcidas en España se contemplaran simplemente como una manera eficaz utilizada por el Estado cartaginés de expandir su territorio en aquella zona, permitiéndoles explotar de manera mucho más sencilla los recursos minerales y la capacidad humana para uso del ejército. Otros historiadores defienden que estos años fueron testigos de la creación de lo que, en realidad, fue un principado semiindependiente dirigido por aquella familia para alcanzar sus propios fines, adoptando quizás los Bárcidas la apariencia de los monarcas helenísticos. Una vez más, las pruebas con que contamos son del todo inadecuadas para resolver este debate. La propia serie de monedas acuñadas por la casa de la moneda de la España

púnica durante ese periodo han sido analizadas como si mostraran a Amílcar y Asdrúbal representados como reyes helenísticos asociados a divinidades o, simplemente, como si se tratara de imágenes de deidades.[26] Ciertamente, Asdrúbal fundó una importante ciudad, Cartago Nova (la actual Cartagena), pero si hay que considerarla sede del gobierno de la provincia o capital de un reino semiindependiente, eso depende de la opinión que se tenga de las ambiciones de los Barca.

Roma, 241-218 a.C.

Es cierto que los romanos contemplaron siempre con desconfianza la actividad cartaginesa en España, aunque todavía no tuvieran un compromiso directo en esa zona. En 231, una delegación de senadores se presentó ante Amílcar para preguntarle por los motivos de sus agresivas campañas, y éste les contestó que eran imprescindibles si Cartago tenía que pagar las indemnizaciones a Roma. Más tarde, en algún momento hacia el año 226, otro grupo de enviados fue a ver a Asdrúbal, quien formalmente estuvo de acuerdo en no llevar a cabo su expansión más allá del río Ebro. Es posible que el interés de Roma por España se hubiera visto estimulado por Massilia, su antigua aliada, pero la preocupación por el creciente poder cartaginés quizás fuera perfectamente legítima. Hasta ese momento, Roma no mantenía relación directa alguna con la península Ibérica, aunque es bien cierto que los comerciantes latinos tenían cierta actividad allí desde la segunda mitad del siglo III.[27]

El mundo de Roma se había ido extendiendo de manera gradual más allá de la península Itálica, mediante las nuevas provincias de ultramar recientemente adquiridas y por la poderosa marina creada durante la guerra contra Cartago. En 228 y 229, a la cabeza de las flotas formadas por barcos de

guerra, los cónsules romanos libraron dos batallas en Iliria, al otro lado del Adriático, provocadas según parece por las prácticas piráticas efectuadas de manera rutinaria por el reino ilírico. No obstante, y en el periodo de entreguerras, lo que más preocupó al Senado fue un problema italiano interno, el causado por las tribus galas del norte de Italia. Las colonias latinas establecidas en tierras arrebatadas a las tribus, en especial Ariminum, que se había fundado en 268, constituían una fuente continua de fricciones con los galos. A medida que la población de Roma iba aumentando y que su red de alianzas se expandía, iba incrementándose también con gran rapidez la necesidad de encontrar tierras para los ciudadanos romanos y latinos más pobres, y las fértiles llanuras de la Galia Cisalpina se mostraban especialmente atractivas. En 232, uno de los tribunos de la plebe, Cayo Flaminio, presentó una ley para poder distribuir entre los ciudadanos más pobres la mayor parte del *ager Gallicus* ocupado. Éstos no estarían concentrados en nuevas colonias, sino que cada parcela de terreno se adjudicaría de manera individual para crear un gran número de pequeñas granjas. Esta acción recibió una fuerte oposición, en parte porque otros senadores se verían perjudicados por el prestigio que conseguiría Flaminio y por el dinero que, sin duda, haría éste mientras se llevaba a cabo el proceso, pero también porque se contemplaba como un gesto de provocación.[28]

En 238, los boios se habían unido a otras tribus y a algunos guerreros del otro lado de los Alpes para atacar Ariminum, pero la guerra fracasó por entero cuando las disputas que comenzaron a aparecer entre los galos se convirtieron en lucha abierta, viéndose obligados a hacer la paz. Hacia el 225, el resentimiento provocado por la avalancha de colonos condujo a otra guerra mucho más seria. En esta ocasión, los

boios se unieron a los insubres, y a ellos se les juntó un numeroso contingente de guerreros semiprofesionales procedentes de la Galia Transalpina, conocidos como los gesatos. En el momento en que el ejército galo llevó a cabo la invasión de Etruria, se dice que había reunido ya unos setenta mil hombres. Los galos fueron derrotados cuando decidieron escapar ante el ejército del cónsul Lucio Emilio Papo y largarse con su sustancial botín. Los dos ejércitos romanos desconocían por entero la presencia del otro y por un golpe de fortuna, el otro cónsul, Cayo Atilio Régulo, al que se le había mandado llamar a Cerdeña, se encontró de pronto bloqueando directamente la línea de escape de los galos. Atrapados entre los dos ejércitos romanos, las tribus se vieron obligadas a luchar en Telamon, formando en dos líneas, espalda contra espalda, para poder encararse, de esa manera, a los dos ejércitos enemigos que se acercaban desde direcciones opuestas. A pesar de esa desventaja, la batalla se libró realmente a la desesperada. Régulo cayó ya durante los primeros compases y su cabeza cortada le fue llevada en triunfo a uno de los reyes galos; no sería hasta después de un largo combate cuando los romanos pudieron celebrar la victoria, infligiendo un enorme número de bajas al enemigo.

En 224, ambos cónsules avanzaron con sus ejércitos hacia el norte y obligaron a los boios a aceptar la paz. Los cónsules del año siguiente, el mismo Flaminio que, como tribuno de la plebe, había hecho aprobar la ley dirigida a distribuir el *ager Gallicus*, y Publio Furio, invadieron también las tierras de las tribus del norte. Flaminio alcanzó una gran victoria sobre los insubres, y sobre otra tribu, la de los cenomanos, aunque una tradición hostil atribuye esta victoria a los tribunos del ejército. Según Polibio, fueron estos oficiales quienes ordenaron a los *hastati* equiparse con las lanzas de los *triarii*, en

lugar de portar sus *pila*. La primera línea de las legiones estaba, por tanto, constituida por una formación densa y a la defensiva, que se mantuvo sin ceder terreno hasta que la furia y el entusiasmo de la carga inicial gala se extinguió por sí misma. En 222, los galos pidieron la paz, pero los nuevos cónsules, ansiosos de gloria o quizás por la creencia real de que el enemigo no estaba aún derrotado, convencieron al Senado para que rechazara esos contactos y ambos organizaron ejércitos para atacarles. Uno de los cónsules, Marco Claudio Marcelo, llegó en ayuda de las fuerzas asediadas en Clastidium, donde libró una pelea cuerpo a cuerpo y dio muerte a un rey galo llamado Britomaro, despojándole de la armadura, y consiguiendo así el máximo honor posible para un aristócrata romano: el derecho a celebrar el *spolia opima*.[29] Su compañero Cneo Cornelio Escipión atacó Mediolanum (en la actualidad, Milán), capital de la tribu de los insubres. Después de sufrir continuas derrotas, todas las tribus se rindieron a Roma, cediendo la mayor parte de sus tierras. En 218 se establecieron dos nuevas colonias, una a cada lado del Po, en Cremona y Placentia, con seis mil colonos en cada una. La presencia provocativa de una nueva oleada de colonos cada vez más al norte, y ocupando tierras de primera calidad, sirvió únicamente para añadir amargura y resentimiento en las tribus derrotadas, asegurando así que la paz sería efímera.

España y el norte de Italia serían testigos de una gran actividad cuando, finalmente, comenzó de nuevo la guerra entre Roma y Cartago. Además, muchos de los personajes de ambas partes destacados en las campañas del 220 desempeñarían más tarde un papel significativo en la guerra de Aníbal. A aquella generación de comandantes romanos que había crecido entre las guerras libradas contra Cartago, la expe-

riencia militar en Cerdeña, en Iliria y, sobre todo, en la Galia Cisalpina, les acostumbró a luchar contra ejércitos tácticamente inexpertos, por mucho que, individualmente, los soldados que los componían pudieran ser muy valientes y cualificados. De todas formas, sería una preparación bien pobre para enfrentarse a un general tan hábil como Aníbal, situado al frente de un ejército muy bien preparado.

SEGUNDA PARTE

LA SEGUNDA GUERRA PÚNICA
218-201 A.C.

Capítulo 6
LAS CAUSAS DE LA SEGUNDA GUERRA PÚNICA

Ciertamente, después de la Primera Guerra Púnica hubo momentos cargados de fuerte tensión, pero las relaciones entre Roma y Cartago no eran del todo hostiles. Se reemprendieron los contactos comerciales, y los mercaderes púnicos constituían una imagen tan familiar en Roma como parece ser que lo eran los latinos en Cartago. Debe haber sido durante estos años cuando se crearon lazos de hospitalidad, aquella característica tan común en las relaciones en el mundo antiguo, uniendo con estrechos vínculos familias aristocráticas romanas y púnicas, o quizás lo que sucedió es que se restablecieron los que habían existido con anterioridad al 265. La paz firmada en 241 duró veintitrés años (si ignoramos la amenaza romana de reanudar las hostilidades en Cerdeña, en 238), y finalizó cuando Aníbal Barca, el comandante cartaginés de España, atacó la ciudad ibérica de Saguntum, que se hallaba bajo protección romana. Ninguna de las partes puso demasiadas objeciones a ir a la guerra, a pesar del recuerdo de la dureza y los costos que había supuesto la primera contienda. Desde entonces, llegar a saber por qué se enzarzaron de nuevo en una lucha sin tregua ha sido objeto de intensos debates, mucho más que el decidir la parte de culpa que le correspondería a uno u otro bando. De igual forma, a menudo los historiadores han caído en la trampa de juzgar los acontecimientos midiéndolos con parámetros modernos, olvidando que incluso los Estados antiguos más avanzados políticamente iban a la guerra de manera frecuente y con gran entusiasmo, sobre todo cuando esperaban ganar y calculaban ansiosamente por anticipado los beneficios

que les reportaría la victoria. Antes de tratar esos temas, nos será muy útil revisar la cadena de acontecimientos que condujo a la declaración de guerra abierta por parte de Roma.[1]

Probablemente en 226, Asdrúbal había aceptado las exigencias de los enviados romanos y se mostró de acuerdo en que los cartagineses no cruzarían el río Ebro. La idea de establecer un límite físico al poder de una nación era un concepto muy familiar a ambas culturas.[2] En este caso no existía restricción importante alguna, puesto que, en esa época, las tierras que se consideraban el núcleo de la provincia púnica se encontraban todavía a gran distancia del río. No son convincentes los intentos encaminados a defender que el tratado imponía, de hecho, un límite situado mucho más lejos, hacia el sur. De forma parecida, hay aún menor fundamento para aceptar la afirmación común de que los romanos se habían impuesto a sí mismos como límite la no intervención al sur del Ebro. De hecho, en esta fecha, el Estado romano no mantenía ninguna relación directa con España, salvo en el sentido de que su aliada, Massilia, contaba allí con comunidades dependientes en Ampurias y Rosas.

En cierto momento posterior al 226, Roma creó una asociación con la ciudad de Saguntum (la actual Sagunto, no muy lejos de Valencia). Polibio nos dice que eso sucedió «algunos años» antes de la época de Aníbal, pero parece plausible que hubiera sido mencionado en el tratado sobre el Ebro si esa relación hubiera existido ya en aquella época, pues la ciudad se hallaba situada a una buena distancia al sur del río. Por lo que se refiere a nuestros propósitos, no nos importa si existía o no un tratado formal que concedía a Sagunto el estatuto de aliado o si sencillamente la ciudad había pedido la protección de Roma, como había tratado de hacer Útica durante la guerra con los mercenarios. En algún momento se le

pidió al Senado romano que resolviera en una disputa interna en la ciudad, con bastantes posibilidades entre facciones rivales que favorecerían a Roma y a Cartago respectivamente, y los representantes enviados ordenaron la ejecución de varios nobles saguntinos. Parecen obvios los atractivos que para la ciudad española representaba alcanzar una alianza con Roma. Una ciudad-Estado de importancia local, como era el caso de Sagunto, sólo podía observar con nerviosismo la expansión hacia su territorio de la provincia cartaginesa. El apoyo romano les ofrecía la mayor seguridad posible contra su poderosísimo vecino. No está tan claro por qué los romanos aceptaron la alianza; además se halla íntimamente relacionado con la causa de la guerra, por lo que hablaremos de ello más adelante.[3]

En 221, Aníbal, que tenía veintiséis años, sucedió a su cuñado y continuó la agresiva política cartaginesa en España, ampliándola hasta un grado muy superior al de sus predecesores. Dirigió a su ejército a luchar contra las tribus del centro de España, alcanzando puntos situados tan al norte como lo que hoy es Salamanca. Hacia el año 220-219 surgió una disputa entre Sagunto y una tribu vecina acusada de llevar a cabo incursiones en su territorio. Los detalles están muy borrosos e incluso es incierto el nombre del pueblo implicado, pero la tribu era aliada de Cartago y recibió el apoyo de Aníbal. A finales del invierno, una embajada romana fue a entrevistarse con Aníbal en Cartago Nova y le recordó el antiguo tratado del Ebro, al mismo tiempo que le aconsejaba que no atacase a Sagunto. La embajada tuvo una acogida glacial y marchó desde allí a Cartago para repetir las demandas. El joven general se trasladó también a Cartago para recibir instrucciones y, en primavera, llevó su ejército contra la ciudad. Sagunto se encontraba situada en una colina fuertemente

fortificada, más o menos a una milla del mar. (En el otoño de 1811 d.C., los defensores españoles de una fortaleza improvisada entre las ruinas íberas, romanas y musulmanas rechazarían varios ataques llevados a cabo por Suchet, uno de los subordinados más capaces de Napoleón.) A Aníbal le costó ocho meses ocupar la ciudad, pero ya desde un principio estaba claro que su intención era la de tomarla al asalto, en lugar de rendirla por hambre. Sus tácticas fueron mucho más abiertamente agresivas que las adoptadas por los cartagineses en cualquier otro de los asedios de la Primera Guerra y, como resultado, las bajas mucho más elevadas. Livio afirma incluso que el propio Aníbal fue herido mientras dirigía un ataque muy próximo al lugar de combate.[4]

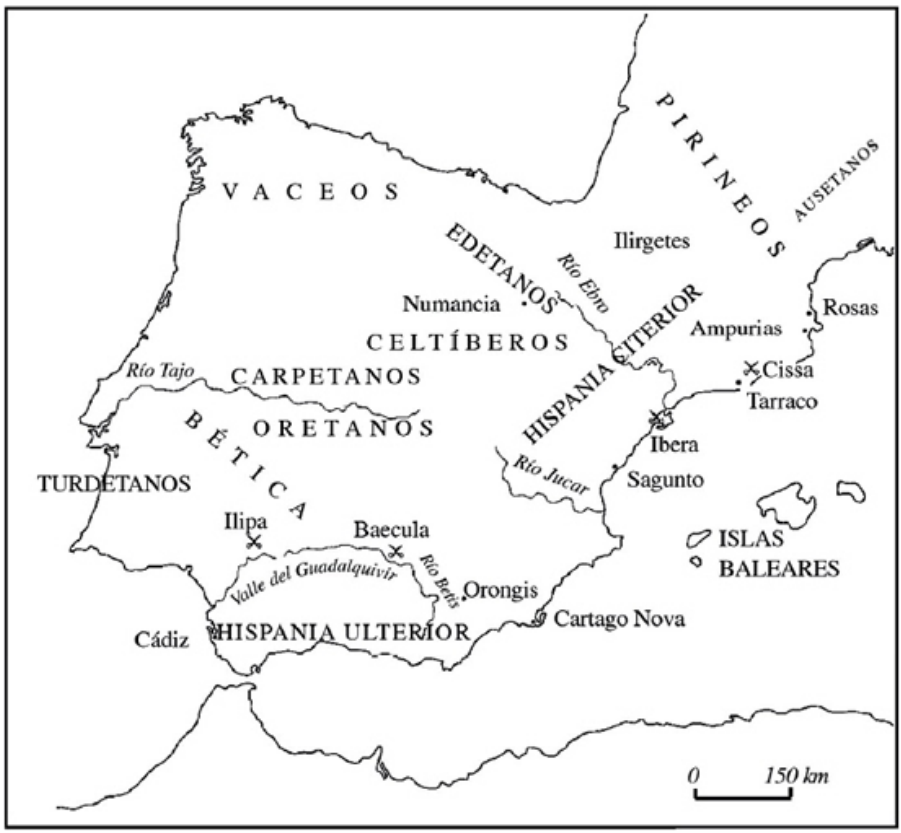
Una vez comenzado el asedio, los romanos no hicieron nada por ayudar a los saguntinos. Livio afirma que enviaron otra embajada a Aníbal, pero, en este punto, su cronología es desesperadamente confusa y, como Polibio no menciona un hecho de estas características, con toda seguridad lo mejor que podemos hacer es rechazarlo. Sagunto cayó a finales del 219 o en las primeras semanas del 218, y las noticias debieron llegar a Roma al cabo de un mes. A finales del invierno se envió una embajada a Cartago, en la que se encontraban los dos cónsules salientes en 219, Lucio Emilio Paulo y Marco Livio Salinator. Livio nos cuenta que estaba presidida por Quinto Fabio Máximo, completando así, de esta manera, el trío de personalidades que iban a desempeñar los papeles destacados en la guerra que se aproximaba, pero parece más probable que el jefe de la delegación fuera el experimentado censor anterior, Marco Fabio Buteo, quien había luchado en Sicilia como cónsul en 245. La embajada protestó de las acciones de Aníbal y quiso saber si había estado actuando con el consentimiento del Senado cartaginés. Los cartagineses se

enfrentaban a la disyuntiva de desautorizar a Aníbal y entregarle, a él y a sus principales oficiales, en manos de los romanos para recibir castigo, o hacerle la guerra a Roma. El estilo diplomático practicado por las embajadas romanas no parece haber sido en muchas ocasiones demasiado sutil, pero esta vez se hallaban obligados claramente a pedir venganza por el ataque a un aliado. Según una tradición que hablaba de la existencia de un fuerte partido de oposición a los Bárcidas, parece ser que un tal Hannón condenó las acciones de Aníbal, pero, en general, los cartagineses respondieron con acritud a las bruscas peticiones de los romanos. Se negaron a reconocer el tratado del Ebro, afirmando que nunca lo habían ratificado y citando la referencia de Catulo a los términos de la paz en 241 con Roma, y cuestionando la necesidad que tenían de reconocer cualquier clase de relación entre Roma y Sagunto. Se cree que Fabio se situó en el centro de la sala, donde anunció que en los pliegues de su toga traía tanto la paz como la guerra, y que de ella podía dejar caer cualquiera de las dos que eligieran los cartagineses. La tensión fue subiendo de tono entre los senadores púnicos allí reunidos, y el sufete que presidía la asamblea le conminó a que escogiese él mismo. Cuando Fabio respondió diciendo que elegía la guerra, una exclamación llenó la sala: «¡La aceptamos!» Así se declaró la guerra, aunque era ya inevitable antes de que eso sucediese. Es evidente que Aníbal había comenzado los preparativos de su invasión de Italia una vez que regresó a los cuarteles de invierno después de la caída de Sagunto. Es asimismo muy posible que los *Comitia centuriata* hubieran votado ya a favor de la guerra si los embajadores no conseguían una respuesta satisfactoria de Cartago.[5]

Polibio presentó con sumo detalle las causas subyacentes al reinicio de las hostilidades y concluyó que existieron tres factores principales. El primero era el rencor o la cólera de Amílcar Barca a finales de la Primera Guerra cuando se vio obligado a rendirse a pesar de no haber sido derrotado en Sicilia. El segundo factor, y mucho más importante, fue la toma de Cerdeña, en 238, por Roma que actuó sin ninguna clase de escrúpulos, mientras Cartago se tambaleaba aún en medio de la agitación provocada por la revuelta de los mercenarios. Esta humillación no solamente incrementó el resentimiento de Amílcar, sino que hizo aumentar el odio hacia Roma de toda la población púnica. Amílcar marchó a España con el claro objetivo de sentar las bases de un poder que sería utilizado contra Roma, poniendo todo su corazón en la aplicación de un programa expansionista. Los éxitos de su familia en la Península Ibérica constituyeron la tercera causa, puesto que el incremento del poderío cartaginés les animó a creer que ahora eran ya lo suficientemente fuertes como para derrotar a su viejo rival.[6]

Polibio reforzó su opinión sobre la motivación de Amílcar narrando una anécdota que había contado Aníbal mientras se encontraba en la corte del rey seléucida Antíoco III en la década de los años 190. Inmediatamente antes de partir para hacerse cargo de su nuevo mando en España, Amílcar Barca había realizado un sacrificio en el altar de una deidad, a la que Polibio da el nombre de Zeus y que para Livio es Júpiter, pero que muy probablemente fuera Ba'al Shamin. Habiendo obtenido un presagio favorable, hizo venir a su lado a su hijo Aníbal, que por entonces tenía nueve años, y preguntó al niño si le gustaría acompañarle en la expedición. El muchacho, que con toda seguridad no había visto mucho a su padre a lo largo de su corta vida, respondió de manera entusiasta, pi-

diéndole permiso para ir. Amílcar colocó la mano del niño sobre la víctima del sacrificio y le obligó a prestar un solemne juramento: «nunca sería amigo de los romanos».[7] Aníbal contó esta historia para convencer a Antíoco que no estaba manteniendo relación alguna con los enemigos romanos del rey, pero como Polibio recibió esta noticia cuando menos de tercera mano, actualmente es imposible confirmar su exactitud. Según posteriores relatos romanos, la expresión del juramento se endurece hasta el punto de afirmar que el niño juró ser ya para siempre enemigo de Roma.[8]



MAPA 7. *España.*

Según la versión que Polibio hace de los acontecimientos, Aníbal había heredado de su padre la guerra contra Roma, más o menos de la misma forma en que Alejandro Magno

habría llevado a cabo realmente la expedición a Persia planeada por su padre, Filipo II. Durante mucho tiempo, numerosos historiadores modernos aceptaron esta versión, y algunos fueron incluso aún más lejos, afirmando que el plan de invadir Italia cruzando los Alpes y hasta las tácticas de combate de Aníbal habían sido ya diseñadas por su padre. Más recientemente, la idea de que la guerra había sido un proyecto premeditado de la familia Bárcida ha ido perdiendo el favor de los eruditos, en parte porque los historiadores son generalmente reacios a atribuir los acontecimientos importantes al genio y a las acciones de personalidades individuales, prefiriendo buscar una explicación en tendencias más generales. Mucho más a menudo el debate ha girado en torno a los detalles precisos y a la cronología de los acontecimientos que condujeron a la guerra, puesto que Polibio se muestra muy vago en este tema, al tiempo que las demás fuentes con que contamos son de una fiabilidad muy cuestionable.[9]

De fundamental importancia es plantearse qué esperaban conseguir en España los cartagineses dirigidos por la familia Bárcida, pero una vez más debemos lamentar la ausencia de fuentes que contemplen los acontecimientos desde la óptica púnica. Se ha creído a menudo que la pérdida de los ricos territorios de Sicilia y Cerdeña obligaron a Cartago a buscar recursos en cualquier otra parte, y en este contexto aparecen frecuentemente citadas las minas de plata españolas. En efecto, Amílcar puso algunas de ellas bajo directo control púnico, y aunque llevó varios años comenzar una explotación efectiva, le permitió a su familia acuñar varias series de monedas con un contenido especialmente elevado de plata. En otros aspectos, es difícil creer que la expansión por España les permitiera obtener una explotación más beneficiosa de sus recursos que a través de las comunidades púnicas que ya

se encontraban en este territorio. Es cierto que, a corto plazo, se consiguieron rentas considerables a partir de los botines de las campañas culminadas con éxito, y que una parte de esas rentas debieron llegar a manos del Estado. Por ello, la respuesta de Amílcar a la pregunta de la embajada romana de por qué estaba llevando a cabo tantas guerras de conquista fue la de que necesitaba anexionar tierras para conseguir beneficios, y poder, de esa manera, pagar la deuda generada por la guerra púnica que se debía satisfacer a Roma. Una buena parte de los beneficios procedentes de aquellas exitosas campañas sirvieron para pagar y aumentar el ejército que operaba en España. Los oficiales púnicos encargados del reclutamiento habían estado alistando soldados españoles desde hacía mucho tiempo, pero la provincia de los Barcas colocó a una buena parte de ese capital humano de luchadores bajo su control directo. Las comunidades españolas producían un excedente de jóvenes varones que no encontraban recursos suficientes en el campo, por lo que, con frecuencia, se convertían en bandidos o mercenarios. Al menos en una ocasión, Amílcar reclutó para su propio ejército a guerreros enemigos que habían sido hechos prisioneros, puesto que separar a este elemento de la sociedad convertía cualquier conquista en mucho más segura. Los ejércitos de la Primera Guerra habían sido africanos de manera predominante, pero aunque gran parte de esos soldados todavía servían, en la Segunda Guerra iban a verse muy superados en número por los españoles. La mayor parte de estos soldados españoles servirían ahora, no como mercenarios a sueldo, sino como soldados aliados.[10]

España entregó a los Bárcidas y, dependiendo de la opinión que se tenga de la independencia del poder de esa familia, también a Cartago, una fuerza militar formidable y la ri-

queza para mantenerla. Aunque fuera esta fuente la que permitiría a Aníbal seguir la guerra de una manera tan efectiva, eso no significa necesariamente que constituyera la razón de su creación. Podría defenderse que el incremento del poderío militar púnico tendría un carácter esencialmente defensivo, al proporcionarle alguna protección contra acciones romanas tan arbitrarias como el robo de Cerdeña. Es evidente que la pérdida de la guerra contra Roma y sus consecuencias supusieron un golpe importantísimo al orgullo de un poderoso imperio. La empresa española pudo perfectamente haber sido sólo un intento de reafirmar de nuevo su independencia. Aunque, para mantener esta opinión, sería necesario creer que el ataque de Aníbal a Sagunto era simplemente una reafirmación del renacimiento del poder púnico, y no iría en ningún caso encaminado a provocar la guerra con Roma. La rapidez con que Aníbal empezó los colosales preparativos para la expedición italiana lo convierte en extremadamente improbable. Parece que a los romanos les había puesto siempre nerviosos la actividad en España de los Bárcidas, como lo demuestra el elevado número de embajadas allí enviadas.

La Segunda Guerra fue claramente una herencia de la Primera, que había finalizado de pronto con ambas partes extenuadas casi por igual. Los romanos esperaban que sus guerras terminasen después de haber conseguido una victoria absoluta, con el enemigo sin opciones de suponer ya ninguna clase de amenaza y absorbido, por lo general, como aliado subordinado. Cualquiera que fuese la autonomía interna conservada por éste, no se le permitía aplicar una política exterior independiente, y aún menos una que entrase en colisión con los intereses de Roma. En 241, Cartago era demasiado grande y se encontraba demasiado lejos como para ser absorbida por Roma de la misma manera en que lo había si-

do la mayor parte de Italia; pero, incluso así, en las décadas que siguieron a la finalización de la guerra, los romanos se negaron a tratarla como a un igual. Cerdeña fue un ejemplo escandaloso de esa actitud, forzando a los cartagineses a que cediesen ante una decisión injusta, pero las repetidas intervenciones en España eran manifestaciones de otros síntomas bien distintos. Al tiempo que el tratado del Ebro parecía no haber impuesto una importante limitación a la expansión cartaginesa en España, dejaba, no obstante, claro que los romanos se sentían con plena libertad para imponer restricciones sobre la actividad púnica que se produjera lejos de su propio territorio. La aceptación de alguna forma de alianza con Sagunto sirvió para recordarles a los cartagineses que los romanos no se imponían a sí mismos ninguna clase de límites. El pago anual de la indemnización servía como recordatorio continuo de la derrota de Cartago, pero probablemente había acabado de amortizarse ya mediada la década del 220, y debió ser durante esa época cuando Roma empezó a interesarse con mucha mayor seriedad por la península Ibérica. Cualquiera que fuese la realidad militar, los romanos debían percibir como una clara amenaza la presencia de un antiguo enemigo que parecía estar convirtiéndose, una vez más, en una potencia independiente y en un rival. La intervención de las embajadas romanas le sirvió a Cartago como recordatorio de su propia situación. Hasta el año 219, los cartagineses habían retrocedido siempre ante las peticiones romanas. Es muy probable que el Senado esperara que hicieran lo mismo una vez más, cuando la legación conminó a Aníbal a que no atacara Sagunto, y su sorpresa al haber hecho caso omiso a esa prohibición explica en parte el fracaso de los romanos en enviar cualquier clase de ayuda a la ciudad.

Desde la perspectiva cartaginesa, no existía ninguna razón para tener que comportarse como un aliado subordinado a Roma. Su cultura militar era diferente a la de Roma y no esperaba que los resultados de las guerras fueran tan concluyentes. Además de eso, su poder real no se había visto debilitado de una manera tan seria por la derrota en 241 como podría hacer pensar la actitud tomada por los romanos, especialmente una vez que tuvo tiempo de recuperarse del coste de la guerra y de los disturbios provocados por la revuelta de los mercenarios. Cartago era todavía un Estado grande y rico, con extensos territorios en África y con un creciente dominio en España. Los ciudadanos púnicos no tenían ninguna buena razón para dejar de pensar que su ciudad era algo más bien parecido a Roma, y es comprensible su resentimiento ante el rechazo romano a reconocerlo. Ambos Estados poseían abundantes recursos para poder hacer la guerra y estaban mutuamente recelosos. En esas circunstancias, la reanudación de las hostilidades parece menos sorprendente.

El deseo cartaginés de reafirmarse de nuevo como potencia independiente era para ellos tan natural como el hecho de que a los romanos les pudiera parecer amenazador. Algunas personalidades debieron desear y planificar la guerra de manera consciente. Aníbal era un joven noble colocado a la cabeza de un poderoso ejército y ya consciente de contar con capacidad para mandarlo. Los autores antiguos explican continuamente que las principales guerras se llevaron a cabo por el vehemente deseo de gloria de reyes, emperadores y príncipes, y sería imprudente ignorar este punto de vista en toda su amplitud. Es posible que Aníbal hubiera buscado una guerra, y es cierto que la aceptó con rapidez y la persiguió con un entusiasmo considerable. También debió haber algunos en Cartago que se opusieran al joven general y que espe-

raran alcanzar la paz, pero, ciertamente, había una mayoría entre la elite que no encontraban ninguna razón para que el renovado Estado púnico se sometiera a las pretenciosas demandas romanas. Es imposible contestar por el momento si habían estado de acuerdo o no con las actividades de Aníbal, o si incluso las habían ordenado.[11]

Preparativos y planes

Los romanos reaccionaron muy lentamente al ataque de Sagunto, probablemente, como ya hemos visto, en parte porque esperaban que los cartagineses se sometieran a la presión diplomática. La forma romana de planificar la guerra se hallaba aún estrechamente unida al mantenimiento del año consular. En el momento en que el Senado tuvo noticias de que Sagunto se encontraba asediada, los dos cónsules anuales se hallaban ya en el extranjero, mandando la flota y el ejército, de campaña en Iliria. Aquella guerra estaba aún en plena actividad, hasta el punto de que si incluso uno solo de los cónsules hubiera sido llamado a Roma, le hubiera costado cierto tiempo el poder reclutar un nuevo ejército. Por tanto, habría transcurrido ya mucho tiempo del periodo de campaña antes de que un ejército romano llegase a España y aún más difícil que pudiera conseguir alguna cosa con anterioridad al parón de las operaciones provocado por la llegada del invierno. Según la manera de hacer de los romanos, era más lógico y adecuado que el Senado esperase y considerase la guerra contra Cartago como especial responsabilidad de los cónsules del 218. Es evidente que esta situación no suponía prácticamente alivio alguno para los saguntinos que se vieron obligados a luchar en solitario hasta el final contra un enemigo muy superior, pero es también dudoso que se les hubiera podido enviar alguna clase de ayuda eficaz.[12]

Los planes del Senado sobre la manera de conducir la guerra eran, de acuerdo con la habitual forma de actuar romana, simples y directos. Los cónsules iban a operar de manera separada, yendo uno de ellos a España a enfrentarse a Aníbal, mientras que el otro partiría hacia Sicilia, desde donde emprendería la invasión del norte de África. De esta forma, el comandante enemigo que había provocado la guerra sería derrotado en batalla, mientras que las autoridades cartaginesas que le habían apoyado deberían hacer frente a un ataque directo a la ciudad. La confrontación abierta con el enemigo en sus puntos más duros ejercería una fuerte presión que daría ánimos a sus principales opositores. En 256-255, Cartago estuvo a punto de doblegarse bajo una presión de esa clase y no existía razón alguna para creer que no pudiera volver a suceder lo mismo. Además, dada la buena voluntad de Cartago para rendirse a las amenazas romanas en las décadas transcurridas entre las dos guerras, es posible que los romanos esperasen incluso que la actitud de la ciudad norteafricana fuese aún menos favorable ante la guerra actual.

De los dos cónsules del 218, a Publio Cornelio Escipión se le entregó España como su provincia y Tiberio Sempronio Longo recibió Sicilia y África. En ese año se formaron seis legiones romanas, compuestas cada una de ellas por cuatro mil hombres de infantería y trescientos de caballería. Ambos cónsules recibieron el ejército consular estándar, formado por dos de esas legiones apoyadas en dos *alae* latinas. En total, Escipión recibió catorce mil soldados aliados de a pie y mil seiscientos de a caballo, mientras que a Longo le correspondieron dieciséis mil y mil ochocientos respectivamente. Las restantes legiones, con unos diez mil aliados de infantería y mil en la caballería fueron enviadas a la Galia Cisalpina al mando de un pretor, Lucio Manlio Vulso. La voluntad de

modificar el tamaño de los contingentes aliados para hacer frente a un problema de aquella magnitud pone de manifiesto, una vez más, que el sistema militar romano no era tan rígido como a veces se supone. La manera en que el Senado valoraba la tarea que tenía entre manos se reflejó también en la distribución de los recursos navales. Longo, que debía preparar una invasión a África con la posibilidad de haber de hacer frente a la oposición de una importante flota púnica, recibió ciento sesenta quincuerremes y veinte navíos más ligeros. Era mucho menos probable que Escipión tuviera algún encuentro con una flota enemiga poderosa mientras trasladaba su ejército a España y, por ello, se le entregó el mando de sesenta «cincos». La reciente guerra en Iliria habría asegurado que la marina romana se encontraba en buenas condiciones.[13]

Antes de que se pudiera llevar a cabo acción alguna contra Cartago comenzó una rebelión en la Galia Cisalpina, provocada una vez más por el resentimiento de las tribus ante las incursiones de los colonos romanos. Los boios y los insubres expulsaron a los habitantes de las colonias de Placentia y Cremona que aún estaban sin fortificar, persiguiéndolos hasta la ciudad de Mutina. Los galos se situaron entonces fuera de los muros de la ciudad y comenzaron un asedio. Cogieron prisioneros a tres comisionados del Senado, enviados a organizar la distribución de la tierra de las nuevas colonias en el momento en que trataron de negociar. Se envió una columna de socorro al mando del pretor Manlio Vulso, que marchó a toda prisa y sin prestar demasiada atención a la exploración del terreno. Sufrió una emboscada cuando avanzaba por una estrecha vereda en una zona de bosque denso y padeció graves pérdidas; Livio afirma que, en una primera emboscada, perdió quinientos hombres y setecientos más

junto con seis estandartes, en una segunda. Aquel ejército convertido en una ruina consiguió llegar a un pequeño pueblo llamado Tannetum, donde se vio sometido también a un débil asedio.[14]

La situación era seria y el problema en la Galia Cisalpina se encontraba demasiado cerca de Roma como para que el Senado pudiera ignorarlo hasta que hubiera finalizado la guerra cartaginesa. El ejército de Escipión se había reunido en el norte de Italia, preparándose para navegar hacia España, por lo que el Senado ordenó a otro pretor, Cayo Atilio Serrano, que tomara una de las legiones y cinco mil hombres de las tropas aliadas y socorriera a Manlio, objetivo que consiguió rápidamente y sin oposición alguna. A Escipión se le dieron instrucciones de alistar una nueva legión y tropas aliadas de refresco para reemplazar a aquéllas, pero no está del todo claro si el total que nos proporciona Livio de seis legiones para ese año incluye esta unidad. El retraso resultante significó el aplazamiento del traslado hacia España. Mientras tanto, Longo se había dirigido directamente a Lilibeo, donde se dedicó por entero a llevar a cabo los importantes preparativos exigidos por la expedición africana.[15] No obstante, la guerra no iba a desarrollarse de la manera prevista por el Senado.

Durante la Primera Guerra, y de manera invariable, los cartagineses se habían dedicado a responder a los movimientos de los romanos, más que a tratar de dictar el curso de la propia guerra. Siempre habían sido los adversarios quienes realizaban una escalada en el conflicto y ejercían presión para alcanzar un resultado decisivo. Desde el principio de la Segunda Guerra todo iba a ser bien distinto, y la principal razón hay que buscarla en la influencia de un hombre, Aníbal Barca. Nuestras fuentes presentan a Aníbal tomando to-

das las decisiones clave para organizar el esfuerzo bélico cartaginés inicial en 219-218, no sólo en España, sino también en África. Por lo general, los cartagineses apenas ponían obstáculos a los comandantes una vez que se les había asignado una tarea, llegando incluso, a menudo, hasta el punto de no ofrecerles apoyo en nuevas operaciones, pero los recursos de que disponía en esos momentos el joven general eran enormes. Es ahora más que nunca cuando Aníbal se nos presenta fundamentalmente como el dirigente del principado semiindependiente de España a que hacen referencia algunos estudiosos.

La guerra había empezado por una disputa local en España, por el rechazo cartaginés a seguir reconociendo las restricciones que los romanos habían impuesto allí a su poder. Los romanos esperaban evidentemente que permanecerían en la Península y que llevarían a cabo una guerra defensiva para proteger su territorio, muy parecida a la que había tenido lugar en Sicilia. Con aquellas fuerzas a su disposición, Aníbal se encontraba en una buena situación para afrontar cualquier invasión. De hecho, hubiera superado con creces al único ejército consular que Escipión iba a dirigir en la Península, y lo hubiera derrotado con facilidad si se hubiera visto obligado a entrar en combate. No obstante, la experiencia de la Primera Guerra había enseñado que la destrucción de una flota o de un ejército romano significaba sencillamente que se reconstruiría otro para sustituirlo. La persistente obstinación que Roma había mostrado ante horribles pérdidas convertía en poco probable que se rindiera con rapidez. Cuanto más durase la guerra en España, menos sólidas parecerían las conquistas de los Bárcidas. Numerosas tribus se habían visto atemorizadas por el poderío militar púnico, pero su lealtad podía no durar demasiado tiempo cuando otro ejérci-

to permaneciese en la zona y cuando, como es lógico, los comandantes realizasen esfuerzos para seducir a los líderes de esas tribus españolas. La manera tradicional cartaginesa de hacer la guerra, resistiendo la violenta arremetida del enemigo hasta que su poder comenzara a desvanecerse, ofrecía como más positivo la perspectiva de obtener una situación de tablas continuada y, como más negativo, el sufrir una derrota cuando el enemigo que se encontraba delante era Roma. Aníbal rechazó la opción defensiva desde el principio y decidió que debería hacer todos los esfuerzos de manera activa para derrotar a Roma. Como las enormes pérdidas que había sufrido en el extranjero en el pasado no consiguieron debilitar apenas su poder, a Roma tendría que hacérsele frente y golpearla en su propio territorio, en Italia.

En muchos aspectos, la invasión de Italia era una empresa marcadamente «romana», transportando fuerzas pesadas para lanzarse de manera directa e impetuosamente contra la resistencia del enemigo. En ese sentido, es posible que los romanos deberían haberse sorprendido menos de lo que lo estuvieron cuando Aníbal eligió esa opción, pero los recuerdos de la manera en que los púnicos hacían la guerra en el pasado no invitaba a creer que se llevara a cabo una aventura tan audaz, especialmente ante las dificultades prácticas que significaba. En 218, una invasión por mar era escasamente factible. Sin bases en Sicilia, incluso la Italia meridional se encontraba en el límite del alcance en que pudiera operar una flota de galeras procedente del norte de África, y las fuerzas navales púnicas en España no eran muy numerosas. En cualquier caso, el desembarco en una tierra hostil, seguramente ante la oposición de la poderosa marina romana, constituía una aventura altamente arriesgada y es dudoso que un ejército suficientemente grande pudiera desembarcar para

operar con alguna eficacia.[16] Por tanto, únicamente quedaba la opción de la invasión por tierra desde España, pero las dificultades eran enormes. Una expedición de tales características significaba realizar una marcha de cientos de millas en medio de tribus que, en el mejor de los casos, eran neutrales y potencialmente hostiles, y tener que cruzar el principal obstáculo que formaban los Alpes. Una vez en Italia, el ejército púnico no contaría con ninguna base, ni con suministros, y se vería obligado a hacer frente a un número de enemigos que crecería rápidamente. Se trataba de una aventura temeraria y nuestra familiaridad con esta historia no debería impedirnos ver la conmoción que debieron padecer los romanos cuando supieron que eso era precisamente lo que había hecho Aníbal.

Después de la caída de Sagunto, Aníbal se retiró a Cartago Nova para invernar, recompensando a sus soldados con largueza, entregándoles una buena parte del cuantioso botín conseguido en la ciudad. Permitió que sus tropas españolas se dispersaran y regresaran a sus hogares con sus familias, con la orden de volver a reunirse al comienzo de la primavera. Anticipándose correctamente a las previsibles acciones romanas, Aníbal tomó medidas para proteger con sumo cuidado las defensas tanto de África como de España. El número de las fuerzas implicadas son anormalmente precisas de acuerdo con lo que era habitual en la Antigüedad, y Polibio nos dice que provienen de una inscripción grabada por orden del propio Aníbal durante su campaña italiana. África recibió una fuerza de mil doscientos íberos de a caballo y trece mil ochocientos cincuenta de a pie, apoyados por ochocientos setenta salvajes honderos de las islas Baleares. Un pequeño destacamento de estas tropas se estacionó en la propia Cartago, junto con cuatro mil libios de a pie, quienes

además aportaban rehenes como una precaución especial para mantener el buen comportamiento de sus comunidades de procedencia. El grueso de la fuerza se acantonó en la zona de Libia conocida como Metagonia. A Asdrúbal, hermano de Aníbal, se le entregó el mando de la provincia española, continuando así la tradición de que fuera gobernada por alguien de la familia de los Barca. Parece ser que Asdrúbal era un hombre capaz y que, en efecto, consiguió ganarse la confianza de su hermano; además, la naturaleza personal con que las tribus españolas entendían la lealtad pudo haber constituido otra buena razón para tomar esa decisión. Aparte de los aliados que podían ser reclutados en la provincia, Asdrúbal recibió una poderosa fuerza de soldados africanos. En conjunto, contaba con veintiún elefantes, dos mil quinientos cincuenta hombres en la caballería (de los cuales, cuatrocientos cincuenta libio-fenicios y libios, trescientos ilergetes españoles y mil ochocientos númidas procedentes de cuatro tribus distintas), y doce mil seiscientos cincuenta en la infantería, sobre todo libios, pero también se incluían trescientos ligures y quinientos honderos baleares. El apoyo naval lo proporcionaba una pequeña flota compuesta de cincuenta «cincos», dos «cuatros» y cinco «treses», pero sólo una parte de esos navíos (treinta y dos quincuerremes y todas las trirremes) se hallaban tripuladas adecuadamente y se encontraban dispuestas para entrar en acción. El intercambio de los soldados alistados en España y África se consideraba una buena manera de asegurar su lealtad, al hacerles más difícil desertar y regresar a sus hogares.[17]

El grueso de los preparativos se dedicaba a la expedición a Italia, reuniendo, según Polibio, la inmensa cantidad de doce mil hombres en la caballería y noventa mil infantes. Desgraciadamente, no nos proporciona detalle alguno sobre su

composición, aunque es probable que estuvieran representadas también la mayor parte de las nacionalidades y de las clases de tropa del resto de los ejércitos. Evidentemente, el grueso procedía de la península Ibérica, y acontecimientos posteriores ponen de manifiesto que incluía representantes de todos los principales pueblos de la región: íberos, lusitanos y celtíberos. Estas tribus suministraban una buena caballería para el orden cerrado y una excelente infantería tanto para el orden cerrado como para el abierto. Había también un fuerte contingente de la infantería regular africana, bien preparada y disciplinada, caballería ligera númida y quizás algunos infantes, así como un cuerpo de elefantes de guerra, formado por treinta y siete ejemplares, según Apiano.[18] Este ejército era mucho mayor que cualquier otra fuerza de las que se recuerda en el campo cartaginés a lo largo del siglo, y es probable que muchos de los soldados, en particular los españoles, hubieran sido reclutados recientemente. El núcleo del ejército lo constituían las tropas que habían salido vencedoras en aquellas numerosas guerras de conquista de España, al mando de Aníbal, de su padre y de su cuñado. Habían sido dirigidos por un estado mayor de oficiales principales a los que conocían y en quienes confiaban. Trabajando juntos, esos hombres habían conseguido convertir guerreros de numerosas razas distintas en una fuerza de lucha altamente eficiente que, por su número, debía ser mejor que cualquier otra de las que había en aquella época en el mundo mediterráneo.

Esta enorme cantidad de tropas, de acuerdo con los habituales modelos de aquel momento, requería un apoyo logístico masivo para alimentarla, vestirla y equiparla. Solucionar ese problema debió tener ocupado a Aníbal y a sus oficiales durante todo el invierno y, probablemente, durante muchos

meses o incluso años antes. Se ha llegado a afirmar que, desde el año 221, las campañas españolas de Aníbal tenían como uno de los objetivos principales apoderarse de algunas de las regiones más fértiles de la Península con el fin de asegurar el suministro de grano para la expedición italiana que planeaba.[19] Había también otros numerosos asuntos que tampoco podían finalizarse de manera rápida. Se enviaban hombres para recabar cuanta información fuera posible sobre la ruta propuesta para la marcha hacia Italia y, en particular, de los obstáculos principales, como los Alpes. Marcharon comisionados para entrar en contacto con las tribus situadas a lo largo del camino, y en especial las de la Galia Cisalpina, con el fin de conseguir su apoyo contra Roma una vez que el ejército hubiera llegado a Italia. El recuerdo reciente de las enormes bajas que, desde el año 225, les habían infligido los romanos aseguraba que esos contactos se encontraran con una calurosa recepción. Contando con aliados al otro lado de los Alpes, Aníbal podía asegurarse por anticipado suministros alimenticios, al tiempo que añadiría numerosos guerreros a su ejército. Polibio nos cuenta que los emisarios regresaron a finales del invierno asegurándole que recibiría una excelente acogida. Eso quiere decir que aquéllos debieron ser enviados, a más tardar, inmediatamente después de la caída de Sagunto y es muy posible que aun antes. Todos esos preparativos hacen pensar que la expedición italiana, y por consiguiente la guerra contra Roma, debía haber sido sopesada y preparada quizás activamente por el propio joven general púnico. Hay quienes han visto en la asistencia de los galos como una parte del plan una prueba de que esa acción no pudo haber sido urdida con anterioridad al 225 y que, por lo tanto, en un principio había sido pensada por Asdrúbal más que por Amílcar. No obstante, quizás eso no signifique otra cosa sino

que un plan anterior se puso en marcha de manera más práctica a partir de esa fecha. Una vez más, y sin contar con fuentes que recojan la perspectiva cartaginesa, no podemos dedicarnos a otra cosa que a especular sobre esos hechos. Durante el invierno, Aníbal llevó a cabo otro preparativo, quizás tan importante como todos los demás si lo contemplamos de acuerdo con los parámetros de aquella época: viajó hasta Gades (Cádiz) para realizar sacrificios en el templo de Melquart (o Hércules), una deidad asociada a su familia y que aparece representada en alguna de las monedas que emitieron.[20] Allá cumplió promesas que había hecho anteriormente e hizo nuevos votos por el éxito de la expedición.

¿Cuál era el objetivo de Aníbal al invadir Italia? Esta cuestión ha sido objeto de una dura controversia, girando a menudo sobre su decisión de no marchar sobre Roma cuando pareció tener la oportunidad de hacerlo en 217 y 216. La opinión más generalizada actualmente defiende que el plan de Aníbal no había sido nunca el de ocupar la ciudad de Roma, sino el de debilitar su poder utilizando el recurso de convencer a tantos aliados italianos y latinos como fuera posible para derrotarla. Por tanto, cuando Aníbal negoció una alianza contra Roma con Filipo V de Macedonia, las condiciones hacían prever claramente que la urbe latina continuaría existiendo en un Estado debilitado después de que la coalición consiguiera la victoria. De forma parecida, Livio nos dice que, después de Cannas, en 216, Aníbal liberó a sus prisioneros romanos y afirmó que no estaba luchando para acabar con ellos, sino «por el honor y el poder».[21] La respuesta es bastante más simple que lo que podría sugerirnos la controversia levantada sobre el tema. Aníbal atacó Italia para ganar la guerra. Era muy poco probable que, en esa época, uno de los bandos pudiera destruir por entero a un enemigo me-

diante acciones bélicas, a menos que los Estados implicados fuesen muy pequeños y que uno de ellos gozase de una ventaja abrumadora. Más tarde, en 146, Roma contó con una ventaja de esa clase sobre Cartago y pudo destruirla después de una durísima lucha por acabar con ella como entidad política. Generalmente las guerras, sobre todo aquellas que tienen lugar entre Estados de tanta importancia como Cartago o Roma, finalizaban cuando un bando perdía el deseo de seguir luchando y no la capacidad de hacerlo. Entonces, como casi había hecho Cartago en 255 y como sucedió realmente en 241, reconocían la derrota y aceptaban las condiciones de paz que la reflejaban. El objetivo de cualquier guerra era la de forzar al enemigo a situarse en una posición que les obligara a actuar de esa manera. El método solía ser el de obtener una o varias victorias menores, el de conquistar ciudades enemigas, saquear sus campos y quemar sus pueblos o, con mayor frecuencia, la combinación de todos esos elementos. Los Estados más poderosos habían absorbido numerosas comunidades menores como aliados subordinados en diferentes grados de aceptación. Una prueba fehaciente de la debilidad de sus jefes al caer en manos de un invasor la ofrece el hecho de que probablemente se vieran empujados a la deserción, donde cada grupo esperaba colocarse del lado de los vencedores definitivos de cada conflicto. La mayoría de las ciudades-Estado y de las tribus se partían en facciones que, a menudo, estaban dispuestas a unirse a una potencia externa deseosa de ofrecerles el control sobre su propio pueblo. De esta manera, las ciudades sicilianas habían hecho una piña para unirse a Roma después de sus éxitos iniciales en 264, mientras que, en 240, los libios se habían puesto rápidamente al lado de los mercenarios rebeldes. En el transcurso de esta guerra, las tribus de España se mostraron siempre dis-

puestas a abandonar sus alianzas y unirse al bando que parecía ser el vencedor. Un Estado que viera cómo los aliados y los súbditos le iban abandonando se encontraría sometido aún a una mayor presión a aceptar un compromiso y la derrota. Por tanto, no era descabellado creer que, si Aníbal podía llegar hasta Italia y comenzar allí a conseguir victorias, los aliados de Roma empezarían a vacilar. Aníbal no estaba adoptando una estrategia nueva, y no es necesario afirmar que tenía muy claro que la fuerza real de Roma descansaba en su red de aliados. Simplemente estaba llevando a cabo una guerra de la manera habitual. Lo que su plan tenía de inusual, al menos si se lo compara con la manera de hacer la guerra de los cartagineses hasta ese momento, era aquel deseo de actuar de una manera tan agresiva y de intentar forzar una resolución de la guerra.[22]

Antes de seguir al ejército cartaginés en su épica marcha hacia Italia vale la pena detenernos a considerar cómo era su comandante en jefe. Aníbal tenía unos veintiocho años cuando partió de Cartago Nova en la primavera del 218. No está claro si había permanecido en España cuando su padre lo llevó allí a la edad de nueve años,[23] pero es evidente que había servido en numerosas campañas en la Península y que era ya un soldado con experiencia. Su educación parece ser que incluyó un importante componente heleno y, en su expedición, iba a acompañarse por historiadores griegos. Nuestras fuentes son unánimes en su admiración por las virtudes militares del personaje. Para Polibio, personificaba todas y cada una de las características del ideal de los generales helenísticos, planificando las operaciones meticulosamente y actuando con cautela, pero dispuesto a la audacia cuando la situación lo requería. Livio lo describe más de acuerdo con los clichés literarios de la época. De esa manera, al igual que los mejo-

res mandos romanos, era tan hábil en el uso de sus armas personales como en la dirección de los movimientos de un ejército al completo. Durante la campaña compartía las situaciones de dureza física de sus hombres, durmiendo a la intemperie, cubierto solamente con un capote militar, y vistiendo las mismas ropas que los soldados, aunque Livio recalca que su equipo y sus caballos eran de tan alta calidad que le hacían sobresalir. De gran fuerza física y dispuesto a dirigir la lucha de cerca, tenía el coraje moral para tomar decisiones y seguirlas.[24]

Incluso los enemigos reconocían su genio militar, aunque se inclinaban por acusarle de perfidia púnica, quizás porque, con su astucia, les había engañado tan a menudo. También le consideraban cruel, aunque ese mismo cargo se le podía aplicar a la mayoría de los «Grandes Capitanes» de la Antigüedad, y Polibio sugiere que algunos de los actos más brutales que se le atribuyen pudo haberlos cometido, en realidad, uno de sus subordinados, otro Aníbal, apodado Monomachus, que significa «luchador de combates cuerpo a cuerpo» o «duelista». Se dice que este personaje montó un escándalo en una reunión de oficiales principales convocada por Aníbal para planificar la invasión a Italia, al sugerir que los problemas de suministro se resolverían acostumbrando a los soldados a comer carne humana. Polibio consideraba también que los hombres se ven obligados a cometer actos de gran crueldad, a pesar de su bondad natural, si tales acciones se consideran necesarias debido a una situación militar o política difícil. Polibio parecía aceptar la acusación repetida por la mayoría de nuestras fuentes de que Aníbal era demasiado avaricioso. No obstante, las fuentes que presenta como aval de esa acusación, sobre todo una conversación con el rey Masinisa, el jefe númida, que avanzada la guerra se pasaría

al bando de los romanos y que no sentía especial cariño por sus anteriores jefes púnicos, y la opinión de los rivales políticos de Aníbal que le obligaron al exilio de Cartago en los años posteriores a la guerra, no inspiran demasiada confianza. La supuesta sed de dinero de Aníbal quizás hubiera sido imprescindible durante toda la campaña italiana para mantener equipado al ejército y pagar a los soldados.[25]

El verdadero carácter de Aníbal es algo que se nos escapa. Ninguna de nuestras fuentes nos proporciona algo equivalente a las anécdotas que se cuentan sobre la niñez y la vida en familia de los políticos griegos y romanos importantes de la época, muchos de los cuales han sido objeto de detalladas biografías. Podemos contar muchas cosas de las que Aníbal hizo a lo largo de su carrera, y saber, a menudo, cómo las hizo, pero apenas podemos decir prácticamente nada con alguna certeza sobre qué tipo de hombre era. Y lo mismo que sucede con Cartago y sus líderes, hay muchas cosas que simplemente no sabemos, que incluso nuestras fuentes probablemente no entendieron. Por ejemplo, ¿era Aníbal un aristócrata helenizado que soñaba con igualar y mejorar las grandes expediciones de Alejandro o de Pirro, o siguió siendo sobre todo el noble púnico que, no obstante, tenía creencias y ambiciones diferentes? Por mucho que intentemos entenderlo, Aníbal siempre será un enigma.

La marcha sobre Italia

La ruta real seguida por el ejército de Aníbal en su marcha hacia Italia ha fascinado durante mucho tiempo a los historiadores. Incluso en la época de Livio tuvo lugar ya una fuerte discusión a propósito de cuál fue el paso por el que los cartagineses cruzaron los Alpes. Son muchas las personas para las que conseguir trazar aquella ruta se ha convertido en una pasión, y académicos y antiguos soldados, entre los

que se incluye una figura como la de Napoleón, que también estuvo en campaña en la misma zona, se han entregado a interminables especulaciones, pasando, a menudo, días y días viajando sobre el propio terreno. Sus conclusiones varían enormemente y por desgracia la naturaleza de nuestras fuentes hacen que sea imposible resolver esa disputa. No tengo intención de tratar este tema, ya que sería imposible hacerle justicia en el marco de un tratado sobre las tres Guerras Púnicas, además de que no poseo el mismo conocimiento profundo del terreno que los mejores especialistas en ese campo. En este apartado trazaremos simplemente los acontecimientos más importantes de la marcha de Aníbal, mencionando sólo de paso las teorías que parecen más fiables sobre la localización de esos episodios.[26]

Aníbal partió de Cartago Nova a finales de la primavera del 218 y avanzó hacia el río Ebro, a una distancia de unas trescientas veinticinco millas (dos mil seiscientos estadios). Aquel enorme ejército probablemente avanzó dividido en varios grupos más pequeños para aliviar la congestión de las rutas principales y facilitar el aprovisionamiento, puesto que atravesaron el río en tres columnas separadas por distintos lugares. Aunque el tratado del Ebro había tenido anteriormente una gran significación, la guerra entre Roma y Cartago ya era definitiva en ese momento, y el cruce no hizo más que confirmarla. Aníbal dirigió sus tropas en una serie de expediciones relámpago contra las tribus situadas entre el Ebro y los Pirineos. La velocidad era fundamental si quería llegar a Italia antes de que acabara el año; por ello, Aníbal condujo a sus soldados a marchas forzadas, y estaba dispuesto a pagar un elevado precio en número de bajas, tomando pueblos fortificados mediante asaltos directos y combatiendo en un gran número de acciones. Después de más o menos un mes

de intensa lucha, al menos cuatro tribus fueron dominadas por el miedo que debió infundirles el despliegue del poderío militar púnico y la violencia de sus acometidas. No obstante, es bien cierto que la zona no estaba conquistada y, al igual que en muchas otras partes de la España dominada por los Bárcidas, se mantendría pacífica solamente mientras durase la percepción de que los cartagineses eran fuertes. Con el fin de mantener controlada la región, Aníbal dejó en ella a un oficial llamado Hannón, a quien entregó una fuerza de mil jinetes y diez mil soldados de infantería.[27]

Aunque se ha afirmado en ocasiones que originalmente Aníbal planeaba permanecer en la vertiente occidental de las montañas a la espera de la previsible invasión romana de España y que sólo puso rumbo hacia Italia cuando los romanos se vieron retrasados por la rebelión gala, nuestras fuentes no apoyan esa teoría.[28] Por el contrario, realizó algunos cambios muy rápidos en sus fuerzas y las dirigió a través de los Pirineos. Todo el equipamiento pesado iba a quedar con Hannón para permitirle al ejército, libre de trabas, moverse con mayor rapidez. Era entonces el final del verano y la cosecha ya estaba a punto o recogida en las tierras por donde iba a pasar el ejército, permitiendo así que Aníbal redujera la cantidad de víveres y de forraje que cargaban las recuas de animales y, en lugar de ello, alimentarse sobre el terreno. El gran tamaño del ejército había sido útil en la rápida campaña del otro lado del Ebro, pero sería difícil alimentar a tanta gente y controlarla en la larga marcha hacia Italia, por lo que Aníbal pensó en llevarse solamente a los mejores soldados. Unos diez mil guerreros españoles fueron relevados del servicio y enviados de regreso a casa. Algunos de ellos, y quizás muchos otros, habían desertado espontáneamente; se cita a un contingente de tres mil carpetanos que habían actuado

así mientras cruzaban los Pirineos. En el momento en que Aníbal entró en la Galia contaba con un ejército de nueve mil jinetes y cincuenta mil soldados de a pie, aún muy numeroso para lo que era habitual en aquella época, pero más manejable y altamente experimentado. Incluso con los demás destacamentos mencionados por nuestras fuentes, el ejército había disminuido en unos veinte mil hombres. Sin duda, algunos de ellos eran bajas que habían ocurrido en las operaciones de la otra ribera del Ebro, pero probablemente la mayoría eran soldados extraviados o desertores. Si, como parece probable, la mayor parte del ejército estaba formado por tropas recientemente reclutadas y carentes de experiencia, a muchos de aquellos soldados podría faltarles seguramente el entusiasmo y la fuerza necesarios para poder soportar las largas marchas que Aníbal esperaba que sus soldados realizasen.[29]

Después de los Pirineos, que cruzaron sin mayores dificultades, el siguiente obstáculo importante era el río Ródano. La actividad diplomática previa y el recibimiento de los caudillos a quienes se entregaban abundantes regalos habían demostrado ser muy positivos, y no sería hasta la llegada a ese río cuando Aníbal debió enfrentarse por primera vez a la oposición militar de las tribus galas. Polibio nos dice que alcanzó el río en algún punto situado a unos cuatro días de marcha desde la mar, pero su localización exacta es motivo de discusión. Los pueblos de la parte occidental del río se comportaron generalmente de forma amistosa, sobre todo cuando los cartagineses comenzaron a pagarles por el uso de las barcas y de otros materiales necesarios para cruzarlo, pero en la orilla opuesta se había reunido un numeroso ejército tribal dispuesto a impedirles el paso. Livio dice que se trataba de la tribu de los volcas, el mismo pueblo que vivía en

ambas riberas del río, pero que la mayoría había pasado hacia la otra orilla cuando los cartagineses se aproximaban. El río suponía un obstáculo formidable, y Aníbal no deseaba obligar a cruzarlo enfrentado a una oposición tan fuerte, por lo que acampó junto a él y esperó a que sus hombres construyeran balsas. Los galos quizás esperasen que un despliegue de fuerzas y la anchura del río podían evitar que el invasor se lanzara al ataque, pues parece ser que era común entre muchas tribus la utilización de límites físicos para señalar cuál era el territorio que estaban dispuestos a defender. En las guerras tribales, una muestra de determinación podía ser suficiente, a menudo, para persuadir a un enemigo a que se retirara.[30]

Tres noches después de su llegada, Aníbal envió un destacamento protegido por las sombras de la noche a buscar río arriba un punto por el que poder vadearlo, entregando el mando a otro Hannón, conocido éste como «el hijo del sufete Bomílcar». Este grupo, conducido por guías locales y que estaba compuesto mayoritariamente de españoles, marcharon durante unas veinticinco millas hasta alcanzar un lugar donde el río se bifurcaba y formaba una isla. Construyendo balsas y nadando algunos de los españoles con la ayuda de pieles de animales hinchadas, atravesaron el río y acamparon; a continuación, Hannón concedió a sus fatigados hombres un día de descanso. La noche siguiente, la segunda después de que hubieran dejado el grueso del ejército, este destacamento marchó en dirección sur, llegando al alba cerca del ejército galo. Hicieron una hoguera para informar a Aníbal de su presencia, utilizando una señal previamente acordada. En ese momento ordenó a su ejército que cruzara el río, llevando a algunos de los caballos remolcados detrás de balsas o de botes. Los galos se reunieron para oponer resis-

tencia, pero empezó a cundir el pánico cuando las tropas de Hannón hicieron un repentino ataque sobre su campamento, prendiéndole fuego. Parece ser que Aníbal cruzó entre las primeras tropas, ya que rápidamente comenzó a formar a su ejército en la orilla este y avanzó para enfrentarse a un enemigo que vacilaba. Los galos no tuvieron tiempo en ningún momento de reponerse de la sorpresa y, asombrados quizás ante la visión del enemigo incendiando aquel supuesto durísimo obstáculo, se dieron pronto a la fuga.[31]

Después de esa victoria, la principal preocupación de Aníbal fue la de pasar el resto del ejército al otro lado del río, utilizando las embarcaciones que había adquirido o construido en el propio lugar. Se destinaron hombres para preparar la importantísima tarea destinada a que los elefantes pudieran vadear la corriente. Existen varias versiones de cómo lo consiguieron, pero la más antigua y más probable es la de que los ingenieros construyeron varias balsas, de quince metros de anchura, dos de las cuales se amarraron en la ribera oeste del Ródano. Otras balsas adicionales se aseguraban con cuerdas colocándolas en el extremo de las primeras, creando así un puente de sesenta y un metros de longitud. Al final de esta vía había dos balsas más pequeñas que se podían separar libremente y ser remolcadas por el río por pequeños barcos que transportarían así a los animales. Para convencer a los nerviosos animales a que subieran a la balsa, en primer lugar esparcieron tierra sobre el entarimado para que pareciese un terreno firme y, en segundo lugar, llevaron delante a dos elefantas para convencer a la mayoría de los machos a que las siguieran. Cuando cortaron las amarras y separaron las balsas del puente cundió el pánico entre muchos de los elefantes ante aquel vaivén desconocido provocado por el agua de la corriente y, a pesar de los esfuerzos de sus con-

ductores por calmarlos, algunos saltaron al río. Varios de los conductores de los elefantes se ahogaron, aunque todos los animales consiguieron hacer la travesía hasta la otra orilla.[32]

Aníbal aprovechó la demora que le provocó el paso de hombres y animales por el Ródano para dar descanso a su ejército. Pasó varias revistas de tropa, llevando ante ellas a algunos representantes de la Galia Cisalpina, en especial al caudillo Magilo, quien animó a los hombres con las promesas de la ayuda que recibirían y el botín que conseguirían una vez que el ejército llegara a Italia. Fue mientras estaban allí detenidos cuando llegaron noticias de que una flota romana había anclado ante la desembocadura del Ródano, cerca de Massilia. Aníbal despachó inmediatamente a quinientos jinetes de la caballería ligera númida para reconocer la presencia del enemigo e informar de sus actividades.[33]

La flota romana transportaba el ejército de Publio Escipión, quien, después de una prolongada espera, finalmente había empezado a moverse para enfrentarse a Aníbal en España. Los romanos habían salido de Pisa y navegado siguiendo la costa de Liguria, alcanzando Massilia en cinco días, aunque es probable que al menos hubieran efectuado una recalada en tierra, y seguramente varias, para dar descanso a las tripulaciones. Además de la escasa autonomía de las flotas antiguas, tenía mucho sentido que los romanos trataran con los masaliotas antes de seguir hacia España, pues esa ciudad griega, fiel aliado suyo, poseía un gran conocimiento de la zona. Lo más probable es que Escipión conociera el paso de los Pirineos por Aníbal después de su llegada a Massilia, pues parece que este hecho, el del cruce del Ebro, había tenido lugar demasiado lejos para que las noticias tuvieran tiempo de llegar a Italia. El conocimiento de este suceso provocó un repentino cambio de planes. El principal objetivo de

Escipión era el de enfrentarse al general cartaginés que había iniciado la guerra, y no tenía sentido alguno continuar hacia España cuando Aníbal se encontraba en la Galia meridional. Las tropas romanas desembarcaron de los transportes y estuvieron varios días recuperándose del viaje por mar, preparándose para la previsible batalla con el enemigo. No está muy claro qué parte del ejército de Escipión se hallaba presente, pero las ansias del comandante en jefe por presentar batalla hace pensar que contaba con todo el grueso del ejército consular que se le había asignado. Escipión todavía creía que Aníbal se encontraba a muchos días de marcha, pero le sacó del error rápidamente la llegada de un comunicado informándole que los cartagineses habían alcanzado el Ródano. Asombrado por la rapidez del avance enemigo, el general romano organizó un reconocimiento, mandando a sus mejores trescientos jinetes, conducidos por guías locales y apoyados por una fuerza de caballería de mercenarios galos proporcionada por los masaliotas.[34]

Los grupos de exploración rivales se encontraron inesperadamente y libraron una breve pero sangrienta escaramuza. Nuestras fuentes afirman que murieron doscientos de los trescientos númidas, mientras que los romanos y sus aliados perdieron ciento cuarenta hombres. Si estas cifras son correctas, entonces representarían unas pérdidas excepcionalmente elevadas en relación con las fuerzas implicadas, pero también es muy posible que ambos bandos hincharan las bajas infligidas a los enemigos. La fuerza romana persiguió a los númidas de regreso al campamento de Aníbal y, ciertamente, debieron creer que habían conseguido una gran victoria, aunque es posible que la caballería ligera de los enemigos se retirara de manera deliberada, ya que se encontraba allí como observadora y no con ánimo de presentar batalla.

A continuación, los romanos se apresuraron a informar a Escipión de que habían localizado a Aníbal y a su ejército. El cónsul no dudó, pero cargó todo su equipaje pesado de nuevo en los barcos y, tan rápido como le fue posible, dirigió a su ejército hacia el enemigo con la intención de obligarle a presentar batalla. Llegaron demasiado tarde. En el momento en que los romanos alcanzaron el campamento de Aníbal descubrieron que el ejército cartaginés había partido tres días antes siguiendo el curso del Ródano aguas arriba. Escipión no estaba en situación de seguirles. Su equipamiento pesado lo había dejado atrás y no tenía tiempo suficiente para conseguir reunir, ayudado por los masaliotas, suficientes alimentos con el fin de abastecer a su ejército, ni los animales de carga y tiro necesarios para transportarlo por tierra. Como mucho, los soldados tenían comida para unos cuantos días más. Forrajear para conseguir provisiones hubiera sido difícil en otoño y, en cualquier caso, habría retrasado todavía más a los romanos, haciendo aún más improbable que consiguieran interceptar al enemigo. Incluso aunque hubiera contado con un mejor apoyo logístico, el seguimiento del enemigo hubiera llevado a los romanos a una tierra desconocida, probablemente poblada por tribus hostiles, sin contar con seguridad alguna de conseguir alcanzar a aquél.

El ejército romano dio la vuelta y se dirigió de regreso hacia la costa, donde volvieron a embarcar. Escipión tomó entonces una decisión delicada que iba a tener un impacto fundamental en el devenir de la guerra, mucho más que cualquier otro de sus hechos. Nombrando como comandante a su hermano mayor, Cneo, el antiguo cónsul que servía ahora como lugarteniente o *legatus* de Publio, Escipión envió el principal cuerpo de su ejército a España para atacar las bases de los Bárcidas. El mismo Publio se apresuró a regresar por

mar al norte de Italia, pensando en hacerse cargo de las fuerzas allí existentes y enfrentarse a Aníbal si éste era suficientemente temerario como para intentar cruzar los Alpes y conseguirlo. De esa manera, en una sola acción reunió las instrucciones originales del Senado con una reacción para hacer frente a una situación inesperada. Estaba advertido de que dos legiones se encontraban en la Galia Cisalpina al mando de los pretores para enfrentarse a lo que parecía ser la mayor amenaza enemiga. Estas tropas las mandaría ahora uno de los más importantes magistrados del Estado, quien conseguiría entonces una gloria impresionante derivada de la victoria que se preveía.[35]

Comentaremos las actividades de Cneo Escipión y su enorme importancia en un próximo capítulo. El encuentro de ambos ejércitos completos en el Ródano, la sorpresa que tuvieron los dos cuando advirtieron la proximidad del otro, la facilidad con que dejaron de estar en contacto y la pérdida de todo conocimiento de la posición o de los movimientos habituales del adversario, todo ello es un indicativo evidente de la pobreza de los servicios de inteligencia estratégica con que en esa época podían contar los mandos. Es éste un factor que deben tener siempre en cuenta los historiadores modernos cuando tratan de analizar sus decisiones.[36]

Livio nos dice que Aníbal consideró si enfrentarse a Escipión en el Ródano. Es posible, ya que contaba con una clara superioridad numérica, sobre todo en la caballería, y quizás tuviera confianza en su capacidad para conseguir vencer en cualquier encuentro. Por el contrario, Polibio nos dice que avanzó y, tanto si consideró otras alternativas como si no, parece que dirigió su ejército mucho más al norte siguiendo la línea del río para asegurarse de no ser interceptado por los romanos con los que se había encontrado operando desde

Massilia. La primera marcha fue cubierta por un cuerpo de protección de caballería desplegado hacia el sur. Una victoria conseguida en el sur de la Galia tendría mucho menos impacto que otra que se hubiera librado en Italia y cualquier retraso significaría que llegaría más tarde a los Alpes y tendría que cruzar los pasos con mucho peor tiempo. También es importante recordar que Aníbal había dejado el grueso de la intendencia tras él y en buena medida contaba con las actividades de forrajeo para alimentar a sus hombres y caballos. Simplemente no podría arreglárselas para mantener a su ejército en el mismo sitio durante más de algunos días.[37]

Aníbal siguió el curso del Ródano durante cuatro días hasta que alcanzó una zona conocida como «La isla», cuya situación es objeto también de fuerte discusión, y donde concedió a sus soldados un breve descanso. Aquí se encontró con una tribu gala en la que dos hermanos se enfrentaban por conseguir el poder. Aníbal ayudó al mayor, Braneo, quien, agradecido, suministró a su ejército provisiones de alimentos, en particular de grano, así como armamento de recambio y botas y ropa de abrigo más apropiadas para su paso por las montañas. El ejército se encontraba ya a punto para atravesar el territorio de otra tribu gala, los alóbroges, que no habían respondido hasta el momento a los numerosos intentos hechos por negociar una seguridad en el camino. Hasta alcanzar el paso de los Alpes, la columna de Aníbal avanzaba protegida por los guerreros de Braneo, que defendían la retaguardia de cualquier ataque.[38]

Probablemente fue a principios de noviembre del 218 cuando los cartagineses dieron comienzo a la ascensión del puerto, aunque quizás sea el aspecto más debatido de toda la ruta el llegar a decidir cuál fue ese puerto. En la zona llana, la caballería púnica y los hombres de Braneo habían disuadi-

do cualquier movimiento hostil, pero cuando la columna empezó a serpentear en la subida hacia la cima, los caudillos alóbroges comenzaron a reunir fuerzas a todo lo largo de la ruta. Aníbal advirtió que un grupo numeroso se había situado en una zona elevada dominando el camino. Trasladando su ejército ostentosamente hasta el pie del puerto, acampó allí, mandando a algunos de los guías galos a observar al enemigo. Al igual que los hombres de otras muchas tribus a lo largo de la historia, los alóbroges despreciaban claramente a los enemigos poco familiarizados con su escabroso territorio y confiaban excesivamente en la protección que les brindaban sus elevadas posiciones. Los exploradores de Aníbal descubrieron que, durante la noche, los miembros de la tribu, para quienes los ataques de saqueo a los viajeros o a los soldados que pasaban por sus tierras constituían un suplemento habitual del pobre medio de vida que les suponía la agricultura, no se preocupaban en seguir vigilando, sino que regresaban a su cercano asentamiento a dormir, reuniéndose de nuevo a la mañana siguiente. Un día después, Aníbal trasladó a su ejército un poco más cerca, pero acampó a escasa distancia del lugar de la emboscada, haciendo un gran despliegue de fuegos de campamento. Esa noche salió con un cuerpo de hombres escogidos que llevaban solamente sus armas y, siguiendo el estrecho paso, los llevó a que ocuparan la posición de la emboscada. Al día siguiente, los galos quedaron sorprendidos al comprobar que su plan se había visto frustrado y, durante un tiempo, permitieron que la columna principal avanzara por el puerto sin oponerle obstáculo alguno. Con el tiempo, la tentación de ver tantos hombres y animales vulnerables serpenteando en el camino por debajo fue ya excesiva, y los alóbroges, primero de manera individual o en pequeños grupos, empezaron a hacer ataques re-

pentinos contra los cartagineses. En los siglos XIX y XX d.C. generalmente era suficiente con «coronar las alturas» en la frontera noroeste de la India para asegurarse el paso de una columna que se moviera por el fondo del valle, pero aquella fuerza escogida de Aníbal no contaba con ninguna clase de arma arrojadiza de alcance suficiente que le permitiera dominar el terreno situado a sus pies. Al principio se vio obligado a vigilar porque se estaban realizando rápidas incursiones contra zonas vulnerables de la columna, provocando estragos localizados, especialmente entre los animales, que acababan dominados por el pánico y añadían aún más desorden o tropezaban y caían por la profunda ladera del borde del camino. Aníbal condujo aquella fuerza escogida a la parte baja de la montaña, cargando contra el enemigo que estaba tratando de bloquear el frente de la columna, poniéndola en fuga con importantes pérdidas. Después de esa victoria, arrasó el asentamiento galo que se encontraba prácticamente abandonado. Ese éxito mostró a las tribus vecinas que sus hogares no se encontraban seguros ante las represalias del enemigo; de manera más práctica, hallaron el asentamiento repleto de animales y hombres capturados en el día del ataque. Además, los almacenes de grano del pueblo suministraron víveres suficientes para alimentar a todo el ejército por dos o tres días. El resto de la columna siguió avanzando a duras penas y alcanzó este lugar protegido al final de la jornada.[39]

Aníbal concedió a sus hombres un día de descanso antes de proseguir, encontrándose con escasos problemas en los tres días siguientes. En este lugar vino a su encuentro un grupo de caudillos galos a ofrecerle la paz, diciéndole que la ocupación del asentamiento alóbroge les había convencido de su poder. Aníbal no confiaba plenamente en estos contac-

tos, pero pensó que sería mejor parecer que aceptaba aquellas muestras de paz y recibir los guías y el ganado que le ofrecían los lugareños. Sus sospechas demostraron ser ciertas cuando, dos días más tarde, un grupo de guerreros realizó un duro ataque en la retaguardia de la columna cuando se encontraba atravesando por un paso estrecho y difícil. Afortunadamente, se había preparado para una eventualidad de tales características, enviando las recuas con las provisiones y la caballería, que eran extremadamente vulnerables en ese terreno, cerca de la vanguardia de la columna y formando una fuerte retaguardia con infantería pesada —Polibio los llama «*hoplitas*»—. Estos hombres, probablemente infantes libios, soportaron el choque del asalto galo, poniéndoles en fuga con elevadas pérdidas. A pesar de todo, pequeños grupos de gentes de aquellas tribus, conocedoras del terreno, llevaron a cabo precipitados ataques en diferentes lugares de la columna, interesándose sobre todo por la sección de las provisiones. En algunos lugares dejaban caer rodando piedras sobre la estrecha senda, destrozando hombres y bestias y creando confusión. La vanguardia avanzó hacia el paso principal bajo la dirección personal del propio Aníbal. Llegaron al puerto, pero pasaron una noche intranquila esperando la llegada de los carros de provisiones y de la caballería. Los galos, frenados quizás debido al miedo causado por la ferocidad de la reacción púnica, o porque consideraban que ya habían conseguido un botín suficientemente importante, se retiraron durante la noche y se volvieron a sus hogares.[40]

Éste sería el final de la lucha más seria que tuvo lugar durante el paso de los Alpes; en lo que restaba de jornada, sólo ocurrirían ocasionales ataques por sorpresa de menor alcance. Los elefantes de guerra cartagineses se mostraron muy útiles para defenderse de estas incursiones, ya que la apa-

riencia extraña de esas criaturas aseguraba que los galos evitaran cualquiera de las zonas de la columna donde se encontraran ellos. Los soldados de Aníbal se dieron cuenta entonces de que sus principales enemigos eran los elementos y el propio terreno. Tardaron nueve días en alcanzar el punto más elevado del puerto, y el ejército se detuvo allí dos días más, permitiendo así que numerosos rezagados volvieran a reunirse con el grueso de las tropas. Se ha llegado a decir incluso que, en ese momento, muchos de los animales que habían huido presa del pánico durante la batalla vagaban por el campamento púnico. La moral no era muy alta entre los hombres, nada acostumbrados la mayoría ni a las montañas ni al frío, pues la nieve, ya en las cimas, empezaba a cubrir hasta el propio camino. Se cree que Aníbal debió arengar a las tropas congregadas, señalando la llanura lombarda, hablándoles de las grandes oportunidades de obtener botín y gloria que esperaban su llegada. La posibilidad de ver la llanura del norte de Italia es uno de los principales argumentos utilizados por los estudiosos para decidir qué paso alpino usó en realidad Aníbal para cruzar la cordillera, aunque no podemos estar seguros de si aquella visión era literalmente posible o si el discurso del general había conseguido evocarla en la mente de sus hombres.

El camino de descenso fue difícil, resbaladizo debido a la nieve y el hielo, y se mostró realmente duro para los animales del ejército: los caballos, las mulas y, sobre todo, los elefantes. En uno de los puntos, un desprendimiento había bloqueado completamente el paso varios cientos de metros, y la profundidad de la nieve hacía imposible que los animales pudieran rodearlo. Bajo la dirección de sus ingenieros, Aníbal puso a la caballería númida a abrir un nuevo paso para salvar el obstáculo. Costó todo un día hacer un camino viable

para los animales de carga, y otros tres para que pasaran los elefantes. Livio relata la historia de cómo el ingenio de Aníbal encontró la manera de romper los bloques de roca de mayor tamaño que bloqueaban el paso. Sus hombres apilaron haces de leña alrededor de las rocas, prendiéndoles fuego y manteniendo las hogueras hasta alcanzar una elevada temperatura. Entonces arrojaron por encima el vino rancio, que era ciertamente la ración estándar del último ejército romano y que también debió ser normal entre los cartagineses, provocando que las piedras reventaran, pudiendo así trocearlas. Se trata de una de esas típicas historias que se cuentan sobre muchos de los comandantes de la Antigüedad, celebrando su inteligencia y capacidad de adaptación, al tiempo que refuerza la creencia de que un buen mando debía ser un hombre de elevada cultura, tanto en conocimientos sobre meteorología, ingeniería y ciencias naturales, como lo era en los aspectos técnicos del arte de la guerra. Polibio no menciona el incidente, y puede ser que se trate de una invención posterior, aunque ciertamente pasó a formar parte indeleble del mito de Aníbal, pero no hay nada que pueda desacreditarlo por entero.[41]

El ejército sufrió mucho a causa de los elementos durante el retraso impuesto por ese obstáculo, obligados como estaban a acampar en las laderas desnudas de las montañas. Todos se encontraban cansados y débiles en el momento en que se fueron desplazando hacia la parte más profunda de los valles, donde la nieve aún no había cuajado y había hierba para los animales. Tres días después de abandonar las resbaladizas pendientes, el ejército alcanzó la zona más llana. Polibio cuenta que al ejército le costó quince días atravesar los Alpes, pero no sabemos si aquí incluye el viaje entero o solamente el último puerto más elevado. Puede ser que

transcurrieran de tres a cuatro semanas entre el principio de la ascensión en territorio de los alóbroges y la llegada a las llanuras de la vertiente sur de las montañas. La marcha completa desde Cartago Nova les había costado cinco meses. Se había tratado de un viaje épico, y las mentes de los antiguos lo comparaban obviamente con el héroe y semidiós Hércules, que también había cruzado los Alpes en el pasado mítico. No sería la primera ni la última vez que Aníbal hiciera algo que los romanos no esperaban o que consideraban imposible. Había asegurado que esta guerra se libraría en suelo italiano. Quedaba por ver lo que su ejército invasor era capaz de conseguir ahora que ya había alcanzado su destino.[42]

Capítulo 7
LA INVASIÓN

Aníbal se encontraba ya al otro lado de los Alpes, pero todo el esfuerzo realizado hasta ese momento no había hecho más que situarle en disposición de comenzar el asalto a su verdadero enemigo. El coste de aquella larga marcha había sido enorme. Por el momento, sus hombres se hallaban exhaustos debido a las privaciones sufridas, incapaces de llevar a cabo operaciones efectivas hasta que estuvieran descansados y alimentados. Le quedaban muy pocos efectivos: solamente seis mil jinetes y veinte mil infantes —doce mil libios y ocho mil españoles— iban aún siguiendo sus banderas cuando descendieron de las montañas. Aníbal había penetrado en la Galia con nueve mil hombres de a caballo y cincuenta mil de a pie; ocho mil y treinta y ocho mil, respectivamente, habían cruzado el Ródano, lo que quiere decir que, en unos pocos meses, había perdido más de la mitad del ejército. Solamente una pequeña parte de todas esas pérdidas eran bajas ocasionadas por la participación en combates. Se ha afirmado, en ocasiones, que había ido dejando tras él destacamentos numerosos para controlar a las tribus galas y asegurar un paso seguro a los refuerzos y suministros que en el futuro llegarían desde la España púnica, pero no existe ninguna prueba convincente, y nuestras fuentes no mencionan nunca la existencia de tales guarniciones en los relatos posteriores sobre la guerra. No hay nada en la conducta posterior de Aníbal que nos haga pensar que esperaba permanecer en comunicación constante con su base en España. Cuando su hermano Asdrúbal intentó trasladar un ejército de refuerzo a Italia en 215 y en 207, llevó a cabo una expedición que recordaba a la primera invasión de Aníbal. Es posible que aquellas enormes cifras de las primeras fases de la

campaña sean exageradas, y ciertamente no parece que Polibio les atribuya la misma impecable autoridad de la inscripción laciniana, pero todas nuestras fuentes se hallaban convencidas de que las pérdidas de Aníbal antes de que llegara a Italia fueron considerables, especialmente en el paso de los Alpes, por lo que seguramente sea mejor aceptarlas. Una vez más, la inmensa mayoría de las bajas las constituían desertores o jóvenes reclutas incapaces de soportar aquellas largas marchas. (Durante la invasión de Rusia por Napoleón en 1812 d.C. fueron los reclutas más jóvenes quienes se vieron obligados a abandonar debido a la fatiga por el avance a marchas forzadas, disminuyendo con rapidez las filas de aquel enorme ejército.) Debemos destacar que solamente el 40 por ciento de la infantería que llegó a Italia estaba compuesta de españoles, cuando, probablemente, éstos habían constituido la inmensa mayoría de la fuerza total que se había reunido en Cartago Nova a comienzos de la primavera. También es interesante hacer notar que la caballería del ejército no sufrió una tasa de desgaste tan elevada como la infantería, aunque, por norma, los caballos quedan inutilizados antes que los hombres. Las victorias de Aníbal iban a deberse sobre todo a una caballería numéricamente superior y bien disciplinada, y está claro que formaban algo parecido a un cuerpo escogido. Quizás estuviera mejor pagada que la infantería, y probablemente más motivada, pero también es cierto que Aníbal había tomado grandes precauciones para mimar a la caballería durante la marcha. No obstante, sus caballos debían encontrarse en un pobre estado y necesitados de descanso y de una alimentación adecuada. Es posible que Aníbal hubiera perdido el grueso de sus soldados en la mar-

cha hacia Italia, pero los que le quedaban constituían la flor y nata del ejército, sin duda alguna principalmente los veteranos de las campañas españolas de su familia.[1]

Aníbal había alcanzado la llanura de la Italia septentrional, descendiendo al territorio dominado por la tribu de los taurinos, más o menos en la zona en que se encuentra la actual Turín. Tenía dos prioridades inmediatas. La primera, y más urgente, era la de asegurar suministros alimentarios para sus hombres. Los animales de carga que formaban las recuas con el equipamiento habían sufrido realmente mucho en el paso por las montañas, y es extremadamente improbable que el ejército transportara todavía alguna reserva importante de alimentos. Su segunda preocupación era la de reclutar contingentes de soldados aliados, pues, en ese momento, sus fuerzas eran prácticamente equivalentes en tamaño al de un solo ejército consular. Ambas necesidades las podían cubrir las tribus galas de la zona pero, al principio, las respuestas a sus intentos de contacto no dieron pie a hacerse ilusiones. No parece que Aníbal hubiera mantenido algún contacto anterior con los taurinos, y los miembros de la tribu se encontraban constantemente demasiado ocupados luchando contra sus vecinos, los insubres, como para interesarse en unirse a una guerra de los cartagineses contra Roma. El ejército cartaginés rodeó el principal *oppidum*, o pueblo fortificado sobre una colina, de la tribu, arrasándolo después de tres días de asedio. Sus habitantes fueron masacrados en un calculado despliegue de crueldad intencionada para atemorizar a las tribus, y las reservas alimentarias para el invierno que normalmente se guardaban en estos pueblos fueron requisadas para ser devoradas por el ejército.[2]

En ese momento llegaron a Aníbal las sorprendentes noticias de que Publio Escipión, a quien no hacía mucho había encontrado en el Ródano, estaba operando a la cabeza de un ejército en el valle del Po. No era frecuente que los cónsules romanos abandonaran su propio ejército para encargarse de otro, y Aníbal no tenía manera alguna de saber que, de hecho, las tropas de Escipión habían continuado hacia España, con lo que era natural pensar que, de alguna forma, los romanos habían conseguido la increíble proeza de llevar a su ejército de regreso a Italia más rápido de lo que él había marchado hasta allí. Por lo que sabía, eso significaba que un ejército consular completo se había unido ya a cualquiera que fuera el número de las tropas que él suponía que los romanos tenían en esa zona y, en su momento, debían haberse incrementado con refuerzos posteriores. Eso hacía aún más imperiosa la necesidad que Aníbal tenía de conseguir más tropas y suministros de las tribus galas. Los galos no se alinearían con un invasor que no parecía de confianza y, en cualquier caso, algunas de las tribus con las que tenía más posibilidades de ganar para su causa, la de los insubres y los boios, vivían bastante alejadas hacia el este, en la dirección en que se encontraba el ejército romano. Tan pronto como consideró que sus tropas habían descansado lo suficiente, Aníbal avanzó siguiendo el curso del Po. Escipión mostró la misma confianza de que había hecho gala en el primer breve encuentro contra el enemigo y dirigió a sus tropas fuera de Placentia para enfrentarse al invasor. Llegados a este punto, el avance de una poderosa fuerza romana era suficiente para disuadir a las tribus más próximas de que se unieran a Aníbal.[3]

Nuestras fuentes dicen que ambos mandos reunieron a sus soldados y les arengaron. Tales discursos constituían un rasgo muy característico de la historiografía antigua, se trataba de un recurso retórico que añadía drama a la narración en el momento en que el autor creaba una elegante versión de lo que él mismo consideraba que un general debería haber dicho en una de esas ocasiones. No es muy probable, aunque no sea del todo imposible, que tales discursos guarden alguna relación con lo que los generales habían dicho realmente. Sin embargo, se dice que Aníbal utilizó un medio bastante inusual para animar a sus hombres, y que debió ser muy certero. Se les preguntó a los prisioneros alóbroges que habían caído en sus manos en la batalla de los Alpes si alguno estaría dispuesto a luchar entre ellos en combate singular a muerte, bajo la promesa de que quien resultara victorioso sería liberado y se le entregaría un caballo y armas. Los galos, producto de una sociedad acostumbrada a la guerra, donde los combates cuerpo a cuerpo eran un medio habitual de solucionar las disputas y que, a menudo, tenían lugar en los grandes festejos y otras celebraciones, se apresuraron a aceptar ante la oportunidad que se les presentaba de conseguir no sólo la libertad, sino también la gloria en todo ese asunto. Polibio dice que se eligieron dos guerreros mediante sorteo; Livio, que se seleccionaron numerosas parejas, pero ambos están de acuerdo en que fueron la envidia de los otros prisioneros. El ejército cartaginés contempló la lucha y fue testigo de cómo el vencedor (o vencedores) marchaba cabalgando hacia la libertad. Se supone que Aníbal utilizó esta estratagema para ilustrar su propia situación, pues se enfrentaban a una sencilla elección entre la muerte o una dura lucha

para conseguir elevadas recompensas. Si creemos a Livio, prometió a sus soldados concederles tierras e incluso la ciudadanía cartaginesa cuando hubieran ganado la guerra.[4]

La batalla de Tesino, noviembre de 218

Ambos ejércitos marcharon a enfrentarse siguiendo la ribera septentrional del río Po. Probablemente en algún lugar próximo a la actual Pavía, Escipión construyó un puente sobre su afluente, el Tesino, formando un camino mediante una línea de barcos amarrados entre sí, el equivalente de la Antigüedad a lo que hoy sería un puente flotante. Los romanos marchaban ahora atravesando el territorio de los insubres. Dos días más tarde, los exploradores de ambos ejércitos informaron de la presencia del enemigo, la primera información sólida que cada uno de ellos recibía sobre el paradero del otro. Los dos ejércitos se detuvieron y acamparon, mostrándose de inmediato mucho más cautos en sus movimientos ahora que el enemigo se encontraba cerca. Al día siguiente, ambos comandantes salieron con una poderosa fuerza y fueron en persona a efectuar un reconocimiento. Aníbal llevaba consigo al grueso de su caballería, formada por seis mil hombres, y Escipión se veía significativamente sobrepasado en número, a pesar de que contaba con toda su caballería, incluidos los romanos, los latinos y los aliados galos, pero tenía también el apoyo de algunos de sus *velites*. El primer indicio que cada grupo tuvo de la proximidad del otro fueron las nubes de polvo levantadas por los cascos de las caballerías. Ambos bandos se hallaban llenos de confianza y se desplegaron dispuestos al combate. Escipión situó los *velites* en vanguardia, apoyados por los aliados galos, y conservó a la caballería italiana en la reserva. Aníbal formó un núcleo con los jinetes, mayoritariamente españoles, en orden

cerrado, y dividió a los númidas en dos grupos, situado cada uno de ellos detrás de los extremos de su línea de combate, preparados para dejarse caer sobre los flancos del enemigo.

Las escaramuzas entre la caballería y las tropas ligeras eran preliminares comunes en las batallas de este periodo; a menudo duraban varios días y acostumbraban a ser una forma de tantear al enemigo. El despliegue inicial de Escipión lleva a creer que esperaba que la lucha empezara con un largo intercambio de armas arrojadizas, con las unidades de caballería avanzando rápidamente para arrojar las lanzas, y retirándose a continuación a gran velocidad. Estos encuentros rápidos, en los que la suerte era variable, dependiendo de la intervención de escuadrones de refresco, se consideraban acciones típicas de la caballería en el mundo antiguo. No obstante, esos planes se abandonaron rápidamente cuando ambos comandantes decidieron que tenían una buena oportunidad de conseguir una pronta victoria, que animaría al resto de los soldados para la batalla que se avecinaba. Con toda probabilidad, Aníbal debió advertir que su caballería superaba de manera significativa en número a la del enemigo, mientras que Escipión debió despreciar imprudentemente al adversario, a cuya caballería había derrotado recientemente en aquella escaramuza junto al Ródano. Antes de que los *velites* se acercaran lo suficiente como para poder arrojar una sola de sus lanzas, la caballería de ambos bandos, formada en orden cerrado, se lanzó contra la otra en una carga resuelta. Los sorprendidos *velites* retrocedieron por entre los espacios que había entre los escuadrones romanos a medida que éstos avanzaban a través de ellos. Las caballerías pesadas se encontraron en el centro, creándose una formidable *mêlée*, muy al contrario de las habituales batallas fluidas en que participaban los jinetes. No fue la primera vez que oímos que algu-

nos jinetes desmontaban para continuar la lucha a pie. Contrariamente a la creencia popular, la carencia de estribos no suponía una dificultad importante para la antigua caballería, ya que los romanos, y probablemente también la caballería española y gala de esa época, utilizaban ya la silla de cuatro cuernos que ofrece un asiento admirablemente seguro. Además, los hombres a caballo no podían mantener la rapidez y luchar cuando una multitud estable peleaba contra otra de iguales características, desde el momento en que, además de sacrificar sus principales ventajas de velocidad y fuerza, los caballos siempre tienden a encabritarse o a darse a la fuga. Un grupo de soldados de a pie, situados en formación cerrada, eran mucho más capaces de sostener un largo combate y de mantener la posición. Esos grupos ofrecían un apoyo muy eficaz a sus compañeros montados, proporcionando protección segura para replegarse y formar de nuevo antes de volver a la carga. Eso es lo más probable que creemos que sucedió en Tesino. El pobre estado en que se encontraban muchos de los caballos de los cartagineses después de su larga y ardua marcha debió convertir aún más este combate en menos fluido y móvil de lo que era habitual.[5]

Durante algún tiempo el resultado fue indeciso, pero entonces los númidas se lanzaron contra los flancos de los romanos. Cundió el pánico entre los *velites*, que ya estaban nerviosos, y fueron arrollados mientras huían, ya que cuando la infantería se dispersaba había constituido siempre un objetivo muy vulnerable para la caballería del enemigo. Otros númidas cargaron contra la retaguardia de la caballería romana, poniéndola en fuga. Probablemente durante esta última fase de la lucha, el propio Escipión cayó gravemente herido. La tradición familiar sostiene que al cónsul le salvó su hijo de diecisiete años, también llamado Publio, aunque

una versión anterior dice que el responsable fue un esclavo ligur. La versión más popular afirma que al joven se le había entregado el mando de una fuerza de caballería situada en la retaguardia, y que realizó una carga sólo con el fin de rescatar a su padre, abochornando a sus hombres, que eran reacios a seguirle. Más adelante, el joven Publio demostraría ser el más grande de los generales de Roma en esa guerra, el hombre que conquistaría España, invadiría África y que, finalmente, derrotaría a Aníbal en la única batalla campal que éste perdió ejerciendo el mando, con lo que no es sorprendente que los autores más antiguos, y también los modernos, hayan preferido esta versión de la historia. Un pequeño grupo de jinetes hicieron piña alrededor del cónsul y consiguieron llevarle de regreso al campamento romano de una manera segura.[6]

Aníbal esperaba aún que allí mismo se librara una batalla de gran envergadura en los próximos días, pero es evidente que Escipión se hallaba abrumado por la derrota y decidió escapar de inmediato. Polibio nos dice que la derrota de su caballería le enseñó que era imprudente luchar en campo abierto al norte del río Po. Sus hombres empezaron a alejarse de allí durante la noche, y el ejército romano se apresuró a volver a Tesino. Aníbal les persiguió y capturó a seiscientos hombres del grupo que se había quedado atrás para destruir el puente de barcazas, pero solamente después de que hubieran terminado la tarea. Sin poder cruzar, los cartagineses regresaron y marcharon durante dos días hacia el oeste siguiendo el curso del Po, hasta que encontraron un lugar donde los ingenieros podían construir un puente, que les permitiera cruzar a la orilla sur.[7]

Escipión retrocedió hasta alcanzar su lejana base en la colonia de Placentia, donde hizo descansar a sus hombres y se cuidó de los heridos. Parece ser que el ejército romano acampó al oeste del río Trebia, en la ribera opuesta a la ciudad. Dos días después de haber cruzado el Po se presentó el ejército de Aníbal y se preparó para la batalla en la llanura que se extendía frente al campamento romano. Éstos no aceptaron el desafío, por lo que Aníbal, contando con que sus hombres se envalentonarían por la timidez del enemigo, estableció su propio campamento a unas cinco o seis millas de distancia del suyo. Esta demostración de debilidad por parte de los romanos tuvo su efecto sobre algunos de los aliados galos que había en el campamento. Durante la noche, un grupo de galos asesinaron a los soldados romanos que dormían cerca de ellos en el campamento, los degollaron y desertaron hacia las filas de Aníbal. Los cartagineses recibieron de buen grado a la caballería gala, formada por doscientos jinetes, y a dos mil infantes que habían seguido este camino, prometiéndoles elevadas recompensas y enviándoles de regreso a sus tribus para que consiguieran más apoyos. En este momento, las expectativas que tenía de recibir ayuda de los pueblos de la zona comenzaron a hacerse realidad. Se le acercaron los caudillos de los boios trayendo consigo a los comisionados romanos que habían capturado en su ataque a las colonias a principios del año. Aníbal selló una alianza formal con aquella tribu, devolviéndoles los prisioneros para utilizarlos como moneda de cambio para recuperar sus propios rehenes que se encontraban en manos de los romanos.

La posición de Escipión se iba haciendo cada vez más insostenible a medida que crecía la fuerza del enemigo. Al día siguiente de que desertaran los galos, el ejército romano se preparó a trasladarse protegido por las sombras de la noche,

partió de allí antes del amanecer y cruzó el Trebia. Escipión se situó en un terreno que se eleva de pronto sobre la, por lo demás, plana llanura de ambos lados del río. Una retirada cuando uno se encuentra tan próximo al enemigo ha sido siempre una operación peligrosa, y tan pronto como le llegaron noticias de la marcha de los romanos, Aníbal envió la caballería númida en su persecución. Despachó el resto de la caballería en su apoyo, seguida por lo que le quedaba del ejército que se movió bajo su mando directo. Por suerte para los romanos, los hombres de las tribus norteafricanas se detuvieron a saquear e incendiar el campamento abandonado. Podemos contemplar esta acción como una señal de indisciplina o como un indicio de que la comida todavía era escasa en el ejército púnico. El retraso permitió que el ejército romano y la mayor parte de sus provisiones llegaran al otro lado del río sin contratiempos, pero, incluso así, cuando se reanudó la persecución, muchos de los rezagados habían sido capturados o muertos por el enemigo. Escipión acampó probablemente cerca de la actual villa de Rivergaro y allí aguardó a la espera de refuerzos.[8]

Tesino fue una de las acciones de menor alcance de la guerra, poco más que una seria escaramuza, pero gozó de una importancia especial al ser el primer encuentro entre los dos bandos en suelo italiano. Quedó claramente demostrada la efectividad de la caballería de Aníbal, numéricamente superior, al igual que lo fue el alto grado de control que él y sus subordinados ejercían sobre ella. Esta victoria, unida a la precipitada huida romana que provocó, le confirmó que su ejército estaba capacitado para luchar en Italia, sobre todo desde que se supo la decisión tomada por varias tribus galas de unírsele. El comportamiento de Escipión había sido el típico de un romano por su abierta agresividad. Marchó a en-

frentarse al ejército de Aníbal tan pronto como le fue posible, incluso antes de contar con algún dato preciso de su tamaño y potencial bélico. Su conducta antes de la huida de la caballería dejó muy claro que estaba convencido de que se trataría de una batalla que ganaría. La conmoción por la derrota, y quizás por haber sido herido él mismo, hizo añicos su confianza. Escipión debió estar acertado al pensar que el campo abierto al oeste del Tesino favoreció a la caballería de Aníbal, pero, por otro lado, es poco probable que los romanos fueran significativamente superados en número por la infantería enemiga e incluso debieron llegar a contar con una ligera ventaja. Pronto las cifras del ejército enemigo iban a ir aumentando a medida que más y más guerreros galos se unieran a él. La velocidad con la que los romanos huyeron destruyó cualquier imagen de fuerza que pudieran haber presentado ante los miembros de las tribus.

La batalla de Trebia: finales de diciembre de 218

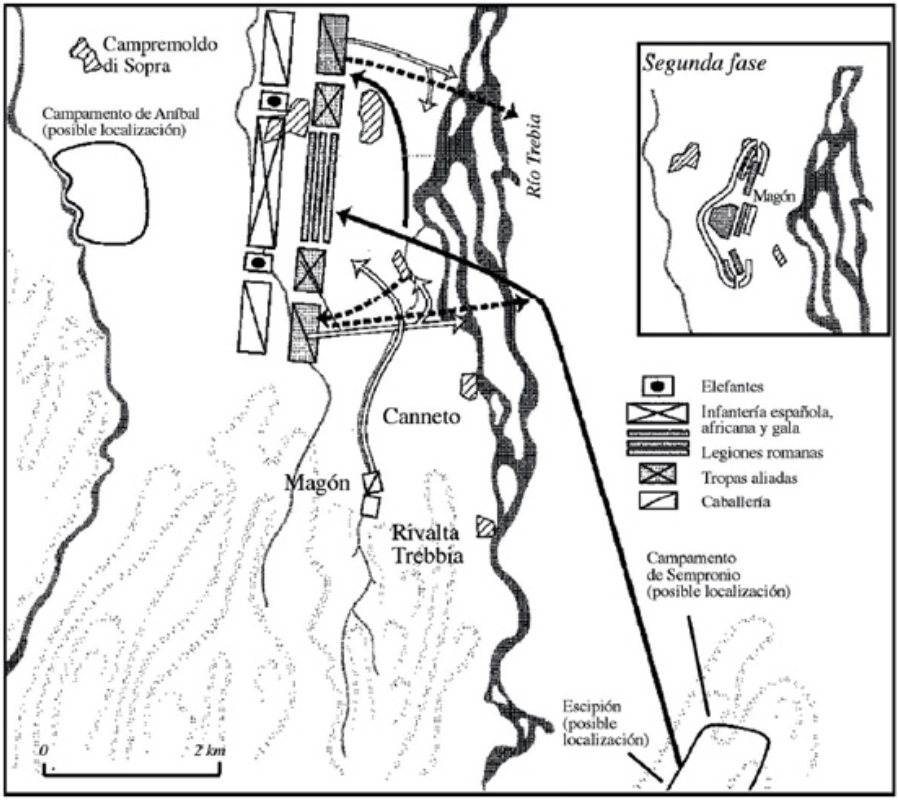
Las noticias de la llegada de Aníbal a Italia habían conmocionado al Senado, que inmediatamente despachó una orden al otro cónsul, Sempronio Longo, haciéndole regresar de Sicilia junto con su ejército. Longo había llevado a cabo algunas operaciones menores en la isla, pero había dedicado la mayor parte del tiempo a prepararse para la invasión de África en su base de Lilibeo. Se ha creído por lo general que el grueso de sus dos legiones, junto con los aliados, se encontraban también en la ciudad o cerca de ella, pero nuestras fuentes son muy vagas en ese punto. Lo que sí ha quedado clara es la velocidad con que Longo pudo transportar sus tropas hasta el norte de Italia. Nuestras fuentes ofrecen versiones ligeramente diferentes de cómo se realizó el traslado, pero es bastante posible que hicieran una buena parte del trayecto por mar. Polibio nos dice que el cónsul licenció a

sus hombres y les obligó a prestar juramento de que se reagruparían en Ariminum, en el norte de Italia, en una fecha determinada, lo que implicaría que viajaran en solitario o en grupos reducidos. Sin embargo, afirma también que el cónsul marchó pasando por Roma o, más probablemente, por la ciudad pero fuera del *pomerium* (el límite inviolable de la urbe, ya que a los hombres armados nunca se les permitía entrar dentro de la ciudad exceptuando en los triunfos), muy poco después de que el Senado recibiera las noticias de Tesino, lo que hace pensar que, al menos una parte del ejército, se trasladó como un cuerpo en formación. La visión de los legionarios en orden de marcha sirvió para elevar el ánimo de la ciudad, y aumentó la creencia de que en Tesino solamente había sido batida su caballería y quizás debido a aquellos aliados galos en los que no se podía confiar; Aníbal todavía tenía que enfrentarse a la orgullosa infantería romana. Polibio sostuvo que el traslado total desde Lilibeo hasta Ariminum se realizó en cuarenta días, un tiempo breve pero no imposible. Poco después, Longo marchó a unirse con su compañero.[9]

Escipión había permanecido sin ser molestado por el ejército cartaginés, acampando solamente a algunas millas de distancia. Una vez más, nos demuestra la escasa disposición de los comandantes de esa época a entrar en combate cuando un enemigo ocupaba una posición de fuerza, aunque, en este caso, Aníbal debía estar más interesado por ganarse aliados galos. Otro contratiempo golpeó la causa romana cuando se pasaron al enemigo quienes custodiaban el depósito de Clastidium (actualmente Casteggio), donde se habían guardado los suministros de grano. Los víveres conseguidos contribuyeron a solucionar los continuos problemas de intendencia de Aníbal. El comandante de la guarnición, un na-

tivo de Brindisi llamado Dasio, había traicionado por la suma relativamente modesta de cuatrocientas monedas de oro. Sus tropas, probablemente aliados latinos, ya que, por lo general, los romanos no entregaban el mando de sus soldados a un no ciudadano, fueron muy bien tratadas por Aníbal, quien deseaba crearse una reputación de clemente. El ejército cartaginés no se hallaba del todo inactivo mientras observaba a los romanos. Poco después de la llegada de Longo, Aníbal comenzó a sospechar que los pueblos de las tribus de la ribera occidental del Trebia, que inicialmente le habían preparado un buen recibimiento, se encontraban ahora negociando con los romanos. Es posible que los galos fuesen verdaderamente unos falsos, pero también podría suceder que, debido a la falta de concreción de sus estructuras políticas, caudillos diferentes se hubieran ido aproximando a cada bando. Una fuerza de infantería de dos mil hombres y otra de caballería formada por mil galos y númidas salieron del campamento y empezaron a saquear la zona, reuniendo grandes cantidades de botín. Algunos de los habitantes de los pueblos de la región pidieron ayuda a los romanos, y Longo envió al otro lado del río a una poderosa fuerza de caballería con mil *velites* para atacar a los merodeadores enemigos. Los cartagineses estaban dispersos y estorbados por el peso del botín, por lo que el ataque romano obtuvo una rápido éxito, dando caza al enemigo cuando regresaba en desorden al campamento. Los piquetes que se encontraban haciendo guardia en las defensas exteriores del campamento de Aníbal hicieron una salida para apoyarlos y, en esta ocasión, los rechazados fueron los perseguidores romanos. La lucha entró rápidamente en una escalada a medida que cada bando comprometía más y más tropas como refuerzos, hasta el punto de verse implicada finalmente toda la caballería roma-

na junto con los *velites*. Fue un combate que se desarrolló de manera muy abierta, desplegándose sobre una gran parte de la llanura y se trató de una de esas batallas que ninguno de los generales podía controlar por completo. Aníbal decidió que no quería poner más tropas en acción, arriesgándose quizás a que se convirtiera en una batalla a gran escala que no había planeado y sobre la que apenas podría influir. Reuniendo él mismo a los que huían, formó una línea de combate inmediatamente fuera de su propio campamento, que probablemente debía encontrarse en la zona elevada al oeste del río. Impidió que las tropas que había conseguido volver a formar avanzaran de nuevo, y los romanos no quisieron atacar a un enemigo que se encontraba protegido por el fuego de los proyectiles arrojados desde el campamento, fácilmente reforzado con las tropas del interior, y situado probablemente en una zona elevada. De esta manera terminó la batalla, en la que los romanos habían infligido a los cartagineses un gran número de bajas, proclamándose vencedores. Polibio alaba de Aníbal el estrecho control que ejerció sobre sus hombres y su renuncia a permitir que la batalla se desarrollara en manos del azar, lo que aquél considera una prueba de su capacidad como comandante.[10]



MAPA 8. *Batalla de Trebia, 218 a.C.*

Longo, a quien nuestras fuentes describen como un hombre de temperamento agresivo, se ratificó, después de este suceso, en su deseo de entablar combate tan pronto como fuera posible. Se supone que su compañero herido ofreció argumentos en contra de esa idea, prediciendo el desastre como, de hecho, sucedió; pero debemos ser muy cautos antes de aceptarlo así. Es posible que esta opinión la propalase la familia de los Escipiones inmediatamente después de conocido el resultado de la batalla, pero Polibio, que fue, y es, con mucho, la fuente más fiable para este periodo, la acepta. Es preciso recordar siempre que, en toda su obra, la estrecha relación que mantuvo el historiador griego con Escipión Emiliano le ha llevado a describir con tintes favorables los hechos biográficos de los antepasados de éste. Según esa ver-

sión, Escipión señaló que las legiones romanas se habían reclutado únicamente a principios de año y que sería muy positivo para ellas el dedicar los meses de invierno a prepararse, al tiempo que los aliados galos de Aníbal empezarían seguramente a titubear en su lealtad si permanecían inactivos, consumiendo sus alimentos y no obteniendo victoria alguna. Polibio refuerza hábilmente lo justo de esos argumentos al repetirlos cuando explica el deseo de Aníbal de entrar en combate de manera inmediata. Longo no deseaba retrasarse, pues sólo tres meses después se nombraría a los nuevos cónsules, y antes de que eso ocurriera, es posible que Escipión se recuperara y él se viera obligado a compartir con su compañero la gloria de la victoria que preveía. La osadía de Longo era típicamente romana, y es difícil creer que cualquier otro magistrado romano se hubiera comportado de manera diferente en esas circunstancias. Escipión, que había dirigido un ejército de la mitad del tamaño de la fuerza que ahora habían reunido, se había comportado con la misma agresividad en su intento por librar una batalla campal en el Ródano y antes de Tesino, y sencillamente con la misma arrogancia provocada por el éxito de su caballería en las afueras de Massilia, que la que ahora mostraba Longo. Es posible que su derrota en Tesino, y quizás sobre todo el hecho de estar herido, le había deprimido tanto que Escipión ahora dudara de las posibilidades de victoria de los romanos, y es probable que esperara posponer la batalla hasta que él pudiera desempeñar un papel activo en ella y compartir los honores.[11]

La decisión de Longo de trabar combate tan pronto como fuera posible refleja la confianza profundamente arraigada en su propio valor militar que impregnaba a todas las clases de la sociedad romana y contribuía en gran manera a elevar la formidable moral de los ejércitos romanos. Éstos contaban

con una superioridad numérica sobre el enemigo, incluso a pesar de la inclusión de sus nuevos aliados galos, y se hallaban defendiendo su propio territorio. Si era cierto que los legionarios romanos todavía no tenían experiencia y solamente estaban preparados en parte, también lo era que los mejores soldados de Aníbal se encontraban aún débiles por la durísima marcha que habían debido llevar a cabo para llegar a Italia. El rechazar la batalla cuando el invasor estaba tan cerca era un reconocimiento de debilidad y es posible que también fuera difícil mantener concentrados a ambos ejércitos consulares en una posición tan avanzada durante todo el invierno. Una derrota decisiva sobre Aníbal, tan pronto después de su llegada, conseguiría que sus nuevos aliados le abandonasen aún más rápido que por un invierno de inactividad, y podía acabar así con todas las esperanzas de los cartagineses. En resumen, la voluntad romana de entrar en combate era enteramente razonable. De igual forma, la invasión de Aníbal necesitaba una victoria importante y rápida si quería conseguir un fuerte impulso. Es posible que ambos comandantes estuvieran en lo cierto al arriesgarse a la incertidumbre de una batalla, dados los beneficios potenciales, pero lo que distinguía a los dos hombres era que Aníbal estaba seguro de que el encuentro tendría lugar imponiendo él las condiciones.

En los días que precedieron a la batalla, Aníbal y sus comandantes se habían desplazado a través de la llanura situada al oeste de Trebia, estudiando el terreno sobre el que esperaban que se librara el encuentro. (La escena era comparable a aquella otra en que Napoleón y sus generales examinaron las colinas de Pratzen, días antes de la batalla de Austerlitz, en 1805 d.C.; es posible que lo hiciera conscientemente, ya que el emperador era un buen conocedor de los paralelis-

mos que ofrecía la historia clásica.)[12] La llanura que queda al oeste del Trebia es amplia, y tan llana como lo pueda ser cualquier terreno de manera natural, hasta que se levanta bruscamente en sus límites sur y sudoeste. Aníbal localizó una corriente de agua que cruzaba la planicie y discurría entre dos riberas escarpadas y muy elevadas, en los que decidió preparar una emboscada con tropas al mando de su hermano Magón. El día antes de la batalla preparó para llevar a cabo esta tarea una fuerza escogida formada por mil hombres de a pie y otros mil de a caballo, parece ser que númidas en su mayor parte. Durante la noche, Magón trasladó a sus hombres en secreto hasta el lugar de la emboscada, donde se ocultaron. La corriente de agua debía discurrir por detrás de ellos, pero al sur de donde Aníbal esperaba el despliegue del ejército romano, a bastante distancia de su línea de combate con el fin de minimizar el riesgo de un descubrimiento prematuro. Polibio advierte que los romanos recelaban del terreno boscoso donde, en el pasado, habían caído a menudo en emboscadas de los galos, pero no pensaron en una posible estratagema en una llanura abierta.

Al amanecer —Polibio nos dice que aquel día estaba ya próximo el solsticio de invierno—, Aníbal envió a la caballería númida a que cruzase el río Trebia y atacase las defensas situadas en el exterior de los campamentos romanos y les ordenó que se dedicasen a lanzar todo tipo de armas arrojadizas. Los númidas tenían órdenes estrictas de conseguir que los romanos participasen de aquella escaramuza para retirarse luego rápidamente, atrayendo al enemigo de tal forma que cruzara el río. Mientras tanto, Aníbal reunió a sus oficiales principales y les explicó sus planes, animándoles y pidiéndo-

les que regresaran y prepararan a sus hombres para la batalla. Las tropas cartaginesas entrarían en combate bien alimentadas, y preparadas física y mentalmente para la lucha.

Longo respondió exactamente como Aníbal había esperado, enviando toda su caballería contra los númidas, seguida de cerca por seis mil *velites*. A continuación, el cónsul dio orden de agruparse a todo el ejército y de marchar contra el enemigo. La caballería ligera númida siguió su táctica de escaramuzas, pero no se implicó por entero en el combate y fue retirándose gradualmente, mientras los romanos la perseguían con brío. Con mayor lentitud, pero igualmente con gran ímpetu, les seguía la infantería pesada, formada con casi total seguridad en tres columnas de, al menos, dos millas y media de longitud cada una de ellas. De esta manera vadearon el río Trebia, de aguas habitualmente poco profundas, pero que habían crecido bastante por las recientes lluvias, y fueron avanzando por aquella planicie hasta que, en un lugar determinado, las columnas giraron a la derecha y marcharon a lo largo de lo que se convertiría en la principal línea de combate, con la unidad de vanguardia ocupando posiciones en la zona extrema de la derecha. Se trató de un proceso laborioso, deteniéndose cada columna mientras los tribunos fijaban la posición del siguiente manípulo en la línea y desplegándola para que pasara de la posición de marcha a la de combate. Finalmente, los romanos y la infantería pesada aliada ocuparon un frente de unas dos millas de anchura. Fue un proceso técnico prolongado y pesado que requirió mucha actividad por parte de los oficiales de cada legión. Esto es especialmente cierto si se tiene en cuenta que no era común que el ejército fuera tan grande y con una experiencia relativamente escasa, y que los dos elementos que lo componían no habían dispuesto de demasiado tiempo para

practicar las maniobras. En estas circunstancias, el campo abierto situado al oeste del Trebia era un terreno ideal para poder ordenar a un ejército como el romano, tan confiado en sus tácticas e instrucciones como lo estaba Aníbal en su caballería. A ese ejército le debió costar varias horas realizar una marcha de cuatro o cinco millas desde sus campamentos y desplegarse luego en orden de batalla. En el momento en que finalizaron esa operación, los hombres se encontraban cansados y con frío, al hallarse mojados todavía por el paso del río y por el aguanieve que caía en chaparrones esporádicos. La mayoría tenía también hambre, ya que habían salido del campamento a toda prisa, sin previo aviso, y sin tiempo de preparar ningún alimento. Aun con todo, Longo debía estar bastante satisfecho con lo que había dado de sí el día. Su caballería parecía haber conseguido otra victoria y su fuerte ejército se hallaba en formación y dispuesto a enfrentarse al enemigo. En ese momento, o se le presentaba la batalla que tanto deseaba o su oponente no aceptaría que aquella acción llegara a convertirse en una lucha abierta, y en este último caso el cónsul aseguraría a sus hombres que el enemigo les tenía miedo, con lo que esa situación les daría mucha más confianza cuando finalmente se desencadenara la batalla.

Aníbal continuó sus cuidadosos preparativos para el enfrentamiento. Cuando la infantería pesada romana empezó a cruzar el río y su ejército estaba completamente implicado en la acción, envió a ocho mil hombres de la infantería ligera para apoyar a los númidas y formar una pantalla de protección para poder desplegar el ajército tras ella. Entonces, y sólo entonces, su cuerpo de ejército más importante salió del campamento y avanzó una milla, donde formaron en línea de combate. El núcleo estaba compuesto por una única unidad de infantería en orden cerrado, de veinte mil hombres.

Los aliados galos, que probablemente eran unos ocho mil, parece ser que formaron el centro, con españoles y libios de a pie en los flancos. En las alas se encontraba la caballería gala y española en orden cerrado, a las que se unieron pronto los númidas en retirada, con lo que cada flanco contaba con unos cinco mil jinetes. Aníbal dividió también sus elefantes en dos cuerpos y parece que los situó en las alas de la infantería pesada, aunque nuestras fuentes no se ponen de acuerdo y son algo confusas en ese punto.

En ese momento, Longo hizo avanzar la caballería y la formó en la unidad principal. Hombres y caballos se encontraban cansados después de una mañana infructuosa dedicada a la persecución de los ágiles númidas, que nunca permanecieron en el mismo sitio dispuestos a aceptar una carga, sino que huían, sólo para reorganizarse y regresar para arrojar sobre los romanos una nueva nube de lanzas. El ejército romano se había desplegado según su formación típica, con las legiones en el centro, los aliados en los flancos y la caballería en las alas. Las cuatro legiones de Longo reunían a dieciséis mil hombres según Polibio, aunque Livio nos da una cifra algo mayor: dieciocho mil. Ambos defienden claramente que se trataba de una unidad estándar, multiplicada por cuatro, por lo que, en el mejor de los casos, nos ofrecen una idea bastante aproximada del número total de tropas. Si una de las legiones era la que había estado al mando del pretor Vulso y que había caído en la emboscada de los boios a principios de año, es probable entonces que estuviera aún claramente en baja forma. Había veinte mil aliados en la infantería, incluido, según Livio, un contingente de la última tribu gala que permanecía leal, la de los cenomanos. No está claro si este total de treinta y ocho mil infantes incluía a quienes, en las legiones, se dedicaban a actuar realizando escaramu-

zas y a las *alae*, o solamente a la infantería pesada. Se acepta por lo general que los seis mil hombres de la infantería ligera anteriormente citados componían todo el grupo de soldados dedicados a la lucha de guerrilla del ejército de Longo, pero nuestras fuentes no son nada claras en ese aspecto. Tanto si estaban incluidos en el total como si no, está claro que los romanos disfrutaban de una significativa superioridad numérica en la infantería. No obstante, Longo solamente contaba con cuatro mil jinetes a dividir entre las dos alas, es decir, menos de la mitad de los desplegados por su enemigo.

Longo seguía pletórico de confianza e hizo avanzar todas las unidades al completo, ejecutando esa acción a la manera habitual en que lo hacía un general romano, es decir, marchando el ejército lentamente y en buen orden. Parece ser que Aníbal permaneció donde se encontraba y les permitió avanzar, queriendo quizás asegurarse de que el enemigo iba directo hacia donde se ocultaban las tropas de Magón. Pronto, los encargados de abrir las hostilidades de ambos ejércitos se encontraron delante de las líneas principales y dio comienzo un intercambio de proyectiles. Los romanos lo pasaron mal en este enfrentamiento, ya que se encontraban cansados y habían gastado muchas de sus lanzas mientras apoyaban a la caballería contra los númidas. Debieron verse también superados en número si es que sólo eran seis mil, y tampoco se hallaban tan bien preparados y experimentados como sus adversarios. Entre los hombres de Aníbal se incluían los famosos honderos de las Baleares, y la combinación del mayor alcance de éstos con la menor distancia a que podían arrojar sus jabalinas los *lonchophoroi*, u «hombres lanza», consiguió probablemente que esta vanguardia de guerreros púnicos contara con una mayor movilidad. A medida que se iban aproximando las principales líneas de com-

bate, aquellas primeras fuerzas de choque se retiraban por entre los espacios vacíos que había entre las unidades de a pie formadas en orden cerrado, aunque, según Livio, solamente fue el avance de los *hastati* lo que obligó a la infantería ligera cartaginesa a irse hacia atrás, después de lo cual se desplazaron hacia los flancos para ofrecer su apoyo a la caballería.

La caballería romana, debilitada e inferior en número, parece que opuso una débil resistencia, cuando Aníbal ordenó finalmente el avance de la suya. Livio afirma que se hallaban más debilitados por los proyectiles de los honderos baleares que, en ese momento, se encontraban apoyando a la caballería púnica, y que los elefantes asustaron a los caballos romanos, pero su relato acerca del papel desempeñado por aquellos animales en la batalla es desesperadamente confuso. Al hundirse la caballería romana, los númidas y la infantería ligera avanzaron para envolver los flancos del principal cuerpo de ejército romano, atacando a los soldados aliados. Polibio afirma que destrozaron el orden cerrado de la caballería, lo que puede indicarnos una vez más que el grueso de esas tropas no se encontraba en perfectas condiciones, aunque, en este caso, habían comenzado la batalla más frescas que las de los romanos. A pesar de ese apoyo, el choque que tuvo lugar entre las dos principales líneas de a pie, formadas en orden cerrado, fue largo y duro, y de resultado incierto. Sólo los *hastati* y los *principes* superaban en número a la infantería enemiga por un amplio margen y, además, estaban mucho mejor protegidos. Debería recordarse también que la línea de combate romana era larga y que costó algún tiempo cambiar la dirección de las alas para proteger el centro. Los legionarios mantuvieron sus posiciones incluso cuando la fuerza de Magón salió de su escondite y atacó la retaguardia

de los romanos, llevando la confusión a todo el ejército. Acosados en su frente por los elefantes y por los cartagineses de a pie, y en la retaguardia por el grupo dedicado a la lucha de escaramuzas y por los númidas, las alas de la infantería romana acabaron finalmente por hundirse. En el centro, las legiones consiguieron poner en fuga a los galos y a una unidad de libios a los que se enfrentaron, abriendo brecha por el medio de las unidades del enemigo.

Aníbal no contaba con reservas con las que oponer resistencia a este hundimiento, ya que su infantería había formado en una sola línea. Afortunadamente, en ese momento estaba claro que la derrota de los romanos era irreversible, pues el ejército se iba convirtiendo en un tropel de fugitivos. Los diez mil legionarios que habían conseguido abrir brecha en las líneas enemigas no hicieron intento alguno por unirse a la pelea, sino que, conservando la formación, marcharon hacia el norte, rodeando al ejército púnico y volviendo a cruzar el Trebia frente a Placentia, donde se refugiaron. Aníbal no trató de detenerlos. Sus hombres se encontraban débiles y la victoria ya era clara. El resto del ejército romano sufrió lo indecible en la huida, pero muchos de los soldados, ya sea de forma individual o formando pequeños grupos, regresaron a los campamentos o se unieron a las fuerzas de la colonia. No contamos con cifras de las pérdidas romanas, pero debieron ser muy elevadas. Nuestras fuentes son igualmente vagas por lo que se refiere a las bajas de Aníbal, aunque Polibio nos dice que las mayores pérdidas las sufrieron los celtas en el centro. No obstante, en el frío periodo de tiempo que siguió a la batalla murieron muchos de sus hombres y caballos, así como todos los elefantes, menos uno.[13]

Longo trató en un principio de presentar la batalla como de resultado incierto, en la que únicamente se vio privado de la victoria por lo extremado de las condiciones climáticas, y pasó cierto tiempo antes de que el Senado apreciara la magnitud del desastre. El golpe al orgullo romano fue seguramente más serio que el que suponían las pérdidas reales, puesto que la victoria convenció a aquellos galos que aún estaban dudando si abrazar la causa púnica. Incluso así, la derrota hay que atribuirla a los errores de Longo, mientras que el éxito de la infantería romana en el centro pareció confirmar que no había fallado el coraje de sus soldados.

La victoria de Aníbal ofreció a su campaña el impulso suficiente como para poder cargarse de fuerza para los meses de virtual inactividad a que le obligaba el clima invernal. Ahora sus soldados sabían que podían derrotar al enemigo en campo abierto, aparte de que sirvió para aumentar la confianza depositada en su comandante. Como general, Aníbal había superado por entero a sus dos adversarios romanos, controlando a los soldados tan estrechamente que la batalla sólo se libraba en el momento y el lugar elegido por él. Había sido capaz de sacar provecho de la ventaja que le concedía su superioridad numérica en la caballería, añadida a la flexibilidad derivada de la mezcla de caballería ligera y pesada. En Trebia, su ejército había luchado como una unidad coordinada, concentrando toda su fuerza contra las alas romanas. Para favorecer el éxito anticipado de su caballería sobre la inferioridad numérica de los jinetes romanos, situó a lo más granado de la infantería, es decir, a libios y españoles, contra los flancos del centro de la infantería, que fue atacado aún con mayor fuerza por el apoyo de los elefantes. La emboscada de Magón añadió confusión en las filas romanas y probablemente redujo una buena parte del ímpetu de su

asalto, en particular al implicar en el combate a la tercera línea, pero la batalla estaba ganada ya efectivamente por el éxito en las alas. Fue lamentable la huida, efectuada como un cuerpo en formación, por una gran parte de la infantería romana, pero una vez que los romanos abrieron brecha en la infantería gala, poco podía hacer Aníbal para detenerlos. A pesar de todo, la rapidez con que los romanos abandonaron el campo de batalla, en lugar de reanudar la lucha, demostró que habían aceptado la derrota.

La batalla del lago Trasimeno, *c.* 21 de junio de 217 a.C.

La derrota causó una fuerte conmoción en el Senado, pero empezó el nuevo año firmemente determinado a proseguir la guerra con mayores éxitos. No se habían ignorado los demás teatros de operaciones, aunque el objetivo principal del esfuerzo romano consistía en atacar al enemigo en su propio terreno, y ambos cónsules se dirigirían al norte contra Aníbal. Un soplo de normalidad les llegó con el breve regreso de Longo a Roma para presidir las elecciones consulares, en las que triunfaron Cneo Servilio Gémino y Cayo Flaminio. No contamos con un cómputo detallado de los ciudadanos y aliados reclutados en ese año, pero parece que tanto Gémino como Flaminio iban a dirigir los típicos ejércitos consulares formados por dos legiones y dos *alae*, compuestas por una mezcla de tropas alistadas recientemente y por los restos de los ejércitos derrotados en Trebia. Las legiones debían contar con unas cantidades superiores a las normales y también es posible que los ejércitos incluyeran una elevada proporción de caballería, quizás como respuesta a la superioridad de Aníbal en este arma. Se dice que el ejército de Gémino incluía al menos cuatro mil hombres de a caballo, lo que supo-

nía una elevada proporción para un ejército romano y que probablemente estaba formado en su mayor parte por aliados.[14]

El relato de Polibio anota que durante el invierno hubo muy escasa actividad militar, y aunque Livio nos aporta una reseña llena de dramatismo a propósito de una acción en la que Longo tomó una cierta ventaja inicial, pero que acabó debido al mal tiempo, seguramente no se trata más que de una simple invención. Puede que incluso provenga del propio relato que Longo había redactado en Trebia. Sin embargo, el generalmente moderado Polibio nos cuenta la extravagante historia según la cual Aníbal, desconfiando de la mayoría de sus nuevos aliados galos, adoptó una serie de disfraces, entre los que se incluían una gran variedad de pelucas de diferentes colores, para disimular su verdadera apariencia. Quizás la evidente habilidad en presentarse de una manera cada vez distinta sirvió para aumentar su reputación de líder poderoso entre los hombres de las tribus, pero no se trata más que de una simple conjetura.[15]

Cuando, en la primavera de 217, se abrió la campaña anual, Aníbal contaba con dos alternativas reales. Permaneciendo en el valle del Po no conseguiría nada, y el consumo continuado de alimentos por los soldados hubiera ido debilitando con el tiempo el apoyo galo, mientras que el traslado hacia el oeste para llegar a Liguria no contribuiría a desgastar la resistencia romana y significaría atravesar un territorio en el que le sería difícil forrajear. Aníbal necesitaba mantener la presión sobre los romanos y eso quería decir continuar su avance más profundamente en terreno de aquéllos. Allí podría alimentar a sus hombres con el producto de los campos enemigos, proveerles de abundante botín, y todas las victorias que consiguiera inquietarían mucho más a los ad-

versarios y, quizás, serían muy positivas para animar a la deserción a los aliados italianos. La dirección que tomase no podía ignorar la característica más importante de la geografía italiana, los montes Apeninos, esa sólida barrera que corta la península en dos y que un ejército solamente podía atravesar por unos pocos pasos. Por tanto, Aníbal podía marchar en dirección este hacia la mar y avanzar hacia el sur siguiendo la costa adriática hasta Piceno, o dirigirse hacia el sur y alcanzar los pasos de los Apeninos y luego virar hacia el oeste para entrar en Etruria. Esas alternativas las tenía tan claras el Senado como Aníbal, y la solución consistía en situar un cónsul en disposición de hacer frente a cada una de las amenazas. Gémino se trasladó a Ariminum (la actual Rimini) para cubrir la costa oriental, mientras que Flaminio marchó a Arretium, el lugar más adecuado para cubrir los diferentes pasos de los Apeninos.[16]

Cayo Flaminio iba a desempeñar el papel más importante en la campaña que se avecinaba y en nuestras fuentes sale también muy mal librado porque, al mismo tiempo, le correspondió hallarse al frente de las tropas en uno de los desastres romanos y, al contrario que Sempronio Longo, pereció en él, así que no pudo justificar sus acciones. Además, su familia tampoco era de las más notables en Roma, por lo que no contó con demasiados descendientes capaces de ejercer alguna influencia sobre la versión ampliamente aceptada de los acontecimientos, ya que Flaminio eran un *novus homo*, un hombre nuevo, el primero de su familia en conseguir el consulado. Polibio y, en especial, Livio le describen ambos como un demagogo agresivo, un hombre de verbo audaz, pero escaso talento, que había basado su carrera en doblegarse a los deseos de los ciudadanos más pobres con el fin de derrotar a la oposición de la mayoría del Senado. Hasta ese

momento, su carrera había sido ciertamente controvertida, pero a la vez excepcionalmente distinguida, incluso para los niveles del siglo III y, sobre todo, por el hecho de ser un hombre nuevo. Hemos visto ya cómo, siendo un tribuno de la plebe, había conseguido que se aprobara una ley, en 232, para que se distribuyera la tierra en la Galia Cisalpina entre los ciudadanos más pobres, y cómo, en su primer consulado en 223, había celebrado un triunfo sobre los insubres. También había sido el primer gobernador pretoriano de Sicilia. Elegido como uno de los dos censores en 220, había llevado a cabo varios proyectos importantes, incluida la construcción del circo Flaminio en Roma y la *via Flaminia*, que discurría entre esa ciudad y Ariminum, uniendo la capital con la nueva tierra colonizada. Claramente, era lo más parecido a un disidente, un político que conseguía lo que ambicionaba siguiendo métodos que eran cualquier cosa menos tradicionales. La ley sobre la tierra no gustaba a muchos en el Senado y, durante su primer consulado, se había ganado una reputación de impaciente, rechazando ser recordado por motivos religiosos y celebrando su triunfo solamente mediante votación popular, después de que el Senado rechazara concederle ese honor. Los políticos de más éxito eran, en Roma, aquellos hombres que conseguían lo que querían de manera tranquila y sin crisis de esa clase. Hombres como Flaminio se ganaban muchos enemigos que sólo esperaban a que se volvieran vulnerables para aprovecharse de su debilidad. En ese caso, se les permitía salvar su reputación después de muertos.[17]

La elección de Flaminio no fue una protesta de un «partido democrático» que estaba en contra de la manera en que el Senado conducía la guerra. Como ya hemos visto, tales términos no tienen ninguna relevancia para la política romana y, de cualquier forma, la candidatura de Flaminio precedió,

casi con toda certeza, a la llegada de las noticias de las primeras derrotas de Roma. El hecho de ser un hombre con experiencia, que había luchado con éxito contra los mismos galos que ahora se unían a Aníbal, debió haber sido muy útil en su campaña electoral, pero Flaminio tuvo que haber contado con algún tipo de apoyo en el Senado, incluso aunque muy pocos quisieran admitirlo después de su derrota. Ciertamente debió conseguir los votos de muchos de los ciudadanos más ricos y no podía haber confiado sencillamente en los más pobres para alcanzar éxito en los *Comitia centuriata*. Es importante no confundir los conceptos modernos de «apoyo popular» con el romano o dejarse llevar por el lenguaje de los insultos políticos en Roma. Es posible que Flaminio se aprovechara de un cuerpo de apoyo fuera de los sistemas familiares tradicionales de patronazgo que tendían a dominar las asambleas romanas, ya que su carrera como tribuno y censor le habían proporcionado numerosas oportunidades de ganarse el apoyo de las clases más opulentas fuera del Senado. La distribución del *ager Gallicus* y sus proyectos urbanísticos le ofrecieron también la oportunidad de hacerse con contratos lucrativos y ganarse importantes amigos.

Flaminio se mostró impaciente por empezar las operaciones, despreciando la convención al recibir el cargo el 15 de marzo, no en Roma, sino en Ariminum. Livio dice que tenía miedo de que sus rivales del Senado manipularan los auspicios y le retuvieran en Roma tanto tiempo como les fuera posible, con la esperanza de privarle del mando, un miedo que probablemente era infundado. Para evitarlo, simuló dejar la ciudad para efectuar unos negocios privados y, en lugar de ello, marchó para unirse al ejército.[18] Militarmente tenía sentido, ya que era importante tener al ejército en disposición de cubrir los pasos hacia Etruria antes de que Aníbal

hiciera cualquier movimiento y de que los ejércitos del último año se hubieran retirado a esta localidad. Todo ello quería decir, en realidad, que Flaminio no ejecutó de manera correcta los rituales que generalmente eran presididos por un cónsul entrante, y además se ganó la animadversión del Senado al hacer caso omiso de la comisión que le habían enviado para que regresara a Roma. Lo mismo que lo sucedido con Claudio en Drepana, la falta de respeto del cónsul para con los dioses se consideraría más tarde como una de las principales causas de la derrota.[19]

Aníbal comenzó a moverse tan pronto como la llegada de la primavera hizo más fácil que el ejército pudiera forrajear. Como de costumbre, avanzó rápidamente y en una dirección inesperada. Había decidido cruzar las montañas hacia Etruria, en parte porque la zona era suficientemente fértil como para alimentar a los soldados, pero también porque le permitiría presentar una amenaza más directa sobre Roma. Cruzó los Apeninos probablemente por el paso de Porretta, o quizás por el Colline, y forzó su camino a través de las tierras pantanosas que rodean el río Arno, muy crecido después de las lluvias de invierno, conduciendo a su ejército a marchas forzadas para atravesar lo antes posible aquel difícil terreno. La parte más disciplinada de su infantería, los duros marchadores africanos y españoles, iba a la vanguardia junto con la caravana de provisiones, marcando un paso tan rápido que los guerreros celtas, nada acostumbrados al rigor de las campañas, encontraban difícil de mantener. De todas maneras, siempre es más duro y exasperante marchar en la retaguardia de una columna. La caballería de Aníbal cerraba la marcha y empujaba a los galos rezagados. Les costó tres días y las noches correspondientes conseguir cruzar los terrenos pantanosos, en cuyo trayecto el ejército sufrió muchos pade-

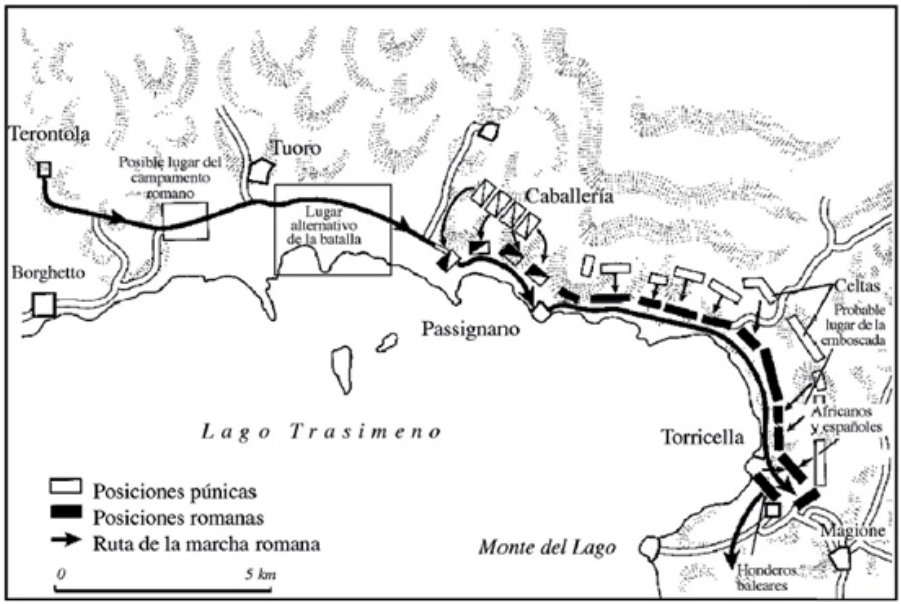
cimientos, pues los hombres encontraban dificultades para descansar en el suelo fangoso, por lo que algunos sólo podían dormir estirándose sobre las sillas de montar alineadas o encima de los cadáveres de las numerosas mulas de carga que se hundían e iban muriendo a lo largo del camino. El propio Aníbal padeció una grave oftalmía, perdiendo finalmente la visión de uno de los ojos, pues las condiciones no permitían un tratamiento adecuado, y debió ser transportado durante la mayor parte de la marcha a lomos del único elefante superviviente en el ejército, quizás el valiente *Sirio*, mencionado por Catón.[20]

Una vez más, Aníbal había ejecutado una acción inesperada, consiguiendo llevar a su ejército a través de un obstáculo importantísimo, a pesar de las dificultades y sin ninguna interposición del enemigo. Se encontraba ya en disposición de dar comienzo a la siguiente fase de la campaña. Concediendo a sus hombres varios días de descanso, después de haber dejado atrás los terrenos pantanosos por algún lugar próximo a Faesulae, Aníbal mandó grupos de exploradores para localizar a los romanos y obtener tanta información sobre la zona como fuera posible. Al saber que Flaminio se encontraba en Arretium, y al confirmar que las ricas llanuras de Etruria podrían ofrecer abundante comida para proveer al ejército y botín para mantener animados a los soldados, decidió seguir avanzando hasta más allá de donde se encontraba el ejército romano y obligarle a seguirle hacia el sur. Se dice que se dio cuenta de que Flaminio era un comandante temerario que podía perseguirle imprudentemente, ofreciéndole así la oportunidad de entrar en combate en condiciones favorables a los cartagineses. Una acción de esas características obligaría asimismo al ejército romano a alejarse del apoyo que podía ofrecerle cualquiera de las fuerzas emplazadas al este de

los Apeninos —era poco probable que Aníbal conociera la ubicación precisa del ejército de Gémino—, quien indudablemente trataría de unirse a Flaminio tan pronto como hubieran confirmado el camino que seguía Aníbal. Otros factores convertían ese plan en factible y deseable. Aníbal no había establecido una base permanente desde la que tratar de mantener aprovisionado a su ejército y, consiguientemente, no contaba con líneas de comunicación que el ejército romano pudiera cortar si las iba dejando atrás. En lugar de ello confiaba en conseguir alimento y forraje del territorio por el que pasaba, llevando en la caravana de provisiones solamente lo necesario para mantener a los hombres y los caballos alimentados hasta que llegara la siguiente oportunidad de detenerse y dar batidas por los alrededores a fin de conseguir suministros. Aunque esto le concedía a su ejército una considerable libertad de movimientos, significaba también que aquél no podría nunca permitirse el lujo de dejar de moverse durante un largo periodo de tiempo, ya que rápidamente consumirían todos los recursos disponibles del lugar. El problema se agudizaba ahora que había dejado atrás a las tribus aliadas de la Galia Cisalpina. Por tanto, caer sobre Arretium, y esperar atraer a Flaminio al combate en condiciones favorables, antes de que su ejército se quedara sin alimentos y que él se viera obligado a dar una contraorden, era muy arriesgado. Sencillamente, Aníbal no podía permitirse el lujo de aceptar demasiadas batallas que no fuesen definitivas, o alcanzar pequeñas victorias con el coste de muchas bajas entre aquellos insustituibles y experimentados soldados. El haber evitado al ejército romano dando un rodeo le proporcionó a Aníbal la iniciativa y le aseguró que sería él quien dictaría el curso de la campaña.[21]

Flaminio respondió inmediatamente de la manera en que los cartagineses habían previsto y, de hecho, de la forma en que hubiera actuado cualquier otro comandante romano de esa época y, como es lógico, los cónsules del 218. Tan pronto como se enteró de que el ejército púnico había pasado cerca de él y que se encontraba devastando las tierras de los aliados de Roma, partió de Arretium en su persecución. Se supone que ignoró el consejo de sus oficiales superiores, así como una serie de malos presagios, como cuando su caballo le arrojó al suelo o cuando los portadores de los estandartes habían tenido serias dificultades para liberarlos del suelo donde habían clavado sus astas de hierro para mantenerlos enhiestos. Es posible que algunos oficiales aconsejaran al cónsul a que esperara hasta que recibiera el refuerzo del otro cónsul, ya que los soldados de Flaminio por sí solos se veían ampliamente superados en número por los del enemigo, pero es probable que todo esto forme parte de una tradición que le hacía a él, como comandante, responsable del desastre. A medida que el ejército romano marchaba hacia el sur iba pasando por el territorio asolado por el enemigo, a través de pueblos saqueados e incendiados. La humillación sufrida, cuando un enemigo podía devastar los campos de un Estado o de sus aliados, sin que se diera ninguna clase de oposición por parte del ejército de ese Estado, era inmensa, y decía muy poco de su valor militar. Es importante recordar que el ejército romano se había reclutado fundamentalmente entre una población rural, formada por granjeros y por sus hijos, y dirigido por oficiales que eran, a su vez, terratenientes. Conservaban en buena medida el antiguo etos hoplita que consideraba la defensa de la tierra de la comunidad como el principal de los deberes de los ciudadanos en armas. Cuando el enemigo ignoraba abiertamente a un ejército romano y se

sentía libre de saquear la tierra a su antojo, quería decir que despreciaba el poder de los romanos y suponía un desafío directo a que demostraran lo contrario. Puede decirse que, en el mundo antiguo, apenas había Estado alguno que pudiera resistirse a tales provocaciones sin admitir su propia debilidad. Los romanos no constituían la excepción, sobre todo porque seguían convencidos de la superioridad de su infantería, a pesar de la derrota de Trebia.



MAPA 9. *Batalla del lago Trasimeno, 217 a.C.*

Al tiempo que Flaminio se daba prisa para entrar en contacto con el enemigo en las primeras semanas de junio, parecía que los cartagineses iban huyendo porque se sentían aterrorizados por las armas de los romanos. Según Polibio, la columna romana estaba repleta de voluntarios que preveían una victoria fácil y que iban cargados con grilletes y cadenas que esperaban utilizar con los prisioneros a los que capturarían y a los que venderían como esclavos.[22]

Aníbal continuó su marcha hacia el sur, provocando a los romanos mediante el salvajismo de sus actos de depredación. Éstos se encontraban ya solamente a un día de marcha tras él. Después de pasar la ciudad de Cortona, llegó al lago Trasimeno, donde se le presentó una oportunidad, al ver que la ruta principal seguía un desfiladero con la orilla a un lado y una línea de colinas al otro. El 20 de junio, el ejército cartaginés avanzó dejando atrás el lago y montó un campamento bien visible en la parte más extrema de las colinas. Durante la noche, Aníbal dividió las tropas en varias columnas y las situó detrás de las colinas, ocupando posiciones paralelas al camino. Esas marchas nocturnas nunca eran sencillas y no constituía una hazaña menor el que un ejército compuesto por tantas nacionalidades diferentes hiciera su camino en calma hasta la posición que le correspondía sin caer en confusiones y sin ser descubierto por el enemigo que, al acabarse el día, había dispuesto su campamento cerca de la orilla del lago. La mayor parte de las tropas, si no todas, se habían situado en las laderas amagadas de la zona más elevada, ocultas a la vista del enemigo en el momento de la salida del sol. La caballería se hallaba en el flanco más próximo a los romanos, dispuesta a caer por detrás de la columna del enemigo una vez hubiera entrado por entero en el desfiladero para cortarle así la retirada. Los celtas formaban en el centro y los soldados de a pie africanos y españoles el flanco izquierdo, cerca del campamento púnico. Los pelotones dispuestos a comenzar las escaramuzas y los honderos baleares se encontraban probablemente a la izquierda de estas tropas, dispuestos a cerrarles la salida del desfiladero. Actualmente es imposible saber si la emboscada se preparó en las orillas septentrional u oriental del lago Trasimeno, puesto que las fuentes de que disponemos son poco claras y, en ocasiones,

contradictorias. Tampoco sabemos con seguridad dónde se encontraba la línea de la orilla del lago en el siglo III si la comparamos con la actual, y es muy posible que haya cambiado considerablemente.[23]

El ejército de Flaminio estaba dispuesto a avanzar en la madrugada del día 21, esperando evidentemente cerrar ese día la persecución. Amaneció con niebla, y la línea de colinas casi no se apreciaba, pero es posible que pudiera ver el campamento púnico situado en la otra parte del desfiladero. Quizás formó su ejército en tres columnas dispuestas a convertirse en la *triplex acies* según la manera habitual de aproximarse al enemigo, pero nuestras fuentes son vagas, y en buena medida debió depender del trecho de terreno existente entre las colinas y el lago en el siglo III a.C. Si el ejército hubiera formado en una sola columna, ésta se habría alargado al menos cinco millas y quizás considerablemente más, haciendo muy poco probable que toda esa fuerza hubiera podido caer en alguno de los posibles lugares en que los púnicos tendrían dispuesta la emboscada. Flaminio no envió exploradores, pero era raro que los ejércitos romanos de esa época tuvieran cierto cuidado en reconocer los lugares por los que pasaba su vanguardia. Normalmente se asumía que, a la luz del día, cualquier enemigo suficientemente numeroso como para representar una amenaza sería claramente visible a cierta distancia.[24]

Mientras el ejército romano marchaba rápidamente siguiendo la orilla del lago, los soldados de Aníbal que se hallaban a la espera conservaron una disciplina admirable. Sólo cuando la vanguardia romana —compuesta habitualmente por caballería romana y aliada y por los *extraordinarii* seguidos de una de las *alae* latinas— chocó contra la izquierda del frente púnico (ya sea contra quienes comenzaban las escara-

muzas o contra los libios y los españoles), fue el momento en que Aníbal dio orden de ataque a todo el ejército restante. Pronto comenzaron a bajar enemigos en formación de combate descendiendo de las colinas en todas direcciones. El ejército romano quedó paralizado por la confusión. Los soldados apenas podían ver nada, puesto que la niebla aún dominaba el desfiladero, por lo que la visibilidad era muy limitada y, en lugar de eso, sólo oían los gritos de guerra del enemigo y el ruido de la lucha procediendo simultáneamente desde diferentes direcciones.

Desde el momento en que funcionó la emboscada la victoria de Aníbal era segura, puesto que el ejército romano se encontraba en una posición desesperada. No obstante, tuvo lugar una dura lucha de tres horas antes de que alcanzara la victoria total. Es bastante seguro que los romanos marchaban en tres columnas, pero costaba bastante tiempo y una intensa supervisión el convertir esta formación en algo parecido a una línea de combate adecuada. En Trasimeno, prácticamente no tuvieron tiempo y, en cualquier caso, ningún oficial sabía dónde y en qué dirección debía formar esa línea de combate. En algunos lugares a los soldados les entró el pánico cuando veían a enemigos reales o imaginarios saliendo de entre la niebla. Por todas partes, los legionarios formaron una piña, dirigidos a menudo por sus centuriones y, algunas veces, por los tribunos, y mantuvieron el campo con aquella determinación implacable tan característica habitualmente del soldado romano. La lucha fue especialmente intensa en el centro, donde los guerreros galos sufrieron elevadas pérdidas a medida que, poco a poco, iban venciendo la resistencia romana.

Polibio afirma que a Flaminio le entró pánico y cayó en la desesperación hasta que fue muerto por un grupo de galos anónimos, pero Livio, que tiene muy poco más que decir en favor del cónsul, describe su conducta como mucho más apropiada a la de un senador romano enfrentado a una crisis. En esta versión, Flaminio galopó por entre el ejército lanzando gritos de aliento a los soldados y tratando de organizar su resistencia. Reuniendo a un grupo de los combatientes más valientes, se encargó de prestar ayuda a sus hombres allí donde veía que se les presionaba con una mayor dureza. Fácilmente reconocible por su espléndido equipo, el cónsul se convirtió en el centro de los ataques del enemigo, en particular de los aliados galos de Aníbal, quienes se supone que reconocieron en él al hombre que les había derrotado y que había convertido sus tierras en baldíos en 223. Según el poema épico de Silio Itálico, Flaminio había llegado hasta el punto de provocación de llevar un escalpelo galo en la cresta del casco. Esta obra es, a menudo, pura imaginación y quizás eso sea sólo una invención sensacionalista, aunque es bien cierto que nos presenta una imagen mucho más salvaje de aquella con la que relacionamos habitualmente a la civilizada aristocracia romana. Finalmente, un jinete insubre, a quien Livio llama Ducario, cargó contra las líneas romanas, mató al guarda personal de Flaminio y atravesó al propio cónsul con su espada. No obstante, un grupo de legionarios, de *triarii* según Livio, aunque puede utilizar el término de manera genérica, rechazó a los galos y evitó que el cadáver del cónsul fuera saqueado y decapitado.

Es posible que no toda la confusión tuviera lugar en las filas romanas. El ejército de Aníbal había comenzado la batalla desplegado por una extensa área de terreno de colinas y debió hacer frente a los mismos problemas de falta de visibili-

dad que los romanos, por lo que sus ataques no debieron estar tan perfectamente coordinados como sugieren nuestras fuentes. La vanguardia romana abrió brecha por entre las tropas enemigas que tenía enfrente, quizás la infantería ligera, y las empujaron por encima del camino. En un determinado momento perdieron el contacto con las tropas que venían tras ellos, posiblemente cuando un oficial debió sacarlas de allí para formar otra línea de combate con el fin de oponerse a alguna de las demás amenazas. Alrededor de seis mil hombres avanzaron por aquel camino sin encontrar más enemigos frente a ellos, pero fue entonces, a medida que iban ascendiendo separándose del desfiladero y cuando la niebla comenzó a volverse más ligera, el momento en que pudieron echar la vista atrás y comprobar la magnitud del desastre que se había abatido sobre el resto del ejército. La resistencia organizada se había hundido por completo con la muerte del cónsul. Los hombres eran muertos mientras corrían, abandonando las armas, o se ahogaban tratando de ganar a nado la orilla contraria del lago. Otros intentaron meterse en el agua, sumergiéndose hasta el cuello y, después, la caballería púnica disfrutaba metiéndose con los caballos en el lago y acuchillando las cabezas que sobresalían. La vanguardia no podía hacer nada útil si regresaba por lo que marcharon para refugiarse en un poblado cercano. Al final del día, Aníbal envió a Mahárbal con algunas tropas españolas apoyadas por los lanceros a rodear el lugar. La vanguardia se rindió con la promesa de que se respetarían sus vidas y, según Livio, que se les permitiría marchar en libertad llevando únicamente las ropas que vestían, pero nada más. Aníbal no aprobó el acuerdo aceptado por su subordinado. Los romanos fueron esclavizados, pero, como ocurría habitualmente, los aliados, que probablemente constituyeran la

mayor fuerza de ese grupo, fueron bien tratados y se les permitió regresar a sus hogares asegurándoles que Aníbal estaba luchando a su favor en contra de sus dueños romanos.

Fabio Píctor afirmó que murieron quince mil romanos, al tiempo que desaparecieron unos diez mil hombres, quienes se dispersaron y, gradualmente, fueron regresando a Roma. No está claro si esta cifra incluía a los prisioneros, por ejemplo a los seis mil hombres de la vanguardia, pero Polibio dice que Aníbal apresó a unos quince mil hombres. Consiguió reunir también grandes cantidades de botín y, en particular, equipo militar. Pronto la infantería libia se vio reequipada en forma de legionarios romanos, recibiendo cada hombre una cota de malla, un casco de bronce y un *scutum* ovalado, aunque no está claro si adoptaron también los *pila* romanos o las espadas. Las pérdidas de Aníbal fueron muy inferiores, unos mil quinientos o dos mil quinientos dependiendo de las fuentes, la gran mayoría galos, pero también habría que incluir a treinta oficiales principales. Unas pérdidas del 3-5 por ciento no constituían un precio demasiado elevado a pagar por la aniquilación del enemigo como fuerza efectiva, pero, dadas las ventajas tácticas de que disfrutaba el ejército púnico, es una muestra de la feroz resistencia que opusieron los soldados romanos y sus aliados. Aníbal enterró a sus propios muertos, en especial a los oficiales, con gran cuidado y trató de encontrar el cadáver de Flaminio para dispensar al cónsul igual tratamiento, pero no fue capaz de hallarlo. Quizás los insubres se habían deshecho de él siguiendo su costumbre, pero es posible que, sencillamente, se perdiera entre los numerosos cadáveres, o que algunos saqueadores le hubieran despojado rápidamente de la armadura y las ropas hasta volverle irreconocible.[25]

Al cabo de pocos días los romanos sufrieron otro desastre. Gémino había avanzado con toda rapidez para reunirse con el otro cónsul y había enviado como avanzadilla a cuatro mil jinetes al mando de Gayo Centenio. Aníbal supo de su llegada antes de que los romanos conocieran la derrota de Flaminio. Mahárbal salió con otra columna y lanzó un ataque por sorpresa contra los jinetes romanos. Quienes no murieron en la primera embestida se retiraron a una zona elevada, donde fueron rodeados y se vieron obligados a rendirse al día siguiente. La pérdida de su caballería eliminó cualquier amenaza eficaz que habría podido suponer la existencia de otro ejército romano en el campo de batalla.[26]

Pocos comandantes habrían sido capaces de repetir la proeza de Aníbal, haciendo caer en una emboscada y destruyendo a todo un ejército completo. Había dictado el curso de toda la campaña, atrayendo a Flaminio a una posición desesperada. Estas operaciones, no sólo evidenciaban la superioridad de Aníbal como general, sino también la mayor flexibilidad de su ejército. No es sólo que sus tropas tuvieran la habilidad de desplazarse hasta posiciones donde podían llevar a cabo una emboscada protegidas por las sombras de la noche sin perderse o sin acabar situados en un lugar equivocado para, a continuación, demostrar su disciplina sin atacar prematuramente, sino que también quedaba demostrada la capacidad de sus subordinados por la tarea exitosa de las dos columnas dirigidas por Mahárbal. Los romanos seguían esperando todavía que las batallas fueran abiertas y conservando las formalidades de siempre, donde el coraje de sus legiones, estrechamente controladas por los oficiales, podían conseguir el éxito, y no ponían el mismo cuidado que sus adversarios en mantener al enemigo bajo vigilancia constante y en sorprenderle siempre, allá donde fuera posible.

El «Prudente»

Este segundo desastre, ocurrido sólo seis meses después del de Trebia, sacudió a Roma. A medida que se extendían los rumores y que los primeros supervivientes comenzaban a llegar a la ciudad, el pretor urbano, Marco Pomponio, subió a la tribuna de oradores del Foro y anunció sencillamente lo que sigue: «Hemos sido derrotados en una gran batalla» *(pugna magna victi sumus)*. El dramatismo de los relatos de Livio que muestran a esposas, madres y padres esperando a las puertas de la ciudad la llegada de maridos e hijos entre los fugitivos ha sido rechazado, a menudo, como retórica pura, pero es importante recordar que la mayor parte de la población contaba con algún familiar o con amigos en el ejército. Esta derrota había ocurrido no muy lejos de Roma y pudo haberles parecido que apenas había nada que permitiera detener al enemigo que marchaba sobre la ciudad. Las noticias de la derrota de Centenio llegaron tres días después de los informes de lo ocurrido en el lago Trasimeno, aumentando la desesperación general.[27]

Un ejército consular había sido destruido y, mutilado el otro por la pérdida de la caballería, había regresado a Ariminum para contrarrestar las incursiones gálicas que iban en aumento, provocadas por la presencia de Aníbal. En medio de esta crisis, el Senado decidió que debería nombrarse a un dictador militar para coordinar la defensa contra Aníbal, la primera vez que se hacía algo parecido desde el 249. Esto significaba que el *imperium* de todos los demás funcionarios quedaba en suspenso y que, durante seis meses, Roma contaría con un único magistrado supremo. Durante una dictadura, únicamente se mantenían invariables los poderes de los tribunos de la plebe porque no desempeñaban ninguna función militar. Por lo general, los dictadores eran nombrados

por uno de los cónsules en servicio, pero como Gémino no podía venir a la ciudad, se llevó a cabo una elección para cubrir el puesto, aunque Livio puede haberse equivocado cuando afirmaba que el título de esta persona sería, en realidad, el de *prodictator* o «dictador accidental». Las centurias del pueblo, reunidas en asamblea, eligieron como dictador a Quinto Fabio Máximo, y a Marco Minucio Rufo como su *magister equitum* (jefe de la caballería) o segundo en la línea de mando.[28]

Ambos eran hombres con experiencia. Fabio Máximo —el título de «el más grande» se le había concedido a un antepasado suyo varias generaciones anterior— había sido cónsul por dos veces, en el 233, cuando consiguió el triunfo sobre los ligures, y en 228, además de haber ocupado el cargo de censor en 230. Tenía ahora unos cincuenta y ocho años, es decir, era bastante mayor de acuerdo con el modelo habitual de los generales romanos, pero iba a demostrar que se trataba de un comandante activo e iba a convertirse en uno de los héroes romanos más grandes de todo el conflicto, obteniendo el consulado en tres ocasiones más durante la década siguiente. No obstante, es muy posible que nunca hubiera alcanzado de nuevo un cargo público de importancia de no haber sido por la crisis desencadenada por la guerra de Aníbal. Apodado Verrucosus, o «El Verruga», como resultado de un grano prominente que tenía en la cara, Fabio había sido considerado un niño perezoso, falto de iniciativa, y sólo sería en su carrera adulta cuando se ganaría un respeto generalizado. Sabemos mucho menos de Minucio, que había sido cónsul en 221, pero no parece que ambos estuvieran muy próximos y sus relaciones iban a ser tensas en la futura campaña. Presentarlos como miembros de partidos diferentes significa no entender nada de la política romana, y la defensa realizada

por Minucio de llevar a cabo una estrategia más agresiva era típica de los demás comandantes que Roma había enviado al campo de batalla a lo largo de todo ese conflicto, y representa la reacción instintiva de la mayoría de los senadores.[29]

Ambos hombres se dedicaron por entero a la organización de las defensas de la ciudad inmediatamente después de su nombramiento. Quizás no sabían todavía que Aníbal había dado media vuelta y no tenía ninguna intención de marchar directamente sobre Roma. Fabio insistió públicamente en la falta en que había incurrido Flaminio en la ejecución adecuada del ritual religioso el año anterior, convenciendo al Senado para que consultase los Libros Sibilinos y nombrase a uno de los pretores para supervisar la ejecución de los rituales necesarios con el fin de propiciar a los dioses. Tranquilizados ante esta explicación de los desastres recientes, mediante la cual se ofrecía la promesa de que las tradicionales virtudes romanas del valor y la piedad les sacarían de la crisis, y contagiados por la actividad de Fabio y de Minucio, todos los grupos sociales se dedicaron a hacer preparativos para continuar la guerra.[30]

Fabio tuvo especial cuidado en insistir en la tradicional dignidad de su propio cargo al viajar para tomar posesión del mando del ejército comandado por el cónsul superviviente y añadirle las tropas recientemente reclutadas. Gémino había recibido instrucciones de marchar con sus tropas siguiendo la *via Flaminia*, y las dos fuerzas se encontraron en Narnia. El dictador iba escoltado por veinticuatro lictores, un número igual a los de ambos cónsules juntos, cuyo poder, en realidad, él reunía en su persona. Fabio le envió un mensaje a Gémino para informarle de que, a partir de ese momento, debía abandonar cualquiera de los símbolos del cargo y llegar a presencia del dictador como un ciudadano privado. To-

mando el mando de sus soldados, Fabio envió a Gémino a Ostia para hacerse cargo, como procónsul, de la flota que se encontraba allí reunida. Sin embargo, Fabio decidió hacer caso omiso de una de las restricciones tradicionales que se les imponía a los dictadores y el Senado le permitió ir montado a caballo. Esta antigua prohibición era probablemente una reminiscencia del antiguo dominio de la infantería pesada por el grupo de hoplitas que deseaban que su comandante en jefe fuera a pie, luchando y, si era necesario, muriendo con ellos, formando parte de la falange de infantería. De aquí que fuese el subordinado del dictador, el jefe de la caballería, quien tradicionalmente dirigía esta última arma. Dado el tamaño y la organización más compleja del ejército a finales del siglo III a.C., la movilidad era esencial para que un general pudiera mandar con eficacia.[31]

Después de Trasimeno, Aníbal se había trasladado hacia el este, volviendo a atravesar los Apeninos e invadiendo el Piceno, alcanzando la costa del Adriático después de diez días de marcha. Por el camino, sus soldados se dedicaron al pillaje y al saqueo de las tierras por las que cruzaban, desvalijando con brutalidad y asaltando los pueblos y las pequeñas ciudades por las que pasaban. Ni hombres ni monturas se hallaban aún recuperados por entero de la larga marcha que hubieron de soportar para llegar a Italia y de las dos rápidas campañas que libraron a continuación. Los hombres mostraban signos de padecer escorbuto y los animales sarna, provocados ambos por una carencia vitamínica. Al llegar a la costa, los hombres pudieron descansar y recuperarse alimentándose de la gran cantidad de productos que consiguieron en esta rica zona. Bañaron a los caballos con vino ácido o *acetum*, que habían conseguido en grandes cantidades, devolviendo una buena condición a su pelo. Incluso cuando las

tropas descansaban se veía obligado a trasladar su campamento periódicamente cuando el ejército consumía los alimentos y los buenos forrajes que se encontraban en las proximidades. Aníbal debía mantenerse en movimiento debido a la necesidad de alimentar a hombres y animales, pero la capacidad para realizar acciones de merodeo que había desarrollado su ejército en pleno corazón de la Italia romana sirvió para propagar a los cuatro vientos la incapacidad del adversario para oponérsele. Una vez llegado al Adriático, pudo enviar por primera vez un mensaje por mar a Cartago, informando de sus éxitos desde que había salido de España. Los cartagineses quedaron maravillados por ellos y prometieron enviar ayuda para apoyar sus campañas y las operaciones de su hermano en España, aunque fuera muy escasa la que llegara a Aníbal.[32]

Recuperada la salud del ejército, Aníbal continuó el avance hacia el sur por la llanura costera de la Italia oriental, conquistando entre otras la colonia romana de Luceria. A continuación, el ejército púnico se desplazó hacia el sudoeste para llegar a Aecae donde, una vez más, entró en contacto con un ejército romano. Fabio, con su ejército formado por cuatro legiones y sus aliados (es decir, al menos cuarenta mil hombres), se hallaba acampado a seis millas del enemigo. Había avanzado tomando precauciones, explorando con cuidado ante él para advertir de inmediato la presencia del adversario, pues no se conocía con certeza la localización precisa del ejército cartaginés. La inmediata respuesta de Aníbal consistió en formar su ejército y presentar batalla fuera del campamento romano. Los romanos no respondieron, por lo que, tras esperar un tiempo suficiente para que sus hombres advirtieran la indecisión del enemigo, regresó con su ejército al campamento. Quedó muy claro que Fabio no tenía intención

de arriesgarse a presentar batalla bajo cualquier circunstancia. Ciertamente, se trataba de una sabia decisión, pues al menos la mitad de su ejército se hallaba formado por soldados muy bisoños, y todos le tenían miedo a aquel enemigo que había derrotado a ejércitos romanos por dos veces en menos de un año. Cuando Aníbal volvió a cruzar los Apeninos hacia el oeste una vez más, Fabio fue siguiendo su marcha, pero negándose a entablar una batalla importante. La orografía de monte bajo de esa zona favorecía a los romanos, permitiéndole a Fabio mantenerse en las zonas más alevadas y ocupando y acampando siempre en posiciones contra las que Aníbal no podía arriesgarse a lanzar un ataque. El plan del dictador consistía en ir debilitando al enemigo indirectamente, privándole de los suministros de víveres, una estratagema conocida posteriormente por los romanos como consistente en «darles una patada en el estómago». Siempre que podían, los romanos atacaban las partidas cartaginesas que iban en busca de forraje, sin infligirles demasiadas bajas, pero dificultándoles la acción de conseguir alimentos y forraje. Se había enseñado a las poblaciones locales a que buscaran refugios en posiciones fortificadas, llevándose consigo, o destruyéndolos, el ganado y los alimentos, aunque no está claro hasta qué punto eran obedecidas estas órdenes.[33]

Fabio se veía obligado a actuar con una gran habilidad para mantenerse tan cerca del enemigo sin ofrecerle la oportunidad de luchar, pero el conocimiento del terreno que tenían los romanos y sus aliados les ofrecía una clara ventaja. Sin embargo, en el momento en que Aníbal cruzó hacia Samnium y se dedicó a saquear las fértiles tierras que rodeaban Benevento, el ejército romano se había quedado a uno o dos días de marcha detrás del enemigo. Entonces, los cartagineses decidieron atacar el interior de la Campania y devastar el

rico *ager Falernus*, famoso por sus vinos, considerando que el hecho de amenazar esa zona, cultivada por ciudadanos romanos, debería obligar a Fabio a presentar batalla o a mostrar definitivamente la debilidad de Roma. Es posible que esperara también que, en ese momento, Capua y otras ciudades pudieran desertar pasándose a sus filas, como, de hecho, harían un año más tarde, al haberlas animado a ello las promesas de los prisioneros campanos. De hecho, las ciudades se mantuvieron leales, como también lo hicieron en esta época quienes aún se mantenían como aliados de Roma, a pesar de las victorias de Aníbal y de la evidente debilidad que los romanos habían mostrado por su incapacidad para impedir que siguiera devastando el territorio a voluntad.[34]

Fabio siguió al enemigo, pero, una vez más, continuó rechazando la provocación y el ejército romano observaba, desde la seguridad que le ofrecían las montañas, cómo los cartagineses saqueaban e incendiaban. Se estaba entrando ya en el final de la campaña, y Aníbal se enfrentaba al problema de establecer una base donde su ejército pudiera hibernar y disfrutar de los botines conseguidos en sus incursiones. Eso significaba, en primer lugar, escapar a través de uno de los escasos pasos de montaña que rodeaban la llanura Falernia, y Aníbal decidió emplear la misma ruta que había usado para entrar. Fabio se le anticipó, haciendo cálculos correctos, y consiguió ocupar el paso con cuatro mil hombres, mientras el resto del ejército acampaba en una colina frente a él. El ejército de Aníbal se detuvo y levantó el campamento en la llanura que se encontraba por debajo. La manera en que, en ese momento, consiguió desplegar su ejército, se ha convertido en una lección clásica del arte de la guerra en la Antigüedad, y aparece explicada en casi todas las narraciones bélicas y ha sido utilizada en los manuales militares posterio-

res. Se le ordenó al oficial que se hallaba a cargo de la intendencia del ejército, un tal Asdrúbal, que reuniera bueyes y les atara a los cuernos ramas de madera. A los soldados se les pidió que comieran y descansaran cuanto pudieran durante la tarde. El ejército se pudo en movimiento por la noche. Se encendieron las antorchas atadas a los cuernos del ganado y se fue empujando a los animales hacia lo alto de la loma, mientras que los portadores de jabalinas ayudaban a los conductores para que avanzaran en la dirección correcta. Simultáneamente, la columna principal comenzó a ascender hacia el puerto, con los libios en vanguardia pertrechados con los equipos romanos, la caballería y los bagajes a continuación, y galos y españoles en retaguardia.

Las tropas romanas que defendían el paso contemplaron aquella masa de antorchas y abandonaron sus posiciones para hacer frente al presumible enemigo. Cuando alcanzaron aquella reata de animales se detuvieron llenos de confusión, momento en que fueron atacados por los portadores de jabalinas, con quienes mantuvieron una escaramuza a intervalos hasta que ambas partes acabaron por zafarse unos de otros. Fabio vio las luces de las antorchas y oyó el ruido de la lucha, pero se negó a moverse del campamento en la oscuridad, a pesar de la insistencia de sus oficiales, en general, y de Minucio, en particular. Dados los problemas que suponía pelear de noche y la relativa inexperiencia de sus soldados, es probable que se tratara de la decisión correcta, y podemos cuestionarnos si los romanos hubieran sido capaces de localizar e interceptar al enemigo con tiempo suficiente como para conseguir algo positivo de haber hecho una salida. La principal columna de Aníbal pudo atravesar el puerto sin interferencia alguna y escapar con todo su botín, además de con el ganado utilizado en aquella estratagema. La mañana

siguiente vio cómo los lanceros púnicos hacían frente a los destacamentos romanos en lo alto de la loma situada junto al paso. Aníbal respondió con mayor rapidez que su oponente y envió en su ayuda una fuerza de *caetrati* españoles. Ligeramente armados y acostumbrados a los terrenos abruptos, los españoles, no sólo regresaron con los lanceros sanos y salvos, sino que, además, infligieron elevadas pérdidas a los romanos.[35]

Fabio había sido humillado, permitiendo que su enemigo escapara de una posición aparentemente desesperada. Ya desde el principio, no sólo en Roma, sino también en el propio ejército, habían criticado la política pasiva del dictador. Oficiales y soldados que despreciaban sus precauciones habían apodado a Fabio «el *paedagogus* de Aníbal», haciendo referencia a que le seguía por todas partes como los esclavos que acompañaban a los niños a la escuela llevándoles los libros. Por instinto, los romanos tenían una manera muy agresiva de conducir la guerra, llevando a cabo una escalada en el conflicto en lugar de soportar pérdidas pacientemente. Las operaciones de Fabio se hallaban más de acuerdo con la prudencia militar de la época helenística, es decir, si, de manera realista, un comandante no esperaba poder conseguir el triunfo en una batalla, debía evitarla hasta que llegara el momento en que estuviera en condiciones de aumentar sus fuerzas en relación con las del enemigo, pero hasta entonces muy pocos de los aristócratas romanos, si es que había alguno, apreciaban esas sutilezas. Cuando el dictador se vio obligado a regresar a Roma para la supervisión de ciertos rituales religiosos, Minucio ignoró sus órdenes y atacó. El ejército de Aníbal no estaba concentrado, pues se hallaba muy ocupado reuniendo los suficientes suministros para pasar el invierno, y los romanos salieron vencedores de una es-

caramuza a gran escala en las afueras de Gerunium, localidad que Aníbal había arrasado y que trataba de utilizar como cuartel de invierno. Relatos exagerados de esta acción provocaron una alegría generalizada en Roma, ante la creencia de que, al fin, habían encontrado un comandante que deseaba y que era capaz de presentar batalla. En una acción sin precedentes, el tribuno de la plebe, Metilio, consiguió que se aprobara una ley que concedía al *magister equitum* igual *imperium* que al dictador. En efecto, significó un retorno a la normalidad, por el hecho de contar con dos magistrados principales y, al regreso de Fabio, se encontró con que el ejército se hallaba dividido en dos mitades, tomando el mando tanto Fabio como Minucio de lo que sería el equivalente a un ejército consular. El resultado era previsible. Aníbal atrajo a Minucio a una trampa donde castigó duramente a su ejército antes de que llegara Fabio y le pudiera sacar del atolladero, aunque este último rehusó llevar la lucha más allá. Por voluntad propia, el jefe de la caballería se convirtió de nuevo en subordinado, aclamando al dictador como a un padre, poderosa figura en la sociedad romana, pues tenía poder de vida y muerte sobre sus hijos, e invitando a sus hombres a que consideraran a los soldados de Fabio como sus señores, de la misma manera que si fueran esclavos liberados.[36]

El año acabó siendo testigo de cómo el ejército romano se mantenía a una distancia respetable del enemigo, pero librándose esporádicas escaramuzas entre algunas patrullas y grupos que forrajeaban. En diciembre del 217 expiró el periodo de seis meses de dictadura, y Fabio y Minucio regresaron a Roma, dejando el ejército al mando de Gémino, el cónsul superviviente, y de Marco Atilio Régulo (hijo del cónsul

del 256), que había sido elegido como cónsul de suplemento o de sustitución y que ya había ocupado esa magistratura diez años antes.

Quinto Fabio Máximo recibiría las máximas alabanzas de los integrantes de su propia generación y de los de las venideras por ser el hombre que salvó a Roma evitando entrar en combate. Se ganó el apodo de *«Cunctator»* («El Prudente»), lo que evidentemente suponía un gran progreso respecto a su otro apodo, *«Verrucosus»*. Su dictadura ofreció a los romanos un periodo de respiro para recuperarse de las derrotas de Trebia y Trasimeno, en el que pudieron rehacer sus fuerzas. En nuestras fuentes se le presenta como una figura solitaria, la única en advertir que los romanos no podían derrotar a Aníbal en combate abierto, y que se negó a dejarse influir, mediante la persuasión o la burla, para que abandonara su decisión de no luchar.

Capítulo 8
CANNAS Y LA CRISIS EN ROMA

El 2 de agosto del 216, Aníbal consiguió su más resonante victoria en una llanura al norte del pequeño pueblo de Cannas, situado en una colina del sur de Italia. Al final del día, sus mercenarios, muy superados en número, habían rodeado y realizado una matanza con la mayor parte del más grande ejército que Roma había presentado jamás en combate, convirtiendo esa batalla en una de las más sangrientas que hayan tenido nunca lugar, rivalizando incluso con las matanzas llevadas a cabo con las técnicas industrializadas del siglo xx. Para los romanos, Cannas se convirtió en el punto de referencia que serviría para calibrar la gravedad de otras derrotas, no siendo superada nunca e igualada solamente una o dos veces en los seis siglos siguientes. Cannas continúa siendo una de las batallas más famosas que jamás se hayan librado, con referencias frecuentes en la moderna literatura militar, hasta el punto de que las tácticas de Aníbal se enseñan todavía en las academias militares en que se preparan actualmente los oficiales. El comandante en jefe de las tropas de las Naciones Unidas en la Guerra del Golfo, general Norman Schwartzkopf, afirmó que había hecho uso de principios basados en el estudio de las campañas de Aníbal, y de Cannas en particular, en la planificación y el control de sus propias breves campañas de efectos devastadores. Durante los siglos xix y xx, las disciplinas de Historia Antigua y de Arqueología se vieron dominadas totalmente por los estudiosos de la escuela germana, y quizás fuese un reflejo de esta situación el hecho de que el estudio del arte de la guerra en la Antigüedad fuese tomado tan en serio por los militares prusianos y germanos. Von Schlieffen, el arquitecto del plan de invasión de Francia en 1914 d.C., estaba obsesionado con

Cannas, estudiándola con increíble detalle a lo largo de toda su vida, e intentando con su plan de guerra alcanzar una victoria total de esas mismas características. Cannas se convirtió en la palabra clave que, para muchos generales germanos, resumía el éxito completo. En 1941 d.C., cuando Rommel rechazó al ejército británico hacia Tobruk, escribió en su diario: «se está preparando un nuevo Cannas», y alrededor de un año después, en diciembre de 1942, durante la campaña de Estalingrado, el comandante de la sexta División Panzer hizo un informe jactancioso de un día de lucha acabada con éxito en los alrededores del desconocido pueblo de Pakhlebin, bautizando aquel choque como «la Cannas de Pakhlebin».[1] No obstante, y a pesar de desarrollar «la batalla perfecta», Aníbal perdió finalmente la guerra y, sin haber conseguido ninguna otra victoria tan grande como ésa, pero todavía invicto en combate, se vio obligado a abandonar Italia doce años más tarde. Este capítulo tiene como objeto debatir el cómo y el por qué los romanos fueron capaces de sobrevivir a este desastre.

Cannas, agosto de 216 a.C.

Si queremos entender lo que sucedió en la campaña de Cannas y en la propia batalla en sí misma debemos tener constantemente presente que, en ese momento, nadie podía imaginar el resultado y que, incluso durante la misma batalla, se dieron varias fases en las que las cosas se podían haber vuelto en contra de Aníbal, a pesar de la brillantez de sus tácticas. El relato que Livio hace de los preliminares del encuentro están dominados por el sentimiento de la inminencia del desastre, puesto que, una vez más, un impulsivo comandante romano llevó temerariamente al ejército a la de-

rrota, ignorando el consejo de su compañero de armas de mayor experiencia. Ese sentimiento de inevitabilidad de la catástrofe que impregna la narración es enteramente falso.

El Senado romano había decidido llevar a cabo un esfuerzo enorme para la campaña del 216. Los magistrados de aquel año formaban un grupo distinguido, pues uno de los cónsules y tres de los cuatro pretores habían obtenido el consulado con anterioridad, mientras que el cónsul restante y los demás pretores habían conseguido el pretorado antes en una ocasión. Por primera vez, cada uno de los cónsules recibió un ejército de doble tamaño, formado por cuatro legiones, que se esperaba que lucharan juntos. En 225, los cónsules habían mandado también cada uno ellos cuatro legiones, pero la participación de ambos ejércitos en la batalla de Telamon fue únicamente fruto de la coincidencia. Las propias legiones iban a tener un tamaño mayor de lo habitual, incrementándose hasta alcanzar un número que los romanos consideraban apropiado para enfrentar aquella crisis general, hasta el punto de que cada uno de ellos reunió cinco mil hombres de infantería, junto con el complemento habitual de trescientos jinetes. No sabemos el tamaño de los *alae* aliados adjudicados a cada ejército, pero se puede asegurar claramente que su infantería era bastante parecida en número a la de los romanos de a pie, mientras que su caballería era más numerosa. Se ha puesto en duda, en ocasiones, el enorme tamaño sin precedentes de este ejército, en especial desde el momento en que Livio habla de la existencia de diferentes versiones sobre la cantidad de tropas enroladas en ese año. No obstante, Polibio creía firmemente que el ejército unido de ambos cónsules constaba de ocho legiones y no hay ninguna buena razón para dudar de él. No fue éste el único ejército romano que iba a ser puesto en pie de guerra en ese

año. Además de las fuerzas que operaban en España y Sicilia, se envió al norte un ejército formado por dos legiones para enfrentarse a las tribus de la Galia Cisalpina que mantenían una rebelión abierta. Esta expedición estaba comandada por Lucio Postumio Albino, quien había sido cónsul por dos veces en 234 y 229 y que, en ese momento, debía hallarse probablemente próximo a los sesenta años de edad.[2]

Los cónsules siguientes a los que se les encargaría el mando de éste, el ejército más grande que jamás pusiera Roma en pie de guerra, eran Cayo Terencio Varrón y Lucio Emilio Paulo. Este último era abuelo de Escipión Emiliano, quien, por esta razón, recibiría un trato muy favorable por parte de Polibio y de todos los historiadores que vendrían a continuación. Era su segundo consulado, pues ya en 219 había luchado con éxito contra los ilirios y celebrado un triunfo, aunque parece ser que se vio envuelto en el escándalo relacionado con aquella campaña y que llevó a la retirada de la política a su colega, Marco Livio Salinator. Paulo iba a caer en batalla, pero, a diferencia de Flaminio, era miembro de una riquísima familia aristocrática de muy buena posición, muy capacitada para defender su reputación en los años venideros. Encontraron una adecuada víctima propiciatoria en la persona de su colega, quien sobrevivió a la lucha, pero que era un hombre nuevo y vulnerable a la propaganda de unas familias tan poderosas. Los descendientes de Varrón continuaron siendo miembros del Senado, pero ninguno tuvo una carrera distinguida y la familia nunca consiguió ser admitida en el núcleo de las familias senatoriales que dominaron las magistraturas principales hasta el final de la República.

Livio retrata a Varrón como un demogogo bastante parecido a Flaminio, lo que le viene como anillo al dedo a su teoría de que fueron los políticos radicales y populares quienes

causaron la mayor parte de los desastres que le sucedieron al Estado, cuando las muchedumbres ignoraban el sabio liderazgo de los experimentados aristócratas del Senado. Nos cuenta que la familia de Varrón no era distinguida, ya que se decía que su padre era un carnicero. Una acusación de esa clase era típica de las exageradas invectivas, característica normal del debate político romano, y no debería tomarse en serio. Se supone que Varrón fue uno de los que más apoyo ofrecieron a la ley de Metilio para conceder a Minucio el mismo poder que a Fabio Máximo el año anterior, pero, por otra parte, e incluso según el relato de Livio, su carrera no había sido nada radical. Al igual que Flaminio, debía contar con apoyo considerable por parte de las clases más ricas en los *Comitia centuriata* para haber ganado la elección al consulado. Livio afirma incluso que fue el único candidato de la Asamblea en esa elección, lo que dice mucho en favor de su popularidad, y que, de hecho, dirigió la votación para nombrar a su colega. Su éxito sirve también para certificar que poseía considerable apoyo entre sus compañeros senadores y, dado que el magistrado que presidía podía ejercer una gran influencia sobre el resultado de una elección, no es muy probable que él y el otro cónsul mantuvieran cierta hostilidad entre sí. No existe ninguna buena razón para aceptar el retrato de Livio sobre Emilio Paulo como un partidario de la estrategia de Fabio de evitar la batalla. Tampoco es cierto que el propio Fabio creyera que ésa fuera la mejor manera de proceder durante la primavera del 216, y el hecho de que siguiera esa estrategia en los años posteriores a Cannas no significa necesariamente que él la defendiera con anterioridad al desastre.[3]

Incluso aunque Fabio fuese aún partidario de esa política de dilación, los planes del Senado para la campaña del año 216 ponían de manifiesto que aquél se encontraba en minoría, y que la institución senatorial esperaba una confrontación directa con Aníbal. La dictadura de seis meses de Fabio había procurado al Estado el tiempo suficiente para recuperarse de las derrotas de Trebia y Trasimeno. Su ejército, formado por cuatro legiones, estaba relativamente bien preparado y había alcanzado algunos éxitos de importancia menor, incluso aunque una parte de éste hubiera sido derrotado también bajo el mando de Minucio. A esta fuerza le añadieron cuatro legiones nuevas y menos experimentadas, con lo que unos ochenta mil soldados de a pie y seis mil en la caballería se enfrentarían a los cuarenta mil y diez mil de Aníbal, respectivamente. Una continuación de la estrategia de Fabio no requeriría una fuerza de tal envergadura, y la concentración de tantos soldados y monturas incrementaba enormemente los problemas de suministro. La moral era buena tanto entre la población en conjunto como entre los soldados, que estaban ansiosos por entrar en combate. Eran numerosos los senadores y sus hijos que se encontraban sirviendo como tribunos, en la caballería, o como personal de mando. Uno de los tribunos era el anterior jefe de la caballería, Minucio. En particular, los soldados aliados se hallaban ansiosos por entrar en combate y vengar la devastación que Aníbal había llevado, en su marcha, a los campos italianos. Polibio afirma que el Senado le pidió a Paulo que presentara batalla y le atribuye un discurso en el que explicó a los soldados las razones de las recientes victorias de Aníbal y les aseguró que el enemigo no sería capaz de resistir la fuerza com-

binada de ambos ejércitos consulares. En la versión de Polibio, Varrón y Paulo no están en desacuerdo sobre si debía buscarse el combate, sino sobre cuándo y dónde hacerlo.[4]

Al principio de la campaña del 216, Aníbal todavía se encontraba en su base invernal de Gerunium, en Apulia, observado cautelosamente por el ejército que mandaban Gémino y Régulo. A ambos hombres se les había ampliado su poder, nombrándoles procónsules para ese año, pero no está claro si Régulo permaneció en el ejército durante la campaña siguiente. Livio afirma que consiguió el permiso para regresar a Roma, aduciendo para ello problemas de edad y enfermedades, y, de hecho, la afirmación que hace Polibio de que fue asesinado no es cierta, ya que en 214 llegó a ser censor. Una vez que las cosechas estuvieron suficientemente maduras como para permitir la recolección, Aníbal condujo a su ejército hacia el sur. Los procónsules le siguieron a distancia prudencial y enviaron repetidos mensajes al Senado recabando instrucciones y explicando que no podían acercarse más al enemigo sin verse obligados a presentar batalla; una afirmación llena de lógica, pues el territorio que atravesaban ambos ejércitos era abierto y bastante llano. Aníbal avanzó y conquistó la fortaleza en ruinas de Cannas, que todavía utilizaban los romanos como depósito de víveres.[5]

No está claro cuándo llegaron los nuevos cónsules ni cuándo se reunieron las dos partes del ejército. Polibio da a entender que eso no sucedió hasta después de que Aníbal tomara Cannas, menos de una semana antes de la batalla, mientras que Livio habla de su llegada antes de que aquél abandonara Gerunium. Probablemente es preferible el relato de Polibio, no sólo porque la mayor parte del que Livio hace de la retirada de Aníbal sea increíble, sino también porque las dificultades para conseguir alimentar a un ejército de ta-

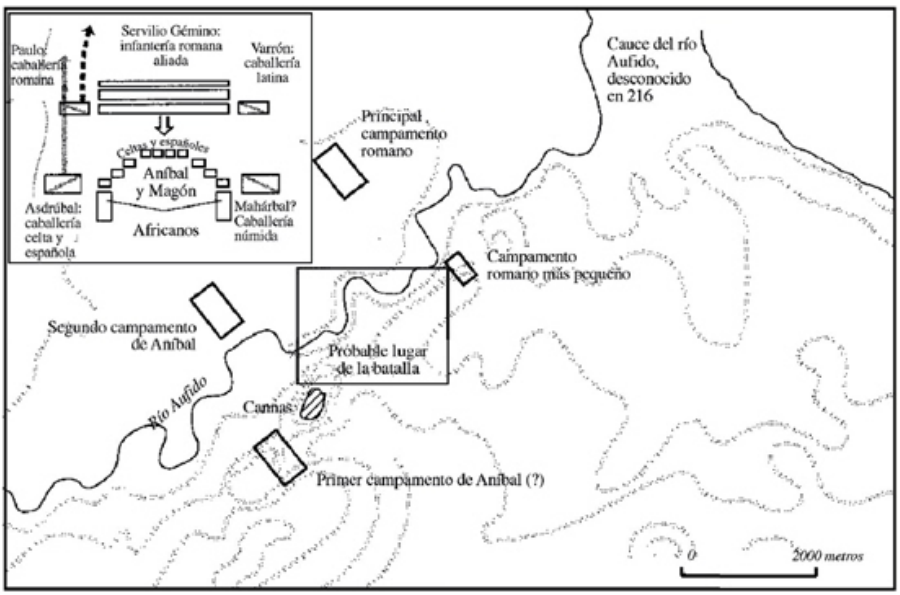
les dimensiones convierten en improbable que la fuerza romana permaneciera concentrada durante tanto tiempo. Es también incierta la precisa localización del campo de batalla, principalmente respecto a en qué ribera del río Aufidio se libró el combate. No sabemos qué curso seguía el río en el siglo III, pero está claro que difería del recorrido actual. Aunque algunas autoridades han situado la batalla al norte —el término se utiliza con escasa precisión, puesto que, de hecho, el río discurría desde el suroeste hacia el nordeste—, en lo que habitualmente se denomina margen izquierda, una lectura más fácil de nuestras mejores fuentes dan como resultado la localización de la lucha en el sur, o en la margen derecha, suponiendo que el curso del río originalmente discurriera a mucha mayor distancia del montículo en el que se halla situado el propio Cannas. Esa posición hace más inteligibles los movimientos de ambos ejércitos y será la que aquí aceptaremos.[6]

Los romanos avanzaron cuidadosamente en persecución de Aníbal, una vez aprendida del fracaso de Flaminio en Trasimeno la lección de efectuar exploraciones apropiadas. Parece ser que marcharon siguiendo la llanura costera, quizás para evitar de esa manera el verse obligados a atravesar alguna posición adecuada para preparar una emboscada. El día que llegaron a la vista del ejército enemigo se detuvieron y acamparon a seis millas de distancia. Los romanos se encontraban al este de aquella llanura limpia y abierta que cae suavemente hacia la mar, pues hay una ligerísima pendiente. Los cónsules ocupaban el mando del ejército en días alternos, práctica habitual en aquellas raras ocasiones en que ambos cónsules operaban de manera conjunta, pero que Fabio se había negado a adoptar con Minucio el año anterior. Se cree que Paulo aconsejó no dirigirse directamente contra el

enemigo en aquel terreno que favorecía a la más numerosa caballería de Aníbal, pero, al día siguiente, le correspondía tomar el mando a Varrón y éste decidió seguir avanzando. Cuando los romanos marchaban cruzando la llanura, la caballería y la infantería ligera de Aníbal atacaron la columna y produjeron cierto desorden antes de que aquéllos pudieran formar una parte de sus fuerzas para rechazar al enemigo. Los *velites* romanos y la caballería lucharon junto con manípulos de legionarios en orden cerrado, ofreciéndoles una cierta ventaja sobre el adversario. Las escaramuzas duraron hasta la caída de la noche, y es dudoso que los romanos hubieran cubierto muchas millas en el momento en que instalaron el campamento. Al día siguiente, Paulo continuó el avance y llevó el ejército a acampar a orillas del río, sólo a un par de millas de la posición ocupada por Aníbal.

Polibio afirma que a Paulo seguía sin gustarle el terreno, pero creyó que, en ese momento, los dos ejércitos se hallaban demasiado próximos como para que los romanos pudieran alejarse algo de manera segura. Es posible que, simplemente, Polibio estuviera tratando de culpabilizar de la derrota a Varrón, pero era evidente la dificultad que suponía retirarse en presencia del enemigo. Los romanos hubieran sido muy vulnerables cuando se retiraran cruzando aquella llanura abierta y, de todas maneras, una retirada de esas características tendría un efecto desmoralizador sobre los soldados. No debería olvidarse que, en esta época, las legiones no estaban formadas por los soldados profesionales altamente disciplinados de años posteriores, sino que constituían aún una milicia voluntaria de ciudadanos que deseaban regresar a la vida civil tan pronto como acabara la campaña y se pusiera fin a la amenaza contra el Estado. En ese momento, el ejército estaba entusiasmado, con confianza en su propio número

y animado por las promesas de sus líderes y por las victorias en las escaramuzas que habían tenido lugar durante el invierno. Si sus comandantes parecían no tener ninguna confianza en la victoria y decidían huir ante el enemigo que estaba devastando con entera libertad los campos de los romanos y de sus aliados, entonces la moral del ejército empezaría a decaer. Aparte del riesgo que suponía un descenso en la moral, existía otra poderosa razón que obligaba al ejército a presentar batalla con prontitud. Alimentar a tantos hombres constituía un problema inmensamente difícil de resolver y que nunca finalizaba, y que se había agravado aún más con la pérdida de los suministros de Cannas. Si la campaña se prolongaba, entonces los dos cónsules se verían obligados a dividir sus fuerzas para poder así alimentar hombres y caballos. Paulo dividió a su ejército y envió a la parte más pequeña hasta un campamento separado al otro lado del Aufidio con la expresa intención de proteger a los grupos dedicados al forrajeo que se enviarían a ese lado del río.[7]



MAPA 10. *Batalla de Cannas, 216 a.C.*

Aníbal se enfrentaba a problemas similares, y que empeoraban por su carencia absoluta de cualquier fuente inmediata de suministros, al margen de lo que sus soldados pudieran forrajear o conseguir. Livio afirma que, inmediatamente antes de la batalla, la situación era tan comprometida que muchos de sus mercenarios, y en especial los contingentes españoles, estaban planteándose la deserción. Se llegó a creer incluso que Aníbal estudió la posibilidad de irse hacia la Galia con sus oficiales principales y la caballería, aunque su desesperación puede muy bien ser otro intento de destacar la prudencia de la estrategia de Fabio, simplemente si se la hubiera seguido. La toma de Cannas fue sencillamente una solución temporal a las necesidades de su ejército, y con los romanos tan cerca no podía arriesgarse mucho más, desplegando su ejército en destacamentos para enviarlos a forrajear. Por tanto, ambos bandos necesitaban presentar batalla en un futuro inmediato si es que los problemas de suministro no iban a ejercer la suficiente presión sobre ellos para que se retiraran o se dispersaran, y estas dos últimas posibilidades les exponían a un peligro cierto. Además, el tamaño del ejército romano asustaba y se cree que uno de los oficiales de Aníbal, un tal Gisgo, hizo algún comentario sobre su superioridad. Se dice que el general le dirigió una mirada solemne y, a continuación, lleno de sarcasmo se mofó diciendo que aunque pudiera haber muchos romanos por allí, no veía a ninguno que se llamara Gisgo, con lo que desató una oleada de carcajadas, quizás forzadas, nerviosas, o adulatorias, o una mezcla de todo ello, entre su estado mayor allí reunido.[8]

Pasaron varios días en los que los ejércitos se observaban el uno al otro y realizaban una lucha de escaramuzas según era habitual. Aunque los dos bandos estaban ansiosos por librar una batalla, ninguno de ellos deseaba provocarla hasta

que no se encontrara preparado. Por aquel entonces, Aníbal se había desplazado desde la ciudadela de la colina de Cannas, y había cruzado el río y acampado en el mismo lado del principal campamento romano. La situación más probable de su campamento es el terreno elevado en que ahora se encuentra la villa de San Ferdinando di Púglia. Al día siguiente, 31 de julio, al ejército cartaginés se le dio orden de prepararse para la batalla, limpiando las armaduras y afilando las hojas de sus armas. El 1 de agosto, el ejército de Aníbal salió del campamento para desplegarse en la llanura abierta enfrente de la colina. Ese día, Paulo era quien ostentaba el mando, pero su único movimiento consistió en desplegar poderosas fuerzas de cobertura ante ambos campamentos romanos. Parece que Aníbal quedó satisfecho al haberles podido ofrecer a sus soldados una muestra de la timidez de los romanos. La caballería ligera númida atravesó el río y ascendió cabalgando a hostigar a los esclavos que recogían agua para el campamento menor. Paulo permaneció a la defensiva y Aníbal no hizo ningún movimiento posterior para forzar la entrada en combate.[9]

Es comprensible la renuencia del comandante romano a luchar en aquella llanura abierta, dada la evidente superioridad de la caballería de Aníbal, pero Polibio nos dice que sus soldados se ofendieron por su conducta pasiva, puesto que una mezcla natural de entusiasmo y nerviosismo les hacía más larga la espera de la batalla que se preveía. Se cree que Varrón también se hallaba igualmente nervioso a la vista de la caballería númida cabalgando hacia el campamento romano, y cuando, al día siguiente, le correspondió ocupar el mando, decidió presentar batalla. Sin embargo, no planificó hacerlo en las mismas circunstancias que acababa de rechazar su compañero, sino al otro lado del río, en la llanura más

estrecha situada al norte de la propia Cannas. Livio afirma que incluso dio las órdenes sin preocuparse siquiera de consultar con Paulo, pero eso es sumamente improbable y Polibio no lo recogió. Puede ser que Paulo no considerara prudente luchar, pero eso convertiría en algo bastante extraño aquel deseo suyo de aproximarse en primer lugar al enemigo, y es muy posible que estuviera de acuerdo con la decisión de Varrón. Un especialista ha llegado a sugerir incluso la ingeniosa y atractiva teoría de que la batalla de hecho se libró el día en que a Paulo le correspondía el mando, pero eso es imposible de demostrar y es más seguro fiarnos de nuestras fuentes.[10]

Ya muy temprano en la mañana del 2 de agosto, Varrón tenía la *vexillum* de color rojo, la bandera romana cuadrada que llevaba el cuerpo de guardia del cónsul, izada en el exterior de la tienda, como señal tradicional para entrar en combate. Es probable que los tribunos hubieran recibido las órdenes durante la noche, dándoles así tiempo para que prepararan a sus hombres, puesto que, inmediatamente después del amanecer, el ejército comenzó a salir del campamento principal y cruzó el río. Uniéndose a las tropas del campamento más pequeño, los romanos formaron un solo frente de combate, con el flanco derecho descansando en el río. Esta posición de vital importancia fue ocupada por la caballería romana, que debía constar de dos mil cuatrocientos hombres si todas y cada una de las ocho legiones contaban con todos los jinetes al completo. El flanco izquierdo, situado contra la colina donde se elevaba la propia Cannas, fue ocupado por la caballería latina y de los aliados, que contaban con los que faltaban hasta llegar a los seis mil caballos del ejército, por lo que deberían ser unos tres mil seiscientos hombres. Se creía que las *alae* normalmente aportaban el triple de jinetes que

las legiones, pero el hecho de que en Cannas hubiera una proporción menor quizás era debido a las elevadas pérdidas sufridas por la fuerza de Centenio el año anterior. Sin embargo, también es posible que algunas de las legiones tuvieran una menor fuerza de caballería, por lo que, en ese caso, el contingente aliado habría sido mayor.

El centro del ejército estaba compuesto por su componente más poderoso, la infantería pesada de las legiones y las *alae*. Quizás había unos cincuenta y cinco mil hombres en la infantería pesada apoyados por quince mil *velites*, lo que permitía que algunos contingentes se mantuvieran al margen de la batalla por diferentes razones. Estaban formados en la habitual *triplex acies*, pero con una importante diferencia, ya que Polibio nos dice que los manípulos se hallaban colocados mucho más próximos entre sí de lo que era normal, con la profundidad de cada uno de ellos «tantas veces» más amplia que su frente. No conocemos las dimensiones precisas de esta formación y las estimaciones han variado desde una profundidad total para las tres líneas de entre cincuenta a setenta filas, ofreciendo un frente para el centro de entre media milla a una milla, y donde quizás cada manípulo estaba desplegado con cinco hombres de frente. Existían varias razones para adoptar esta formación. La primera de todas era simplemente una cuestión de espacio, ya que aquel terreno llano entre las colinas y el río era estrecho y no habría permitido que todas las legiones y las *alae* pudieran desplegarse en su formación normal y menos profunda pero, puesto que los romanos habían elegido luchar en esta disposición, claramente no pensaban que eso fuera un gran problema. Esa formación más profunda y estrecha les permitía, tanto a los manípulos a título individual como al ejército en su conjunto, moverse más rápidamente mientras las filas

mantenían su formación, ya que cuanto más amplia sea ésta, tanto más rápidamente caerá en el desorden según va marchando incluso por el terreno más llano posible. Aunque algunos de los soldados romanos habían estado de servicio desde el 218, y un buen número tenía la experiencia del año anterior, más de la mitad del ejército estaba formado por reclutas que no tendrían una disciplina demasiado alta. Además, el ejército en su totalidad había tenido muy poco tiempo, o prácticamente nada, para ejercitarse de forma conjunta, y ninguno de los oficiales tenía experiencia en la dirección o el servicio de una fuerza de aquellas dimensiones sin precedentes. La formación adoptada era suficientemente simple como para actuar con ese material y capaz de crear una enorme presión hacia adelante. Visualmente era intimidatoria para cualquier enemigo que se cruzara en su camino, mientras que los soldados romanos disfrutaban de la seguridad de sentirse rodeados por tantos compañeros. La profundidad de la formación dificultaría además la huida de los soldados. Los hombres de las filas de vanguardia se verían imposibilitados de escapar hasta que quienes estuvieran situados por detrás hubieran ido avanzando y éstos se hubieran alejado de los peligros inmediatos y de las presiones del combate. Una vez que la masa de romanos diera comienzo a su pesada marcha hacia adelante sería difícil detenerla. Al menos quien lo intentara debería tener una capacidad de aguante muy superior al de la infantería de Aníbal, mucho menor numéricamente. El precio a pagar era una pérdida de maniobrabilidad, ya que la reducción de los espacios entre los manípulos hacían virtualmente imposible que éstos pudiesen cambiar la formación o girarse para encarar otra dirección.

Varrón se situó él mismo a la cabeza de la caballería latina, mientras que Paulo comandaba a los jinetes romanos y el procónsul Servilio Gémino dirigía la infantería del centro. Hay quien ha considerado que la posición de Paulo al frente de la prestigiosa caballería romana era una prueba de que la batalla se libró el día que le correspondía el mando, pero, en realidad, no está claro si ésa era la posición normal ocupada por el mando supremo de un ejército. En las pocas batallas en que ambos cónsules están presentes, ninguno de los dos aparece ocupando una posición de privilegio, ya que, tradicionalmente, no se esperaba que combatieran juntos.[11] El ejército al completo debió ocupar un frente de entre una y dos millas y es bastante probable que formara un ángulo con el río a la espalda, encarado aproximadamente hacia el suroeste, para que pudiera situarse en una llanura que no tenía más de una milla y un tercio de anchura. El plan romano era simple y se basaba en su experiencia de las anteriores batallas. En Tesino y Trebia, la caballería romana había sido superada en número y en la lucha en orden abierto, permitiendo de esta forma que esa caballería enemiga rodeara a todo el ejército. No obstante, en Trebia la infantería romana había conseguido abrir brecha en el centro del enemigo, mientras que incluso en una lucha tan desorganizada como la de Trasimeno habían presentado una fuerte resistencia y, de hecho, la vanguardia había destrozado el frente púnico. El reforzado centro romano debería ser capaz de repetir esos éxitos y romper el centro cartaginés. Todo lo que se les pedía a las alas de la caballería era proteger durante el tiempo suficiente los flancos de la infantería para ganar la batalla en el centro. El propio terreno evitaba que las alas de la caballería se vieran superadas por los flancos por un enemigo numéricamente superior y, en este caso, la táctica romana iba a ser pura-

mente defensiva, diseñada para mantener la posición tanto tiempo como fuera posible. Probablemente fue ésta la razón por la que los dos cónsules tomaron el mando de estas posiciones más críticas, intentando con su presencia animar a la caballería para que conservara sus posiciones ante adversarios más numerosos. Si se derrotaba y se dispersaba a la infantería, el ejército de Aníbal sería vencido por entero, incluso aunque su caballería alcanzara finalmente éxito en su combate contra sus adversarios romanos. El plan de Varrón no era sutil, y no hay nada mejor que las tácticas que utilizaron en Cannas para ilustrar los comentarios anteriores de Polibio a propósito de que los romanos confiaban sobre todo en la fuerza bruta, pero podía haber funcionado fácilmente y algo más sofisticado no hubiera sido posible en un ejército que estuviera bajo su mando. A Aníbal le habían llevado a un campo de batalla elegido por los romanos, donde esperaban evitar su superioridad en la caballería y poder estar seguros de que no había ninguna emboscada preparada detrás de sus líneas. Ya no contaba con los elefantes que habían hecho cundir el pánico en los ejércitos romanos anteriores y ahora sería aplastado por el número y el coraje de la potencia mayor de Roma, por su firme ciudadanía formada por granjeros-soldados.[12]

No había garantía alguna de que Aníbal aceptara el combate en aquella estrecha llanura. Paulo dejó a diez mil hombres para que guardaran el campamento principal que se encontraba en la misma margen del río que el enemigo. No está claro si se trataba de una sola unidad, quizás una legión con su *ala*, o de destacamentos de varias unidades. No hay ninguna buena razón para creer que se hubieran destinado todos los *triarii* a realizar esa tarea, puesto que, y al revés de lo que a veces se afirma, éste no era su papel habitual. Se dijo

que Paulo les había ordenado atacar el campamento púnico en el caso de que Aníbal tragara el anzuelo y cruzaba el río para luchar. Si eso es cierto, hay que aceptar entonces que se trataba de un plan audaz, típico de los romanos, y la conquista del campamento y de los bagajes de Aníbal aseguraría que el enemigo no tuviera ninguna oportunidad de rehacer su ejército para continuar la lucha. Cuando menos, conseguiría debilitar la fuerza del enemigo al dejar un destacamento para proteger el campamento mientras que el resto del ejército libraba la batalla principal. De hecho, el comandante púnico decidió rápidamente aceptar el desafío de trabar combate y no parece que tomara ninguna medida especial para proteger su base.[13]

Aníbal respondió rápidamente al ver que los romanos cruzaban el río, lo que quiere decir que su ejército se encontraba dispuesto, al menos parcialmente, para hacer una salida en cualquier momento. Envió a los honderos y a los lanceros a atravesar el río actuando como fuerza de cobertura para permitir que el resto del ejército pudiera salir y desplegarse. El cuerpo principal vadeó el Aufidio por dos lugares, lo que sugiere que estaba dividido en dos columnas. En ese momento, el ejército giró formando una línea para encararse a los romanos, con su flanco izquierdo descansando contra el río. Los diez mil jinetes se distribuyeron por las alas pero, en esta ocasión, Aníbal situó a todos los númidas frente a la caballería latina y concentró a la izquierda a toda su caballería, que cabalgaba con silla de montar y bridas, en orden cerrado. No conocemos cuántos hombres había de cada nacionalidad, pero al menos cuatro mil de los jinetes eran galos y varios miles españoles, con lo que es probable que el ala izquierda púnica superara en número de manera significativa a los romanos que tenían enfrente. Los númidas debían ser

aproximadamente iguales en número a los latinos, pero es imposible saberlo con certeza. Aníbal contaba con cuarenta mil hombres en la infantería, pero esta cifra total incluía a la infantería ligera. De estos últimos había contado con ocho mil en Trebia, y es dudoso si el alistamiento de celtas había aumentado de manera sustancial ese total, pues las escaramuzas no eran comunes en el arte de guerrear de los galos. Eso dejaba un resto de treinta y dos mil hombres para la infantería en orden cerrado, de los cuales la mayoría eran celtas, quizás unos veinte mil, ya que no había recibido más destacamentos libios o españoles. Es posible que hubiera de ocho a diez mil libios en la infantería y alrededor de unos cuatro mil españoles.

La infantería española y gala unida formaba el centro del ejército, desplegado en compañías alternas. Polibio utiliza la palabra *speirai*, que es uno de los términos usados por él para referirse a los «manípulos», y es probable que lo emplee para describir unidades de algunos cientos de hombres, aunque quizás no tuvieran un tamaño estándar. Este intercalado de compañías procedentes de dos grupos étnicos distintos sugiere que los galos debían estar ya plenamente integrados en el ejército de Aníbal, por lo que no era necesario situarles formando contingentes tribales mayores. Los libios estaban divididos en dos mitades, cada una de ellas aproximadamente con la fuerza de una legión romana, y situados en las alas, formados en columnas de mucho fondo. Aunque nuestra fuente no lo deja claro, es probable que, de hecho, se encontraran detrás de los extremos de la línea formada por españoles y celtas, fuera de la vista de los romanos. Debían componer seguramente la segunda de las columnas de Aníbal, cruzando el río aguas arriba de la fuerza principal, y ocultos a la mirada del enemigo. Una vez que el ejército alcanzó sus

posiciones, Aníbal hizo avanzar las compañías del centro de su infantería, para que toda la línea se combara hacia el enemigo, con todas las unidades escalonadas hacia atrás a ambos lados de ese nuevo y estrecho frente. El mismo general, junto con su hermano Magón, se encontraba con los galos y los españoles, mientras que Asdrúbal dirigía a la caballería pesada, y Livio dice que Mahárbal controlaba a los númidas. Aníbal se había imaginado correctamente que el esfuerzo principal de los romanos se iba a hacer sobre el centro y, por tanto, ajustó su despliegue y dio las órdenes en consecuencia. Su plan consistía en utilizar la propia fuerza del enemigo en su contra, pero es tarea más sencilla describir cómo lo consiguió que anticipar la acción.[14]

A ambos ejércitos les debió costar horas el alcanzar sus posiciones y desplegarse en orden de combate, con los tribunos moviéndose nerviosos de un lado para otro a fin de reunir a los dos ejércitos romanos y situar a los hombres en sus lugares. Cuando estuvieron dispuestos, más de ciento veinticinco mil hombres y dieciséis mil caballos estaban reunidos en un área que no ocupaba más allá de cinco o seis millas cuadradas, mientras que muchos otros soldados y decenas de miles de esclavos, sirvientes y criados hacían de espectadores desde los tres campamentos. El ruido de sus movimientos apagaba el chirrido constante de las cigarras que llenaban el aire de esta llanura en los días de verano. Tantos pies y tantos cascos levantaban nubes de polvo que se arremolinaban en medio de las fuertes ráfagas del caluroso viento volturno que soplaba desde el sureste. El polvo era un contratiempo a añadir para aquellos hombres que se estaban empezando a achicharrar dentro de sus pesadas armaduras bajo el deslumbrante y caluroso sol. En el lado romano, el ejército presentaba una apariencia bastante uniforme, aunque debemos re-

cordar que eran soldados ciudadanos y no hay ninguna razón para creer que llevaran túnicas del mismo color o que los escudos estuvieran pintados con la misma insignia. Nuestras fuentes quedaron mucho más impresionadas por los trajes diversos del ejército enemigo. Por una parte se encontraban los libios, vestidos con cascos romanos y armadura, y con las *scuta* ovales; luego los galos desvestidos hasta la cintura (pues eso es probablemente lo que Polibio quiere decir con «desnudos»), y los españoles y sus blancas túnicas con bordes púrpuras, a los que podríamos añadir los númidas sin armadura con sus característicos peinados y cabalgando sobre sus caballos pequeños y lanudos. Desconocemos hasta qué punto es fiable esta descripción. Los españoles habían dejado sus hogares dos años antes y podríamos preguntarnos cuántos vestirían todavía el traje nativo y no lo hubieran sustituido ya por cualquier cosa disponible en los lugares por los que pasaban o que se pudiera hacer en el campamento. No obstante, probablemente conservaran sus armas nativas, los españoles con sus espadas cortas y punzantes y quizás algunas de las hojas curvas parecidas a las *kopis* griegas, mientras que los galos utilizarían sus largas hojas cortantes.

Durante algún tiempo los ejércitos se observaron, mientras que las infanterías ligeras se enfrentaban en una lucha de escaramuzas entre ambas líneas. Ninguna de las partes pareció conseguir demasiada ventaja en este combate y, finalmente, los encargados de llevar a cabo aquellas escaramuzas se retiraron tras las principales líneas de su infantería. Parece que las tropas ligeras de Aníbal se movieron entonces para apoyar a su caballería en las alas, como habían hecho en Trebia, puesto que, al principio de la batalla, a Paulo le golpearon en la cara con una piedra lanzada por uno de los honderos baleares. Parece ser también que los *velites* roma-

nos fueron retrocediendo por entre los escasos espacios que quedaban en la línea formada por los *hastati*. Sin embargo, el primer combate cuerpo a cuerpo ocurrió cuando Asdrúbal dirigió la caballería de españoles y galos contra los jinetes romanos. Tuvo lugar una horrible *mêlée*, hasta el punto de que las fuentes insisten una vez más en que se trató de un combate diferente a la mayoría de los que habían tenido lugar con la caballería como protagonista, pues no consistió en una sucesión de cargas y persecuciones, sino en una lucha permanente. De nuevo, volvemos a oír que los hombres desmontaban de sus monturas para luchar a pie. Finalmente, la ferocidad de los jinetes españoles y galos demostró ser muy superior y consiguieron matar a los romanos o ponerlos en fuga. No está clara cuál era la ventaja con la que contaba Asdrúbal en cuanto al número, puesto que el restringido espacio que quedaba entre los centros de la infantería y el río quizás le previnieron de llevarla hasta allí para presionar. Quizás sucediera simplemente que la caballería romana había asumido que debía ser derrotada como de costumbre por los jinetes púnicos, de la misma manera en que estos últimos creían que deberían vencer. A menudo, en el combate cuerpo a cuerpo, la confianza era más importante que el número o el equipo. Los romanos huyeron, aunque muchos se encontraron con que su escapatoria se hallaba cortada por el río y fueron abatidos por sus exultantes adversarios. El combate había sido duro pero, según Livio, no había durado demasiado, aunque siempre es difícil saber qué hacer con unas alusiones al tiempo tan imprecisas. Antes de que terminara, la infantería pesada se encontraba ya en el centro.[15]

No parece que los hombres de Aníbal hubieran avanzado demasiado una vez que formaron su línea convexa apuntando hacia el enemigo, por lo que es probable que fueran los

romanos quienes avanzaran, ya que se hallaban ansiosos por decidir el combate antes de que derrotaran a su caballería. La cacofonía de ruidos debió ser espantosa en el momento en que los romanos se daban gritos de ánimo, hacían sonar sus trompetas y golpeaban las armas contra los escudos, al tiempo que los guerreros celtas y españoles les contestaban con sus propios gritos de guerra, intentando cada bando aterrorizar al otro para someterle. Cuando se situaron muy próximos, la línea romana se detuvo y comenzó a arrojar sus *pila*, mientras que el enemigo contestaba lanzando una verdadera lluvia de sus propias jabalinas. A pesar de su número, los romanos no lanzaron muchos más proyectiles que sus adversarios, pues los hombres de las hileras traseras, incluso los de los manípulos de *hastati*, no podían hacerlo sin correr el grave riesgo de tocar a sus propias hileras de vanguardia. Pronto, los romanos, animados por sus oficiales y por los hombres situados por detrás, se lanzaron hacia adelante para buscar el cuerpo a cuerpo. La lucha siguió el modelo habitual, con breves ráfagas de una salvaje lucha cuerpo a cuerpo, y después de cada una de ellas, los exhaustos participantes se echaban hacia atrás unos pocos metros para tomar aire, provocando a los enemigos y arrojándoles proyectiles, hasta que recuperaban la confianza y la energía suficientes para continuar la lucha. Livio dice de los romanos que «se dedicaron durante mucho tiempo a empujar repetidamente hacia adelante», antes de que empezaran a ganar terreno contra una fuerte oposición.[16] Los galos eran famosos por su ferocidad durante las primeras fases de la batalla, pero se supone que se cansaban rápidamente y perdían el ánimo si les parecía que no ganaban. En Cannas, igual que en Telamon, rompieron el estereotipo literario que los retrata como los inconstantes y fácilmente cansados bárbaros, y opusieron

una larga y vigorosa resistencia. Había varias razones que pueden explicar por qué pudieron hacerlo. En cuanto al número, eran aproximadamente iguales a los *hastati* romanos y, puesto que prácticamente ocupaban el mismo frente, sus compañías estaban formadas con una profundidad parecida. El refuerzo que suponía tener a su lado a una experimentada infantería española debió también contribuir a tranquilizar a los galos, a quienes, además, les animaría la presencia de Aníbal y Magón, que cabalgaban por aquella zona, inmediatamente detrás de la línea de combate, dando gritos de ánimo a sus guerreros. Seguramente, también tuvo mucho que ver el orgullo, pues tanto los galos como los españoles eran producto de sociedades guerreras que premiaban la gloria militar por encima de cualquier otra cosa. En Cannas, estos hombres habían sido especialmente elegidos como los primeros para encontrarse con el enemigo, situándolos incluso a la vanguardia del cuerpo de ejército principal donde todos podían ser testigos de su valor, en un gesto no muy distinto al de los gesatas en Telamon, corriendo desnudos ante todo el ejército, desafiando al enemigo y retándole a que avanzara.

Sólo muy lentamente consiguieron los romanos obligar a los celtas y a los españoles a retroceder y, en un primer momento, lo hicieron paso a paso, todavía encarándose a ellos. Aquella comba de la formación de Aníbal fue perdiéndose hasta convertirse en una línea recta, y los romanos seguían presionando, hasta el punto de hacer retroceder bastante al enemigo por el centro; en ese momento, la línea de combate había adoptado una forma cóncava en lugar de convexa. La mayor parte de las líneas del frente luchaban cuerpo a cuerpo y la pelea se generalizó, pero los mayores esfuerzos se realizaban aún en el centro, donde los dos bandos se habían

encontrado primero y donde estaban venciendo los romanos. Los oficiales romanos, incluidos la mayoría de los tribunos, el procónsul y el propio Paulo que se habían desplazado cabalgando hasta el centro después de la derrota de su caballería, animaban a los legionarios a avanzar, les dirigían en las cargas y enviaban manípulos procedentes de las líneas de reserva para que apoyaran a los *hastati*, desesperados por mantener intacto el ímpetu con el que luchaban y sacar partido de ese éxito. La infantería romana fue perdiendo de manera gradual su ordenada formación, a medida que iban desapareciendo los pequeños espacios entre los manípulos y que las unidades se iban fundiendo hasta convertirse en un gran tumulto. Los intervalos entre las tres líneas se habían ido reduciendo también probablemente por la formación de tantos soldados de fondo de cada uno de los manípulos. Ha habido siempre la tendencia a que las formaciones compuestas por grandes masas pierdan el orden y degeneren en un gentío de soldados que presionan hacia adelante (como iba a descubrir el ejército de Napoleón cuando la menguante calidad de su infantería le llevó a utilizar formaciones gigantescas en Wagram, Albuera y Waterloo). No obstante, el empuje hacia adelante de aquella densa masa que formaba la infantería romana era implacable y, finalmente, galos y españoles empezaron a romperse. Al final, los romanos abrieron camino por el centro y siguieron avanzando, la victoria ya a la vista. Probablemente fue en ese momento cuando los galos sufrieron la mayor parte de sus numerosas bajas, pues aquellos que no corrieron con la suficiente rapidez o quienes debían ir lentos a causa de las heridas recibidas eran acuchillados por los legionarios triunfantes. La masa romana se abría

paso a través del centro del ejército enemigo y, en la retaguardia, los comandantes romanos daban prisa a más hombres para que fueran en su apoyo.

A ambos lados de la victoriosa infantería romana se encontraban las columnas de la infantería libia. No sabemos si Aníbal había dado instrucciones a sus mandos para que comenzaran a avanzar cuando el enemigo alcanzara cierto punto, o si en ese momento les envió las órdenes por un mensajero para que iniciaran la acción. Lentamente, las columnas se giraron para encararse hacia el interior y, aunque ha habido un debate considerable sobre cómo se efectuó exactamente esa maniobra, no nos interesa detenernos en ello, pues depende en gran parte de conocer los detalles de cómo era la formación al empezar la batalla, y sobre eso no contamos con información precisa. Entonces, los pelotones, perfectamente alineados, avanzaron hasta alcanzar la masa de la infantería romana desde ambos lados. La desorganización entre los romanos fue espantosa y nadie fue capaz de conseguir agrupar una línea coherente de combate para encarar esta nueva amenaza. Los manípulos se encontraban desesperadamente mezclados, y los hombres actuaron a nivel individual o en pequeños grupos para enfrentarse a los libios que avanzaban. La mayor parte de los romanos se encontraban fatigados por la lucha, ya que incluso aquellos que de hecho no estaban en las filas delanteras se vieron obligados a soportar el esfuerzo del combate cuerpo a cuerpo, y ahora se encaraban con hombres que estaban bien formados y frescos. Es incluso posible que no advirtieran de inmediato que estas nuevas tropas eran enemigas, ya que los soldados africanos iban vestidos con el equipo romano y, en medio de una batalla, a menudo los soldados se desorientan y pierden el sentido de la dirección. En el centro romano cesó cual-

quier movimiento de avance, los dos cuerpos de los africanos presionaron la masa de soldados como un tornillo de carpintero. En ese breve instante de calma, los galos y los españoles, que se habían hundido, empezaron a reorganizarse y regresaron a la lucha.[17]

Varrón debió haber contemplado las primeras fases de la lucha con bastante satisfacción, cuando su infantería empezó a abrir brecha para aplastar al ejército enemigo. El cuerpo de ejército que él mismo dirigía sólo se vio enfrentado a las escaramuzas llevadas a cabo por algunos númidas, que nunca se arriesgaron a realizar una carga y que huyeron tan pronto como los latinos avanzaron hacia ellos. Sus hombres sufrieron muy pocas bajas, pero no había ninguna razón para avanzar y rechazar al enemigo, ya que, mientras permaneciera en su posición y protegiera el flanco de la infantería, las legiones podían realizar su tarea y ganar la batalla. Es dudoso que el cónsul pudiera haber contemplado la derrota de la caballería romana en el ala opuesta, pero incluso aunque Varrón hubiera tenido conocimiento de ella, no habría podido hacer nada por evitarla. A raíz del resultado de la batalla circularon varios rumores para explicar la derrota romana, y uno de ellos fue el de que un grupo de númidas había fingido rendirse, pero que desenvainaron las espadas que llevaban escondidas entre las ropas y habían atacado por la espalda a quienes les llevaban prisioneros; no obstante, Polibio no lo menciona y es bastante probable que no sea verdad.[18]

En el flanco contrario, Asdrúbal había permitido que su caballería persiguiera a los jinetes romanos que huían durante un corto trecho siguiendo el río, pero pronto los tuvo reunidos de nuevo. Era siempre difícil volver a formar a la caballería, una vez que empezaba a dispersarse en persecución de un enemigo inerme, pero debemos rendir tributo a la

capacidad de Asdrúbal y a la disciplina de sus hombres para explicar que se situaran de nuevo en orden de combate con gran rapidez. Es posible que la escasa anchura de aquella planicie contribuyera probablemente a que los perseguidores se mantuvieran próximos; además, debían estar advertidos de no cargar demasiado lejos y no llegar hasta el pequeño campamento romano, situado sólo aproximadamente a una milla siguiendo el río. La caballería española y gala giró en redondo para situarse por detrás del ejército romano y se preparó para cargar por la retaguardia de los jinetes latinos. Al no esperar la llegada de éstos, Varrón y sus hombres huyeron presos de pánico tan pronto como advirtieron lo que se les venía encima. Esas fugas desordenadas no eran infrecuentes cuando una fuerza se enfrentaba, sin esperarlo, a una nueva amenaza, pero la posición debió aumentar el nerviosismo de la caballería latina, puesto que, si se quedaban a combatir, se hubieran visto atrapados entre los númidas, los hombres de Asdrúbal, su propia infantería y las escarpadas pendientes de aquel terreno elevado que rodea Cannas. Una vez más, el comandante del ala izquierda púnica desplegó un control admirable sobre sus guerreros celtas y españoles, deteniéndoles y obligándoles a abandonar la persecución de los soldados de caballería de Varrón que se encontraban totalmente a merced de los númidas. El hecho de que sus hombres no hubieran entrado en contacto real con el enemigo hizo probablemente más sencillo que se mantuvieran en orden. Asdrúbal les hizo girar en redondo y comenzó una serie de cargas contra la retaguardia de la infantería romana. Es posible que los *triarii* quizás hubieran dejado de formar una línea perfectamente definida al haberse visto absorbidos por la masa general y, de todas maneras, es posible que quedaran ya muy pocos oficiales principales en la retaguardia del

ejército como para organizar la resistencia, desde el momento en que la mayoría debía haber avanzado para tratar de controlar la dura lucha que se estaba librando contra la infantería púnica. Es evidente que una línea de lanceros puede girar sobre sí misma y evitar la aproximación de la caballería. En algunos lugares, un denso grupo de hombres presentaban un muro hecho a base de puntas de lanza para detener a los jinetes que se acercaban, en cuyo caso sufrían la lluvia de las jabalinas que les arrojaban, pero, por todas partes, los jinetes púnicos podían realizar una carga penetrando entre aquellos hombres llenos de pánico y en pleno desorden.[19]

La infantería romana estaba en esos momentos casi completamente rodeada. Era tal el desorden que poco podía hacer para utilizar su número, que aún superaba al del enemigo. En aquella masa triturada de hombres no se contaba con ninguna formación de reserva que pudiera enviarse al frente para reiniciar el combate. Por todas partes eran rápidamente rechazados, ejerciendo presión sobre aquella multitud cada vez desde más cerca y aumentando la confusión. Los romanos seguían aún luchando, aunque hay que decir que, para muchos, la huida era imposible. Nuestras fuentes pasan con gran rapidez por encima de esta fase de la batalla y eso hacen también, a menudo, los comentaristas modernos, pues no se trata de un relato tácticamente brillante, sino de una carnicería interminable. A los cartagineses les debió costar horas acabar con sus enemigos. Las pausas entre los breves minutos de furiosos combates cuerpo a cuerpo seguramente no duraban más allá del tiempo que necesitaban los soldados púnicos para superar el cansancio antes de reiniciar la matanza. Siguieron avanzando durante horas, los escudos y los pechos de los caballos teñidos de rojo por la sangre, las hojas de las espadas melladas de tanto matar. Aníbal perdió cuatro

mil galos, mil quinientos entre españoles y libios, y doscientos jinetes, es decir, un total de alrededor de un 11,5 por ciento del ejército completo, que aún sería mayor si estas cifras sólo contabilizaban los muertos y no tenían en cuenta los heridos. Eran unas pérdidas asombrosas para un ejército vencedor en el mundo antiguo, y una prueba de la larga y espantosa lucha que se libró para destruir a las huestes romanas rodeadas.

Nuestras fuentes ofrecen diferentes cifras de las bajas romanas. El habitualmente fiable Polibio está confundido por entero en este tema, pues el número de bajas que presenta es superior al que nos da para todo el ejército completo al principio de la batalla. Livio dice que murieron cuarenta y cinco mil romanos y de la infantería aliada, y dos mil setecientos jinetes; en este caso, parece más creíble su versión. Unos tres mil hombres de a pie y mil quinientos de a caballo fueron hechos prisioneros de inmediato, pero a ellos hay que añadir exactamente diecisiete mil hombres que se rindieron en los dos campamentos romanos al día siguiente, ya que solamente una pequeña proporción de los fugitivos que habían huido hacia éstos estuvieron dispuestos o fueron capaces de seguir su camino para conseguir la libertad. Entre los oficiales principales las pérdidas había sido especialmente graves. Paulo fue muerto, según se dice, después de rechazar el ofrecimiento de su caballo por parte del tribuno Cneo Léntulo, quien había encontrado al cónsul herido y sentado encima de una roca en medio de un gentío de fugitivos. Gémino fue también muerto, al igual que Minucio Rufo, ambos cuestores de los cónsules, así como veintinueve de los cuarenta y ocho tribunos militares. Livio dice además que también habían

caído otros ochenta entre senadores y personalidades que debían ser admitidas en el cuerpo senatorial en el censo siguiente.[20]

Debemos contemplar estas cifras en perspectiva. El 1 de julio de 1916 d.C., el ejército británico comenzó su ofensiva en el Somme, sufriendo un número espantoso de bajas, calculadas en sesenta mil, en el primer día. Fue un desastre que todavía sacude la conciencia nacional, de la misma manera en que Cannas iba a mantenerse como una imagen poderosísima que los romanos recordarían ya siempre a partir de entonces. En la mente popular, a menudo se igualan a esos sesenta mil muertos las bajas de aquel ejército compuesto mayoritariamente de voluntarios, pero, de hecho, de un total de sesenta y un mil ochocientos dieciséis, hubo ocho mil ciento setenta muertos, y treinta y cinco mil ochocientos ochenta y ocho heridos, así como diecisiete mil setecientos cincuenta y ocho registrados como desaparecidos, de los que, posteriormente, diez mil setecientos cinco fueron hallados muertos. Los franceses sufrieron incluso más bajas en el primer día de la ofensiva de Nivelle al año siguiente. En cada caso, estas bajas ocurrieron en un frente de muchas millas de longitud —en el Somme, la fuerza expedicionaria británica atacó en un frente de dieciseis millas—.[21] En Cannas, más de cincuenta mil cuerpos yacían apilados en unas pocas millas cuadradas de aquella abierta llanura. La descripción que Livio hace de la aterradora vista del campo de batalla al día siguiente es posible que deba mucho a su imaginación, pero transmite algo del horror que allí se había desencadenado. Habla de «muchos miles de romanos, de infantería y caballería mezclados», hombres tintos en sangre levantándose de entre los muertos, solamente para ser acuchillados por los soldados púnicos, otros muchos incapaces de caminar, implorando

que les liberaran de su desgracia, algunos que habían cavado agujeros en el suelo para esconder la cabeza y habían acabado por asfixiarse; y cuenta la historia de un númida, a quien habían sacado vivo de debajo del cuerpo de un soldado romano que, en los dolores intensos de la agonía, le había mordido la nariz y las orejas.[22]

Polibio comentó que aquel encuentro había demostrado que era mejor librar una batalla con la mitad de la infantería del enemigo, pero contando con una gran superioridad en la caballería, que luchar aproximadamente con los mismos números que el adversario; pero debe destacarse que la victoria fue posible solamente gracias a la capacidad táctica de Aníbal.[23] El general cartaginés había explotado a su favor la diversidad de su ejército multirracial para derrotar a las homogéneas fuerzas de su oponente. Así, por ejemplo, los númidas mantuvieron ocupada a la caballería latina, mientras que su caballería pesada ponía en fuga a los romanos, y en el centro de la infantería, sus soldados tribales, salvajes pero indisciplinados y pobremente armados habían trabado un duro combate con el enemigo, antes de que, finalmente, se hubieran visto obligados a batirse en retirada, viéndose los romanos atraídos a perseguirlos, con lo que expusieron sus flancos a la infantería libia de reserva. Probablemente es un error considerar que se exponía a galos y españoles de esta manera porque eran menos valiosos que la entrenada falange africana. Sólo la infantería libia tenía la preparación necesaria para esperar tranquilamente en la reserva y maniobrar, a continuación, para hacer caer al enemigo en una trampa. No obstante, la magnitud definitiva de la victoria púnica no debería hacer olvidar los numerosos momentos en los que aquel plan tan complejo pudo haberse hundido. La caballería española y gala podían no haber sido capaces de derrotar a

los romanos tan rápidamente como lo hicieron, ni tampoco que Asdrúbal hubiera conseguido evitar que persiguieran primero a los romanos y más tarde a la caballería latina. Los guerreros del centro podían no haber mantenido durante tanto tiempo la posición como lo hicieron ante aquella tremenda presión romana. Si hubieran roto filas rápidamente, entonces los legionarios que avanzaban se hubieran encontrado formados en un orden suficiente como para poder hacer frente a los libios a quienes superaban enormemente en número. La decisión de Aníbal de mantenerse junto a su centro resalta la importancia de éste. Tuvo que confiar en la capacidad de Asdrúbal para mantener bajo control a su caballería pesada. La suerte sonrió a Aníbal, como suele hacer con los comandantes más célebres.

El dilema de Aníbal y las consecuencias de Cannas

Aníbal dedicó el 3 de agosto a reunir el botín y a apresar a los supervivientes de los campamentos romanos, que capitularon sin oponer demasiada resistencia, la mayoría de ellos demasiado aturdidos todavía por la magnitud del desastre. Una vez finalizada esta operación, los cartagineses enterraron a sus propios muertos, y se dice que también le hicieron un entierro digno a Paulo, aunque dejaron al resto de los romanos donde habían caído. En los pueblos de los alrededores empezó a reunirse lo que aún quedaba de un aturdido ejército romano. Cuando se refugió en Venusia, Varrón contaba sólo con setenta jinetes. Hacia Canusium había huido un grupo mucho mayor, formado por algunos miles de hombres, del que se hicieron cargo cuatro tribunos, incluido Publio Escipión, que entonces tenía diecinueve años, y el hijo de Fabio Máximo. Se cree que Escipión desenvainó su espada y amenazó con matar a algunos jóvenes aristócratas que hablaban de huir al extranjero, obligándoles a prestar juramen-

to comprometiéndose a no abandonar el Estado. Finalmente, en aquella pequeña localidad se reunieron cerca de diez mil hombres y hasta allí llegó Varrón para volver a tomar el mando. La cuestión que se planteaba ahora era la de qué iba a hacer Aníbal.[24]

Livio no tenía ninguna duda acerca de lo que debería haber hecho. Describe a los oficiales de Aníbal reunidos a su alrededor y felicitándole por la victoria, diciéndole que

> [...] como había concluido ya una guerra tan grande, debería permitirse a sí mismo y a sus fatigados soldados un descanso en lo que quedaba del día y la noche siguiente. Mahárbal, el jefe de la caballería, consideraba que no deberían retrasarse. «¡No —dijo—, de esta manera apreciarás lo que ha significado esta batalla, y en cinco días te deleitarás como vencedor en el Capitolio! ¡Sigamos! Yo iré delante con la caballería, para que sólo tengan noticias de que nos aproximamos cuando ya hayamos llegado.» Esta idea era demasiado grande y hermosa para Aníbal como para aceptarla de inmediato. Y por ello elogió la actitud de Mahárbal; no obstante, necesitaría tiempo para considerar su consejo. Entonces Mahárbal dijo: «Realmente los dioses no le ofrecen todo al mismo hombre: tú sabes cómo conseguir una victoria, Aníbal, pero no cómo hacer uso de ella.» Se ha creído por lo general que esta demora de un día había salvado a la Ciudad y al imperio.[25]

La escena es probablemente imaginaria, y Polibio ni siquiera menciona a Mahárbal en su relato de la batalla, aunque es posible que fuera el comandante anónimo de los númidas. La cuestión de si Aníbal debía haber conducido o no a su ejército hasta Roma inmediatamente después de Cannas se ha convertido en un lugar común de la oratoria romana, y generaciones de escolares han aprendido retórica componiendo discursos sobre este tema. Es una pena que la narración continua de Polibio finalice en Cannas, y que ninguno de los fragmentos de sus últimos libros que han llegado hasta nosotros traten sobre los movimientos de Aníbal ni sobre sus intenciones inmediatamente después de finalizada la batalla. Los comentaristas modernos han continuado debatiendo el asunto y algunos, en especial el mariscal de campo

Montgomery, estaban de acuerdo con el dictamen de Mahárbal. Sin embargo, son muchos los que ahora adoptan el punto de vista contrario y opinan que un avance hasta Roma era a un tiempo impracticable e imposible que culminara con éxito. En primer lugar, Cannas se encuentra a unos cuatrocientos kilómetros de Roma y es discutible si incluso un pequeño cuerpo de caballería podría haber cubierto esa distancia en cinco días. También se afirmó que Roma no se encontraba completamente indefensa, y se ha registrado un conjunto aparentemente poderoso de fuerzas en la misma ciudad o muy próximas que, si bien completamente insuficientes como para librar una batalla en campo abierto, sí lo suficientemente fuertes como para defender las fortificaciones. Se ha sostenido que la existencia de esas fuerzas implicaba que a Aníbal le fuera extremadamente difícil tomar la ciudad mediante un asalto directo, y no se podía permitir un largo asedio, ya que sería difícil alimentar a su ejército y tendría que luchar contra los intentos de liberación por parte de los numerosos ejércitos de Roma. Además de esto, la estrategia de Aníbal consistente en acabar con el poder de Roma consiguiendo la deserción de sus aliados, da a entender que, para el ejército púnico, era más sabio permanecer en el sur de Italia, donde muchas comunidades estaban descontentas y acabarían pronto por unírsele.[26]

Probablemente sea cierto que Aníbal nunca habría podido tomar Roma si sus defensores oponían alguna clase de resistencia. La pregunta crucial, pero carente de respuesta, es si los romanos habrían presentado batalla o si, por el contrario, se hubieran visto obligados a solicitar la paz a un invasor que había llegado hasta sus muros como consecuencia inmediata de su gran victoria. Cualquier otro Estado contemporáneo seguramente hubiera hecho esto último, como hizo Car-

tago ante Régulo en 255 y como lo volvería a hacer ante Escipión en 204 y en 202. En estos momentos, Aníbal suponía para la República romana una amenaza mayor que la de cualquier otra potencia extranjera a lo largo de toda su historia. El hecho de que, en otras ocasiones, los romanos sufriesen importantes derrotas sin haber perdido nunca la esperanza en alcanzar la victoria final, no demuestra que hubieran actuado de igual manera en el 216. Y sucede lo mismo con la sólida defensa contra la presencia real de Aníbal en el exterior de la ciudad en 211, ya que la riqueza de Roma había aumentado considerablemente por aquel entonces. Ciertamente, si había algún Estado capaz de soportar tal presión, ése era Roma, pero es imposible saber si habrían actuado así.

Aníbal no intentó marchar sobre la ciudad en 216. Por el contrario, su ejército permaneció durante algún tiempo cerca de Cannas, descansando y recuperándose de los esfuerzos y de sus elevadas pérdidas. El propio Aníbal había estado muy activo durante la batalla y, casi con total seguridad, en los días posteriores se encontraría exhausto, tanto mental como físicamente. Su principal objetivo era el de organizar el rescate de los alrededor de ocho mil ciudadanos romanos que había tomado como prisioneros. Se llegó a un acuerdo en el precio y se eligieron diez representantes entre los cautivos para ir a Roma y tratar del asunto con el Senado. La delegación prestó juramento de que regresaría al campamento púnico cualquiera que fuese el resultado. Fue con ellos uno de los oficiales de Aníbal, un tal Carthalo.[27]

Intercambios de prisioneros habían tenido lugar ya desde el principio de la guerra y, a menudo, se olvida esta comunicación regular entre los dos adversarios. Con toda rapidez habían restablecido las convenciones de la Primera Guerra, es decir, cuando al bando que contaba con más prisioneros a

retornar se le pagaba por persona y cuando parece que más de un cónsul romano había sufrido un periodo de cautiverio. Es muy posible que Lucio Cincio Alimento fuese capturado en las primeras fases y rescatado, consiguiendo el pretorado en 210. Según Livio, citaba conversaciones mantenidas con Aníbal como fuente de algunas de las afirmaciones que realiza en la historia de la guerra que posteriormente redactaría. Cuando, en 217, el descontento alcanzó su momento álgido en el momento en que Fabio Máximo puso en práctica su estrategia basada en la prudencia, sus oponentes en el Senado le denegaron dinero para satisfacer el rescate de prisioneros incluso después de haber alcanzado un acuerdo con Aníbal sobre los detalles del intercambio. El dictador envió a su hijo de regreso a Roma para vender una de sus fincas rurales, y utilizó ese dinero para redimir a los cautivos. Este incidente parece implicar que los rescates corrían habitualmente a cargo del Estado, pero es posible que aún se utilizara, a veces, la antigua obligación que tenía la clientela de una persona de ayudar a la familia proporcionando el dinero necesario.[28]

En agosto del 216 la situación era distinta. Los romanos tenían muy pocos prisioneros púnicos para intercambiar, si es que les quedaba alguno, mientras que Aníbal contaba con miles de presos, muchos de ellos de alto rango. Una característica importante de todos los tratados de paz con que se acababan los conflictos entre los Estados y los reinos importantes en el siglo III a.C. estaba relacionada con las condiciones en que se devolverían los prisioneros de cada bando. El monto satisfecho para redimir a los cautivos era una manera de calibrar la magnitud de la victoria y de la derrota tan válida como la pérdida de derechos sobre el territorio o el pago de una indemnización. La inclusión de Carthalo en la delegación de prisioneros hace pensar que Aníbal esperaba comen-

zar las negociaciones de paz con el Senado romano, ya que, de acuerdo con las costumbres de la época, había ganado claramente la guerra. Durante los últimos dos años había incitado a la rebelión en la frontera septentrional de Roma y vencido en tres batallas importantes. Fue libre de moverse a voluntad por el territorio de la ciudad y de sus aliados, asolándolo y destruyendo cualquiera de las fuerzas que habían enviado en su contra, incluyendo ahora el ejército más grande que Roma hubiera hecho entrar en campaña en toda su historia. En los dos años de guerra, los romanos, junto con sus aliados, habían sufrido al menos cien mil bajas, más del 10 por ciento de la población susceptible de realizar el servicio militar. Las bajas entre la elite política de Roma habían sido especialmente graves. En los dos primeros años de esta guerra, al menos un tercio del Senado romano había perecido en combate, y muchos de los restantes habían perdido algún miembro de su familia. Las catástrofes en la mar durante la Primera Guerra Púnica nunca habían golpeado de esa forma el corazón de la aristocracia de Roma. Aníbal insistía repetidamente que no estaba luchando para destruir Roma, sino por «el honor y el poder», deseando acabar con las limitaciones impuestas a Cartago después de la Primera Guerra y restablecer su dominio sobre el Mediterráneo Occidental. En este momento había demostrado ya su superioridad militar y dejado claro que si los romanos rechazaban aceptar la derrota y tratar de las condiciones de paz, continuaría infligiendo un daño real a la población y a sus propiedades. Los romanos habían sido vencidos y debían tener el sentido común de admitirlo.[29]

El Senado se negó incluso a ver a Carthalo y envió mensajeros ordenándole que no entrara en la ciudad. Tanto el mensajero púnico como su señor quedaron enteramente sorpren-

didos por este rechazo total. Pirro había quedado igualmente sorprendido cuando, después de derrotar a los romanos en batalla, trató como es lógico de abrir negociaciones para firmar la paz, sólo para ver cómo el Senado declaraba que nunca haría tratos con un enemigo que se encontrara aún en suelo romano o aliado. En 216, los romanos reforzaron este rechazo a aceptar la derrota mediante una manifestación pública de su continuada determinación. Una votación del Senado aprobó por estrecho margen que el Estado no pagaría el rescate de los prisioneros tomados en Cannas, y que tampoco permitiría a los ciudadanos pagar rescate por sus familiares o amigos a título individual. La tradición cuenta que algunos de los diez delegados de los prisioneros intentaron quedarse en Roma, no cumpliendo con el juramento de regresar al campamento púnico mediante alguna excusa antes de volver a reanudar su viaje, pero el Senado los envió de regreso con Aníbal. Una versión alternativa de esta historia sostiene que se les permitió permanecer en la ciudad, pero humillados públicamente y condenados al ostracismo por el resto de la población. Aníbal ejecutó a algunos de los ocho mil prisioneros y vendió el resto como esclavos. Con los supervivientes de Cannas se formaron, poco después, dos legiones que fueron enviadas a Sicilia y a cuyos miembros no se les permitió darse de baja o volver a Italia hasta el final de la guerra. De hecho, algunos de ellos continuaban en el servicio veinte años después.[30]

La determinación con la que, bajo el liderazgo del Senado, el pueblo romano quiso continuar la guerra a pesar de la catástrofe de Cannas, fue fuente de inmenso orgullo para las posteriores generaciones de romanos. La aristocracia justificó su derecho a mandar por la obligación que sus miembros tenían de dirigir la guerra. Durante los dos primeros años de

conflicto habían pagado el precio de este deber, sufriendo un número de bajas desproporcionadamente elevado. Por tanto, el retrato dramático que presenta Livio de una ciudad aturdida ante la magnitud del desastre probablemente no se halle muy lejos de la realidad. Lo mismo que después de Trasimeno, llegaron muy pronto las noticias de un nuevo desastre a añadirse a la desesperación generalizada. Postumio, el pretor enviado a la Galia Cisalpina para contener a las tribus galas cuyas agresivas incursiones habían continuado sin control desde la llegada de Aníbal, cayó en una emboscada y la mayor parte de sus dos legiones y de los aliados perecieron en la matanza que siguió a aquélla. El pretor había sido decapitado, y su cráneo lo habían limpiado y adornado para utilizarlo como vaso ritual en las ceremonias tribales. A pesar de ello, los romanos continuaban rechazando aún el compromiso y no contemplaban alcanzar ninguna clase de acuerdo con Aníbal. No debería sorprendernos que cundiera el pánico entre algunos hombres y que se desesperaran; lo realmente notable es que la mayoría siguiera dispuesta a continuar la lucha. La victoria romana se encontraba aún a una década de distancia y todavía tendrían que ocurrir otros desastres antes de que aquélla llegara, pero, vista con perspectiva, ésta fue la crisis más importante a que debieron hacer frente los romanos durante la guerra y la que estuvo más cerca de llevarles a la derrota. Después de Cannas, la cuestión planteada acerca de si el inmediato avance del ejército de Aníbal sobre la ciudad habría sido suficiente para desequilibrar la balanza, y hacer añicos la voluntad de Roma de mantener la resistencia, debe seguir ahí como una de las más importantes preguntas sin respuesta de la historia.[31]

La negativa de Roma a negociar es posible que sólo sorprendiera, y quizás desanimara, a Aníbal; pero, en definitiva, a finales de agosto del 216, su situación parecía muy buena. Su ejército se había instalado plenamente en Italia y había mostrado su superioridad sobre los mejores hombres que Roma había enviado contra él. Pronto, la mayor parte de la Italia meridional se pasaría a sus filas, y las tribus galas del valle del Po permanecían en una revuelta abierta. No existía ninguna razón para pensar que la continuada presión sobre Roma no la obligase finalmente a reconocer la derrota.

En poco tiempo los romanos empezaron a recuperarse del golpe y a tomar medidas prácticas para rehacer sus fuerzas. Se llevó a cabo una leva para crear nuevas legiones, reclutando a muchos soldados de diecisiete años e incluso más jóvenes. Debió de ser también en esta época cuando se redujo la cantidad mínima de propiedades requerida para poder optar al servicio militar con el fin de incluir a ciudadanos más pobres. Pronto Roma contó cuando menos con cuatro legiones, aunque Livio sugiere que eran ligeramente deficitarias en caballería, un indicio evidente de las importantes bajas que había sufrido el orden ecuestre. Se hizo un llamamiento a los esclavos de las familias de ciudadanos, prometiendo la libertad y la exención del pago de esa libertad a quienes quisieran luchar contra Aníbal; como respuesta, se presentaron ocho mil voluntarios *(volones)* y se crearon dos legiones; sus propietarios recibieron compensaciones por parte del Estado. Otros seis mil hombres procedían de convictos a la espera de castigo y de deudores, a todos los cuales se les prometió la amnistía si optaban por luchar. Contaban con una escasa cantidad de equipamientos; y, para paliar esa carencia, los romanos se dirigieron a los templos de la ciudad y los despojaron de los numerosos trofeos formados por armaduras ex-

tranjeras y de las armas procedentes de triunfos pasados; así, las tropas recién reclutadas tenían un aspecto muy heterogéneo. A los criminales liberados se les entregaron las armas galas y las armaduras capturadas por Flaminio en 223.[32]

Cuando Varrón fue convocado a la ciudad se le recibió con una calurosa bienvenida, pues tanto el Senado como el pueblo se enorgullecían de él por «no haber perdido la esperanza en la República». Tanto si había sido el causante de la derrota de Cannas como si no, y cualesquiera que fueran las circunstancias de su huida durante la batalla, en la conclusión se había comportado como debía hacerlo un comandante romano, reagrupando a sus soldados para reiniciar la lucha, y negándose a admitir la derrota o a negociar con el enemigo. Varrón asistió a la organización del renovado esfuerzo de guerra de Roma, y continuó disponiendo de la capacidad de mando el tiempo que restaba de conflicto, si bien nunca más dirigió un ejército en una batalla importante. Los pretores supervivientes se implicaron también seriamente en el alistamiento y el equipamiento de las nuevas legiones y de los contingentes de aliados que les apoyaban, pero, una vez más, el mando supremo se le concedió a un dictador militar. Fue éste Marco Junio Pera, que había sido cónsul en 230 y censor en 225, junto con el muy capaz Tiberio Sempronio Graco, como su jefe de caballería. A punto de finalizar la campaña del 216, Pera pudo ya dirigir fuera de la ciudad a un ejército de campaña formado por veinticinco mil hombres.[33]

Lo mismo que sucedió después de Trasimeno, los romanos prestaron mucha atención a sus obligaciones religiosas. El Senado limitó a treinta días el periodo de luto, pero incluso así permitieron que cayera en desuso la festividad anual a la diosa Ceres, ya que solamente la podían realizar mujeres ca-

sadas que no estuvieran de duelo. Se acusó a dos vestales de haber quebrantado su voto de castidad y, en aquella tensa atmósfera, se las condenó al castigo tradicional de ser enterradas vivas, aunque una de ellas pudo suicidarse antes de que se ejecutara la sentencia. Uno de sus amantes fue tan duramente azotado que murió como consecuencia del castigo. Se consultó en los Libros Sibilinos cómo podía propiciarse esta ofensa a la diosa y, como resultado, fue una de esas raras ocasiones en que los romanos recurrieron a los sacrificios humanos, sepultando vivos a una pareja griega y otra gala en el Foro Boario. Enviaron a Fabio Pictor, quien posteriormente se convertiría en historiador, al famoso oráculo de Apolo en Delfos (Grecia), para buscar consejo sobre la mejor manera de que los romanos recuperasen el favor de los dioses y de que el pueblo sobreviviese a los recientes desastres. A Polibio le parecía bastante extraño el apego obsesivo de los romanos a extraños ritos religiosos en tiempos de crisis, y ciertamente de un carácter muy alejado de la manera de ser griega, pero no deberíamos dudar nunca de la importancia que tenía para los propios romanos.[34]

A finales de la campaña del 216, la guerra en Italia había cambiado de manera irremediable. Por toda la Italia meridional eran numerosos los Estados que se habían pasado a Aníbal, incluidas partes de Apulia, casi todas las de los samnitas y las de los brucios, y, lo que era más inquietante, la Campania. El ejército cartaginés contaba ahora con bases en las que poder obtener víveres y ya no se veía obligado a seguir moviéndose simplemente para alimentarse. Tenía también aliados a los que proteger del castigo de los romanos, algo que se había convertido en una necesidad urgente si querían convencer a otras comunidades para que se rebelaran contra Roma. Lo mismo que en las operaciones por tierra en Sicilia

durante la Primera Guerra, las campañas italianas se basaban ahora sobre todo en el dominio sobre pueblos fortificados y fortalezas. Los romanos hicieron todo lo posible por proteger las avanzadillas que les quedaban en el territorio tomado por el enemigo mientras atacaban rápidamente a los aliados que se les habían rebelado, al tiempo que Aníbal trataba de dominar estos últimos baluartes de la autoridad romana en el sur y defender a sus nuevos aliados. En estos años fueron mucho menos frecuentes las batallas campales, e invariablemente se luchaba para proteger o amenazar a una ciudad o un pueblo, no con el objetivo principal de destruir al ejército de campaña del enemigo. Escaramuzas, bloqueos e incursiones rápidas eran las actividades más comunes de ambos bandos. La mayor parte de la campaña tuvo lugar en el territorio abrupto de la Italia central, cerca de los Apeninos, un terreno que convertía en excepcionalmente difícil el obligar a trabar combate a un adversario que no lo deseara. Los masivos recursos humanos de los romanos desempeñaron un papel más importante durante estos años que nunca con anterioridad, puesto que alzaron en pie de guerra un número de legiones sin precedentes. Además, a diferencia del año 216, éstas no se hallaban reunidas formando un gran ejército, sino dispersas en varias fuerzas, que no eran una por una mayores que un ejército consular convencional, y que actuaban de manera simultánea en varios teatros de operaciones. En esta manera de hacer la guerra, las circunstancias se habían puesto en contra de Aníbal, a pesar de su capacidad para burlar y sorprender a sus adversarios. Finalmente, no podía igualar el número de los enemigos y, uno tras otro, los ejércitos formados por sus aliados italianos fueron arrinconados y derrotados, aunque los romanos nunca fueron capaces de infligir más que reveses menores al propio

Aníbal y a sus mercenarios. En 211, en un esfuerzo por apartar a los romanos de sus aliados asediados en Capua, Aníbal sorprendió una vez más al enemigo y realizó una rápida marcha sobre Roma, acampando fuera de los muros de la ciudad. A diferencia del año 216, la ciudad se encontraba bien defendida, y con tropas que venían rápidamente en su auxilio. Un relato posterior afirmaba que se había organizado una subasta para enajenar la parcela de tierra en la que, realmente, se hallaba acampado el ejército de Aníbal y que se había vendido de acuerdo con los precios normales de mercado. La respuesta de Aníbal consistió en organizar su propia subasta y liquidar los principales terrenos sobre los que se asentaba el Foro romano. Al no conseguir ningún objetivo, puesto que no se interrumpió el bloqueo de Capua, Aníbal se vio obligado a marcharse cuando empezaron a escasear los víveres y se supo que se estaban aproximando importantes fuerzas romanas. Cualquiera que fuese la amenaza que había ejercido sobre la propia Roma, finalmente se vio obligado a olvidarse de ella, aunque la guerra estaba muy lejos de concluir.[35]

Capítulo 9
LA GUERRA EN ITALIA, 216-203 A.C.

Las tres primeras campañas de Aníbal en Italia han sido descritas con cierto detalle, están bien documentadas e incluyen tres de las más grandes e importantes batallas de toda la guerra. Ofrecen también un buen retrato de la manera en que se movían y combatían los ejércitos de esa época. La narración continua de la guerra que nos muestra Polibio finaliza en Cannas, y solamente existen unos pocos fragmentos para los trece años restantes que Aníbal pasó en Italia. Livio nos suministra un relato detallado sobre esos años pero, a menudo, su fiabilidad se ha puesto bajo sospecha. Muchas de las batallas que describe parecen relatos inflados de escaramuzas menores, quizás exageradas por la propaganda de las familias senatoriales que deseaban acrecentar así la reputación de sus antecesores, y no se puede confiar demasiado en las descripciones que Livio hace de ellas. En esos años, los ejércitos rivales realizaron marchas y contramarchas por la mayor parte de la Italia meridional, pasando a menudo una y otra vez por las mismas zonas, luchando ambos bandos con el objetivo de controlar ciudades y pueblos importantes, tales como Capua, Tarento, Nola o Benevento. Un sencillo relato cronológico de esos años sería largo, aburrido y confuso para quienes no estuvieran familiarizados con el paisaje de la Italia del siglo III. En lugar de ello, este capítulo tratará de explicar por qué las campañas adoptaron esa forma.

Las ciudades-Estado del mundo grecorromano eran inestables por causas relacionadas con su propia organización, y de ahí la amplia admiración que suscitaban las «Constituciones mixtas» de Roma y Cartago que se crearon para evitar las revoluciones políticas. En la mayoría de las comunidades aparecían siempre individuos o alguna facción que deseaba

dominar el Estado, o un grupo situado al margen de la clase política impuesta que estaba ansioso por elevar al cargo de dictador a un líder carismático si éste les prometía favores a cambio. Livio nos ofrece un retrato pleno de facciones enfrentadas en la mayoría de las ciudades del sur de Italia, afirmando que, en la mayor parte de los casos, eran las clases más pobres quienes apoyaban la revolución contra Roma y los ciudadanos más ricos quienes esperaban mantener la alianza, aunque también menciona algunas excepciones a esta norma. Livio no sentía demasiada simpatía por los políticos que confiaban en las masas para conseguir apoyo, haciendo recaer sobre esos demagogos la culpa de la mayoría de los males que habían acontecido a la República, y pudiera ser que el establecimiento de esa relación entre los políticos populistas y los enemigos de Roma constituyera un intento deliberado para condenarles. Sin embargo, no es ilógico suponer que los líderes que esperaban sustituir a la elite existente fueran, al mismo tiempo, los que tendrían más interés en hacer un llamamiento al apoyo popular, así como también favorecer la revolución y, por tanto, una nueva alianza con Cartago.[1]

La actitud que mostraban hacia los cartagineses incluso aquellos aliados que habían cambiado de bando parece haber sido, cuando menos, ambivalente, puesto que su lenguaje y su cultura les era ajena tanto a los italianos como a los griegos. Es raro que todas las comunidades de una región se rebelaran de manera simultánea. Muchas de las ciudades de la Campania permanecieron leales incluso después de la deserción de Capua, y eso es también cierto para todas aquellas zonas en que tuvo lugar una rebelión, hasta el punto de que incluso algunos samnitas se mantuvieron leales. En ciertos casos, las guarniciones romanas se encargaban de controlar

a las comunidades; pero, en todas partes, las elites existentes se hallaban satisfechas con la dominación romana y suprimían por sí mismas cualquier elemento que favoreciera un cambio. En esta época de crisis se demostró la fuerza de la red de alianzas romanas, siendo las comunidades latinas las que demostraron una especial fidelidad. Aunque, finalmente, la mayor parte de la Italia meridional se pasó a Aníbal o fue conquistada por él, casi todos los aliados de Roma permanecieron leales. Hasta cierto punto, quizás la causa fuera el miedo. Durante la mayor parte de la guerra los romanos mantuvieron un poderoso ejército en Etruria, y el Senado respondió rápidamente a las noticias de descontento y de una potencial rebelión en Arretium. Durante la Primera Guerra, las ciudades de Sicilia no habían mostrado demasiada afinidad con ninguno de los bandos y habían tendido a cambiar su fidelidad y a unirse con cualquiera al que consideraran más fuerte. A pesar de la fama de invencible que se ganó Aníbal después de Cannas, eso no sucedió casi en ningún caso de esa manera en Italia.[2]

Las comunidades que se habían unido a Aníbal no tenían ningún sentido de identidad o propósito común. En 215, uno de los oficiales de Aníbal, Hannón, dirigió un ejército compuesto principalmente por brucios contra Rhegium, Locri y otras ciudades griegas del suroeste de Italia. Los brucios se sorprendieron cuando se rindió Locri y los cartagineses le concedieron el *status* de aliada, pues aquéllos habían previsto ansiosamente saquear la ciudad como enemiga que era. Rápidamente procedieron a sitiar Croton sin la ayuda púnica, para asegurarse de esa manera que solamente ellos disfrutarían de los beneficios de la victoria. El sistema romano había situado siempre a Roma como centro de una red de comunidades que de otra manera se mantenían incomunicadas.

Cuando se abandonaba la lealtad a Roma, entonces dejaban de existir vínculos comunes entre las comunidades italianas, puesto que nadie favorecía la opinión de aliarse con Capua o con cualquier otra gran ciudad. Cada una de ellas tendía a velar por sus propios intereses y esperaba que Aníbal les ofreciera protección completa ante las represalias romanas. En varias ocasiones, los campanos y los samnitas se quejaron de que Aníbal no estaba haciendo lo suficiente para defenderlos de los ataques y esperaban que se apresurara a venir en ayuda con su ejército principal.[3]

Capua fue la ciudad más importante que se pasó a Aníbal después del resultado de Cannas. Su población poseía la ciudadanía romana, pero sin derecho a votar o a ocupar cargos en Roma, y los aristócratas de la ciudad mantenían estrechas relaciones con numerosas familias senatoriales, pues las alianzas matrimoniales eran bastante comunes. Aníbal garantizó que Capua gozase de autogobierno y conservase sus propias leyes, que serían puestas en vigor por sus propios magistrados. Ningún funcionario o magistrado cartaginés poseería jurisdicción sobre la ciudad, y nadie podría obligar a los ciudadanos campanos a servir en el ejército o a ejercer cualquier otra obligación contra su voluntad. Se dispuso también que se entregasen a la ciudad trescientos prisioneros romanos que podían intercambiarse por un destacamento de parecido tamaño de la caballería campana que había servido con los romanos en Sicilia. De hecho, estos jinetes eligieron (o se les obligó a) permanecer fieles y, más tarde, fueron recompensados por los romanos. Era evidente que la ciudad no contemplaba mantener una relación estrecha y subordinada a Cartago. Quizás los líderes de Capua esperaban que, después de la victoria púnica en la guerra, su ciudad sustituiría a Roma como potencia dominante en Italia. Es di-

fícil saber hasta qué punto los habitantes de Capua se vieron movidos por el descontento que marcaba su relación con Roma o por la desesperación ante las perspectivas que les abría su alianza después de la cadena de derrotas que culminaron en Cannas. Livio afirma que, después de la batalla, enviaron una delegación a Varrón y que la desesperación en que éste se había hundido les convenció de que la derrota de Roma era inevitable, pero podría tratarse perfectamente de otra pieza oratoria de propaganda destinada a manchar el nombre del cónsul. En Capua, los romanos fueron arrestados y encerrados en una casa de baños, donde se asfixiaron por el intenso calor que producía el horno. No está muy claro si este hecho fue deliberado; y, si lo fue, tampoco sabemos quién lo ordenó, pero es evidente que los sentimientos antirromanos habían subido de tono después de la rebelión de Capua.[4]

La mayoría de las ciudades que se pasaban a Aníbal lo hacían sólo cuando su ejército se aproximaba. Si una ciudad no actuaba de esa manera, el general cartaginés recurría inmediatamente a la fuerza o a la amenaza de usarla tratando de atemorizarlos con su poder y de provocar su rendición. A finales del 216, el ejército púnico cayó sobre Nápoles en dos ocasiones, esperando obligarla a someterse. Parte de la caballería napolitana fue derrotada seriamente en una escaramuza que tuvo lugar fuera de las murallas, pero los magistrados y el Senado consiguieron mantener a la población leal a Roma, y no hizo acto de presencia ninguna facción que deseara ocupar el poder o traicionar a la ciudad pasándola al enemigo. Aníbal se retiró tan pronto como lo vio claro y se fue a buscar fortuna en otro lugar, obligando a Nuceria a someterse por hambre y llevando a cabo el primero de sus infructuosos ataques contra Nola. Solamente las comunidades muy pequeñas se veían sometidas al asalto directo, ya que un ata-

que a una ciudad bien fortificada tenía pocas esperanzas de éxito y se corría el riesgo de sufrir un elevado número de bajas, al tiempo que disminuía su reputación de invencible. Lo mismo que durante la Primera Guerra en Sicilia, las principales maneras de tomar una ciudad eran mediante la astucia o el bloqueo. Con la primera se confiaba en conseguir conocer los puntos débiles de las defensas o una oferta de traición desde el interior y, por tanto, sólo fue viable en algunos lugares. El bloqueo requería que el ejército estuviera inmovilizado en un solo lugar durante meses o incluso años, y la voluntad de Aníbal de utilizar su ejército principal en esta tarea era normalmente una señal de la importancia de la plaza asediada.[5]

Después de la caída de Capua, Aníbal empezó el asedio de Casilinum a finales del 216, y reforzó las fuerzas de bloqueo con la mayor parte de su ejército a principios de la primavera siguiente. La ciudad se encuentra junto al río Volturno, dominando las rutas que, por la llanura de la Campania, conducen hacia el norte siguiendo la *via Appia* y la *via Latina*. Fue defendida heroicamente por una guarnición de soldados aliados, una cohorte de unos quinientos latinos procedentes de Praeneste, mandada por Marco Anicio, y otra formada por cuatrocientos sesenta peruginos junto con algunos soldados dispersos y procedentes de los ejércitos de campaña romanos. Escasos de víveres, los defensores se alimentaban de raíces y hierbas del exterior de las murallas, plantando nabos cuando Aníbal ordenó arar la tierra. Un ejército romano al mando del *magister equitum* Graco se acercó a aquella zona, pero no tuvo voluntad para enfrentarse al ejército cartaginés. Para ayudar a los defensores, por la noche los romanos dejaban ir río abajo grandes tinajas llenas de grano. El plan tuvo éxito varias noches seguidas, hasta que los hom-

bres de Aníbal descubrieron las vasijas enredadas entre los cañaverales de la ribera y colocaron guardias más sólidas, cerrando esta vía de suministro. Finalmente, la guarnición se quedó sin alimentos y se rindió después de que Aníbal les prometiera que les redimiría al precio de siete décimas de libra de oro por cada hombre. El pago se realizó debidamente —es posible que lo satisficieran sus propias comunidades, aunque nuestras fuentes no son explícitas— y los hombres fueron puestos en libertad. Livio nos dice que, más tarde, Anicio erigió una estatua suya en Praeneste para cumplir una promesa que había hecho durante el asedio. Antes de la capitulación había perecido alrededor de la mitad de la guarnición. El Senado ofreció la ciudadanía romana a los praenestinos, honor que rechazaron como señal de la profunda lealtad que muchos latinos e italianos sentían hacia sus propias comunidades. Aníbal dejó Casilinum a los campanos, reforzando la nueva guarnición con setecientos de sus propios hombres, pues los romanos necesitarían volver a obtener el control sobre ese lugar si pretendían amenazar Capua.[6]

Después del 216, Aníbal se enfrentaba al problema permanente de proteger a sus nuevos aliados y los territorios de éstos. Los desertores que se pasaban a sus filas no aumentaban demasiado el número de soldados a su disposición. En varias ocasiones se formaron fuerzas predominantemente italianas, reforzadas a veces por destacamentos de mercenarios del principal ejército y mandadas por un oficial cartaginés. El ejército derrotado en el río Calor, en 214, estaba formado por diecisiete mil brucios y lucanos de a pie, apoyados por mil doscientos jinetes ligeros númidas y moros al mando de Hannón. Este ejército había disfrutado anteriormente de ciertos éxitos al convencer a algunas ciudades griegas del su-

roeste a que se sometieran. En 212, fue de nuevo seriamente derrotado cerca de Benevento, cuando los romanos sorprendieron a Hannón mientras el grueso de sus hombres se encontraba forrajeando. En esta acción desempeñó un papel distinguido una vez más una cohorte procedente de Praeneste, siendo la primera en irrumpir en el campamento púnico. La mayor parte de los aliados italianos de Aníbal no deseaban entregar un número elevado de tropas para que entraran en combate fuera de su propio territorio, lo que no deja de ser más que otro signo de la carencia de un vínculo de unión entre estas comunidades, al mismo tiempo que del miedo a las represalias romanas. Era extraño que, en aquella zona, una fuerza importante se hallara disponible para operar en apoyo del principal ejército de Aníbal y, según pusieron de manifiesto las derrotas de Hannón, su actuación era bastante pobre. Los romanos luchaban con enorme determinación contra sus anteriores aliados y claramente no tenían miedo de ellos, como aún lo tenían de Aníbal y de su ejército. Pocos italianos habían ocupado en el ejército cargos de elevada responsabilidad, ya que tales puestos estaban reservados a los ciudadanos romanos, y, sólo de manera gradual, los oficiales cartagineses consiguieron crear algún vínculo con los soldados italianos y desarrollar algún tipo de estructura de mando con el fin de controlar esos nuevos ejércitos. Como quedó demostrado en el río Calor, la mayor parte de esos ejércitos predominantemente italianos tenían su punto débil en la caballería, renunciando así a una de las mayores ventajas de las que el mismo Aníbal había disfrutado siempre sobre los romanos. Eso significaba que la única fuerza que podía enfrentarse con garantías y derrotar a los ejércitos romanos en batalla era el propio ejército principal de Aníbal. Algunos italianos fueron incorporados a éste y desempeñaron un dig-

no papel, pero su núcleo principal siguió siendo el formado por contingentes libios, númidas, españoles y galos. Su número fue disminuyendo rápidamente debido a las bajas, a las enfermedades y a la necesidad de dividirse en grupos para hacer frente a la resistencia aliada. Solamente una vez, en 214, Aníbal recibió un refuerzo significativo cuando Bomílcar y una flota púnica pudieron desembarcar tropas, elefantes y suministros en Locri.[7]

La situación de los romanos era completamente diferente. Ya hemos visto la rapidez con que formaron nuevas legiones en los meses que siguieron a Cannas, sirviéndose de esclavos y de delincuentes. Hay quien afirma que, durante esos años, se redujo de manera significativa la cantidad de propiedades mínima exigible para poder servir en las legiones, añadiendo así un elemento más para engrosar aquella gran cantidad de ciudadanos que demostrarían ser la mayor ventaja con la que Roma contaría en esos años. Durante los que restaban de conflicto se creó un número de legiones sin precedentes hasta el momento. Livio es nuestra mejor fuente por lo que respecta al número de legiones preparadas para entrar en combate cada año, aunque hay varios problemas y contradicciones aparentes en esos pasajes como, por ejemplo, la ligereza con que incluye en esas cifras los ejércitos de España, con lo que algunos estudiosos han modificado el total. En la primavera del 215 había al menos doce y, probablemente, catorce legiones en servicio, y dieciocho en el 214. La cifra continuó aumentando hasta que hubo veinticinco legiones en el momento de máxima movilización romana, en 212-211, representando, en teoría, una fuerza de, al menos, cien mil hombres en la infantería y siete mil quinientos en la caballería, apoyados como de costumbre por un número similar de soldados aliados. El grueso de estas tropas se hallaba invaria-

blemente desplegado en Italia. Sin embargo, no estaban concentradas en uno o dos enormes ejércitos que intentaran enfrentarse y derrotar a Aníbal en campo abierto. En la década posterior a Cannas hubo entre cuatro y siete ejércitos de tamaño consular, de dos legiones, que operaban en la península Itálica, apoyados por varias fuerzas constituidas por una única legión al mismo tiempo que por guarniciones más pequeñas y destacamentos. El aumento en el número de los ejércitos activos en campaña permitió que los romanos pudieran amenazar con relativa facilidad a los Estados italianos que se habían pasado al enemigo.[8]

Se dio también una mucha mayor continuidad en los mandos romanos. Fabio Máximo ocupó su tercer consulado en 215, junto a Tiberio Sempronio Graco, *magister equitum* del dictador Pera, como colega suyo. En 214 fue cónsul de nuevo, en esta ocasión junto a Marco Claudio Marcelo, que ya había ejercido el cargo el 222. Al año siguiente fue elegido cónsul el hijo de Fabio, llamado también Quinto Fabio Máximo, en lo que se consideró como un gesto de favor hacia su padre, y Graco consiguió su segundo consulado. Marcelo ocupó de nuevo ese cargo el 210 y el 208, y el Fabio padre una vez más el 209. En 212 y 209, Quinto Fulvio Flaco ocupó su tercer y su cuarto cargo de cónsul, más de veinte años después de haber ocupado el puesto el 237. Todos esos hombres ocuparon asimismo cargos de magistrados durante los años que no detentaron el consulado, hasta el punto de que Marcelo sirvió ininterrumpidamente desde el 216 hasta su muerte, acaecida el 208. La preferencia del electorado por hombres experimentados para que ocuparan los cargos más importantes indicaba una toma de conciencia de que la crisis del momento exigía la presencia de mandos capaces, pero también fue un resultado de las numerosas bajas sufridas por

las familias senatoriales más importantes durante los primeros años de guerra. Las filas del Senado se habían ido llenando de hombres que contaban con una historia distinguida, pero eran siempre demasiado jóvenes o demasiado pobres para optar a la más alta magistratura contando con alguna posibilidad de éxito. Marcelo, Fabio y Fulvio Flaco se encontraban todos ellos al final de las décadas de los cincuenta o de los sesenta, y pertenecían a la generación que había crecido y luchado en la Primera Guerra Púnica. Al servir con las mismas legiones durante varios años sucesivos se conseguía aumentar enormemente los vínculos entre el mando y los soldados. Las legiones de *volones*, los esclavos reclutados después de Cannas, mostraron un especial afecto por Graco, hasta el punto de que se dispersaron y hubieron de ser formados de nuevo después de que aquél cayera en una emboscada y fuera muerto el 212.[9]

Varias de las elecciones de esos años fueron controvertidas. En 215 fueron elegidos como cónsules en un primer momento Graco y Lucio Postumio, y la Asamblea votó en favor de Marcelo para sustituir al último cuando cayó en una emboscada y fue muerto en la Galia. Sin embargo, el día en que Marcelo asumió formalmente el cargo, el colegio de augures informó de que se había oído una tormenta y su elección fue declarada nula por motivos religiosos. Se hizo otra votación y se eligió a Fabio Máximo. Es difícil saber qué hay detrás de ese incidente, aunque la manipulación por parte de la religión del Estado con fines políticos no era un fenómeno desconocido en Roma. Quienes entienden la política romana simplemente en términos de conflicto entre facciones han tenido problemas para hacer concordar el aparente deseo de Fabio de impedir que Marcelo consiguiera el cargo, y el hecho de que, al año siguiente, estuviera deseando tenerle co-

mo colega. El mismo Fabio presidió la elección del 214 y se supone que pediría a las principales centurias de los *Comitia* que recapitulasen, después de haber elegido inicialmente a dos antiguos pretores a los que no consideraban aptos para enfrentarse a la situación de ese momento. Livio nos dice que, de una manera informal, el Senado manifestó que no era adecuado que Marcelo y Graco fueran colegas, ya que ambos eran plebeyos, y era tradicional reservar al menos uno de los consulados para un patricio. Si fuera esto lo que estuviese detrás de todo ese asunto, entonces indicaría el mismo tipo de obstinación por mantener una escrupulosa normalidad, a pesar de la crisis del momento, que caracterizaba también las regulaciones de la religión del Estado en esa época. La continuación de la normalmente dura competencia para conseguir cargos durante toda la guerra contra Aníbal es un indicio más de la fuerza del sistema político romano. Los senadores lucharon con intensidad para conseguir magistraturas e importantes puestos de mando contra el enemigo más peligroso del Estado. A nadie se le hubiera ni siquiera pasado nunca por la cabeza el unirse a ese enemigo y buscar su ayuda para conseguir el poder en una Roma derrotada.[10]

Aunque los ejércitos romanos puestos en pie de guerra en esos años no actuaron juntos, operaban a menudo dándose apoyo mutuo. La Campania fue el foco principal de la atención romana hasta el 211. En 215, tanto Fabio como Graco estuvieron allí, mientras que Marcelo, con otras dos legiones, utilizó Nola como base. Graco liberó él solo a Cumas, pero después ambos cónsules actuaron juntos contra los fortines que protegían las vías de aproximación a Capua. En 214, Marcelo condujo su ejército hasta aquella zona para cubrir a Fabio mientras asediaba y finalmente ocupaba Casilinum.

Más tarde, a punto de finalizar el año de cargo de Fabio, un aristócrata de la ciudad de Arpi, situada al norte de Apulia, se dirigió a él y le ofreció entregar la ciudad a los romanos a cambio de una recompensa. Este hombre, un tal Dasio Altino, les informó de los puntos débiles de las defensas de la ciudad. Fabio se acercó como si fuera a desencadenar un asedio regular pero, entonces, empleó un cuerpo escogido de seiscientos hombres en un ataque nocturno. El tiempo favoreció a los romanos cuando una tormenta redujo la visibilidad y obligó a buscar cobijo a la mayoría de los centinelas. Colocando escalas en las zonas más débiles de la muralla, la fuerza romana penetró en la ciudad y se movió silenciosamente para tomar las puertas y permitir la entrada del resto del ejército inmediatamente antes del alba. Durante cierto tiempo, tanto la población como la guarnición púnica trataron de resistir en las calles, pero los arpinos acabaron por rendirse y se convirtieron en los aliados de antaño. A su vez, los cartagineses capitularon y les fue permitido reunirse con el principal ejército de Aníbal, pero cerca de mil españoles desertaron y se unieron a los romanos, quienes les recompensaron con doble ración, quizás un indicio de una de las quejas que tenían por las condiciones del servicio con los cartagineses. Ésta fue la segunda deserción seria sufrida por el ejército de Aníbal, ya que, una fuerza de caballería formada por doscientos setenta y dos españoles y númidas se había pasado al campamento de Marcelo en las afueras de Nola, el año anterior. Sorprenden tales pérdidas en los años en que el poderío y la riqueza de Aníbal se encontraban en su esplendor, pero no se trataba de un proceso unidireccional, pues algunos desertores romanos e italianos se mostraron

ansiosos por luchar con el enemigo. En conjunto, los soldados de Aníbal, procedentes de las más diversas nacionalidades, se mostraron notablemente leales.[11]

Lo mismo que muchas otras plazas fuertes que cayeron en las Guerras Púnicas, Arpi fue tomada mediante la traición y la astucia. En esos mismos años, Aníbal consiguió algunos éxitos un poco por todas partes, y haciendo uso habitualmente de los mismos métodos, pero fracasó en sus repetidos intentos por conquistar Nola, que se encuentra en el límite de la llanura de la Campania. Los romanos eran despiadados en sus ataques a los aliados que se habían rebelado contra ellos, pero sus comandantes prestaban suma atención por volverse a ganar la lealtad de los aristócratas italianos desafectos antes de comprometerse con el enemigo. En Nola, Marcelo recompensó y no se cansó de elogiar la bravura de Lucio Bantio, que había sido hecho prisionero en Cannas y liberado como parte del plan de Aníbal para ganarse a los italianos. Fabio puso también mucha atención para conservar la lealtad de los aliados que estaban con él, recompensando, por ejemplo, a un soldado de Marsia, que se creía que estaba planeando desertar, y manifestando públicamente que las hazañas de ese hombre se habían pasado injustamente por alto con anterioridad.[12]

La caída de Tarento

Aníbal estaba particularmente ansioso por hacerse con un puerto. El rechazo romano a aceptar la derrota después de Cannas y la continuada lealtad mostrada por la mayoría de sus aliados habían puesto de manifiesto que la guerra no se ganaría rápidamente. En su lucha por controlar los pueblos y las ciudades fortificadas de la Italia meridional, Aníbal se encontraba en creciente desventaja a medida que los romanos iban movilizando más y más soldados. Su principal ejército

permaneció invicto en cualquiera de los encuentros serios que había mantenido, y repetidamente lo conducía contra las fortalezas leales a Roma, esperando forzar su rendición o descubrir una manera de conquistarlas. Los ejércitos romanos se mantuvieron en las zonas más elevadas próximas a los Apeninos, tan lejos como les era posible, y evitaban las llanuras donde la superioridad de la caballería cartaginesa era indiscutible. Los comandantes romanos presentaban batalla solamente desde posiciones defensivas fuertes, que raramente los cartagineses deseaban atacar. En los terrenos de monte bajo situados alrededor de lugares tales como Benevento o Nola era difícil librar una batalla decisiva. Las llanuras abiertas no acostumbraban a ser suficientemente amplias como para desplegar ejércitos numerosos y siempre se encontraba un terreno más elevado al que el bando derrotado podía retirarse y donde poder recuperarse. Incluso un general de la genialidad de Aníbal no podía obligar a un enemigo que se negara a ello a presentar batalla en campo abierto en esa clase de terreno, y era preciso que su ejército se mantuviera concentrado si quería seguir constituyendo una amenaza para los romanos. Los movimientos de éstos deberían estar guiados por una extremada prudencia en cualquier lugar por donde pudiera hacer acto de presencia el ejército enemigo, pero éste solamente podía estar en un lugar a la vez, e inevitablemente las fuerzas romanas fueron aumentando por todas partes su agresividad. Carentes de protección los aliados de aquél, se dedicaban a atacarlos y a asolar sus campos. Las rápidas e inesperadas marchas de Aníbal en esos años mostraron toda su conocida genialidad y la continuada eficacia de su ejército, pero ni siquiera así podía superar por entero la enorme superioridad numérica del enemigo.

A finales del 216, Aníbal había enviado a su hermano Magón para que informara al Senado cartaginés. Una vez allí, y quizás en la misma sala donde Fabio Buteo había permitido que la guerra se deslizase desde el pliegue de su toga, Magón ordenó a su servidumbre que extendiesen en el suelo la cantidad de anillos de oro que habían extraído de los cuerpos inertes de los senadores y caballeros romanos como prueba de la carnicería que Aníbal había causado a los enemigos del Estado. Finalizó con un llamamiento al envío de refuerzos inmediatos y de suministros de grano para poder alimentar al ejército. Livio afirma que Hannón, el antiguo opositor a la familia de los Bárcidas, se rió de la lista de hazañas de Aníbal, quejándose de que el general pidiera ayuda como si estuviera perdiendo la guerra, y no ganándola. A pesar de esta crítica, la mayoría votó a favor de enviar refuerzos al ejército de Italia, y también para consolidar las posiciones en España. El problema residía en cómo conseguir refuerzos y suministros para Italia. Sin un puerto, y sin cierto grado de control sobre las aguas de Sicilia, era imposible que a Aníbal le llegara alguna ayuda de cierta entidad si no seguía la ruta terrestre que él mismo había tomado.[13]

Aníbal había fracasado en Cumas y en Nápoles. En 214 se presentaron en el campamento púnico cinco nobles procedentes de la importante ciudad marítima de Tarento. Todos habían caído prisioneros en Trasimeno o en Cannas y puestos en libertad. Afirmaron que contaban con el apoyo de la mayoría de los habitantes de la ciudad y que se pasarían inmediatamente al enemigo si el ejército cartaginés se presentaba con una fuerza importante. Aníbal se encontraba en esos momentos en la costa occidental, a las afueras de Cumas, y había realizado otro intento de tomar Nápoles, antes de marchar de nuevo sobre Nola. Desde allí se puso en ca-

mino durante la noche, llegando a Tarento mientras que los ejércitos romanos se hallaban todos ellos ocupados en otras zonas. La guarnición romana se encontraba en guardia y se había visto reforzada recientemente por una flota procedente de Brindisi. En la ciudad no se produjo ningún levantamiento y tampoco apareció ningún noble dispuesto a cumplir sus promesas, por lo que, después de algunos días, Aníbal se retiró.[14]

En 212, algunos rehenes de Tarento y taurios intentaron escapar de Roma, pero fueron capturados y ejecutados, enfureciendo así a la opinión pública de ésta y otras muchas ciudades griegas. En Tarento se preparó otra conspiración, en la que estaba implicado un grupo de jóvenes nobles, dirigidos por Filemeno y Nico (Nikon, en griego). Aníbal había situado su campamento de invierno a tres días de marcha de la ciudad y, antes de la primavera, vinieron a verle los conspiradores, que aparentemente formaban una expedición de caza. Aníbal aceptó su oferta y los envió de regreso, permitiendo que se llevasen ganado de los suministros de su ejército, del que afirmaron que lo habían encontrado pastando y lo habían cazado. Las semanas siguientes se repitió esta artimaña en varias ocasiones, mientras los nobles negociaban las condiciones de su traición. A Tarento se le garantizaron más o menos las mismas condiciones que a Capua, es decir, libertad para gobernarse por sus propias leyes y magistrados, y la ciudad no pagaría tributos a Cartago ni aceptaría una guarnición púnica en contra de su voluntad. Aníbal solamente se apropiaría de las propiedades de los ciudadanos romanos que vivían en la ciudad, y éstos, lo mismo que la guarnición romana, serían tomados como prisioneros por los cartagineses que luego podrían pedir rescate o venderlos como quisieran.[15]

Los detallados informes de la toma de Tarento nos proporcionan un buen ejemplo sobre el tipo de operaciones que ocurrieron cuando otras ciudades fueron traicionadas, y vale la pena volverlo a contar con detalle. Filemeno salía de caza por la noche para evitar, según se creía, a las patrullas púnicas, y regresaba regularmente con el botín que compartía abundantemente con los centinelas y el comandante de la puerta lateral que utilizaba. Los guardas llegaron a considerar esta rutina como algo tan familiar que abrían la puerta con alegría siempre que reconocían su silbido. Aníbal reunió diez mil hombres, entre caballería e infantería, escogidos por su velocidad y agilidad para formar su columna de ataque, les distribuyó raciones para cuatro días, y los dirigió en mitad de la noche. Es interesante notar que incluyó tres grupos de galos, en total dos mil hombres, lo que muestra la rapidez con que estos guerreros fueron absorbidos por el ejército, sobre todo si se compara con las críticas que recibieron los galos por su carencia de velocidad y energía en las marchas de la campaña del 217. La columna estaba cubierta por ochenta jinetes númidas, quienes tenían órdenes de capturar o matar a cualquiera que se interpusiera en su camino, pero que, al mismo tiempo, debían dar la impresión de que sólo se trataba de un grupo normal dedicado a forrajear. La fuerza de Aníbal marchó hasta unas catorce o quince millas de la ciudad, manteniendo a los hombres bajo estrecho control y sin permitir que nadie se rezagara. El resto del día les dejó descansar en un desfiladero donde podían estar fuera del alcance de la vista de cualquiera, dando un respiro a sus oficiales, que se sentían fatigados al tener que mantener un fuerte control sobre sus hombres y obedecer sus órdenes al pie de la letra.

El comandante de la guarnición romana de Tarento, un tal Marco o Cayo Livio, se encontraba asistiendo a un banquete cuando recibió la noticia del merodeo de la caballería númida. No le pareció que sus acciones supusieran una amenaza especial y ordenó simplemente que una patrulla de caballería diera una batida al día siguiente. Los conspiradores habían elegido deliberadamente ese día creyendo que Livio estaría distraído y algunos de ellos quedarían bebiendo con él después de la celebración y lo acompañarían a casa en un estado que no le permitiría ejercer el mando. Esa noche, Filemeno guió a Aníbal hasta la ciudad e hizo una señal previamente convenida consistente en encender una hoguera. Cuando los conspiradores contestaron con su propia fogata, Aníbal apagó la hoguera y dividió a su fuerza en tres partes. Los dos mil jinetes permanecerían en el exterior, preparados como fuerza de reserva para cubrir la retirada o sacar partido de su éxito. Filemeno dirigió los mil libios hacia la puerta que normalmente utilizaba para sus expediciones de caza, mientras que Aníbal conducía silenciosamente a los que quedaban, siguiendo la vía principal hasta llegar a la puerta Teménida. Los conspiradores sorprendieron a los guardias que se encontraban allí y acabaron con ellos, matando a la mayoría mientras dormían y permitiendo el paso de los cartagineses cuando llegaron. Mientras tanto, Filemeno y otros tres más se acercaron a la otra puerta llevando consigo un jabalí como si regresaran de cacería. Al oír el silbido de Filemeno, el centinela les dejó pasar por la puerta trasera, situada junto a la principal. Cuando el hombre se inclinó para ver su botín, Filemeno lo mató con una lanza de caza. Treinta libios habían seguido muy de cerca a los cuatro hombres y entraron rápidamente, enfrentándose a los guardias y abriendo la puerta principal al resto de la fuerza. Abriéndose paso hacia

la ciudad, todo el cuerpo de ejército se reunió con Aníbal que, en ese momento, ya había llegado al Foro. Desde allí despachó a los tres grupos de galos, guiados por algunos de los conspiradores, para que controlaran todas las calles que conducían a la zona del mercado. Mataron a todos los romanos con que se encontraron, sin que la mayoría de ellos opusiera demasiada resistencia. La confusión aumentó cuando los conspiradores utilizaron algunas trompetas militares romanas y comenzaron a emitir órdenes contradictorias. Livio escapó en un esquife de remos hacia la ciudadela que estaba situada en un estrecho promontorio y que fue la única parte de la ciudad que se conservó en manos de los romanos. Los tarentinos, enfrentados a un enemigo que ya controlaba sus calles, se reunieron en asamblea y aceptaron pronto las condiciones que les presentaron los conspiradores.

Aníbal se puso inmediatamente manos a la obra para reducir la ciudadela, que dominaba la entrada en el puerto de Tarento. Se construyó un muro y un dique para separar el promontorio del resto de la ciudad, y se castigó duramente una salida romana cuyo objetivo era el de dificultar las obras. Sin embargo, la guarnición romana permaneció confiada, pues podía recibir suministros y refuerzos por mar. Toda la guarnición de Metaponto se embarcó hacia la ciudadela, aunque su retirada propició la deserción de aquella ciudad. Un asalto directo constituyó un fracaso, y Aníbal dejó el bloqueo durante mucho tiempo en manos de los tarentinos. Demostró su ingenio una vez más al enseñar a los ciudadanos cómo arrastrar sus galeras desde el puerto y hacerlas descender por una de las calles principales para botarlas de nuevo en mar abierto, permitiéndoles así cerrar el bloqueo por mar.[16]

El resurgir de Roma

La toma de Tarento fue un duro golpe para Roma y una gran victoria, aunque incompleta, de Aníbal. Además, en ese mismo año, los romanos se decidieron a comenzar un asedio a gran escala sobre la otra ciudad importante que se le había unido: Capua. Ya en un año tan temprano como el 215, Fabio Máximo había preparado una serie de importantes incursiones para saquear el territorio de la Campania. El momento más fácil de incendiar el cereal es un breve periodo de tiempo anterior a la cosecha y, al preparar sus ataques cada año, los romanos tenían muy en cuenta el hacerlo en esa época. Al haber caído nuevamente bajo su control ciudades como Arpi o Casilinum, ambos cónsules estuvieron en disposición de avanzar hacia la misma Capua, en 212, y de dar comienzo a su bloqueo. Como respuesta al llamamiento de los capuanos, Aníbal sólo envió en su ayuda a dos mil jinetes y a varios oficiales, pero hizo vagas promesas de contribuir con una asistencia más importante. La caballería campana era muy buena y siempre había alcanzado una elevada consideración entre los romanos. Reforzados por el destacamento del principal ejército de Aníbal, obtuvieron éxito en varias acciones sin importancia. No obstante, los romanos recuperaron la moral cuando uno de sus propios jinetes aceptó el reto de librar un combate cuerpo a cuerpo con un campano con quien estaba relacionado por lazos de hospitalidad. Es el segundo duelo de las mismas características entre romanos y campanos que Livio nos describe, y en ambos declara, muy patriótico él, que la victoria sonrió a los romanos.[17]

Poco después, Aníbal marchó con su ejército en auxilio de Capua. Tres días después de su llegada presentó batalla ante los campamentos romanos. El relato que Livio hace de esta acción es confuso, aunque no es del todo imposible, pues afirma que la batalla concluyó cuando ambos bandos vieron

aproximarse a lo lejos una columna y, creyendo que se trataba de enemigos, dejaron sin terminar la acción. Cualesquiera que fueran los detalles reales de la lucha, parece ser que no fue decisiva, pero, cuando menos, sirvió para desanimar a los cónsules romanos. Sus dos ejércitos decidieron dejar de compartir la compañía del otro y marcharon en direcciones opuestas para conseguir que Aníbal se alejara de Capua, sabiendo que solamente podría perseguir a uno de ellos, con lo que el otro podría regresar nuevamente. Livio cuenta la extraña historia de un importante centurión anterior, llamado Marco Centenio, que había pedido al Senado el mando de tropas, afirmando que su profundo conocimiento de la zona le permitiría realizar rápidas incursiones de gran efectividad. Con ocho mil hombres a su mando se lanzó en persecución de Aníbal, que acababa de abandonar su acoso a uno de los ejércitos consulares en retirada. Centenio murió heroicamente, pero sus hombres sufrieron una matanza en la breve acción o en la persecución consiguiente, hasta el punto de que apenas escaparon con vida mil hombres.[18]

Entretanto, ambos ejércitos consulares habían regresado a Capua para reiniciar el bloqueo. Se reunieron los víveres en un depósito en Casilinum, y se levantaron puestos fortificados para controlar el río Volturno, con el fin de que el material más voluminoso, por ejemplo, el grano, pudiera transportarse con seguridad por él para alimentar a los ejércitos. Tuvieron buen cuidado en organizar un sistema eficaz de suministro, puesto que, si se pretendía que el bloqueo fuera un éxito, un gran número de tropas romanas debería permanecer en sus posiciones. A los dos ejércitos consulares se les unió otro mandado por un pretor, Claudio Nerón, y las seis legiones se pusieron manos a la obra para levantar una muralla y un foso con la finalidad de rodear la ciudad y otra

más encarada hacia el exterior. La ciudad le envió a Aníbal una última petición de ayuda antes de que se cerrara la línea de circunvalación, pero los cartagineses se hallaban interesados en otros proyectos, esperando tomar Brindisi mediante traición. Los romanos ofrecieron la libertad a todos los campanos que se rindieran antes de que la línea estuviera cerrada. Nadie respondió, aunque ciento doce jinetes se habían pasado a los romanos el año anterior.[19]

En 211, el sitio a Capua continuó siendo la principal prioridad del Senado en Italia, hasta el punto de que ambos cónsules y Nerón vieron cómo se les ampliaba el periodo de mando como promagistrados. La caballería campana continuaba alcanzando éxitos frecuentes, hasta que un centurión romano, un tal Quinto Nevio, trajo la idea de formar un cuerpo escogido de *velites* que cabalgaría detrás de la caballería romana. Durante las acciones, desmontarían y lucharían apoyando estrechamente a la caballería, actuando como baluarte defensivo para que los jinetes pudieran reunirse y volver a formar para cargar de nuevo. Esa nueva táctica les proporcionó a los romanos cierta ventaja en los siguientes encuentros. En ocasiones, ese incidente ha sido descrito como la mayor reforma de la caballería y de la infantería ligera de las legiones, pero, de hecho, se trató sencillamente de un recurso local para solucionar una situación particular. Reflejó la creciente experiencia de los ejércitos romanos, antes que cualquier cambio fundamental en su composición.[20]

Capua caería de manera inevitable si no se rompía el bloqueo, por lo que Aníbal decidió que debía actuar. Dejando la parte más pesada de su equipo con los brucios, se dirigió a marchas forzadas hacia la Campania. Los ejércitos romanos se encontraban en ese momento en campo abierto alrededor de Capua, donde lo lógico es que se creyera que la caballería

de Aníbal, más numerosa y eficaz, tendría ventaja, pero aquéllos se negaron a abandonar sus fortificaciones y aceptar una batalla en campo abierto. El procónsul Apio Claudio no iba a caer en la trampa cuando Aníbal envió patrullas para entablar una lucha de escaramuzas con los piquetes de guardia en el exterior de los campamentos romanos, de la misma manera en que había atraído a otros comandantes romanos a presentar batalla en unas condiciones desfavorables para ellos. A la desesperada, Aníbal lanzó un ataque directo sobre los campamentos, al tiempo que los capuanos realizaban una salida para atacar las defensas desde el otro lado. En un momento de la batalla, una unidad de la infantería española, conduciendo tres elefantes, abrió brecha en las fortificaciones y amenazó el campamento de Fulvio Flaco, hasta el punto de que sólo fueron rechazados cuando los romanos llevaron a cabo un contraataque animados por el heroico ejemplo infundido por varios oficiales, incluido Nevio. El ataque de Aníbal fracasó y su ejército pronto comenzó a ir escaso de víveres. Habían llevado consigo sólo un pequeño suministro y los romanos habían saqueado la zona de los alrededores hasta dejarla limpia de cualquier cosa comestible. Fue ése el momento en que Aníbal decidió marchar sobre Roma en un intento por alejar a las legiones de Capua, según hemos descrito en el capítulo anterior. Cuando le falló esta última acción abandonó Capua a su suerte y volvió hacia Brutium, al sudeste, a través de Samnium y Apulia.[21]

Incluso los oficiales cartagineses que habían quedado en la ciudad se sintieron traicionados y abandonados por su comandante, pero las cartas de ira que le enviaron fueron todas ellas interceptadas por los romanos, que cortaban las manos de los correos (que habían tratado de desertar) y los devolvían a la ciudad. La población de Capua se enfrentaba en ese

momento a la carencia total de alimentos. Algunos de los senadores más antirromanos se suicidaron, pero el resto entregó la ciudad, abriendo las puertas para permitirles la entrada. Poco después capitularon también las comunidades alejadas de Atella y Calatia. Se arrestó a cincuenta y tres senadores de Capua, a quienes se consideraron los principales responsables de la rebelión contra Roma. A continuación, el procónsul Fulvio ordenó su ejecución, parece ser que aceptando toda la responsabilidad y en contra de los deseos de su colega, aunque existen diferentes versiones sobre el incidente. Más tarde, el Senado romano decidió derogar el estatuto de Capua como ciudad-Estado con instituciones, magistrados y leyes propios. En el futuro iba a ser gobernada por un funcionario nombrado desde Roma.[22]

En 209, Roma volvía a recuperar otro de los mejores trofeos de Aníbal, la ciudad de Tarento. Una vez más, la ciudad traicionaba pasándose al atacante. Fue la última campaña librada por Fabio Máximo. Durante esos años, la guarnición romana había conseguido mantenerse en la ciudadela, y los combates se habían ido haciendo cada vez más duros cuando trataban de pasarles suministros rompiendo el bloqueo tarentino. En primavera, dos de los siete ejércitos formados por dos legiones que operaban en Italia en aquel año fueron enviados para mantener al ejército de Aníbal ocupado, mientras Fabio conducía a sus propios hombres contra Tarento. Otro elemento de distracción lo provocó un grupo de desertores brucios y una fuerza irregular procedente de Sicilia, con base en Rhegium, que fueron enviados para que llevaran a cabo incursiones de amplio alcance, tarea que ejecutaron con considerable entusiasmo. Tarento se había rendido con la condición de que no se la podía obligar a aceptar una guarnición púnica, pero es evidente que, en cierto momento,

deseó de buen grado contar con una. Bajo el mando supremo de Carthalo, esta guarnición incluía un grupo de brucios, cuyo comandante se había enamorado de la hermana de un tarentino que se encontraba sirviendo en el ejército de Fabio. Con la aprobación del cónsul, el tarentino simuló desertar y utilizó la conexión para tratar como amigo al oficial brucio. (En otra versión de la historia, aún más romántica, ese oficial estaba enamorado en realidad de la antigua querida de Fabio.) Se convenció al oficial para que desertara, trayendo consigo a sus hombres. Cuando Fabio desencadenó un asalto a la ciudad, envió un grupo con escalas hacia la zona de la muralla defendida por aquella unidad. Los brucios ayudaron a los romanos en la ciudad y, a pesar de diversos combates callejeros, el desenlace no fue nunca dudoso. Nico y algunos de los otros conspiradores murieron luchando, Filemeno desapareció y se le dio por muerto. Carthalo confiaba en los lazos de amistad que le unían a Fabio, pero fue sorprendido por un grupo de soldados y abatido antes de que pudiera llegar hasta el cónsul. Los soldados romanos atacaban a ciegas, matando a tarentinos y a cartagineses de manera indiscriminada, e incluso algunos de los brucios fueron muertos a propósito o accidentalmente. Consiguieron una increíble cantidad de botín y treinta mil esclavos. Cuando Aníbal tuvo noticias de la amenaza que se cernía sobre la ciudad y corrió en su ayuda, ya había terminado todo.[23]

Aquella breve campaña había demostrado una vez más que Aníbal no podía contestar a todas las amenazas de los romanos de manera simultánea. Había librado algunas acciones confusas y no decisivas contra el procónsul Marcelo a las afueras de Canusium, no muy lejos de Cannas, cuando Fabio comenzó a dirigirse hacia Tarento. Esperando infligir un revés menor a los victoriosos romanos, el cartaginés en-

vió un mensaje falso al campamento del cónsul afirmando que algunos nobles estaban ansiosos por entregar Metaponto a traición. Se cree que Fabio tragó el anzuelo, pero canceló la expedición debido a la aparición de presagios desfavorables, o quizás sencillamente a una precaución instintiva.[24]

A pesar de las pérdidas —mataron o apresaron a quinientos de sus mejores jinetes númidas cuando Salapia se pasó a traición a los romanos en 210—, el ejército de Aníbal continuaba siendo una fuerza formidable. Es difícil poder evitar la sospecha de que los relatos de Livio sobre muchas de las victorias romanas sin importancia, o de batallas que acabaron a la caída de la noche o debido al mal tiempo antes de que estuvieran decididas, ocultan derrotas tácticas simuladas, pero llega incluso a recoger un gran número de rotundas victorias púnicas. En 212, el pretor Cneo Fulvio Flaco fue derrotado sufriendo unas pérdidas de dieciséis mil hombres a las afueras de Herdonea, cuando Aníbal repitió la misma trampa que en Trebia de ocultar un buen número de hombres detrás de la línea enemiga. En 210, el procónsul Cneo Fulvio Centumalo fue derrotado cerca de la misma ciudad, perdiendo siete mil o trece mil hombres, dependiendo de la fuente de que se trate. Aunque la coincidencia en los nombres de los comandantes romanos y en la ubicación de la acción ha hecho pensar, a veces, que Livio había descrito por error la misma batalla dos veces, no existe ninguna buena razón para aceptarlo ni prueba alguna que corrobore esa versión. Se cree que, en la segunda batalla, los romanos no se desplegaron exactamente con la usual *triplex acies*, sino conservando varias legiones enteras en la reserva, una práctica que, según afirma Livio, se siguió en otras batallas de aquellos años. Si esos relatos son precisos, esa táctica puede ser sencillamente un reflejo de la carencia de terreno razonablemente abierto en

aquel país montañoso sobre el que operaban fundamentalmente los ejércitos en esos años, hasta el punto de que apenas se contaba con espacio para desplegar todas las unidades de un ejército una al lado de la otra. Merece también la pena recordar que cuando un ejército romano se desplegaba a partir de una columna en marcha lo hacía rotando sus tres unidades paralelas hacia la derecha para formar los *triplex acies*. Si se encontraba con el enemigo de forma inesperada, debía ser mucho más fácil y más rápido girar cada *ala* y cada legión por separado en la línea en que se encontraran, con lo que, al menos, las unidades de vanguardia podían presentar un frente de combate organizado ante cualquier enemigo que les amenazara. Muchas de las acciones parecen haber sido colisiones producto de encuentros inesperados, sin que tuvieran ocasión de contar con aquellos días llenos de cautelosas maniobras y de observación del enemigo que habían precedido a batallas como la de Trebia o la de Cannas.[25]

Los supervivientes de los desastres de Herdonea fueron utilizados para volver a completar los cuerpos de veteranos que se encontraban luchando en Sicilia y les obligaron a servir en las mismas condiciones que a éstos. Al pretor Fulvio lo acusaron de incompetencia y fue deportado, después de librarse por poco de la pena de muerte. Si bien estas derrotas fueron serias, un golpe psicológico mucho mayor ocurrió el 208, cuando los dos cónsules, una vez más Marcelo y Tito Quinctio Crispino, cayeron en una emboscada preparada por Aníbal mientras se encontraban de reconocimiento. A Marcelo lo mataron en el ataque inicial, junto con un tribuno y dos prefectos, y su colega quedó mortalmente herido. Aníbal trató con sumo respeto el cadáver de Marcelo, pero intentó también sacar provecho de la situación al utilizar el sello del anillo del cónsul en un intento por volver a tomar la ciudad

de Salapia. Envió una carta firmada con el sello de Marcelo, en la que se daban instrucciones a las autoridades locales para recibirle a él y a un cuerpo de tropas. Se formó una columna encabezada por un grupo de desertores romanos que todavía vestían sus antiguos uniformes. Sin embargo, Crispino había advertido el peligro y envió mensajes alertando a todos los pueblos de la zona para que estuvieran en guardia. La guarnición de Salapia dejó pasar por la puerta a los líderes de la columna que se acercaba y luego dejaron caer el rastrillo tras ellos. Seiscientos hombres, la mayoría desertores, fueron masacrados en aquel reducido espacio.[26]

En ese momento, la zona que todavía controlaba Aníbal había quedado reducida al extremo sur del país. A pesar de los éxitos continuos, la presión ejercida por la cantidad cada vez mayor de soldados romanos y la agresividad constante de los comandantes, nombrados anualmente, redujo de manera gradual el número de sus aliados. A medida que iba pasando el tiempo, más individuos y comunidades enteras retornaban a su antigua alianza con Roma, animados por el buen trato que recibían los desertores en comparación con el castigo infligido a aquellos Estados que volvían a ser ocupados por la fuerza. En 209, los hirpinios y los lucanos se rindieron y fueron reprendidos, pero no castigados por su deserción anterior. A los brucios se les ofreció también el mismo trato si volvían con Roma, y algunos de sus nobles recibieron con gusto la noticia. La tendencia no era, sin embargo, unidireccional. Como había demostrado el incidente de Salapia, todavía había una pequeña minoría de soldados romanos que estaban deseosos de luchar a favor del enemigo, de la misma manera en que había libios, españoles o núm-

das que querían desertar y servir contra sus anteriores compañeros de armas. No obstante, la corriente de deserciones seguía ahora un rumbo enteramente favorable a Roma.[27]

La movilización de un número tan enorme de soldados y el mantenimiento de una guerra que se estaba librando a gran escala y en tantos frentes de manera simultánea había sometido a Roma a una tensión enorme. No todos los ciudadanos se entregaron patrióticamente a servir los intereses del Estado. En 213, salió a la luz un escándalo, al saberse que los empresarios pagados por el Estado para enviar suministros a los ejércitos acantonados en España habían estado falsificando sus cuentas de resultados y echando a pique los barcos vacíos para reclamar enormes compensaciones por las pérdidas debido a las tormentas. En 209, los censores castigaron de manera ejemplar a los miembros del orden ecuestre de las centurias de mayor rango que, el año 218, tenían diecisiete años o más, y que no habían estado sirviendo en el ejército ni siquiera una campaña a lo largo de la guerra, degradándoles a un rango inferior. (Se trataba de excepciones a la regla general, puesto que una inmensa mayoría de ciudadanos romanos mostraron un enorme deseo por someterse al régimen del servicio legionario y sacrificarse para defender a su Estado.) Ese mismo año 208 ocurrió también un incidente más desagradable, cuando doce de las treinta colonias latinas que constituían el núcleo de la red de aliados de Roma declararon que ya no contribuirían más al esfuerzo de guerra con soldados o con fondos. Parece haberse debido más al hecho de encontrarse exhaustas que a deslealtad, al tiempo que las demás colonias reafirmaban su lealtad y la voluntad de cumplir con sus obligaciones. Roma estaba ganando una guerra

de resistencia, pero eso no quiere decir que la ciudad y sus aliados no estuvieran sufriendo la tensión derivada de mantener la pugna durante tanto tiempo.[28]

La batalla de Metauro, 22 de junio de 207 a.C.

Por mar, Aníbal solamente recibió una leva de refuerzo, cuando Bomílcar desembarcó en Locri el año 215. La combinación formada por el hecho de que Aníbal no dispusiera de un puerto importante, el fracaso de los cartagineses en expulsar a los romanos de Sicilia y de conseguir el dominio naval de las rutas marítimas que rodeaban la isla y la indiferencia de los líderes de Cartago impidió que se repitiera la arribada de otras columnas. Parece claro que, desde el principio, Aníbal esperaba verse reforzado por un ejército procedente de España siguiendo la ruta terrestre que él mismo había tomado. Se decía que Asdrúbal Barca había estado planeando una expedición de esa clase el año 216, pero que se había vuelto impracticable debido a los éxitos romanos en España. La necesidad de invertir la situación de la suerte púnica en España condujo también a cambiar el destino de las tropas que Magón Barca había alistado en Europa y que, inicialmente, se había pensado enviar a Italia. Asdrúbal lo intentó de nuevo en 208 y sacó de España con éxito un ejército, a pesar de un percance que sufrió en una acción por la retaguardia a la altura de Baecula. Se cree que siguió una ruta similar a la de su hermano, pero no parece que se viera obligado a enfrentarse tan a menudo con las tribus locales, lo que dio como resultado que su ejército, mucho menor, sufrió también muchas menos bajas. Quizás contribuyó a ello el que se dedicara a gastar oro a manos llenas para contratar mercenarios entre las tribus galas. Massilia despachó mensajes para alertar a los romanos de su avance. Fueron enviados embajadores romanos quienes gracias a las relaciones amistosas

que mantenían los masaliotas y algunos caudillos galos, supieron que Asdrúbal esperaba cruzar los Alpes hacia Italia a comienzos de la primavera del 207.[29]

Las noticias provocaron pánico en Roma. Durante una década habían estado sosteniendo una guerra contra un ejército enemigo en su propio territorio. Habían alistado un enorme número de soldados y los habían mantenido en servicio permanentemente. Las bajas habían sido numerosas y el coste financiero del Estado enorme, mientras que los ejércitos enemigos habían forrajeado y devastado completamente grandes extensiones de suelo agrícola de Italia. Después de todos los esfuerzos invertidos, Aníbal continuaba invicto y, aunque estuviera encerrado en un rincón de la Italia meridional, aún era capaz de ser mucho más hábil que los comandantes romanos. La declaración de las doce colonias el año 209 podría querer decir que el Senado estaba a punto de agotar sus recursos. Ahora, otro de los hijos de Amílcar Barca estaba preparado para invadir Italia a sangre y fuego. ¿Qué sucedería si ambos hermanos llegaban a unir sus fuerzas? ¿Iban a ocurrir otras nuevas «Trebias y Cannas»? Y, si eso sucedía, ¿podría Roma sobrevivir?

Uno de los nuevos cónsules, Marco Livio Salinator, que había regresado a la vida política hacía sólo unos años después de un retiro voluntario tras los escándalos que salpicaron su primer consulado en el año 219, fue enviado al norte con un ejército. Le apoyaba uno de los pretores, Lucio Porcio Licino, que contaba con dos legiones, algo menos numerosas de lo habitual, acantonadas cerca de Ariminum, mientras que Varrón condujo una fuerza parecida al otro lado de los Apeninos, hacia Etruria. Exactamente igual que le sucediera a su hermano en 217, Asdrúbal se vería obligado a elegir por cuál de las dos laderas de esas montañas se dirigiría hacia el

sur; por tanto, una vez más, el Senado desplegó ejércitos de guardia contemplando ambas opciones. Los cartagineses descendieron de los Alpes antes de lo que esperaban los romanos, aunque Licino tuvo noticias de su avance y envió un mensaje alertando a Roma y apremiando a los cónsules para que unieran sus ejércitos tan pronto como fuera posible. Una vez en el valle del Po, Asdrúbal marchó sobre Placentia y comenzó un asedio a la colonia. Es posible que pretendiera dar descanso a sus hombres después de la marcha, o, como apunta Livio, quizás deseara alcanzar el prestigio de una victoria temprana, lo que podía tener como consecuencia que los galos se animaran a unírsele. Sin embargo, los defensores de la ciudad presentaron más resistencia de la esperada y abandonó el bloqueo. Envió a seis jinetes, dos númidas y cuatro galos, con cartas selladas para que encontraran a Aníbal. Como era ya costumbre en la época de campaña, el ejército de Aníbal estaba en continuo movimiento y se hallaba próximo a Tarento, cuando una patrulla romana detuvo a algunos de los mensajeros. Después de ser interrogados, les descubrieron las cartas y las enviaron al Senado; en ellas leyeron que Asdrúbal esperaba reunirse con su hermano en Umbría. Livio no nos ofrece detalles del lugar de esa extensa zona en que se suponía que se iba a realizar el encuentro. Evidentemente, era en algún sitio de la costa oriental, quizás cerca del extremo más meridional del *ager Gallicus*. Aníbal seguía en el sur cuando su hermano empezó a descender por la costa este de Italia.[30]

La situación no era ya la misma que en el 218. Los romanos habían alcanzado un estado de movilización mucho más elevado, y los líderes y los ejércitos tenían una mayor experiencia y eran más eficaces. La respuesta a las noticias de las intenciones de los cartagineses fue inmediata. En algún lu-

gar, quizás cerca de Sena Gallica, Asdrúbal se enfrentó a los ejércitos combinados de Salinator y del pretor Licino, quien había ido avanzando lentamente por delante del enemigo, para demorar la marcha de éste tanto como fuera posible. El otro cónsul, Cayo Claudio Nerón, poseía una reputación bastante ambigua que oscilaba entre la intrepidez y la temeridad. A principios de año lo habían enviado a dirigir los ejércitos que tenían como objetivo contener a Aníbal en el sur, y se encontraba cerca de Canusium cuando recibió el mensaje interceptado. Nerón decidió reunir a lo más escogido de su ejército, unos seis mil hombres de infantería y mil jinetes, y conducirlos hacia el norte para unirse con el otro cónsul. Se enviaron instrucciones a todas aquellas comunidades situadas a lo largo de la ruta que pensaba seguir, ordenándoles que tuvieran dispuestos víveres y suministros para sus soldados, pues éstos harían la marcha descargados. Los pueblos deberían tener también preparados carros y mulas para ayudar a los hombres más débiles de la columna. A continuación, dejando que se extendiera el rumor de que intentaría un ataque por sorpresa a una ciudad cercana, Nerón abandonó el campamento durante la noche y, después de realizar un breve trayecto, giró en dirección norte hacia Picenum. Según iban avanzando, las multitudes les aclamaban a su paso, preveyéndoles de los suministros que habían pedido. La reacción en Roma ante la noticia de los movimientos del cónsul no fue tan positiva, pues muchos temían que el resto del ejército que había dejado en Apulia podría ser perfectamente vulnerable a un ataque de Aníbal. Livio no dice cuántos días estuvieron los hombres de Nerón para recorrer a marchas forzadas algo más de cuatrocientos kilómetros, aunque afirma que el viaje de regreso lo hicieron aún a mayor velocidad, en sólo seis días. Es evidente que fue suficien-

temente rápido como para sorprender a Asdrúbal, y los romanos tuvieron buen cuidado de ocultar ese refuerzo. Enviaron mensajeros por delante a Salinator y dispusieron que la columna marchara protegida por las sombras de la noche y que, a continuación, los hombres fueran acompañados por soldados, uno a uno, tan silenciosamente como les fuera posible, hasta el interior del campamento a las tiendas que compartirían. Aunque el campamento de Asdrúbal no se encontraba más allá que a unos quinientos pasos —media milla romana—, el engaño funcionó.[31]

A la mañana siguiente, Nerón convenció a su colega consular y al pretor a arriesgarse a presentar batalla de manera inmediata, prefiriendo el beneficio de la sorpresa a permitir el descanso de sus soldados que se encontraban con los pies doloridos por la marcha. Asdrúbal ya había formado a su ejército en orden de batalla fuera del campamento cuando los romanos salieron para realizar su despliegue. Sin embargo, se dice que observó entre las filas romanas hombres con viejos escudos que nunca había visto antes, y caballos flacos en las patrullas de caballería, al tiempo que tuvo la impresión general de que el número de soldados romanos había aumentado. Preocupado, Asdrúbal rechazó el combate y, como de costumbre, los romanos no forzaron un encuentro contra un enemigo que no quería alejarse mucho de su campamento. Se despacharon patrullas para observar los campamentos separados que habían levantado Licino y Salinator. Livio nos dice que aquéllas informaron de haber oído dos fanfarrias de trompetas en el campamento del cónsul y solamente una en el del pretor, por lo que Asdrúbal dedujo correctamente que también debía hallarse presente un segundo cónsul. No está claro cuál era el tamaño del ejército de Asdrúbal, pero parece probable que la adición de lo que sería el

equivalente de una poderosa legión a los ejércitos romanos que tenía frente a sí le convenció de que librar una batalla sería una imprudencia. Durante la noche se retiró hacia el río Metauro. Livio afirma que sus guías, seguramente hombres de la zona, desertaron y que la columna púnica se extravió en medio de la oscuridad, pero las marchas nocturnas siempre han presentado dificultades, y es posible que el error fuera accidental. Al final de la noche, Asdrúbal llegó a la orilla del río y ordenó a sus unidades que lo siguieran, esperando dar con el camino correcto a la luz del alba y descubrir un lugar para vadearlo.

Los romanos empezaron la persecución tan pronto como advirtieron la retirada del enemigo. Nerón dirigía la caballería combinada de los tres ejércitos, seguido de Licino con los *velites*, y de Salinator, bajo cuyos auspicios se libró la batalla, con el ejército principal. Alcanzaron a Asdrúbal cuando este último acababa de decidir que sus hombres necesitaban un descanso, por lo que había comenzado a levantar un campamento en una colina que dominaba el río. Cuando llegaron los diversos elementos de los ejércitos romanos y comenzaron a formar en línea de combate, los cartagineses ordenaron a sus hombres que detuvieran los trabajos en el campamento y se desplegaran. Ambos bandos debían estar cansados después de su marcha, pero los comandantes romanos estaban ansiosos por luchar y no trataron de retrasarla. No se conoce la ubicación precisa de la batalla de Metauro y se han apuntado varios lugares. Parece que el terreno era bastante irregular y muy escaso el espacio abierto; esto, unido a la premura con que ambos lados formaron sus líneas, provocó que la batalla fuera menos regular que las de las primeras campañas de Aníbal, y mucho más parecida a los encuentros que habían tenido lugar en la Italia meridional. Nerón man-

daba el ala derecha romana, parece ser que con su propia infantería y caballería; Licino tomó el centro y Salinator el ala izquierda. No está claro si la caballería al completo se hallaba dividida entre los extremos de ambas alas, según era la práctica usual, aunque Livio parece deducir que el grueso de la caballería romana se encontraba con Salinator, a la izquierda, lo que quizás quiera decir que Nerón tenía la caballería aliada. Asdrúbal situó sus diez elefantes (quince, según Apiano)[32] por delante del centro de su ejército, y emplazó a sus mejores tropas, las españolas, a la derecha, y a los galos a la izquierda. Según Livio, el centro situado por detrás de los elefantes estaba compuesto por ligures, pero Polibio no menciona su presencia en todo su relato, aunque puede perfectamente haberlos juntado con los españoles. Ni Livio ni tampoco Polibio hacen ninguna mención específica a la caballería cartaginesa. Los galos se encontraban en un terreno elevado en una posición formidable, ciertamente imposible de tomar por medio de un ataque frontal e incluso ni siquiera fácil de llegar hasta ella. El centro púnico y su ala izquierda se habían desplegado con numerosas filas de fondo, lo que no era nada habitual, probablemente como indicio de la estrechez del espacio y de la premura con que habían formado. Es improbable que los romanos contaran con más de cuarenta mil hombres y Asdrúbal significativamente menos, pero debemos mantener esas cifras como mera conjetura.

La batalla dio comienzo en el momento en que Asdrúbal lanzó su ataque principal contra Salinator y el ala izquierda de los romanos que habían salido a su encuentro. Livio afirma que los elefantes provocaron el desorden entre los *hastati* y consiguieron una ventaja temporal, aunque, a continuación, les entró el pánico y provocaron una enorme confusión en ambos bandos. La lucha era muy dura y ninguno de los

lados conseguía una ventaja clara, pues tanto Salinator como Asdrúbal se hallaban comprometidos por entero en la pelea, dirigiendo y animando a sus hombres con su propio ejemplo. Por la derecha, los romanos no podían abrirse paso hacia la posición dominada por los galos ni encontrar una manera de flanquearla. Entonces, Nerón tomó una decisión notablemente audaz e imaginativa por iniciativa propia. Tomando consigo un número considerable de hombres de su ala, los condujo en una marcha que pasó por detrás de la línea de vanguardia romana, rodeando la parte más extrema del flanco derecho del enemigo. A continuación atacaron a los españoles por ese flanco, cambiando la situación de manera decisiva a favor de los romanos. La derecha y el centro púnicos se hundieron y empezaron a huir ante esta arremetida inesperada. Asdrúbal, al advertir que la batalla estaba perdida, murió luchando heroicamente o, según otra tradición, se suicidó. Los romanos arrollaron a todo el ejército enemigo, expulsando a los galos de la colina que ocupaban y arrasando el campamento púnico. Hay quien dice que allí encontraron más galos, la mayoría de ellos tumbados en las tiendas en medio del atontamiento provocado por la borrachera. Posiblemente, los aliados galos reclutados recientemente por Asdrúbal tenían tan poca disciplina de marcha como los hombres de las tribus que Aníbal había conducido el año 217. Para tropas nada acostumbradas a la campaña, aquella larga y confusa marcha nocturna las debió cansar demasiado.

Polibio nos dice que, en la batalla, perecieron diez mil de los hombres de Asdrúbal, mientras que las pérdidas romanas se limitaron a dos mil, cifras bastante más lógicas que los increíbles totales que nos ofrece Livio. Murieron seis elefantes y los otros cuatro fueron capturados posteriormente. Se trató de una gran victoria para los romanos, y sus ejércitos de-

mostrarían en toda esa campaña un mayor grado de eficacia y una mayor flexibilidad si se los compara con el principio de la guerra. Los romanos habían respondido con rapidez a las noticias que les habían llegado de las intenciones del enemigo, preparando un plan para interceptar a Asdrúbal mediante la utilización de dos ejércitos, reforzados más tarde por un fuerte destacamento de un tercero. La marcha de Nerón constituyó todo un triunfo, no sólo por la disciplina y la determinación desplegadas, sino también por la organización logística que le permitió disponer en pocos días de suministros preparados por adelantado a lo largo de la ruta. Su decisión de marchar desde una de las alas para flanquear al enemigo situado en el otro extremo del campo de batalla demostraba un grado de flexibilidad táctica inimaginable en las legiones del año 218. Ese mismo grado de destreza la demostrarían también los ejércitos de Escipión Africano en España y África.[33]

Al llegar las noticias de la victoria, la sensación de alivio que invadió Roma fue mayúscula, y el Senado declaró tres días de acción de gracias. Más aún cuando, según Livio, se supo que Nerón había conseguido reunirse con su propio ejército en Apulia antes de que Aníbal hubiera podido obtener alguna ventaja aprovechándose de su ausencia. Se había evitado la última gran crisis de la guerra en Italia. A Livio Salinator se le premió con un triunfo por la victoria, y a Nerón, que había sido su subordinado, el honor menor de una ovación. No obstante, Livio afirma que, cuando Nerón avanzaba montando en su caballo detrás del carro de Salinator, fue vitoreado con mucha más fuerza, pues la multitud creía que había sido el auténtico artífice de la victoria. Según una tradición arcaica, los soldados romanos que marchaban en

un triunfo cantaban versos obscenos referidos a sus comandantes. Nerón consiguió el honor bastante dudoso de ser el objeto de muchas más burlas que su inmediato superior.[34]

La evacuación

El año 205, Magón, único hermano que le quedaba a Aníbal, desembarcó cerca de Génova junto con dos mil jinetes y doce mil soldados de a pie, algunos de ellos reclutados durante el invierno anterior en las islas Baleares. Posteriormente le enviaron un destacamento formado por siete elefantes, ochocientos jinetes y seis mil soldados de infantería, junto con fondos para llevar a cabo una leva entre los entusiastas y belicosos hombres de las tribus ligures. La campaña de Magón nunca consiguió demasiado ímpetu y no parece que hiciera un esfuerzo concertado para tratar de reunirse con su hermano mayor. Quizás el único objetivo era el de mantener la guerra en otro frente. En 203, el pretor Publio Quinctilio Varo y el procónsul Marco Cornelio Cetego le obligaron a presentar batalla en el territorio de los insubres contra un ejército formado por cuatro legiones. Según el ambiguo relato de Livio, los romanos desplegaron las legiones en más de una línea, una vez más. Magón fue alcanzado por una jabalina en el muslo, y su huida del campo de batalla se cree que provocó el derrumbamiento de sus tropas. Poco después se le ordenó que regresara con el ejército a Cartago para defenderla de los invasores romanos, pero, como consecuencia de la herida, falleció en el camino de vuelta. Su expedición no provocó el mismo nivel de pánico que la invasión de Asdrúbal el 207. Llegados a esta fase de la guerra, los romanos empezaban a reducir su esfuerzo bélico, desmovilizando a algunas de sus legiones y animando a los ciudadanos a que regresaran a sus granjas.[35]

El año 203, Aníbal recibió esa misma orden, pidiéndole que abandonara Italia y regresara para defender la patria. Embarcó el ejército en Croton y navegó hasta África, según se dice, después de matar a todos los soldados italianos que se negaron a regresar con él, aunque lo más probable es que se trate de una invención de la propaganda romana. Había realizado dieciséis años de campaña en Italia y si, al final, se había visto obligado a retirarse a un rincón cada vez más pequeño de la Península, nunca había sido derrotado en una batalla importante. Durante muchos años, sus soldados se habían visto enormemente superados en número por los enemigos, pero incluso los ejércitos romanos más experimentados, mejor preparados y más flexibles, que habían derrotado a sus hermanos con una facilidad pasmosa, carecían de la confianza para enfrentarse y derrotar a Aníbal y a sus veteranos. Éste no había podido ganar la guerra en Italia, pero, en realidad, tampoco llegó a perderla nunca. Mientras eso sucedía, los romanos alcanzaron éxito en todos los demás frentes, estableciendo la paz con Macedonia y consiguiendo victorias rotundas en España y Sicilia, por lo que se encontraron en disposición de preparar una invasión a África. Regresemos, por tanto, ahora a estas campañas.[36]

Capítulo 10
ESPAÑA, MACEDONIA Y SICILIA

Prácticamente toda la lucha de la Primera Guerra Púnica había tenido lugar en Sicilia y en sus alrededores, a excepción de la invasión de África por Régulo y de esporádicas incursiones en las zonas costeras de Italia y África. La Segunda Guerra entre Cartago y Roma se extendió por un área mucho más amplia. Con lo mejor de los ejércitos púnicos, Aníbal invadió Italia desde su base en España, y allí también entrarían en campaña las cifras más elevadas de soldados romanos, pero los cartagineses tratarían más adelante de recuperar tanto Cerdeña como Sicilia. Ya desde un principio, los romanos amenazaron la provincia púnica de España, e iban a finalizar la guerra preparando una segunda invasión del norte de África. Ambos bandos habían previsto ya, al menos en parte, la ampliación del conflicto. El año 218, el Senado romano esperaba que los cónsules anuales llevaran la guerra a África y a España, y Aníbal había tomado disposiciones para defender ambas zonas. En otros casos, el teatro de operaciones se amplió de manera inesperada. Filipo V de Macedonia, muy nervioso por el aumento de la influencia romana en Iliria, eligió aliarse con Aníbal, impresionado como estaba por las victorias de este último en 218-216. La intervención del rey era meramente oportunista pero, al final, quienes más la padecieron fueron los romanos. Durante una década, una flota y un ejército romanos operaron en Grecia e Iliria para evitar una expedición de Macedonia contra Italia, que infundía gran pavor. Las escaramuzas navales que tuvieron como teatro de operaciones los alrededores de Sicilia sólo se convertirían en una guerra de primera magnitud cuando la agitación política en Siracusa condujo finalmente a una alianza con Cartago.

Durante la guerra existió alguna interconexión entre los diferentes frentes. España era la base desde la que Aníbal había desencadenado su invasión de Italia, y el miedo a que se repitiese esa expedición fue la causante de la insistencia romana por mantener allí una larga lucha. De hecho, Asdrúbal Barca llevó a cabo un intento infructuoso por trasladarse a Italia en 215 y, en realidad, tuvo éxito en 208-207. Si los cartagineses hubieran podido volverse a establecer en Sicilia, sus puertos les habrían permitido ofrecer un apoyo mucho más intenso al ejército de Aníbal que se encontraba en Italia. De hecho, tanto Aníbal como los comandantes púnicos y aliados de Sicilia se proporcionarían muy escasa ayuda directa entre sí. Un impacto mucho más directo sobre la campaña italiana fue el resultado de que tanto Aníbal como Magón fueran llamados para contrarrestar los éxitos de Escipión en África. La lenta andadura de las comunicaciones hicieron difícil coordinar las operaciones entre diferentes teatros. Tanto Aníbal como Asdrúbal fracasaron singularmente en sus intentos por unirse y darse apoyo entre sí cuando, finalmente, este último llegó a Italia en 207. El papel principal de la autoridad central consistió en la asignación de hombres y recursos a las distintas regiones, junto quizás con las prioridades de los comandantes que se encontraban allí. El Senado romano revisaba anualmente el esfuerzo de guerra del Estado, cuántas tropas deberían estar en servicio, dónde iban a operar, cómo iban a conseguirles suministros y quién iba a mandarlas. Incluso cuando Aníbal se hallaba merodeando por toda Italia, haciendo añicos ejército tras ejército, el Senado seguía siendo capaz de tener en cuenta la realización de operaciones en otros lugares. El esfuerzo de guerra cartaginés carecía de esta clara dirección, impuesta al Estado como algo fundamental por su tradición de elegir magistraturas

anuales. En 218, parece que Aníbal controlaba todo el esfuerzo militar en África y España pero, una vez en Italia, gozaba solamente de un contacto limitado con cada una de esas zonas. Las autoridades de Cartago estaban menos íntimamente relacionadas con las organizaciones militares que sus homónimas romanas. Proporcionaban recursos y apremiaban a los comandantes a que llevaran a cabo acciones en España y en Sicilia, pero sus directivas eran ocasionales y muchas decisiones se tomaban como reacción a los movimientos romanos más que como un producto de objetivos planeados por ellos mismos.

España, 218-211 a.C.

La península Ibérica estaba ocupada por tres pueblos principales. En el oeste, en una zona que se correspondería aproximadamente con lo que actualmente es Portugal, se encontraban los lusitanos. En la España central y meridional se hallaba el pueblo que dio nombre a la región, los íberos, mientras que las tierras del norte constituían el territorio de los celtíberos, una mezcla de tribus migratorias galas y de población indígena que se habían fundido para crear una cultura diferente. Los tres poseían una organización tribal, pero esas tribus se hallaban mucho menos cohesionadas que, por ejemplo, las galas, y el aglutinante de sus lealtades era, para muchos de sus miembros, la aldea o el pueblo. Invariablemente fortificadas y normalmente situadas en lo alto de una colina, la mayor parte de esas comunidades eran pequeñas, poco más que aldeas. Algunas de la costa meridional, como Sagunto, se habían desarrollado bastante más, poseían una cultura letrada y, en ese periodo, era ya difícil diferenciarlas por su prosperidad de las colonias griegas y púnicas de la zona. En las narraciones de las operaciones en España aparecen varios reyes y caudillos, pero no parece que con-

servaran el poder de manera ininterrumpida, dependiendo por el contrario del carisma y, particularmente, de la reputación como guerreros y como caudillos de éstos. Líderes fuertes, que se habían probado a sí mismos en la guerra, podían llegar a controlar numerosos asentamientos, tanto en su propio territorio como en los de otras tribus, cambiando la extensión de la zona leal a ellos de acuerdo con las fluctuaciones de su prestigio y del de los líderes rivales.

El arte de la guerra, en particular la estrategia de las incursiones rápidas, era endémico en todo el territorio de la península Ibérica. Lo mismo que las tribus de la Galia, los pueblos de España hacían incursiones de manera habitual en tierras de sus vecinos, y fue una de esas disputas la que le ofreció a Aníbal la causa manifiesta para realizar el ataque a Sagunto. Aquellas tribus o pueblos a los que se consideraba débiles eran atacados implacablemente, y cada ataque culminado con éxito les animaba a ejecutar otras empresas parecidas. Un líder sólo podía esperar conservar la lealtad de las comunidades aliadas el tiempo en que fuese capaz de protegerlas de los saqueos. Una reputación de poderío militar, conseguida fundamentalmente mediante agresivas campañas contra otros pueblos, y unido todo ello a rápidas represalias para vengar cualquier ataque, impedía las incursiones enemigas, pero tal situación era difícil de mantener e incluso una mínima derrota animaba a los demás a llevar a cabo más incursiones por sorpresa. Tanto Roma como Cartago confiaban por encima de todo en los soldados españoles, que constituían el elemento más numeroso en cualquiera de los ejércitos que operaban en la Península. Algunas de esas tropas eran mercenarias, pero la mayoría de ellas estaba constituida por aliados, cuya lealtad se basaba por encima de todo en la creencia de que cualquiera que fuese el bando al que se

habían unido, ése era el más fuerte, al menos desde una perspectiva local. Las deserciones llovían cuando Roma o Cartago comenzaban a ser contempladas como débiles. La antigua provincia cartaginesa ocupaba solamente un área pequeña cuyo centro se situaba alrededor de Cartago Nova y de Cádiz. Por todas partes y, aunque mediante campañas rápidas, habían ocupado otras tribus, la posición púnica no estaba aún consolidada.[1]

En 218, habiendo fracasado en su intento por interceptar a Aníbal en el Ródano, el cónsul Publio Escipión había enviado a su hermano Cneo con el grueso del ejército hacia su provincia de España, antes de regresar él mismo a enfrentarse al enemigo en la Galia Cisalpina. Cneo contaba con dos legiones y un fuerte contingente aliado, un impresionante ejército formado quizás por entre veinte mil y veinticinco mil hombres. Navegando siguiendo la costa, desembarcó en la colonia griega de Ampurias, ciudad con la que Roma mantenía cierta relación, bien sea directamente o a través de su aliada Massilia. Otras comunidades de la región se aliaron rápidamente con Roma. Aníbal se había desplegado por una zona al norte del Ebro en pocos meses, dejando allí a Hannón con diez mil hombres de a pie y mil de a caballo para controlarla. Poco después de haber desembarcado el ejército, Cneo avanzó contra esta fuerza y la derrotó con facilidad en un lugar llamado Cissa, probablemente cerca de Tarraco (la actual Tarragona). Hannón fue apresado junto con el equipo pesado que Aníbal había dejado bajo su protección antes de partir hacia Italia. También cayó prisionero un caudillo de los ilergetes, un hombre llamado Indíbil (Andobales, según Polibio), que parece haber sido uno de esos líderes poderosos, capaces de dominar comunidades de otras tribus, además de la propia. Los romanos se extendieron por aquella zona y, muy

pronto, derrotaron a la mayor parte de las tribus y ciudades situadas al norte del Ebro o consiguieron que se pasaran a su lado voluntariamente. Asdrúbal Barca, a quien su hermano había dejado a cargo de España, reunió apresuradamente una fuerza expedicionaria cuando le dijeron que Escipión había regresado y, al menos según la versión de Polibio, que Hannón había sido derrotado. Cruzó el Ebro con ocho mil soldados de a pie y mil de a caballo, y atacó a varios elementos de la flota romana que se habían dispersado por las zonas costeras para realizar incursiones contra las comunidades locales. Dispersos y descuidados, los cartagineses apresaron a varios grupos de merodeadores romanos que fueron descuartizados. Algunos supervivientes consiguieron escapar y Cneo castigó a varios oficiales por aquella derrota innecesaria. Después de ese éxito menor, Asdrúbal se retiró, no contando con tropas ni, probablemente, con suministros para arriesgarse a mantener una campaña más larga o un encuentro con la principal fuerza romana.[2]

Los romanos se habían establecido en España, ganando aliados no sólo entre las ciudades griegas costeras, sino también entre las tribus nativas del interior. Cneo destacó algunas tropas para que realizaran la función de guarniciones con el fin de defender a las ciudades recientemente conquistadas y a sus nuevos aliados, antes de regresar a invernar con el grueso de su ejército en Tarraco. Las distribuciones del botín, en especial de los objetos del equipamiento de Aníbal, se añadió a las buenas sensaciones de los soldados. En la primavera del 217, Asdrúbal reunió un gran número de tropas para organizar una ofensiva contra el enclave romano. Consiguió tripulaciones para algunos barcos más de los que Aníbal le había dejado; así, cuarenta galeras, la mayoría de ellas «cincos», se hicieron a la mar en Cartago Nova al

mando de Amílcar. Fueron siguiendo la costa, al mismo ritmo que el ejército terrestre de Asdrúbal, bajo cuya protección los navíos podían varar en las playas y sus tripulaciones descansar durante la noche. No conocemos el tamaño del ejército púnico, pero debemos considerar que se trataba de uno muy grande, desde el momento en que Cneo decidió que era una imprudencia hacer caso a su primer instinto y presentar batalla. En lugar de ello, los romanos tripularon treinta y cinco navíos con marineros escogidos en las legiones. Al menos, algunos de los navíos de esta escuadra los había proporcionado Massilia, ciudad marítima cuyos marinos disfrutaban de una elevada reputación. Desplazándose hacia el sur a lo largo de la costa, Cneo se detuvo a unas diez millas del enemigo y envió a dos pequeños barcos masaliotas de avanzadilla para explorar. Cuando éstos le informaron de que la flota púnica se encontraba resguardada cerca de la desembocadura del Ebro, Cneo decidió desencadenar un ataque inmediato con la esperanza de coger desprevenido al enemigo. Sin embargo, exploradores cartagineses destacados por la costa habían avistado ya la flota enemiga y avisado a Asdrúbal, quien rápidamente ordenó a Amílcar que embarcase y se hiciera a la mar. Las dos escuadras sostuvieron un combate deseado por ambas, pero que no duraría mucho tiempo y que acabaría con una clara victoria romana, debido quizás a la acción de los masaliotas. Polibio afirmó que la presencia del ejército púnico hizo menos por animar a sus marineros que por ofrecerles una salida segura para huir. Y lo que quizás es más importante, al menos la cuarta parte de las tripulaciones púnicas habían sido reclutadas recientemente, e incluso las de los barcos existentes no habían recibido una preparación especialmente buena. En España, la flota púnica llevaba a cabo acciones de pillaje como actividad más común en lugar de

encuentros navales. Se perdieron dos barcos cartagineses, otros cuatro se quedaron sin remos ni marineros, mientras que el resto huyó a protegerse al resguardo que les ofrecía el ejército, varando allí presos de pánico. Veinticinco navíos enemigos fueron apresados por los romanos, quienes se habían aproximado llenos de arrogancia hasta la misma orilla, llevándose a remolque muchos de los barcos que se encontraban varados. La flota romana debió haber preparado unos cuantos ataques rápidos más adelante en ese mismo año a lo largo de toda la costa dominada por los púnicos, pero los detalles no están claros. Otras comunidades ibéricas buscaron la alianza con Roma después de su despliegue de fuerza. La narración de Livio sobre ese periodo no se ve apoyada por ninguno de los pasajes existentes de Polibio, pero afirma que los pobladores de las tribus de los ilergetes atacaban comunidades amigas de Roma y, a su vez, se veían atacadas por Cneo, al tiempo que los romanos consiguieron convencer a algunos celtíberos para que saquearan el territorio cartaginés.[3]

Animados por los éxitos de Cneo y, en particular por su victoria naval, el Senado decidió mandar refuerzos a España al mando de su hermano Publio, ya recuperado de la herida sufrida en Tesino. A finales del 217, Publio llegó con veinte o treinta barcos de guerra y una fuerza de ocho mil hombres junto con víveres y suministros. A ambos hermanos, a quienes se les había concedido un *imperium* proconsular, se les ordenó que tomaran la ofensiva y que evitaran, bajo cualquier circunstancia, que desde España le enviaran a Aníbal tropas, suministros o dinero. Uniendo sus fuerzas, Cneo y Publio cruzaron el Ebro y avanzaron hacia Sagunto, donde la traición de un líder español les proporcionaría un premio inesperado. Este hombre, Abilyx, fue mucho más hábil que el

comandante púnico local al liberar a un grupo de prisioneros, la mayoría de ellos hijos de aristócratas traídos de sus tribus hasta allí por Aníbal, y se los entregó a los romanos. La acción de Abilyx estuvo impulsada por su creencia de que, en esos momentos, los romanos eran más fuertes y, por tanto, más fácil mantenerse con ellos que con los cartagineses, a quienes había dedicado su entera fidelidad en el pasado. Al devolver aquéllos a sus comunidades de origen, los romanos consiguieron convencer a más tribus para que se les uniesen, y además Abilyx defendía su causa con gran entusiasmo.[4]

Mientras tanto, Asdrúbal se encontraba ocupado en acabar con la rebelión de una tribu a la que Livio se refiere con el nombre de los tartesios, incitada en parte por hombres, muy posiblemente gentes de las tribus, que habían huido de la flota púnica. En 216, recibió de Cartago un pequeño refuerzo de soldados y órdenes de disponer una expedición para unirse a su hermano en Italia. Asdrúbal contestó que carecía de recursos para llevarla a cabo y para proteger además a la provincia púnica de España, y sólo después de haber recibido más tropas al mando de Himilción, inició serios preparativos para trasladarse a Italia. Cuando Asdrúbal empezó a moverse, a finales del 216 o, más probablemente, a principios de la campaña del 215, los romanos concentraron sus fuerzas y se le enfrentaron cerca del pueblo de Ibera, inmediatamente al sur del Ebro. Durante varios días, los ejércitos rivales acamparon a unas cinco millas de distancia, pero ninguno de los bandos se sintió dispuesto a presentar batalla. Entonces, parece ser que el mismo día, ambos ejércitos se desplegaron en orden de combate y avanzaron buscando el contacto. Los romanos se desplegaron en la usual *triplex acies* con la caballería en las alas. Asdrúbal situó a sus aliados españoles de

infantería en el centro de su frente de ataque, flanqueados por los libios y la infantería mercenaria en la banda izquierda y por los cartagineses en la derecha. Es perfectamente posible que este último contingente lo formaran tropas procedentes de las colonias púnicas de España más que de la misma Cartago. La caballería se encontraba dividida entre las dos alas, ocupada la derecha por un contingente de númidas. La caballería, o quizás los flancos de la línea de infantería, estaba reforzada por un grupo de elefantes, quizás los veintiuno que había dejado Aníbal en 218. Las fuerzas eran bastante parecidas en los dos bandos, pero nuestras fuentes no nos aportan cifras concretas de ninguno de los dos ejércitos. El despliegue de Asdrúbal se ha comparado a menudo con la formación que presentó su hermano en Cannas, es decir, parece que pretendía que los romanos ejercieran presión sobre su centro para, de esta forma, poder rodearlos con facilidad. Es evidente que no se trata más que de una suposición errónea. Las tácticas de Cannas tuvieron en cuenta las peculiaridades de la situación local. Quizás pueda pensarse en cierto parecido con Trebia, cuando Aníbal situó a lo mejor de su infantería en los flancos para dar apoyo al previsible éxito de las alas de su caballería. Livio nos dice que el centro formado por tropas españolas de Asdrúbal era sólido, y no debilitado deliberadamente como había hecho Aníbal en Cannas. Incluso así, estos guerreros se abrieron paso con rapidez, lo que probablemente explica la comparación errónea con la victoria de Aníbal del 216, aunque su centro aguantó la presión durante cierto tiempo. Livio afirmaba que los españoles no sentían entusiasmo alguno por abandonar su tierra natal y presenta esto como la causa de su huida, que sucedió poco después de que tuviera lugar un breve intercambio de armas arrojadizas y antes de que los dos bandos se trabaran en un

combate cuerpo a cuerpo. Las legiones romanas hicieron entonces aquello para lo que estaba diseñado el sistema de manípulos, es decir, las compañías de reserva se aprovecharon de la brecha abierta y giraron a derecha e izquierda para arrollar los flancos de la línea enemiga. Las tropas libias y púnicas chocaron con mucho mayor brío contra los flancos de la formación romana pero, sin contar con tropas de reserva, nada podía hacer Asdrúbal para taponar la brecha abierta en su centro. Aparentemente, no se dio ningún combate serio entre la caballería, y los jinetes cartagineses huyeron después de contemplar la destrucción de su propia infantería. Cneo y Publio completaron su victoria arrasando el campamento enemigo y saqueándolo. La amenaza de una segunda invasión de Italia se dio por concluida para un futuro inmediato, y este triunfo convenció incluso a un mayor número de tribus a abandonar Cartago y alinearse con los romanos.[5]

La narración de Livio sobre los años siguientes de la guerra en España presenta numerosos problemas. La derrota en Ibera obligó a los cartagineses a enviar más tropas a España, en especial las fuerzas a las órdenes de Magón Barca, que, en un primer momento, estaban destinadas a Italia. En los años que siguieron a Cannas hubo muchas menos expectativas de refuerzos para Cneo y Publio Escipión, quienes, al menos en una ocasión, se quejaron al Senado de su falta de recursos, problema que se agravó debido a la corrupción de algunas de las empresas contratadas para aprovisionar a las legiones acantonadas en España (según mencionamos ya en el capítulo anterior). Sin embargo, aunque las cifras comenzaban a favorecer a los cartagineses, los romanos no constituían su único enemigo. El control de un área mucho más extensa de la Península exigía la dispersión de sus fuerzas para proteger a los aliados de los ataques y para suprimir las rebeliones de

determinadas tribus alentadas por los sobornos de los romanos o animadas por sus éxitos. Se formaron tres ejércitos principales, pero cada uno de sus comandantes trataba de concentrarse en los problemas que aparecían en la zona que se encontraba bajo su control inmediato. Esta situación, quizás acompañada por desacuerdos de tipo personal, evitaron con frecuencia la coordinación eficaz y el apoyo mutuo entre las fuerzas púnicas. Sus problemas no sólo se limitaban a España. Apiano sostiene que Asdrúbal y una fuerza importante se vio obligada, en determinado momento, a regresar a África para reprimir un levantamiento del rey númida Syphax. Livio nos dice también que Cneo y Publio mantuvieron negociaciones con este monarca, como iba a hacerlo posteriormente Escipión Africano, e incluso llegó a enviarle centuriones para preparar a su ejército según la instrucción militar y la disciplina romanas. Con mayor frecuencia dedicaron sus esfuerzos a promover rebeliones entre los aliados españoles de los cartagineses. Los años que siguieron al 215 fueron de rápido progreso para los romanos, aunque su esfera de influencia se situaba predominantemente en el norte. Realizaron incursiones hacia territorio de dominio púnico, vencieron en encuentros menores y tomaron algunas ciudades.[6]

En 211 o, según Livio pero con menor probabilidad, en 212, los comandantes romanos en España decidieron desatar una ofensiva importante. Dos de los ejércitos púnicos, mandados por Magón Barca y Asdrúbal Gisgo, habían conseguido reunirse y se encontraban solamente a cinco días de marcha, mientras que Asdrúbal Barca se hallaba ligeramente más próximo a los romanos cerca de una localidad llamada Amtorgis. Los romanos habían incorporado a su ejército a veinte mil aliados celtíberos o mercenarios, y se sintieron lo suficientemente fuertes como para hacer frente a ambos ene-

migos de manera simultánea. Los dos hermanos avanzaron juntos hasta Amtorgis, pero entonces Publio envió a dos tercios del viejo ejército, a las legiones y a los aliados italianos, a enfrentarse a Magón y a Asdrúbal, mientras que Cneo, con la tercera parte restante y los celtíberos, se enfrentó a Asdrúbal Barca. Este último hizo uso de los habituales días de espera antes de la batalla para mantener negociaciones secretas con los jefes celtíberos, a quienes se les sobornó para que regresaran a sus tierras. Esas tribus consideraban tales infidelidades como perfectamente honorables, puesto que, en realidad, no se les pedía que lucharan contra sus aliados. Para desesperación de Escipión y de sus soldados, los celtíberos simplemente se fueron. No fue la única ocasión en que estos guerreros, que gozaban de gran reputación por su ferocidad cuando decidían luchar, se comportaron de esa manera. En ese momento, sobrepasado en número por Asdrúbal, a Cneo no le quedaba otra opción que la de retirarse a toda prisa.[7]

Por entonces Publio Escipión ya había sufrido un verdadero desastre. Cuando los romanos se aproximaron a los campamentos unidos de Magón y Gisgo, su columna se vio hostilizada con gran intensidad por la caballería ligera númida, animada por el liderazgo de un joven príncipe de nombre Masinisa, que posteriormente iba a desempeñar un papel más importante en los acontecimientos. Las avanzadillas y los forrajeadores romanos sufrieron seriamente, y los repetidos ataques pusieron nerviosos a los soldados. Escipión supo que los cartagineses iban a reunirse muy pronto con el caudillo Indíbil y con siete mil quinientos hombres de la tribu de los suesetanos y decidió interceptar la fuerza que se aproximaba y destruirla. Dejando una pequeña guarnición en el campamento, condujo a sus tropas en una marcha nocturna, en una acción tradicionalmente arriesgada. El encuentro re-

sultante fue confuso, sin que ninguna de las partes pudiera formar una adecuada línea de combate. Las cosas empezaron rápidamente a ir mal para los romanos. Masinisa y sus númidas los encontraron y les atacaron repentinamente desde un flanco. Más tarde llegó el principal ejército púnico y la presión se hizo ya abrumadora. A Publio Escipión, que cabalgaba por las líneas del frente como debía hacer un general romano para inspirar confianza y organizar a sus hombres, lo mataron arrojándole una jabalina. Cuando se extendió la noticia de su muerte, el ejército romano se descompuso, comenzando una fuga desordenada, siendo muertos sus soldados mientras huían debido al ímpetu con que les persiguieron los númidas y la infantería ligera púnica.

Los dos generales cartagineses se apresuraron a unirse con Asdrúbal Barca y alcanzarle antes de que a Cneo pudiera llegarle cualquier noticia de la derrota y la muerte de su hermano. No obstante, la llegada de refuerzos enemigos, cualquiera que fuese su procedencia, dejaba bien claro que debería continuar la retirada. Al salir del campamento durante la noche pudo ganarle al enemigo cierto tiempo, pero al final del día siguiente, la caballería númida ya lo había alcanzado. Acosada por aquellos ágiles jinetes, la columna romana avanzaba cada vez con mayor dificultad, debiendo desplegarse continuamente para rechazar al enemigo. A punto de caer la noche, Escipión condujo a sus cansados hombres hasta una colina donde formaron un anillo alrededor del equipaje y de su inferior caballería. En aquel momento, la vanguardia de los principales ejércitos púnicos ya se hallaba a la vista. El terreno era demasiado duro para que los legionarios pudiesen cavar la habitual zanja y levantar la defensa rodeando el campamento, por lo que dispusieron una línea de albardas y apilaron sus equipajes encima de ellas para construir una

tosca barricada. Durante cierto tiempo, detuvieron así al enemigo, pero pronto, como los romanos eran muy inferiores en número, fueron arrollados. Unos pocos supervivientes escaparon durante la noche y pudieron llegar al campamento de Publio y a la pequeña guarnición que había dejado tras de sí. Cneo fue muerto durante la misma lucha o en la persecución consiguiente. En algo menos de un mes, los cartagineses habían aplastado a los ejércitos romanos de España. Muchos de los aliados de Roma los abandonaron después de su demostración de debilidad. Un miembro del orden ecuestre, Lucio Marcio, que estaba sirviendo como tribuno o como centurión principal, reorganizó a los supervivientes de los ejércitos de ambos hermanos y consiguió conservar algunos territorios al norte del Ebro, aunque el relato que Livio hace de sus éxitos puede ser exagerado. Los ejércitos púnicos se dispersaron para volver a tomar el control sobre el resto de la Península.[8]

La derrota sobre Cneo y Publio Escipión fue repentina y tanto más inesperada debido a su anterior historia de éxitos. Durante años, los romanos habían conseguido cierto consuelo gracias a las campañas en España, cuando por todas partes parecía que todo les fuera desastrosamente mal. El Estado romano lo había conseguido con un coste relativamente bajo en fondos y en recursos humanos. Y lo que aún era peor, se había despachado hacia España una cantidad desproporcionada de recursos enemigos, por lo que cabía la posibilidad de que se llevase a cabo una nueva invasión a Italia. Los Escipiones habían demostrado ser comandantes suficientemente capaces, aunque quizás Cneo poseyera más cualidades que su hermano menor, y, a la manera romana, era típicamente agresivo. A lo largo de todos esos años de guerra habían realizado incursiones continuas en territorio enemigo

e intentado ganarse tantos aliados como fuera posible de las tribus indígenas. Sin embargo, las manipulaciones de Asdrúbal entre los celtíberos quizás sea un indicio de su superior conocimiento de las costumbres de esos salvajes guerreros. No es posible saber si los romanos hubieran conseguido derrotar a los tres ejércitos púnicos si sus aliados se hubieran mantenido leales. Incluso contando con esos combatientes, los cartagineses hubieran tenido seguramente una ventaja numérica significativa, aunque, dadas las limitaciones en los servicios de inteligencia de ese periodo, se puede poner en cuestión el que los generales romanos conocieran esa situación.[9]

La Primera Guerra Macedónica, 215-205 a.C.

La guerra en Grecia fue una consecuencia directa del conflicto entre Roma y Cartago, pero se diferenció de cualquier otro teatro de operaciones en varios aspectos importantes. Fue, ante todo, una lucha librada entre griegos. Los romanos comprometieron menos tropas en esa zona que en cualquier otro frente importante, enviando sólo excepcionalmente más de una legión apoyada por escuadrones navales, mientras que la única implicación directa cartaginesa consistió en una tardía y prácticamente ineficaz aparición de una flota púnica. Los romanos nunca fueron el protagonista principal, ni tampoco su oponente más importante, sino que fueron simplemente otro participante más en la lucha que se libraba por el control de Grecia. En la única batalla campal de ese extenso conflicto, la de Mantinea, en 207, no estaba presente ni un solo soldado cartaginés o romano. La mayor parte de la lucha consistió en ataques por sorpresa o en asedios, con ejércitos que raramente reunían más de cuatro o cinco mil hombres.

A finales del siglo III, Macedonia no era mucho más extensa de lo que lo había sido antes de las conquistas de Filipo II y de Alejandro. Su influencia y el control sobre las vecinas Tracia, Iliria y Grecia variaba de acuerdo con la fuerza de cada rey macedonio y del nivel de unidad que se diera en cada momento entre las comunidades de esa región. La inestabilidad de las tribus tracias e ilíricas hicieron muy difícil el establecimiento de un control perdurable sobre esos pueblos, e incluso el mantenerse en paz con ellos. En Grecia se habían desarrollado dos poderosas ligas, superando de esa manera el poder de las supervivientes ciudades-Estado independientes, tales como Esparta o Atenas, y de las ligas regionales de menor entidad. La mayor parte del Peloponeso estaba dominado por la Alianza Aquea, mientras que la Alianza Etolia ocupaba la Grecia central. Las ligas, las ciudades-Estado y la propia Macedonia competían por conseguir el dominio, uniéndose entre ellas para oponerse a los enemigos mutuos. De manera comprensible, cada Estado perseguía sus propios intereses, con lo que tales alianzas se mostraban, a menudo, muy inestables. La Alianza Aquea tenía más que temer de sus vecinos los etolios que de los macedonios, ya que eran aliados naturales de estos últimos. Al carecer del poder necesario para dominar Grecia mediante el uso de la fuerza, los macedonios basaban su control de la zona en una red de alianzas. La guerra entre los principales protagonistas y sus aliados era algo frecuente, pero ningún bando alcanzó jamás la ventaja suficiente como para ser capaz de destruir a sus rivales. Se conseguían nuevos territorios y ciudades mediante acciones militares, pero los conflictos se terminaban invariablemente con la firma de tratados, que normalmente no

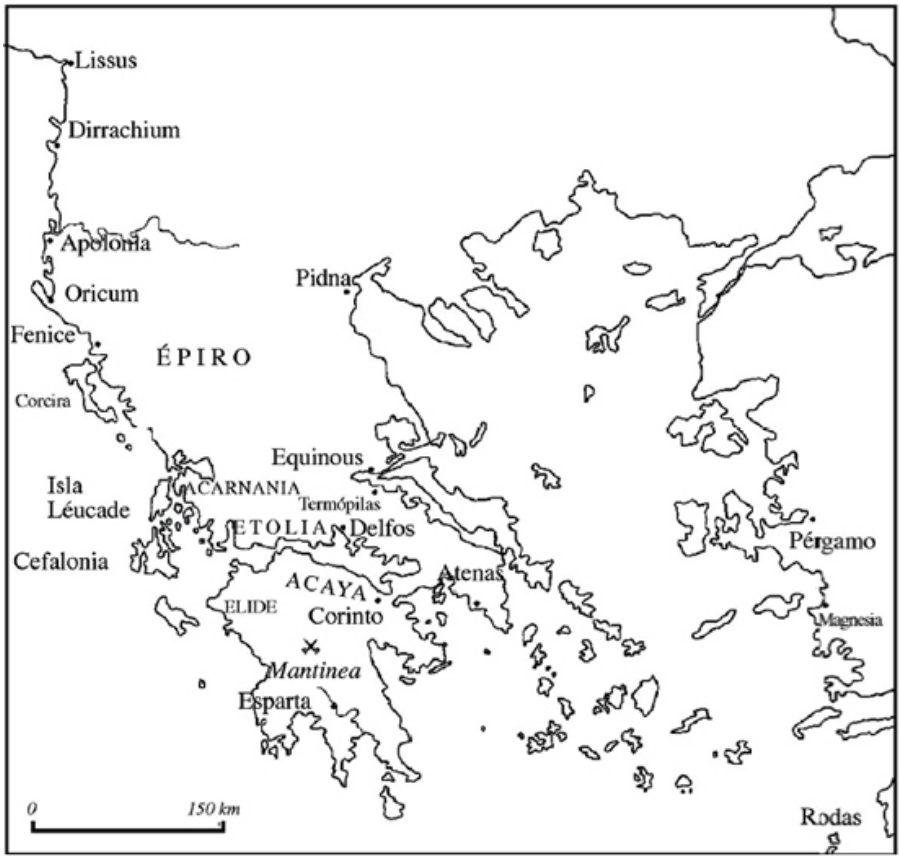
aportaban más que un periodo de descanso antes de la reiniciación de la contienda, que seguía la misma o parecida dinámica cuando tenía lugar un cambio en las alianzas.

En 217, Filipo V, rey de Macedonia, que contaba por entonces veintiún años de edad, alcanzó un acuerdo de paz aceptable después de su larga guerra contra la Alianza Etolia. Los macedonios llevaban mucho tiempo nerviosos por el crecimiento de la influencia romana sobre su frontera occidental a lo largo de la costa ilírica. A continuación de sus exitosas operaciones contra los piratas de la región, en 229 y 219, los romanos habían firmado alianzas y tomado bajo su protección a un buen número de ciudades de la zona, incluyendo Apolonia y Lissus, situadas en tierras de la actual Albania, aunque éstas no se habían convertido en provincias ni se las había dotado de una guarnición permanente. Al conocer las dificultades que Roma estaba teniendo en Italia, y en particular el desastre de Trasimeno, se dice que Filipo decidió lanzar un ataque directo para invadir a los aliados ilíricos de Roma, animado por Demetrio de Faros, uno de los jefes que se oponían a los romanos que habían huido a refugiarse en la corte real. Utilizando carpinteros de ribera locales, se construyeron cien birremes del modelo usado por los piratas ilíricos y conocidas como *lemboi*. En el verano del 216, la nueva flota se hizo a la mar y dedicó algún tiempo a prepararse, antes de que Filipo navegara con ella hacia las islas de Cefalonia y Léucade. Allí esperó a tener información sobre la situación de la flota romana y, sabiendo que ésta se encontraba concentrada en las cercanías de Sicilia, empezó a seguir hacia el norte la costa occidental de Grecia. Ya frente a Apolonia, le llegaron noticias recientes de que se acercaban barcos de guerra romanos, lo que provocó el pánico, llevando a Filipo a decidirse por el inmediato abandono del

proyecto. De hecho, más tarde se supo que solamente se encontraban *en route* diez barcos romanos en apoyo de sus aliados ilíricos. Estas operaciones demuestran una vez más los problemas para conseguir información estratégica en ese periodo, elemento que ha sido examinado al detalle muy a menudo por numerosos comentaristas modernos.[10]

Los continuos éxitos de Aníbal en Italia, culminando en su fundamental victoria de Cannas, animó a Filipo en su creencia de la vulnerabilidad de Roma en esos momentos. En 215 se envió una delegación encabezada por un orador, Jenófanes de Atenas, para negociar una alianza con Aníbal. Parece ser que los enviados encontraron serias dificultades para conseguir llegar a su destino y, en el viaje de vuelta, una escuadra romana los capturó junto con varios oficiales cartagineses. Jenófanes trató de justificar aquel encuentro, afirmando que eran, de hecho, una delegación enviada por Filipo a Roma, pero los acentos y los vestidos de los oficiales púnicos revelaron el engaño. Arrestaron al grupo y, al registrarlos, encontraron una copia del tratado, al mismo tiempo que una carta de Aníbal dirigida al rey. Más tarde, otra embajada fue a ver a Aníbal a Italia desde Macedonia, donde selló la alianza y regresó sin problemas. El tratado recogía la promesa de protección mutua entre Filipo V, Macedonia y sus aliados de Grecia, por una parte, y Aníbal, Cartago y sus actuales y futuros aliados de Italia, Galia, Liguria y del norte de África, por la otra. Ambos se comprometían a tratar con justicia y honestamente al otro y a convertirse en enemigo de los enemigos del otro. En concreto, debían aliarse en la guerra contra Roma hasta que se alcanzara la victoria, y Aníbal no podría firmar la paz con Roma sin asegurarse previamente de que los romanos no continuarían luchando contra Filipo y que entregarían al rey la posesión de ciertas ciudades impor-

tantes a lo largo de la costa ilírica, al tiempo que devolverían su territorio a Demetrio de Faros. Si en un futuro, Roma declaraba la guerra a Macedonia o a Cartago, el otro debería ir en su ayuda.[11]



MAPA 11. *Macedonia, Iliria y Grecia.*

El tratado es hasta cierto punto bastante impreciso sobre la clase de cooperación concreta que contemplaban Aníbal y Filipo durante la guerra y, como no aparece nada sobre ello, la confianza en nuestras fuentes pasa al campo de la mera conjetura. La principal preocupación de Filipo era claramente la de expulsar a los romanos de Iliria. El tratado preveía que Roma saldría de la guerra con una fuerza suficiente para atacar a cualquiera de los aliados en un futuro en fecha sin

determinar, un punto que ya hemos tratado en el contexto de los objetivos de guerra de Aníbal. La alianza con Filipo y la seguridad de que atacaría los intereses romanos en otro frente suponía un medio más de ejercer mayor presión sobre la belicosa República romana. Lo que está claro es que Filipo V la contemplaba como una guerra limitada con la que poder conseguir objetivos específicos. No iba a ser una guerra a muerte contra Roma, que finalizaría solamente con la derrota total de uno de los dos bandos. Con gran cinismo, el rey sacaba ventaja de la aparente vulnerabilidad de Roma para promover sus propias ambiciones locales.

Livio creía, en efecto, que los romanos temían las incursiones o una invasión directa de Macedonia sobre Italia. En otoño del 215 se envió a Brundisium (Brindisi) a un pretor, Marco Valerio Levino, para proteger la costa y su provincia, correspondiéndole también la guerra contra Macedonia. Los aliados ilíricos de Roma se encontraban situados prácticamente ante Brindisi, separados por la parte más estrecha del Adriático. Levino tenía bajo su mando a dos legiones recientemente llegadas de Sicilia. Al año siguiente, su fuerza se redujo a una sola legión, pero se veía apoyada por una flota de buen tamaño que se hallaba reunida allí, y Levino continuó al mando como propretor. Recibió informes enviados por la ciudad de Oricum acerca de que una flota macedónica, formada por ciento veinte *lemboi*, había lanzado un ataque por sorpresa contra Apolonia y que, después de haber sido localizada allá, se había trasladado hasta Oricum y la había arrasado en un ataque nocturno. Levino embarcó a la mayor parte de su legión y navegó para socorrer a la ciudad, donde derrotó rápidamente a la escasa guarnición macedónica, y envió un destacamento para liberar a Apolonia. Estas tropas entraron en la ciudad aliada durante la noche y, a continua-

ción, realizaron una salida y sorprendieron el campamento escasamente vigilado de los sitiadores. Incluso aunque el relato de Livio pueda estar exagerando los éxitos de los romanos, la ofensiva de Filipo contra las comunidades aliadas había sido repelida.[12]

Levino permaneció con sus fuerzas en Oricum todo el año siguiente, y el Senado amplió nuevamente el plazo de su mandato. Filipo V no realizó más movimientos agresivos contra el enclave romano y la postura de Levino fue enteramente defensiva, por lo que no tuvo lugar ninguna lucha seria. En 211, los romanos firmaron un tratado con el nuevo enemigo de los macedonios, la Alianza Etolia, algunas de cuyas cláusulas se conservan parcialmente en una inscripción de Acarnania. Los etolios acordaron comenzar operaciones contra Filipo V, que iban a ser apoyadas por mar por una flota de, al menos, veinticinco quincuerremes romanas. Se tomaron medidas específicas para el reparto de los botines de los futuros éxitos. Todo el territorio, las ciudades y las fortificaciones que conquistaran los aliados hasta un punto tan al norte como Cocira y, en particular, la región de Acarnania en la costa occidental, pasarían a pertenecer a la Alianza. No obstante, en éstas se permitía que los romanos tomaran como botín todos los objetos muebles. Ambas partes se comprometían a no firmar a título individual ningún tratado con Filipo que le permitiese a éste verse libre para atacar al otro. Se tomaron también medidas para que otras comunidades y líderes hostiles a Filipo, y que mantenían relaciones de amistad con los etolios, se uniesen a la alianza con Roma exactamente con idénticos requisitos, y se mencionaba específicamente a Esparta, Elis, el reino de Pérgamo y algunos caudillos ilíricos.[13]

Las condiciones del tratado eran mucho más características de la cultura griega que de la romana, y muestran unos objetivos menos específicos de lo que era normal en la manera que los romanos tenían de conducir la guerra. Es claro que, de la misma forma en que la alianza entre Aníbal y Filipo V no contemplaba la destrucción de Roma, se esperaba también que Macedonia sobreviviera a la guerra con suficiente fuerza como para representar por sí misma una amenaza potencial tanto para los romanos como para los etolios. El objetivo principal de éstos era el de extender su territorio, añadiendo otras comunidades a la Liga. Ellos constituían el elemento más importante de la alianza, que suministraría la mayor parte de las tropas. Las expectativas de que otras fuerzas de Grecia y de Asia Menor desearan quizás unirse a la lucha contra Filipo V demuestra que los etolios consideraban este conflicto como la continuación de los anteriores. Las cláusulas que tratan de la distribución de la riqueza reflejan su tradicional importancia en las campañas de los romanos. Parece ser que, además de su enorme patriotismo, la esperanza de conseguir botín fue un incentivo adicional para los legionarios. El Senado esperaba también que el enemigo derrotado le suministrara al menos una parte de los fondos requeridos para pagar el coste de la campaña que se libraba contra ellos; por eso, a los Estados que capitulaban se les obligaba, a menudo, a suministrar considerables cantidades de víveres, ropas o material para el ejército romano. La necesidad de fondos para sus operaciones supuso quizás una particular preocupación para Levino, pues debió advertir que su provincia no constituía una de las prioridades principales del Senado cuando llegó el momento de distribuir los recursos.[14]

Habían pasado varios años desde la apertura de hostilidades entre Roma y Macedonia antes de que los etolios desearan aliarse con Roma, y, en realidad, no fue hasta el 209 cuando Roma ratificó formalmente el tratado, aunque la cooperación entre Levino y la Liga había comenzado de inmediato. Macedonia era su enemigo natural, pero la Liga había necesitado convencerse del valor que para ellos tenía una alianza con Roma. De forma parecida, no fue hasta después de que los romanos y los etolios consiguieran algunas victorias cuando otros probables oponentes a Filipo V y a sus aliados sintieran que había llegado el momento oportuno para participar en la guerra. Elis se unió a la alianza el 210, Esparta poco después, y el rey Atalo de Pérgamo al final de ese mismo año. La Liga Aquea, amenazada tanto por Esparta como por los etolios, se alineó con la causa de Filipo.[15]

La campaña etolia y romana empezó con una serie de ataques rápidos contra Filipo y sus aliados, llevando a cabo la escuadra romana desembarcos súbitos en las comunidades de la costa. Un primer ataque contra Acarnania acabó en fracaso. La mayor parte de los éxitos, sobre todo en la toma de ciudades, se debían a la velocidad y a la sorpresa del ataque, o, como un poco por todas partes, por la traición de algunos de los defensores. Filipo V se vio amenazado simultáneamente en varios frentes, cuando los caudillos de Iliria realizaron incursiones repentinas en su territorio, y los etolios, junto a los romanos y a sus cada vez más numerosos aliados, atacaron a sus partidarios de Grecia. El joven rey respondió con una energía tremenda, conduciendo rápidamente a sus soldados para hacer frente a una amenaza tras otra. Al igual que los demás reinos helenísticos, Macedonia poseía un ejército relativamente numeroso formado por soldados profesionales. A principios del siglo II, Filipo fue capaz de dispo-

ner para el combate una fuerza de más de veinte mil de esos soldados, formando su núcleo la espléndidamente bien preparada infantería de las falanges armadas con picas. No tenemos muchos más detalles sobre el ejército para ese periodo, pero es bastante improbable que tantos hombres se hallaran concentrados en un solo lugar. La caballería, una proporción mucho menor sobre el total de la fuerza de lo que lo había sido en la época de Alejandro Magno, ocupa un lugar preeminente en los breves relatos de estas campañas. Al menos en algunas ocasiones, Filipo V la dirigió de la misma manera a como lo había hecho su ilustre predecesor, cargando lanza en mano a la cabeza de ella, escapando por muy poco de la muerte o de caer preso en varias ocasiones. El profesionalismo del ejército macedonio quedaba reflejado en una gran efectividad en el arte del asedio, como lo demuestra, por ejemplo, la toma de Echinous, el 210.[16]

Filipo V mostró una gran capacidad en esas campañas, al salir victorioso en gran número de importantes escaramuzas, pero no podía estar en todas partes a la vez, y etolios y romanos continuaron disfrutando de algunos éxitos limitados. Cuando, en 210, Levino regresó a Roma para hacerse cargo del consulado, llegó incluso a recomendar la desmovilización de la legión que había dejado en Grecia, y la presencia militar romana en la zona se redujo sustancialmente bajo el mando de su sucesor, Publio Sulpicio Galba. A pesar de esa confianza, el equilibrio de poder cambió rápidamente a favor de Filipo V. Livio afirma que embajadores procedentes de varias potencias, incluido el Egipto ptolemaico, Atenas y la rica isla de Rodas, se presentaron ante el rey, en 209, y trataron de convencerle para que firmara la paz con los etolios. Debía preocuparles que pronto pudiera alcanzar una victoria militar total que le proporcionara una aplastante posición de po-

der en Grecia para un futuro inmediato. Se acordó una tregua de treinta días, otra de las características de las guerras disputadas entre los Estados griegos, pero no se concluyó ningún acuerdo permanente y, al acabar ese periodo, la guerra se reinició. Filipo V continuó haciendo todos los esfuerzos posibles para proteger a sus aliados, ya fuere en persona o enviando destacamentos de soldados en su ayuda. En 207, Filipo dirigió un decidido ataque de gran envergadura sobre el territorio de la Liga Etolia. En el Peloponeso, el recientemente preparado y reorganizado ejército de la Liga Aquea, bajo el liderazgo de un soldado y político genial, Filopoemeno, hizo añicos al ejército espartano en Mantinea, un campo de batalla que ya había sido testigo de varias de las más grandes batallas de la historia militar griega. Estos dos golpes minaron la voluntad de la Liga Etolia de continuar el conflicto. Al igual que cualquier otro Estado helenístico, esperaban que las guerras concluyeran con un acuerdo negociado y, el 206, los etolios aceptaron la paz con Filipo.[17]

La capitulación y la retirada de la guerra de los principales aliados de Roma no significó el final de la contienda. Las fuerzas romanas de la zona se fueron incrementando, y el mando se entregó a un procónsul, y no a un propretor. Este hombre, Publio Sempronio Tuditano, trajo consigo, el año 205, once mil soldados y treinta y cinco quincuerremes. Ambos bandos realizaron algunas maniobras agresivas, y Filipo repitió su anterior ataque contra Apolonia, pero los romanos rechazaron el desafío del rey para luchar en campo abierto. En esta etapa, las operaciones se quedaron limitadas a la zona costera occidental de la actual Albania donde se había originado inicialmente el conflicto, ya que, al no poder contar con sus principales aliados de Grecia, los romanos no podían operar allá. Embajadores procedentes de Épiro consi-

guieron acercar las posiciones de ambas partes y negociaron con éxito un tratado de paz, la Paz de Foiniké. Según las condiciones pactadas, Filipo devolvía algunas de las ciudades que había tomado, en especial aquellas de los aliados de Roma, pero retenía muchas de sus otras conquistas. Al contrario que otros tratados romanos para finalizar un conflicto, éste se negoció entre iguales. Macedonia fue reconocida como una potencia totalmente independiente, y bajo ningún concepto quedaba absorbida por aquella red de aliados subordinados de Roma.[18]

El desenlace de la Primera Guerra Macedónica fue totalmente distinto a cualquier otro conflicto en que participaran los romanos en el siglo III a.C. La insatisfacción por el fracaso que les supuso no haber derrotado a Filipo V, junto al fuerte legado de odios y desconfianza resultante de su ataque sin provocación sobre Roma durante la peor crisis de ésta, aseguraba que casi de inmediato empezaría una nueva guerra contra Macedonia después de la derrota final de Cartago. En el contexto de la Segunda Guerra Púnica, la lucha contra Macedonia había permitido a los romanos evitar, a un mínimo coste, que Aníbal consiguiera algún beneficio tangible de su alianza con Filipo. Había sido esencialmente un conflicto griego, participando prácticamente sólo Estados helenísticos de acuerdo con sus propias convenciones militares y concluido a la habitual manera helenística de hacer la guerra.

Sicilia, 215-210 a.C.

Sicilia se encontraba dividida en dos, el oeste y el norte gobernado directamente por Roma y el resto bajo el control de la Siracusa de Hierón. En 218 se envió allí a Sempronio Longo para que preparara la planeada invasión del norte de África, y se había visto envuelto en alguna batalla naval cuando la flota cartaginesa empezó a hacer incursiones en la

isla, antes de que se le reclamara para enfrentarse a Aníbal en la Galia Cisalpina. Los años siguientes, el Senado mantuvo en Sicilia una guarnición, normalmente al menos de dos legiones, y una poderosa fuerza naval. A finales del 216, las dos legiones creadas con los supervivientes de Cannas sustituyeron a la guarnición del momento en la isla, rellenando más tarde sus filas con las tropas derrotadas en las dos batallas de Herdonea. En 215, el intento cartaginés por dominar Cerdeña fracasó debido a una mezcla de mala suerte, ya que las tormentas retrasaron la flota, y a una rápida respuesta por parte del Senado romano, que envió un ejército a la isla bajo el mando de uno de sus primeros conquistadores, Tito Manlio Torcuato. Manlio había ejercido primero de cónsul en 235, y era otro de aquellos hombres de experiencia, al igual que Marcelo o Fabio Máximo, a los que, a pesar de su avanzada edad, se les confió el mando durante la crisis de la guerra contra Aníbal. La flota púnica que regresaba de Cerdeña fue destrozada por las escuadras romanas que operaban desde Sicilia.[19]

Otro testigo del pasado era el viejo aliado de Roma, Hierón, que contaba unos setenta años al dar comienzo la Segunda Guerra Púnica, pero que se mostró exactamente igual de leal a como lo había hecho en la Primera Guerra, enviando una poderosa fuerza de infantería ligera mercenaria, en la que se incluían arqueros cretenses y suministros de grano para apoyar el esfuerzo bélico romano, en 217 o 216. A finales del 216 o a principios del 215 moría aquel anciano y con él perecía también la estabilidad política que había durado más de cincuenta años durante su tiranía. A Hierón le sucedió su nieto de quince años, llamado Hierónimo, guiado por una camarilla de consejeros, ya que el hijo de aquél había fallecido algunos años antes. Casi de manera inmediata, la fe-

roz lucha entre facciones que tan a menudo hacía enloquecer la política interior de las ciudades griegas se abatió sobre Siracusa. Hierónimo era joven y carecía de la experiencia, las hazañas y la capacidad de su abuelo, por lo que fracasó al tratar de dominar los acontecimientos. Sus consejeros competían entre sí por controlar al joven, mientras que otros grupos tramaban el final de la monarquía e intentaban imponer algún tipo de república. Es tentador, pero a la vez un error, caracterizar a estos grupos basándose principalmente en su actitud hacia Roma o Cartago, pues no es probable que éste fuera el principal motivo de las disputas. Lo que ocurría más a menudo era que, simplemente, un grupo se alineara con el bando que se oponía a las facciones rivales. En 215, Hierónimo empezó a negociar primero con Aníbal y, a continuación, con las autoridades de la propia Cartago, incrementando sus demandas hasta el punto de que, finalmente, pidió el gobierno de toda Sicilia, una vez que las fuerzas combinadas de Siracusa y Cartago hubieran expulsado a los romanos de la isla. Sin embargo, en realidad, no había tenido lugar ninguna ruptura formal con Roma y, después de trece meses de reinado, Hierónimo fue asesinado por una facción en Leontini, una de las ciudades que Siracusa controlaba. Su tío Adranodoros fue uno de los magistrados elegidos que sustituyeron a la monarquía, pero, como a la mayoría de los descendientes de Hierón, a él también lo asesinó otro grupo deseoso de ocupar el poder.[20]

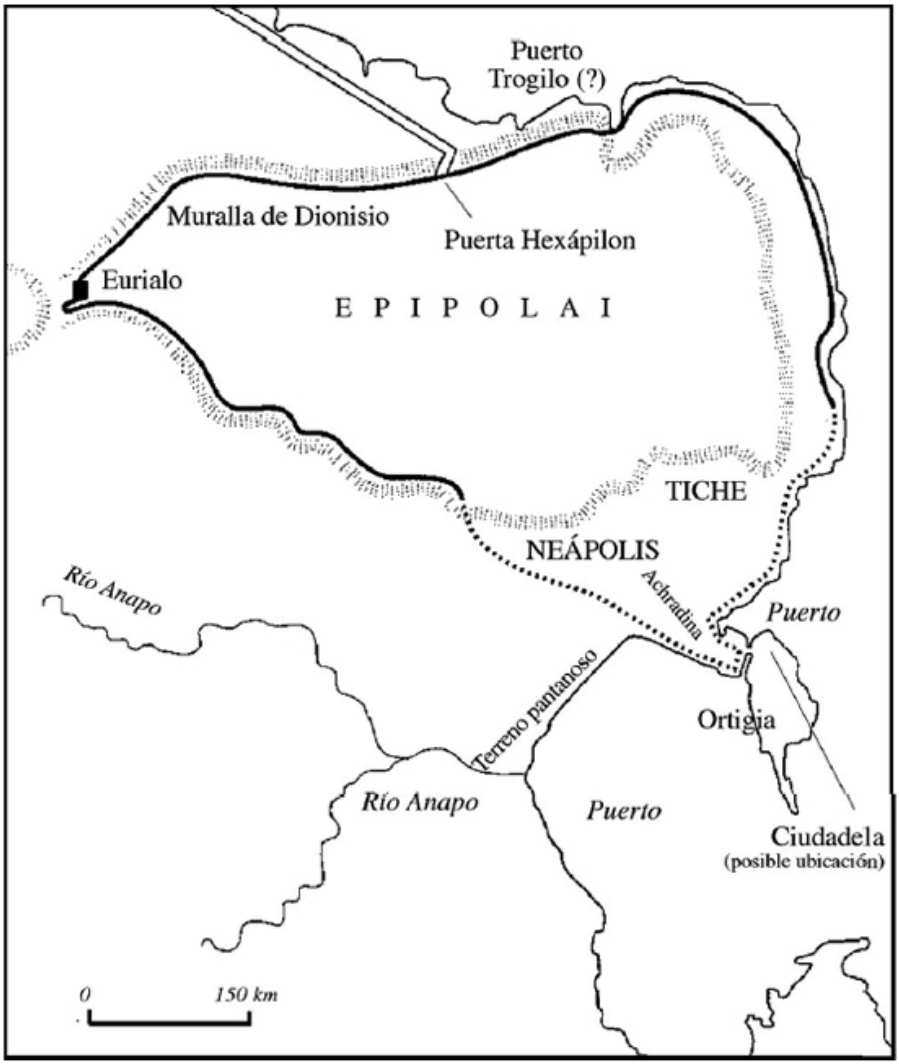
En ese momento había dos hermanos muy influyentes, Hipócrates y Epicides, descendientes de un exiliado procedente de Siracusa que se había establecido en Cartago. Habían sido enviados formando parte de la delegación de Aníbal a Hierónimo, y servido en su ejército en España e Italia. En 214, ambos hermanos fueron elegidos para ocupar dos de las magis-

traturas más importantes que habían quedado vacantes después de la matanza de la familia real, pero su poder se veía amenazado por otros líderes que se encontraban más dispuestos a mantener el tratado con Roma. A Hipócrates se le envió a la guarnición de Leontini con cuatro mil soldados, una mezcla de mercenarios y desertores procedentes del ejército romano del oeste de Sicilia que se hallaban en franca oposición a Roma y amenazaban la estabilidad del Estado. Uniéndosele más tarde su hermano, Hipócrates declaró la ciudad independiente y empezó a hacer incursiones en la provincia romana. Desde Siracusa se le informó a Marcelo, el comandante romano recién llegado, que en esos momentos ejercía su segundo consulado, que ya no controlaba Leontini, por lo que avanzó y asoló la ciudad en su primer asalto. Capturó a la mayoría de la guarnición. Los desertores romanos sufrieron el tradicional castigo de los ciudadanos que se habían puesto en contra del Estado: primero se les azotaba y después se les decapitaba. Tanto Hipócrates como Epicides escaparon del desastre y se encontraron con un cuerpo de ocho mil soldados de Siracusa, enviados para apoyar el ataque romano de Leontini, con la condición de que la ciudad rebelde tendría que volver a regirse por sus leyes. Ayudados por extendidos rumores de que se había llevado a cabo una masacre general con toda la población de Leontini, los hermanos consiguieron ganarse a estas tropas y conducirlas de regreso a Siracusa donde, después de una breve lucha, mataron a sus rivales y se hicieron con un indiscutible control sobre la ciudad. La guerra contra Roma era ahora inevitable.[21]

Probablemente a principios de la primavera del 213, los romanos lanzaron un ataque a gran escala sobre Siracusa. Como procónsul, Marcelo se encontraba al mando de la situación, apoyado por el propretor Apio Claudio Pulcher.

Marcelo contaba con cuatro pares de galeras especialmente preparadas, a las que se les habían quitado los remos de estribor de una y los de babor de la otra, antes de asegurarlas entre sí. En sus proas se montaron sólidas escalas de asalto que se podían apoyar contra un muro mediante poleas atadas al mástil; ese dispositivo se ganó el sobrenombre de *sambuca*, por su parecido con el instrumento musical. Con ellas, los romanos podían atacar las murallas de la ciudad desde la mar, mientras se lanzaba otro asalto desde la zona de tierra. Fue éste uno de los pocos intentos de tomar una ciudad importante bien fortificada mediante un asalto directo durante el curso de las tres guerras. El resultado fue un fracaso total. Las murallas de Siracusa habían sido reforzadas durante años por varios tiranos, y la ciudad tenía una bien ganada fama por haber construido algunas de las máquinas de asedio más avanzadas del mundo. Muchas de las utilizadas para repeler a los romanos habían sido diseñadas por Arquímedes, el célebre geómetra. Pariente de Hierón, aquel anciano filósofo desempeñó un importante papel en la organización del despliegue de su artillería y de otros artefactos. A medida que los romanos se aproximaban a los muros de la ciudad eran bombardeados con una lluvia de proyectiles arrojados con gran maestría, usando catapultas de distintos tamaños para hacer blanco en las diferentes unidades. Arquímedes también había diseñado otras máquinas, desde las que descendían ganchos para levantar a los barcos romanos sacándolos fuera del agua para, a continuación, dejarlos caer de nuevo, haciendo saltar a la tripulación por los aires y destrozando el buque en pedazos. Otras fuentes muy posteriores han llegado incluso a afirmar que había inventado algún tipo de aparato con espejos que concentraba los rayos del sol y los enfocaba sobre el buque enemigo, incendiándolo. Sin em-

bargo, Plutarco nos dice que Arquímedes no se preocupaba por anotar los detalles de sus diseños, al conceder mucha menor importancia a la utilización práctica de sus estudios que a la misma teoría, con lo que es difícil saber lo precisas que son las descripciones de sus instrumentos, pero Polibio, que escribía menos de un siglo después, creía con toda certeza en aquellos artefactos llamados «garfios», que hacían añicos las *sambucae*, y en otros más que servían para sacar a los barcos fuera del agua. Plutarco cuenta la historia muy verosímil de que los sitiadores romanos llegaron a ponerse tan nerviosos con los inventos de Arquímedes que la aparición repentina de cualquier viga o polea en las murallas de la ciudad era suficiente para que les entrara pánico. Finalmente, después de sufrir numerosas bajas, Marcelo abandonó cualquier esperanza de intentar un ataque directo y decidió bloquear a la ciudad para que se rindiera. No hay ninguna duda de que el ingenio de Arquímedes había contribuido de forma clara a la exitosa defensa de Siracusa, pero vale la pena recordar que los asaltos directos sobre cualquier fortificación poderosa eran tan escasos debido precisamente a que raras veces tenían éxito y el sitiador se arriesgaba a sufrir numerosas bajas.[22]



MAPA 12. *Asedio de Siracusa, 212-214 a.C.*

Apio Claudio conservó las dos terceras partes del ejército romano para sitiar la ciudad, mientras Marcelo dirigía al resto para atacar a las otras comunidades que habían seguido a Siracusa en la rebelión. La situación cambió radicalmente cuando un fuerte ejército cartaginés de veinticinco mil hombres de a pie, tres mil de a caballo y doce elefantes, bajo el mando de Himilción, desembarcó en Heraclea Minoa, en la costa sur. Rápidamente se trasladó hacia el este para ocupar

Agrigento, que, seguramente, acogería llena de alegría al invasor. Otras ciudades siguieron su ejemplo y tomaron partido por los cartagineses. Marcelo fracasó al no llegar a tiempo a Agrigento para evitar su pérdida, pero dio la casualidad de que se topó con un ejército siracusano, dirigido por Hipócrates, que iba a reunirse con sus nuevos aliados. Mediante un ataque por sorpresa contra el campamento enemigo, Marcelo mató o capturó al grueso de entre los ocho mil y diez mil soldados de a pie del enemigo, con lo que solamente pudieron escapar Hipócrates y quinientos de su caballería, y reunirse con Himilción. A continuación, la columna romana regresó a Siracusa, seguida poco después por el ejército cartaginés.

La habilidad con la que Hipócrates pudo salvar el bloqueo romano de Siracusa demuestra claramente lo poco seguro que era el asedio en ese momento; quedaría además confirmado poco después, cuando una flota púnica de cincuenta y cinco galeras, mandada por Bomílcar, pudo entrar en el puerto de la ciudad. Sin embargo, más o menos por aquel entonces, vino otra legión a reforzar las tropas de Marcelo, con lo que los romanos disponían de un total de tres o cuatro legiones, junto con contingentes aliados. Himilción no se mantuvo demasiado tiempo a las afueras de Siracusa. Ahora debía haberse visto superado en número de tropas, pero no existe ningún registro de que alguna de las partes desafiara a la otra para librar combate. El ejército cartaginés se marchó en un intento por convencer a otros aliados sicilianos de Roma para que se rebelaran contra ella, obligándole así a alejar sus fuerzas de Siracusa. Varias comunidades respondieron, sobre todo después de que el comandante de la guarnición romana de Enna ordenara una matanza entre la población sospechosa de deslealtad. Los romanos tenían una actitud

muy pragmática ante esas atrocidades, considerándolas aceptables si venían acompañadas por la eficacia, pero, en este caso, las demás comunidades se volvieron en su contra. A pesar de ello, y a la pérdida de un importante depósito de víveres en Murgantia, los romanos continuaron el bloqueo hasta la llegada del invierno y mientras duró esa estación, al tiempo que Himilción se retiró a los cuarteles de invierno de Agrigento.[23]

De acuerdo con los estándares de la Antigüedad, Siracusa era una gran ciudad, dividida en varios barrios, protegido cada uno de ellos por sus propias líneas de defensa. El asalto directo no había causado mella alguna en sus defensas, y, en el interior de la ciudad, se descubrió y eliminó una facción que trataba de traicionarla y entregarla a los romanos. No obstante, a principios del 212, Marcelo decidió intentar un ataque sorpresa. A propósito del rescate de prisioneros había tenido lugar una serie de negociaciones fuera de las murallas de la ciudad, en una torre llamada Galeagra. Uno de los negociadores romanos calculó la altura de las fortificaciones contando el número de hiladas de piedra, que en esa zona incluso aún eran mayores. Con esa información, los romanos podían fabricar escalas con la altura necesaria para ascender por el muro. Se les presentó la oportunidad cuando llegaron noticias de que los siracusanos se encontraban celebrando una fiesta dedicada a la diosa Artemis, motivo por el cual Epicides había distribuido una enorme cantidad de vino, en parte para compensar a los ciudadanos por la escasez de pan. La tercera noche de celebración, un grupo de asalto romano trepó hasta la muralla cerca de la torre Galeagra. La información con que contaban demostró ser correcta y las escalas lo suficientemente altas. Los centinelas prestaban poca atención y muchos de ellos se habían reunido en las torres, don-

de fueron sorprendidos y puestos rápidamente fuera de combate. El grupo de asalto marchó a continuación hacia la puerta Hexapylon y la tomó, permitiendo la entrada del grueso de las fuerzas de Marcelo al amanecer. Epicides hizo algún intento por repeler la incursión, pero no se dio cuenta de la importancia del ataque romano hasta que ya era demasiado tarde. Sólo en unas horas, los romanos habían controlado toda la zona de la parte más elevada de la ciudad, conocida como el Epipolai. Poco después se rendía el comandante de otra de las fortalezas de las defensas, el fuerte de Uralo. A pesar de esos éxitos, la zona conocida como Achradina, los puertos y la ciudadela de la península de Ortigia permanecieron firmemente en manos de los siracusanos, por lo que Marcelo se estableció allí para continuar el bloqueo.[24]

Demasiado tarde para evitar estos éxitos de los romanos, Himilción e Hipócrates llegaron para amenazar al ejército sitiador. Después de algunas escaramuzas ineficaces, el desastre golpeó de lleno al ejército púnico cuando una gravísima epidemia se apoderó de su campamento. Era a principios de otoño, y los cartagineses se encontraban acampados sobre un terreno pantanoso y bajo y, según Livio, los soldados no estaban acostumbrados al clima. La severa organización de los campamentos romanos quizás les aportara, al menos, un nivel básico de higiene y posiblemente sea ésta otra de las razones por las que el ejército romano padeció mucho menos que sus adversarios. Tanto Hipócrates como Himilción murieron, junto con el grueso de los soldados cartagineses, y los restantes no quedaron en condiciones de luchar. La flota púnica había continuado rompiendo el bloqueo romano y llevaba algunos suministros de comida a la ciudad. A finales del 212, Bomílcar regresó con una enorme expedición formada por setecientos buques mercantes protegidos por ciento cin-

cuenta barcos de guerra. No es probable que la flota romana reunida por Marcelo para interceptar este convoy fuera tan grande, aunque desconocemos su número, pero es posible que los barcos romanos estuvieran mucho mejor provistos de marineros procedentes del ejército sitiador que sus opositores púnicos. Las flotas rivales esperaron a cada uno de los lados del cabo Pachynus, situado costa abajo en la punta más meridional de Sicilia, a que hubiera pasado una tormenta que habría dificultado la lucha. Entonces, cuando cambió el tiempo y Marcelo dirigió su flota contra el enemigo, Bomílcar decidió evitar la batalla y, después de enviar a los transportes de regreso a África, navegó hacia Tarento, que había sido tomada a principios de año por Aníbal. Nunca se sabrá la razón exacta de aquella acción de Bomílcar, pero se le ha acusado, a menudo, de perder los nervios.[25]

La última esperanza de auxilio de Siracusa se había esfumado. Epicides escapó de la ciudad y huyó a Agrigento. Tanto las tropas sicilianas como la población de Siracusa optaron por rendirse a Roma, pero no tenían de su parte a los mercenarios ni, en particular, a los desertores romanos que temían el brutal castigo que recibirían si les capturaban. Un oficial español, de nombre Moerico, entregó a traición Ortigia a los romanos, ya que abrió una puerta para que penetrara un grupo de soldados enemigos que había atravesado el puerto en un buque mercante remolcado por una cuatrirreme. Poco después, Achradina se rindió y los romanos saquearon la ciudad. Marcelo había dado órdenes a sus hombres de que le trajeran a Arquímedes vivo, pero un legionario mató al anciano cuando, según la tradición más común, se negó a que le interrumpiesen hasta que hubiera resuelto un problema matemático que estaba planteando sobre el polvo de la calle.[26]

Algunas ciudades se habían pasado a Roma después de que la caída de Siracusa hubiera mostrado la dificultad de la resistencia. Ésta se centraba ahora en Agrigento, donde el sucesor de Himilción, Hannón, recibió el apoyo de Epicides. Los cartagineses, que posiblemente se hallarían todavía en inferioridad numérica, concentraron sus esfuerzos en la ejecución de rápidas incursiones para saquear el territorio de los aliados de Roma. Llegaron algunos refuerzos procedentes del ejército de Aníbal en Italia, incluido un oficial llamado Muttines, un fenicio-libio que no era cartaginés de pura cepa. Al mando de una fuerza de númidas desplegó una gran capacidad en el saqueo del territorio de los Estados leales a Roma, al mismo tiempo que protegía las tierras de las ciudades que se habían unido a Cartago. Sus éxitos animaron a los cartagineses a avanzar desde Agrigento hasta el río Himera, donde Muttines logró vencer en varias escaramuzas a las avanzadillas del ejército de Marcelo. A continuación se le mandó llamar para que tratara de solucionar el motín de unos trescientos númidas en Heraclea Minoa y, en su ausencia, Hannón y Epicides presentaron batalla solamente para ser totalmente derrotados. Livio afirma que los númidas que aún se encontraban en el ejército habían acordado con Marcelo no tomar parte en la batalla. Las bajas púnicas entre muertos y prisioneros se contaban por miles, y se llevaron ocho elefantes para mostrarlos en Roma. A finales del 211, Marcelo regresó a Roma para ganar el consulado del año siguiente. Como la guerra en Sicilia todavía no había terminado, no se le permitió celebrar un triunfo completo y debió conformarse con una ovación. El botín de Sicilia, que incluía obras de arte saqueadas de templos y monumentos, era mucho mayor que el que hubiera podido mostrar jamás cualquier otro comandante romano, hasta el punto de que algu-

nos escritores moralistas posteriores condenaron a Marcelo por haber ensalzado el amor al lujo entre los hasta entonces austeros romanos.[27]

La guerra no había finalizado por completo. Procedentes de África llegaron más refuerzos púnicos, totalizando ocho mil soldados de infantería y tres mil númidas de la caballería ligera. Muttines continuó dirigiendo estos jinetes ligeros con una gran habilidad, moviéndose con rapidez, quemando cosechas y granjas. Con una Roma incapaz de defenderlas, numerosas ciudades se pasaron al enemigo. Las tropas romanas de la isla se sintieron abandonadas e ignoradas por su gobierno, en especial las legiones de Cannas, completadas con supervivientes de Herdonea, que tenían aún prohibido el regreso a sus hogares, a pesar de los éxitos obtenidos. En 210 llegó para hacerse con el mando de Sicilia Marco Valerio Levino, compañero de Marcelo en el consulado y el hombre que había dirigido los primeros años de la guerra contra Macedonia. Inicialmente, la provincia se le había asignado a Marcelo, pero hubo un cambio al presentarse ciertas quejas contra él por parte de los aliados de Roma en la isla. Levino, después de reunir un poderoso ejército, dispuso una ofensiva directamente contra la principal fortaleza púnica: Agrigento. La rivalidad que existía entre los comandantes cartagineses jugaba a favor de los romanos y les proporcionó una victoria rápida y espectacular. Hannón había llegado a tener celos de los éxitos de Muttines y de su creciente reputación, hasta el punto de que, menospreciándole por sus orígenes, finalmente le despidió y entregó el mando de los númidas a su propio hijo. Muttines, cuyos hombres le seguían siendo leales, se sintió ultrajado por el desaire de Hannón y comenzó a negociar con Levino. Cuando el ejército romano llegó a las afueras de Agrigento, los hombres de Muttines se hicieron con el

control de una de las puertas y la abrieron para que entrara el enemigo. Hannón y Epicides escaparon por mar, pero los romanos capturaron a la mayor parte de la guarnición. Una vez más, una ciudad importante había caído por el uso de la traición. Livio menciona que, como consecuencia de este éxito, cuarenta pueblos y ciudades se rindieron voluntariamente, veinte se pasaron a los romanos después de una traición y solamente seis fueron tomadas mediante asalto directo. Eso demuestra no sólo la amplitud de la rebelión en contra de Roma incluso en esta última fase del conflicto, sino también la dificultad de tomar por asalto una ciudad bien fortificada. Levino castigó a los líderes de los Estados derrotados y recompensó a aquellos que habían vuelto a aliarse con Roma antes de que se les hubiera obligado a hacerlo. A Muttines se le recompensó con la ciudadanía romana y continuó sirviendo como mando de tropas auxiliares romanas. El íbero Moerico y sus hombres, que habían entregado la ciudadela de Siracusa a Marcelo mediante una traición, fueron asimismo recompensados con la ciudadanía y con tierras tomadas a los rebeldes derrotados.[28]

La guerra en Sicilia había terminado con una victoria romana total, la primera conseguida en la Segunda Guerra Púnica, animando a los romanos después de sus principales reveses sufridos en España y de la continua presencia de Aníbal en Italia. Una victoria cartaginesa en Sicilia hubiera alterado seguramente el curso de todo el conflicto. Desde la conquista de la isla, sus fértiles tierras se habían convertido en una fuente cada vez mayor de grano para la creciente población de Roma. El grano siciliano había desempeñado un papel importantísimo al permitir a los romanos poner en acción a tantas legiones durante la guerra contra Aníbal. Levino tuvo buen cuidado en respaldar la recuperación de la

agricultura antes de abandonar Sicilia a finales del 210. La importancia de Sicilia como base naval se había advertido ya en el conflicto de la Primera Guerra. Una de las razones por las cuales la marina púnica tuvo una actuación tan pobre durante la Segunda Guerra Púnica fue su carencia de bases en las islas mediterráneas. Si los cartagineses hubieran conseguido establecerse de manera firme al menos en una parte de Sicilia, entonces habrían estado en condiciones de entregarle a Aníbal suficientes hombres y víveres para marcar diferencias en Italia, suponiendo que Cartago tuviera la voluntad política de hacerlo.[29]

En el esfuerzo de guerra que tuvo a Sicilia como campo de operaciones se invirtieron considerables recursos, con la expedición del ejército de Himilción y sus significativos refuerzos a pesar de la pérdida de Siracusa, mientras que la flota púnica operaba con una fuerza considerable por las proximidades de la isla e hizo todo lo posible por continuar la resistencia de aquella ciudad asediada. A pesar de ello, fracasaron al no ser capaces de infligir a los romanos una derrota de grandes proporciones, ya fuere en tierra o por mar. Parece ser que los romanos nunca mantuvieron más de cuatro legiones en Sicilia, lo que les debía proporcionar cierta ventaja numérica, aunque en ningún caso pudiese ésta considerarse como arrolladora. La necesidad de mantener guarniciones en ciudades aliadas y conquistadas redujo el número de tropas que ambos bandos y, sobre todo, el de los romanos (que controlaban la mayor parte de la isla), podían concentrar en un solo lugar. El mando cartaginés carecía de agresividad si se le compara con Marcelo, Levino y otros generales romanos de Sicilia, quienes de manera decidida y a la manera clásica romana adoptaban la ofensiva. Su conducta era, a menudo, letárgica, si se hace excepción de Muttines, a quien sus éxi-

tos le hicieron impopular. No está claro de ninguna manera si Himilción hubiese sido capaz de romper el bloqueo de Siracusa, incluso antes de que el ejército púnico fuera devastado por la epidemia, mientras que puede considerarse de una extrema indecisión la negativa de Bomílcar a arriesgarse a trabar combate. La deserción de un oficial de la categoría de Muttines era inimaginable en el estado mayor romano.

Finalmente, mucho dependió de la decisión tomada por las comunidades en Sicilia y, aunque fueron numerosas las que se rebelaron contra Roma y se unieron a Cartago, la mayoría no lo hizo. Ya fuere por miedo a las represalias o por lealtad hacia su aliado, la mayor parte de las comunidades no se arriesgaron a rebelarse y los cartagineses nunca consiguieron suficientes victorias locales como para convencer a la mayoría de los Estados a que abandonaran a Roma en su propio interés. Siracusa tardó más de un año en romper con Roma, lo que concedió a los romanos algún tiempo para que se recuperaran de sus pérdidas en 216, asegurándose así de que contaban con legiones disponibles para poder ir a la isla. Allí, al igual que en la mayoría de las ciudades, la aristocracia se encontraba enfrentada frontalmente sobre la actitud que debían tomar ante esas dos potencias rivales. Durante toda la guerra, fueron los romanos quienes más se beneficiaron del deseo de determinados elementos de las ciudades rebeldes para traicionar a los defensores.

Capítulo 11
LA ASCENSIÓN DE ESCIPIÓN, 210-205 A.C.

España, 211-205 a.C.

Después del desastre del 211, los restos de los ejércitos romanos consiguieron mantenerse en un pequeño enclave al norte del Ebro. Lucio Marcio, líder elegido por los soldados y que se nombró a sí mismo «propretor», logró hacer retroceder los escasos embates cartagineses dirigidos contra aquella zona, pero los tres ejércitos púnicos se dispersaron rápidamente. Era difícil suministrar víveres a tantas tropas cuando se encontraban concentradas y, además, cada comandante deseaba regresar a su propia región de la provincia y restaurar allí el orden. Derrotados los Escipiones, los romanos dejarían de ser el principal enemigo de los cartagineses en España. Marcio escribió al Senado informándole de sus actividades y pidiendo suministros de alimentos y ropa, pero el hecho de haber adoptado un título de magistrado había constituido una ofensa considerable. A finales de año enviaron a que tomara el mando a Cayo Claudio Nerón, el hombre que más tarde sería el artífice de la victoria en Metauro. Según Livio, trajo consigo refuerzos de doce mil hombres de a pie, la mitad romanos y la otra mitad latinos, y trescientos romanos y ochocientos latinos en la caballería; aunque Apiano afirma que solamente eran diez mil de infantería y mil jinetes. Probablemente, en la primavera siguiente, Nerón dirigió una expedición al otro lado del Ebro e infligió una derrota menor a Asdrúbal Barca.[1]

A finales del 210, Nerón regresó a Roma y fue sustituido en el mando español por Publio Cornelio Escipión, el primogénito del cónsul del 218. Durante los cinco años siguientes se mostraría como el más capaz de los mandos romanos de la guerra, consiguiendo invertir por entero la situación en

España, hasta el punto de que, al final de su mandato, los cartagineses habían sido completamente expulsados de la provincia. Los éxitos de Escipión no deberían hacernos cerrar los ojos ante la naturaleza de un nombramiento enteramente sin precedentes, puesto que, a pesar de tratarse de un ciudadano privado, se le concedió un *imperium* proconsular. Otros hombres habían recibido un poder similar desde comienzos de la guerra, pero, todos sin excepción, en algún momento del pasado de sus carreras habían ocupado una alta magistratura. Escipión había sido *curule aedile* en 213, pero incluso en el punto más álgido de la guerra contra Aníbal, este puesto era todavía esencialmente un cargo civil. En mitad de la década de los veinte años, todavía era demasiado joven como para ocupar el cargo de pretor o de cónsul, aunque debido a las muertes prematuras de su padre y de su tío, era el cabeza de una de las familias patricias más distinguidas e influyentes de Roma. Al igual que la mayor parte de su generación, el joven Escipión contaba con una extensa experiencia militar, habiendo alcanzado ya la edad adulta nada más comenzada la guerra. En 218 había servido junto a su padre y quizás le había salvado la vida en Tesino. Sabemos con certeza que había estado presente en Trebia e incluso quizás también en Trasimeno. Actuando como tribuno de la Legión Segunda pudo escapar del desastre de Cannas y desempeñó un papel destacado en el reagrupamiento de quienes habían quedado dispersos en la batalla y en su reconversión de nuevo en alguna clase de fuerza organizada. Nuestras fuentes guardan silencio, pero parece probable que hubiera estado en servicio activo al menos en algunas de las campañas de Italia en los años siguientes.

Livio afirma que el Senado decidió convocar elecciones en los *Comitia centuriata* con el fin de elegir un procónsul para enviarlo a España, pero parecía que nadie deseaba ese cargo, hasta que apareció el joven Escipión, que sería elegido de manera unánime. Todo esto parece muy extraño, pues los promagistrados no eran cargos electivos, sino que los nombraba el Senado. También es altamente improbable que, en medio de aquel mundo cerrado de la política senatorial, no se supiera nada de las intenciones de Escipión antes de que las pusiera en práctica. Quizás, con el voto formal se trataba de legitimar una decisión ya tomada y confirmar así la legalidad del poder de Escipión, pero eso no explica por qué fue elegido. Una vez más, no convencen los intentos que se han hecho para justificar ese incidente remitiendo a la existencia de diferentes facciones políticas y menos aún el confiar en suposiciones aún menos justificadas que se refieren a la «política» de diferentes familias. Después del gran número de bajas sufridas desde el principio de la guerra, los romanos se encontraban algo escasos de mandos experimentados, pero debían contar con hombres disponibles que ya hubieran ocupado magistraturas principales. Quizás tenga razón Livio al decir que el mando español no era de los atractivos. Incluso antes de su desastrosa última campaña, los Escipiones se habían quejado de la carencia de suministros. El nuevo comandante continuaría enfrentándose a un enemigo enormemente superior en número que convertiría en extremadamente difícil el conseguir algún resultado significativo. Había muchas más oportunidades de distinguirse en las operaciones en Italia, que podrían traducirse más fácilmente en futuros éxitos electorales en Roma. Hubo otro factor que favoreció claramente la elección de Escipión, aunque es imposible saber si el Senado estaba al corriente de ello. La lealtad de las

tribus y de los caudillos españoles tendía a centralizarse en la figura de líderes individuales más que en los Estados, como había demostrado el caso de la familia Barca. El nombre de Escipión seguramente se mostraría mucho más útil en el momento de tratar otra vez de ganarse a los aliados perdidos que en otro tiempo habían seguido a su padre o a su tío, que por el prestigio alcanzado en algún lugar lejano por parte de un experimentado, pero desconocido, senador romano. Nunca podremos saber exactamente cómo y por qué eligieron a Escipión para ir a España, pero su nombramiento ilustra la flexibilidad del sistema político romano de ese periodo tanto como la voluntad de ofrecer más de un consulado a comandantes ya experimentados.[2]

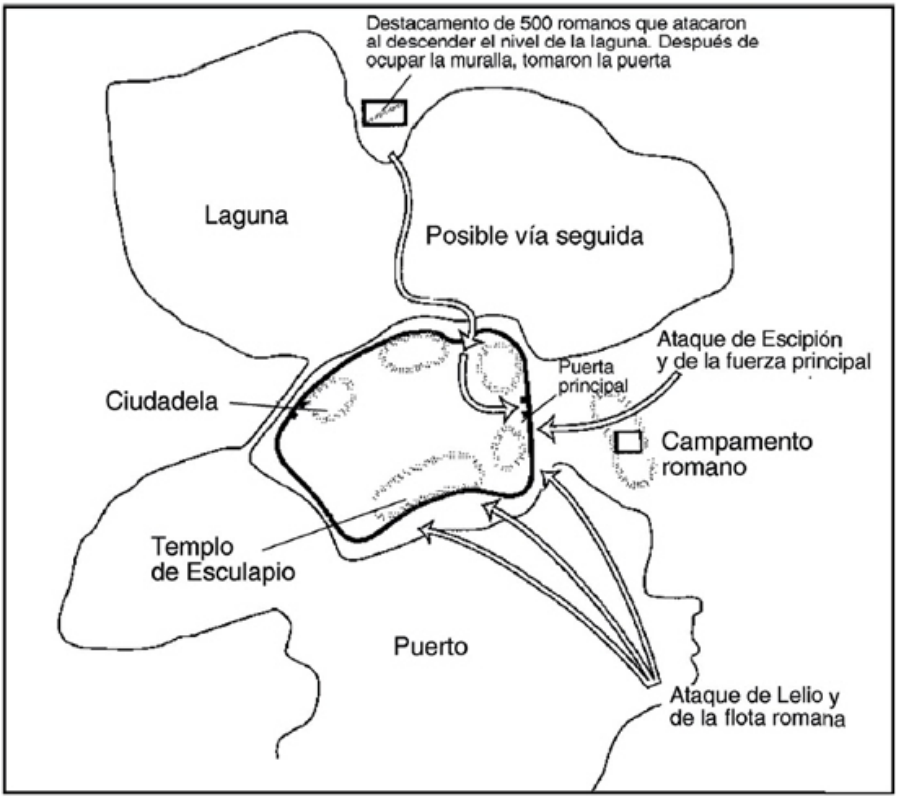
Escipión Africano fue una de las figuras más carismáticas con que contaron los romanos durante las Guerras Púnicas. En muchos aspectos se ajustaba al ideal del joven genio militar que ha hecho mucho por dar forma a la idea de heroísmo desde Alejandro Magno. Reunía en él esa mezcla familiar de hombre de acción y sensible, inteligente y amante de la cultura, en particular la del mundo griego. Sus operaciones eran imaginativas, intrépidas y ayudadas por la buena suerte, con lo que, a menudo, es fácil pasar por alto la cuidadosa preparación y la planificación que subyacía a ese sentimiento de impaciencia juvenil. La relación de Polibio con Escipión Emiliano garantizaba que todos sus sucesores recibirían un trato favorable, pero la admiración del autor por Africano parece haber sido auténtica. Se esmeró al máximo en insistir en la habilidad de Escipión como comandante, y en que los riesgos que asumía eran resultado de un cálculo serio y no fruto de la precipitación. Griego racionalista, con un punto de vista bastante cínico sobre la religión como herramienta útil para controlar a las masas, Polibio sostenía que Africano no creía

en las historias acerca de la asistencia divina que utilizaba para encoraginar a sus hombres. Quizás haya sido así, pero algunas otras fuentes presentan a Escipión como un hombre que creía poseer una relación especial con los dioses. No se trataría de un caso único entre los comandantes romanos; tanto Sula como César, más tarde afirmarían que tenían mucha suerte debido a los favores personales que les hacían determinados dioses y notaban que sus soldados respondían ante tales títulos.[3]

Cartago Nova, 209 a.C.

Escipión se llevó consigo a España un refuerzo mayor, formado por diez mil hombres de infantería y probablemente algo de caballería, incrementando el ejército romano de la provincia a veintiocho mil soldados de a pie y tres mil jinetes. El total suponía apenas el número de hombres con que contaba cualquiera de los tres ejércitos que mantenían los cartagineses. Después de desembarcar en Ampurias a finales de la campaña del 210 concentró sus fuerzas en Tarraco y pasó el invierno allá, negociando con los caudillos españoles. Incluso antes de su llegada, Escipión había estado contemplando una arriesgada estrategia a efectuar durante toda su primera campaña completa anual y los meses de invierno le ofrecieron la oportunidad de poder reunir información y preparar un plan detallado, que Polibio pudo consultar, como más tarde le explicaría por carta a Filipo V. Los tres ejércitos púnicos se encontraban dispersos por una amplia zona, con Asdrúbal Barca luchando contra los carpetanos, aproximadamente en la zona de lo que actualmente es Toledo, su hermano Magón cerca de las Columnas de Hércules (el estrecho de Gibraltar), y Asdrúbal Gisgo entre los lusitanos. Quizás el ejército romano tuviera la posibilidad de avanzar y enfrentarse a una de esas fuerzas antes de que cualquiera de las

otras pudiera intervenir. Sin embargo, incluso aunque Escipión pudiera moverse para entrar en contacto, no existía ninguna garantía de que consiguiera forzar al enemigo a mantener una batalla decisiva y exitosa para él. Cuanto más durase la campaña sin conseguir un resultado definitivo, mayor sería la posibilidad de que llegaran fuerzas enemigas muy superiores en número y mayor también el riesgo a sufrir: en el mejor de los casos, una retirada humillante y, en el peor, un desastre parecido al del 211. Secretamente, Escipión decidió que, en lugar de eso, se dirigiría contra una de las fortalezas más importantes de la provincia de los Barca, la ciudad de Cartago Nova. La dispersión de los ejércitos enemigos convertía en factible que los romanos pudieran avanzar hasta allí sin encontrarse con una oposición seria, pero no existía ninguna certeza de que consiguiera tomar la ciudad, ya que los asaltos directos raramente se veían coronados por el éxito y era evidente que no dispondrían de tiempo suficiente para poder bloquear la ciudad y someterla antes de que llegaran socorros. Los informes indicaban que la guarnición era relativamente pequeña, al tiempo que los pescadores de Tarraco que se dedicaban a comerciar a lo largo de la costa le suministraron la valiosa información de que la laguna que se encontraba junto al mar y que aparentemente evitaba el acceso a las murallas de la ciudad por uno de los lados era, de hecho, fácilmente vadeable en varios lugares. Los preparativos de Escipión fueron cuidadosos y completos, pero tanto esto como su éxito final no deberían ocultar la gran audacia y los elevados riesgos de la operación.[4]



MAPA 13. *Asalto a Cartago Nova, 207 a.C.*

Manteniendo en secreto su destino, Escipión dirigió a veinticinco mil hombres de a pie y a dos mil quinientos jinetes en campaña a la primavera siguiente, mientras que su amigo Gayo Lelio condujo la flota siguiendo la costa hacia Cartago Nova. Polibio nos dice que Escipión alcanzó la ciudad después de siete días de marcha, pero no nos dice desde dónde partió, y se nos antoja muy poco tiempo como para haber salido desde Tarraco o de cualquier otro lugar al norte del Ebro. Cualesquiera que fueren los detalles de esta operación, está claro que los romanos llegaron muy rápido y de improviso a las afueras de la ciudad. Escipión levantó un campamento, pero no hizo ningún intento por rodear la ciudad mediante un muro de circunvalación. Después de reunir las tropas, les dirigió un discurso explicando las razones por

las que quería tomar la ciudad y prometió enormes recompensas a los hombres que se distinguieran, en particular al primero que escalara la muralla. Finalmente, afirmó que Neptuno le había entregado en un sueño todo el plan. Como todos los discursos que supuestamente se dirigían a los ejércitos en masa, es probable que, a continuación, éste se repitiera, a su vez, a secciones más pequeñas.[5]

El comandante de la guarnición, otro Magón, contaba sólo con mil mercenarios apoyados por dos mil vecinos de la ciudad armados para hacer frente al asalto del día siguiente. A los ciudadanos, ansiosos por entrar en combate pero nada preparados, los situó detrás de la puerta principal, dispuestos a hacer una salida, mientras que a los mercenarios los dividió en dos grupos, una mitad ocupando la ciudadela y el resto el montículo de la zona oriental, en la parte de la ciudad encarada a la mar, donde había también un templo a Esculapio. El ataque de la mañana siguiente se encontró con un inmediato contraataque cuando los ciudadanos armados cargaron fuera de la puerta y trabaron batalla con la columna romana atacante. Los defensores de las ciudades antiguas mostraban, a menudo, un enorme deseo por luchar fuera de sus murallas, incluso cuando el ejército atacante era mucho más numeroso. Estas salidas eran una muestra de confianza y tenían como objetivo retrasarle al atacante el comienzo de los trabajos de asedio, pues se veía obligado a luchar para conseguir el control de las proximidades de las defensas. En este caso, el estrecho istmo que conectaba la ciudad con la tierra firme por el este evitaba que los romanos superaran en número a los ciudadanos, a pesar del retraso habido antes de que los dos mil hombres hubieran podido desplegarse en una línea de combate, provocado porque la columna debía salir de la ciudad por una sola puerta estrecha. Ambos lados cho-

caron a un cuarto de milla de la puerta, más cerca del campamento romano que de las murallas de la ciudad. Polibio nos dice que Escipión, que ya preveía esta salida y había planeado cómo infligir importantes pérdidas a los defensores, había mantenido deliberadamente retrasados a sus hombres para que pudieran luchar con todas las ventajas posibles. A pesar de su falta de preparación, los ciudadanos se emplearon bien y el combate fue largo y duro, pero a medida que los romanos se servían de más y más reservas para reforzar los manípulos de la línea de ataque, la presión fue finalmente excesiva. Los cartagineses se hundieron y regresaron huyendo a la ciudad; muchos fueron derribados cuando corrían o heridos cuando la multitud intentaba abrirse hacia el interior a través de la estrecha puerta de entrada.[6]

Los romanos siguieron avanzando con gran vehemencia, corriendo los grupos de asalto para colocar las escalas contra los altos muros de la ciudad. Simultáneamente, Lelio condujo la flota hacia la zona sur, donde la ciudad mira hacia la mar. El mismo Escipión dirigió la lucha desde la elevación de terreno próxima a las murallas, protegido de las armas arrojadizas por tres soldados que llevaban grandes escudos, en una medida de prudencia que provocó la admiración de Polibio. Los romanos atacaron con gran determinación, pero no podían avanzar porque la barrera de proyectiles arrojaba a los hombres desde lo alto de las escalas. A medida que iba avanzando el día y que los ataques seguían sin fructificar, Escipión ordenó a los trompeteros hacer el toque de llamada. En ese momento, Magón podía estar satisfecho de cómo se habían desarrollado los acontecimientos. Aunque su salida había sido rechazada, consiguió retrasar el asalto romano y quizás reducir su ímpetu. Ni el ejército atacante ni su flota habían causado mella alguna en las murallas y lo mejor de la

guarnición todavía se encontraba intacto. Todo parecía indicar que serían capaces de aguantar hasta que uno de los ejércitos púnicos en campaña acudiera en su ayuda. Polibio afirma que ninguno de los ejércitos se encontraba a más de diez días de marcha.[7]

Los romanos provocaron auténtica sorpresa a los defensores cuando decidieron renovar sus infructuosos ataques. Normalmente, después de un ataque fallido, se concedían varios días de descanso a las tropas antes de que volvieran al asalto. Una vez más, los grupos de asalto se lanzaron hacia las murallas, cargando esta vez aún más escalas que en la primera ocasión, muchas de ellas terminadas durante el descanso de las tropas. Con la mayor parte de la munición agotada, a la guarnición le era cada vez más difícil soportar la presión romana y lo consiguieron sólo por estrecho margen. Mientras tanto, Escipión había situado a un cuerpo especialmente escogido, formado por quinientos hombres, en la zona norte de Cartago Nova, a la orilla de la amplia laguna. Había esperado de forma deliberada al final del día hasta que, como le habían dicho los pescadores de Tarraco, la marea hacía descender aún más la profundidad del agua. Sin ninguna dificultad, los romanos caminaron sobre el lecho lodoso y poco profundo de la laguna, siguiendo a los guías que había traído Escipión. Magón había dejado las murallas de la zona norte sin defensores para poder aguantar la arremetida en el istmo, y los quinientos hombres no encontraron oposición cuando situaron sus escalas y ascendieron por ellas. En el este, el resto del ejército, animado por la visible prueba del favor de Neptuno, renovaba sus esfuerzos. Manteniendo los largos escudos por encima de la cabeza, según la famosa formación en *testudo*, los soldados se acercaron a la puerta y empezaron a destrozar la madera con hachas. Los quinientos

hombres avanzaban por la muralla, con las armaduras y las cortas espadas, ideales para acabar con cualquier defensor que tratara de detenerlos. Al alcanzar la puerta la aseguraron y dejaron entrar al grupo atacante, mientras que, por todas partes, los defensores empezaron a huir, permitiendo así que un gran número de las tropas que subían por las escalas pudieran llegar a lo alto de las murallas.[8]

Entrar en una ciudad no aseguraba su caída. Los atacantes necesitaron cierto tiempo para conseguir introducir un buen número de hombres en la ciudad a través de estrechas entradas o utilizando aún las escalas de asalto, y siempre existía el peligro de que los defensores se reunieran y, usando el mejor conocimiento de la ciudad, contratacaran y pudieran expulsarlos de ella. Mientras iban entrando más y más tropas, Escipión conservó con él a un millar de soldados y los dirigió al asalto de la ciudadela, donde Magón se rindió después de breve resistencia. Al resto se les permitió que se perdieran por las calles con orden de matar a cualquiera que se cruzara en su camino. Polibio nos dice que fue testigo del resultado del saqueo romano a la ciudad —probablemente cuando acompañó a Escipión Emiliano en la campaña de África o de España— y que había visto cuerpos desmembrados de hombres e incluso de animales tirados por las calles. Existen ciertas evidencias arqueológicas posteriores que certifican esa estampa de atrocidad generalizada. Él creía que esta práctica iba dirigida a inspirar terror, tanto para atemorizar a la población y eliminar cualquier resistencia futura, como para evitar que otras ciudades se opusieran al ejército romano. El saqueo romano de una ciudad era brutal, incluso si tenemos en cuenta lo que era habitual en la Antigüedad, pues significaba una matanza general de los hombres y la violación de las mujeres. No obstante, es importante recordar que los sol-

dados romanos que se comportaban con tal brutalidad habían padecido dos importantes asaltos a la ciudad, durante los cuales sufrieron un enorme número de bajas sin poder avanzar ni castigar al enemigo. Las evidencias descarnadas de los pueblos saqueados por los romanos hablan más de un furor salvaje que de asesinatos premeditados. Además, los ciudadanos de Cartago Nova no se comportaron como personas neutrales y pacíficas, sino como participantes activos en la defensa. Eso no sirve para perdonar la conducta de los romanos, pero, en parte, la explica.[9]

Es posible que Polibio exagere el estrecho control que Escipión ejercía sobre sus hombres, quienes no empezaban el saqueo hasta que no se les daba una señal, pero el ejército republicano tenía un sistema altamente controlado para la distribución central del botín, que pudo tener sus orígenes en el antiguo arte depredador de hacer la guerra en la Italia arcaica, pero se había ido perfeccionando a medida que el ejército aumentaba su organización y necesitaba hombres que permaneciesen guardando el campamento o dispuestos a entrar en combate mientras otros tenían libertad para saquear. Era más probable que todos los legionarios realizasen sus tareas si sabían que recibirían un buen reparto de los beneficios de la victoria. La reunión de todo el botín en un lugar centralizado y su cuidadosa distribución bajo la supervisión de los tribunos servía para insistir en el espíritu de unidad del ejército romano como representación de todo el Estado en armas. La distribución se llevó a cabo al día siguiente de la toma de la ciudad. Más tarde, el mismo Escipión se preocupó de recompensar a aquellos que habían destacado individualmente. La *corona civica*, la corona que se ofrecía al primer hombre que coronaba la muralla y los premios adicionales que había prometido Escipión para quien realizara

esta hazaña se los disputaron con acritud un centurión de la Legión Cuarta, Quinto Trebelio, y un marinero, Sexto Digitio, que presumiblemente, al mando de Lelio, había atacado desde la zona de la ciudad encarada a la mar. Después de una exhaustiva investigación y una intensa rivalidad entre soldados y marineros, Escipión concedió la corona a ambos.[10]

Se ha originado un intenso debate sobre la exactitud de la información con la que contaba Escipión acerca del nivel de la laguna, si el descenso de la altura de las aguas era debido a la marea o al viento, o si era un fenómeno diario u ocasional. No es probable que estas conclusiones se puedan resolver jamás por entero. El comandante romano había utilizado el conocimiento de que la laguna era vadeable con sumo cuidado. Si el grupo atacante desde esa dirección no hubiera encontrado la muralla sin resistencia alguna es improbable que consiguiera forzar una entrada mediante el uso de escalas. El ataque inicial romano se concentró en las zonas de aproximación meridional y oriental, centrando la atención del enemigo en esas áreas. La vuelta al asalto con mayor fuerza si cabe confirmó la creencia de Magón de que éstos eran los únicos puntos que estaban en peligro y fue allí hacia donde condujo sus reservas. Escipión estaba dispuesto a aceptar las elevadas pérdidas inevitables en este tipo de asaltos frontales para alejar la atención del enemigo de la parte de la muralla que recorría el borde de la laguna. Si Magón hubiera contado con una guarnición más numerosa, este plan habría tenido muchas menos probabilidades de éxito, pero Escipión tenía un conocimiento bastante preciso de las fuerzas del enemigo y estuvo dispuesto a arriesgarse aumentando sutilmente la presión sobre la guarnición para que su ataque inesperado contara con bastantes probabilidades de éxito.[11]

Cartago Nova tenía varios almacenes de material y de maquinaria de guerra, al mismo tiempo que guardaba un rico tesoro púnico, que fue cuidadosamente catalogado por el cuestor Flaminio, hijo del cónsul que murió en Trasimeno. Entre los prisioneros se incluían Magón y varios cartagineses distinguidos. De los diez mil hombres capturados, los ciudadanos fueron puestos en libertad, a los artesanos no ciudadanos de los que se encontraban en muchas de las ciudades mercantiles los convirtieron en esclavos públicos, pero les prometieron la liberación al final de la guerra, y del resto, que mayoritariamente eran esclavos, escogieron a los hombres adecuados para servir como remeros en la flota romana. Quizás la recompensa más importante la constituyeran los más de trescientos rehenes de familias nobles de las tribus españolas que fueron tomados para garantizar la buena conducta de aquéllas. Escipión trató a los rehenes con una gran cortesía, recompensándolos y enviándolos de regreso a sus familias como una manera de dar comienzo a las negociaciones con las tribus. Se cuentan numerosas historias a propósito del trato caballeroso que Escipión dispensó a las mujeres nobles que había entre los rehenes, parecido en muchos aspectos al trato que ofreció Alejandro a las mujeres cautivas de la familia real persa. Muchos de los ilergetes, incluida la cuñada del preeminente caudillo Indíbil, fueron tomados bajo su protección personal. En una ocasión, los soldados trajeron una joven especialmente bella para ofrecérsela a su comandante; Escipión les dio las gracias, pero puso especial cuidado en devolvérsela a su padre. Según la versión de Livio, la doncella estaba comprometida con un joven noble y se decía que Escipión tranquilizó al hombre asegurándole que su honor estaba intacto. Es uno de los típicos adornos románticos que surgieron alrededor de la carismática figura

de Africano. El buen trato que recibieron los rehenes servía para un propósito práctico, aproximando la causa romana a las tribus, pero eso no significa que debamos creer que Escipión estaba actuando en contra de su auténtica naturaleza.[12]

La batalla de Baecula, 208 a.C.

Poco después de la caída de la ciudad, Lelio marchó en una quincuerreme para llevar las noticias a Roma, estando convencido Escipión de que ese gran éxito obligaría al Senado a enviarle más apoyos. Durante algún tiempo permaneció en Cartago Nova, sometiendo a su ejército a un riguroso programa de entrenamiento, antes de retirarse a invernar en Tarraco. La situación en España estaba empezando a cambiar. La pérdida de Cartago Nova fue un golpe muy importante para el prestigio de los cartagineses, al mismo tiempo que les privaba de recursos y de una base vital. Desde las victorias púnicas en 211, su trato hacia las tribus españolas se había ido haciendo cada vez más cruel, ya que no había tanta necesidad de tenerlos contentos y de evitar así que desertaran con los romanos. Numerosos líderes respondieron a la diplomacia romana, incluso Indíbil, el caudillo de los ilergetes, que había permanecido firmemente leal a los cartagineses hasta ese momento, a pesar de su captura en 218. Parece que Escipión había planeado enfrentarse a uno de los principales ejércitos púnicos durante la siguiente campaña, retirando a hombres de la flota para reforzar las fuerzas de su ejército de tierra. Los objetivos de los cartagineses son más difíciles de reconstruir. Era evidente que Asdrúbal Barca se encontraba planeando ya la expedición a Italia que, de hecho, dirigiría a finales de año. Decidió buscar la ocasión de mantener un encuentro definitivo con Escipión, aunque es

difícil dar crédito a la afirmación de Polibio de que solamente planeaba trasladarse a Italia definitivamente si perdía la batalla.[13]

Cuando, en la primavera del 208, Escipión sacó a su ejército de Tarraco, se encontró con Asdrúbal cerca de Baecula, casi con toda certeza la actual ciudad de Bailén, en una zona famosa por sus minas de plata. Era la misma tierra abrupta en la que el ejército de Napoleón sufrió una de sus primeras derrotas importantes cuando el general Dupont se vio obligado a rendirse a un ejército español en 1808. Tan pronto como recibió las noticias de la aproximación de los romanos, Asdrúbal acampó en un terreno elevado, con la retaguardia protegida por un río y los flancos por colinas rocosas. Enfrente, en lo más alto de la ladera, situó una poderosa guarnición de tropas formadas para proteger el campamento. Se trataba de una posición muy fuerte, que a ningún general le gustaría atacar, por lo que no dejaba de parecer una extraña elección de Asdrúbal si, de hecho, quería disputar la batalla. Quizás esperaba mantener ocupados a los romanos hasta que Magón o Asdrúbal Gisgo pudieran llegar hasta allí para conseguir una superioridad numérica, o pensaba que el temor a que esto sucediese llevaría a los romanos a luchar en circunstancias tan desfavorables. Durante dos días Escipión observó al enemigo desde el valle, antes de decidir que debía atacar en caso de que se aproximaran otros comandantes púnicos.[14]

Escipión envió algunos *velites*, apoyados por infantería formada en orden de batalla, directamente pendiente arriba para implicar a la fuerza de cobertura púnica. Los romanos, que atacaban con gran entusiasmo, hicieron retroceder lentamente al enemigo. Livio llega incluso a decir que los esclavos del ejército, los *calones*, se unieron al avance y, recogien-

do piedras del suelo, las arrojaban contra el enemigo. A medida que iban alcanzando la parte más elevada de la colina, la ansiedad de los *velites* y de los manípulos en formación por entrar en combate cuerpo a cuerpo supuso una presión excesiva para las tropas ligeras púnicas, convenciendo a Asdrúbal de que debía ordenar la salida del resto de su ejército, empezando a formarles en una unidad situada próxima a la cima del cerro. Escipión había dividido ya el resto de su ejército en dos mitades, dirigiendo una él mismo y poniendo a Lelio a cargo de la otra. Fue ahora cuando los meses de preparación comenzaron a demostrar su importancia en el momento en que las dos columnas romanas marcharon para rodear por los flancos al enemigo. Escipión dirigió su sección del ejército hacia la izquierda, ascendiendo hasta la parte más elevada del terreno y alcanzando la cima, donde se desplegaron en una línea de combate que amenazaba el flanco enemigo. Las tropas de Lelio ejecutaron idéntica maniobra por la parte derecha. Los romanos habían conseguido alcanzar la zona alta antes de que Asdrúbal hubiera terminado de formar enteramente a su ejército y sin tiempo para variar las órdenes y situar a algunas de las tropas haciendo frente a los dos flancos. El ejército púnico retrocedió rápidamente ante el ataque romano, y Asdrúbal ordenó a las tropas de reserva que se retiraran.

Livio dice que, en la persecución, cayeron ocho mil cartagineses, aunque Polibio cifra a los prisioneros en diez mil de a pie y dos mil de a caballo. Tanto él como Polibio afirman que Asdrúbal empezó a retirarse muy pronto en plena batalla, o incluso antes, ordenando alejarse a sus lentos elefantes, y llevándose también sus tesoros. Reuniendo tantos fugitivos como pudo, los dirigió a continuación en dirección norte hacia el valle del Tajo, y empezó su larga marcha hasta Italia.

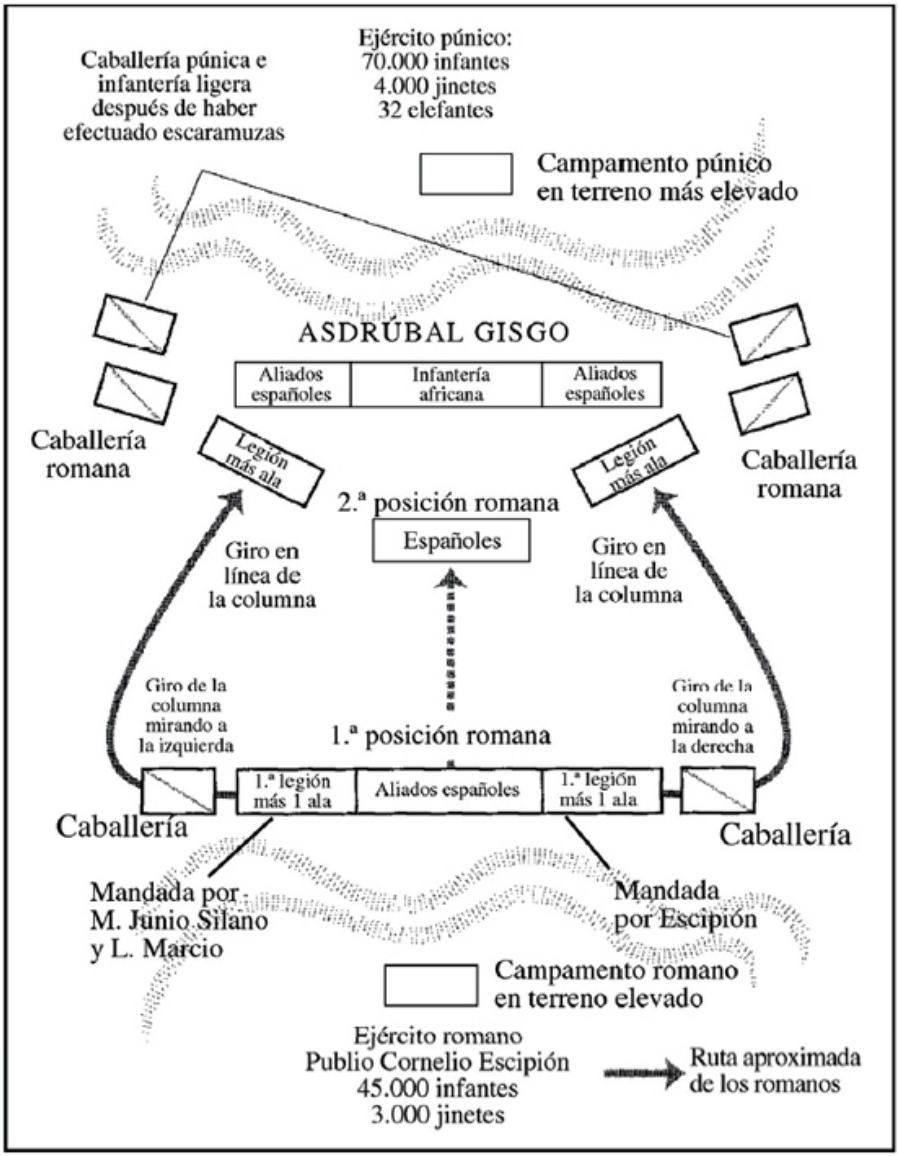
Sus acciones dan pie a cuestionarse si, por encima de todo, deseaba o no entablar combate. Incluso si la respuesta es afirmativa, el revés que recibió en Baecula no parece haber sido una derrota lo suficientemente importante como para trastocar sus planes, a diferencia de lo sucedido en Ibera en 215. Escipión no intentó bloquear la huida de Asdrúbal y parece improbable que su reducido ejército lo hubiera conseguido. Incluso después de que Asdrúbal abandonara la Península, Escipión todavía contaba con un número de fuerzas inferior a las que aquí poseían los cartagineses. Ciertamente, la victoria de Baecula animó a otros caudillos españoles a unirse a los romanos, algunos de ellos saludando a Escipión como rey, un título extraño por entero al sistema romano hasta el punto de que, muy a pesar suyo, debió reprimir su uso.[15]

Es muy posible que fuentes favorables a su familia hayan exagerado la importancia del éxito de Escipión en Baecula. Pero incluso así, la batalla demostró una vez más su intrepidez y sus imaginativas tácticas. La manipulación para tomar ventaja en una maniobra formal antes de la batalla y la habilidad para conseguir llevar por el camino incorrecto al mando enemigo iba a ser la característica de varias de sus batallas posteriores. Esto lo hacía posible la flexibilidad táctica de las legiones a su mando, fruto de una larga y cuidadosa preparación.

La batalla de Ilipa, 206 a.C.

Después de dos campañas agresivas, Escipión se mostró mucho menos activo el 207. Parece ser que una columna romana cosechó un éxito cuando sorprendió a Hannón, el oficial púnico enviado para sustituir a Asdrúbal Barca, mientras se encontraba reclutando soldados entre los celtíberos. Los cartagineses estaban aún tan preocupados por mantener

el control sobre las tribus españolas como por derrotar a los romanos. Cuando Asdrúbal Gisgo hizo una demostración de fuerza en la Bética, situada en la parte más meridional de España alrededor de Gades, Escipión concentró sus fuerzas y avanzó contra él. Asdrúbal dispersó a sus hombres para poner guarniciones en las ciudades de la región y rechazó verse obligado a aceptar una batalla en campo abierto. Lo mismo que en campañas anteriores, cuando Escipión había penetrado en territorio ocupado por los púnicos, no podría permitirse permanecer allí durante mucho tiempo, pues los víveres se convertirían en un problema y el número de enemigos aumentaría rápidamente y finalmente le superarían. Envió a su hermano Lucio, con la categoría de *legatus* suyo, a que ocupara la localidad de Orongis para asegurarse de que los romanos consiguieran una victoria simbólica, antes de marchar hacia el norte y volver a los cuarteles de invierno en Tarraco y en sus alrededores.[16]



MAPA 14. *Batalla de Ilipa, 206 a.C.*

Al año siguiente, los cartagineses decidieron realizar un esfuerzo importante y reunieron un enorme ejército con el cual poder superar al joven e intrépido comandante romano. Polibio nos dice que Asdrúbal Gisgo dirigió a setenta mil hombres de a pie y a cuatro mil de caballería, apoyados por treinta y dos elefantes, aunque Livio afirma que solamente

eran cincuenta mil infantes y cuatro mil quinientos de a caballo. Acampó cerca de un pueblo llamado Ilipa, situando su campamento en un terreno elevado fácil de defender, con una llanura abierta ante él. Seguramente se hallaba en la región de la actual Sevilla, cerca de Alcalá del Río. Era un claro mensaje enviado a los romanos de que esta vez Asdrúbal estaba preparado y deseoso de luchar. Cuando Escipión convocó a los diferentes destacamentos de su ejército reunió alrededor de cuarenta y cinco mil hombres de infantería y a tres mil jinetes. Solamente algo más de la mitad eran romanos o italianos, las dos legiones y las dos *alae* que componían el ejército consular de tamaño estándar que parece que conservaba desde el 210. El resto eran tropas aliadas, muchas de ellas recientemente reclutadas de entre los nuevos aliados de Roma de las tribus españolas, guerreros parecidos a aquellos cuya retirada había precipitado el desastre que sufrieron su padre y su tío. Incluso contando con todos esos hombres adicionales, Escipión tenía como mucho aproximadamente los mismos soldados que el enemigo y es posible que éste le superara significativamente en número. A pesar de ello, ansioso como estaba por disputar una acción decisiva que se le había esfumado el año anterior, avanzó para enfrentarse a Asdrúbal.[17]

Cuando el ejército romano levantó el campamento en una línea de suaves colinas encarando al enemigo, Magón dirigió a la caballería púnica en un ataque sorpresa, esperando cogerles desprevenidos. Esa escaramuza mostró otra prueba de la cuidadosa preparación que subyacía a la manifiesta audacia de las operaciones de Escipión. Además de la tradicional avanzadilla dispuesta para cubrir la construcción del campamento, había ocultado una unidad de caballería detrás de una de las colinas. Cuando la caballería púnica, dirigida por

el númida Masinisa, avanzó sobre las avanzadillas y la columna principal que marchaba aún hacia el lugar del campamento, la caballería romana cargó de manera inesperada contra su flanco, creando una gran confusión. Se perdió así el primer impulso de la carga púnica, y hubo tiempo para reforzar la avanzadilla mediante unidades específicamente situadas en orden de batalla y también con algunos hombres procedentes de la construcción del campamento. La caballería cartaginesa fue rechazada lentamente, hasta que su retirada se convirtió en huida provocada por el pánico, y fueron perseguidos hasta sus propias líneas sufriendo algunas pérdidas.[18]

Este éxito levantó la moral del ejército romano. En los días siguientes, ambos ejércitos se desplegaron presentando batalla en la llanura situada entre sus campamentos, pero ninguno avanzó lo suficiente como para obligar al otro a entrar en combate, contentándose, sin embargo, con escaramuzas esporádicas entre la caballería y las tropas ligeras. Se consideraba que el éxito en estas luchas menores y combates singulares eran un buen indicativo del coraje relativo y de la destreza de cada bando. Ninguna de las partes salía a formar demasiado pronto al despuntar el día, señal inconfundible de la falta de deseo para trabar combate de inmediato. Los cartagineses se avanzaban primero cada día, y el hecho de que Escipión diera la orden a su propia columna para salir de las puertas del campamento y formar sólo parecía una respuesta aparente. Asdrúbal situó a su mejor infantería, a los libios, en el centro, colocó a los guerreros españoles en los flancos y puso a la caballería y a los elefantes en las alas. La formación de Escipión era igualmente convencional, con las legiones romanas en el centro, las *alae* en sus flancos y la infantería española a la izquierda y la derecha, con la caballería en

los flancos. Ninguna de las partes contaba con una gran superioridad en la caballería y, como era normal en España, ésta suponía una menor proporción sobre el total del ejército de lo que era común en cualquier otro lugar, sobre todo en el ejército de Aníbal. Esta batalla, al igual que muchas otras de España, la decidiría fundamentalmente la infantería en orden cerrado.

Escipión decidió una vez más confundir al adversario. Sus soldados recibieron órdenes de comer pronto y de estar preparados en orden de batalla al amanecer del día siguiente. Después de convocar a los tribunos en su *consilium* despachó nuevas órdenes, alterando el orden de batalla del ejército. Probablemente fuera entonces cuando explicó la complicada maniobra planeada para el día siguiente. Durante, o incluso antes, de la luz del alba, hizo salir a la caballería romana y a los *velites* con orden de acercarse al campamento enemigo cuanto fuera posible. Detrás de ellos, el resto del ejército salió formado en columnas, que giraron hasta formar una línea de combate, con los españoles en el centro y los romanos y los italianos en los flancos. Empujaron con gran rapidez a las avanzadillas hacia el interior del campamento, y Asdrúbal respondió ordenando primero a su propia caballería y a las tropas ligeras y, luego, a todo el ejército al completo que salieran y se desplegaran. Los soldados cartagineses lo hicieron así antes de que tuvieran la oportunidad de tomar el desayuno y en el mismo orden que en los días previos. Sólo fue después de haber hecho retroceder a las tropas ligeras romanas y de formar su línea de combate en el terreno situado bajo el campamento cuando Asdrúbal advirtió que Escipión había cambiado el despliegue, y en aquel momento ya era demasiado tarde para modificar las órdenes a sus propias tropas. Las dos formaciones se estuvieron obser-

vando a media milla de distancia, o un poco más, durante mucho tiempo —quizás durante horas—, mientras sus respectivas tropas ligeras continuaban enzarzados en una escaramuza, retirándose de manera periódica a través de los espacios vacíos que dejaban entre sí las tropas formadas, para reunirse antes de regresar de nuevo a su combate a gran escala.

A continuación, Escipión reunió nuevamente a los *velites* y los situó en formación en las alas del ejército, antes de comenzar un avance general. A las tropas españolas del centro se les había ordenado que avanzaran lentamente y no está claro quién detentaba el mando. Las alas estaban compuestas por la caballería y por las legiones y las *alae* latinas, y el propio Escipión dirigía el ala derecha. La izquierda la comandaban Marco Junio Silano y Lucio Marcio, el miembro del orden ecuestre que había salvado la situación el 211 y a quien Escipión había tratado con grandes honores. Después de haber desplegado inicialmente a sus hombres en la usual *triplex acies* encarando al enemigo, Escipión les ordenó que giraran hacia la derecha, con lo que en ese momento formaron tres columnas paralelas a la línea de combate del enemigo. El ala izquierda giró hacia la izquierda para reflejar como en un espejo el cambio de formación. Los comandantes romanos hicieron rodar entonces la cabeza de sus columnas encarándolas al enemigo y avanzaron en columna directamente hacia él. Una columna estrecha en el frente tenía la posibilidad de moverse siempre más rápido que una formación compacta, ya que se topa con menos obstáculos y sus oficiales no necesitan detenerse y volver a formar sus unidades a intervalos regulares, por lo que, más adelante, pudieron superar a los aliados españoles. Cuando estuvieron más cerca del enemigo, las alas romanas giraron de nuevo noventa grados y mar-

charon para formar la *triplex acies* encarando al adversario una vez más. Las tropas romanas se encontraban ahora muy cerca de la primera línea de la infantería española de Asdrúbal, tanto que los *velites* y la caballería podían flanquear la posición del enemigo. La maniobra de Escipión era una variante del método normal romano del despliegue de un ejército, pero nunca antes había estado ejecutado tan cerca y ante la mirada de un enemigo formado. Sólo lo hizo posible la excepcionalmente elevada disciplina y preparación de su ejército.

El ejército cartaginés había estado mirando, hipnotizado, cómo las columnas romanas avanzaban arrogantemente directas hacia él. Asdrúbal no hizo nada. Una cosa era que los romanos ejecutaran una maniobra cuidadosamente planeada y preparada, y otra mucho más difícil que, sin reflexionar, pudiera dar órdenes, enviando a algunos de su primera línea de combate a que se enfrentaran a ellos. Si hubiera mandado adelantarse a los libios de la infantería para flanquear las alas romanas, al mismo tiempo hubiera expuesto sus propios flancos a los españoles que formaban el centro romano. Al intentar cambiar sus unidades para encarar una dirección distinta se arriesgaba a dividir el ejército en mil pedazos, confundiendo a su línea de combate sin conseguir nada positivo. En cualquier caso, la maniobra romana no debía haber llevado demasiado tiempo, quizás menos de una hora, reduciendo de esta manera el tiempo de respuesta púnico.

Las alas romanas atacaron con gran entusiasmo, los *velites* lanzaran armas arrojadizas a los elefantes, provocando la estampida de muchos de ellos. Las legiones y las *alae* cargaron contra la infantería española, con quienes chocaron con gran determinación. En el centro, la flor y nata del ejército púnico permaneció sin implicarse durante algún tiempo, como ob-

servadores pasivos de la lucha, hasta que los aliados españoles de los romanos se lanzaron finalmente a una lucha cuerpo a cuerpo. En las alas, los romanos empezaron a abrirse camino de manera gradual. Polibio menciona que el hambre fue debilitando la resistencia de los guerreros españoles cuando la lucha continuaba aún mediado el día, mientras es posible que el sistema romano de unidades múltiples les permitiera inyectar renovado ímpetu en la primera unidad de combate. Asdrúbal se movía cabalgando por el frente de batalla animando a sus hombres a que avanzaran, y es de suponer que los oficiales romanos hacían lo mismo en el otro lado. En un primer momento los españoles y, después, todo el ejército púnico al completo, fueron retrocediendo paso a paso, haciendo frente todavía al enemigo. Entonces, la presión fue aumentando en exceso y, cuando los romanos se lanzaron hacia adelante, los adversarios se hundieron y huyeron. Por un momento pareció que se reorganizaban en la base de la colina enfrente de su campamento, pero cuando los romanos reiniciaron la lucha, comenzó de nuevo la desbandada. Nuestras fuentes nos dicen que a los romanos sólo les impidió arrasar el campamento enemigo un repentino diluvio torrencial que provocó el final de la batalla.[19]

Nuestras fuentes no nos proporcionan cifras de las bajas acaecidas en Ilipa. Lo mismo que muchos otros aspectos de la guerra, los detalles de la maniobra que efectuaron los romanos han sido debatidos de manera incansable por los estudiosos. Todos están de acuerdo en reconocer que demostró un nivel mucho más elevado de disciplina colectiva que el que hubiera tenido cualquier otro de los ejércitos de Roma durante los primeros años de guerra. A veces se han hecho intentos por comparar esta batalla con Cannas, midiendo la habilidad táctica de Escipión contrastándola con la maestría

de Aníbal. No deja de ser un error, ya que fueron batallas muy diferentes libradas en circunstancias muy distintas. Lo que había demostrado el general romano era su capacidad de manipulación de los rituales de una batalla formal en beneficio propio, con sus días de demoras, sus escaramuzas previas y los correspondientes despliegues para ganar confianza. Había decidido cómo y cuándo se iba a librar la batalla, sorprendiendo y confundiendo al adversario. En cierto sentido, había demostrado la misma superioridad sobre Asdrúbal que la que Aníbal había puesto de manifiesto sobre los mandos romanos en 218-216.[20]

Después de pasar una noche desastrosa bajo una lluvia inmisericorde, Asdrúbal se encontró al día siguiente con que los contingentes españoles le estaban abandonando. Al advertir que no contaba con ninguna posibilidad de continuar la lucha ordenó la retirada. Era siempre difícil librarse de un combate cuerpo a cuerpo contra el enemigo, y los romanos, exaltados por su éxito, les persiguieron con gran entusiasmo. Asdrúbal y Masinisa consiguieron seguir su camino hasta la costa y tomar un barco en dirección al norte de África, mientras Magón huía hacia Gades. Abandonado por sus líderes, el ejército púnico de España se disolvió, al tiempo que las tribus españolas se reunieron a fin de comprometerse a una alianza con Escipión. Los romanos se dividieron para organizar una serie de expediciones punitivas contra aquellos caudillos que no se sometían con la suficiente rapidez. Algunas de estas luchas fueron muy sangrientas, hasta llegar a decirse que la población de una ciudad llegó a asesinar a sus familias y a suicidarse en masa antes que rendirse. Magón descubrió, y reprimió, una conspiración de algunos desertores de

Gades que querían entregar la ciudad a los romanos, lo que no era más que una señal evidente del hundimiento del poder cartaginés en la Península.[21]

Más o menos por esta época, Escipión cayó enfermo de gravedad y rápidamente se extendió el rumor de su muerte entre las tribus. Indíbil, el poderoso caudillo de los ilergetes, vio aquí una oportunidad para la rebelión, lanzó un llamamiento y reunió a numerosos guerreros íberos y celtíberos, dirigiéndolos en ataques sorpresa contra los aliados de Roma. Quizás se trataba de una señal del temor que se tenía a que los romanos que, en ese momento eran la potencia dominante en España, se volvieran tan represores como los cartagineses. O, más probablemente, un simple recordatorio de que la lealtad de las tribus españolas se centraba más en los líderes personales que en los Estados extranjeros. De manera simultáne, se amotinó una fuerza de ocho mil soldados romanos que estaban de guarnición en la ciudad de Sucro, quejándose de que les debían la paga desde bastante tiempo atrás y que deseaban volver a hacer campaña con la promesa de botín o regresar a casa y que les licenciaran. Algunos de los soldados que estaban en España llevaban allí más de una década, y muchos la mitad de ese tiempo, y de ahí el deseo de que les licenciaran ahora que la guerra parecía ganada. De hecho, otros elegirían más tarde permanecer en España, estableciéndose en la nueva colonia de Itálica. No obstante, la mayoría de los amotinamientos militares que se han dado a lo largo de la historia han ocurrido cuando las tropas estaban inactivas, y, a menudo, han tenido causas muy complejas. Los cabecillas del motín fueron ejecutados, al tiempo que a los demás se les satisfacía la paga, se les sujetaba de nuevo a una férrea disciplina y se les obligaba a renovar su juramento ante un comandante que en ese momento se hallaba

ya recuperado de su enfermedad. Entonces, Escipión dirigió el grueso de su ejército a luchar contra Indíbil, derrotándole en un encuentro en el que, una vez más, sus tropas mostraron gran capacidad de maniobra y el comandante su habilidad para dictar cómo debía librarse la batalla. Quizás era debido a sus numerosos años de lucha a favor o en contra de los cartagineses, o porque formara parte de su propia cultura militar, pero parecía como si los españoles esperaran que las batallas se disputaran a la manera formal de Roma, Cartago o el mundo helenístico. Sin embargo, esos luchadores verdaderamente individualistas eran difíciles de controlar por cualquier jefe y los movimientos de su ejército en extremo inesperados. La revuelta fue aplastada, pero Indíbil huyó, aunque fue muerto cuando volvió a rebelarse una vez más después de que Escipión hubiera dejado finalmente la provincia.[22]

Es posible que las esperanzas de Magón se reiniciaran al ver los problemas que sufrían los romanos. Pronto se le ordenó que preparara su expedición italiana, pero no sin antes abandonar a su suerte a la población de Gades. La ciudad se rindió poco después de su partida y con ella se dieron por finalizados varios cientos de años de presencia cartaginesa en España. Escipión regresó a Italia para presentar su informe, siendo saludado por el Senado que le recibió reunido a las afueras de Roma, aunque, como nunca había obtenido una magistratura se le denegó el triunfo. Su fama era tal que se aseguró fácilmente la elección al consulado el 205, a pesar de que no alcanzaba la edad mínima exigible. Las hazañas de Escipión eran indudablemente espectaculares. Marcio y Nerón habían contribuido a evitar la expulsión total de los romanos de España, pero, cuando Escipión llegó allí el 210, el equilibrio de poderes se decantaba por entero a favor de Car-

tago. En tan sólo cuatro campañas, aquel joven comandante, que todavía no había sido puesto a prueba, había dado la vuelta totalmente a la situación y expulsado de la Península al enemigo. Obtuvo ese éxito con muy escasos recursos, mucho menores de los que estaban a disposición de sus adversarios. Las condiciones habían cambiado a favor de Roma, en particular el resentimiento cada vez más amplio entre las tribus contra el dominio púnico, cada vez más riguroso, pero el factor principal de ese éxito fue la propia capacidad de Escipión. Combinó la tradicional agresividad de los mandos romanos con una preparación, una planificación y un adiestramiento cuidadosos. Era una combinación que, cuando se consiguió el medio de mantener permanentemente a los ejércitos romanos a un elevado nivel de capacidad y de eficiencia, haría que, andando el tiempo, Roma se convirtiera en la potencia militar dominante durante la mayor parte de los cinco siglos siguientes.

Poco después de marchar Escipión comenzaron a aparecer revueltas en España, demostrando una vez más la particular naturaleza de la lealtad de los caudillos y las tribus; pero aquél tenía ya la vista puesta mucho más allá. Incluso cuando aún se encontraba en España había comenzado a pensar en una campaña que golpease directamente en el corazón púnico de África. Hizo varios intentos por alcanzar alianzas con los príncipes númidas, enviando hombres a negociar con Masinisa intentando atraerle para que se uniera a Roma. Reinició los contactos que su padre y su tío habían mantenido con el rey Syphax, llegando incluso a cruzar el estrecho de Gibraltar para visitarle en su reino. No dejó de ser un situación extraña el momento en que Escipión y Asdrúbal Gisgo, junto con sus respectivos oficiales, tomaron asiento como invitados a la mesa real sólo unos meses después de Ilipa. Fi-

nalmente, las negociaciones con Syphax fracasaron pero, en Masinisa, Escipión ganó un aliado importante, un hecho que afectaría en gran medida al resultado de la invasión romana en África. De esto es de lo que trataremos a continuación.[23]

Capítulo 12
ÁFRICA

Escipión dejó bien claro que, en tanto que cónsul, deseaba ser enviado a África con una fuerza de invasión, afirmando que, si se le permitía hacerlo, ganaría la guerra. La idea no era enteramente nueva, puesto que Sempronio Longo había sido comisionado para preparar una expedición de esa clase el 218 antes de que se le hiciese regresar, pero la confianza de los romanos en ese primer año de guerra había quedado destrozada para una larga temporada por Aníbal. Finalmente, el Senado decidió que las provincias consulares para el 205 serían la Italia meridional y Sicilia, y era casi seguro que Escipión seguiría su propio camino. El otro cónsul, Publio Licinio Craso, era también *pontifex maximus*, el sacerdote más importante de Roma y, por razones religiosas, estaba obligado a permanecer en territorio italiano, asegurándose así que sería él quien iría a Brutium para enfrentarse a Aníbal, mientras Escipión marchaba a Sicilia. En esta isla la guerra había acabado hacía ya cinco años y, por tanto, se encontraba situada en una posición ideal para servir como base de una invasión del territorio patrio cartaginés. Ya desde el mismo comienzo hubo una intensa oposición en el Senado tanto a la idea de enviar un ejército a África como al hecho de que se nombrara a Escipión su comandante en jefe. A partir de ese momento comenzaron a circular rumores de que el joven cónsul deseaba utilizar métodos radicales para llevar a cabo su proyecto, pensando en convencer a un tribuno para que se aprobara una ley en la Asamblea Popular concediéndole África como provincia si los senadores se la negaban. Aunque técnicamente legal, una disposición de esa clase no tendría precedente alguno, amenazando la estabilidad de un sis-

tema político que confiaba fundamentalmente en la convención y que iba a comenzar a descomponerse siguiendo ese camino menos de un siglo más tarde.[1]

El principal oponente de Escipión era Fabio Máximo, demasiado anciano en ese momento para servir él mismo en el campo de batalla y ya a punto de llegar al final de su larga vida. Nuestras fuentes muestran a Fabio obsesionado todavía por evitar cualquier riesgo militar y quizás algo celoso del nuevo héroe de Roma, pero los argumentos que se le atribuyen eran suficientemente razonables. Aníbal se encontraba aún en Brutium, donde seguía todavía sin haber sido derrotado en una batalla seria después de más de una docena de campañas sobre suelo italiano. Es posible que los romanos supieran ya que Magón Barca planeaba unírsele, reviviendo quizás los temores que habían aparecido en 208 cuando Asdrúbal estaba dispuesto a cruzar los Alpes. La amenaza directa a Italia era aún muy real. Fabio era lo suficientemente mayor como para recordar cómo la derrota de Régulo en 255 había hecho revivir el desanimado esfuerzo bélico cartaginés, prolongando durante más de una década una guerra que parecían tener ganada, y poniendo a Roma casi al límite de su resistencia. Desembarcar un ejército en la otra ribera del Mediterráneo y, a continuación, aprovisionarlo, eran dos tareas difíciles en sí mismas, todo ello al margen de tener que hacer frente a un enemigo que luchaba en su propio terreno y, por tanto, inevitablemente superior en número. Fabio quizás creía que las campañas españolas de Escipión no le habían preparado para llevar a cabo una empresa de esa magnitud.

Al final se alcanzó un compromiso que favorecía a Escipión. Se le entregó Sicilia como provincia acompañado por un permiso para cruzar a África si consideraba que era en

interés de Roma. Nuestras fuentes afirman que sus opositores trataron todavía de restringirle las acciones evitando que reclutase un nuevo ejército, aunque en ocasiones se ha puesto en duda tal afirmación. La guarnición de Sicilia era suficientemente numerosa como para proporcionar una fuerza de invasión y, además, la popularidad de Escipión era tal que los voluntarios llegaban en tropel para unírsele: se presentaron siete mil hombres, incluida una cohorte de seiscientos miembros procedentes de la ciudad de Camerinum, al tiempo que otras comunidades les proveían de víveres y de equipo. Etruria se mostró especialmente entusiasmada, quizás para demostrar así su lealtad que había quedado bajo sospecha a comienzos de la guerra. Se desconoce cuál era el tamaño del ejército que se trasladó a África. Livio menciona tres totales diferentes extraídos de fuentes innominadas, que van desde diez mil soldados de infantería y dos mil doscientos de caballería, pasando por dieciséis mil soldados de a pie y mil seiscientos de a caballo, hasta hablar de un máximo de treinta y cinco mil hombres reunidas ambas armas. El núcleo del ejército lo componían las dos legiones de Cannas, que ahora habían sido bautizadas como Quinta y Sexta. Escipión había eliminado de esas unidades a los viejos y a los incapaces, y los sustituyó por sus voluntarios, para crear así dos unidades excepcionalmente fuertes de seis mil doscientos infantes y trescientos jinetes. No tenemos registro alguno de legiones tan numerosas como éstas en el siglo III a.C. y, como resultado, se han puesto en duda las cifras de Livio, pero eso sería como negar la flexibilidad esencial del sistema militar romano. Era normal incrementar el tamaño de las legiones cuando se enfrentaban a un enemigo especialmente peligroso, y el ejército de Escipión estaba a punto de ejecutar una difícil operación, por lo que no hay ninguna buena razón para re-

chazar esa cifra. Es probable que las legiones recibieran el apoyo de las dos *alae* habituales, proporcionándole a Escipión un ejército consular estándar. Si suponemos que los aliados eran aproximadamente un número parecido al de las tropas de ciudadanos, entonces eso querría decir que el número total de soldados combatientes del ejército estaría alrededor de los veinticinco mil o treinta mil hombres, a quienes debemos añadir los servidores y quienes les seguían en los campamentos. Es dudoso que los jinetes supusieran un número superior a uno de cada diez soldados y la proporción quizás fuera aún inferior, dada la dificultad de transportar caballos por mar. Si esta estimación se ajusta bastante a la realidad, y debemos seguir manteniéndola en el campo de la conjetura, entonces se trataría de uno de los mayores ejércitos transportados por mar hasta una tierra hostil en toda la historia de las guerras.[2]

Escipión marchó a Sicilia el 205, pero, en realidad, no acometió la empresa de la invasión hasta el año siguiente. Se reunió una escuadra de treinta buques de guerra procedentes de la guarnición siciliana a los que enviaron en una expedición de saqueo contra la costa norte de África. A su cargo se encontraba Gayo Lelio, actuando una vez más como principal *legatus* de Escipión. Aquella incursión provocó en Cartago una enorme alarma, antes de que advirtieran que solamente se trataba de una penetración a pequeña escala. También le permitió a Lelio entrar en contacto con Masinisa, que se encontraba muy ocupado inmerso en una guerra civil para conseguir el control del reino de su difunto padre, y que se quejó por el retraso de la invasión romana. No solamente eran los coetáneos quienes esperaban que la invasión tuviera lugar el año 205, sino que también algunos historiadores se han preguntado el por qué de la demora de Escipión. Eso

significaría malinterpretar la escala de la invasión planeada y los preparativos requeridos, que era imposible completarlos en unos pocos meses. Era preciso reunir una numerosa flota, en especial de barcos de transporte, y suministrarle las correspondientes tripulaciones. Se encontraron con una dificultad al advertir que las galeras que había traído Escipión a la isla estaban fabricadas con una madera incorrectamente preparada, lo que implicaba vararlas en la playa para hacerles un mantenimiento intensivo. El perenne problema de los suministros suponía una dificultad especial en un ejército que planeaba operar tan lejos de sus bases. Hubiera sido difícil alimentar a un ejército de tales dimensiones sólo mediante acciones de forrajeo, sobre todo durante los meses de invierno, y la necesidad de hacerlo habría impuesto serias limitaciones a la libertad de acción de Escipión en África. En lugar de ello, durante los dos años que duraría la campaña de África, toda la enorme cantidad de víveres consumidos por el ejército romano la transportaron por mar desde Sicilia o Italia. Las propias tropas tenían que ser preparadas para un nuevo tipo de campaña. Las legiones de Cannas habían estado en armas de manera continua más tiempo que cualquier otra unidad del ejército romano, pero durante la última década habían luchado en Sicilia, donde las batallas a campo abierto eran excepcionalmente raras y la mayor parte de los combates consistían en incursiones y asedios. Además, un buen número de los hombres que se encontraban en sus filas, quizás tantos como un 50 por ciento, eran levas recientes procedentes de los voluntarios de Escipión. Se requería un programa de entrenamiento intensivo para integrar a los nuevos reclutas y elevar el estándar de instrucción y disciplina al mismo nivel que había permitido a las legiones de España llevar a cabo las complejas maniobras en los campos de

batalla de Baecula e Ilipa. Escipión dedicó alrededor de un año a prepararse para la invasión, un tiempo absolutamente normal en una expedición de esa índole en el mundo antiguo. Era, de nuevo, una señal de su cuidadoso planteamiento y de su preparación que subyacían siempre a sus intrépidas operaciones. Según Livio, el general sabía que desembarcar un ejército en África no era nada difícil. El problema estaba en ser capaz de mantenerse allá y de derrotar las fuertes defensas que se concentrarían para oponérsele. La actitud de Escipión tenía sentido desde el punto de vista militar, pero estaba convencido de que su mando debería ampliarse, al menos, durante otro año y probablemente por más tiempo. Parece ser que estaba confiado porque sus amigos y seguidores del Senado eran numerosos y suficientemente influyentes como para asegurar que eso ocurriera, o quizás se había dado cuenta de que todo el Estado creía que era el hombre idóneo para realizar ese trabajo. Durante los meses que estuvo en Sicilia estalló un escándalo que estuvo a punto de echar por tierra todo el montaje.[3]

A finales de la campaña del 205, un grupo de prisioneros locrios se ofreció a entregar la ciudadela de la ciudad a los romanos, actuando a traición. Escipión se puso contentísimo ante la oportunidad que se le presentaba de impedir que Aníbal utilizase una de las pocas ciudades que todavía le eran leales y dio órdenes a tres mil hombres, mandados por los tribunos Marco Sergio y Publio Matieno, para que se trasladaran de Rhegium a Locri. Se designó a uno de sus *legati*, Quinto Pleminio (al que Livio atribuye el cargo de propretor, quizás de manera anacrónica), para que tomara parte en las operaciones, y parece ser que asumió el mando absoluto. Aunque no todos los aspectos del plan marcharían como la seda, finalmente los romanos alcanzaron el éxito y la

guarnición púnica se retiró de la ciudad para reunirse con Aníbal. La ocupación cartaginesa de la ciudad había sido especialmente represora, pero tanto Pleminio como su guarnición demostraron rápidamente ser aún peores. Se saquearon casas y templos, incluido un famoso altar dedicado a Perséfone, asaltaron a los ciudadanos y violaron a sus esposas e hijas. La guerra en el sudoeste de Italia había consistido durante mucho tiempo en la ejecución de brutales incursiones de saqueo por parte de ambos bandos y las tropas de la zona habían ido degenerado hasta convertirse en poco más que en meros bandidos. La guarnición, dividida entre los soldados de los tribunos y los de Pleminio, formaba dos bandas rivales. Una disputa sobre cómo realizar el reparto del botín se convirtió en una batalla abierta que ganaron los hombres de los tribunos. Como castigo, Pleminio ordenó que se flagelara a los tribunos, pena extremadamente dura para hombres de su rango y, como represalia, fue atacado por los encolerizados soldados, que le golpearon en la cabeza y le dejaron inconsciente. Cuando le pusieron al corriente de los disturbios, Escipión se embarcó hacia la ciudad donde apoyó a su *legatus*. Arrestó a los tribunos y los cargó de cadenas para enviarlos a Roma con objeto de ser juzgados. Entonces, el cónsul regresó a Sicilia, dejando a Pleminio a cargo de la ciudad. Molesto por lo que él consideraba un trato indulgente hacia los tribunos, el *legatus* los torturó y luego los ejecutó, repitiendo el procedimiento con cualquier otro de los líderes de la ciudad que se atrevieron a oponérsele.[4]

Finalmente, los locrios consiguieron enviar diez embajadores a Roma, a principios del 204, donde informaron de los malos tratos que padecían. Las noticias causaron un gran alboroto y suministraron una valiosa munición a aquellos senadores que estaban en contra de Escipión, aunque afortu-

nadamente para él esto ocurrió después de que se hubieran asignado las provincias para ese año y que su mando se ampliara ya como procónsul. Los emisarios locrios dieron la noticia de que la queja se la habían presentado a Escipión en Sicilia, pero que se encontraba tan preocupado con los preparativos finales para la invasión y tan bien predispuesto hacia Pleminio que no habían recibido respuesta alguna. Fabio Máximo volvió a ser el personaje clave en su condena a Escipión, acusándole de no saber aplicar una disciplina adecuada a sus soldados, que también se habían amotinado en España. Circularon otros muchos rumores sobre el comportamiento del joven general, afirmándose que él y su camarilla estaban pensando vestirse a la manera griega y en vivir con las comodidades de los aristócratas helenísticos en el gimnasio de Siracusa, mientras que nadie se preocupaba por el ejército y la marina. Marco Porcio Catón, cuestor de Escipión, era uno de los miembros del orden ecuestre que contaba con un gran pasado militar y que había ido a engrosar las filas del Senado para sustituir las bajas de los primeros años de guerra. Más tarde se ganaría una excelente reputación como personificación rigurosa de las virtudes tradicionales romanas, que se hallaban cada vez más amenazadas por la influencia corrupta de la cultura griega. Durante todos esos meses, Catón aportó un rico repertorio de historias cuya finalidad era la de desacreditar a su comandante. A pesar de todo, Fabio no pudo apartar a Escipión de su cargo. No obstante, existía un consenso general a favor del duro trato que Fabio mostraba para con Pleminio, a quien arrestó y llevó a Roma para ser juzgado acusado de delitos capitales, aunque Livio registra varios relatos sobre este hecho concreto. Enfrentado a este serio problema, el Senado lo resolvió a la auténtica manera romana, enviando una comisión de diez hombres a Sicilia para

juzgar la responsabilidad que debía asumir Escipión en estos últimos delitos. Al consejo se le mostraron durante varios días una serie de duras maniobras en las que el ejército y la flota demostraron el fruto de sus meses de preparación. Plenamente satisfechos de éstas y de otras señales evidentes de los preparativos para la inminente invasión, los comisionados confirmaron al procónsul en el mando y regresaron a Roma. Es imposible saber hasta qué punto este grupo de hombres era imparcial, pero no existe ninguna evidencia de que la mayoría fuesen personas próximas a Escipión o a su familia. Su único error había consistido en tener demasiada confianza en su propio subordinado y en no investigar de manera adecuada los problemas de Locri durante su breve visita.[5]

La invasión, 204-203 a.C.

Al principio de la campaña del 204, la flota romana de invasión partió de Sicilia, acompañada la marcha por un importante ceremonial. Se realizó el sacrificio tradicional, y el mismo Escipión arrojó al mar las vísceras del animal muerto. En conjunto, había alrededor de unos cuatrocientos navíos de transporte escoltados por tan sólo cuarenta barcos de guerra. Además de los hombres y de los animales también había agua fresca y comida para cuarenta y cinco días, con la ración de quince días ya precocinada —probablemente el grano ya convertido en pan o en galleta dura— y dispuesta para ser consumida. La flota navegó unida, encendiendo las luces que colgaban de las proas para permitirles mantener la situación durante la noche; cada galera llevaba una, los transportes dos y el buque insignia tres. Los barcos de guerra estaban divididos en dos escuadras, los de la izquierda de los transportes al mando de Lelio y de Catón, y los situados a la derecha comandados por Escipión y su hermano Lucio.

El hecho de que la escolta fuese tan poco numerosa hace creer que los romanos no esperaban encontrarse una fuerte oposición por parte de la marina púnica, cuya actuación en esta guerra había sido más bien triste hasta ese momento. Por otra parte, Escipión no debía contar con suficientes remeros preparados como para poder tripular más galeras y se vio obligado a apostar por no encontrarse con ninguna flota enemiga; ganó la apuesta, pues los romanos divisaron la costa africana sin dificultad alguna al segundo día después de haber partido de Sicilia.[6]

Livio afirma que los romanos habían planeado inicialmente desembarcar bastante al este de Cartago, cerca de una de las comunidades de comerciantes conocida como Emporia, pero que, después de avistar el cabo Bon, los pilotos pusieron proa al oeste e hicieron recalada al tercer día en el promontorio conocido como el «del más Perfecto» (o dios), en la actualidad el cabo Farina o Ras Sidi Ali el Mekki. Es difícil saber qué pensar de tal relato, en particular porque carecemos de la narración de Polibio sobre este punto, pero parece cierto que, en realidad, los romanos desembarcaron en el cabo Farina, no muy lejos de la ciudad de Útica. Su llegada desató una huida en masa por parte de los habitantes de aquellas aldeas, que corrieron con su ganado hacia las ciudades, y, en particular, hacia la propia Cartago. Escipión demostró la misma capacidad para desplegar avanzadillas con el fin de proteger a su ejército, como había actuado antes de Ilipa, puesto que derrotó fácilmente a quinientos jinetes cartagineses que realizaban un reconocimiento. Murieron el comandante general, un tal Hannón, y el propio jefe de la caballería. A pesar del éxodo de la mayoría de la población, los ro-

manos consiguieron recoger un botín considerable y enviaron de regreso a Sicilia, en los barcos de transporte, a ocho mil presos.[7]

Poco después llegó Masinisa para unirse a los romanos. Su pueblo, el de los masulios, había tenido una serie de líderes durante las guerras civiles que siguieron a la muerte de Gala, padre de aquél. La política tribal númida era realmente compleja, ya que el trono no era hereditario, y de manera frecuente la disputa por conseguirlo iba acompañada de violencia. Todos los protagonistas buscaban ayuda en potencias externas, incluidos otros reyes númidas, como Syphax, en los cartagineses y, finalmente, en los romanos. El principal opositor a Masinisa, un tal Mazatulo, había desposado a la viuda de otro rey. Era nieta de Amílcar Barca, primogénita de la hija que éste había casado con Navaras, lo que da una idea de los estrechos vínculos que unían a la aristocracia púnica con las familias reales númidas. Masinisa había derrotado a este hombre, pero entonces intervino Syphax, temiendo que un poderoso rey de los masulios podía empezar a amenazar el poder de su propio pueblo, los masasulios. Aunque coqueteaba con la idea de llegar a sellar una alianza con Roma, Asdrúbal Gisgo convenció finalmente a Syphax de que se mantuviera leal a Cartago, quien le había entregado a su hija Sofonisba en matrimonio. Mujer notable en todos los aspectos, consiguió ganarse una gran influencia sobre el rey, que utilizó para favorecer a su padre y a su tierra natal. Syphax consiguió una victoria en la que Masinisa fue herido y la mayoría de su ejército dispersado, por lo que, en el momento en que se unió a Escipión, debía tener consigo sólo unos doscientos hombres, aunque Livio menciona también que otras fuentes hablan de dos mil.[8]

Los cartagineses enviaron otra fuerza de caballería para sondear las posiciones romanas. Iba dirigida por otro Hannón, de quien se dice que era hijo de Amílcar o de Asdrúbal Gisgo. Hannón avanzó hasta la ciudad de Salaeca, a unos veinticinco kilómetros del campamento romano, con unos cuatro mil hombres, la mayoría númidas recientemente reclutados, pero entre los que se incluía un contingente de ciudadanos cartagineses. Se cree que Escipión habló despectivamente de un comandante de caballería que mantenía a sus hombres en una ciudad durante los meses de verano cuando deberían estar activos. Ordenó a Masinisa que atacara y que atrajera al enemigo en una rápida persecución hasta una posición donde la caballería romana se encontraría escondida para efectuar una emboscada. Era el mismo tipo de táctica que había utilizado en el pasado la caballería númida contra los ejércitos romanos y se demostró igual de eficaz. Hannón cayó en la trampa y mataron o capturaron a mil de sus hombres en el encuentro inicial, y, de los restantes, dos mil en los cincuenta kilómetros que duró la persecución. La coincidencia de nombres entre los dos comandantes derrotados de la caballería púnica en distintas escaramuzas han llevado a la creencia de que, en realidad, se trató solamente de una única acción, que nuestras fuentes han confundido, pero incluso Livio fue consciente de esta posibilidad y él estaba convencido de que hubo dos encuentros distintos. Después de ese éxito, los romanos continuaron saqueando las tierras de los alrededores, enviando a Sicilia botín y prisioneros de regreso en los navíos que les traían suministros regularmente.[9]

En ese momento, Escipión comenzó su asedio a la propia Útica, esperando tomar la ciudad y utilizar su puerto como base. El ejército romano se estableció en un lugar que aún era conocido como *castra Cornelia*, o campamento de Corne-

lio (Escipión), en la época de Julio César, siglo y medio más tarde. Como de costumbre, cuando no cabía la posibilidad de tomar una ciudad mediante la astucia o la traición, el asedio avanzaba muy lentamente, continuando durante el invierno del 204-203. Observando el ejército romano a cierta distancia había otros dos, el de Asdrúbal Gisgo y el de Syphax, que finalmente, cuando estaba a punto de acabar el verano anterior, se había puesto en contra de los invasores. Tanto Polibio como Livio afirman que Asdrúbal contaba con treinta mil hombres de a pie y tres mil de a caballo, y Syphax cincuenta mil y diez mil respectivamente, aunque no parece nada probable, pues hubiera sido muy difícil alimentar a una concentración de tropas tan enorme a lo largo de todo el invierno. No obstante, es posible que los romanos fueran significativamente inferiores en número, y quizás en especial en la caballería, puesto que, tradicionalmente, los ejércitos púnicos incluían una gran proporción de ésta. Los dos ejércitos construyeron campamentos separados, a poco más de una milla de distancia entre sí y alrededor de unas siete u ocho del de los romanos. Sabiendo que tendrían que permanecer allí durante algún tiempo, los soldados púnicos habian levantado unas chozas de madera realmente sólidas, pero los númidas, siguiendo quizás un método nativo o, simplemente, porque los aliados no les habían dejado suficiente madera, utilizaron cañas. El campamento de Syphax estaba mucho menos organizado que el de Asdrúbal, llegando incluso muchos hombres a dormir fuera de las defensas.[10]

Durante el invierno, Escipión volvió a intentar una vez más ganarse a Syphax, esperando que en esos momentos ya se habría cansado de Sofonisba. El rey contestó ofreciéndose a actuar de intermediario entre Roma y Cartago, proponiendo una paz por la que los primeros abandonarían África y

Aníbal saldría de Italia. En las delegaciones que mantenían sus entrevistas en los campamento enemigos, Escipión incluyó centuriones disfrazados como esclavos, que se dedicaron a evaluar con sumo detalle la disposición de los campamentos y la naturaleza fácilmente combustible de las construcciones. A principios de la primavera del 203, Escipión se preparó abiertamente a continuar el asedio de Útica y anunció oficialmente a los soldados que pronto intentarían un ataque directo. Además hizo creer a Syphax que estaba dispuesto a aceptar las condiciones propuestas, hasta que, en el último minuto, anunció que su *consilium*, o consejo de oficiales, se oponía al tratado, por lo que necesitaría más tiempo para estudiarlo. Mientras tanto, preparó un ataque nocturno sobre los dos campamentos enemigos. Intentó estrechar el cerco alrededor de Útica más para evitar así que su guarnición pudiera efectuar una salida y amenazar a los romanos por la retaguardia que para acelerar la caída de la ciudad. El día elegido para el asalto, Escipión convocó al mediodía a sus tribunos y les informó sobre los detalles del ataque previsto. El toque de trompetas que se oía cada noche en el campamento romano, y que servía para señalar el final de las obligaciones del día y el principio de la vigilancia nocturna, iba a utilizarse en esta ocasión para dar la señal a las legiones de que salieran del campamento. Se había analizado escrupulosamente la información suministrada por los exploradores enviados para que reconocieran el terreno y por el conocimiento de la zona que tenía Masinisa, para establecer la ruta más adecuada a seguir por las columnas atacantes.

La mitad de la fuerza principal, apoyada por los númidas de Masinisa, marchó al mando de Lelio a atacar el campamento de Syphax, mientras que Escipión dirigía el resto contra Asdrúbal. Lelio iba a atacar primero, pero, antes de

que lo hiciera, Masinisa situó cuidadosamente un determinado número de hombres para cubrir todas las rutas de entrada y salida del campamento númida. Hecho eso, los romanos atacaron, incendiando las chozas construidas de manera tan tosca, que empezaron a arder con furia. Desconocedores de la existencia de cualquier amenaza enemiga y creyendo que el incendio era accidental, muchos de los númidas fueron abatidos mientras huían. El campamento púnico se llenó de confusión, y algunos de los mercenarios se lanzaron a ayudar a sus aliados para luchar contra el fuego. Inmediatamente a continuación, Escipión ordenó a sus hombres que atacaran, incendiando el campamento de madera cartaginés. De nuevo numerosos hombres fueron muertos mientras huían, o perecían entre las llamas que se propagaban rápidamente por aquellas chozas de madera tan próximas unas a otras. La sorpresa fue total y aquellos ataques devastadores culminados con éxito. Al final de la persecución del día siguiente, ambos ejércitos estaban desmoralizados y se dispersaron, afirmando Polibio que Asdrúbal nada más tenía consigo quinientos jinetes y dos mil infantes. Había fracasado por entero el intento de acabar con la presión sobre Útica y de cercar al ejército romano en la estrecha península que rodeaba a la ciudad.[11]

Polibio alabó la conducta demostrada en este ataque nocturno considerándolo una de las mayores hazañas conseguidas por Escipión. Un asalto durante la noche siempre era difícil, y especialmente complejo si se tenían que coordinar necesariamente los movimientos de varias columnas. La habilidad con la que los romanos ejecutaron esta operación nos proporciona un indicativo más de los cuidadosos preparativos que llevaba a cabo Escipión y de los elevados niveles de preparación de su ejército. Se había tenido sumo cuidado en

engañar al enemigo sobre las intenciones romanas por lo que respectaba a Útica, pero, finalmente, con aquel plan engañoso sólo se trataba de convencer a Syphax y a Asdrúbal de que Escipión deseaba sinceramente la paz. Aunque Polibio creía que el mensaje que Escipión envió al rey númida afirmando que sus oficiales se oponían al tratado dejaba claro que las negociaciones no estaban terminadas, y que, por ello, ambos bandos permanecían en estado de guerra, esto era legítimamente cuestionable según la habitual manera de actuar en aquella época.[12]

Después de la victoria, Escipión dividió sus fuerzas entre las que continuaban el asedio a Útica y las expediciones de saqueo con las que amenazaba al enemigo recientemente derrotado. El botín era tan abundante en el campamento romano que los mercaderes que habitualmente seguían al ejército pudieron realizar sus compras a unos precios sumamente bajos. El ejército había reunido también rebaños de ganado y algunos víveres, pero todavía seguían llegando grandes cantidades de grano por vía marítima desde Sicilia y también desde Cerdeña. Se levantaron enormes graneros en *castra Cornelia* para conservar las reservas de alimentos. Además, Livio menciona suministros de ropa como, por ejemplo, un conjunto de mil doscientas túnicas y otras mil doscientas togas, aunque con esto último quizás se refería a capotes militares.[13]

La batalla de las Grandes Llanuras, 203 a.C.

Las noticias del desastre provocaron la aparición de una nueva oleada de pánico en Cartago, pidiendo muchos el regreso de Aníbal y su ejército, mientras que otros llegaban incluso a sugerir que se firmara la paz con Roma. Sin embargo, en esta fase, la mayoría del Senado púnico, convocado por los sufetes, se encontraba todavía a favor de continuar la lu-

cha, por lo que ordenaron que se enviaran mensajes a Syphax, urgiéndole a que volviera a reunirse con Asdrúbal. El rey se encontraba en la ciudad de Abba, donde había empezado a reformar su ejército. Siguió leal a Cartago, impulsado por su mujer, pero animado también por la llegada con Asdrúbal de un contingente de guerreros celtíberos recientemente reclutados. En realidad eran cuatro mil, pero rumores propalados por los cartagineses hincharon las cifras hasta alcanzar los diez mil y hablaban en términos extravagantes de su ferocidad y su orgullo. La imparable capacidad de los cartagineses para reclutar mercenarios en España, a pesar de haberse visto expulsados del país, nos proporciona un interesante indicio del control mínimo que ejercían los romanos sobre la mayor parte de la península Ibérica. Syphax se reunió con Asdrúbal después de treinta días, y sus fuerzas combinadas, algo así como unos treinta mil hombres, acamparon en una posición dominante en una zona conocida como las Grandes Llanuras, probablemente el moderno Souk el Kremis.[14]

Tan pronto como Escipión recibió noticias de la nueva concentración de fuerzas decidió ponerse en marcha y enfrentarse a ellas. Dejando la flota y parte del ejército para que continuara el asedio a Útica, condujo al resto, alcanzando el límite de las Grandes Llanuras al quinto día. No está claro el número de la fuerza romana, pero probablemente fuera menor que la del ejército enemigo. Los romanos dejaron atrás su material más pesado, pensando claramente en realizar una campaña rápida. Escipión acampó a tan sólo cuatro millas de distancia de la posición enemiga y concedió un descanso a su ejército. Al día siguiente, los romanos avanzaron hasta la llanura y se desplegaron en orden de batalla a poco menos de una milla de distancia del ejército pú-

nico. Tuvo lugar la usual escaramuza entre la caballería y la infantería ligera, pero ninguno de los bandos quiso forzar una acción general durante ese día ni en los dos siguientes. Al cuarto día, parecía que los comandantes rivales habían decidido ambos entrar en combate y avanzaron tanto sus líneas que el choque fue inevitable. Asdrúbal formó su centro con las tropas en quienes más confiaba: los celtíberos. A su lado, a la derecha se encontraba la infantería que había podido salvar de su antiguo ejército, flanqueada por su caballería, y a la izquierda los númidas de Syphax. El despliegue romano fue similar, con las legiones en el centro, presumiblemente flanqueadas por las *alae*, la caballería romana e italiana en el flanco derecho y los númidas de Masinisa a la izquierda.

La batalla se decidió muy rápido cuando los númidas de Masinisa y la caballería italiana expulsaron a sus adversarios en la primera carga. Parece que la mayor parte de la infantería púnica y númida se puso también en fuga, probablemente presionada por las *alae* si, en realidad, éstas se hallaban presentes, dejando aislados a los celtíberos. Las tropas que huían conservaban en la memoria la reciente derrota contra esos mismos romanos que habían saqueado sus campamentos y, evidentemente, su moral no se había recuperado aún. Abandonados, los guerreros celtíberos continuaron luchando con gran intensidad contra las legiones romanas, llegando Livio a afirmar que su desconocimiento de África les impedía unirse a la fuga. Por lo que se refiere a su número, llegarían a igualar como mucho a los *hastati* de las dos legiones que, probablemente, formaban el centro de la línea de ataque de Escipión. Los romanos se habían desplegado en la usual *triplex acies*, pero en lugar de ir alimentando el combate con las unidades de retaguardia, las legiones pusieron en marcha otra de las maniobras que se estaban convirtiendo en la mar-

ca característica de los ejércitos de Escipión. Los *principes* y los *triarii* formaron en columna y salieron desde detrás de los *hastati*, girando para atacar a los celtíberos por ambos flancos. No queda claro si toda una unidad al completo se fue hacia la derecha y la otra hacia la izquierda, o si las legiones por separado se dividieron para que la mitad de los *principes* y los *triarii* avanzaran hacia cada flanco. Una vez rodeados, los guerreros españoles fueron destruidos como unidad eficaz, escapándose muy pocos, aunque su sacrificio sirvió para que la mayor parte del ejército pudiera huir.[15]

Después de esta victoria, Escipión reunió a su *consilium* para discutir la siguiente acción. Se esperaba de los magistrados romanos, cualquiera que fuese su destino, que buscaran el consejo de hombres experimentados, pero, aunque considerara otros puntos de vista, era el general quien debía tomar las decisiones por sí mismo. La reunión de oficiales principales era, por tanto, una manera adecuada de explicar un plan a los subordinados que iban a llevarlo a cabo. Escipión decidió dividir el ejército, manteniendo la fuerza principal con él para saquear la zona de los alrededores, mientras que Lelio se hizo cargo del resto y se fue con Masinisa para reponer al príncipe en el poder en su propia tribu. Una vez más, los hombres de Escipión consiguieron reunir un cuantioso botín de aquellas ricas llanuras y empezaron a advertir que algunas de las comunidades libias, molestas por las elevadas tasas que les imponían para financiar el esfuerzo de guerra púnico, estaban deseando rendirse a Roma. Animado, el general decidió hacer una demostración de fuerza contra la propia Cartago.[16]

A pesar de la consternación provocada por otra nueva derrota, el Senado cartaginés se mantuvo firme, dando órdenes de preparar a la ciudad ante la posibilidad de un asedio. Du-

rante los últimos meses se había realizado un esfuerzo considerable dirigido a equipar y tripular una flota, inicialmente con la intención de amenazar las líneas de suministro romanas con Sicilia. Se decidió enviar la flota a Útica, que en ese momento se encontraba rodeada por una fuerza romana comparativamente más débil. Como mínimo, debería servir para levantar el asedio, pero también se habían hecho planes para atacar a la flota romana que creían, de manera acertada, que no estaba preparada para un combate naval. Además, se tomó la trascendental decisión de hacer venir a Aníbal y a su ejército, despachándose un grupo de senadores púnicos por mar para entregarle el mensaje al general.[17]

Escipión se trasladó a Túnez, que había sido abandonada por su guarnición. Se encontraba en esos momentos a tan sólo quince millas de distancia de la misma Cartago, pudiendo divisar la ciudad y su puerto. Estaban los romanos observando la ciudad cuando vieron a la flota púnica haciéndose a la mar e, inmediatamente, se dieron cuenta de la amenaza que significaba para su propia escuadra naval de Útica. Escipión dio la orden de abandonar el nuevo campamento y regresó a toda prisa al *castra Cornelia*; es posible que el general fuera a la cabeza, pues llegó a su base antes que los barcos enemigos. Al advertir que no había tiempo de preparar la escuadra para sostener el combate, porque muchos navíos se habían adaptado para cargar las máquinas de asedio, mantuvo los barcos bien amarrados unos a otros, con los cargueros de tres o de cuatro en fondo rodeando la línea de galeras. A bordo se encontraban mil hombres escogidos, equipados con una gran cantidad de armas arrojadizas. La flota púnica no se había dado mucha prisa por llegar a Útica, y no atacó hasta el día siguiente. Quizás fue simplemente un error táctico de su mando, por exceso de confianza, o quizás reflejaba el

deseo de ofrecer a las tripulaciones alguna preparación en la mar antes de entrar en combate. Cuando atacaron, los barcos púnicos apenas conseguían avanzar ante la sólida barrera de navíos romanos, sobre todo porque los transportes eran significativamente más elevados que las galeras de cubierta baja. No obstante, los cartagineses pudieron desamarrar sesenta mercantes y remolcarlos en señal de triunfo de regreso a Cartago.[18]

Lelio y Masinisa tardaron unos quince días en llegar al reino de los masulios. Syphax había reclutado otro ejército para enfrentarse a ellos, siendo la mayor parte gentes de su propia tribu. Su caballería más numerosa consiguió inicialmente obtener cierta ventaja en medio de una batalla muy confusa, pero cuando aparecieron los legionarios de Lelio para apoyar a la caballería de Masinisa, el curso de la lucha empezó a cambiar. Las cerradas formaciones de la infantería romana dieron estabilidad a la línea de ataque, y ofrecieron seguros refugios por detrás de ellas para que su propia caballería se reuniera y volviera a colocarse en formación antes de realizar una nueva carga. Rápidamente, el frente de ataque romano fue avanzando hasta que, finalmente, abrió brecha en el ejército de Syphax. El propio rey trató de reunir a sus hombres dándoles ejemplo, pero al caer su caballo fue capturado y llevado ante Lelio. Siguiendo el consejo de Masinisa, Lelio se trasladó entonces a Cirta, la capital de Syphax, alcanzándola por sorpresa y tomándola con facilidad. Sofonisba se rindió con gran dignidad a Masinisa, suplicando que no la entregaran a los romanos. Sin informar a Lelio, y de una manera impulsiva, Masinisa decidió tomarla por esposa. Evidentemente, los romanos no veían con muy buenos ojos que se creara una relación de esas características entre su mejor aliado en África y la nobleza cartaginesa, pero como

aquéllos creían que los númidas formaban una raza inconstante en sus lealtades, Lelio estuvo de acuerdo en que fuera Escipión quien decidiera qué debería hacerse. Después de acabar con las pocas guarniciones que aún eran leales a Syphax, los líderes victoriosos regresaron para reunirse con Escipión. Un Syphax preso maldecía su suerte, reprochándose su desgracia por haberse casado con la hija de Asdrúbal, que le había llevado a tomar partido contra Roma en la guerra. De manera sutil, afirmó estar satisfecho de que su enemigo Masinisa quedaría ahora hechizado de ella y sufriría las consecuencias. Todo esto vino a añadirse a la sospecha que de la manera de actuar del joven númida tenía ya el comandante romano, debido quizás especialmente a su propio rechazo de tentaciones similares en Cartago Nova. Escipión declaró que tanto Syphax como Sofonisba eran prisioneros de Roma y no de Masinisa, y no podían ser vendidos sin su permiso. El sensible númida envió veneno como regalo a su nueva esposa que, miembro de una cultura que contaba con numerosas leyendas sobre suicidios de aristócratas, se lo tomó sin vacilar. Así terminaba uno de los episodios más románticos y trágicos de la guerra. Al día siguiente, Escipión confirmó a Masinisa como rey de su tribu en una ceremonia pública, llenándole de elogios y de honores.[19]

Negociaciones de paz y regreso de Aníbal, otoño de 203-primavera de 202 a.C.

El ejército púnico del norte de África se había visto obligado a dispersarse; a Syphax, su aliado más importante, lo habían derrotado por completo, y los éxitos menores conseguidos por su flota fueron demasiado tardíos como para significar una seria amenaza para el invasor. La fuerza expedicionaria romana siguió siendo tan considerable, e incluso sus números iban en aumento a medida que otros númidas se

unían a Masinisa. A finales de la campaña del 203, quienes pedían la paz acabaron por ahogar las voces que en el Senado púnico clamaban por la continuación del conflicto. Fueron enviados al campamento de Escipión los treinta miembros más distinguidos, la *gerousia*, para comenzar las negociaciones con que poner fin a la guerra. La delegación se quejaba de que Aníbal y sus seguidores eran quienes habían empezado el conflicto. Al igual que sucede con todos los tratados de corta vida, es difícil saber hasta qué punto podemos confiar en las condiciones que nuestras fuentes enumeran. Livio dice que Escipión exigía que los cartagineses pusieran en libertad a todos los cautivos, a los desertores y a los esclavos fugados, que retiraran sus ejércitos de Italia y de la Galia Cisalpina, que rompieran de manera definitiva sus últimos vínculos con España, que renunciaran a su reivindicación sobre las islas del Mediterráneo y que entregaran todos los navíos de su flota, excepto veinte. Además, debían suministrar enormes cantidades de grano: quinientos mil *modii* (*c.* tres mil trescientas noventa toneladas) de trigo para los hombres y otros trescientos mil *modii* (*c.* dos mil treinta y cuatro toneladas) de cebada para los animales, con el fin de alimentar al ejército romano de África. Sobre la indemnización pecuniaria que deberían satisfacer se han ofrecido varias cifras diferentes.[20]

Los cartagineses aceptaron las condiciones, aunque Livio afirma que estaban simplemente tratando de ganar tiempo, esperando a que el regreso del ejército de Aníbal pudiera restablecer la situación militar. Se despachó una embajada a Roma para confirmar el tratado, que requería la aprobación del Senado y la ratificación de los *Comitia centuriata*. Roma había recibido ya un informe de las recientes campañas entregado por Lelio, lo que había dado lugar a la declaración de

cuatro días de pública acción de gracias. Llegados aquí, nuestras fuentes no se ponen de acuerdo, pues Polibio dice más tarde que Roma aprobó el tratado, mientras que Livio afirma que las negociaciones se rompieron cuando la delegación cartaginesa intentó cambiar las condiciones acordadas con Escipión y volvieron a plantear una versión del tratado de Catulo. Dice que el Senado decidió expulsar de Italia a los embajadores y que, en tanto que persona imprescindible en aquel lugar, votó conceder a Escipión una autoridad especial para aconsejar si debían aceptarse las futuras propuestas de paz.[21]

El armisticio continuó durante los meses de invierno, a pesar de la arribada a África de Aníbal y sus fuerzas. El ejército de Escipión todavía dependía de los suministros que le llegaban por vía marítima desde Sicilia y Cerdeña, especialmente en invierno. Durante el armisticio, y muy probablemente a principios de la primavera del 203, el propretor Cneo Octavio traía desde Sicilia un convoy de doscientos transportes y treinta buques de guerra, pero fue sorprendido por un repentino cambio de tiempo. Los barcos de guerra a remo pudieron desplazarse contra el viento y alcanzar el punto de la costa que buscaban, pero los buques mercantes, impulsados a vela, fueron desplazados hacia el este siguiendo la costa y dispersados, acabando muchos de ellos en la amplia bahía que dominaba la propia Cartago. El Senado púnico, animado por las manifestaciones populares, no pudo resistirse a la tentación de aprovecharse de la oportunidad que se les presentaba. Enviaron a Asdrúbal con cincuenta buques de guerra a que rodeara a los transportes romanos, muchos de los cuales habían sido abandonados por sus tripulaciones. A continuación remolcaron aquellos trofeos hasta Cartago y su carga se añadió a las reservas de grano de la

ciudad, que debían haber ido escaseando para una población en aumento debido al flujo de refugiados procedentes de las zonas rurales.[22]

Escipión envió a Cartago una delegación formada por tres embajadores a bordo de una quincuerreme para exigir la devolución de los barcos y de su cargamento, quejándose de que aquella captura había violado el armisticio y, si Polibio está acertado, el tratado de paz acordado en Roma. El ánimo de Cartago había cambiado una vez más, espoleado por el regreso de Aníbal y de sus veteranos soldados. Todos los grupos estaban decididamente dispuestos a reiniciar la guerra, esperando una victoria que les permitiera conseguir unas condiciones mucho mejores. La delegación romana se vio acosada por la multitud y sólo pudo librarse de ser golpeada gracias a la protección de los magistrados de la ciudad. A la galera romana se le ofreció una escolta de dos trirremes para protegerla de la vista de su propia flota. Cuando la quincuerreme pasó junto a la flota cartaginesa que observaba a los romanos cerca de Útica, tres trirremes púnicas (o cuatrirremes en la versión de Livio) trataron de interceptarla. La capacidad de maniobra del capitán romano y de su tripulación consiguió evitar los espolones del enemigo, y su altura superior y los numerosos marineros del «cinco» contuvieron los intentos de abordaje, pero el barco se vio inundado por una nube de armas arrojadizas y sufrió importantes bajas.[23]

La campaña empezó de nuevo con una energía renovada casi de inmediato. Escipión se volvió mucho más despiadado para demostrar su determinación de acabar la guerra de manera definitiva. A las ciudades que se rendían de manera voluntaria ya no se les ofrecía condición alguna, sino que su población era esclavizada como si hubieran sido tomadas al asalto. El general romano estaba satisfecho por la aceptación

por el Senado de las condiciones de paz que había redactado, a pesar de la rápida ruptura del tratado, lo que demostraba que aún era popular entre la mayoría de los senadores. Al comandante romano que terminaba una guerra importante le estaba destinado un trofeo muy especial: la gloria; y siempre existía el peligro de que los rivales trataran de sustituir al general durante las fases del conflicto que se aproximaban, robándole así la mayor parte del crédito. En 203, el Senado había ampliado el periodo de mando de Escipión hasta que se hubiera conseguido ganar la guerra, pero no existía garantía alguna de que esa decisión no pudiera modificarse. Ahora que Aníbal había dejado Italia, África ofrecía, con mucho, la mayor oportunidad de distinción. Se cree que uno de los cónsules del 203, Cneo Servilio Cepio, había viajado a Sicilia a finales de año, con la mirada puesta en cruzar a África. Parece ser que le había llamado el dictador nombrado para preparar las elecciones del año siguiente. Los dos que habían conseguido la candidatura al consulado del 202 esperaban que se les concediera África como provincia. Escipión contaba aún con suficientes apoyos en el Senado, en especial Quinto Cecilio Metelo, como para presentar ese asunto ante la asamblea popular, que votaría claramente a favor del mantenimiento del *imperium* de Escipión. No obstante, enviaron a uno de los cónsules a África al mando de una flota de cincuenta quincuerremes. Era Tiberio Claudio Nerón, primo del vencedor en Metauro, a quien se le ordenó que apoyara por mar las operaciones del ejército de Escipión. Por el momento, la popularidad de Africano entre el pueblo y sus aliados en el Senado habían derrotado cualquier intento por sustituirle. Ahora estaba ya dispuesto el escenario para un cho-

que directo entre Escipión y Aníbal, sin duda alguna los comandantes más capaces que había producido cada bando en la Segunda Guerra Púnica.[24]

La batalla de Zama, 202 a.C.

La brutalidad de la campaña romana contra las ciudades africanas incitaron a las autoridades de Cartago a bombardear a su comandante con órdenes de lanzarse a luchar. Aníbal se negó a apresurarse y permaneció en su campamento cerca de Hadrumetum. Sabía que su ejército tenía un arma de caballería bastante débil y se las ingenió para convencer a un pariente de Syphax, llamado Tycheo, para que se le uniera junto con dos mil númidas de la caballería ligera. Escipión se preocupó igualmente de que Masinisa justificara su apoyo en estos momentos, mediante la aportación de una poderosa fuerza de auxiliares para ayudar al ejército romano, por lo que le envió repetidos mensajes. Finalmente, Aníbal decidió acabar con esa situación de tablas e hizo avanzar su ejército hasta Zama, a cinco días de marcha al oeste de Cartago. Descansando allí, envió espías y exploradores para localizar al enemigo y evaluar sus fuerzas. Los romanos capturaron a tres espías, y siguiendo órdenes de Escipión, les hicieron seguir un recorrido guiado por el campamento y les dijeron que informasen de todo a Aníbal. Era el tipo de estratagema que demostraba la confianza en un general, pero también era posible que su intención fuera la de convencer a Aníbal de que Masinisa todavía no había llegado, ya que Polibio afirma que el rey cabalgaba por el campamento romano al día siguiente. Había traído consigo un refuerzo de cuatro mil jinetes y seis mil soldados de a pie, incluyendo quizás entre estos últimos algunos de los enviados por Lelio. Livio repite estas cifras, pero creía que el rey había llegado antes de que capturaran a los espías de Aníbal y que su informe desanimó a es-

te último. Ambos autores afirman que el cartaginés tenía verdadero deseo de reunirse con su joven adversario y que ambos comandantes se encontraron para mantener una conversación, pero es discutible si los diálogos que se les atribuyen conservan algo de lo hablado en la entrevista real.[25]

El ejército romano se encontraba acampado en una colina a las afueras de una ciudad a la que Polibio llama Magaron, y Naragarra, según Livio. Como de costumbre, ha sido imposible situar el lugar preciso del campo de batalla, aunque es evidente que se encontraba en algún lugar al oeste de Zama. La posición romana era buena, y contaba con un rápido acceso a un importante suministro de agua. Aníbal avanzó y acampó en otra colina a algo menos de cuatro millas de distancia. Como posición era mejor pero carecía de un buen suministro de agua. Al día siguiente, los comandantes se encontraron para parlamentar y no sería hasta el segundo día cuando ambos ejércitos salieron de los campamentos para presentar batalla. Una confrontación tan sumamente rápida, sin contar con los usuales días de escaramuzas, indicaba la ansiedad de ambos comandantes por enfrentarse. La voluntad de luchar de manera inmediata creaba una impresión de confianza en el resultado que podía tener un efecto contrario en la moral del bando adversario.[26]

No sabemos con certeza el tamaño de ambos ejércitos, pero es probable que los romanos contaran con menos infantería y con un número significativamente más elevado de caballería que sus adversarios. Apiano habla de cincuenta mil hombres en el ejército de Aníbal, y veintitrés mil de a pie y mil quinientos de a caballo, más los númidas de Masinisa, para los romanos, pero su relato de la batalla no es, en general, muy convincente y requiere ser tratado con cierta cautela. Escipión reunió a la caballería romana e italiana en el ala

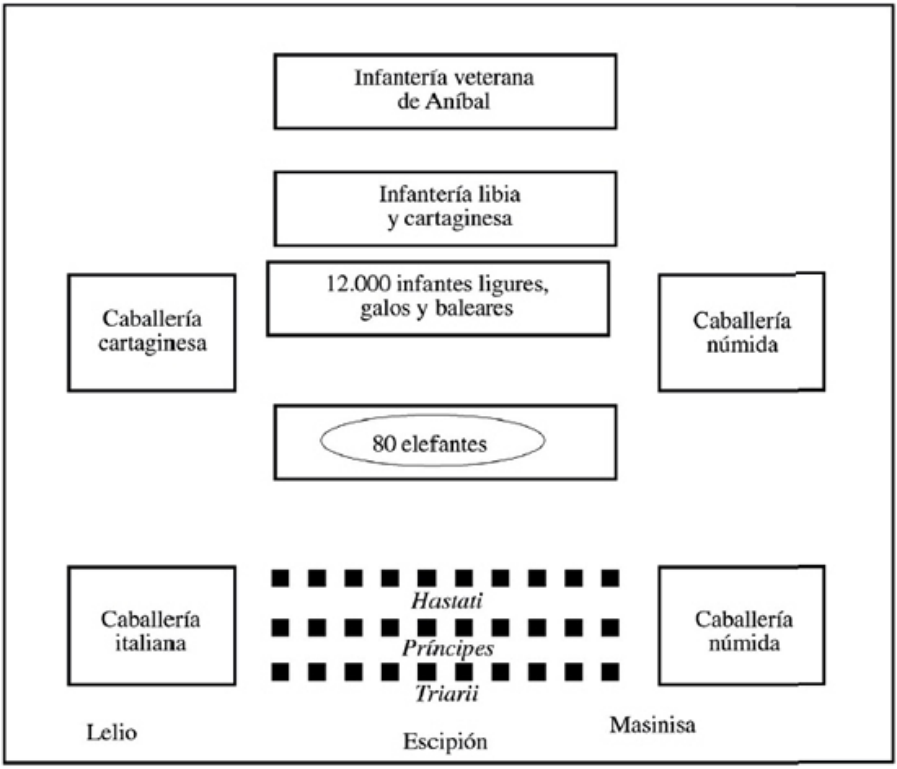
izquierda, poniendo a cargo de ella a Lelio, que ahora se encontraba ejerciendo como cuestor suyo. Los cuatro mil hombres de la caballería ligera númida de Masinisa formaban el ala derecha. En el centro se encontraban las legiones y las *alae* en la usual *triplex acies* con una ligera variación. En lugar de emplazar a los manípulos de *principes* para cubrir los espacios que quedaban entre los manípulos de *hastati*, habían formado inmediatamente detrás de ellos, posicionándose los *triarii*, a su vez, detrás de aquéllos. Esta disposición creaba una serie de amplios pasillos que atravesaban por entero la formación romana. Grupos de *velites* se hallaban estacionados en estos espacios, seguramente en orden de escaramuza, aunque es posible que inicialmente estuvieran formados para ocultar la verdadera naturaleza del despliegue romano. A estos hombres se les dieron órdenes específicas para contrarrestar el ataque de los elefantes que, como era de esperar, abrirían la batalla. Más de ochenta de estas bestias formaban una línea por delante del ejército púnico. Aníbal dividió a su caballería entre las dos alas, los númidas encarándose a Masinisa y los cartagineses y los de otras nacionalidades ante Lelio. En el centro, la infantería se encontraba dividida en tres unidades, que reflejaban como en un espejo la formación romana. La primera unidad estaba compuesta por ligures, galos, honderos baleares y algunos númidas. Parece que constituían los restos del ejército que Magón había traído de regreso de Italia. La segunda unidad la formaban tropas reclutadas para defender África, algunos libios y un fuerte contingente de ciudadanos púnicos, provocando la extraña apariencia de tratarse de una unidad formada durante la guerra. Hay quien afirmó que también había en este grupo una importante fuerza de macedonios, pero habitualmente se rechaza este testimonio porque no era muy normal que

Polibio dejara sin mencionar la implicación de las tropas helenas. La última unidad, situada a unos doscientos metros por detrás de la segunda, la formaban sus propios veteranos, una mezcla de muchas razas que en esos momentos se encontraban prácticamente todos equipados con armaduras y escudos romanos. Todas las crónicas de las batallas nos hacen creer que constituían un número prácticamente igual al de la infantería pesada romana, por lo que debían ser entre quince mil y veinte mil.[27]

El despliegue de los dos bandos era muy similar y mostraron cuánto habían aprendido los dos sistemas militares el uno del otro a lo largo de los muchos años de guerra. Ésta fue la primera vez que Aníbal había copiado la práctica romana de mantener a la mayoría de su infantería en reserva. Siempre había sabido que la fuerza del enemigo se basaba en el orden cerrado de la infantería de las legiones. Ahora que ya no disfrutaba de aquella superioridad en la caballería que había marcado sus primeras batallas, Aníbal se dio cuenta de que tenía pocas oportunidades de rodear el centro romano como ya había hecho en Trebia y en Cannas. La única alternativa era la de presionar por el medio de su formación. El sistema romano de múltiples unidades ofrecía a sus decididos legionarios una gran capacidad de apoyo en combate, permitiendo que las tropas de refresco pudieran ir entrando en la línea de combate de acuerdo con el desarrollo de la batalla o según iba debilitándose el enemigo. Cargaría primero la poderosa fuerza de los elefantes directamente contra la línea frontal romana, provocando bajas y con la esperanza de crear desconcierto, en un ataque parecido al que había hecho contra el ejército de Régulo en 255. Las unidades de la infantería de Aníbal podrían avanzar entonces para aprovecharse de esta confusión, renovando continuamente el ímpetu de la

vanguardia del ejército a medida que se iban añadiendo las tropas de refresco. Lo ideal sería que las tres unidades romanas se hubieran visto implicadas en la batalla antes de la intervención de los propios veteranos de Aníbal, que superaban significativamente en número a los *triarii*, avanzando para alcanzar la victoria total. No era un plan especialmente ingenioso pero, ciertamente, sí el más práctico bajo tales circunstancias. Escipión era un comandante demasiado capaz como para dejarse caer en la trampa de luchar en unas condiciones desfavorables, de la manera en que Aníbal había derrotado a sus adversarios al principio de la guerra. Y, esto era aún más importante, su ejército no era tan bueno como el que había llevado a Italia en 218, mientras que el de Escipión era una de las fuerzas mejor preparadas que había producido el sistema de milicias romano. Los veteranos de Aníbal, experimentados y con confianza en ellos mismos y en sus oficiales, suponían menos de la mitad de la fuerza total. Sus dos primeras unidades estaban formadas cada una de ellas con los restos de dos ejércitos distintos, siendo tan desconocidos para Aníbal como lo estaban entre sí. Simplemente, durante los meses de invierno, no había habido tiempo suficiente para poder convertir a esos elementos tan dispares en un único ejército con una estructura de mando clara y homogénea. Por esta razón, el despliegue de Aníbal tenía la ventaja añadida de la eficacia, ya que permitía a los tres ejércitos diferentes que componían su fuerza actuar de manera independiente. Es de destacar que, mientras Aníbal arengaba a sus propios hombres, había ordenado a dos grupos distintos de oficiales que hablaran con la primera y la segunda unidades. A Escipión le era mucho más fácil cabalgar a través de las diferentes unidades de su propio ejército, para animar a sus hombres, pues, a excepción de muchos de los guerreros de

Masinisa, sus soldados habían servido bajo su mando durante los tres últimos años, y el ejército y el comandante se conocían bien entre sí.[28]



MAPA 15. *Batalla de Zama, 202 a.C.*

Ambos ejércitos tardaron varias horas en salir de los campamentos y desplegarse; y, durante el tiempo que duró toda esa operación, solamente hubo esporádicas escaramuzas entre la caballería númida que servía en cada bando. Finalmente, cuando ambos estuvieron preparados y los comandantes habían acabado las arengas de rigor en cada bando, lanzaron gritos de ánimo e hicieron sonar sus trompetas con la finalidad, como de costumbre, de demostrar confianza e intimidar al enemigo. El repentino estallido de ruidos asustó a los elefantes hasta el punto de que parece que les hizo atacar de manera prematura. Ese número de elefantes de guerra, mu-

cho mayor que el habitual, hace creer que la inmensa mayoría habían sido cazados recientemente y que quizás se hallaban poco entrenados. En la zona izquierda, bastantes animales fueron presos de pánico y realizaron una estampida hacia atrás, por entre las filas de su propia caballería. Masinisa advirtió la oportunidad que se le presentaba, e hizo avanzar a sus hombres desencadenando un ataque repentino sobre los aliados númidas de Aníbal, arrollándolos casi inmediatamente. El resto de los elefantes se lanzaron hacia adelante contra la infantería romana. Debió tratarse de una visión realmente intimidatoria cuando tantos de esos enormes animales avanzaban abriendo brecha entre los romanos que se hallaban a la espera. Los *velites* iban progresando en una lucha de escaramuzas, arrojando lluvias de proyectiles contra las bestias que se acercaban. Heridos, o con los guías muertos, los elefantes empezaron a verse atacados por el pánico. Cayeron algunos *velites* y otros huyeron para resguardarse detrás de los manípulos formados por *hastati*, pero sólo unos pocos elefantes cargaron contra la infantería pesada. En lugar de eso, la mayoría realizó una estampida atravesando los pasillos entre las unidades que había dejado a propósito la formación romana. Más tarde se deshicieron de ellos a placer mientras se encontraban en la retaguardia del ejército. Algunos del ala derecha se dirigieron contra la caballería romana, pero cambiaron de dirección de nuevo cuando se les acogió con una lluvia de lanzas. Ahora, totalmente fuera de control, irrumpieron de regreso contra la caballería cartaginesa. Lelio copió entonces el ejemplo de Masinisa y cargó hacia adelante contra la desordenada caballería enemiga, poniéndola en fuga.

El ataque de los elefantes había fracasado, y Aníbal había perdido las dos alas de la caballería en las primeras fases de la batalla. Sin embargo, tanto la caballería de Lelio como la de Masinisa habían empujado al enemigo del campo de batalla, presionándoles con dureza para evitar cualquier otro intento de reunirse, pero eso significaba que la caballería romana no estaría disponible para intervenir en la acción principal por un largo espacio de tiempo. En ocasiones se ha considerado que el propio Aníbal había ordenado a propósito a su caballería que huyera para alejar del teatro de operaciones la superioridad numérica de la caballería enemiga, pero eso es claramente erróneo. La caballería púnica le habría sido mucho más útil a su comandante si hubiera permanecido junto a él y mantenido ocupada a la caballería de Escipión durante tanto tiempo como le hubiera sido posible. Nuestras fuentes están convencidas de que no fue tanto la superioridad numérica de romanos y númidas, sino la confusión causada por la estampida de los elefantes, lo que produjo la rápida huida de la caballería de Aníbal.[29]

Las primeras dos unidades de la infantería púnica seguramente habían empezado a avanzar en el momento en que atacaron los elefantes. La tercera unidad se mantuvo inmóvil a las órdenes directas de Aníbal. La infantería romana avanzó para enfrentarse a ellos una vez que los elefantes hubieran sido repelidos o que atravesaran por los pasillos que había entre las líneas. Como de costumbre, ambos bandos avanzaron ruidosamente, los hombres gritando y haciendo sonar las trompetas. Polibio menciona de nuevo la costumbre romana de golpear sus armas contra los escudos, con los *principes* y los *triarii* en la reserva empujando a los *hastati*, contrastando con los gritos discordantes que dejaban escapar las muy diversas razas de las filas enemigas. Era un tema

tan antiguo como la *Ilíada* de Homero, a la que, de hecho, Polibio cita en este pasaje, repetido a menudo en las narraciones de las victorias griegas sobre los persas. Además, el único objetivo que tenía el gritar durante el avance era asustar al oponente y animarse a uno mismo, y son muchas las fuentes que dan testimonio de la importancia que tenía el ruido y la apariencia para decidir el resultado de los encuentros. De hecho, los romanos debieron conseguir algo de ventaja sobre el enemigo de esta forma aunque, si fue así, no se trató de algo definitivo, pues la primera unidad púnica opuso una resistencia feroz. El texto de Polibio está ligeramente amañado en este punto, pero parece ser que dijo que los dos bandos no estuvieron demasiado tiempo lanzándose armas arrojadizas entre ellos, sino que se lanzaron rápidamente al contacto cuerpo a cuerpo, muestra evidente de su entusiasmo.[30]

El viejo ejército de Magón atacó con verdadera vehemencia, infligiendo pérdidas significativas a los *hastati*. Después de cada uno de los momentos de calma durante la lucha renovaban el combate, aunque, de manera gradual, sus cargas fueron disminuyendo, mientras que los romanos continuaron avanzando sin tregua. Livio afirma que los legionarios utilizaban la protuberancia del centro de sus escudos para golpear al enemigo, desequilibrándolo. Lo que posteriormente se convertiría en práctica común entre los ejércitos profesionales era mucho más difícil de realizar con los pesados escudos de esa época, que parece ser que pesaban más de veinte libras (unos diez kg). Los *principes* se mantenían inmediatamente por detrás de la primera línea, pero no parece que hubieran entrado ya en combate. Los ligures, los galos y todos los demás, que se encontraban en la línea de combate púnica, recibieron una escasa ayuda por parte de sus apoyos,

pues la segunda unidad, formada por los libios y los cartagineses, rehusaron ir hacia adelante. El fracaso de las dos unidades al no ser capaces de cooperar de manera adecuada es seguramente otro indicativo de la falta de unidad de los elementos tan dispares que formaban el ejército de Aníbal. Nuestras fuentes afirman que incluso se produjo una lucha entre ambas unidades cuando los hombres que se encontraban en la primera trataron de retirarse atravesando la segunda. Es posible que Aníbal hubiera dado instrucciones a las unidades de reserva de que no permitieran que nadie en fuga atravesara sus líneas, como él mismo había hecho con sus veteranos. Consiguieron formar alguna clase de frente de combate, mezclando elementos de la primera y la segunda unidades y, durante algún tiempo, detuvieron el avance de los *hastati*. Polibio da a entender que, al menos algunos manípulos de *principes*, comenzaron a participar en la lucha, y que esa inyección de tropas de refresco en el combate renovó el ímpetu de avance de la infantería romana, provocando la huida del enemigo. Los *hastati*, cuyo orden había desaparecido después de dos duros combates, se lanzaron en su persecución, acuchillando al enemigo mientras corría. Era el momento en el que tenían lugar la mayor parte de las bajas y especialmente díficil para poder huir lo tenían los hombres heridos en las piernas.[31]

Los veteranos de Aníbal se negaron a romper sus filas y esperaron a sus camaradas, que huían en dirección hacia ellos, formando una hilera perfecta de puntas de lanza. Los oficiales gritaban a los soldados que pasaran rodeando los flancos de la tercera unidad y volvieran a reagruparse detrás de ésta. Al menos algunas de las unidades se debieron recuperar y formaron para reforzar las últimas tropas de reserva del ejército púnico. Los veteranos de Aníbal estaban todavía

intactos y aparentemente imperturbables ante la huida de las demás tropas de mercenarios y de otros ciudadanos. No obstante, es posible que la huida de las dos unidades delanteras le hiciera imposible a Aníbal ordenar el avance de su tercera unidad para poder realizar un contraataque contra los romanos, que, en ese momento, sufrían un cierto desorden. Los *hastati* se encontraban ahora fuera de control, persiguiendo a los hombres a los que habían infligido numerosas pérdidas al comienzo del día, al tiempo que incluso los *principes* habían librado un breve combate y habían perdido algo de su orden. Un ataque en ese momento hubiera podido ser muy beneficioso debido a la confusión de las líneas romanas. Sin embargo, entre los romanos y los veteranos, el campo estaba cubierto de cadáveres y resbaladizo por la sangre que lo empapaba, convirtiéndolo en un terreno difícil para que una formación pudiera avanzar conservando el orden. Aníbal debió preferir mantenerse donde se encontraba, con las filas formadas en un orden perfecto, y permitió que los romanos avanzaran hasta él, esperando que, dado su estado en ese momento, el avance no sería coordinado de manera adecuada y carecería de fuerza.[32]

El ejército de Escipión ofreció entonces otra prueba de su elevado nivel de disciplina, no por llevar a cabo una maniobra compleja, sino por la tarea aún más difícil de volver a formar en mitad del combate. Sonaron las trompetas para convocar a los *hastati* que estaban de persecución. En el tiempo que tardaron esos hombres en regresar y formar una vez más se retiró a los heridos a la retaguardia y se concedió a algunas otras tropas un tiempo de descanso. Escipión, y probablemente los oficiales de todas las líneas, se emplearon con intensidad para volver a formar las unidades. Los *hastati* se alinearon en el centro, mientras que los *principes* y los

triarii se situaron a ambos flancos. Por una vez, las legiones romanas volvían a la táctica de la antigua falange de hoplitas, formando una única línea densa paralela a la del enemigo. Cuando estuvieron preparados de nuevo, los romanos reiniciaron su avance, y los hombres de Aníbal se lanzaron contra ellos. Fue una lucha durísima, pues ambos bandos estaban prácticamente igualados en número y equipados de manera similar. Algunos de los soldados de ambos lados eran veteranos con más de diez años de servicio. Es probable que los romanos estuvieran más fatigados, pero se encontraban con mucha confianza después de haber derrotado a la primera y la segunda unidades. Siguió a continuación un prolongado intercambio de golpes. El final se decidió por el regreso de la caballería de Lelio y Masinisa, que se había vuelto a reagrupar y reapareció en el campo de batalla; esos jinetes cogieron a los veteranos de Aníbal por la retaguardia, haciéndoselo pasar tan mal como ellos se lo habían hecho hacía ya tiempo a las legiones en Trebia y en Cannas. Fue la ironía final de la guerra: las legiones de Cannas habían conseguido el mayor éxito de Roma.

Las pérdidas cartaginesas fueron muy serias: veinte mil muertos y, según Polibio, igual número de prisioneros. Los romanos perdieron mil quinientos hombres, alrededor del 5 por ciento del total, si el ejército contaba con treinta mil soldados (y es poco probable que fuera mayor). Se trataba de una pérdida sustancial para un ejército victorioso, testimonio evidente de la dureza del combate, y no es necesario que nos decantemos por aquella otra cifra más elevada, de dos mil quinientos hombres, que recogen fuentes posteriores. El resultado de la batalla no era previsible, a pesar de la gran ventaja que poseían los romanos por la caballería de Masinisa. El plan básico de Aníbal era muy bueno y podía haber

obtenido éxito fácilmente. Si Escipión no hubiera dispuesto su formación de tal manera que los elefantes pasaran por entre las unidades de manípulos, entonces la carga de aquéllos hubiera infligido daños tan elevados como había ocurrido con una arremetida similar contra las legiones de Régulo, el 255. El uso que hizo Aníbal de las tres unidades de infantería, con las mejores tropas en la última, hicieron mucho por debilitar a la infantería romana, cansando a los *hastati* y privando de su fuerza a los *principes*. Fue solamente la capacidad de Escipión como comandante y la disciplina y elevada moral de sus hombres lo que les permitió volver a formar y aguantar el embate hasta el choque final. Es imposible saber si las falanges hubiera triunfado finalmente en el caso de que la caballería romana no hubiera vuelto para atacar al enemigo por la retaguardia. La táctica de Aníbal no pretendía rodear y aniquilar el enemigo con la misma intensidad que en sus primeras victorias. No le hacía falta una victoria completa. Ahora eran los romanos los invasores, con un ejército pequeño e inferior en número y lejos de sus bases naturales, exactamente igual a como le había ocurrido a Aníbal en sus primeros años en Italia. Si Escipión hubiera sufrido una derrota clara, eso habría significado entonces, casi con absoluta certeza, el final de la expedición africana, incluso aunque la mayor parte del ejército hubiera podido escapar.[33]

El fin

Después de la batalla, Aníbal y su estado mayor regresaron a su base principal en Hadrumetum. Los romanos reunieron a los prisioneros y saquearon el campamento púnico. Escipión recibió la excelente noticia de que un nuevo convoy de suministros estaba llegando al *castra Cornelia* y envió nuevamente a Lelio para llevar a Roma noticias de la victoria. La derrota de su último ejército dejó a Cartago sin más

opción que buscar de nuevo la paz. En una demostración de fuerza, Escipión dirigió la flota directamente hasta la propia Cartago para ejercer mayor presión y obligarla a someterse. En términos militares, los romanos suponían una escasa amenaza directa para una ciudad tan bien fortificada. Incluso contando con su ejército al completo, el asedio de Cartago hubiera sido una empresa harto difícil y de resultado incierto. Rápidamente, Escipión rechazó la idea, aunque Livio afirma que varios de sus oficiales defendieron el plan. Por tanto, y a pesar de su rechazo inicial a recibir una embajada púnica para negociar la paz, el comandante romano estaba ansioso por acabar con aquella situación. En particular, debía estar preocupado una vez más sobre cómo conservar el mando y retener la gloria que había conseguido con su victoria. De hecho, uno de los cónsules del 201 trató de sustituir a Escipión en el mando de África en los últimos momentos, pero después de la intervención de algunos tribunos de la plebe y de un posterior debate entre senadores sustituyó, de hecho, a Nerón en el mando de la flota.[34]

Las condiciones del tratado redactado por Escipión eran duras. Todos los prisioneros romanos y los desertores tuvieron que ser liberados sin pago de rescate. Todos los elefantes de guerra fueron confiscados y la flota se redujo a tan sólo diez trirremes. Cartago mantenía la mayor parte de su territorio de África, pero perdía todas sus posesiones de ultramar. Incluso en África se vieron obligados a reconocer a Masinisa en un reino sustancialmente ampliado. Deberían pagar una indemnización de diez mil talentos de plata en plazos anuales durante un periodo de cincuenta años, lo que se convertiría en un recuerdo constante de la derrota. Otro indicio de su nueva situación fue la condición por la que se le prohibía hacer la guerra fuera de África y, en ella, solamente con

permiso de Roma. Aunque Cartago continuó gobernada internamente según sus propias leyes, ahora se encontraba claramente subordinada a Roma en todo lo relacionado con los asuntos exteriores. Finalmente, los cartagineses deberían abastecer de víveres y suministros al ejército de Escipión por un periodo de tres meses y proporcionarles la paga hasta que el tratado estuviera confirmado. Como un recuerdo de lo que los romanos consideraban la traición más reciente que habían recibido, deberían también pagar reparaciones por la pérdida de propiedades romanas cuando quebraron la tregua y atacaron el convoy romano. Seleccionaron a los prisioneros, tomándolos de las familias nobles de la ciudad, para actuar con seguridad durante las negociaciones, y para que no se diera una repetición de aquel incidente.[35]

El mensaje del tratado era claro, y quizás quedaría reforzado si, según afirma Apiano, los cartagineses iban a ser considerados a partir de ahora como «amigos y aliados» del pueblo romano, la misma fórmula usada para los aliados subordinados que Roma tenía en Italia. Exactamente eso es lo que ahora eran, aliados subordinados de un Estado mucho más grande al que pagaban un tributo anual y a cuya autoridad se habían sometido en importantes temas de política exterior. El imperio de ultramar y aquella, en su momento, orgullosa flota que lo había protegido habían sido eliminados. No tiene nada de sorprendente que algunos de los líderes púnicos quisieran rechazar una paz conseguida a un precio tan elevado. Aníbal, siempre realista, arrojó físicamente al suelo a un senador cuando, en la tribuna de oradores, comenzó un discurso de ese jaez. Excusó su conducta diciendo que, después de treinta y seis años ausente de Cartago, había olvidado las normas de etiqueta de sus políticos, pero luego se apresuró a insistir a los líderes a que no rechazaran una paz

cuyas condiciones, dada su posición, podían haber sido mucho peores. Al final, el Senado púnico aceptó y envió delegaciones a Roma para confirmar las cláusulas.[36]

Era ya el principio de la primavera del 201 cuando el Senado confirmó finalmente su primera decisión de aceptar las condiciones de paz propuestas por Escipión. Inmediatamente después del regreso de los enviados, junto con los representantes de la clase sacerdotal romana (los llamados feciales), llegados para supervisar los importantes rituales que todo ello implicaba, comenzaron a tomarse las disposiciones para poner en práctica toda la operación. Un gran número de buques de guerra púnicos, quinientos según algunas de las fuentes utilizadas por Livio, salieron del gran puerto de la ciudad y, a continuación, fueron incendiados. Un destino implacable aguardaba a los desertores que habían luchado a favor de los cartagineses: los romanos fueron crucificados y los latinos decapitados. Escipión regresó a Roma para celebrar un triunfo espectacular.

El ajuste de cuentas

Ya desde buen principio, la Segunda Guerra Púnica fue un conflicto mucho más serio que la Primera, que había comenzado en Sicilia y que fundamentalmente había sido una lucha librada por hacerse con el control de la isla. La invasión de Régulo puso a los cartagineses al borde de la capitulación, pero, al acabar aquella aventura en derrota, los romanos no trataron de repetir la experiencia. Se convirtió en un conflicto largo, decidido finalmente cuando la última flota púnica fue destruida en las islas Égates. El tratado de paz resultante dejaba una Cartago poderosa en África y capacitada todavía para efectuar la expansión hacia España, pero la situación se volvería mucho menos soportable después de la ocupación de Cerdeña por los romanos.

La Segunda Guerra Púnica fue una lucha mucho más simple por conseguir el predominio y donde el territorio sólo tenía una importancia secundaria. El intento cartaginés por recuperar Cerdeña fue débil, y las acciones contra Sicilia no empezaron hasta que se llevaban ya varios años de guerra. En cualquier caso, la iniciativa procedió de algunos líderes de esas islas y no de la propia Cartago. Como una manera de ejercer presión, y no como un fin en sí mismo, se ocupaban tierras del enemigo y se convencía a los aliados para que desertaran. Los tratados, garantizando la independencia de Cartago de Estados como Capua y Tarento, ponían de manifiesto que no estaba prevista la creación de una provincia púnica permanente en la Italia meridional. La guerra se disputó para obligar a la otra parte a someterse y a que aceptara un tratado que favoreciese claramente al vencedor. En 218, ambos bandos planeaban golpear al enemigo en su pro-

pia tierra patria: los romanos en África y España, y Aníbal en Italia. A pesar de todos los reveses, a pesar de las tensiones y los desacuerdos entre los líderes rivales, tales objetivos se mantuvieron hasta el final: Asdrúbal y Magón renovaron la invasión de Italia, y Escipión terminó la guerra en África. El conflicto se extendió a otros teatros de operaciones a medida que cada bando tenía la oportunidad de organizar ataques adicionales contra el enemigo, ejerciendo así una mayor presión, pero éstos se hallaron siempre subordinadas al esfuerzo principal.

La mayor intensidad de la Segunda Guerra Púnica queda ilustrada por el equilibrio conseguido entre los tres principales tipos de lucha: las batallas, los asedios y las incursiones por sorpresa. Las batallas de masas, con una elevada participación de fuerzas, fueron mucho más frecuentes, aunque no así los encuentros navales, que se dieron en número escaso y a escala menor, sin que puedan compararse con las grandes acciones de las flotas en la Primera Guerra. Desde el 218 hasta el 202 tuvieron lugar alrededor de unas doce batallas campales, lo que supone un número tres veces superior a las libradas entre el 265 y el 241; y quizás podría hablarse de otras dos docenas de acciones importantes. Los breves relatos con que contamos de muchos de los enfrentamientos hacen que sea difícil conocer su escala, su naturaleza y, en ocasiones, incluso su resultado, convirtiendo esas cifras en bastante aproximadas. Algo más de la mitad de las batallas más importantes se libraron en Italia, y el resto en España y África. Al igual que había sucedido en la Primera Guerra, el terreno no favorecía, en Sicilia, la disputa de las habituales batallas en campo abierto, y eso mismo es válido también para la mayor parte de España, Iliria y Grecia, pero, además de que los choques masivos tendían a concentrarse en algunas regio-

nes, solían ocurrir también en periodos de tiempo breves y muy intensos de campaña. Aníbal libró tres grandes batallas campales y varias acciones de importante tamaño, entre 218 y 216, y muchas menos en los últimos años. Escipión Africano libró una batalla en España en 208, intentó sin conseguirlo forzar una en 207 y completó su victoria en un encuentro final en 206. En África repitió este modelo, ejecutando sus acciones más importantes en los años 203 y 202. Lo más probable era que las batallas sucedieran cuando uno de los comandantes actuaba de manera excepcionalmente agresiva, generalmente al penetrar intensamente en territorio enemigo, por ejemplo, en la invasión inicial de Italia y África, o las profundas incursiones de Escipión en la provincia púnica de España. La respuesta romana en particular era la de contrarrestar tales amenazas en una batalla campal, y sólo después de sucesivas derrotas fue cuando comandantes como Fabio Máximo impusieron cierto grado de cautela en las operaciones romanas en Italia. Para que se produjera una batalla de masas se requería un grado tan elevado de consenso mutuo que mandos tan capaces como Aníbal o Escipión se veían a menudo incapaces de forzar a presentar batalla a un enemigo que se negaba a ello. Y eso convierte la decisión de Escipión de atacar una posición tan formidable como la de Asdrúbal en Baecula en algo tan extraordinario como su propio éxito.[1]

Los romanos perdieron varias acciones de menor importancia, pero Aníbal sólo les derrotó en una batalla campal en Italia. Las derrotas de Publio y de Cneo Escipión en 212 tuvieron lugar en una serie de luchas precipitadas producidas en una situación estratégica claramente desfavorable. En los restantes teatros de operaciones, los ejércitos romanos demostraron una clara superioridad en las batalla de campo

abierto contra todos los demás ejércitos y comandantes púnicos. No existe ninguna duda de que el de Aníbal en Italia fue el mejor ejército que jamás hubiera tenido Cartago, debido a la combinación de contar con un líder carismático y a las largas campañas realizadas en España. Otra de las ventajas procedía de la proporción excepcionalmente alta de caballería en comparación con la infantería, que llegó a alcanzar una relación de 1:3 y 1:4 en sus mejores momentos, lo que suponía más del doble de la media en cualquiera de los dos bandos. Los éxitos continuados de Aníbal sobre los romanos proporcionaron a su ejército una clara ventaja en la moral que no perdería en realidad hasta prácticamente el final de la campaña italiana. Otros ejércitos púnicos contaban con una mezcla parecida de nacionalidades y tipos de tropas, pero se desenvolvían muy pobremente en el campo de batalla. La mayoría de los demás comandantes eran líderes mucho menos capaces y menos tácticos que Aníbal, y no tuvieron la oportunidad de convertir aquellos contingentes tan dispares que se encontraban a su mando en una unidad cohesionada mediante una combinación de largas sesiones de instrucción y de operaciones finalizadas con éxito al mando de oficiales que les fueran familiares. Con frecuencia, nuestras fuentes sólo presentan un elemento como el único realmente fiable y eficaz de un ejército, por ejemplo, los libios en Ilipa o los celtíberos en las Grandes Llanuras. Incluso Aníbal no consiguió reunir a los tres ejércitos de África para la campaña de Cannas en el breve tiempo de que dispuso.

El sistema romano de milicias produjo ejércitos que eran mucho más homogéneos en términos del lenguaje, en la estructura de mando, en la instrucción y en la organización. Esto hacía mucho más fácil el integrar legiones procedentes de diferentes mandos en la misma fuerza. Un servicio pro-

longado incrementaba rápidamente la eficacia de un ejército romano, y ese proceso ocurría de manera mucho más sencilla que en una fuerza púnica constituida por diferentes nacionalidades. Las legiones de la Segunda Guerra Púnica sirvieron durante mucho más tiempo que cualquiera de las demás tropas romanas anteriores a esa fecha, hasta el punto de que, en las últimas fases de la guerra, muchas de ellas estaban tan bien entrenadas y con tanta confianza en sí mismas como cualquier soldado profesional. La flexibilidad táctica que mostraron los romanos en Metauro, Ilipa y Zama fue una prueba tangible de ello. Tanto los soldados como sus oficiales eran ahora capaces de realizar acciones inimaginables el 218. Tales ejércitos eran muy superiores a la mayoría de las fuerzas púnicas y podían derrotar a enemigos sustancialmente superiores en número, como iba a demostrar Escipión. A medida que la guerra avanzaba, el menosprecio que habían mostrado los romanos por todos los ejércitos cartagineses y por sus comandantes, si se hace excepción de Aníbal, comenzó a tener una base cada vez más real.

A pesar del gran número de batallas y acciones de importancia disputadas en la Segunda Guerra Púnica, todavía eran acontecimientos bastante extraños para la experiencia de la mayoría de los soldados que, mucho más a menudo, tomaban parte en ataques por sorpresa o en asedios. En un primer momento, las incursiones rápidas no tenían como objetivo primordial el de suministrar víveres al ejército, aunque pudiera ir combinado con esa actividad. Su principal objetivo consistía en infligir tanto daño como fuese posible en el territorio dominado por el enemigo, matando o capturando a la población, destruyendo granjas y aldeas, quemando las cosechas y robando el ganado. Todas y cada una de estas actividades llevaban tiempo y esfuerzo, mientras que otras, co-

mo por ejemplo, la destrucción de cosechas, solamente se podían realizar durante un breve periodo de tiempo al año, justamente en las semanas inmediatamente anteriores a la siega. El daño tendía a quedar confinado a una pequeña área y producía escaso efecto a largo plazo, aunque, sin duda, debía ser terrible para quienes lo sufrían de manera directa. No obstante, si esos ataques por sorpresa continuaban durante un largo periodo, podían tener graves consecuencias para una región. Las pérdidas sufridas por la mano de obra rural por capturas, muertes o reclutamientos, y el daño prolongado a los campos, las cosechas y el ganado reducía la productividad y creaba una escasez de alimentos que, a su vez, debilitaba a la población y provocaba un aumento de las enfermedades, resultando en un posterior descenso de la producción. Algunas áreas, sobre todo Brutium y el resto de la zona meridional de Italia, que habían estado dominadas por Aníbal y su ejército durante años, sufrieron continuos ataques por sorpresa de ambos bandos y debieron padecer enormemente. Uno de los principales debates que suscita la Segunda Guerra Púnica, y del que trataremos en un capítulo posterior, es el del impacto que produjo sobre la población y la economía rural de Italia.[2]

La consecuencia más inmediata de los ataques por sorpresa era el daño que se causaba al prestigio del enemigo por no ser capaz de defender su territorio. La visión de las granjas pasto de las llamas que iba dejando tras de sí la marcha de Aníbal el año 217, condujo a Flaminio a perseguirle sin tomar precauciones, deseoso de vengar esa humillante demostración de debilidad romana. Más tarde, ese mismo año, Fabio Máximo se hizo muy impopular porque se negó a actuar y a evitar los saqueos. Un Estado que se mostraba incapaz de defender a sus aliados de la depredación del enemigo perdía

prestigio y, probablemente, también a los aliados. Eso fue especialmente cierto en zonas como Sicilia y España, donde las comunidades mostraban comprensiblemente un escaso compromiso con cualquiera de los bandos. El fracaso de Aníbal en proteger a muchos de sus aliados italianos de los ataques por sorpresa fue uno de los factores principales para que volvieran inexorablemente a unirse de nuevo a Roma.

Las ciudades amuralladas estaban a salvo de los ataques por sorpresa, y solamente las más pequeñas tenían probabilidades de caer en una asalto directo. Para la mayoría de los pueblos implicados en el conflicto, los pueblos y las ciudades constituían sus centros políticos y controlaban amplias zonas del territorio que los rodeaba. Los ataques por sorpresa podían intimidar a la población de una región, pero sólo la ocupación de sus fortalezas más importantes permitía un control permanente. La victoria romana en Sicilia llegó después de la toma de los dos principales centros fortificados del enemigo: Siracusa y Agrigento. Ninguno de los dos bandos estaba capacitado para finalizar la guerra totalmente mediante la ocupación de la capital del enemigo, que eran demasiado grandes y estaban muy bien protegidas, aunque, en varias ocasiones, tanto Roma como Cartago creyeron encontrarse ante una amenaza directa. La toma de posiciones fortificadas había sido siempre extremadamente difícil, hasta llegar a convertirse en una de las principales razones de la preeminencia de los asedios en la propaganda de los «grandes reyes», desde los faraones en adelante. Sólo cuando el ejército romano profesional unió la capacidad ingeniera a la voluntad de aceptar las inevitables bajas que se producían en un asalto se puso el fiel de la balanza en contra del defensor. Como ya hemos visto, los ataques directos contra una gran ciudad solamente conseguían alcanzar éxito cuando se unía

la sorpresa a la traición desde el interior o debido a un especial conocimiento de algún punto débil en las defensas. Los bloqueos duraban mucho más y exigían que una fuerza importante se viese obligada a permanecer en un lugar durante meses o incluso años, aumentando así el problema de la obtención de víveres. La superioridad numérica romana y la capacidad de aprovisionamiento de sus ejércitos les permitió ser capaces de preparar los largos y, al final, exitosos asedios de Capua y Siracusa.[3]

La devastación del territorio, la toma de ciudades y las batallas en campo abierto fueron las tres vías principales utilizadas para desgastar la voluntad del enemigo a seguir luchando. Dependiendo del teatro de operaciones, variaba el porcentaje de cada una de ellas, pero, en todas partes, la derrota en una batalla importante conseguía un gran impacto. La guerra terminó finalmente con la victoria romana en Zama, de la misma manera en que, en la Primera Guerra, había finalizado con la de las islas Égates. Otras batallas aportaron victorias tácticas más completas, pero no consiguieron ejercer un efecto tan decisivo. Esto es especialmente cierto para la serie de arrolladoras victorias en el campo de batalla que Aníbal consiguió en Italia y que obligaron a los romanos a admitir que no podían hacerle frente en campo abierto. Asolaba las tierras por donde pasaba y convencía a muchos de los aliados que Roma tenía en el sur a que desertaran en bloque. A pesar de todo, los romanos se negaron a tratar de alcanzar un acuerdo de paz, igual que hubiera hecho cualquier otro de los Estados de su época, con lo que Aníbal continuó ejerciendo presión sobre ellos utilizando los mismos métodos, aunque sus éxitos no iban a volver a ser nunca más tan espectaculares. Los romanos continuaron aún negándose a entregarse. En la época en que volvieron a ser controladas

nuevamente por los romanos Capua y Tarento, los más importantes de los Estados desertores, Roma había recuperado también la mayor parte de los territorios que la habían abandonado, y el poder de Aníbal en Italia se encontraba en declive. Nunca se le unió ninguna ciudad latina. Sus intentos por reforzarse con nuevos ejércitos habían fracasado siempre y quedó ya claro que no podría ganar. Mientras tanto, los romanos habían recuperado Sicilia, expulsado a los cartagineses de España y penetrado ellos mismos en África.

Es difícil saber qué más podría haber hecho Aníbal para conseguir la victoria y nunca llegaremos a conocer si los romanos estuvieron cerca de aceptar la derrota. Es posible que una marcha sobre Roma, después de Cannas, hubiera acabado por romper el nervio de los romanos, pero no podemos estar seguros de ello y una acción de ese tipo habría sido una apuesta muy arriesgada. Uno de los principales problemas de los cartagineses fue el de que habían contado con un excelente comandante y un soberbio ejército, mientras que por todas partes lo que había eran malos comandantes con ejércitos mediocres o mediocres comandantes con malos ejércitos. Desde el comienzo, los romanos fueron capaces de crear ejércitos en cantidades considerables, mediocres en cuanto a su calidad y a la capacidad de sus mandos, lo que les concedía ventaja sobre cualquier enemigo, menos sobre Aníbal. A medida que iba avanzando la guerra y que los líderes y los soldados romanos iban adquiriendo experiencia, su superioridad sobre los demás ejércitos púnicos fue cada vez más evidente. Si los romanos no hubieran encontrado tropas suficientes para luchar y para ganar las campañas en los frentes que se habían abierto fuera de Italia, entonces el resultado de la guerra habría sido seguramente muy distinto. El Senado romano es digno de alabanza, pues continuó com-

prometiendo hombres y recursos en teatros de operaciones muy alejados cuando parecía que Italia se veía amenazada por todos los desastres.[4]

En el momento en que se vieron con la soga al cuello, la conducta de Roma y de Cartago presentó una diferencia fundamental. Cuando, en 255, 203 y 202, un ejército romano se presentaba ante sus murallas, los líderes cartagineses respondían pidiendo la paz. Livio consideraba que, en 203, no habían sido nada sinceros y que, tanto entonces como en 255, reanudaron la guerra después de no conseguir unas condiciones que consideraban apropiadas a su fuerza todavía considerable. En los años 216 y 212, y en cualquier otro de los momentos más críticos de la guerra, ni el Senado ni ninguno de sus comandantes consideraron seriamente la posibilidad de pedir la paz y negociar con el enemigo. A pesar de las espantosas pérdidas, de la serie de derrotas humillantes, de las deserciones de algunos aliados italianos y de la continua presencia siempre amenazante del ejército de Aníbal en Italia, los romanos se limitaron sencillamente a rechazar un acuerdo con los cartagineses, de la misma manera en que, anteriormente, se habían negado a tratar con Pirro. Sobre esa base, estaban en condiciones de golpear al enemigo en cualquier otro frente y obligar a un Aníbal invicto a evacuar Italia y regresar para proteger Cartago. Los cartagineses esperaban que la guerra acabara en una paz negociada. Los romanos creían que cualquier guerra debía finalizar en la victoria total o en su propia aniquilación, algo que ninguno de los Estados de esa época tenía capacidad de conseguir. Esta actitud evitó que los romanos perdieran la guerra y, finalmente, les permitió ganarla.

La enorme reserva de posibles soldados fue probablemente el factor más importante que les permitió adoptar una actitud tan rígida. Sus pérdidas fueron espantosas, muy superiores a las de la Primera Guerra, y, en esta ocasión, recayeron especialmente en las clases más ricas, senadores, orden ecuestre y labradores acomodados que servían en la infantería pesada de las legiones. En los primeros años de la guerra quizás perdieron, por bajas y deserciones, un 25 por ciento de los hombres aptos para el servicio militar, pero, a pesar de ello, se incrementó el número de legiones en servicio. Se tomaron algunas medidas extraordinarias para volver a llenar las reservas de reclutas, hasta el punto de que se alistaron hombres más jóvenes y mayores de lo que era habitual, se redujo la cantidad de propiedades mínimas para integrarse en el servicio, y se formaron legiones de convictos y esclavos. En conjunto, esta expansión fue posible por el deseo de los ciudadanos comunes para someterse a años de dura disciplina militar y de campañas extremadamente peligrosas. Es necesario recordar que todas las clases de Roma y muchos de sus aliados sentían importantes lazos de lealtad entre ellos y con el Estado. Hubo algunas excepciones, la más notable el rechazo de las doce colonias latinas a suministrar más hombres en 209, pero fueron extraordinariamente raras. Debería señalarse también que las colonias se limitaron a afirmar que sus recursos estaban agotados. No recomendaron que se llegara a ningún acuerdo con el enemigo ni hicieron ningún amago de deserción. De forma parecida, algunos hombres trataron de evitar el servicio militar, otros intentaron sacar provecho a expensas de las tropas a las que se suponía que debían entregar suministros, mientras una minoría desertó y

luchó a favor del enemigo, pero la inmensa mayoría no lo hizo, y se vieron empujados a sacrificarse por el Estado, haciendo gala de un enorme patriotismo.

Los cartagineses sufrieron muchas menos bajas, tanto en número como en proporción sobre el total de la población. Los ciudadanos púnicos solamente tocaron el campo de batalla en números significativos en África, y sus pérdidas en las Grandes Llanuras y en Zama no fueron demasiado elevadas. El dinero no parece haber sido el problema para poder pagar a más mercenarios, aunque sí lo fue el tiempo necesario para reclutarlos y convertirlos en un ejército eficaz. Sencillamente, Cartago no estaba pertrechada para la lucha al mismo nivel que Roma, donde el arte de la guerra constituía una parte esencial de su sistema político. Cada año, el Senado romano decidía la distribución de comandantes y de recursos militares, y continuar haciendo lo mismo en el momento del conflicto con Aníbal no era más que mantener el procedimiento normal. Es discutible la afirmación de que los romanos entraban en guerra más a menudo que otros pueblos de la misma época, pero, ciertamente, lo hicieron con una mayor eficacia y poniendo en ella todo su empeño. Polibio estaba seguramente en lo cierto al considerar que la organización política, la estructura social y las instituciones militares romanas fueron, en buena medida, claves para conseguir la victoria sobre Cartago. Durante la Segunda Guerra, todas ellas debieron ser modificadas para afrontar la crisis, hasta el punto de que las magistraturas múltiples y las promagistraturas se convirtieron en hechos comunes, las filas del Senado volvieron a llenarse *en masse* y se reclutaron esclavos para el ejército, al tiempo que las legiones se preparaban hasta alcanzar un nivel de eficacia sin precedentes. Cada una de estas instituciones habían demostrado ser suficientemente fle-

xibles para adaptarse sin verse obligadas a cambiar su naturaleza esencial. En el medio siglo siguiente conseguirían para Roma el dominio absoluto sobre el mundo mediterráneo.

El Imperio mundial, 201-150 a.C.

La guerra contra Cartago finalizó el 201, pero dejaba un legado de conflicto continuo que iba a tener ocupada a Roma durante varias décadas más. Aníbal había emprendido su invasión desde España, y, para evitar que cualquier otro pudiera seguir su ejemplo, en la península Ibérica se crearon dos provincias y se mantuvo la presencia militar romana de manera permanente. Eso llevaría a los romanos a mantener una constante lucha, en parte inducida por el resentimiento de las comunidades españolas ante la presencia de una nueva fuerza de ocupación, pero también porque se vieron implicados en los modelos de guerra tradicional. El dominio romano sólo era seguro mientras pudiera proteger a sus aliados de las incursiones por sorpresa. Después de más de dos décadas de campaña intensiva, Tiberio Sempronio Graco, hijo del cónsul fallecido en 212, consiguió crear un último asentamiento gracias a una sensata mezcla de fuerza y diplomacia, lo que produjo un periodo de relativa tranquilidad durante casi una generación.[5]

La invasión de Aníbal fue sencillamente un episodio más de la guerra continua entre Roma y las tribus de la Galia Cisalpina. Sus victorias y las que consiguieron los propios galos sirvieron para que una nueva generación se resistiera a las incursiones romanas en el valle del Po. Un oficial cartaginés, un tal Amílcar, que probablemente había llegado con Magón, permaneció con aquellas tribus y continuó dirigiéndolas en las batallas con posterioridad al 201. Se enviaron quejas formales a las autoridades púnicas, quienes negaron que aquél estuviera actuando a sus órdenes, pero el proble-

ma sólo se resolvió cuando mataron a Amílcar. En la primera década del siglo II fueron enviados a la Galia Cisalpina más cónsules y más legiones que a ninguna otra parte, y el Senado ejerció un control mucho más férreo sobre las campañas efectuadas allí, puesto que, después de todo, tampoco se encontraba demasiado lejos del corazón de Roma. Este esfuerzo dio como resultado la derrota final de las tribus galas del valle del Po, siendo algunas de ellas destruidas virtualmente como entes políticos y otras absorbidas. Acabar con los ligures costó más tiempo, porque su imprecisa estructura política, su naturaleza independiente y un medio físico áspero prolongó la resistencia e hizo que fuera necesario derrotar cada uno de los pueblos de manera independiente. Se trasladó una buena parte de la población y se les entregaron tierras en la Italia meridional, que había quedado vacía después de la guerra contra Aníbal, donde demostraron ser unos buenos y pacíficos campesinos.[6]

El año 200, el cónsul Publio Sulpicio Galba presentó una moción ante los *Comitia centuriata* para que se le declarase la guerra a Macedonia. El pretexto fue una petición de ayuda de Atenas contra Filipo V. Casi todas las centurias votaron en contra de la propuesta, en una de las escasas ocasiones en que el pueblo romano pareció reacio a ir a la guerra. El esfuerzo prolongado realizado contra Cartago había dejado debilitadas a todas las clases y con dudas ante la posibilidad de embarcarse en una importante guerra en ultramar. Los *Comitia centuriata* no eran un foro de debate, sino que allí sólo se podía simplemente votar a favor o en contra de una propuesta. Antes de que Galba reuniera a la Asamblea para votar de nuevo se dirigió a las centurias en un encuentro informal (o *contio*). Livio dice que el cónsul ofreció dos importantes argumentos en favor de la guerra. El propio Filipo V ha-

bía demostrado ser un enemigo de Roma cuando, durante la crisis de la Segunda Guerra Púnica, lanzó un ataque sin provocación previa. Si los romanos no le atacaban en ese momento y se implicaban en la guerra de Grecia, entonces, en algún momento futuro, los macedonios podrían utilizar su importante flota para desembarcar un ejército en Italia. Atenas debía estar protegida de Filipo, puesto que habría sido el fracaso en defender del ataque de Aníbal a otro aliado (Sagunto) lo que había animado a aquél en sus planes de atacar Italia. Cuando los *Comitia* votaron por segunda vez, la moción fue aprobada fácilmente y se le declaró la guerra a Macedonia. Quizás hubo también otras razones para tomar esa decisión. Filipo V y el rey seléucida Antíoco III habían decidido en secreto beneficiarse de la ascensión al trono egipcio de un menor de edad, Ptolomeo V, para recortarle parte de su territorio. Tal cosa amenazaba con romper el equilibrio de poder que existía entre los tres grandes reinos, pero es difícil saber hasta qué punto los romanos estaban al corriente de ello. En conclusión, Filipo V era un claro enemigo y los acuerdos con los que había finalizado la Primera Guerra Macedónica habían sido de lo más insatisfactorios de acuerdo con lo que era habitual entre los romanos. Como resultado, la reanudación de la guerra era prácticamente inevitable.[7]

La Segunda Guerra Macedónica condujo de manera directa al conflicto con la Liga Etolia, los antiguos aliados de Roma, y, a su vez, a la Guerra de Siria con los seléucidas. Todos estos enemigos habían sido completamente derrotados el año 189 a.C., los conflictos, cada vez más activos, se habían resuelto con mucha mayor rapidez que en la Primera Guerra Macedónica. La derrota en una única batalla campal fue suficiente para convencer a los reinos helenísticos que aceptaran

su inferioridad. Los ejércitos romanos que consiguieron estas victorias no eran especialmente numerosos, prácticamente todos ellos del tamaño habitual de una fuerza consular de dos legiones y dos *alae*, a la que habría que añadir los aliados locales, exactamente igual que el ejército que consiguió la victoria en Zama. En un determinado momento se encontraban actuando dos ejércitos de estas características, uno en Grecia y el otro en Asia, pero se demostró que, en esas campañas, no era necesario echar mano de demasiadas reservas de soldados de Roma. Los ejércitos helenísticos eran mucho más homogéneos que aquella mezcla de mercenarios y de fuerzas aliadas de Cartago. Sus soldados eran básicamente profesionales, altamente preparados y disciplinados, pero relativamente escasos en número y difíciles de sustituir.

La principal fuerza de cada ejército la componía la falange, formada por ocho o más filas de fondo de hombres armados con una lanza o *sarissa* de 6,4 m de longitud. Éstas se sostenían a dos manos y cerca del extremo, con lo que dos tercios del arma quedaban por delante del soldado. Cuando el ejército se encontraba formado adecuadamente, las puntas de las lanzas de las cinco primeras filas de la falange se proyectaban hacia la parte delantera de la formación, mientras que los hombres de la fila de retaguardia sostenían sus lanzas hacia arriba en ángulo, hasta el punto de que la densa masa de astas aportaban alguna protección contra las armas arrojadizas. Era muy difícil que otro cuerpo de infantería pudiese derrotar a la falange helenística en un ataque frontal y tendían a conseguir vencer en los combates gracias a su enorme capacidad de resistencia. Esa formación cerrada y muy profunda, junto con la presencia física de las largas *sarissae* hacían muy difícil la huida. La falange presentaba también un aspecto muy intimidatorio cuando se abría paso ha-

cia el enemigo, hasta el punto de que un comandante romano la describió como lo más terrorífico que había visto en su vida. Filipo II y Alejandro habían utilizado las falanges de picas para inmovilizar al ejército enemigo y ejercer una rápida presión, creando oportunidades para que devastadoras cargas de caballería pudieran lanzarse contra un punto débil en su línea de combate. En este último periodo, la importancia del papel de la caballería había disminuido, sobre todo porque ninguno de los reinos que les sucedieron eran capaces de reunir una proporción tan alta de excelente caballería como sus predecesores del siglo IV. En su lugar, la falange descargaba el ataque principal, una tarea para la que, de hecho, nunca había sido pensada.[8]

La primera vez que los romanos se encontraron con un ejército helenístico moderno fue en la guerra con Pirro y en Tarento en 280-275. Las legiones, que finalmente triunfaron en un tercer y definitivo encuentro, habían sido derrotadas en dos duras y sangrientas batallas anteriores. Los enfrentamientos del siglo II demostraron ser mucho menos igualados. Los soldados romanos que lucharon en el Mediterráneo Oriental a principios del siglo II se mostraron muy rápido claramente superiores a sus adversarios profesionales. Estos legionarios eran aquellos hombres que habían alcanzado la madurez en la larga lucha contra Aníbal. La inmensa mayoría poseían muchos años de experiencia militar, muchos más de lo que era normal en la mayor parte de los ejércitos romanos. El ejército enviado a Grecia el año 200 comprendía incluso un contingente respetable de las legiones que habían participado en Cannas, aquellos pobres desgraciados que aún esperaban la desmovilización. Los oficiales de todos los rangos de esos ejércitos eran, por término medio, más jóvenes y también más experimentados de lo que era normal.

Muchos antiguos pretores y cónsules servían como *legati* o incluso como tribunos militares. Tito Quinctio Flaminino, el hombre que llevó la Segunda Guerra Macedónica a su exitoso final, consiguió el consulado, en 198, a la edad de treinta años y sin haber ocupado el cargo de pretor. Su éxito fue el último ejemplo de la flexibilidad constitucional que había permitido el ascenso de Escipión Africano. Pronto, el modelo de la carrera de honores iba a volverse mucho más rígido. La combinación de soldados y de líderes experimentados produjo ejércitos excepcionalmente eficaces, tan bien preparados y tan flexibles tácticamente como aquellos de los últimos años de la Guerra Púnica.[9]

Quedaría esto último ampliamente demostrado en las más importantes batallas de esos conflictos. En Cinoscéfalos, el año 197, las columnas en marcha de Flaminino y de Filipo V se toparon inesperadamente al acercarse a un paso desde direcciones opuestas. Como de costumbre, los ejércitos rivales se desplegaron en un frente de combate haciendo girar sus columnas hacia la derecha. De esa forma, el ala derecha del ejército, y por tanto la cabeza de la columna, podía formar con mayor rapidez y cargar, provocando la huida del ala izquierda del enemigo todavía no preparada. El ejército de Filipo estaba compuesto por una sola unidad, según la práctica común helenística, y no contaba con elementos de refresco. Los romanos formaron con la habitual *triplex acies*, y un tribuno anónimo del ala derecha del ejército sacó de aquella zona veinte manípulos y los condujo dando un rodeo para atacar por el flanco la exitosa parte derecha macedónica. Filipo fue incapaz de responder y sus hombres perecieron en una verdadera matanza. En 190, Lucio Cornelio Escipión, el hermano menor de Africano, se enfrentó a Antíoco III en Magnesia. El rey, mandando a la manera de Alejandro Mag-

no, condujo personalmente el ataque de la caballería, que, según parece, se abrió paso haciendo brecha en una de las legiones. Sin tropas de reserva, y con su comandante tan directamente implicado en la lucha que le era imposible observar qué estaba sucediendo en el resto del campo de batalla, los seléucidas fueron incapaces de explotar este éxito. La caballería de Antioco fue detenida primero por los piquetes situados fuera del campamento romano, al que habían atacado de manera temeraria, y vencida a continuación cuando uno de los mandos subalternos romanos hizo entrar en combate las tropas de reserva. Entretanto, los espacios vacíos que había entre las líneas romanas se llenaron con aquellas tropas de refresco, y el enemigo se vio obligado a darse a la fuga por todas partes. En Pidna, en 168, los altercados entre las avanzadillas de los ejércitos romano y macedonio se convirtieron en una batalla a gran escala a medida que se iba implicando en la lucha un número cada vez mayor de tropas. Esta confusión, y la gran distancia recorrida en formación, aceleró el proceso usual por el que la falange se descomponía en sus unidades constituyentes. Después de que los romanos se hubieran situado lo suficientemente juntos como para constituir una formación de combate para detener el avance macedonio, algunos centuriones tomaron la iniciativa a título individual y comenzaron a introducir hombres en los espacios que quedaban entre las diferentes secciones de la falange. Los soldados provistos de aquellas largas picas quedaban indefensos ante los ataques por los flancos y, cuando entre los macedonios empezó a cundir el pánico, toda la formación se dio a la fuga.[10]

Pidna decidió la Tercera Guerra Macedónica (172-167), y fue, de hecho, la última boqueada de la generación de la Segunda Guerra Púnica. Incluso durante esta época comenzaba

a dejarse sentir una cierta preocupación porque se creía que los reclutas del ejército no conservarían ya las virtudes marciales de sus predecesores. En un esfuerzo por reinstaurar las prácticas tradicionales, Lucio Emilio Paulo fue elegido cónsul por segunda vez en 168. El hijo del hombre que había caído en Cannas tenía ahora más de sesenta años y era, por tanto, mucho mayor que la mayoría de los comandantes de campo desde la época de Fabio Máximo y de Marcelo. Paulo se llevó con él a numerosos oficiales experimentados, preparó cuidadosamente a su ejército en Grecia y condujo la campaña hasta alcanzar un final exitoso. Las causas de la guerra ayudan a ilustrar la actitud tomada por los romanos para derrotar a los enemigos. Después de Cinoscéfalos, Filipo aceptó unas condiciones de paz parecidas a aquellas que se habían acordado con Cartago. No se le permitía hacer la guerra fuera de Macedonia sin el permiso de Roma y tenía que pagar una indemnización de mil talentos durante un periodo de diez años. El rey reconoció la independencia de determinadas comunidades de Grecia y Asia Menor, retirándose de aquellas que estaban sujetas a él en ambas zonas. Además, la flota macedónica se vio reducida a una fuerza testimonial, haciendo desaparecer así los temores romanos a un ataque sobre Italia, y todos los prisioneros y desertores romanos fueron devueltos sin pago de rescate. De hecho, durante los años que Flaminino pasó en Grecia organizando el asentamiento descubrió cierto número de esclavos que habían sido capturados por Aníbal, probablemente en la campaña de Cannas, y vendidos a algunos comerciantes cuando el Senado rechazó pagar su rescate. De manera escrupulosa, Flaminino pagó la libertad de esos hombres y los devolvió a Italia.[11]

El tratado que acabó con la Segunda Guerra Macedónica dejaba bien claro que el reino se encontraba ahora subordinado a Roma, incluso aunque fuese libre de regular sus asuntos internos. Roma dirigía desde ese momento su política exterior, arbitraba en las disputas entre Filipo y las ciudades griegas y esperaba que se comportara como un aliado leal. Al ejército que había derrotado a los macedonios se le alimentó, al menos en parte, con grano procedente de la recientemente derrotada Cartago. Cuando Lucio Escipión condujo su ejército hacia Asia para luchar contra los seléucidas, Filipo V utilizó una mezcla de diplomacia y fuerza para asegurar su traslado a través de pasos controlados por las peligrosas tribus tracias. Cuando, siguiendo la misma ruta, los romanos regresaban, al mando de Manlio Vulso, éste no pudo pedir ayuda a los macedonios y, como resultado, sufrió graves reveses en una serie de emboscadas. Antíoco III se vio obligado a aceptar unas condiciones de paz similares a aquellas que había acordado Filipo V después de Magnesia. Aceptó retirarse de Asia Menor, se le prohibió hacer la guerra en Asia o en Grecia y sólo se defendería si era atacado por otro Estado de esa zona. Debía pagar una indemnización de quince mil talentos a Roma, más de lo que se le había exigido a Cartago, pero no era una suma imposible para los riquísimos seléucidas. Además, Antíoco entregó prácticamente todos sus navíos y elefantes de guerra.[12]

Aunque Filipo V obedeció con aplicación las condiciones de su tratado con Roma, tanto él como su hermano Perseo hicieron todos los esfuerzos posibles por incrementar su poder en Macedonia. Aumentaron el ejército y lo prepararon cuidadosamente, consiguieron un mayor control sobre las tribus tracias e ilirias en las zonas fronterizas, y reiniciaron sus relaciones con varias ciudades de Grecia. Éste no era el

comportamiento que los romanos esperaban de un aliado subordinado, aunque sí enteramente legítimo de acuerdo con los estándares griegos. Es prácticamente imposible que Macedonia supusiera una amenaza directa a Roma de la manera en que lo explica Livio, o que Perseo tuviera plan alguno para llevar a cabo una invasión en tierras italianas, pero es evidente que los romanos consideraban esas posibilidades con una extremada desconfianza. Nunca se toleraría que los antiguos enemigos dispusieran de un cierto poderío militar y de una política exterior cada vez más independiente. Después de la derrota de Perseo, el reino se extinguió, aunque los romanos no estaban aún demasiado dispuestos a añadir otra provincia a las cuatro ya existentes. En lugar de eso, Macedonia se dividió en cuatro regiones con autogobierno propio, o *Merides*, cada una de las cuales con sus propias leyes y magistrados. Algunos elementos de este asentamiento iban a durar varios siglos.[13]

La política romana, 201-150 a.C.

La política romana sufrió un proceso de cambio en la primera parte del siglo II. El Senado estaba principalmente ocupado por miembros del orden ecuestre enrolados *en masse* durante la guerra y por la nueva generación de las familias mejor establecidas, cuyos miembros más importantes habían caído en la guerra, y que ahora ya habían alcanzado la madurez. Las importantes bajas que Aníbal les había infligido hicieron disminuir drásticamente las filas de los senadores más ancianos y experimentados y, en particular, las de los antiguos cónsules. Las Guerras Púnicas habían provocado también un incremento en el número de las provincias permanentes, reflejado en un consecuente aumento en el número de pretores elegidos cada año. El año 265 sólo había uno de esos magistrados, pero se ampliaron a dos durante la Pri-

mera Guerra, a cuatro a principios de la década del 220 y, finalmente, a seis en la década que siguió al 201. Antes del 265, el pretorado solamente asumía como función las responsabilidades judiciales en la propia Roma y muchos de los cónsules nunca ocuparon el puesto. Flaminino fue el último en hacerlo en 198. A comienzos del siglo II, muchos de los pretores recibieron el mando de alguna provincia de ultramar, comandaron ejércitos y consiguieron victorias, llegando quizás incluso a asegurarse un triunfo. Regresaban a Roma plenos de gloria y riquezas, que se añadían a sus oportunidades de conseguir un futuro éxito electoral. Todavía se elegían únicamente dos cónsules por año, y la simple aritmética nos muestra que sólo uno de cada tres pretores podía esperar conseguir la más alta de las magistraturas, lo que hizo aumentar enormemente la ya dura competencia en las elecciones consulares. Se fue debilitando el dominio ejercido por las familias antiguas y establecidas. Sus riquezas, su extensa red de clientes y la reputación de la familia todavía les proporcionaban éxitos electorales, pero, en esos momentos, era mucho menos probable que ello les permitiera conseguir el consulado más de una vez. Eran ahora más numerosas las familias que podían optar a los más altos cargos, aunque deberíamos recordar siempre que era muy improbable aún que la mayoría de los senadores alcanzasen el pretorado. Casi todos los magistrados ponían todo su empeño en conseguir el mando de las provincias, hasta el punto de que se utilizaban muchos menos promagistrados que durante la guerra. La mayoría de los gobernadores provinciales servían durante un sólo año y debían obtener ventajas inmediatas de las oportunidades que se les presentaban de conseguir beneficios. En este clima de apretada competencia aumentó la regulación de la carrera política. Se estableció una edad míni-

ma, que se puso en vigor para cada cargo —treinta años para los cuestores, treinta y seis para los ediles, treinta y nueve para los pretores y cuarenta y dos para los cónsules—, y también se impuso un intervalo de diez años antes de que un mismo individuo pudiese conseguir otro cargo de la misma magistratura. Este sistema funcionó durante medio siglo.

Las guerras llevadas a cabo por los romanos en las primeras décadas del siglo II fueron altamente productivas. Una gran parte de las riquezas derivadas de los botines y de la venta de presos de guerra convertidos en esclavos se mantuvieron en manos de los comandantes que dirigían los ejércitos romanos de esas campañas. La guerra en el oriente helenístico se mostró enormemente lucrativa. Durante la Segunda Guerra Púnica, la ovación que recibió Marcelo después de conseguir la toma de Siracusa y el triunfo africano de Escipión incluyeron una muestra de enormes cantidades de botín sin precedente alguno. En las décadas siguientes llegó a decirse que las victorias de Flaminino sobre Filipo V, de Lucio Escipión sobre Antíoco, de Cneo Manlio Vulso sobre las tribus gálatas de Asia Menor y de Emilio Paulo sobre Perseo habían sido los desfiles más espectaculares y ricos que nunca hasta entonces se habían visto en Roma y donde siempre el siguiente superaba al anterior. Aquellos senadores capaces de conseguir el mando militar se iban volviendo más y más ricos cada vez, en especial los pocos que se aseguraban el liderazgo en las guerras más importantes de Oriente; así se fue ampliando en el Senado la diferencia entre ricos y pobres. Esta riqueza permitió a las familias incrementar su prestigio mediante importantes gastos suntuarios efectuados en entretenimientos públicos, como en las luchas de gladiadores que se estaban convirtiendo cada vez en más populares. Es también durante este periodo cuando empieza a ga-

nar terreno la construcción de edificios monumentales en Roma, a medida que los comandantes que habían alcanzado éxitos iban construyendo basílicas, templos y acueductos con el dinero procedente de sus saqueos. De esa manera, los senadores conmemoraban sus hazañas y contribuían así a que ellos mismos y sus familias tuvieran mayores oportunidades de alcanzar un éxito electoral en el futuro.[14]

Las carreras políticas se fueron volviendo más y más caras desde el momento en que los políticos se vieron obligados a despilfarrar enormes sumas de dinero para no quedarse por detrás de sus rivales. Los éxitos electorales eran cada vez más costosos y obligaron a endeudarse a muchos, haciendo que se sintieran más presionados para intentar sacar provecho de las magistraturas más importantes. Manlio Vulso fue acusado, y casi condenado, por provocar una guerra contra los gálatas que no había sido aprobada por el Senado y no tenía ningún interés para Roma. Solamente el gran número de amigos y de aliados políticos que tenía en la capital le evitó la condena por un estrecho margen. Un hombre rico podía utilizar su riqueza para ganarse a numerosos aliados de esa clase, haciendo préstamos para ayudar a quienes se peleaban para poder seguir manteniendo los costes de la vida política, pero eso requería una capacidad que no todo el mundo poseía. La mayoría de los comandantes que consiguieron victorias espectaculares recibían duros ataques de sus rivales en el Senado. Tanto Manlio Vulso como Emilio Paulo tuvieron que luchar para conseguir el derecho a celebrar sus triunfos. A Lucio, el hermano de Flaminino, los censores le expulsaron del Senado en 184, acusado de conducta impropia, en la que se incluía el hecho de haber ejecutado a un prisionero en

una fiesta, para satisfacción de una prostituta masculina. Los ataques que consiguieron los mayores éxitos fueron los que tomaron como objetivos a Publio y Lucio Escipión.[15]

Africano se hallaba solamente mediada la treintena en 201, demasiado joven aún para haber ocupado el consulado según la tradición y la legislación a punto de entrar en vigor. Es difícil entender que su carrera después de la guerra pudiera haber igualado sus hazañas en España y África. Elegido cónsul por segunda vez en 194, realizó una campaña competente contra los ligures y los galos cisalpinos, pero sin haber conseguido ningún triunfo espectacular. Un anuncio público diciendo que serviría como *legatus* de su hermano le aseguró a Lucio el mando asiático, sobre todo cuando se supo que Aníbal había huido a la corte de Antíoco. De hecho, los viejos adversarios no volvieron a encontrarse de nuevo en combate, pues Africano no estuvo tampoco presente en Magnesia debido a una enfermedad —quizás una enfermedad diplomática—, para permitir así que su hermano consiguiese un crédito enorme con la victoria. Según el criterio de la mayoría de los senadores, incluso los de aquella generación que había alcanzado la madurez entre 218 y 201, Escipión no había pasado mucho tiempo de su vida adulta en Roma. Su primer consulado había estado seguido de controversias, marcado por los rumores de su voluntad de utilizar medios cuestionables para asegurarse el mando de África y por el escándalo de Pleminio. Aunque militar brillante y comandante inspirado, Africano fue un político mediocre que tenía dificultad para conseguir sus objetivos en el Senado de manera tranquila y sin llegar a la confrontación. En el siglo siguiente, Pompeyo el Grande, otro soldado coronado por el éxito, que no estaba acostumbrado a la política cotidiana de Roma, fracasó al no hacer el mejor uso de sus riquezas y su presti-

gio cuando, finalmente, regresó a la capital. Escipión Africano era el ex cónsul más distinguido de su época, nombrado el primero de la escala senatorial como *princeps senatus*, al menos durante una década, con sus propias riquezas y hazañas a añadir a las de su familia, pero también era políticamente vulnerable. En el sistema romano había siempre hombres ambiciosos que esperaban poder atacar a cualquiera de los senadores notables que se mostrara débil.[16]

Unos años después de su retorno de Asia, ambos hermanos sufrieron un proceso en los tribunales, y aunque los relatos sobre aquellos juicios con que aún contamos son contradictorios, el principal cargo era el de malversación de fondos efectuada durante la Guerra Siria. Ambos rechazaron contestar a las acusaciones y confiaron en sus pasadas hazañas y en su reputación para demostrar que eran fieles servidores del Estado. Africano hizo pedazos públicamente los libros de las cuentas de la guerra de su hermano para mostrar su desprecio por las acusaciones. Cuando, en el aniversario de Zama, se volvió a convocar su propio juicio, declaró que trataba de subir a los templos de la tríada Capitolina para dar gracias por su victoria. La mayoría del tribunal, a excepción de los acusadores y sus esclavos, y los numerosos espectadores que se apiñaban en el Foro se pusieron rápidamente a su favor, terminándose los procedimientos por ese día. A pesar de esta demostración de carisma, que en su momento le había servido para estimular a sus soldados, y a la popularidad que aún conservaba entre el pueblo, se renovó la acusación y pocos senadores apoyaban de manera activa a los dos hermanos. Africano, deprimido por la ingratitud de un Estado al cual había servido con tanta dedicación, se retiró en un exilio voluntario a su villa de Liternum, donde murió poco des-

pués en 187, o en 184 según algún testimonio mucho menos probable. Lucio alegó en su defensa mala salud y se retiró de la política.[17]

Catón, el mismo que como cuestor, en el 205, había atacado la conducta de Escipión en Sicilia, estuvo relacionado con las acusaciones contra los hermanos y contra muchas otras de las más importantes personalidades de las décadas siguientes. Era un *novus homo*, uno de los numerosos miembros del orden ecuestre cuyo probado coraje había impulsado su ingreso en el Senado durante la guerra. No era el único hombre nuevo que conseguía el consulado en esos años, pero esto y su época de censor le ayudó a forjarse la gran influencia que con el tiempo ejercería. Durante toda su carrera, Catón se presentó él mismo como un defensor de la moral y las virtudes tradicionales romanas en contra de la influencia corrupta que llegaba del extranjero y, en especial, de la cultura griega. Como cónsul en 195, pronunció discursos sin éxito contra la anulación de una ley, aprobada el 215, en plena guerra, que restringía la cantidad que las mujeres romanas podían gastarse en ropas y joyería. Como censor en 184, utilizó todo su rigor para limpiar las filas del Senado y del orden ecuestre de hombres que él consideraba incapaces, de manera destacable Lucio Flaminino. Durante su larga vida tomó parte en cuarenta y cuatro acusaciones, muchas más que la mayoría de los principales senadores, más dispuestos a defender a sus amigos en los tribunales que en acusar a sus enemigos. Siempre criticó el filohelenismo público de hombres como Tito Flaminino, y la creciente popularidad entre la elite romana de la educación, la filosofía y la religión griegas.

Catón es una de las figuras menos atractivas de toda la historia romana. En su manual sobre la organización de las granjas, el *De agricultura*, recomendaba vender los esclavos que se habían hecho demasiado viejos para trabajar, aunque no explicaba dónde se podía encontrar un comprador. Desde la óptica moderna es fácil condenarlo como un simple reaccionario, cuya hostilidad a aprender griego es sencillamente otra razón para que esta figura aparentemente tan puritana le desagrade a uno. Pero eso significaría no entender la naturaleza de la política romana de ese periodo. Un «hombre nuevo» tenía que competir con las familias ya establecidas, cuyos nombres le eran familiares al electorado por las hazañas realizadas por las generaciones pasadas. Para alcanzar éxito tenía que convertir su propio nombre en tan famoso y reconocible instantáneamente como los suyos, y la mejor manera de hacerlo era insistir en una imputación a cada oportunidad que se le presentara. Catón decidió mostrarse a sí mismo como un sencillo romano procedente de una familia patriótica, aunque pobre que, a pesar de sus éxitos políticos, continuó llevando un estilo de vida muy frugal, en abierto contraste con el talante decadente de quienes le rodeaban. En sus *Origines*, la primera historia de Roma en prosa escrita en latín, no mencionaba a los generales romanos por su nombre, negándose a celebrar victorias pasadas únicamente por el papel desempeñado por los comandantes aristocráticos más que por el de todo el Estado. Para aumentar el desaire, sí que citaba el nombre del elefante más bravo del ejército de Aníbal, un tal *Surus* (*Sirio*). Sin embargo, Catón no era tan implacable en su oposición a las influencias extranjeras como sus afirmaciones públicas pudieran sugerir. *De agricultura* estaba influido por la extensa literatura púnica sobre el tema. Aunque le gustaba mostrar un menosprecio

por la cultura y la literatura griegas, parece que las conocía bien, llegando incluso a hacer una divertida referencia a Homero en una conversación que mantuvo con Polibio. La contribución de Catón a la literatura latina, más que un rechazo total de los saberes griegos reflejaba el deseo de competir con ellos.[18]

En el último siglo, la mayor implicación de Roma en el exterior la había puesto en muy directo contacto con la cultura helenística. Algunos senadores adoptaron sus ideas y la manera de vivir, haciendo todo lo posible por mostrarse a sí mismos más filohelénicos que sus pares. Otros, como Catón, se guían el camino opuesto, mostrando el rechazo público a las influencias griegas. Por tradición, los romanos habían estado dispuestos siempre a introducir religiones extranjeras en su ciudad, absorbiéndolas en la religión del Estado. En 205, el descubrimiento y la interpretación de un oráculo sibilino condujo al Senado a decidir introducir el culto a la Madre Idaea. Después de mantener una negociación con el reino de Pérgamo, la piedra negra que representaba a la diosa fue transportada por mar hasta Ostia. Allí le dio la bienvenida una multitud de distinguidas matronas, encabezada por Publio Cornelio Escipión Nasica, el primo mayor de Africano, que había sido elegido como el mejor hombre de Roma. Las mujeres transportaron la piedra a mano, pasándosela de una a otra hasta que quedó instalada de manera formal en el templo de la Victoria en el Palatino. En 186, otro culto oriental, los rituales ofrecidos a Baco, el dios del vino, se suprimieron de manera drástica en toda Italia por orden del Senado. En este caso se percibía la religión importada como una amenaza al Estado, debido a que sus prácticas se consideraban inmorales y quizás también a que no hubiera sido regulada por los sacerdotes senatoriales.[19]

Roma formaba ahora, con mayor firmeza, parte de un mundo mediterráneo mucho más amplio, gobernando como provincias las islas más importantes y España, mientras que en Oriente actuaba como ábitro en las disputas que surgían entre sus aliados. Con el tiempo, el profundo amor por la cultura helenística echaría raíces entre la aristocracia romana, sin cambiar su naturaleza esencial. Como resultado de aquellas guerras culminadas en éxitos afluyeron hacia Italia grandes cantidades de botín y de esclavos. La riqueza se invirtió en enormes fincas rurales, o «latifundia», trabajadas mediante una mano de obra servil. Posteriormente se presentaría una gran preocupación, porque la tendencia a la formación de esas enormes fincas había sustituido a los pequeños campesinos granjeros, que habían constituido desde siempre la columna vertebral de las legiones, pero durante las primeras décadas del siglo, Roma estaba plena de confianza. Había sido superada la gran prueba de la invasión de Aníbal y ahora se encontraba recogiendo las recompensas de su poder. Por lo que se refiere al exterior, el comportamiento de los magistrados y de los embajadores romanos se fue convirtiendo cada vez en más arrogante.[20]

El resurgimiento cartaginés, 201-150 a.C.

En los años que siguieron al 201, Cartago vivió un breve periodo de confusión política. Como de costumbre, la carencia de fuentes que nos presenten los hechos desde una perspectiva interna hace muy difícil conseguir saber con cierta exactitud qué fue lo que sucedió, pero parece ser que se trató de una extendida insatisfacción popular por el dominio de la vieja oligarquía. Parece que Aníbal continuó durante varios años al mando de lo que había quedado del ejército púnico, aunque una fuente posterior dice que puso a los soldados a hacer de granjeros. En 196 fue elegido como sufete,

y empezó una serie de enfrentamientos con otro magistrado, al que Livio llama un «cuestor», y con el Consejo de los Ciento Cuatro, acusando a muchos de ellos de robar al Estado. Declaró que la deuda que tenían con Roma se podría pagar fácilmente si se eliminaba la corrupción que existía entre los funcionarios del Estado. Aníbal reforzó el poder de la Asamblea Popular a expensas de la oligarquía, pero tuvo que enfrentarse a una durísima oposición de sus enemigos políticos. Algunos de éstos fueron a Roma y le acusaron de estar intrigando con Antíoco III para enfrentarse a los romanos. A pesar de la oposición de Escipión Africano, el Senado decidió intervenir y, en 195, envió una comisión formada por tres personas para acusar públicamente a Aníbal en Cartago. Su año de cargo como sufete acababa de expirar en ese momento y, conocedor del poder de sus enemigos, Aníbal huyó de la ciudad y marchó al exilio hacia el este, yendo primero a Tiro, la antigua madre patria, y finalmente a la corte de Antíoco. Demolieron su casa y le confiscaron las posesiones que le quedaban.[21]

Quizás la revisión que hizo Aníbal de las finanzas públicas tuvo el deseado resultado para Cartago, pues rápidamente empezó a recuperarse del esfuerzo de la guerra librada contra Roma. En diez años, el Estado pudo entregar a Roma el resto de aquella deuda de guerra de cincuenta años, aunque los romanos lo rechazaron, al preferir que se mantuviese aquel recordatorio anual de la derrota de Cartago. Aunque habían perdido algunas tierras en beneficio de la Numidia de Masinisa, los cartagineses controlaban todavía la mayor parte de su fertilísimo territorio, y no pasó mucho tiempo antes de que la producción agrícola creciera con rapidez. Como ya se ha mencionado anteriormente, la mayor parte del grano que alimentaba a los ejércitos romanos de Oriente procedía

de Cartago. El comercio parecía haber resucitado y los mercaderes púnicos se habían convertido de nuevo en una presencia familiar en los mercados del Mediterráneo, incluida Roma. No está claro si la comunidad cartaginesa de Roma había abandonado la ciudad durante las guerras, pero nos han llegado noticias de arrestos de sospechosos de espiar llevados a cabo por los romanos tanto en la Primera como en la Segunda Guerra, aunque parece ser que se trataba de esclavos. Los registros arqueológicos nos hablan de un elevado nivel de prosperidad, reflejada en las numerosas construcciones de excelentes casas nuevas en Cartago y de una rica cultura material. El enorme puerto circular de la marina púnica, todavía visible en la actualidad, se construyó o sufrió una importante restauración durante los años que separaron a la Segunda de la Tercera Guerra Púnicas y su tamaño es otro indicio de la opulencia de la ciudad. Desde el punto de vista económico, no parece que los cartagineses sufrieran a largo plazo como resultado de sus derrotas.[22]

Aníbal no vivió lo suficiente para sentir hablar de esta nueva prosperidad, ni siquiera desde lejos. Comandó una flota estando al servicio de Antíoco durante la guerra contra Roma, y las fuentes romanas nos lo describen animando constantemente al rey para que invadiera Italia. Sostenía que ésta era la única manera de vencer a los romanos. Cuando Antíoco firmó la paz con Roma, una de las condiciones era que debería entregar a Aníbal y a algunas otras personalidades destacadas. Antes de que eso pudiera ocurrir, Aníbal escapó una vez más y en esta ocasión terminó en la corte del rey Prusias de Bitinia, en 183. Presionado por una delegación romana, que consideró sospechoso el ofrecimiento que el rey le había hecho de concederle refugio, Prusias hizo rodear por

sus soldados la casa de campo donde se encontraba el viejo general. Sin poder escapar, Aníbal tomó un veneno y acabó con su vida.[23]

Tanto Aníbal como Escipión acabaron sus vidas en medio de la frustración. Una leyenda afirma que los dos hombres se encontraron una vez más en Éfeso, en una ocasión en que Escipión formaba parte de una embajada romana enviada a Antíoco III. Se cree que el romano le preguntó a Aníbal quién pensaba que eran los generales más grandes de la historia. Como respuesta, le dio el nombre de Alejandro Magno, de Pirro y de él mismo, por ese orden. Cuando Escipión le preguntó qué habría contestado si hubiera vencido en Zama, el cartaginés le respondió que, en ese caso, se hubiera situado en primer lugar, adulando cuidadosamente a los otros dos. Es posible que esta anécdota sea apócrifa, pero hoy en día sigue aún abierto el debate sobre los méritos relativos de estos dos comandantes y su comparación con los demás «grandes capitanes» de la historia. Aunque pueda aportarnos una diversión entretenida, se trata en definitiva de una búsqueda infructuosa. Sencillamente, es mejor decir que ambos fueron unos comandantes excepcionalmente dotados para los niveles y la cultura de su tiempo, que sirvieron a sus Estados con toda su capacidad y que consiguieron victorias destacables contra fuerzas superiores, incluso aunque, finalmente, uno de ellos fuera derrotado.[24]

Tercera parte

LA TERCERA GUERRA PÚNICA
149-146 A.C.

Capítulo 14
«DELENDA CARTHAGO»

El enfrentamiento final entre Roma y Cartago duró tan sólo cuatro años y finalizó con la destrucción total de esta última. La guerra se libró totalmente en terreno africano, cuando los invasores romanos pugnaron por tomar la capital del enemigo y, de hecho, su resultado nunca fue puesto en duda, a no ser que los romanos hubieran decidido abandonar la expedición. La responsabilidad de los conflictos más antiguos no siempre es fácil de adjudicar, pero no hay duda de que la Tercera Guerra Púnica la provocaron de manera deliberada los romanos, que habían tomado la decisión enteramente consciente de destruir a su antiguo enemigo. Los negociadores romanos explotaron de manera descarada la voluntad de los cartagineses de otorgar concesiones (con el objetivo de evitar la guerra contra Roma), aumentando sin tregua sus peticiones para forzar la aparición de un conflicto ante un enemigo debilitado. Se trató de un alarde mucho más infame que cualquier otro de los ejemplos que se recuerdan de la proverbial «perfidia púnica». Si seguimos las pautas de la estrategia moderna, la guerra era innecesaria, puesto que Cartago no suponía de manera alguna una amenaza real para Roma. Con el fin de entender el por qué los romanos se embarcaron en una política tan descaradamente cruel, debemos tener en cuenta de nuevo la actitud romana hacia la guerra y las peculiares condiciones de mediados del siglo II a.C.[1]

Desde el año 201, los cartagineses se habían mostrado en todo momento como aliados leales de Roma. Habían suministrado grano a los ejércitos romanos y, en 191, enviaron la mitad de su escasa marina para que se uniera a la flota que se encontraba operando contra Antíoco III. Con la ayuda de la reforma que impuso Aníbal en las finanzas del Estado, la

indemnización anual se había ido pagando de manera regular hasta el cumplimiento total de ésta en 151. En una serie de disputas fronterizas con la Numidia de Masinisa, Cartago se sometió al arbitraje de los romanos, incluso a pesar de que éstos siempre habían favorecido al rey abiertamente o de manera encubierta. Hubiera o no algo de cierto en la acusación, fueron nobles cartagineses quienes informaron de los supuestos tratos de Aníbal con Antíoco, lo que le obligaría a huir en 195. También arrestaron y juzgaron a su agente, Ariston de Tiro, enviado en 193 a animar a la ciudad a que apoyara a los seléucidas para que lucharan contra Roma, aunque Ariston pudo escapar antes de que se terminara el juicio. Se envió a Roma una delegación para informar sobre este incidente y asegurar la continua lealtad del Senado de Cartago. Se dice que, en esta mitad del siglo, la política cartaginesa estaba dominada por tres facciones principales, un grupo que favorecía a Roma encabezado por Hannón el Grande, otro que apoyaba a Masinisa, dirigido por Aníbal el Estornino, y el último que recibía su apoyo de los ciudadanos más pobres y dirigido por Amílcar el Samnita y por Carthalo. El sobrenombre de Amílcar provenía quizás de que su padre o algún abuelo habría servido con Aníbal en Italia, y también tenemos noticias de un Magón el Brucio en este periodo, cuyo nombre sugiere una relación parecida, pero no está del todo claro que el partido demócrata tuviese que estar tan íntimamente asociado con los Bárcidas como han afirmado algunos estudiosos. Ninguno de estos grupos parece haber sido abiertamente hostil a Roma. No queda claro si la renovada prosperidad de la ciudad se tradujo en alguna clase de rearmamento, ya que, aunque nuestras fuentes literarias afirman que no era así, las excavaciones efectuadas en el puerto militar sugieren lo contrario. Lo que sí es cierto es

que, mediado el siglo, los cartagineses no se encontraban en condiciones de lanzar una ofensiva seria contra Roma, ni aunque lo hubieran querido. Incluso así, es evidente que los romanos temían cada vez más a sus aliados en este periodo concreto.[2]

La cancelación de la deuda de guerra de cincuenta años en 151 puso punto final al recordatorio anual de la derrota de Cartago y a su estado de ciudad subordinada. Los tratados estipulando un periodo fijo de paz entre dos Estados eran una característica común en los asentamientos griegos cuando acababa un conflicto, pero extraños entre los romanos, quienes esperaban que sus guerras tuvieran unas consecuencias más duraderas. En 265, Cartago había pasado de aliado antiguo y lejano a enemigo, un cambio permanente según la percepción que los romanos tenían de ella. Roma no estaba nunca contenta con las alianzas que implicaban un cierto nivel de igualdad con un antiguo adversario. La guerra se reinició rápidamente con Macedonia en 200, y otra vez cuando Perseo pareció aumentar su fuerza y su grado de independencia. De un aliado leal se esperaba que se sometiera a la injerencia romana, especialmente en asuntos exteriores, siempre que fuera en interés de Roma. Entre los años 241 y 218, los romanos habían ocupado Cerdeña e intervenido en España, obligando a que los líderes púnicos hiciesen concesiones sin imponerse a sí mismos restricción alguna, y esta actitud continuó después del 201. Pasado el año 151, Cartago dejó de pagar la deuda anual que tenía con Roma. La ciudad era próspera y el poder que ejercía sobre el norte de África todavía era considerable, incluso aunque se hubiera perdido algún territorio en favor de Numidia. Según la tradición bélica púnica, no se esperaba que un Estado derrotado, especialmente sin haber sido conquistado ni absorbido, permanecie-

se para siempre sometido al vencedor. Solamente los romanos pensaban de esta forma. Los cartagineses ya no serían nunca más unos aliados dependientes de Roma sin ambigüedades. Cuando un antiguo enemigo, y además alguien que había puesto a Roma al borde de la derrota final, se había vuelto una vez más fuerte e independiente, se convertía de manera inmediata en una amenaza. Éstas fueron las raíces del temor creciente de los romanos hacia Cartago.

Catón era quien personificaba esa manera de pensar. A mediados de siglo, el «hombre nuevo» que había luchado en Tarento, Metauro y África se encontraba entre los miembros del Senado que contaban con una mayor influencia y eran más respetados, siendo uno de los pocos de su generación que todavía participaban de manera activa en los asuntos de Estado. Probablemente en 153 formó parte de una de las embajadas enviadas para realizar un arbitraje en una disputa entre Cartago y Masinisa. Se encontraba en esa época a finales de la setentena, pero era aún un orador vigoroso y enérgico. La delegación romana quedó profundamente impresionada por el gran aumento de la riqueza y de la población de su antiguo enemigo. A su regreso a Roma, Catón comenzó a finalizar cada uno de los discursos que pronunciaba en el Senado con la misma frase: «Cartago debe ser destruida.» Se dice que, en una ocasión, se le cayeron unos higos de los pliegues de su toga. Éstos, informó a una audiencia impresionada por su tamaño, han crecido en un país que se encuentra a tan sólo tres días de viaje por mar. Catón exageró la velocidad con que una flota púnica podía alcanzar Roma, aunque se podía llegar a la Italia meridional en unos pocos días, y algunos estudiosos han especulado de manera insustancial si sencillamente había comprado los higos en Roma o incluso si eran de su propia finca. Se trató de un gesto sim-

bólico, pero tan potente que nuestras fuentes han considerado que valía la pena repetirlo y que aún se recordaba. Otro preeminente senador, Escipión Nasica, rivalizaba con Catón al finalizar sus propios discursos sosteniendo la opinión de debía mantenerse a Cartago. Se decía que aquél creía que la presencia de un fuerte rival conservaría intactas las virtudes romanas, argumento que se convertiría en un lamento continuo durante el siglo siguiente cuando Roma se precipitó en una serie de guerras civiles. Parece que, en ese momento, eran pocos los romanos que estaban de acuerdo con él. Plutarco afirmó que fue principalmente la influencia de Catón la que convenció a Roma a destruir Cartago, y en algunos manuales modernos destaca también la persistente malevolencia de aquel anciano. Lo mismo que sucedería con otros numerosos elementos de su carrera, parece que Catón expresó el sentir de la mayoría de la población.[3]

A partir del año 150 d.C., en Roma se vivía en medio de un creciente sentimiento de inseguridad. Las guerras de las primeras décadas del siglo las habían ganado con suma facilidad los ejércitos romanos, compuestos de oficiales y soldados altamente experimentados. Gradualmente, la generación que había sostenido la guerra contra Aníbal fue haciéndose demasiado mayor para el servicio militar y, con ella, desparecieron sus conocimientos y su preparación. La falta de continuidad en las legiones romanas formadas por milicias significaba que, a medida que un ejército era desmovilizado, debía reiniciarse el proceso de preparación de nuevas tropas. Soldados experimentados se veían sustituidos por hombres más jóvenes que desconocían que los éxitos militares de Roma se basaban fundamentalmente en la instrucción, en una cuidadosa preparación logística y en un liderazgo cualificado; creían, por contra, que los éxitos eran sencillamente de-

bidos al hecho de que ellos eran romanos. El segundo cuarto del siglo fue testigo de un número inferior de tropas en armas y de campañas relativamente escasas. En 155, la tribus lusitanas emprendieron una serie de duras incursiones en la provincia romana de la Hispania Ulterior, ataques que fueron ganando importancia a medida que se conseguían éxitos. En 154 fue muerto un pretor romano y su ejército seriamente derrotado. En 153, los celtíberos infligieron varias derrotas a un ejército consular dirigido por Quinto Fulvio Nobilior. Las noticias que llegaban sobre la dura y peligrosa lucha que se sostenía en España sólo provocaron una crisis menor en Roma cuando muy pocos hombres se ofrecieron voluntarios para servir en un ejército que se estaba reclutando con el fin de enviarlo contra los celtíberos, al mando de Lucio Licinio Lúculo, en 151. Sólo el ejemplo mostrado por Publio Cornelio Escipión Emiliano, nieto de adopción de Africano, que públicamente se ofreció voluntario para servir como tribuno, convenció a un número suficiente de hombres para que se presentaran. De hecho, la guerra ya había terminado antes de que llegara Lúculo, pero, ansioso de gloria y riquezas, el pretor envió su ejército contra una tribu amiga, que se rindió solamente para sufrir una matanza a traición. Una atrocidad parecida sucedió al año siguiente, cuando el pretor de la Hispania Ulterior, Publio Sulpicio Galba, que ya había sido derrotado en una ocasión por los lusitanos, ofreció la paz a los habitantes de las tribus. Prometiéndoles asentarlos en una buena tierra de cultivo, Galba dividió a los lusitanos en tres grupos, los desarmó y, a continuación, ordenó a sus legionarios que hicieran una carcinería con aquellos guerreros indefensos. Uno de los pocos que lograron escapar de la matanza fue un hombre llamado Viriato que, más adelante, se mostraría como un líder carismático y un férreo adversario de Ro-

ma. Durante más de una década, los romanos se enfrentaron a una dura lucha tanto contra los lusitanos como contra los celtíberos. Finalmente consiguieron sobornar a uno de sus subordinados para que asesinara a Viriato el año 140, pero les llevó otros siete años y masivos recursos antes de poder tomar la principal fortaleza celtíbera en Numancia. A su vuelta a Roma, Galba fue acusado por su incumplimiento de la *fides*, la apreciada lealtad a Roma, y Catón se unió al bando acusador. Inesperadamente Galba fue absuelto, después de llevar a sus hijos llorando ante el tribunal y obligándoles a suplicar por la vida de su padre. Más tarde iba a ser uno de los oradores más famosos de Roma.[4]

Las derrotas sufridas en España mostraron claramente la inexperiencia de la mayoría de los ejércitos romanos. La sustitución anual de los gobernadores provinciales y la rareza de las promagistraturas animaban a los comandantes a buscar la gloria antes de verse sustituidos, y no les ofrecía tiempo suficiente para convertir a sus soldados en un ejército eficaz. Esta situación importó mucho menos durante la primera parte del siglo, cuando la calidad de los hombres disponibles en Roma era más elevada. Incluso en ese momento, la presión por alcanzar éxitos en un sólo año de cargo había animado a Flaminio a empezar negociaciones de paz con Filipo V, en 198, sólo para romperlas y lanzarse a la conquista de una victoria militar una vez se amplió su mando para otro año más. Las sucesivas derrotas menguaron la moral y provocaron que fueran más probables posteriores reveses. El fracaso al no poder proteger a los aliados que se encontraban en las comunidades hispánicas animó a éstas a desertar, apareciendo así más enemigos contra los que luchar. En un momento dado, una gran parte de la Hispania Ulterior se había sometido a Viriato. Las pérdidas en España caían suficiente-

mente lejos como para no significar una amenaza directa sobre Italia, pero supusieron un buen golpe al prestigio romano. Las dificultades que encontraban para conseguir oficiales y soldados para ir a España en 151 fueron especialmente chocantes, ya que incluso la crisis de la invasión de Aníbal no había provocado entre la ciudadanía romana un rechazo tan claro a servir.[5]

Apiano dice que el Senado romano decidió en secreto buscar un pretexto para empezar la guerra contra Cartago poco después de que Catón regresara de África. Puede que haya una relación, o quizás no, pero sus acciones ponen de manifiesto que ésta era claramente su actitud allá por los años 150-149 y es probable que el pago del último plazo de la indemnización de Cartago en 151 contribuyera a tomar esa decisión. Todo lo que ahora necesitaban los romanos era una excusa para comenzar la guerra. Sus aliados númidas iban a proporcionársela muy pronto.

El reino de Masinisa, 201-150 a.C.

Catón sirve de vínculo de unión entre la Segunda y la Tercera Guerras Púnicas de la misma forma en que las carreras de Hierón, Fabio Máximo y Marcelo habían actuado como nexo entre la Primera y la Segunda. Masinisa era otra de las conexiones con el pasado. En 150 tenía ochenta y ocho años de edad, pero todavía mantenía la forma suficiente como para cabalgar sin silla, como lo hacía su pueblo, y conducir a sus hombres a la batalla. Al morir dos años más tarde, el rey dejó un hijo de cuatro años, uno de los diez muchachos, entre legítimos e ilegítimos que había engendrado en su larga existencia. Habiendo pasado la mayor parte de su juventud en Cartago, el númida poseía un amplio conocimiento de la cultura púnica e hizo bastante por introducir muchos de sus aspectos, desde la literatura hasta la religión, en un reino

que él había luchado por crear a partir de las tribus independientes de su pueblo. Se trataba de potenciar la vida urbana, aunque no está nada claro hasta qué punto los núcleos urbanos se hallaban habitados por una población inmigrante más que por númidas convencidos de abandonar su modo de vida nómada. Masinisa entregó a cada uno de sus hijos una extensa propiedad rural para ser convertida en granja trabajándola con los métodos púnicos más modernos, al ser muy consciente de que la promoción de la agricultura reforzaría el reino y ofrecería poder a quienes controlaran los nuevos recursos productivos. A pesar de su admiración por la cultura púnica y su distinguido servicio con sus ejércitos en España, Masinisa desplegó una enconada hostilidad hacia sus anteriores aliados por todo su reino.[6]

El tratado de 201 había incluido de una forma bastante vaga la cláusula de que Cartago tenía que devolver a Masinisa todo el territorio que había pertenecido a él o a sus antepasados. Apiano afirma que el límite de las tierras púnicas estaba señalado por las «trincheras fenicias», aunque la situación exacta de éstas ha sido muy difícil de establecer con cierta precisión. La vaguedad del tratado animó a Masinisa a ocupar una extensión cada vez mayor del territorio cartaginés, afirmando que, en su momento, habían pertenecido a su pueblo. Finalmente, sus exigencias llegaron a tal punto que a los pobladores púnicos nada más les pertenecería la zona de Byrsa, el asentamiento original en la colina de Cartago que, según el mito de Elishat, habían recibido de manos del mandatario local. Las delegaciones romanas enviadas para tratar de resolver las disputas que surgían entre sus dos aliados fallaban de manera repetida a favor del rey, que consiguió ga-

nar así extensas áreas de tierra fértil y, finalmente, los importantes puertos costeros de la zona conocida como Emporia.[7]

Finalmente, los políticos dispuestos a apaciguar y a complacer a Masinisa fueron expulsados de la ciudad alrededor del 152-151 y el Partido Popular consiguió un dominio temporal. Los líderes exiliados se refugiaron donde el rey, que envió a sus hijos Gulussa y Micipsa a exigir su restitución. En otro tiempo, Gulussa había actuado como representante del rey en Roma, pero, en esta ocasión, ni siquiera se permitió que los hermanos entraran en Cartago. Cuando regresaban, Amílcar el Samnita y un grupo de seguidores rodearon la comitiva de Gulussa y mataron a varios de sus ayudantes. En 150, los númidas empezaron una vez más a atacar territorio púnico, saqueando las tierras y asediando una ciudad llamada Oroscopa, cuya ubicación es desconocida. Por primera vez desde el 201, Cartago decidió librar otra guerra sin tener en cuenta el arbitraje romano o su aprobación, y formó un ejército de veinticinco mil hombres de a pie y cuatrocientos de a caballo al mando de Asdrúbal. Las crónicas dicen que reclutaron la caballería en la capital, por lo que es de creer que fuesen ciudadanos. Eran muy pocos, pero recibieron un buen refuerzo cuando un enfrentamiento entre los hijos de Masinisa y dos caudillos tribales númidas, Asasis y Suba, llevó a éstos a desertar con seis mil jinetes de la caballería ligera. Asdrúbal consiguió cierta ventaja en algunas escaramuzas menores y siguió al ejército númida cuando éste inició deliberadamente la retirada, atrayendo al enemigo hacia un terreno más escabroso, donde tanto la comida como el agua eran difíciles de conseguir.

Finalmente, Masinisa decidió presentar batalla y, después de un largo día de lucha, ningún bando pudo conseguir una ventaja decisiva. Escipión Emiliano, que se encontraba en África haciendo uso de su vínculo familiar con Masinisa con el fin de convencer al anciano rey para que equipara elefantes para el ejército de Lúculo en España, observó a cierta distancia la batalla. Asdrúbal se retiró a su campamento en la colina y dieron comienzo las negociaciones, con Escipión actuando de intermediario. El trato se rompió cuando los cartagineses se negaron a entregar a Asasis y a Suba para ser castigados. El ejército de Masinisa construyó un muro y una zanja rodeando el terreno elevado que ocupaba el enemigo, un conocimiento práctico que probablemente habían aprendido sirviendo en el ejército romano. No contando con suministros, y sin querer admitir la derrota o buscar una salida, el ejército de Asdrúbal consumió pronto las provisiones que transportaban las mulas de intendencia. Inmovilizados allí, los cartagineses sacrificaron y se comieron primero los animales de carga y de tiro y, a continuación, las mucho más valiosas monturas de la caballería. La leña que utilizaban para cocinar la carne, que ahora constituía la mayor parte de su dieta, se terminó pronto, por lo que los soldados cortaron sus escudos en pedazos para quemarlos. Parece ser que Asdrúbal esperaba que los númidas quedaran también sin suministros y se dispersaran, pero el ejército que Masinisa había formado durante su reinado estaba claramente mucho mejor organizado y era una fuerza mucho más eficaz que cualquier otro de los que, en el pasado, las tribus hubieran reunido nunca sobre un campo de batalla. Finalmente, Asdrúbal se rindió, prometiendo que Cartago pagaría una deuda de guerra durante cincuenta años y que recibiría a los aristócratas exiliados que habían huido con Masinisa. Cuan-

do el ejército cartaginés marchaba para rendirse fue atacado por un grupo de la caballería númida, dirigida por Gulussa y muchos de ellos murieron. Es imposible saber si el ataque fue o no premeditado y si, de haberlo sido, Masinisa se hallaba implicado, pues es bien sabido que es igualmente difícil llegar a conocer quién ha tenido la responsabilidad en matanzas parecidas pero más recientes. Tanto Asdrúbal como muchos de sus oficiales lograron escapar.[8]

La respuesta romana

La capacidad de Cartago para crear un ejército y disputar una guerra, aunque no tuviera éxito, confirmó los temores y las sospechas de los romanos. El tratado del 201 prohibía de manera explícita la declaración de guerra en África sin la aprobación romana. Seguramente era suficiente como para justificar una enérgica protesta, pero el Senado romano, ya con una mayor experiencia diplomática después de haber pasado cincuenta años de estrecha relación con el mundo helenístico, buscaba un pretexto más consistente para empezar la guerra. Entretanto, habían comenzado los preparativos para llevar a cabo una expedición importante de invasión de África, sin declarar sus propósitos. Como de costumbre, los cartagineses trataron de censurar a su comandante en el campo de batalla y negar su propia responsabilidad por la reciente guerra. Asdrúbal, Carthalo (el líder del Partido Popular) y otros varios oficiales fueron condenados a muerte. Las tropas de Asdrúbal debieron mantenerse leales a su comandante, ya que aparece poco después a la cabeza de treinta mil hombres. Se enviaron embajadores a Roma para quejarse de la provocación de Masinisa y para condenar a los oficiales púnicos que habían ido a la guerra de manera precipitada. La respuesta romana fue la de señalar que, si las autoridades cartaginesas realmente se oponían a la guerra, hu-

bieran condenado a sus comandantes antes de haberse lanzado a la lucha. A la delegación se le dijo de manera críptica que debían «satisfacer al pueblo romano». Una segunda embajada tampoco pudo descubrir qué es lo que los romanos querían decir exactamente con eso.[9]

Llegados a este punto, Útica se pasó a los romanos, proporcionándoles sus puertos una base ideal para llevar a cabo un ataque contra Cartago. En 149, tanto el Senado como los *Comitia centuriata* aprobaron la declaración de guerra. Ambos cónsules iban a ir a África, Manio Manilio al mando del ejército y Lucio Marcio Censorino como almirante de la flota. Al igual que sucedió en 218 y en 205-204, los romanos se concentraron en Lilibeo, en Sicilia, antes de embarcarse con rumbo a África. Entretanto, Cartago envió otra embajada a Roma, a la que el Senado le exigió que fueran entregados en Lilibeo trescientos rehenes seleccionados entre los niños de las principales familias nobles en un plazo de treinta días. Así se hizo, a pesar de que el Senado sólo prometió a los cartagineses que conservarían su territorio y que tendrían libertad para gobernarse por sus propias leyes. La redacción evitaba cuidadosamente mencionar a la propia ciudad de Cartago, una añagaza similar a la justificación técnica esgrimida por Escipión para romper la tregua en 203. Los rehenes fueron enviados a Roma en un magnífico «dieciséis», un barco que probablemente había sido confiscado a la flota macedónica a finales de la Tercera Guerra Macedónica.[10]

A pesar de la aceptación de sus demandas por los cartagineses, los cónsules hicieron la travesía para desembarcar en Útica. Sin saber aún con certeza las intenciones de los romanos, en Cartago se formó otra nueva delegación que fue enviada a los cónsules; éstos la recibieron con gran aparato, sentados sobre una tribuna flanqueada por su estado mayor

y con el ejército formado en orden de parada detrás suyo. Se trató de un despliegue intimidatorio del poderío de Roma, con el que se pretendía convencer a los embajadores que cualquier resistencia a las peticiones de los cónsules era vana. Censorino, elegido en primer lugar por los *Comitia*, y que probablemente era mayor y mejor orador, tomó la palabra en respuesta a su petición, exigiendo que la ciudad reuniera todas sus existencias de armas y armaduras. Una vez más, y a pesar del nerviosismo que les causó la proposición romana, los cartagineses se sometieron. Se dice que entregaron doscientos mil conjuntos de armas, dos mil máquinas para lanzar proyectiles e innumerables jabalinas, flechas y munición para las catapultas. Como de costumbre, debemos poner en cuestión la veracidad de estas cifras y es obvio que las fuentes romanas tenderían a exagerar la preparación militar de la ciudad que estaban a punto de destruir, pero está claro que a los representantes romanos se les entregaron grandes cantidades de armamento.

La arribada al campamento romano del convoy que llevaba esa carga fue el preludio de otra exigencia, si cabe aún más dura. Censorino informó a los embajadores que los cartagineses deberían abandonar su ciudad, toda la población tendría que trasladarse a un nuevo asentamiento que podían situar en cualquier otro lugar que eligieran, pero a condición de que se encontrara al menos diez millas separado de la mar. Cartago sería entonces destruida hasta los cimientos, aunque no se tocarían los sepulcros y los cementerios que en ella había y se permitiría que los cartagineses pudiesen visitarlos en el futuro. Fue un golpe muy duro, pues la ciudad era el centro físico, espiritual y emocional del Estado. El hecho de eliminar los vínculos que cualquier comunidad pudiera mantener con la mar, con esa mar que durante tanto tiem-

po había sido la fuente de la riqueza púnica, convertía ese golpe en doloroso por partida doble. Se cree que Censorino utilizó argumentos platónicos para apoyar la opinión de que la mar tenía una influencia nociva sobre la vida política y social de una ciudad. Al final de esta entrevista los embajadores fueron expulsados sin contemplaciones por los lictores de los cónsules, pero prometieron presentar aquellas condiciones a su propio gobierno. Llegaron incluso a sugerir que la flota romana hiciera una demostración en la bahía de la ciudad para recordar a los ciudadanos la única alternativa que les quedaba, de no aceptar las exigencias de los romanos.[11]

Rápidamente se fueron propalando rumores por Cartago, y una multitud nerviosa rodeó a los embajadores cuando entraron en la ciudad, y esperó en el exterior mientras informaban al Consejo de los Ciento Cuatro. La exigencia romana se rechazó de plano inmediatamente. Fueron linchados algunos hombres que habían estado defendiendo la conciliación con Roma, lo mismo que les sucedió a todos los comerciantes italianos que, para su desgracia, se encontraban en la ciudad. Los Ciento Cuatro votaron a favor de declararle la guerra a Roma y comenzaron los preparativos para conseguir los medios con que llevarla a cabo. Los esclavos fueron liberados y se les alistó en el ejército, al tiempo que Asdrúbal era indultado y se le enviaban mensajes suplicándole que viniera en ayuda de sus desagradecidos conciudadanos. Se le entregó el mando de la propia Cartago a otro Asdrúbal, hijo de una de las hijas de Masinisa, lo que demuestra una vez más los estrechos vínculos existentes entre la nobleza cartaginesa y la númida. Por una vez, los ciudadanos púnicos se lanzaron todos a una y poniendo en ello todo su coraje a contribuir al

esfuerzo de guerra. Se fabricaron armas a toda prisa, las mujeres sacrificaron sus largos cabellos para convertirlos en las cuerdas necesarias para hacer funcionar las catapultas.[12]

La Tercera Guerra Púnica había empezado. Hasta cierto punto, los romanos se sorprendieron de que los cartagineses decidieran finalmente luchar, después de haberse sometido dócilmente a todas las exigencias ultrajantes que se les había hecho. La conducta de los romanos había sido en extremo cínica, ocultando la intención de destruir la ciudad hasta que habían conseguido las mayores concesiones posibles. Cartago parecía encontrarse ahora a su merced, carente de preparación y desarmada. No obstante, la guerra iba a durar hasta el año 146 y demostró ser mucho más dura de lo que los cónsules esperaban.

Capítulo 15
LA TERCERA GUERRA PÚNICA

Cartago era una ciudad enorme y bien fortificada, rodeada por un cerco de unas veinte millas de muralla. De complicado acceso y contando con sus propios puertos, la ciudad era muy difícil de cercar y de someterla a un bloqueo. Una triple línea de defensa, especialmente maciza, compuesta fundamentalmente por una muralla de unos 9 m de anchura y de entre 15 y 20 m de altura, que daba a una zanja de 20 m de ancha y una empalizada de madera, cruzaba las 2 o 3 millas de amplitud que tenía el istmo por el que se accedía a la ciudad desde la banda de tierra. Se había levantado en forma de muralla con casamata de dos pisos que, en la planta inferior, podía cobijar a trescientos elefantes y, en la superior, contaba con establos para albergar a cuatro mil caballos y un cuartel para veinte mil soldados de infantería y cuatro mil de caballería. En 149, los defensores carecían de animales y de un ejército bien organizado, pero los numerosos voluntarios de la población aseguraban que las defensas estuvieran organizadas de manera adecuada.[1]

Los romanos habían reunido una enorme fuerza expedicionaria para atacar esta formidable posición. Apiano afirma que estaba formada por ochenta mil soldados de infantería y cuatro mil de caballería apoyados por cincuenta quincuerremes y cien galeras más ligeras. Si estas cifras son correctas, se trataba entonces del ejército más grande que había entrado en campaña desde Cannas, pero son numerosos los estudiosos que han dado por sentado que Apiano exageraba, o que quizás contabilizara los servidores y todos aquellos que seguían a las tropas hasta los campamentos, además de a los soldados. Se ha sugerido habitualmente que, al tratarse de hecho de cuatro legiones, el ejército debía haber reunido en-

tre cuarenta y cincuenta mil hombres, incluyendo a los aliados. En cualquier caso, significaría que se trataba de una fuerza mayor que el ejército de Africano, en 204, aceptando incluso las estimaciones más elevadas. En un claro contraste con la renuencia de los ciudadanos a servir en España en 151, esta guerra desató una verdadera explosión de entusiasmo, sin que escasearan los reclutas y presentándose numerosos voluntarios a engrosar las filas de las legiones. La perspectiva de que se trataría de una campaña rápida y relativamente fácil, unida a la esperanza de conseguir un enorme botín es indudable que animó a muchos hombres a presentarse, pero es evidente también que luchar contra el mayor enemigo de Roma tenía un atractivo mucho más romántico que el arriesgar la vida y acabar lisiado luchando contra alguna tribu celtíbera de nombre impronunciable. El ejército del 149 era grande, entusiasta y estaba pleno de confianza, pero no se hallaba bien preparado. En Sicilia, Escipión había dedicado más de un año a organizar sus fuerzas para la futura campaña, incluso aunque la mayoría de sus tropas eran viejos soldados con muchos años de experiencia. Los cónsules de 149 emplearon sólo algunos meses para crear desde la nada un ejército que contaba con unos oficiales y unos soldados con mucha menos experiencia de promedio. En este periodo era típica la pobre preparación de las campañas romanas. Cuando el ejército se encontraba aún en Útica esperando a que la lucha diera comienzo empezó ya a estar escaso de suministros, pues los cónsules confiaban conseguir casi todo lo necesario *in situ*, pero se encontraron con que la presencia del poderoso ejército de Asdrúbal, formado por treinta mil hombres, les impedía las actividades de forrajeo. Al contrario que Escipión, parece que no habían acumulado grandes reservas de grano en Sicilia y tampoco habían

organizado un sistema de transportes para llevarlo hasta África. Las legiones, que levantaron su campamento en el mismo lugar, es decir, en *castra Cornelia*, en 149, no resistían la comparación con sus primeros ocupantes.[2]

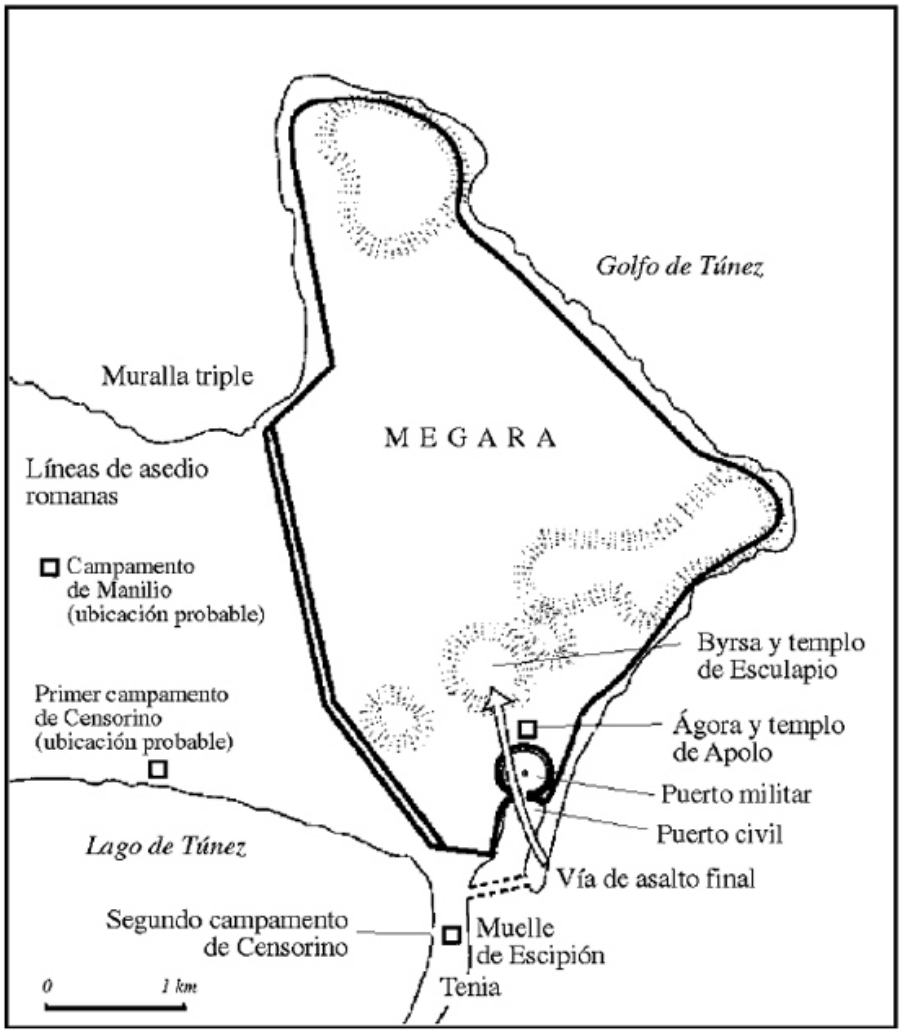
Los cónsules avanzaron rápidamente sobre Cartago tan pronto como tuvieron claro que el ultimátum romano había sido rechazado. Incluso en esta última fase parece que habían esperado que la ciudad capitulara y que sólo sería necesario mostrar un mínimo despliegue de fuerza. Manilio condujo el ejército contra la muralla que protegía el istmo. Censorino llevó la flota para que atacara un sector de la muralla más débil que se encontraba cerca de una punta de tierra que tocaba al lago de Túnez al sur de la ciudad. Algunos hombres desembarcaron y colocaron escalas a mano contra la muralla, mientras que se montaban otras escalas directamente desde las proas de los buques de guerra romanos. Ambos ataques fueron recibidos por una lluvia de armas arrojadizas por parte de los defensores. Sorprendidos por esa firme resistencia, los grupos de asalto dieron media vuelta. Un segundo intento fue también igualmente infructuoso y, al tiempo que crecía la confianza de los defensores, los romanos levantaban campamentos fuera de las murallas. Asdrúbal condujo su ejército hacia el otro lado del lago y se dedicó a realizar incursiones contra las unidades romanas. Un grupo enviado por Censorino a recoger madera cayó en una emboscada preparada por Himilción Fameas y algunos jinetes púnicos: mataron a quinientos hombres. También fracasó un tercer intento de asaltar la ciudad desde ambos lados. Manilio consiguió cruzar la zanja externa y abrir un boquete en la empalizada, pero fracasó al no ser capaz de hacer mella alguna en la muralla principal que cruzaba el istmo.[3]

Como los intentos de escalar el muro no habían tenido éxito alguno, Censorino construyó dos arietes, rellenando una parte del lago para crear una amplia y sólida avenida con el fin de poder transportarlos hasta la muralla. Se cree que cada uno iba acompañado por seis mil hombres, probablemente para hacerlos avanzar y golpear con aquellas máquinas. Uno de los grupos de asalto estaba formado por legionarios mandados por tribunos y el otro por marineros al mando de sus propios oficiales, y entre los dos grupos se abrió paso una gran rivalidad por ser el primero en abrir brecha en el muro. Consiguieron abrir dos, pero los cartagineses se las compusieron para rechazar a los romanos al final del día e hicieron lo que pudieron para, durante la noche, reparar el daño sufrido. Protegido por las sombras de la noche, un grupo hizo una salida por sorpresa y consiguió incendiar las dos máquinas romanas. Aunque no consiguieron destruirlas, el daño fue suficiente para inutilizar ambos arietes. La luz del día reveló que, a pesar de sus esfuerzos, los defensores no habían conseguido rellenar las brechas del muro y que todavía podía utilizarse al menos uno de los boquetes. Conscientes del peligro, los soldados cartagineses formaron detrás de la brecha de la muralla, mientras que una multitud provista sólo de armas arrojadizas se encontraba apiñada en los techos de las casas vecinas. Los romanos formaron rápidamente un grupo de asalto y desencadenaron un furioso ataque sobre el boquete. La arremetida estuvo mal organizada y, después de conseguir un éxito inicial, se atascó. Uno de los tribunos militares, el mismo Escipión Emiliano que había servido con Lúculo y le había pedido elefantes a Masinisa, había mantenido un estrecho control sobre sus hombres. En lugar de seguir a la unidad principal al interior de la ciudad, los situó para que pudieran defender el sector de muralla

que se encontraba junto a la brecha. Cuando la presión cartaginesa siguió aumentando y los grupos de asalto fueron expulsados de la ciudad, los hombres de Escipión evitaron que les mataran por la espalda, cubriéndoles la retirada.[4]

Escipión fue el único oficial principal que consiguió distinciones en las primeras fases de la Tercera Guerra Púnica. El más joven de los cuatro hijos de Emilio Paulo, siendo adolescente había tenido ocasión de comprobar en Pidna cómo era el servicio militar. Al extraviarse al final de la batalla estuvo a punto de ser añadido a la lista de bajas, cuando consiguió regresar junto con algunos amigos, todos ellos manchados de sangre por todas partes debido a una entusiasmada persecución del enemigo. Mientras que los hermanos mayores continuaron conservando el nombre familiar, los dos más jóvenes fueron adoptados por famosas familias que carecían de descendientes masculinos. El tercer hermano se convirtió en Quinto Fabio Máximo Emiliano, mientras que el menor fue adoptado por Publio Escipión, el hijo de Africano, a quien su mala salud no le permitió seguir una carrera política destacable. Los dos hermanos mayores murieron antes que su padre. La aristocracia romana se tomaba la adopción muy en serio y se creía que hombres como Escipión Emiliano combinarían en su sola persona la reputación de ambas familias; además, se esperaba de ellos que superaran la conducta tanto de sus padres reales como la de los de adopción. En 151, Escipión había contribuido con su actitud a animar a que se presentasen voluntarios para librar la guerra celtibérica, al ofrecerse él mismo como tribuno militar. En España consiguió gran renombre al matar a un campeón enemigo en combate cuerpo a cuerpo, un hecho que nos recuerda al joven Marcelo en la Primera Guerra Púnica. Quizás fue su servicio en España el que le enseñó a Escipión la importancia

que tenía llevar a cabo una persecución precavida y alerta, ya que las tribus de la Península eran rápidas en castigar a los atacantes descuidados. Fue una lección que pocos de los demás oficiales romanos parecieron haber aprendido.[5]



MAPA 16. *Sitio de Cartago.*

El campamento de Censorino junto al lago estaba ubicado en un paraje insalubre. A finales de julio se empezó a extender una enfermedad por el campamento, obligando al cónsul a retirarse a una posición cercana al mar. En el momento en

que el viento soplaba a favor, los defensores enviaban barcos con fuego contra la flota romana, infligiéndoles gran número de bajas. Prepararon también una salida contra el campamento de Manilio en el istmo, dando instrucciones detalladas a algunos hombres para que transportaran haces de troncos y maderos para rellenar la zanja que lo rodeaba o hacer puentes en ella. El repentino ataque se produjo de noche y provocó el pánico entre los sorprendidos romanos. Una vez más, Escipión Emiliano consiguió salvar la situación, dirigiendo a un cuerpo de la caballería por la puerta trasera del campamento para, rodeándolo, atacar a los cartagineses por el flanco, rechazándolos en plena confusión. A continuación, el cónsul reforzó las defensas del campamento para evitar que se repitiera aquella situación que estuvo a punto de causar un verdadero desastre. Se construyó otro fuerte cerca de la orilla para cubrir el desembarco de los suministros de los navíos romanos.[6]

Éstos fracasaron en sus intentos por hacer mella en las defensas de la ciudad. Mientras se aproximaba el invierno y su colega volvía a Roma para asistir a las elecciones del año siguiente, Manilio reunió una columna de diez mil soldados de a pie y de dos mil jinetes y la llevó a realizar una expedición para saquear las zonas rurales de los leales a Cartago. No dejaba de ser en buena parte otra manera de presionar al enemigo, pero el propósito principal era el de reunir víveres para hombres y caballos, y madera para cocinar y para la construcción, así como hacer provisiones para aquel invierno que pasarían en las líneas de asedio que rodeaban Cartago. Una vez más, los romanos mostraron su inexperiencia cuando los tribunos que dirigían los grupos de forrajeadores permitieron que los hombres se dispersaran sin tomar precaución alguna. Himilción Fameas, dirigiendo quizás a algunos núm-

das y moros de la caballería que habían desertado de las filas de Masinisa en 150, prepararon una emboscada y atacaron por sorpresa a los forrajeadores romanos, infligiéndoles numerosas bajas. Escipión Emiliano evitó los ataques de este tipo asegurándose de que sus tropas no se dispersaran a excesiva distancia y que siempre hubiera grupos de jinetes y de soldados de infantería formados y preparados para cubrir a los grupos desarmados de forrajeadores. Por el campamento romano comenzaron a circular rumores malévolos, diciendo que Himilción evitaba a Escipión de manera deliberada debido a un vínculo de hospitalidad que se había creado entre uno de sus antepasados y Africano. Eso nos lleva a pensar que, posiblemente, Fameas tuviese una mezcla de sangre púnica y númida o libia. Cuando Manilio llevaba a su columna de regreso al campamento principal, los númidas lanzaron otro ataque nocturno por sorpresa desde el interior de la ciudad. Esta vez el objetivo fue aquella otra fortificación más pequeña que protegía la zona de desembarco de los navíos de transporte. En esa ocasión, Escipión dirigió las diez *turmae*, unos trescientos hombres, y quizás el elemento de la caballería de su propia legión, pero esta vez no atacó directamente a la fuerza que hacía la salida. En lugar de eso, la caballería romana llevaba antorchas encendidas y se dedicaron a avanzar y maniobrar cerca de los cartagineses, intentando dar la impresión de la existencia de un número de fuerzas mucho más elevado. La estratagema funcionó y los nerviosos jinetes se retiraron.[7]

Aunque Himilción Fameas y su caballería se extendieron por una amplia zona, Asdrúbal había retirado su ejército principal hacia el área que rodea Neferis, en la zona de la actual Djebel Zaghouan, situada a menos de veinte millas al sudeste de Túnez. Los cartagineses se encontraban acampa-

dos al otro lado de una pequeña corriente de agua, al final de un valle, en una excelente posición, pues era difícil que los romanos pudieran aproximarse más que formando una estrecha columna. Manilio decidió lanzar un ataque directo contra el enemigo, en una acción agresiva típica de los generales romanos. Y, lo que también se estaba convirtiendo ya en normal en esa época, el ataque estuvo mal planificado, pues los romanos avanzaron directamente según iban marchando, sin detenerse a fortificar su propio campamento ni tampoco a descansar. Metiéndose por el riachuelo, los hombres de Manilio hicieron algún avance y, después de una dura lucha, consiguieron hacer retroceder a los cartagineses hacia un terreno más elevado. Era una fuerte posición y los romanos, debilitados, contaban con pocas posibilidades de éxito en un asalto a la colina. Asdrúbal esperó su oportunidad, sabiendo que los adversarios no podrían mantenerse donde se encontraban y que se verían obligados a retroceder. El tener que abandonar el combate cuerpo a cuerpo con el enemigo había sido siempre una tarea peligrosa y exigente. Esto era especialmente cierto en la posición de Manilio, pues la zona vadeable del río era relativamente estrecha. Asdrúbal atacó cuando los romanos comenzaron a no ver clara la situación, haciendo una matanza entre los legionarios que rápidamente habían sucumbido al pánico. Escipión, que se había mostrado contrario al ataque y que se encontraba una vez más al mando de trescientos jinetes, reunió a algunos hombres más de la caballería y les dirigió en una serie de cargas controladas. Sus hombres avanzaron lo suficiente como para hacer retroceder al enemigo, pero no les persiguieron demasiado lejos, sino que, al contrario, se volvieron a reagrupar para evitar que se rompiera la formación y que los caballos se fueran cansando. La detención del avance carta-

ginés concedió tiempo suficiente para que el grueso de los fugitivos pudieran escapar siguiendo el riachuelo. El tribuno sólo tuvo el tiempo justo de ordenar a sus hombres que retrocedieran antes de ser arrollados, y así fue como regresaron al galope por el arroyo bajo una lluvia de proyectiles. Durante la retirada, cuatro unidades romanas (manípulos o posiblemente cohortes) se separaron del resto y fueron rodeadas en un montículo. Haciendo una demostración de que podía ser muy audaz cuando la ocasión lo requería, Escipión dirigió parte de su caballería en una operación de rescate que tuvo éxito. También consiguió negociar con Asdrúbal y disponer el entierro de varios tribunos muertos mientras huían.

La expedición había sido un desastre. Se convirtió incluso en aún más humillante cuando la columna romana en retirada se vio atacada a un tiempo por Himilción Fameas y por los defensores de Cartago cuando regresaba a su campamento. Las hazañas de Escipión Emiliano habían sido los únicos momentos brillantes en la, por otra parte, funesta operación de las fuerzas romanas, un hecho que sería tenido en cuenta por la comisión senatorial enviada para elevar un informe de las operaciones. Cuando las noticias de sus hazañas llegaron a Roma, Catón citó una vez más a Homero cuando alabó a Escipión como el único hombre capaz en todo el ejército de África. El viejo senador iba a morir pocos meses después, sin poder ser testigo de la destrucción de Cartago. Otro de los vínculos con el pasado, el anciano Masinisa, que tenía ya noventa años, pasó también a mejor vida en los primeros meses del año 148. Escipión, en tanto que descendiente de Africano, su antiguo señor, fue elegido por el anciano rey para hacerse cargo de sus asuntos y dividió el mando del reino entre los tres hijos legítimos de aquél. Los númidas no ha-

bían proporcionado todavía ninguna ayuda significativa al ejército romano, pero Escipión consiguió convencer a Gulussa, que había obtenido el mando de las tropas de Masinisa, para que se uniera a Manilio con una fuerza de caballería ligera. Muy al comienzo de la primavera, el general romano decidió intentar otro ataque a Neferis antes de que llegara un nuevo cónsul a sustituirle. En esta ocasión la expedición estaba mejor preparada, y las legiones llevaban comida para resistir quince días. Se levantó un campamento antes de cruzar el río y se construyó una zanja y un muro que cerraban el valle. Incluso así, la operación concluyó en un segundo fracaso, pero ofreció una oportunidad para la deserción de Himilción Fameas y de dos mil doscientos jinetes suyos, un acto de traición preparado por Escipión. Fue otro ejemplo de la deserción de un oficial púnico relativamente importante, hecho que nunca tuvo parangón entre los romanos. Manilio permaneció enfrentándose al enemigo durante diecisiete días, hasta que se vio obligado a retirar a sus soldados que se encontraban peligrosamente escasos de víveres. El aprieto en que se hallaba sólo se solventó con el regreso de Escipión, después de dirigir a los hombres de Fameas y Gulussa en una expedición de forrajeo. Aclamado por todo el ejército, el tribuno volvió entonces a Roma para presentar a Fameas, a quien el Senado recompensó con un caballo de pura raza, un equipo espléndido, una tienda y una considerable suma de plata. El desertor dio su palabra de que serviría a los romanos hasta la finalización del conflicto.[8]

Solamente fue a África uno de los cónsules del 148: Lucio Calpurnio Pisón Cesonino, quien se llevó con él a Lucio Mancino al mando de la flota, en calidad de *legatus* suyo y como propretor por derecho propio. Al tiempo que mantenían un bloqueo bastante suave a la propia Cartago, los ro-

manos decidieron subyugar las ciudades de segundo orden de la región. El resultado no causó impresión alguna, pues una combinación de ataques realizados por mar y por tierra a Aspis no alcanzó éxito y un asedio a Hippagreta acabaría en nada. El estado de ánimo de los cartagineses alcanzaba ya cotas de entusiasmo, y enviaron una delegación a Macedonia para formar una alianza con Andrisco, uno de los pretendientes al trono de Perseo. Había formado un ejército con tracios e invadido las cuatro *Merides* de Macedonia, derrotando primero a la milicia local y luego al ejército romano, y matando al pretor que se encontraba al mando. Fue la peor derrota que sufrieron los romanos a manos de los macedonios y otra señal evidente de la pérdida de eficacia de las legiones. Los cartagineses recibieron una nueva compensación por la deserción de Fameas cuando uno de los caudillos de Gulussa desertó junto con ochocientos hombres. Asdrúbal, el comandante del ejército en campaña, que en su momento había sido condenado a muerte, había vuelto a gozar de todo el favor hasta el punto de que pudo asumir el mando de la ciudad, sustituyendo al otro Asdrúbal, a quien se acusó de estar tramando una traición con su pariente Gulussa, y que fue linchado.[9]

El regreso de Escipión, 147-146 a.C.

En 148, Escipión Emiliano, en tanto que patricio, se decidió a presentarse al cargo de *curule aedile* para el año siguiente. Las centurias de los *Comitia centuriata* eligieron su nombre en primer lugar para las elecciones consulares, pues venía avalado por los informes de sus recientes hazañas y por el parentesco con su ilustre abuelo. Tenía sólo treinta y seis o treinta y siete años de edad, por lo que se encontraba varios años por debajo de la edad legal para poder optar a la máxima magistratura, pero cuando el cónsul presidente se-

ñaló esta irregularidad, las centurias votantes se mantuvieron firmes en su decisión de que la elección debía recaer en Escipión. Cuando uno de los tribunos de la plebe apoyó sus peticiones y amenazó con declarar invalidada toda la elección, el Senado decidió amañar el resultado. Abolieron la ley que estipulaba las edades mínimas necesarias para obtener las magistraturas importantes, la *lex Villia annalis*, por un sólo año para restablecerla a continuación de manera inmediata. El compañero de Escipión en el consulado, Cayo Livio Druso, miembro de una familia plebeya, pero muy rica e influyente, deseaba para sí mismo el mando de África y sugirió que los dos se lo jugaran a suertes a la manera habitual. De nuevo intervino un tribuno, declarando que ese asunto debería decidirse por votación popular en el *Concilium plebis*, que votó de manera aplastante a favor de Escipión. Gracias a la misma ley pudo reunir un número suficiente de reclutas para volver a completar las filas del ejército que ya se encontraba en África y, lo mismo que había hecho Africano antes que él, se llevó consigo tantos voluntarios como se presentaron.[10]

En esencia, esto es lo que recoge el relato de Apiano sobre la prematura ascensión de Escipión al consulado y al mando del ejército de África. Al igual que en muchos otros casos en los que no se siguió el procedimiento electoral normal y se hicieron nombramientos extraordinarios, es imposible saber ahora qué es lo que sucedió realmente y cuánto de lo que se decidió lo fue entre bastidores y antes de las reuniones públicas. Tampoco conocemos hasta qué punto el propio Escipión buscó por todos los medios hacerse con el cargo más importante, aunque parece bastante probable que hizo cuanto pudo. Tampoco está claro en qué medida otros senadores se oponían a la supresión de la ley en su favor. Seguramente sea un error considerarlo como el triunfo de un político cuyo

apoyo procedía por entero del pueblo, ya que es probable que muchos senadores estuvieran bien dispuestos a favor de Escipión, y otros sencillamente debían creer que era el mejor para realizar esa tarea. Sus antecedentes militares reaparecieron en un momento en el que las derrotas y los desastres en el campo de batalla eran desesperantemente comunes. La emotiva llamada de que se enviaba no sólo a un Escipión, sino además al nieto de Africano a acabar con la nueva amenaza que representaba aquella Cartago próspera y tan exitosa, recibió una respuesta masiva de todas las clases romanas, que tenían un arraigado sentimiento de la importancia de las características familiares. Debería recordarse también que el nombramiento fue mucho menos radical que la decisión tomada para investir a Africano con el *imperium* proconsular y enviarlo a España en 210. Escipión Emiliano sólo tenía cinco años menos de la edad mínima requerida para optar al consulado y, a partir de ese momento, siguió una carrera convencional y muy distinguida. La fuerza de sus apoyos, al menos por lo que respecta al mando de África, queda reflejada en la facilidad con que se amplió su *imperium* para permitirle acabar la guerra en 146.[11]

A principios del 147, el bloqueo de Cartago continuaban manteniéndolo Mancino y la flota. En un determinado momento observaron un sector aparentemente débil en la muralla donde las defensas naturales eran tan poderosas que no pareció necesario construir una fortificación; en ese punto los romanos vararon los barcos en la playa e intentaron un asalto mediante escalas, obligando a los defensores a efectuar una salida por una puerta cercana. En el combate que se libró a continuación, los romanos consiguieron forzar la huida de los cartagineses y perseguirlos por la puerta abierta. Alborozados por este éxito inesperado, Mancino condujo

hasta allí a tantos hombres como pudo encontrar, incluso algunos que formaban parte de las tripulaciones de los barcos e iban pobremente armados. En total, reunió sólo a unos quinientos soldados completamente equipados y unos tres mil de los otros. Un pequeño rincón de Cartago se encontraba ahora en manos de los romanos, pero su dominio era precario, ya que contaban con pocos víveres y no tenían posibilidades de conseguir apoyos inmediatos, pues el ejército principal operaba a cierta distancia. Mancino envió mensajeros a Pisón que se hallaba con el ejército y también a la cercana Útica, pidiendo refuerzos y suministros de víveres. Por fortuna, Escipión había llegado por mar a Útica esa misma tarde y recibió el mensaje. De inmediato se despacharon jinetes para encontrar a Pisón y se hicieron preparativos para marchar por mar a Cartago a primeras horas de la mañana. Sacrificando el elemento sorpresa a cambio de poner nervioso al enemigo, Escipión puso en libertad algunos prisioneros púnicos y permitió que llevaran a la ciudad a toda prisa la noticia de su llegada. Al día siguiente, los cartagineses, haciendo uso de un gran múmero de tropas, atacaron a Mancino y rápidamente consiguieron hacer retroceder a los romanos. Sólo se contuvieron cuando Escipión estuvo a la vista, con los legionarios apiñándose sobre las cubiertas de los barcos de guerra para dar la impresión de que llegaba un enorme ejército, en lugar sencillamente del grupo de reemplazo que había venido de Sicilia. Aquella visión contuvo la arremetida púnica el tiempo suficiente para poder evacuar a los hombres de Mancino, que fueron alejados de allí por los barcos romanos.[12]

Escipión concentró a todo su ejército en las afueras de Cartago, observado por un Asdrúbal que se encontraba con seis mil soldados de a pie y mil de a caballo, junto con algu-

nos de los defensores de la ciudad acampados tan sólo a poco más de media milla de distancia (cinco estadios). La disciplina del ejército romano en África nunca había sido especialmente elevada, pero después de meses de contrariedades la situación había empeorado aún más. Al evitar la confrontación directa, los soldados habían servido más a menudo en expediciones de saqueo. De la misma manera en que los legionarios que se habían visto implicados en la ejecución de constantes incursiones en el sur de Italia, durante la Segunda Guerra Púnica, habían ido degenerando hasta convertirse en poco más que en bandidos, este tipo de servicio acababa a la larga por debilitar la eficacia de las legiones. Escipión lanzó una arenga declarando su intención de restaurar una disciplina férrea y, a continuación, expulsó del campamento a muchos de los voluntarios y de los seguidores que no habían venido a luchar, sino a saquear. No había tiempo suficiente para poder preparar a los soldados de manera adecuada. En lugar de ello, decidió lanzar un ataque sobre la Megara, uno de los mayores suburbios que rodeaban la antigua ciudadela (o Byrsa). Dos grupos de asaltantes romanos avanzaron durante la noche hacia dos zonas de la muralla bastante separadas entre sí. Habiendo sido observados por el enemigo en la última parte de la aproximación, los atacantes fueron rechazados mediante una lluvia de proyectiles, a pesar de cierta confusión inicial entre los defensores. Apiano nos cuenta que, entonces, los romanos encontraron una torre desierta adyacente a la muralla, la escalaron y, después de haber colocado tablones para salvar el foso, siguieron su camino por las defensas, donde los soldados consiguieron el control de una de las puertas, dando entrada a Escipión con cuatro mil hombres. A los defensores les entró el pánico y se retiraron hacia la Byrsa, lo mismo que hicieron las tropas que se en-

contraban en el campamento fuera murallas, pero los romanos avanzaron lentamente y con grandes precauciones, por la inseguridad que les provocaba, en la oscuridad, el no acertar con las vías que atravesaban la Megara, la mayor parte de la cual estaba formada por jardines y huertos, y no por edificios. Finalmente, Escipión decidió que no se encontraba en condiciones de mantener el campo permanentemente y, por ello, se retiró a su propio campamento. La brecha abierta había atemorizado tanto a los defensores que Asdrúbal ordenó que los prisioneros romanos fueran conducidos hasta lo alto de las murallas donde, a continuación, y a la vista de los sitiadores, se les torturó hasta la muerte, creyendo que ese gesto demostraría a los cartagineses que ahora ya no había ninguna esperanza de rendición. Cuando algunos de los miembros del Consejo de los Ciento Cuatro, cuyas relaciones con el general eran tirantes desde hacía ya mucho tiempo, protestaron, Asdrúbal les hizo arrestar y ejecutar.[13]

Los romanos se decidieron entonces por estrechar mucho más el bloqueo a la ciudad. Escipión ordenó incendiar el campamento enemigo abandonado y, a continuación, avanzó sus posiciones mucho más cerca del istmo. Allí, dedicó veinte días a construir una serie de fortificaciones, a pesar de los grandes esfuerzos del enemigo por frenar sus progresos. Se cavó una zanja en forma de enorme rectángulo, secundada por una defensa de alrededor de 4 m de altura, con torres situadas a intervalos, incluyendo una, ubicada en el centro de la muralla, de cara a la ciudad, que se había construido especialmente elevada para que sirviera como puesto de observación. Todo aquel complejo dominaba el istmo y hacía imposible el acceso a la ciudad desde la parte de tierra. La vía terrestre a la ciudad había quedado cortada, pero aún podían enviarse suministros de alimentos por mar. Era muy difícil

para los antiguos navíos de guerra a remo conseguir un bloqueo total, en especial en las condiciones de las costas de Cartago, y algunos barcos seguían rompiendo el cerco. Se cree que Asdrúbal continuaba consiguiendo casi todos los víveres suficientes para los treinta mil defensores de la ciudad, viviendo él y sus oficiales en medio del lujo mientras que la población civil comenzaba a padecer hambre. En un último esfuerzo por conseguir que el enemigo no tuviera acceso a esta última fuente de suministros, Escipión ordenó la construcción de una escollera que cruzara el canal de aproximación a la estrecha entrada a los puertos de Cartago.[14]

Los asedios de la Antigüedad solían consistir en una dinámica de acciones y contraacciones, puesto que atacante y defensor empleaba sus técnicas en ingeniería e invertía grandes cantidades de trabajo para conseguir algún avance o para evitar que funcionara un proyecto iniciado por el otro bando. Toda la población de Cartago dedicó ahora todos sus esfuerzos a mantener expedita la ruta marítima de acceso. Una vez que se dieron cuenta de que el plan romano probablemente tuviera éxito y que la mar no iba a poder llevarse la escollera, los cartagineses decidieron abrir un nuevo canal que uniera el puerto militar con la mar. La obra se llevó a cabo de noche y en medio de un secreto total, añadiéndose a la fuerza de trabajo un gran número de mujeres y de niños. Al mismo tiempo se construyó desde la nada una flota de cincuenta trirremes apoyada por navíos más ligeros. Los romanos no tuvieron noticia de ninguno de esos dos proyectos hasta que, al amanecer, una mañana quedó abierto el nuevo canal y se hizo a la mar la última flota del imperio cartaginés.

Apiano expresa su sorpresa de que la flota púnica no se lanzara inmediatamente sobre la romana, que, según señala, había estado muy descuidada en los últimos meses porque la mayor parte de las tripulaciones se habían añadido como unos trabajadores más a preparar las obras del asedio. No obstante, es muy posible que los tres días siguientes hubieran estado dedicados a que las tripulaciones púnicas alcanzaran, al menos, un nivel básico de eficiencia, pues habían transcurrido ya muchos años desde la época en que Cartago contaba con un gran número de remeros altamente cualificados. Cuando, finalmente, las dos flotas trabaron combate, el resultado fue una lucha muy reñida próxima a la línea de costa. Los navíos de guerra púnicos más pequeños demostraron ser rápidos y maniobreros, moviéndose con astucia para romper los remos o los timones de los mucho mayores barcos de guerra romanos para, a continuación, escapar. Al finalizar el día aún no había un resultado definitivo, cuando los cartagineses comenzaron a retirarse, cubriendo las trirremes a los navíos más ligeros. Es posible que el nuevo canal no hubiera quedado bien acabado debido a la premura de su construcción, o quizás a que a alguna de las tripulaciones o de los capitanes les entró pánico, pero el hecho es que varios de los navíos pequeños chocaron entre sí, creando de inmediato un obstáculo sólido que bloqueaba por entero la vía de regreso al puerto. Al verse imposibilitadas a retirarse siguiendo esa ruta, las trirremes púnicas retrocedieron y anclaron en una especie de desembarcadero situado directamente bajo las murallas de la ciudad. Parece ser que esa zona se había utilizado en otro tiempo para navíos mercantes sin carga que no habían podido encontrar un amarre en el puerto grande. Las galeras formaron con los espolones encarados hacia el exterior. Una protección adicional se la proporciona-

ba una defensa que había sido construida sobre el desembarcadero a comienzos del asedio en caso de que los romanos hubieran intentado desembarcar en aquel lugar. Llenos de euforia, los navíos romanos se lanzaron al ataque, pero sufrieron tantas o más bajas que el enemigo, pues después de cada embestida, las galeras se volvían muy vulnerables al remar con todo cuidado hacia atrás para retirarse. No fue hasta que cinco buques aliados de la ciudad de Sidatae (Side), en Asia Menor, echaron las anclas de popa antes de cargar hacia adelante para embestir y para, a continuación, remolcarse ellas mismas hacia atrás, cuando los romanos comenzaron a conseguir cierta ventaja. Copiando la táctica de estos experimentados marinos, los mayores navíos romanos infligieron serios daños. Sólo cuando cayó la noche pudieron los escasos barcos púnicos supervivientes regresar al puerto, es de suponer que porque se había podido limpiar el bloqueo de la nueva entrada.[15]

Cartago se veía ahora aislada del mundo exterior y de cualquier fuente de suministro. Con el tiempo, la ciudad padecería hambre y se vería obligada a capitular, pero Escipión estaba decidido a no esperar y continuó haciendo tanta presión en su asalto como le era posible. Desde el muelle recién construido, los romanos atacaron el baluarte que defendía el embarcadero recientemente utilizado por los barcos púnicos. Lograron abrir brechas mediante los espolones al tiempo que la muralla era bombardeada con artillería para evitar así que pudiera ser reparada. Llegada la noche, algunos cartagineses cruzaron a nado desnudos el puerto, llevando consigo antorchas secas y los instrumentos necesarios para encenderlas. En un furioso ataque, estos hombres extremadamente valientes lograron incendiar muchas de las máquinas de asedio romanas, a pesar de sufrir numerosísimas bajas. Los solda-

dos romanos mostraron su antiguo nerviosismo y falta de disciplina y sucumbieron al pánico en medio del ruido y la confusión. Escipión se dedicó a cabalgar con los jinetes de su cuerpo de guardia por el exterior del campamento, moviéndose rápidamente de un lado para otro intentando contener la huida. Todos aquellos soldados puestos en fuga que se negaban a detenerse eran muertos por el general y sus hombres, lo que no deja de ser una acción extraña, aunque no desconocida, para un comandante romano.[16]

Liberados de la barrera de proyectiles, los cartagineses pudieron continuar reparando, a la luz del día, el sector de la muralla dañado, rellenando las brechas y añadiendo torres de madera para obtener plataformas dominantes desde las que poder lanzar armas arrojadizas. Los romanos volvieron de nuevo al ataque, construyendo nuevas máquinas y rampas de asalto; incendiaron varias de las nuevas torres y, finalmente, obligaron a los defensores a abandonar la muralla. Habían conseguido, por tanto, el control del embarcadero y, a continuación, Escipión dio órdenes de construir un muro de ladrillos por delante y de la misma altura que la principal muralla de la ciudad. Cuando estuvo finalizado, lo ocuparon cuatro mil hombres que podían arrojar lanzas y otros proyectiles a los defensores que se encontraban sobre la muralla separados por una corta distancia. Un proyecto de tales dimensiones llevó un tiempo considerable y sólo pudo estar finalizado a principios de otoño del 147. Durante los meses siguientes, y mientras sus hombres continuaban ejerciendo presión en el asedio a Cartago, Escipión decidió destruir el ejército de campaña cartaginés, que se encontraba hibernando de nuevo en Neferis. Mediante un ataque coordinado y bien planificado, los romanos lograron arrasar el campamento enemigo, alimentando Escipión con reservistas el ataque

principal contra la entrada hasta que el enemigo se vio desbordado, y atacando a continuación con otro grupo la parte más alejada del campamento. Los hombres de Gulussa persiguieron a los enemigos vencidos de manera implacable, mientras los romanos avanzaban hasta tomar la propia ciudad de Neferis. Había desaparecido así la última fuerza que podía amenazar la toma de Cartago por los romanos. La mayoría de las comunidades de la región se inclinaron ante lo inevitable y se rindieron a Roma.[17]

El principal asalto a la ciudad se reinició en la primavera del 146, utilizando como base la zona del embarcadero tomado. Asdrúbal creyó que, en primer lugar, lanzarían el ataque contra el puerto mercante de forma rectangular e incendió los depósitos que le rodeaban. Sin embargo, un grupo conducido por Cayo Lelio, el hijo del amigo de Africano y compañero igualmente leal de Escipión Emiliano, consiguió deslizarse sin ser visto durante la noche hasta el puerto militar interior y ocuparlo. La resistencia púnica fue, por el momento, bastante débil, debido a una cada vez mayor escasez de víveres y a lo desesperado de su posición. Antes de que cayera la noche, los romanos habían progresado hasta alcanzar el Ágora, o plaza del mercado, que se encontraba junto al puerto civil. A la mañana siguiente, Escipión llevó cuatro mil hombres en apoyo de Lelio pero, en una muestra más que confirma la continua indisciplina del ejército africano, los legionarios se detuvieron a arrancar el oro que decoraba profusamente el templo de Apolo. Ni Escipión ni ninguno de sus oficiales pudieron convencer a aquellos hombres de que debían volver a sus deberes hasta que dejaron el templo completamente limpio. Este incidente contradice de manera directa aquel ideal de disciplina romana en la que todo el botín

se reunía y, a continuación, se distribuía a todo el ejército a partes iguales. Afortunadamente para ellos, los cartagineses no pudieron conseguir ventaja alguna de aquella demora.

Desde el recién tomado Ágora salían hacia la Byrsa tres amplias calles, flanqueadas por altos edificios, de seis pisos según Apiano. Las excavaciones efectuadas en esta zona han revelado la existencia de grandes edificios de esa altura, muchos con patio central, construidos siguiendo la forma de una cuadrícula de calles perfectamente regular a la manera helenística. Incluso las avenidas principales estaban sin empedrar y no tenían más allá de unos 7 m de anchura, mientras que el tamaño medio de las calles no superaba los 5 m de amplitud. Los romanos atacaron, subiendo por estas calles hacia la antigua ciudadela por una pendiente de aproximadamente un 14 por ciento, llevando delante a los hombres que habían saqueado el templo de Apolo, pero que todavía no se habían visto implicados en ninguna lucha seria. Una lluvia de proyectiles procedentes de los tejados y las ventanas detuvo el ataque prácticamente de inmediato. Al no poder avanzar por las calles abiertas, los legionarios se las ingeniaron para seguir camino después de hacerse con algunos edificios de cada lado, tomándolos piso a piso. Entonces, varios grupos de hombres subieron hasta los tejados y, colocando tablones para poder salvar los vacíos entre casa y casa, cruzaban por ellos para atacar los edificios de al lado. Mientras unos seguían la lucha de esa manera, saltando de casa en casa, iba también disminuyendo la cantidad de proyectiles arrojados sobre las calles abiertas, y los grupos de asalto podían avanzar de nuevo. Lo mismo que en todas las luchas urbanas de cualquier época, se trataba de una pelea encarnizada donde las bajas eran muy elevadas. Los romanos pusieron en combate soldados de reserva y mantuvieron el impulso de

su avance hasta que alcanzaron la Byrsa. Escipión se vio obligado a mejorar el acceso a la ciudadela interior de sus grupos y máquinas de asalto, para lo que ordenó que se incendiaran las hileras de casas de las tres calles. Cuando se hundieron los edificios, brigadas de trabajadores se dedicaron a nivelar los cascotes para crear caminos sólidos y más amplios, mientras su comandante no se tomaba ni un respiro dando prisa a los hombres constantemente. No había tiempo para delicadezas y Apiano nos ofrece una descripción pavorosa de la manera en que se iban amontonando los cadáveres y los heridos en los edificios junto con los cascotes para construir la vía de asalto romana. El hallazgo de huesos humanos entre las ruinas de esta zona hace pensar que su descripción, que probablemente se remite al relato de Polibio, testigo presencial, no es exagerada. La realización del proyecto duró seis días, momento en el que los romanos estuvieron preparados ya a avanzar hacia los muros de la Byrsa.[18]

Al día siguiente, una delegación que portaba ramas de olivo, el equivalente helenístico de la bandera blanca, salió de la ciudadela ofreciendo la rendición si el general romano prometía respetar sus vidas. Los últimos defensores, recluidos en la pequeña área de la Byrsa, con escasos alimentos y sin agua, sabían perfectamente que cualquier resistencia futura era inútil y, por tanto, no hicieron ninguna de las habituales demandas de que se les permitiera llevarse consigo algunas ropas o posesiones. Se cree que salieron hacia una vida en cautiverio o de esclavitud unas cincuenta mil personas, entre hombres, mujeres y niños. Sólo a los desertores romanos e italianos, en número de novecientos, se les negó el perdón y permanecieron con Asdrúbal y su familia. Este último grupo se hizo fuerte en el templo de Esculapio, situa-

do en la parte más elevada e inaccesible, aunque desesperados por el hecho de no poder ofrecer resistencia. Asdrúbal, a quien Polibio presenta como un cobarde, anunció públicamente que nunca se entregaría y que perecería junto con su ciudad, todo eso antes de abandonar a su familia y a sus soldados y rendirse. Los desertores se suicidaron, incendiando el templo y pereciendo entre las llamas. Se dice que la esposa de Asdrúbal, ataviada con las mejores galas que aún conservaba, se presentó a la vista de todos y se dedicó a insultar a su desleal marido. A continuación asesinó a sus hijos, arrojando los cadáveres al fuego y, entonces, ella misma se lanzó hacia las llamas y pereció. Esta historia puede no ser más que una dramática invención literaria y no sabemos si ocurrió en realidad, pero una escena tan espantosa proporciona un adecuado final al último día del imperio cartaginés.[19]

El asedio había finalizado y Escipión concedió a sus hombres varios días para poder dedicarse al saqueo con entera libertad; sólo debían separar el oro, la plata y las ofrendas votivas de los templos. Una parte se repartió entre el ejército a la manera habitual, aunque aquellos hombres que se habían dedicado a saquear sin permiso el templo de Apolo quedaron excluidos del reparto. Se enviaron mensajeros a Sicilia para anunciar que podían reclamar ahora el botín que les habían arrebatado en el pasado y que había sido dedicado al culto en los templos de Cartago. Las ofrendas votivas que no fueron reclamadas se ofrecieron en subasta y el armamento y los navíos conseguidos se entregaron a las llamas. Cuando llegaron a Roma noticias de la victoria, acompañadas con un barco que contenía una muestra del botín, se desencadenó allí espontáneamente una noche de pública alegría, seguida al día siguiente por celebraciones y sacrificios mucho más organizados.[20]

Cartago fue destruida, cumpliéndose así el ardiente deseo de Catón y las exigencias romanas que, en definitiva, el año 149 habían obligado a luchar a unos cartagineses nada deseosos de hacerlo. Pronto llegaría una comisión senatorial formada por diez miembros para supervisar la destrucción sistemática de la ciudad que había llevado a cabo Escipión. Extensas zonas habían sido destruidas por el fuego, dejando una capa de material quemado que aún hoy día cubre la mayor parte de aquel lugar. Se llevó a cabo la demolición de los edificios que todavía se mantenían en pie, aunque la destrucción no fue tan total como se ha creído en ocasiones. Por debajo de la última ciudad romana los arqueólogos han encontrado muros, aún en pie, de varios metros de altura. La historia repetida tan a menudo de que todo su territorio fue arado y sembrado con sal para evitar futuros cultivos se trata de una invención muy posterior. Incluso aunque se hayan conservado ruinas de la ciudad, lo que sí es cierto es el hecho de que la existencia de Cartago como Estado vivo y como entidad política había finalizado para siempre. La ciudad romana que se levantaría un día en el mismo lugar no compartía nada, o muy poco, además del nombre y la ubicación, con su predecesora. Se dice que Escipión Emiliano se quedó contemplando las ruinas de la, en otro tiempo, orgullosa ciudad, rompió a llorar y citó un pasaje de la *Ilíada* que hace referencia a la caída de la Troya de Príamo. A un Polibio sorprendido le explicó que se estaba preguntando si su propia patria sufriría algún día un destino parecido.[21]

Escipión regresó a Roma y celebró un triunfo espectacular; tomando como referencia las de décadas anteriores, la comitiva que transportaba el botín se ha descrito como la más rica de todas cuantas se habían visto hasta el momento. Lo mismo que su abuelo, Escipión Emiliano tomó el sobre-

nombre de Africano, pero, al contrario que aquél, gozó de mucho mayor éxito en la vida política de Roma, debido quizás a que siguió una carrera más convencional. Su círculo de amigos, especialmente Gayo Lelio, fueron considerados posteriormente como los mejores representantes de la aristocracia romana, al unir un tradicional sentido del deber con un profundo conocimiento de la cultura griega, hasta el punto de que, andando el tiempo, Cicerón presentaría su exposición sobre la República romana bajo la forma de un debate ficticio entre estos hombres. En 134, Escipión fue elegido de nuevo al consulado en medio de un amplio entusiasmo popular y se le envió a España donde finalmente acabó con la guerra celtíbera al conseguir tomar Numancia al año siguiente. Después de las continuas derrotas sufridas, los soldados romanos que había en España tenían la confianza a un nivel tan bajo que Escipión evitó librar una batalla en campo abierto contra los numantinos, enormemente inferiores en número y, por el contrario, llevó a cabo un bloqueo hasta hacerles padecer tanta hambre que se vieron obligados a someterse. En 129 moriría Escipión en circunstancias hasta cierto punto misteriosas, circulando rumores de asesinato en esa época y posteriormente, sin haber llegado nunca a experimentar los desengaños de su abuelo.[22]

Tiene tan poco sentido comparar el generalato de Emiliano con el de Africano como lo es el de intentar demostrar que cualquier comandante famoso era mejor que otro, aunque pueda parecer una investigación muy entretenida. Ambos hombres consiguieron vencer en las batallas que concluyeron una guerra, y el principal criterio que utilizaban los romanos para juzgar a sus comandantes era el de los éxitos obtenidos. Las campañas del 149 al 146 fueron muy distintas a cualquiera de las primeras guerras entre Roma y Cartago,

careciendo de las batallas formales y en campo abierto que habían sido especialmente características de la Segunda Guerra Púnica. Aunque el tamaño de la fuerza expedicionaria romana de 149 no se puede establecer con certeza alguna, es evidente que, en la Tercera Guerra, entraron en combate muchos menos soldados por parte de ambos bandos. Son numerosos los aspectos en que tanto los ejércitos como la mayoría de sus mandos fueron mucho menos eficaces que sus predecesores. Ya hemos señalado el descenso en el grado de eficacia de las legiones durante ese periodo y también debe recordarse que, en 149, los cartagineses contaban con apenas algunos mercenarios y oficiales experimentados a los que poder llamar a filas, y su única expedición militar efectuada en los últimos años había acabado en desastre. A Africano se le había concedido el tiempo necesario para adiestrar a sus ejércitos hasta que consiguieron el punto más elevado de eficacia en España y en Sicilia antes de empezar la expedición africana, pero Emiliano nunca había podido disfrutar de ese lujo. Al final del asedio, las tropas romanas eran propensas a repentinos ataques de pánico y de indisciplina como, por ejemplo, el saqueo sin control del templo de Apolo.[23]

En la Tercera Guerra Púnica la lucha quedó confinada a una pequeña área del norte de África, lo que es un reflejo claro del reducido territorio de que disponía Cartago y su carencia de cualquier tipo de capacidad ofensiva. Hubo considerables incursiones por las zonas próximas, algunos ataques sobre otras ciudades y las tres embestidas romanas sobre la posición de Neferis, pero todas ellas se hallaban subordinadas prácticamente por entero al esfuerzo principal, el sitio de Cartago. Este asedio ilustró una vez más la extrema dificultad existente para poder tomar una ciudad grande y bien fortificada. Fracasaron los repetidos intentos de asalto direc-

to, e incluso cuando los grupos de ataque conseguían abrir brecha y entrar en la ciudad, raras veces podían conservar el terreno del que habían llegado a apoderarse. Si los atacantes no querían ser arrollados, era necesario recibir fuertes apoyos para reforzar un éxito inicial, pero eso exigía un cierto nivel de planificación, de organización y liderazgo que los romanos no poseyeron hasta prácticamente la finalización del asedio. El asalto final, coronado por el éxito, se lanzó partiendo de una base segura, provista de una gran cantidad de maquinaria de asedio, fabricada con una enorme inversión de mano de obra a lo largo de varios meses. Se realizó también contra defensores que se encontraban en aquel momento muy debilitados por el hambre. El hundimiento final de la moral de los defensores fue muy repentino, como había sucedido con frecuencia en muchos asedios del mundo antiguo, por ejemplo en la Jerusalén del 70 a.C. La defensa que los cartagineses hicieron de su ciudad fue activa y muy cuidada. Las salidas efectuadas para incendiar los arietes y la maquinaria romana, la excavación, ocultada con todo cuidado, de un nuevo canal que unía el puerto militar con la mar, así como la construcción de una flota, todo ello mostraba un despliegue de talento y determinación que en raras ocasiones habían mostrado los cartagineses en los primeros conflictos. Y eso es especialmente destacable, dado que la mayoría de los defensores de la ciudad eran ciudadanos púnicos, que habían desempeñado un papel sumamente pobre en 255 y en Zama. Cuando se vio amenazada la propia existencia de su ciudad, los cartagineses pelearon largo y tendido antes de que el hambre les obligara a rendirse. La principal diferencia entre los dos bandos a lo largo de estas guerras fue la de que los romanos siempre habían luchado como si se tratase para ellos de una cuestión de vida o muerte.[24]

El mismo año en que Escipión Emiliano dirigía la destrucción de Cartago, otro ejército romano devastaba Corinto, una de las más antiguas y grandes ciudades-Estado griegas. Una facción antirromana de Corinto había conseguido hacerse con el control de la ciudad y convenció al resto de la Liga Aquea para que se declarara enemiga de Roma, únicamente para sufrir una rápida derrota de manos de los romanos que ya habían hecho tratos con Andrisco. La devastación de Corinto iba a servir como señal de alerta de la futilidad de oponerse a Roma. Después del fin de la Cuarta Guerra Macedónica hubo también un marcado cambio en la actitud mostrada por los romanos respecto a Macedonia. La victoria sobre Filipo V en la Segunda Guerra había dejado reducido el reino a la categoría de simple aliado subordinado de Roma, con una muy escasa libertad en lo referente a los asuntos exteriores, y la reiniciación de la guerra con Perseo había tenido como resultado la abolición de la monarquía y del Estado y su sustitución por cuatro regiones con autogobierno. El 149, los gobiernos de estas *Merides* habían fracasado al no poder enfrentarse a Andrisco, por lo que, al año siguiente, se creó finalmente una provincia romana permanente en Macedonia. La respuesta romana y los acuerdos de paz se habían convertido en algo cada vez más complicado después de cada nuevo enfrentamiento con Macedonia. El mismo proceso es claramente visible en el trato que los romanos dieron a Cartago. Al final, la implacable persecución de Roma en su afán por conseguir la victoria total, destruyó a su rival físicamente y como entidad política, creando la nueva provincia de África para administrar aquella región.[25]

Capítulo 16
EL LEGADO

«Aquel que conquista no vence, a menos que el perdedor se considere derrotado.»[1]

Cartago no sobrevivió a la lucha con Roma. Se conservaron en la región determinados aspectos de su cultura, influyendo sobre el lenguaje, la religión y la arquitectura de los reinos númidas que florecerían brevemente, hasta que también ellos entraron en conflicto con Roma. Siglos después, cuando la región se había convertido ya desde hacía mucho tiempo en provincia romana, algunas ciudades continuaban denominando «sufetes» a sus principales magistrados. Elementos religiosos y lingüísticos se conservaron como en aquella zona como recuerdos, al menos, hasta el final del Imperio romano de Occidente. Esas continuidades fueron bastante habituales de la presencia romana en numerosas provincias del Imperio. Los romanos no habían combatido para destruir la cultura púnica; tampoco habían sido esas guerras una lucha entre ideologías en conflicto, entre sistemas políticos, religiones o culturas, sino, más bien, un simple enfrentamiento entre Estados rivales en liza por el predominio. Roma había desencadenado una guerra para someter y, finalmente, destruir a otra ciudad-Estado cuyos intereses entraban en conflicto con los suyos propios y que era percibida como una amenaza. Este enemigo, la entidad política de nombre Cartago, fuente de la identidad de su población y centro de su lealtad, fue destruido por completo el año 146.

Las Guerras Púnicas señalaron un periodo crítico en la historia de Roma, pues dejó de ser aquella potencia simplemente italiana del año 265 para convertirse, en 146, en la fuerza dominante del Mediterráneo, un proceso que trata de explicar la *Historia* de Polibio. Ese año se habían creado seis

provincias permanentes al otro lado de la mar: Sicilia, Cerdeña y Córcega, gobernadas como si fuera una sola, la España Citerior y la España Ulterior, África y Macedonia. Si exceptuamos esta última, todas las demás habían sido conseguidas como un resultado directo del conflicto con Cartago. A finales del siglo se habían establecido otras dos provincias: Asia y la Galia Transalpina. Incluso aunque los romanos no las gobernaran directamente, como era el caso de Grecia o de buena parte de Oriente, la influencia romana era muy superior a la de cualquier otro Estado. Cartago demostró ser el último rival serio de Roma, pues los reinos helenísticos carecían de grandes recursos y fueron ocupados con rapidez.

El imperialismo romano no fue una creación de las Guerras Púnicas, pero, ciertamente, el proceso lo aceleró el conflicto con Cartago, a medida que los ejércitos romanos salían de campaña más y más lejos cada vez. La Primera y la Segunda Guerras Púnicas acostumbraron a los romanos a comprometer de manera masiva, y a largo plazo, hombres y recursos en las campañas de ultramar. Aunque, con posterioridad al 201, la República redujo en gran medida el número de hombres en armas, nunca más esa cifra volvería a ser inferior a los niveles normales anteriores al 265. Ese cambio quedó señalado por el aumento del número de pretores de uno a seis, así como por la ampliación de sus competencias, incluyendo el mando militar como una de las más habituales. Con anterioridad al 265, el Senado decidía anualmente dónde enviar a los dos cónsules y cuántas tropas deberían reclutarse y ponerse bajo su mando. Durante el siglo II ese proceso fue esencialmente el mismo, pero ejecutado a una escala mucho más amplia. Ahora el Senado necesitaba nombrar gobernadores para un número cada vez mayor de provincias, decidiendo si enviar a uno de los nuevos magistrados elegidos o

si prorrogar el *imperium* del gobernador del momento. Además, debía considerar también si el gobernador necesitaba un ejército o una fuerza naval y, si era así, de qué tamaño. El número de embajadas extranjeras que pedían audiencia al Senado fue aumentando extraordinariamente acompañando la extensión de la influencia romana, pues los Estados más pequeños advertían que la amistad con la nueva potencia podría reportarles numerosas ventajas. El sistema romano se adaptó para hacer frente a esta situación, sin cambiar, por ello, su naturaleza básica. El número de magistrados, aunque no el de cónsules, se incrementó para habérselas con ello, pero, por otra parte, la vida política continuó siendo esencialmente la misma. Al menos durante un tiempo, parece que funcionó bien.

Sus enormes reservas de gentes para el ejército les permitió perseverar a pesar de las pérdidas colosales que sufrieron en la Primera y la Segunda Guerras Púnicas**.** En los diez años que siguieron a Cannas se mantuvieron regularmente en servicio más de veinte legiones, apoyadas, al menos, por otro número igual, si no superior, de soldados aliados. Un nivel de movilización de ese calibre no se hubiera podido sostener de manera permanente y, de ninguna manera, podía considerarse necesario en las condiciones del siglo II. Es poco probable que se mantuvieran en servicio un número superior a las trece legiones en los veinte años que siguieron al 201, y la media para cada año no sería superior a las diez, que fueron disminuyendo a medida que avanzaba el siglo. Es raro, si es que ocurrió alguna vez, que hubiera más de dos legiones y dos *alae* operando a un tiempo en la misma provincia, aunque ocurrió de manera ocasional en la Galia Cisalpina. No obstante, esas legiones reclutadas no acostumbraban a mantenerse en servicio durante mucho tiempo, como había suce-

dido siempre con anterioridad a la guerra contra Aníbal. Ningún otro Estado de la Antigüedad fue capaz de llevar a cabo una movilización tan extensa de sus ciudadanos con el nivel de eficacia militar alcanzado por las legiones.[2]

El sistema militar romano de esta época era único, pero es fácil que, al centrarlo en la enorme cantidad de ciudadanos y de aliados disponibles para el servicio militar, ignoremos la potencia económica subyacente a los éxitos bélicos de Roma. A los ejércitos romanos había que pagarlos, equiparlos, vestirlos y alimentarlos, tareas que eran cada vez más difíciles a medida que intervenían más y más lejos. Tradicionalmente, los legionarios se reclutaban entre aquellos que poseían propiedades suficientes para equiparse a sí mismos, pero el enorme aumento del número de legionarios durante la Segunda Guerra Púnica convirtió en muy probable que el Estado se viera obligado a equipar cada vez a más hombres. En la crisis que sucedió a Cannas se utilizaron los valiosos trofeos de los templos de Roma para poder proporcionarles armas, escudos y armaduras a las legiones reclutadas entre los convictos, aunque se trató de una medida temporal. A más largo plazo compraba o disponía la manufactura del equipo y las ropas necesarias para los ejércitos, aunque la carga se veía aligerada porque se exigía a los aliados de Roma que se proporcionasen ellos mismos todo el material. Las finanzas del Estado tuvieron que soportar costos bastante más elevados por el programa de construcción de barcos que se llevó a cabo en la Primera Guerra Púnica. Si las cifras que nos proporcionan nuestras fuentes son correctas, los romanos construyeron casi un millar de navíos de guerra entre el 260 y el 241, siendo la mayor parte grandes quincuerremes. Se trató de un esfuerzo que requería inmensos recursos y una considerable fuerza de trabajo, cuyo coste fue casi por entero pa-

gado por el Estado. Que se trataba de una inversión enorme lo refleja el hecho de que la última flota tuvo que ser costeada, al menos en parte, mediante préstamos de ciudadanos privados, pues el Tesoro era ya incapaz de hacer frente a los gastos.[3]

Roma había aceptado desde hacía ya tiempo la responsabilidad de proporcionar raciones de víveres tanto a los soldados ciudadanos como a los aliados. A los soldados se les entregaba cereal, una cantidad mayor a los jinetes para que pudieran alimentar a sus monturas, y probablemente raciones pequeñas de carne y vino. El aumento en el número de legiones incrementó también enormemente la cantidad de grano que había que conseguir y después transportar a cada ejército. El Senado tuvo que hacer traer suministros de lugares tan alejados como Egipto debido al incremento de la demanda y a que algunas regiones de Italia no podían utilizarse por la ocupación de Aníbal. En 265, los romanos no tenían experiencia alguna de alimentar un ejército en campaña fuera de Italia y las líneas de suministros de las legiones en Sicilia fueron, cuando menos, precarias. Publio y Cneo Escipión se quejaban de problemas parecidos y de carencia de recursos en los primeros años en España y, más adelante, hubo incluso escándalos que implicaban a compañías contratadas para suministrar a las legiones allí acantonadas, pero, a finales de la Segunda Guerra Púnica, había ido evolucionando un sistema de intendencia altamente eficaz encaminado a apoyar a los ejércitos romanos en campaña. Para la invasión de África, Escipión Africano acumuló enormes cantidades de reservas en depósitos de Sicilia, trayendo grano de Italia y de Cerdeña, así como también de la propia isla, y organizando un sistema de transportes que cruzaba la mar hasta alcanzar la cabeza de puente establecida cerca de Útica. Los preparati-

vos comenzaron alrededor de un año antes de la invasión y continuaron hasta el mismo fin de la guerra, aunque los últimos meses aquel peso se vio aligerado de alguna manera cuando los cartagineses aceptaron proporcionar víveres a las tropas romanas en los meses que precedieron al momento en que se confirmó el tratado de paz. La capacidad romana para proyectar su fuerza militar a lo largo del Mediterráneo en las décadas que siguieron sólo fue posible por las disposiciones logísticas que se habían desarrollado durante las Guerras Púnicas.[4]

Los investigadores modernos han tenido muy difícil el estudio de las economías de los Estados antiguos, como por ejemplo Roma, aunque existe un acuerdo general sobre la evidencia de que han sido muy distintas a las de las modernas naciones industrializadas. Contamos con muy escasas pruebas del funcionamiento de la economía romana en cualquier periodo, por lo que los historiadores económicos han tendido a recurrir al uso de modelos teóricos que, inevitablemente, son demasiado simplistas y, a menudo, absolutamente nada prácticos. Podemos afirmar con toda certeza que el esfuerzo de guerra romano en la Primera y la Segunda Guerras Púnicas impuso una fortísima presión sobre las finanzas de la República que, en varias ocasiones, estuvo muy a punto de no poder soportar. Hacia el 213, la moneda romana fue devaluada, rebajándose el contenido de metal precioso en cada unidad, pero tal decisión demostró ser un completo fracaso y, en los dos años siguientes, se creó una unidad monetaria enteramente nueva basada en el *denarius* de plata. Estos cambios sólo pudieron haber sido provocados por los enormes gastos que suponía el esfuerzo de guerra de Roma. Es extremadamente difícil llegar a saber cuáles serían los efectos a largo plazo sobre la economía romana y, a su vez, cuál

sería su impacto sobre la sociedad en su conjunto. Algunos sectores sociales, en especial los contratistas que suministraban a los ejércitos, pudieron muy bien salir beneficiados de los conflictos y las conquistas del siglo siguiente. Roma emergió victoriosa de la lucha con Cartago, no sólo porque poseía grandes recursos en hombres y en riquezas, sino también por su voluntad a invertirlos en grandes cantidades, perseverando en mantener un conflicto que, en ocasiones, debió parecer perdido. Esos recursos aumentaron con gran rapidez cuando los romanos absorbieron toda la Península Itálica mediante su red de aliados, por lo que antiguos enemigos se veían obligados a contribuir a las futuras guerras romanas. Los activos que la República romana dedicaba a la guerra fueron enormes, pero fue necesaria la presión provocada por la lucha con Cartago para que los romanos fueran conscientes de su potencial.[5]

Entre el 265 y el 146, los romanos se establecieron como la principal potencia del Mediterráneo, incrementando enormemente el territorio que gobernaban de manera directa, y aumentando su influencia aún con mayor amplitud. En los ciento veinte años que siguieron, la República cayó en una gran confusión a medida que sus políticos se volvían cada vez más violentos y que la rivalidad entre los senadores más importantes se resolvía habitualmente por el recurso a la guerra civil. La estabilidad retornó sólo cuando Augusto, el hijo adoptivo de Julio César, derrotó a su último rival el 31 a.C. y sustituyó el gobierno del Senado y los magistrados elegidos anualmente por una forma de monarquía conocida como el Principado. En una paradoja aparente, este periodo de caos interno fue testigo del periodo más intenso de expansión imperial, que sólo finalizaría a la muerte de Augusto, ocurrida el 14 d.C., un momento en que el Imperio había

alcanzado sustancialmente el tamaño que, con algunas adiciones, conservaría en los cuatro siglos siguientes. No sería adecuado que aquí entráramos en la consideración de las causas que provocaron el hundimiento de la República romana, pero vale la pena detenernos a preguntar si alguna de las corrientes que provocaron esa decadencia eran ya visibles el 146 y si la lucha con Cartago contribuyó a favorecerlas.

La violencia política comenzó en 133 cuando el tribuno de la plebe, Tiberio Sempronio Graco, y muchos de sus seguidores fueron linchados por una multitud de senadores. Nieto del hombre que había dirigido con tanto éxito a las legiones de esclavos en los años que siguieron a Cannas, hijo del hombre que había llevado la paz durante toda una generación a España a principios del siglo, Tiberio había luchado de manera distinguida en la destrucción de Cartago en 147-146 y, a continuación, en España. En África había servido a las órdenes de Escipión Emiliano, su primo, puesto que la madre de Tiberio era Cornelia, hija de Escipión Africano. En 121, su hermano menor Cayo, que había tratado también de utilizar el cargo de tribuno para ejecutar una ambiciosa serie de reformas, fue a su vez muerto en medio de una auténtica tormenta de luchas aún más abiertas. Ambos Gracos se habían preocupado por la decadencia de los campesinos pobres y por la implicación que tenía sobre el reclutamiento de los ejércitos de la milicia de Roma. Cayo había presentado también una ley muy controvertida para establecer una nueva colonia en el lugar de Cartago, aunque el proyecto quedó abandonado después de su muerte.

Las enormes reservas de personal para el ejército había hecho posible su éxito en la Primera y la Segunda Guerras Púnicas, aunque los romanos creían ciertamente que, en las décadas que siguieron al 146, la clase de pequeños granjeros

en la que se basaba el reclutamiento de las legiones estaba en declive. Las pobres actuaciones de los ejércitos romanos, evidentes a partir de los años 150, continuaron hasta finales de siglo, cuando casi cada conflicto se abría con derrotas y escándalos desconcertantes. Algunas de las derrotas fueron de gran calado, en especial el desastre que les infligieron tribus germanas que emigraban, en Arausio, en 105, donde una fuente posterior ha afirmado que las bajas rivalizaban con las de Cannas. La preocupación por el reclutamiento de legionarios se hizo especialmente relevante en el contexto de esos fracasos militares. Finalmente, esa situación llevó a la creación de un ejército profesional en los años finales del siglo. Ya no se exigía que los reclutas poseyeran un nivel mínimo de propiedades y, como resultado de ello, tendían a proceder de las clases más pobres, para quienes la paga del ejército, aunque baja, les ofrecía un medio de vida atractivo. La permanencia por más tiempo en las nuevas legiones les permitió conservar la experiencia que, invariablemente, se perdía cuando se desmovilizaban los ejércitos de la vieja milicia, y finalmente, condujo al señalado aumento en la media de efectividad de los ejércitos romanos durante el siglo I a.C. Sin embargo, estos reclutas más pobres, al regresar a la vida civil después de su desmovilización no tenían nada, y el Senado, que continuaba sosteniendo que el servicio militar era un deber patriótico para todos los propietarios romanos, se negó a hacerse responsable de esos hombres y a proporcionarles algún medio de vida. Eso promocionaría la tendencia a que los legionarios fueran más leales a los comandantes populares que al propio Estado. El ejército romano había dejado de ser todo el Estado en armas, en el que cada clase servía de acuerdo con su riqueza, porque los hombres luchaban para conservar una comunidad de la que se beneficiaban, y

se había convertido en un elemento que se encontraba al margen de la sociedad normal. Éste fue el cambio que permitió a los generales romanos dirigir sus ejércitos contra los demás generales y contra la propia Roma. A Escipión Africano nunca se le hubiera pasado por la cabeza, en la década de los años 180, recurrir a los hombres que habían servido bajo su mando para dirigir su fuerza armada contra sus oponentes.[6]

La ascensión del ejército profesional constituyó uno de los factores principales en la caída de la República. Por tanto, es importante comprender hasta qué punto esa clase de granjeros, que tradicionalmente habían compuesto el grueso de las legiones, estaba realmente en decadencia en el siglo II a.C., y preguntarse por qué sucedió ese proceso. Hoy en día es imposible evaluar la magnitud del problema, pues la única evidencia con que contamos queda reducida a comentarios ocasionales de nuestras fuentes escritas y a las, a menudo, sospechosas cifras del censo. Las pruebas arqueológicas de este periodo sólo son disponibles para una pequeña parte de la Italia rural y, aunque puedan hacernos creer en la existencia de pequeñas granjas a lo largo de todo ese periodo, nunca sabremos si lo que reflejan son tendencias generales o las condiciones peculiares de una pequeña área. Existe una opinión que ve la caída del número de pequeños propietarios granjeros como una consecuencia directa de la Segunda Guerra Púnica. El ejército de Aníbal estuvo desplazándose por toda Italia durante quince años, incendiando o consumiendo cosechas, arruinando campos y aldeas y matando a las poblaciones. En tanto que táctica deliberada, comandantes romanos como Fabio Máximo habían asolado su propio territorio para que el ejército púnico no encontrara alimentos ni forrajes. La devastación fue particularmente intensa

en la parte más meridional de Italia, donde el ejército de Aníbal había quedado confinado durante trece años y que había sido invadido y saqueado por ambos bandos.

Cuando, en los últimos años de la guerra, el Senado comenzó a licenciar soldados y a animarles para que regresaran a las tareas agrícolas, muchos de los propietarios de pequeñas explotaciones carecían del capital suficiente para reparar las granjas y producir una cosecha suficiente una vez más. Muchos de ellos abandonaron el campo y emigraron a las grandes ciudades, especialmente a Roma, donde los beneficios de las conquistas se invertían cada vez más en espectáculos en los que se despilfarraba a lo grande y en la construcción de edificios públicos. Sus granjas, junto con extensas zonas confiscadas a las comunidades italianas rebeldes y añadidas a las tierras de propiedad pública de Roma, se vieron absorbidas por grandes fincas propiedad de los más poderosos. Adquiridas con los beneficios obtenidos en la expansión ultramarina, las trabajaban esclavos que habían sido capturados en esas mismas guerras de conquista. Poco a poco, estos latifundios llegaron a cubrir la mayor parte de las tierras más fértiles de Italia. Aunque, en el siglo II, había muy pocas legiones y *alae* en servicio, se reclutaban entre el número ya reducido de ciudadanos y de campesinos aliados, y ahora era muy probable que pasaran mucho más tiempo haciendo el servicio en tierras lejanas. Pasarse de cinco a diez años de guarnición en alguna de las provincias españolas podía significar muy bien la ruina para un pequeño granjero, cuya tierra permaneciera sin cultivarse en su ausencia. A largo plazo, este proceso se extendió hasta alcanzar a los pobres urbanos que confiaban en las limosnas y los trabajos estacionales, endeudados con frecuencia e inclinados a apoyar a cualquier político radical que les ofreciera algo mejor,

mientras extensas zonas rurales eran trabajadas por una población casi exclusivamente formada por siervos. Los tumultos en las ciudades, los desórdenes en el campo y una extensa revuelta de esclavos figurarían como notas destacadas en el capítulo de disturbios del siglo I a.C. El descenso en el número de ciudadanos elegibles para realizar el servicio militar, junto con la creciente demanda de guarniciones ultramarinas de larga duración, desembocaría finalmente en un cambio fundamental del ejército romano. Contemplado de una manera extrema, este proceso ha sido considerado como un elemento fundamental no sólo del final de la República, sino también de la decadencia posterior del Imperio romano, e incluso de la pobreza de la Italia meridional si se la compara con el norte, y que aún es patente en el siglo XX d.C.

La mayor parte de las afirmaciones que sobre el impacto que, a largo plazo, tuvo la invasión de Aníbal, han sido rechazadas con acierto. Es muy cuestionable que creara factores que desembocarían en un hundimiento inevitable del Imperio romano más de seiscientos años después. Hay quienes han tratado de minimizar los daños causados entre 218 y 203, sosteniendo que los relatos literarios que hablan de una profunda devastación han sido en gran medida exagerados, llegando a ser incluso contradictorios. Además, el área de Italia que sufrió con mayor dureza la depredación de ambos bandos fue el sur, una región en la que la proporción de tierra propiedad de ciudadanos romanos era relativamente pequeña. Las consecuencias de la guerra no debieron ejercer un fuerte impacto sobre la cifra de ciudadanos granjeros cualificados para realizar el servicio militar. Desde esta óptica, la decadencia del campesinado romano fue, principalmente, resultado del aumento de la duración del servicio legionario derivado de la expansión ultramarina en el siglo II

a.C. No obstante, aunque es probable que nuestras fuentes hayan exagerado la cuantía de los daños que sobre la agricultura provocaron las guerras, tal exageración es perfectamente comprensible, y de ella no se puede deducir que no hubiera sufrido ninguna pérdida significativa. Al menos algunas de las zonas en las que ciudadanos romanos se dedicaban a las labores del campo se habían visto directamente afectadas por las campañas contra Aníbal, y además debe tenerse siempre en cuenta que la decadencia del campesinado libre constituyó también un problema para los aliados latinos e italianos de Roma. Al menos hasta cierto punto, los Gracos y otros reformadores posteriores trataron de aliviar la situación de los aliados tanto como la de los ciudadanos pobres. Lo más probable es que fuera una combinación de la devastación provocada por la invasión de Aníbal y las fuertes demandas de personal para el servicio militar en el siglo II a.C. las que arruinarían a numerosos pequeños granjeros, y provocarían una migración de población rural que iría a engrosar el grupo de pobres urbanos. No se trató de un fenómeno general. En algunas áreas pudieron sobrevivir y prosperaron durante varios siglos. Los latifundios trabajados con mano de obra esclava existían ya antes de que los romanos intervinieran en Sicilia, pero los problemas provocados por la guerra contra Aníbal y la riqueza y los esclavos producidos por las siguientes conquistas promocionaron en gran medida su extensión.[7]

Las Guerras Púnicas no fueron la única causa de los principales cambios de la sociedad romana desde mediada la República hasta su final, pero constituyeron un episodio muy importante en la historia de Roma. Durante esos conflictos, los romanos movilizaron recursos humanos y económicos masivos para sostener la guerra con una incansable determi-

nación. Al hacerlo, se vieron comprometidos profundamente con todo lo que sucediera en las riberas del Mediterráneo, hasta el punto de que una buena parte de las luchas del siglo II fueron resultado directo de ese contacto. Antes del conflicto con Cartago, Roma era ya una activa imperialista, considerando la guerra como parte inseparable de su sistema político, pero aquél provocó un incremento permanente en la escala y la intensidad de la ejecución de la guerra por parte de los romanos. Éstos se acostumbraron a mantener un gran ejército y a gobernar y explotar las provincias de ultramar. Los romanos, y en particular su elite, se beneficiaron de la expansión durante muchos años, pero al tiempo que se aceleraba el ritmo expansivo, también lo hacía la cantidad de botín conseguido. Roma se vio inundada de riquezas, lujo y esclavos, al tiempo que de nuevas ideas y de influencias culturales. La mayor parte de los problemas a los que debió enfrentarse la República en el siglo que precedió a su final —aumento de una durísima competencia aristocrática; los costos en incremento rapidísimo de la carrera política; el descenso de la población rural y el extraordinario incremento de la esclavitud, la pobreza y la deuda; las dificultades de reclutamiento que condujeron a la creación de un ejército profesional— fueron todos ellos, directa o indirectamente, consecuencia de la expansión imperial. Finalmente, la República fracasó en su intento por enfrentarse a estas dificultades y se creó una monarquía. Seguramente hay quienes defiendan que el sistema republicano descansaba casi exclusivamente en instituciones anticuadas, muy adecuadas para una ciudad-Estado pero absolutamente incapaces de gobernar un imperio enorme. La debilidad de esta opinión reside en que las instituciones del Principado continuaron siendo durante muchos años esencialmente las de una ciudad-Estado. Es po-

sible que el sistema republicano del siglo II y comienzos del I a.C. se hubiera vuelto sencillamente muy poco flexible para adaptarse, de la misma manera en que lo había hecho en el pasado ante circunstancias cambiantes. Quizás los cambios producidos por la rápida expansión ultramarina de Roma sucedieron de una manera tan rápida que el Estado no pudo hacerles frente de manera eficaz. Si fue así, entonces las Guerras Púnicas serían responsables en parte, porque es evidente que aceleraron la expansión romana.

Las Guerras Púnicas vistas con perspectiva

En la actualidad, el mundo sería un lugar muy diferente si Cartago hubiera salido vencedor de su conflicto con Roma. Los romanos sólo hubieran aceptado la derrota si su enemigo les hubiera infligido un daño realmente considerable; ciertamente, mucho más que si sólo hubiera demostrado que era capaz de hacérselo. La derrota en un conflicto de esa magnitud habría sido suficiente para provocar el hundimiento de Roma como Estado. La expansión romana se hubiera frenado durante un largo periodo de tiempo y quizás no habría ocurrido nunca. La cultura grecorromana del imperio que cubrió la mayor parte de Europa, el norte de África y el Oriente Próximo durante más de quinientos años ejerció una profunda influencia sobre el mundo occidental en particular y, a través de él, se extendió por la mayor parte del globo. Una parte significativa de los países del mundo hablan en la actualidad lenguas basadas en el latín o que se han visto profundamente influidas por él, y utilizan una versión del alfabeto latino. Numerosos sistemas legales se asientan sobre el derecho romano. La existencia del Imperio romano, y la relativa facilidad que eso permitió, facilitó en gran medida la ex-

pansión del cristianismo y, evidentemente, la creación de la Iglesia católica romana. ¿Habría ocurrido algo así si los romanos hubieran perdido?

Estuvieron muy cerca de la derrota —y nunca sabremos hasta qué punto— en muy pocas ocasiones durante la Primera y la Segunda Guerras, y nunca en la Tercera. No perdieron porque se negaron a admitir la derrota a pesar del enorme número de bajas, y vencieron por su firme determinación y por el deseo de invertir recursos masivos en el esfuerzo bélico. Fue muy notable la solidaridad de todas las clases en Roma, en especial si se la compara con otras ciudades-Estado de la Antigüedad y, casi siempre, sus aliados, los latinos, los italianos y los de ultramar se inclinaron también por mantenerse leales. Todo el Estado romano al completo fue a la guerra, movilizando una proporción de la población excepcionalmente elevada, dedicando toda su riqueza y sus recursos a pagar, alimentar, vestir y equipar a sus ejércitos, y a construir grandes flotas de navíos de guerra. Dejando a un lado cuáles fueran las razones, una vez que entraron en conflicto directo con Cartago, hicieron todo lo necesario por alcanzar la victoria, construyendo con testarudez nuevas flotas o reclutando nuevas legiones para sustituir a aquellas que habían sido derrotadas, y echando mano de la aportación de capitales privados cuando las finanzas del Estado iban disminuyendo. Los romanos estaban muy orgullosos de su habilidad para aprender de sus enemigos, copiando armas y tácticas de los sucesivos adversarios y, muy a menudo, mejorándolas. Esta característica quedó ampliamente demostrada en las Guerras Púnicas por la rapidez con que Roma se convertiría en una gran potencia naval en la Primera Guerra, o el rápido perfeccionamiento de sus ejércitos y la preparación de sus generales durante la Segunda.[8]

El esfuerzo de guerra cartaginés nunca fue tan intenso, y la mayor parte del Estado no participó directamente en el conflicto hasta el año 149, cuando se enfrentaron a la destrucción de su ciudad. Esta manera de encarar la guerra con menor determinación no era debida a que, en el fondo, los cartagineses continuaran siendo una nación de mercaderes, que contemplaban cualquier empresa en término de pérdidas y beneficios. Se trataba de la actitud normal hacia la guerra de cualquier Estado civilizado del mundo mediterráneo. Sólo los romanos contemplaban cada guerra como una lucha a vida o muerte, negándose a considerar la posibilidad de aceptar la derrota mientras contaran con algún medio de continuar la lucha, y tratando siempre de alcanzar la victoria total. Los cartagineses, y en especial Aníbal, ejercieron sobre los romanos mayor presión que cualquier otro adversario extranjero. Que sobrevivieran a este desafío confirmaba su diferente actitud hacia la guerra, hasta que las condiciones cambiantes de finales de la Edad Antigua hicieron imposible su mantenimiento. El implacable talante de los romanos ante la guerra constituyó uno de los más importantes factores que explican la creación de su imperio, unido todo ello a su notable talento para absorber a otros pueblos, lo que les ofreció una gran estabilidad. Esa misma postura ante la guerra tendía a alimentar otros conflictos después de iniciado un enfrentamiento, y la diferencia entre las expectativas que tenían romanos y cartagineses a propósito de cómo debía comportarse un enemigo derrotado contribuyó en no pequeña medida a la reiniciación de las hostilidades en 218 y 149.[9]

Los historiadores del siglo xx han tardado poco tiempo en encontrar paralelismos entre la Primera y la Segunda Guerras Púnicas y las dos Guerras Mundiales de su propio siglo. La lucha entre Roma y Cartago se dio a una escala sin prece-

dentes y tuvo como resultado un gran número de bajas, de la misma manera en que la Gran Guerra hizo añicos a las potencias europeas. El resentimiento de una buena parte de la población del lado perdedor provocó la reiniciación de la guerra y un conflicto más extenso e incluso más destructivo en 218 a.C. y en 1939 d.C. Algunos incidentes concretos parecían mostrar algún paralelismo entre esos dos conflictos separados por dos milenios. En muchos aspectos, la situación a que debió enfrentarse Gran Bretaña en el verano de 1940 d.C. fue parecida a la de Roma a finales del 216 a.C. Ambos bandos habían sufrido un desastre militar repentino e inesperado, y parecía que sólo sería una cuestión de tiempo el ser aplastados por los victoriosos conquistadores. En los dos casos, esos vencedores, intoxicados por la facilidad de su éxito, creyeron que la lógica exigía que el otro bando admitiera la derrota y accediera a un acuerdo negociado. Ambas, Roma y Gran Bretaña, se negaron a firmar la paz y continuaron la lucha, sufriendo muchas más bajas. Los revisionistas que han tratado de defender que la Alemania de Hitler fue incapaz de lanzar una invasión con éxito cruzando el canal de la Mancha en 1940 pierden el tiempo, de la misma manera en que les sucede a quienes debaten si Aníbal podía o no haber tomado Roma en 216. Tales operaciones hubieran sido extraordinariamente difíciles en la práctica y quizás imposibles con los recursos de que disponían alemanes y cartagineses. Lo que no deja de ser mucho más importante es que ambos, los romanos en 216 y los británicos en 1940, creían que un ataque directo contra ellos era perfectamente posible e inminente, suponiendo una amenaza real a su propia existencia. A pesar de ello, los dos prefirieron luchar antes que aceptar la derrota, y persistieron en esa decisión frente a la continua presión del enemigo. Para los romanos, igual que

en buena medida para los británicos, este periodo iba a convertirse en su «mejor momento», recordado como una época de intensa unidad, cuando todas las clases sociales se unieron y realizaron un enorme esfuerzo por el bien común. Quizás la mayor diferencia resida en que, mientras esto sucedía en los últimos días del Imperio británico, para los romanos señaló su ascensión al Imperio mundial.

Los éxitos en el campo de batalla no se traducen automáticamente en una victoria en la guerra total. A menos que uno de los bandos fuese muy superior, en la era prenuclear difícilmente era posible que infligiese un daño suficiente como para impedir que el enemigo continuara la lucha. Las guerras finalizaban cuando uno de los lados perdía el deseo de continuar la lucha y capitulaba. Acabar con el deseo colectivo de una población enemiga a luchar constituyó el objetivo último de las teorías sobre la Fuerza Aérea Estratégica que se desarrollaron en las décadas de 1920 y 1930 d.C. Cuando, en la Segunda Guerra Mundial, se pusieron en práctica, las poblaciones civiles demostraron comportarse con mucha mayor flexibilidad de lo que habían creído los defensores de los bombardeos aéreos. Los bombardeos sobre núcleos urbanos no provocaron la rápida desmoralización de la población, desembocando en levantamientos populares y desórdenes civiles que obligaran a los gobiernos a pedir la paz. Quienes apoyaban una Fuerza Aérea Independiente defendían que el fracaso no residía en un defecto en el concepto, sino en la falta de recursos, y, finalmente, esas teorías alcanzaron su culminación en el desarrollo del arsenal nuclear.

No es siempre fácil descubrir qué acontecimientos provocarán el hundimiento del espíritu de lucha colectivo en cualquier Estado o pueblo. En 1991 d.C., las Naciones Unidas desencadenaron una breve y exitosa campaña contra Irak,

pero fracasaron en su objetivo de que el propio pueblo irakí eliminara del poder a Saddam Hussein, una probabilidad que había sido anticipada como un hecho por los políticos y por la mayoría de los medios de comunicación de Occidente. De la misma forma, las operaciones que la OTAN llevó a cabo en los Balkanes posteriormente en la misma década no consiguieron eliminar del poder a los líderes serbios. Los éxitos en el campo de batalla no produjeron los resultados políticos ampliamente difundidos en los debates públicos, aunque esa consecuencia provocó escasa sorpresa entre la mayoría de los analistas militares. La derrota militar no servía para convencer a la población de un país de que se dieran cuenta de las desigualdades y la injusticia inherentes a su sistema político —al menos, medido según los estándares occidentales—, y de que se rebelaran contra sus líderes opresores. En lugar de ello, la amenaza externa tendía a aumentar la cohesión de cada país. Desde nuestra óptica, el sistema de gobierno romano podría parecer profundamente injusto, con la concentración de poder en manos de una elite minoritaria, al tiempo que el sistema de alianzas mediante el cual la ciudad controlaba Italia era seguramente opresor y profundamente ofensivo para latinos e italianos. Aníbal debió considerar que así era cuando marchó sobre Italia en 218, aunque es difícil saber hasta qué punto comprendía las peculiaridades del sistema romano. De cualquier forma, su llamamiento a los aliados de Roma para que se liberaran del yugo del opresor cayó casi siempre en oídos sordos. Los latinos no se le unieron y la mayoría de los italianos permanecieron leales. El miedo a las represalias tuvo algo que ver con todo eso, así como quizás el que sospecharan de los motivos de Cartago, pero, en conjunto, nos vemos obligados a concluir que la mayoría de las comunidades italianas sintieron que lo mejor para sus

propios intereses seguía siendo ofrecer su apoyo a Roma. De la misma forma, hasta las clases más pobres de Roma mantenían un vínculo suficientemente fuerte con la comunidad como para sacrificar sus vidas por ella.

He afirmado en la Introducción que no era mi intención en este libro el de buscar en las Guerras Púnicas lecciones militares de relevancia directa aplicables a la guerra moderna. Hay otros que se hallan mucho más cualificados para hablar de estrategias y tácticas modernas. El objetivo de este trabajo ha sido el de situar el conflicto entre Roma y Cartago con toda firmeza en el contexto bélico de los siglos III y II a.C. Si hemos de aprender del pasado, entonces la historia debe comprenderse en primer lugar en sus propios términos. Vale la pena insistir en una visión general, la de que, de manera señalada, cada sociedad, cada cultura, tiende a contemplar la guerra de una sola manera, que afecta a cómo lucha y, de resultas de ello, a cómo puede ser derrotada. Esto puede comprobarse en numerosos periodos de la historia, pero la diferencia entre dos filosofías ante la manera de hacer la guerra raramente ha quedado tan bien ilustrada como lo fue durante las Guerras Púnicas.

El año consular romano comenzaba habitualmente en marzo y, por ello, los cónsules permanecían en el cargo durante los primeros meses del año siguiente a la fecha que aquí ofrecemos. Ha habido un cierto debate sobre hasta qué punto el calendario romano se hallaba, en este periodo, sincronizado con el año moderno. Los numerales entre paréntesis detrás de un nombre indican si esa persona había ocupado el consulado anteriormente. No se incluyen aquí aquellos cónsules que dimitieron después de algunos días o cuya elección fue declarada no válida.

Fecha	*cónsules*	*Acontecimientos*
264	Ap. Claudio Caudex M. Fulvio Flaco	**Estalla la Primera Guerra Púnica**; expedición para socorrer a Messana.
263	M. Valerio Máximo Messala M. Otacilio Craso	Hierón se rinde y alía Siracusa a Roma.
262	L. Postumio Megelo Q. Mamilio Vitulo	Asedio de Agrigento
261	L. Valerio Flaco T. Otacilio Craso	Caída de Agrigento; las escuadras púnicas realizan incursiones sobre las costas italianas; los romanos deciden construir una flota.
260	Cn. Cornelio Escipión Asina C. Duilio	Escipión Asina es hecho prisionero en Lipara; Duilio vence en la batalla naval de Milas.
259	L. Cornelio Escipión C. Aquilio Floro	Lucha en Córcega y Cerdeña como en Sicilia.
258	A. Atilio Cayatino C. Sulpicio Patérculo	Los romanos vencen en la batalla naval de Sulci.
257	B. Atilio Régulo Cn. Cornelio Blasio	Los romanos vencen en la batalla naval de Tyndaris.
256	L. Manlio Vulso Longo M. Atilio Régulo – *suf.* (II)	Los romanos vencen en la batalla naval de Ecnomo e invaden África; Régulo derrota el ejército púnico en Adys; fracaso de las negociaciones de paz.

255	Ser. Fulvio Paetino Nobilior M. Emilio Paulo	Régulo derrotado por Xantipo cerca de Túnez; la flota romana rescata a los supervivientes y derrota a la marina púnica en Hermeo; fuertes pérdidas romanas en una tormenta.
254	Cn. Cornelio Escipión Asina (II) A. Atilio Cayatino (II)	Toma de Panormos.
253	Cn. Servilio Cepio C. Sempronio Bleso	La flota romana padece una tormenta en el cabo Palinuro.
252	C. Aurelio Cota P. Servilio Gémino	Los romanos toman otras ciudades de Sicilia, incluidas Lipara y Termas.
251	L. Cecilio Metelo C. Furio Pacilo	Continúa la lucha en Sicilia; los cartagineses refuerzan su ejército en la isla.
250	C. Atilio Régulo (II) L. Manlio Vulso Longo (II)	Los romanos ganan una batalla en las afueras de Panormos y comienzan el asedio a Lilibeo.
249	P. Claudio Pulcher L. Junio Pulo Dictador: A. Atilio Cayatino *Mag. equ.*: Cecilio Metelo	La marina cartaginesa consigue la gran victoria de Drepana; la flota romana sufre lo indecible en una tormenta cerca de Camarina; se envía al dictador a tomar el mando en Sicilia.
248	C. Elio Cota (II) P. Servilio Gémino (II)	Continúan los asedios de Drepana y Lilibeo.
247	L. Cecilio Metelo (II) N. Fabio Buteo	Los asedios continúan; Amílcar Barca desembarca en Sicilia.
246	M. Otacilio Craso (II) M. Fabio Licino	Continúa la lucha de baja intensidad en Sicilia.
245	M. Fabio Buteo C. Atilio Balbo	Continúa la lucha de baja intensidad en Sicilia.
244	A. Manlio Torcuato Ático C. Sempronio Bleso (II)	Amílcar se mueve hacia el monte Eryx.
243	C. Fundanio Fundulo C. Sulpicio Galo	Continúa la lucha en torno a Eryx.
242	C. Lutacio Catulo A. Postumio Albino	Se crea una nueva flota romana.
241	A. Manlio Torcuato Ático (II) Q. Lutacio Cerco	Los romanos vencen en la decisiva batalla marina de las islas Égates; Cartago acepta la paz; **fin de la Primera Guerra Púnica**.
240	C. Claudio Cento M. Sempronio Tuditano	Estalla la guerra mercenaria en África.
239	C. Mamilio Turrino Q. Valerio Falto	

238	Ti. Sempronio Graco P. Valerio Falto	Roma se anexiona Cerdeña y amenaza a Cartago con reiniciar la guerra.
237	L. Cornelio Léntulo Caudino Q. Fulvio Flaco	Fin de la guerra mercenaria; Amílcar Barca es enviado a España.
236	P. Cornelio Léntulo Caudino C. Licinio Varo	Incursiones galas sobre el norte de Italia.
235	T. Manlio Torcuato C. Atilio Balbo (II)	
234	L. Postumio Albino Sp. Carvilio Máximo	
233	Q. Fabio Máximo M. Pomponio Mato	
232	M. Emilio Lépido M. Publicio Maleolo	El tribuno C. Flaminio presenta una ley para distribuir el *ager Gallicus* a los ciudadanos.
231	M. Pomponio Mato C. Papirio Maso	
230	M. Emilio Bardula M. Junio Pera	
229	L. Postumio Albino (II) Cn. Fulvio Centumalo	Muerte de Amílcar Barca; le sucede su yerno Asdrúbal; primera guerra ilírica; los romanos establecen un protectorado en la costa ilírica.
228	Sp. Carvilio Máximo (II) Q. Fabio Máximo (II)	
227	P. Valerio Flaco M. Atilio Régulo	El pretor C. Flaminio como probablemente el primer gobernador de la provincia romana de Sicilia.
226	M. Valerio Mesala L. Apustio Fulo	
225	L. Emilio Papo C. Atilio Régulo	Los invasores galos son derrotados en Telamon.
224	T. Manlio Torcuato (II) Q. Fulvio Flaco (II)	
223	C. Flaminio P. Furio Filo	Flaminio consigue la victoria sobre los insubres en la Galia Cisalpina.
222	M. Claudio Marcelo Cn. Cornelio Escipión Calvo	Los insubres son derrotados en Clastidium y tomada su capital, Mediolanum (Milán).
221	P. Cornelio Escipión Asina M. Minucio Rufo	Asdrúbal asesinado y sucedido por Aníbal.

220	L. Veturio Filo C. Lutacio Catulo	Construcción de la *via Flaminia*.
219	L. Emilio Paulo M. Livio Salinator	Segunda guerra ilírica; sitio y caída de Sagunto.
218	P. Cornelio Escipión Ti. Sempronio Longo	Estalla la **Segunda Guerra Púnica**; marcha de Aníbal a Italia; los romanos derrotados en Tesino y Trebia; Cn. Escipión desembarca en España.
217	Cn. Servilio Gémino C. Flaminio (II) Dictador: Q. Fabio Máximo *Mag. equ.*: M. Minucio Rufo	Flaminio derrotado en el lago Trasimeno; los romanos nombran dictador a Fabio Máximo; Fabio evita el encuentro con el ejército de Aníbal, pero fracasa al tratar de evitar que se marche de Campania; Minucio derrotado en una durísima escaramuza; Cn. Escipión vence en el encuentro naval junto al Ebro.
216	L. Emilio Paulo (II) C. Terencio Varrón Dictador: M. Junio Pera *Mag. equ.*: Ti. Sempronio Graco	Aníbal consigue la imponente victoria de Cannas; Capua y algunos otros Estados desertan; Cn. y P. Escipión derrotan a Asdrúbal Barca cerca del Ebro (Ibera); los romanos nombran un dictador; continúa la lucha especialmente a las afueras de Nola; un ejército romano es destrozado en la Galia Cisalpina.
215	Q. Fabio Máximo (III) Ti. Sempronio Graco	Continúa la lucha alrededor de Nola; Aníbal toma Casilinum; refuerzos púnicos llegan a Locri; muerte de Hierón; alianza entre Aníbal y Filipo V de Macedonia; comienza la **Primera Guerra Macedónica**.
214	Q. Fabio Máximo (IV) M. Claudio Marcelo (II)	Los romanos recuperan Casilinum; Graco derrota a Hannón en el río Calor; asesinato de Hierónimo y deserción de Siracusa a Cartago; Marcelo comienza a operar en Sicilia; Levino derrota a los macedonios en Apolonia; más combates cerca de Nola.
213	Q. Fabio Máximo, el Joven Ti. Sempronio Graco (II)	Fracasa el asalto a Siracusa y Marcelo comienza el asedio; el ejército cartaginés desembarca en Sicilia.
212	Ap. Claudio Pulcher Q. Fulvio Flaco (III)	Aníbal toma Tarento; los romanos comienzan el asedio de Capua; Hannón derrotado en Benevento; Graco es muerto; Aníbal consigue la victoria de Herdonea; en Sicilia, Marcelo toma finalmente Siracusa.

211	P. Sulpicio Galba Máximo Cn. Fulvio Centumalo Máximo	Aníbal marcha sobre Roma, pero fracasa en evitar la caída de Capua; P. y Cn. Escipión derrotados y muertos en España; alianza entre Roma y la Liga Etolia.
210	M. Valerio Levino M. Claudio Marcelo (III)	Aníbal consigue la segunda victoria en Herdonea; Escipión Africano es nombrado para el mando en España; los romanos toman Lilibeo; suerte variada en Grecia; los romanos realizan incursiones en la costa africana.
209	Q. Fabio Máximo (V) Q. Fulvio Flaco (IV)	Fabio recupera Tarento; Escipión toma Cartago Nova; continúa la lucha en Grecia.
208	T. Quinctio Crispino M. Claudio Marcelo (IV)	Ambos cónsules muertos en una emboscada; más incursiones romanas en la costa africana; Escipión gana la batalla de Baecula, pero, a pesar de ello, Asdrúbal Barca consigue salir de España.
207	C. Claudio Nerón M. Livio Salinator (II)	Asdrúbal Barca invade Italia, pero es derrotado en Metauro; los aliados de Filipo V consiguen la victoria de Mantinea; más incursiones romanas en las costas africanas.
206	L. Veturio Filo Q. Cecilio Metelo	Los etolios firman la paz con Filipo V; Escipión consigue la victoria decisiva de Ilipa y suprime después la rebelión de las tribus españolas contra Cecilio Metelo.
205	P. Cornelio Escipión P. Licinio Craso Dives	Fin de la **Primera Guerra Macedónica**; Escipión prepara la invasión de África; más incursiones romanas en las costas africanas; toma de Locri y escándalo de Pleminio; Magón invade Italia.
204	M. Cornelio Cetego P. Sempronio Tuditano	Invasión de África.
203	Cn. Servilio Cepio C. Servilio Gémino	Escipión destruye los campamentos de invierno del enemigo y consigue la victoria de las Grandes Llanuras; se pide a Aníbal y a Magón que regresen.
202	Ti. Claudio Nerón M. Servilio Pulex Gémino	Escipión derrota a Aníbal en Zama.
201	Cn. Cornelio Léntulo P. Elio Peto	Firma formal de la paz; fin de la **Segunda Guerra Púnica**.
200	P. Sulpicio Galba Máximo (II) C. Aurelio Cota	Comienza la **Segunda Guerra Macedónica**; duros combates en la Galia Cisalpina.

199	L. Cornelio Léntulo P. Vilio Tapulo	
198	T. Quinctio Flaminino Sex. Elio Peto Cato	
197	C. Cornelio Cetego Q. Minucio Rufo	Cetego consigue una importante victoria sobre los insubres; Flaminino derrota a Filipo V en Cinoscéfalos y finaliza la **Segunda Guerra Macedónica**; rebelión en España.
196	L. Furio Pupureo M. Claudio Marcelo	Marcelo derrota a los insubres; Aníbal elegido sufete.
195	L. Valerio Flaco M. Porcio Catón	Aníbal exiliado; campaña de Catón en España, consiguiendo la importante victoria de Ampurias.
194	P. Cornelio Escipión (II) Ti. Sempronio Longo	Victoria sobre las tribus lusitanas, pero la guerra continúa.
193	L. Cornelio Merula Q. Minucio Termo	
192	L. Quinctio Flaminino Cn. Domicio Ahenobarbo	Comienza la **Guerra Siria** con Antíoco III.
191	P. Cornelio Escipión Nasica M. Acilio Glabrio	Antíoco III derrotado por los romanos en Termópilas; Escipión derrota a los boios en la Galia Cisalpina.
190	L. Cornelio Escipión C. Lelio	Derrotada la flota seléucida dirigida por Aníbal.
189	Cn. Manlio Vulso M. Furio Nobilior	Antíoco III derrotado por L. Escipión en Magnesia; acaba la **Guerra Siria**; Vulso ataca a los gálatas.
188	M. Valerio Messala C. Livio Salinator	
187	M. Emilio Lépido C. Flaminio	Comienzan los ataques a los Escipiones; se construyen en el norte de Italia la *via Emilia* y la *via Flaminia*.
186	Sp. Postumio Albino Q. Marcio Filipo	Filipo derrotado por los ligures.
185	Ap. Claudio Pulcher M. Sempronio Tuditano	
184	P. Claudio Pulcher L. Porcio Licino	Exilio de Escipión Africano; Catón censor.
183	Q. Fabio Labeo M. Claudio Marcelo	Muerte de Escipión Africano.
182	L. Emilio Paulo Cn. Bebio Tanfilo	

181	P. Cornelio Cetego M. Bebio Tanfilo	Importante rebelión de las tribus celtíberas.
180	A. Postumio Albino Lusco C. Calpurnio Pisón	
179	L. Manlio Acidino Fulviano Q. Furio Flaco	Derrota de los celtíberos.
178	A. Manlio Vulso M. Junio Bruto	
177	C. Claudio Pulcher Ti. Sempronio Graco	
176	Cn. Cornelio Escipión Hispalo Q. Petilio Espurino	
175	M. Emilio Lépido (II) P. Mucio Escévola	
174	Sp. Postumio Albino Paululo Q. Mucio Escévola	
173	L. Postumio Albino M. Popilio Lenas	
172	P. Elio Ligo C. Popilio Lenas	Ambos cónsules plebeyos por vez primera; comienza la **Tercera Guerra Macedónica**.
171	P. Licinio Craso C. Casio Longino	
170	A. Atilio Serrano A. Hostilio Mancino	
169	Cn. Sevilio Cepio Q. Marcio Filipo (II)	
168	L. Emilio Paulo (II) C. Licinio Craso	
167	Q. Elio Pacto M. Junio Penno	Perseo derrotado en Pidna; finaliza la **Tercera Guerra Macedónica**; se extingue el reino de Macedonia.
166	C. Sulpicio Galo M. Claudio Marcelo	
165	T. Manlio Torcuato Cn. Octavio	
164	A. Manlio Torcuato Q. Casio Longino	
163	Ti. Sempronio Graco (II) M. Juvencio Talna	
162	P. Cornelio Lentulo Cn. Domicio Ahenobarbo	

161	M. Valerio Mesala C. Fannio Estrabón	
160	M. Cornelio Cetego L. Anicio Galo	
159	Cn. Cornelio Dolabella M. Furio Nobilior	
158	M. Emilio Lépido C. Popilio Lenas (II)	
157	Sex. Julio César L. Aurelio Orestes	
156	L. Cornelio Lentulo Lupo C. Marcio Figulo	
155	P. Cornelio Escipión Nasica M. Claudio Marcelo (II)	
154	L. Postumio Albino M. Acilio Glabrio – *suf.*	Victoria sobre los ligures; da comienzo un grave conflicto en Lusitania.
153	Q. Fulvio Nobilior T. Annio Lusco	Importante rebelión de los celtíberos.
152	L. Valerio Flaco M. Claudio Marcelo (III)	
151	A. Postumio Albino L. Licinio Lúculo	Cartago declara la guerra a Masinisa.
150	T. Quinctio Flaminino M. Acilio Balbo	
149	L. Marcio Censorino M. Manilio	Comienza la **Tercera Guerra Púnica**; la campaña se inicia con fracasos romanos; Andrisco invade Macedonia.
148	Sp. Postumio Albino Magno L. Calpurnio Pisón Cesonino	Continúa la pobre actuación del ejército romano en África.
147	P. Cornelio Escipión Emiliano C. Livio Druso	Se le concede a Escipión el mando en África y estrecha el cerco sobre Cartago.
146	Cn. Cornelio Lentulo L. Mummio	Toma y destrucción de Cartago; finaliza la **Tercera Guerra Púnica**.

Apéndice I
EL SISTEMA POLÍTICO REPUBLICANO

Los magistrados

CENSORES

Dos, que conservan el cargo por cinco años. Función: realizar el censo, revisar la lista de ciudadanos, revisar también la idoneidad de los senadores, así como admitir y expulsar senadores.

CÓNSULES

Dos por año. Principales funcionarios ejecutivos del Estado. Función: presidir el Senado y las asambleas cuando se encuentran en Roma, gobernar las provincias y dirigir los ejércitos en el extranjero para librar las guerras más importantes.

PRETORES

Inicialmente uno (cuatro por año desde el 227; seis anuales desde el 197 por la necesidad de organizar las provincias españolas). Función: fundamentalmente judicial y, para gobernar las provincias, dirigir ejércitos que no fueran comandados por los cónsules.

EDILES

Cuatro por año (dos curules y dos plebeyos). Función: administración municipal, organización del suministro de cereales, de festivales, etc.

TRIBUNOS DE LA PLEBE

Diez por año. Ningún patricio podía ocupar este cargo. Función: presidir el *concilium plebis*.

CUESTORES

Un número que fue incrementándose gradualmente hasta alcanzar los diez anuales. Función: administración financiera de Roma y de las provincias.

El Senado

Alrededor de 300 miembros regulados por los censores. Los miembros deberían proceder de una de las 18 centurias ecuestres principales. Eso significaba poseer unas propiedades al menos de 400.000 HS (un HS = 100 sestercios, la moneda de plata que era la unidad básica antes de la introducción del denario durante la Segunda Guerra Púnica). Poseían escaso poder formal, pero estaban allí para aconsejar a los magistrados, en especial a los cónsules. Recibían también las embajadas extranjeras. Tenían un considerable prestigio por la *auctoritas* de sus miembros que habían ocupado cargos de magistrados y ejercían un enorme poder e influencia debido a su permanencia.

Las Asambleas

1 CONCILIUM PLEBIS

Sólo se permitía la asistencia de plebeyos —dividida en 35 tribus (4 urbanas, 31 rurales)—; la pertenencia a ella se basaba en los antepasados y estaba presidida por un tribuno de la plebe.

FUNCIÓN: *a*) Elección de los diez tribunos de la plebe y de los ediles plebeyos, más comisionados especiales. *b*) Aprobar legislación.

2 COMITIA TRIBUTA

Asamblea de ciudadanos, incluidos los patricios —dividida en 35 tribus (4 urbanas, 31 rurales)—. Pertenencia basada en los antepasados. Presidida por un cónsul, un pretor o un edil curul.

FUNCIÓN: *a*) Elección de ediles curules, cuestores, más comisionados especiales. *b*) Aprobar legislación.

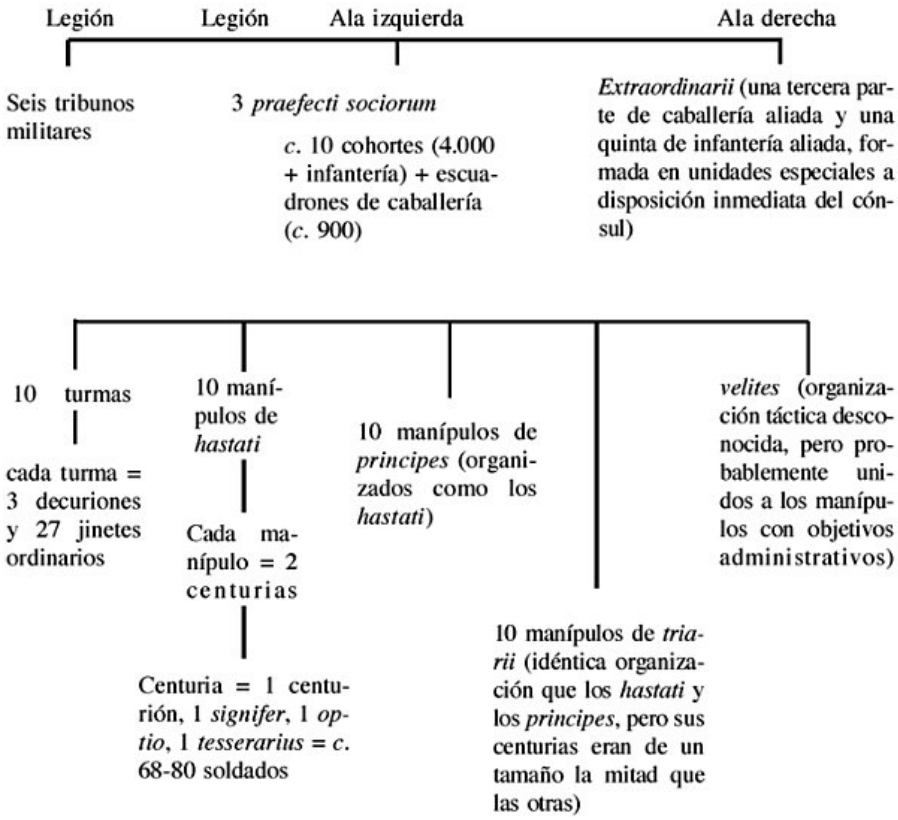
3 COMITIA CENTURIATA

Asamblea de ciudadanos, dividida en 193 centurias con derecho a voto. En su origen derivaba de la organización militar de la milicia de ciudadanos. La calidad de miembro del grupo se basaba en la posesión de un equipo estándar. En lo más alto se encontraban dieciocho centurias de caballería ecuestre (*equites equo publico*, es decir, que podían reclamar un caballo pagado por el Estado). Acabaron por basarse en la cuantía de sus propiedades. Quienes se hallaban equipados con un equipo más rico votaban antes. Sus centurias tenían también un escaso número de miembros, por lo que su influencia sobre el voto era desproporcionada. La presidía un cónsul o un pretor.

FUNCIÓN: *a*) Elección de cónsules, pretores y censores. *b*) Declaraciones de guerra y ratificación de los tratados de paz. Cierta capacidad legislativa.

APÉNDICE II
EL EJÉRCITO CONSULAR

EL EJÉRCITO CONSULAR



NOTAS

1. Sobre Cannas véase el capítulo 8; a propósito de la creencia de Napoleón en que podía aprenderse mucho estudiando a los comandantes de la Antigüedad, véase D. Chandler, *The Campaigns of Napoleon*, Londres, 19-66, pp. 137-139; para los estudios del siglo XX sobre las Guerras Púnicas, véase B. Liddell Hart, *A Greater than Napoleon - Scipio Africanus*, Edimburgo, 1930, y J. Fuller, *The Decisive Battles of the Western World*, Londres, 1954.

2. Para estudios relativamente recientes, véase T. Dorey y D. Dudley, *Rome against Carthago*, Londres, 1971; B. Caven, *The Punic Wars*, Londres, 1980; N. Bagnall, *The Punic Wars*, Londres, 1990, e Y. Le Bohec, *Histoire militaire des guerres puniques*, París, 1996, que abarcan todo el conflicto. J. Lazenby, *Hannibal's War*, Warminster, 1978 (reimpreso con un nuevo prefacio, Oklahoma, 1998), y *The First Punic War*, Londres, 1996; J. Peddie, *Hannibal's War*, Stroud, 1997, y S. Lancel, *Hannibal*, Oxford, 1998, tratan individualmente de las guerras; en 1993 hubo una reimpresión de T. Dodge, *Hannibal*, 1891; tenemos también la estimulante recopilación de documentos en T. Cornell, B. Rankov y P. Sabin (eds.), *The Second Punic War: A Reappraisal*, British Institute of Classical Studies Supplement 67, Londres, 1996. Todas estas obras incluyen bibliografías que mencionan muchos más libros y artículos publicados en años recientes sobre aspectos relacionados con el tema.

3. Bagnall (1990) y Peddie (1997), militares ambos de gran experiencia, comentan con gran perspicacia algunos de los aspectos prácticos de la campaña. Peddie presta una mayor atención que la mayoría de los autores a los problemas de suministros. Para un tratamiento general de las diferencias entre la concepción y la práctica de la guerra en culturas distintas, véase J. Keegan, *A History of Warfare*, Londres, 1993.

4. Sileno y Sosilo, véase Nepote, *Hannibal* 13.3.

5. Sobre Polibio, véase F. Walbank, *A Historical Commentary on Polybius I*, Oxford, 1970, pp. 1-37.

6. Véase P. Walsh, *Livy*, Cambridge, 1961, y T. J. Luce, *Livy, the Composition of his History*, Princeton, 1977; sobre Cinoscéfalos, Polibio 18.24.8-9, Livio 34.8.13.

7. Véase Walbank 1 (1970), pp. 26-35; crítica de Polibio de la naturaleza partidaria de Filino y Fabio Pictor, 1.14-15.

1. Una visión útil sobre el mundo mediterráneo en el siglo III a.C., en A. Toynbee, *Hannibal's Legacy*, Oxford, 1965, vol. 1, pp. 20-83.

2. Para los orígenes de Cartago, véase G. Picard y C. Picard, *Carthage*, Londres, 1987 (ed. rev.), pp. 15-35; S. Lancel, *Carthage*, Oxford, 1995, pp. 1-34; sobre Tarsis, Ezequiel 27.12; sobre España, Lancel (1995), pp. 9-14.

3. El sacrificio a Melquart, en Polibio 31.12; religión y cultura, en Picard y Picard (1987), pp. 35-50; Lancel (1995), pp. 193-256, esp. 245-256.

4. Picard y Picard (1987), pp. 56-124; Lancel (1995), pp. 78-102.

5. Sobre la exploración y la colonización, véase Picard y Picard (1987), pp. 91-100; Lancel (1995), pp. 100-109; para la Neápolis de la Cartago del siglo IV, pp. 141-142.

6. Lancel (1995), pp. 269-288; Agatocles, *Diodorus Siculus* 20.8.3-4.

7. Contrastan las opiniones de Picard y Picard (1987), pp. 125-181, con la visión más actualizada de Lancel (1995), pp. 111-121.

8. Sobre el manual perdido de Pirro, véase Plutarco, *Pyrrhus* 8; sobre la manera de hacer la guerra helenística en general, véase F. Adcock, *The Greek and Macedonian Art of War*, Berkeley, 1957.

9. Sobre la construcción de barcos y la guerra naval, véase el capítulo 5; para el puerto de Cartago, véase Lancel (1995), pp. 172-178; H. Hurst, «Excavations at Carthage, 1977-1978», *Antiquaries' Journal*, 59 (1979), pp. 19-49.

10. *Lonchophoroi*, por ejemplo, Polibio 3.72.3, 83.3, 84.14; una exposición a propósito de las pobres evidencias sobre los ejércitos púnicos, en J. Lazenby, *Hannibal's War*, Warminster, 1978, pp. 14-16; un interesante estudio sobre los contingentes galos, españoles y de otras tribus en el ejército de Aníbal, en L. Rawlings, «Celts, Spaniards and Samnites: Warriors in a Soldier's War», en T. Cornell, B. Rankov y P. Sabin, *The Second Punic War. A Reappraisal*, British Institute of Classical Studies Supplement 67, Londres, 1996, pp. 81-95. D. Head, *Armies of the Macedonian and Punic Wars*, trata de reconstruir el equipo y la organización púnicos con cierto detalle, pero muchas de sus conclusiones no son más que conjeturas.

11. Intercambio de tropas en 218, en Polibio 3.33.5-16. Nótense las dificultades de comunicación entre los componentes del ejército rebelde en la guerra mercenaria, en Polibio 1.67.3-13, 69.9-13.

12. Alianzas matrimoniales entre aristócratas púnicos y la realeza númida, por ejemplo, en Polibio 1.78.1-9, Livio 29.23.2-8; en España, *DS* 25.12, Livio 24.51.7, Silio Itálico 3.97, 106.

13. Los galos de Autariato, en Polibio 2.7.6-11.

14. 500 númidas, en Livio 26.38.11-14; libios en Sagunto, en Livio 21.11.8; galos en Tarento, Polibio 8.30.1; *speirai* en Cannas, en Polibio 3.114.4, *cf.* 6.24.5.

15. Sobre los elefantes de guerra en general, véase H. Scullard, *The Elephant in the Greek and Roman World*, Londres, 1974; sobre Rafia, véase Polibio 5.84.2-7.

16. Véase el capítulo 12.

17. Un buen estudio reciente sobre la primera época de la historia romana es el de T. Cornell, *The Beginnings of Rome*, Londres, 1995.

18. Sobre este periodo, véase Cornell (1995), pp. 345-368, y S. Oakley, «The Roman Conquest of Italy», en J. Rich y G. Shipley, *War and Society in the Roman World*, Londres, 1993, pp. 9-37; sobre la negativa a negociar con Pirro, véase Plutarco, *Pyrrhus* 18-20.

19. A propósito de los funerales de aristócratas, véase Polibio 6.53-54.

20. El recurso a las facciones domina los relatos más modernos sobre las Guerras Púnica, p. ej., B. Caven, *The Punic Wars*, Londres, 1980, pp. 20, 83-84, y en menor medida Lazenby (1978), pp. 4, 108. H. Scullard, *Roman Politics 220-150 BC*, Londres, 1951, representa una forma extrema de esta visión.

21. La famosa descripción de Polibio, en Polibio 6.11-19, 43-58, y F. Walbank, *A Historical Commentary on Polybius* (3 vols.), Oxford, 1970, pp. 673-697, 724-746. Sobre la política romana en general, véase M. Gelzer, *The Roman Nobility*, Londres, 1968; M. Crawford, *The Roman Republic*, Glasgow, 1978; P. Brunt, *Social Conflicts in the Roman Republic*, Londres, 1978, pp. 1-73; F. Millar, «The political character of the Classical Roman Republic», *Journal of Roman Sudies* 74, 1984, pp. 119, y T. Wiseman (ed.), *Roman Political Life 90 BC-AD 69*, Exeter, 1985.

22. Para una buena introducción al desarrollo del ejército romano, véanse L. Keppie, *The Making of the Roman Army*, Londres, 1984; E. Gabba, *Republican Rome: The Army and Allies*, Berkeley, 1976; A. Goldsworthy, *Roman Warfare*, Londres, 2000; F. Adcock, *The Roman Art of War under the Republic*, Cambridge, 1960, y E. Rawson, «The literary sources for the pre-Marian Roman Army», *Papers of the British School at Rome* 39, 1971, pp. 13-31.

23. Polibio 6.19-42, y Walbank 1 (1970), pp. 697-723.

24. Polibio 11.23.1, 33.1, y Walbank 2 (1970), p. 302. Véase también M. Bell, «Tactical Reform in the Roman Republican Army», *Historia*, 14, 1965, pp. 404-422.

25. Sobre el hallazgo de un probable *scutum* romano, véase W. Kimmig, «Ein Keintelschild aus Aegypten», *Germania*, 24, 1940, pp. 106-111. Sobre el equipo romano en general, véase P. Connolly, *Greece and Rome at War*, Londres, 1981, pp. 129-142, y «Pilum, gladius and pugio in the Late Republic», *Journal of Roman Military Equipment Studies*, 8, 1997, pp. 41-57, y M. Bishop y J. Coulston, *Roman Military Equipment*, Londres, 1993, pp. 48-64.

26. Polibio 2.33.4 recuerda una ocasión, en 224, en que a los *hastati* se les entregaron lanzas de los *triarii*, lo que indica que aquéllos llevaban algún otro tipo de armamento, casi con toda seguridad el *pilum*. Sobre el *pilum*, véase Bishop y Coulston (1993), pp. 48-50.

27. Para la «reforma» del 211, véanse los poco convincentes argumentos de M. Samuels, en «The Reality of Cannae», *Militärgeschichtliche Mitteilungen*, 47, 1990, pp. 7-31.

28. El abuelo de Catón; Plutarco, *Cato* 1; sobre la silla, véase P. Connolly, «The Roman Saddle», en M. Dawson (ed.), *Roman Military Equipment: The Accoutrements of War*, BAR 336, Oxford, 1987, pp. 7-27.

29. Centinelas durmiendo en la guardia, Polibio 6-35.6-37.6; Livio 44.33; sobre los castigos en general, Polibio 6.37.7-38.4.

30. Este proceso de toma de decisiones se halla implícito en los relatos de nuestra narración, y explícito en Vegetius 3.1.

31. Telamon, Polibio 2.24-31, esp. 27.1-6.

32. Por ejemplo, Espurio Ligustino mencionado en Livio 42.34.

33. Sobre la importancia de la *virtus*, véase N. Rosenstein, *Imperatores Victi*, Berkeley, 1990, pp. 114-151.

34. Espacio adjudicado a cada legionario, Polibio 18.30.5-8; Vegetius 3.14, 15, y un examen en A. Goldsworthy, *The Roman Army at War, 100 BC-AD 200*, Oxford, 1996, pp. 179-180.

35. Sobre las emboscadas a los ejércitos romanos, por ejemplo en Polibio 2.25, 3.118; Livio 38.40-41, y cap. 7. Livio anotó que un cónsul envió por delante exploradores, aunque la marcha se realizaba a plena luz del día, lo que da a entender que no era normal, Livio 35.4. Sobre encuentros accidentales, véase Polibio 2.27-28, 3.61,65; Livio 31.33; Polibio 18.19. Sobre la inteligencia militar en general, véase M. Austin y B. Rankov, *Exploratio*, Londres, 1995.

36. Sobre las demoras antes de la batalla, véase Polibio 3.89-90, 110-113, 10.38-39, 11.21, 14.8; Livio 34.46, 38.20, y esp. Livio 37.38-39; sobre ejércitos que acampaban muy cerca unos de otros y no entraban en combate, véase Polibio 1.19, 57-58; Apiano *Iberica* 11.65; sobre estratagemas para cubrir la retirada cuando se estaba en estrecho contacto con el enemigo, en Polibio 2.25, 3.68, 93-94; Livio 31.38-39.

37. Sobre la formación en los ejércitos romanos, en Polibio 3.72, 113, 6.31; Livio 34.46, 40.31, 40.48, 41.26; los ejércitos púnicos utilizaban también aparentemente métodos procesionales, Polibio 3.113.6, 11.22; sobre macedonios en Cinoscéfalos, en Polibio 18.22-25; sobre la confusión en el despliegue precipitado de un ejército español en 195, en Livio 35.14; referencias a tribunos romanos estrechamente implicados en las operaciones de despliegue, en Polibio 11.22.4; Livio 44.36.

38. Sobre el papel de los *optiones*, véase M. Speidel, *The Framework of an Imperial Legion. The fifth Annual Caerleon Lecture*, Cardiff, 1992, pp. 24-26.

39. Para una exposición detallada de este tema, véase Goldsworthy (1996), pp. 138-140.

40. Un relato sucinto del sistema de líneas, en Livio 8.8, esp. 9-13. Para una exposición sobre el combate de la infantería en este periodo, véase P. Sabin, «The mechanics of battle in the Second Punic War», en Cornell, Rankov y Sabin (1996), pp. 59-79, esp. 64-73, y para el sistema táctico romano, véase P. Sabin, «The Multiple Line System in Republican Roman Armies», *Journal of Roman Studies* (en prensa). Una exposición detallada sobre el combate en un periodo ligeramente posterior, en Goldsworthy (1996), pp. 171-247; sobre el papel del comandante, véase Goldsworthy (1996), pp. 116-170.

41. Véanse caps. 7 y 8.

1. Tucídides 1, esp. 1.23, 89-117.

2. Polibio 1.7.1-5. Véase F. Walbank, *A Historical Commentary on Polybius* 1, Oxford, 1970, pp. 52-53, para una exposición de la cronología.

3. Polibio 1.7.6-13. Dionisio de Halicarnaso, 20.4, afirma que la guarnición fue instalada para defender la ciudad contra los brucios.

4. Apiano, *Samnite History* 9.3.

5. Polibio 1.8.3-9.8. Para la cronología de la carrera de Hierón, véase Walbank 1 (1970), pp. 5455. Véase *Diodorus Siculus* 22.13, para un relato de la acción en el río Longano.

6. Polibio 1.10.1-2; el engaño de Aníbal a Hierón, en *Diodorus Siculus* 22.13; la inevitabilidad de la conquista cartaginesa de Sicilia una vez controlada Messana, en Polibio 1.10.7-8, Zonaras 8.8. Para un estudio de las causas de la guerra, véase J. Lazenby, *The First Punic War*, Londres, 1996, pp. 31-42; B. Caven, *The Punic Wars*, Londres, 1980, pp. 8-16; Walbank 1 (1970), pp. 56-63.

7. Polibio 1.10.3-9.

8. Polibio 1.11.1-3. Véase también Walbank 1 (1970), p. 62; Lazenby (1996), p. 39. Una exposición detallada de todo el proceso, en J. Rich, *Declaring war in the Roman Republic in the period of transmarine expansion*, Colección Latomus, Bruselas, 1976.

9. El tratado de Filino, en Polibio 3.26.2-5; el relato de Polibio sobre los tres tratados conservados, en Polibio 3.22.26; *cf.* Livio 7.27.2, 9.43.26, *Periochae* 13, y *Diodorus Siculus* 16.91.1; para el tratado del 306 de Livio, en *Per.* 14. Una exposición sobre este tema en Walbank 1 (1970), pp. 337-356; Lazenby (1996), pp. 31-35; Caven (1980), pp. 15-16, y S. Lancel, *Carthage*, París, 1995, pp. 86-88, 362, ambos a favor de aceptar el tratado de Filino. Una exposición reciente de las relaciones entre Roma y Cartago, en R. Palmer, *Rome and Carthage at Peace. Historia Einzelschriften Heft. 113*, Stuttgart, 1997. Sobre el incidente de Tarento, véase Livio *Per.* 14, Zonaras 8.6, Orosio 4.3.1-2.

10. Dion 11.1-4, Zonaras 8.8.

11. Sobre el imperialismo defensivo, véase T. Mommsen, *The History of Rome*, Londres, 1877-1880; T. Frank, *Roman Imperialism*, Nueva York, 1914; M. Holleaux, *Rome, la Grèce et les monarchies hellénistiques au IIIe siècle avant J.C. (273-205)*, París, 1921; E. Badian, *Roman Imperialism in the Late Republic*, Oxford, 1968; R. M. Errington, *The Dawn of Empire: Rome's Rise to World Power*, Londres, 1971.

12. Sobre los motivos económicos del imperialismo romano, véase M. K. Hopkins, *Conquerors and Slaves*, Cambridge, 1978; el argumento más serio a favor de que los sistemas político y social de Roma potenciaban la agresión se encuentra en W. V. Harris, *War and Imperialism in Republican Rome 327-70 BC*, Oxford, 1979, esp. pp. 9-104. Para un punto de vista más equilibrado, véase J. Rich, «Fear, greed and glory: the causes of Roman war-making in the middle Republic», en J. Rich y G. Shipley, *War and Society in the Roman World*, Londres, 1993, pp. 38-68, donde comenta la variable intensidad de la manera de llevar la guerra por los romanos.

13. Harris (1979), pp. 183-185.

14. Polibio 1.11.3-11; sobre la petición de barcos a los aliados, Polibio 1.20.13-14. La historia de Cayo Claudio en Dion 11.5-10, Zonaras 8.8-9.

15. Véase Lazenby (1996), pp. 43-46 en una crítica a esta tradición. Sobre la pérdida de la quincuerreme cartaginesa, Polibio 1.20.15; sobre la amenaza de Hannón, Dion 11.9, Zonaras 8.9; el relato de Diodoro sobre las negociaciones, en 23.1.4.

16. Polibio 1.11.9-12.4, 14.1-8; la derrota de la caballería romana, en Zonaras 8.9.

17. Polibio 1.16.1-11, Zonaras 8.9. Sobre el nombre Messala, véase Plinio, *Natural History* 35.22.

18. Polibio 1.16.4-17.1. Eutropio, 2.19.2, y Orosio, 4.7.3, afirman que Hierón pagó doscientos talentos.

1. Sobre los mercenarios, Polibio 1.17.3-4; sobre la reducción del ejército romano, 1.17.1-2; sobre las cuatro legiones enviadas de nuevo a Sicilia, 1.17.6.

2. J. Roth, *The Logistics of the Roman Army at War*, Brill, 1999, pp. 158, 171-172, 288, 316, 318.

3. Narración general en Polibio 1.17.6-13; los piquetes en el exterior del campamento, 1.17.1112 y 6.37.11. Hay testimonios de esta institución en el sitio de Jerusalén en 70 d.C., Josefo, *Bellum Judaicum* 5.482-483.

4. César, *Bellum Gallicum* 2.32; Cicerón, *De Officiis* 1.35.

5. Polibio 1.18.1-7.

6. Polibio 1.18.8-19.4; sobre el tamaño del ejército púnico, Polibio 1.19.2, *Diodorus Siculus* 23.8.1. Una fuente muy posterior, la de Orosio, habla sólo de 30 elefantes, 1.500 jinetes y 30.000 infantes, 4.7.5.

7. Zonaras 8.10; Polibio 1.19.6.

8. Polibio 1.19.7-11, *DS* 23.8.1, 9.1,7.

9. B. Caven, *The Punic Wars*, Londres, 1980, p. 25; Lazenby, *The First Punic War*, Londres, 1996, p. 58.

10. Zonaras 8.10, Frontino, *Strategemata* 2.1.4.

11. Sobre Agrigento, Polibio 1.19.13-15; Hierón ofreciendo suministos al ejército romano, en Polibio 1.18.11; la ampliación de los objetivos de guerra romanos, en Polibio 1.20.1-2, y F. Walbank, *A Historical Commentary on Polybius* 1, Oxford, 1970, p. 72, quien cita la afirmación de Polibio de que la victoria de Telamon en 225 a.C. animó al Senado a planear la expulsión de los celtas enteramente de la Galia Transpadana, 2.31.7.

12. Deserciones a Roma, *DS* 23.4.1; operaciones sin éxito, *DS* 23.3.1 y 23.4.2. Es posible que estos lugares fueran incorrectamente identificados en el resumen de Diodoro; véase Lazenby (1996), p. 53; Mitistrato, en *DS* 23.9.2-3; Herbeso, en *DS* 23.8.1; Camarina, en *DS* 23.9.4; Enna, en *DS* 23.9.5.

13. Lipara como trampa, en Polibio 1.21.5-8, 8.35.9, Zonaras 8.10, Livio *Per.* 17; Termas, *DS* 23.19.1; los galos, en Zonaras 8.10, *DS* 23.8.3, Frontino *Strat.* 3.16.3.

14. Termas, en Polibio 1.24.3-4, *DS* 23.9.4; el cambio anual de comandantes, en Zonaras 8.16. Los principales grupos de refuerzo de los ejércitos púnicos en Sicilia mencionados por Polibio, para el año 262, en 1.18.8, y, en 255, incluyendo 140 elefantes, en 1.38.2-3.

15. Polibio 1.29.1-10; prisioneros italianos, en Zonaras 8.12; Kerkouane, en Lancel (1995), pp. 268-269, 367.

16. La renuencia de Régulo a tomar el mando, en Dion 11.20; su ejército, en Polibio 1.29.9; la Legión Primera, en Polibio 1.30.11; para el generalato romano, véase A. Goldsworthy, «"Instinctive Genius"; The Depiction of Caesar the General», en K. Welch y A. Powell (eds.), *Julius Caesar as Artful Reporter. The War Commentaries as Political Instruments*, Swansea, 1998, pp. 192-219.

17. Polibio 1.30.1-7; véase Lazenby (1996), p. 100, sobre la posible identidad de Adys.

18. Los oficiales romanos reconocieron el error cartaginés, Polibio 1.30.9.

19. Polibio 1.30.10-14; sobre el ataque de madrugada, Polibio 1.30.10; sobre el ataque nocturno, Zonaras 8.13.

20. El uso de Túnez como base, en Polibio 1.30.15; el deseo de conseguir crédito para acabar la guerra, 1.31.4-5; una conducta parecida en otros comandantes romanos, por ejemplo, Tiberio Sempronio Longo en Trebia en 218, Polibio 3.70.7, y Tito Quinctio Flaminino durante las negociaciones con Filipo V de Macedonia en 198-197, Polibio 18.11-12.

21. Polibio 1.31.1-8, Dion 11.22-23.

22. Polibio 1.32.1-9; la llegada de Xantipo en *DS* 23.16.1; su competencia, en Polibio 1.32.7.

23. Polibio 1.33.1-6; véase Lazenby (1996), p. 104, sobre la posible ubicación de la batalla.

24. Polibio 1.33.9; véase también Lazenby (1996), pp. 104-105. Sobre aquellos casos en que las legiones formaban con más de tres unidades de fondo en el siglo I a.C., véase Farsalo, la *Bellum Civile* de César, 3.89; los ejemplos de legiones completas de reservas incluyen Ampurias en 195, Livio 34.15, una victoria sobre los boios en 193, Livio 35.5; los ejemplos de la Segunda Guerra Púnica incluyen Numistro, Livio 27.2, 12, y en España en 205, Livio 29.2.

25. Polibio 1.22.8-34.12.

26. Sobre un posible servicio final en Egipto, véase Lazenby (1996), p. 106, quien menciona que Ptolomeo III nombró a Xantipo como gobernador en 245, Hierónimo *In Daniel* 11.7-9; para el mito de Régulo, véase Diodoro 23.16.1, *DS* 24.12, y un debate en A. Pauly, G. Wissowa *et al.*, *Real-encyclopädie der classischen Altertumswissenschaft*, Stuttgart, 1893; Atilio (51), cols. 2088-2092.

27. Sobre las campañas de Aníbal contra los númidas, véase Orosio 4.9.9. La cronología sobre las operaciones de Hannón en Libia es incierta, Polibio 1.73.1, 74.7, *DS* 24.10.

28. Polibio 1.39.7-40.16. Por lo que se refiere a nuestro objetivo, no tiene ninguna importancia saber si Metelo participó en la batalla como cónsul o como procónsul. Una exposición de las fuentes relevantes, en Lazenby (1996), p. 120.

29. Bajas, en Eutropio 2.24, Orosio 4.9.15; elefantes, en Polibio 1.38.2, *DS* 23.21, Zonaras 8.14, Plinio, *Natural History* 8.16; galos, en *DS* 23.21.

30. Polibio 1.41.4-48.11. Polibio ofrece la cifra de diez mil para la fuerza de la guarnición (1.42.11), pero Diodoro habla de que sólo eran siete mil infantes y setecientos jinetes (*DS* 24.1). No obstante, cuenta también que un grupo de cuatro mil hombres habían entrado en la ciudad por mar. El mismo pasaje proporciona la fuerza romana.

31. Polibio 1.56.1-58.9; Eryx, *DS* 24.8.

1. Polibio 1.20.6-14.

2. Sobre el poder naval de Roma en el comienzo de su historia, véase J. Thiel, *A history of Roman sea-power before the Second Punic War*, Amsterdam, 1954, pp. 3-59; sobre la afirmación de que *classici* derivaba de *classis*, o flota, véase Thiel (1954), pp. 33-34; (J. Lazenby, *The First Punic War*, Londres, 1996, p. 63, sigue una línea mucho menos atrevida); la derrota de la escuadra romana por los tarentinos, en Livio *Per.* 12, Apiano, *Samnite History* 7.1. Para un estudio general sobre el antiguo arte de la guerra naval, véase W. Rogers, *Greek and Roman Naval Warfare*, Maryland, 1964, esp. pp. 266-305.

3. Sobre las exigencias de Messala, véase *Ineditum Vaticanum* 4.

4. T. Shaw (ed.), *The Trireme Project: Operational Experience 1987-1990; Lessons Learnt. Oxbow Monograph 32*, Oxford, 1993; un breve resumen de los hallazgos, en L. Casson, *Ships and Seafaring in Ancient Times*, Londres, 1994, esp. pp. 60-77.

5. Para los «cuarentas», véase Cason (1971), pp. 50-51, 82-83; para los «treintas», véase Athenaeus 5.203c; véase también Morrison (1996), pp. 1-40, y p. 309 sobre los «dieces» como los barcos más grandes utilizados en combate; sobre los cartagineses como los primeros en construir «cuatros», en Aristóteles, *Fragment* 600; Siracusa construyó el primer «cinco», en *Diodorus Siculus* 4.41.3.

6. Véase Casson (1971), pp. 84-85; Polibio 1.20.15.

7. J. S. Morrison (y J. F. Coates), *Greek and Roman Oared Warships*, Oxbow, 1996, pp. 259-260, 270-272, e intento de reconstrucción en pp. 312-317; sobre la evidente debilidad del botante, véase Lazenby (1996), p. 65.

8. Sobre el espolón de Athlit, en Casson, pp. 74, 90-91; sobre el naufragio de Marsala, véase L. Basch y H. Frost, «Another Punic wreck in Sicily: its ram», *International Journal of Nautical Archaeology* 4 (1976), pp. 201-228, y H. Frost *et al.*, *Lilibeo (Marsala) — The Punic Ship: Final Excavation Report. Notizie Degli Scavi di Antichita Supplemento al vol. 30*, 1976, Roma, 1981, pp. 267-270.

9. Para la analogía con la riña de perros, véase, por ejemplo, Lazenby (1996), p. 95; Shaw (1993), p. 99; sobre los *diekplus*, Shaw (1993), pp. 99-104.

10. Sobre el innato conservadurismo de los romanos, véase Thiel (1954), pp. 66-67; el uso de «cinco» como genérico por «barco de guerra» lo apunta W. W. Tarn, «The Fleets of the First Punic War», *Journal of Hellenic Studies*, 27, 1907, pp. 48-60, esp. pp. 59-60. F. Walbank, *A Historical Commentary on Polybius* 1, Oxford, 1970, p. 74; el barco de guerra púnico apresado y tomado como modelo, en Polibio 1.20.15; la construcción completada en sesenta días, en Plinio, *Natural History* 16.192, *cf.* Floro 1.18.7, Orosio 4.7.8.

11. H. Frost, «The prefabricated Punic Warship», en H. Deviyner y E. Lipinski, *Studia Phoenica X: Punic Wars*, Lovaina, 1989, pp. 127-135, esp. pp. 132-134; sobre el hecho de que los «cincos» nunca se habían construido en Italia con anterioridad, véase Polibio 1.20.10.

12. Una exposición sobre este tema, en Thiel (1954), pp. 73-78; Lazenby (1996), p. 65. Sobre las cifras del censo, véase P. Brunt, *Italian Manpower 225 BC - AD 14*, Oxford, 1971, pp. 13, 32; para los samnitas, véase Zonaras 8.11.

13. La traición, en Zonaras 8.10; sobre Asina, Plinio, *NH* 8.169.

14. Polibio 1.21.9-11; un relato mutilado de Milas, en Lazenby (1996), p. 67; Tarn (1907), p. 51; Thiel (1954), pp. 122-127.

15. Polibio 1.22.3-11; H. T. Wallinga, *The Boarding-Bridge of the Romans*, Gravenhage, 1956. Véase también Thiel (1954), pp. 101-128.

16. *DS* 23.10.1.

17. Polibio 1.23.1-10; Rogers (1964), pp. 176-177; sobre los *corvi*, 1.23.9.10; Thiel (1954), p. 115.

18. *Corpus Inscriptionum Latinarum* 12.2.25, cuyo comentario incluye la reconstrucción del texto por Mommsen.

19. Livio *Per.* 17.

20. Sobre Aníbal, Polibio 1.24.5-7; sobre las islas Lípari, Polibio 1.25.1-4; Zonaras 8.12.

21. Polibio 1.26.7.

22. Véase Tarn (1907), pp. 46, 53; Thiel (1954), pp. 83-96, esp. p. 94.

23. Por ejemplo, en Thiel (1954), pp. 119-120, criticado por Lazenby (1996), pp. 87-88.

24. Por ejemplo, G. K. Tipps, «The battle of Ecnomo», *Historia*, 34, 1985.

25. Sobre la unidad «menos compacta», en Polibio 1.27.7.

26. Lazenby (1996), pp. 95-96.

27. Polibio 1.26.10-28.14; Rogers (1964), pp. 278-291.

28. Polibio 1.29.1; véase Thiel (1954), p. 117.

29. Zonaras 8.14; Polibio 1.36.11.

30. Las cifras, en *DS* 23.18.1; Orosio 4.9.8; Eutropio 22.3. Sobre las dudas en las cifras, véase Tarn (1907), p. 53; Thiel (1954), p. 94. Sobre el *corvus*, véase Thiel (1954), pp. 235-236; Lazenby (1996), p. 112. Sobre la confianza romana en la *bia*, en Polibio 1.37.7-10.

31. Polibio 1.38.5-10.

32. Polibio 1.39.6.

33. Polibio 1.39.8.15; Lilibeo, en 1.41.3-4; Aníbal, en 1.44.1-7, 46.1-3.

34. Polibio 1.46.4-47.3.

35. Polibio 1.47.3-10.

36. Livio *Per.* 19; Cicerón, *De natura deorum* 2.7; Floro 1.19.29, Suetonio, *Tiberius* 2.

37. Drepana, en Polibio 1.49.3-51.12; Rogers (1964), pp. 296-299; para el juicio, véase N. Rosenstein, *Imperatores Victi*, Berkeley, 1990, pp. 35-36, 43, 79-80, 84-85, 184-185.

38. Polibio 1.52.4-54.8; Zonaras 8.15; los *lemboi*, en Polibio 1.53.9.

39. Sobre las incursiones en África, Zonaras 8.16; las cifras del censo en Brunt (1971), pp. 2633; sobre los años 265-264, Eutropio 2.18; 252-251, en Livio *Per.* 18; 247-246, en Livio *Per.* 19; sobre Claudia, véase Livio *Per.* 19; Suetonio, *Tiberius* 2.3; Aulo Gelio, *Noctes Atticae* 10.6.

40. Polibio 1.59.7-8.

41. Sobre la incapacidad de los barcos pequeños para dañar un «cinco», en Polibio 15.1.3-2.15, Livio 30.25.1-10; Morrison y Coates (1996), pp. 271-272, 285-291.

42. Livio *Per.* 19.

43. Véase Lazenby (1996), pp. 153-154.

44. Sobre las islas Égates, Polibio 1.59.8-61.8; las pérdidas en *DS* 24.11.1-2, y Rogers (1964), pp. 301-303.

45. Véase Frost (1989), p. 128; la disputa entre los comandantes romanos, en Valerio Máximo 2.8.2.

46. Polibio 1.62.1-2.

47. Nótense los comentarios de Polibio sobre la más elevada cualificación de los marineros romanos si se la compara con la pericia náutica cartaginesa, 6.52.8-9.

1. *Diodorus Siculus* 24.13.1. Livio 21.41.6-7 da a entender que los soldados de Amílcar fueron rescatados con el pago de dieciocho denarios por persona.

2. T. Cornell, *The Beginnings of Rome*, Londres, 1995, pp. 188-189.

3. Polibio 1.62.1-9, 3.27.2-6. Una versión ligeramente diferente en Zonaras 8.17.

4. Véase J. Rich, «The Origins of the Second Punic War», en T. Cornell, B. Rankov y P. Sabin, *The Second Punic War: A Reappraisal*, Londres, 1996, pp. 1-37, esp. pp. 23-24 con más referencias.

5. Véase G. Rickman, *The Corn Supply of Ancient Rome*, Oxford, 1980, pp. 12-13, 32-33, 37.

6. Véase J. Lazenby, *The First Punic War*, Londres, 1996, pp. 168-170 sobre la pasividad de los cartagineses durante la guerra.

7. Zonaras 8.16.

8. Sobre la ocupación de cargos en el periodo, véase T. Broughton, *The Magistrates of the Roman Republic*, Nueva York, 1951. En las dos décadas que discurren entre el 284 y el 265, once de los cónsules elegidos ocuparon el cargo por segunda vez. En 241-222 ocurrió lo mismo sólo con siete. Sobre Caiatano, véase Livio *Per.* 19; véase también Lazenby (1996), pp. 137, 141.

9. G. Picard y C. Picard, *Carthage*, Londres, 1987, p. 194.

10. Véase N. Rosenstein, *Imperatores Victi*, Berkeley, 1990, pp. 35-36, 43, 79-80, 184-185, y Lazenby (1996), pp. 136-137.

11. El relato de Polibio sobre la guerra mercenaria en 1.66.1-88.7.

12. Polibio 1.77.5, 2.7.6-11.

13. Polibio 1.83.5-11; Apiano, *The Punic Wars* 5.

14. Polibio 1.83.2-4.

15. Polibio 1.83.11.

16. S. Dyson, *The Creation of the Roman Frontier*, Princeton, 1985, p. 246.

17. Polibio 1.88.8-12, 3.28.1-4.

18. Véase Dyson (1985), pp. 239-255.

19. Zonaras 8.18.

20. *DS* 25.10.4, 19.1.

21. Polibio 3.13.3-5.

22. Véase Picard y Picard (1987), pp. 202-203, 222-229.

23. Polibio critica a Fabio Pictor porque muestra a los Bárcidas como opuestos a la mayoría de la elite de Cartago, 3.8.1-11. Livio presenta a Hannón como líder de la facción opuesta a los Bárcidas, por ejemplo, en 21.3.1-4.1, 10.1-11.2. Zonaras, 8.17, afirma que Amílcar recibió el apoyo del pueblo por su demagogia y se le votó para un mando ilimitado en España. Véase también Nepote, *Hamilcar* 3.

24. Apiano, *The Wars in Spain* 5.

25. Parece ser la deducción que puede hacerse del breve relato de Polibio, 2.1.5.

26. Contrástese a Picard y Picard (1987), pp. 209-229, con S. Lancel, *Carthage*, Oxford, 1995, pp. 376-380.

27. Sobre la embajada a Amílcar, véase Dion 12.48; sobre Asdrúbal, Polibio 2.13.3-7, 3.27.910. Sobre la presencia de mercaderes romanos, véase Dyson (1985), p. 180.

28. Para un relato de las campañas en la Galia Cisalpina, véase Dyson (1985), pp. 26.34. Para el relato de Polibio sobre las guerras en la Galia, véase 2.14.1-35.10; sobre Telamon, 2.26.1-31.7; la ley sobre la tierra de Flaminio en 2.21.7-9; su campaña, en 32.1-33.9.

29. Plutarco, *Marcelo* 6.8.

1. Sobre el comercio entre Roma y Cartago, véase R. Palmer, *Rome and Carthage at Peace*, 1997, pp. 15-52. Sobre la amistad con los forasteros, Livio 27.16.5, 33.45.6.

2. Las fronteras físicas se impusieron por ambos lados en los primeros tratados entre Roma y Cartago; sobre ello, véase Polibio 3.22.4-7, 24.4.11; entre Roma y Tarento, véase Apiano, *Samnite History* 7, 79; y entre Cartago y Cirene, en Salustio, *Bellum Jugurthinum* 2-10.

3. El tratado con Sagunto, en Polibio 3.30.1-2; sobre el arbitraje en la disputa interna de Sagunto, en 3.15.7.

4. Polibio 3.15.1-13, 17.1-11, Livio 21.6.1-9.2, 12.1-15.2; la herida de Aníbal, en 21.7.10.

5. La embajada, en Polibio 3.20.6-21.8, 33.1-4; Livio 21.18.1-19.5. Sobre Fabio Buteo, véase Broughton, *The Magistrates of the Roman Republic* (n. 116). F. Walbank, *A Historical Commentary on Polybius* 1, Oxford, 1970, p. 334 sobre la probabilidad de un voto condicional a favor de la guerra antes de que los embajadores salieran de Roma. La brusquedad de la diplomacia romana, por ejemplo, con la reina Teuta en 229, en Polibio 2.8.6-13; con Antíoco IV en 168, en Livio 45.12.

6. Polibio 3.9.6-12.7.

7. Polibio 3.11.5.8.

8. Polibio 3.11.5-8; Livio 21.1.4-5; Nepote, *Hannibal* 1.2-6.

9. La mejor y más extensa exposición reciente sobre las causas de la guerra es la de J. Rich, «The origins of the Second Punic War», en T. Cornell, B. Rankov y P. Sabin (eds.), *The Second Punic War: A Reappraisal*, Londres, 1996, pp. 1-37. Rich cita unas treinta contribuciones importantes sobre el tema.

10. Véase Rich (1996), pp. 14-18, esp. p. 17. Sobre el reclutamiento de Amílcar de los guerreros enemigos capturados, en *Diodorus Siculus* 25.10.1; su respuesta a los enviados romanos, en Dion 12.48.

11. Sobre la ambición de Aníbal, véase Livio 21.5.1-2.

12. Véase Rich (1996), p. 30.

13. Sobre los planes y las disposiciones del Senado para el 218, véase Polibio 3.40.1-2, 41.2; Livio 21.17.1-9.

14. Polibio 3.40.3-13; Livio 21.25.1.14.

15. Polibio 3.40.14, 41.1-3; Livio 21.26.1-2.

16. Una exposición incisiva sobre la situación naval, en B. Rankov, «The Second Punic War at Sea», en Cornell, Rankov y Sabin (1996), pp. 49-57, esp. pp. 52-54.

17. Polibio 3.33.17-18.

18. 18. Polibio 3.35.1; sobre los elefantes, Apiano, *The Hannibalic War* 1.4.

19. A. D. Domínguez-Monedero, «La campaña de Aníbal contra los Vacceos, sus objetivos y su relación con el inicio de la segunda guerra púnica», *Latomus* 45, 1986, pp. 241-258.

20. Livio 21.21.9.

21. Livio 22.58.3.

22. Para la opinión de que la estrategia de Aníbal era la de romper la confederación de aliados de Roma, véase J. Lazenby, «Was Maharbal right?», en Cornell, Rankov y Sabin (1996), pp. 39-48, y J. Lazenby, *Hannibal's War*, Warminster, 1978, pp. 29-32, 85-86, 88-89.

23. Livio recoge la tradición de que Asdrúbal hizo venir al joven Aníbal a España, indicando con ello que había regresado a Cartago tiempo antes. Cree también que había rumores de una relación antinatural entre Aníbal y Asdrúbal parecidos a los que circularon sobre este último y Amílcar. Véase Livio 21.3.1-6; *cf.* Nepote, *Hamilcar* 3.1-2.

24. Polibio 3.69.12-13, 9.22.1-26; Livio 21.4.1-8.

25. Sobre Aníbal Monomaco, en Polibio 9.24.4-8; la avaricia de Aníbal Barca, en 9.25.1-26.11.

26. Livio 21.38.6-9. Para los estudios sobre la ruta, véase P. Connolly, *Greece and Rome at War*, Londres, 1981, pp. 153-166, Lazenby (1978), pp. 34-48, 275-277, S. Lancel, *Hannibal*, Oxford, 1998, pp. 57-80, y D. Proctor, *Hannibal's March in History*, Oxford, 1971, como un simple ejemplo de la literatura existente.

27. Polibio 3.35.1-8; Livio 21.22.5-24.1; para la distancia hasta el Ebro, Polibio 3.39.6; el cruce del Ebro en tres columnas, en Livio 21.23.1.

28. Caven (1980), pp. 98-101.

29. Polibio 3.35.6-8; Livio 21.23.1-6; sobre los carpetanos, Livio 21.23.4.

30. Polibio 3.42.1-4; Livio 21.24.2-5, 26.6-27.1. Sobre la importancia de los límites en el arte de la guerra entre tribus, véase César, *Bellum Gallicum* 2.17, 6.23.

31. Polibio 3.42.5-43.12; Livio 21.27.2-28.4.

32. Polibio 3.44.4, 45.6-12; Livio, 21.28.5-12, menciona también una versión alternativa.

33. Polibio 3.44.3-13; Livio 21.29.1, 30.1-31.1.

34. Polibio 3.41.4-9; Livio 21.26.3-5.

35. Polibio 3.45.1-5; Livio 21.29.1-7.

36. Véase M. Austin y B. Rankov, *Exploratio*, Londres, 1995, esp. pp. 12-86.

37. Polibio 3.45.5, 47.1-5; Livio 21.30.1-31.5.

38. Polibio 3.49.5-13; Livio 21.31.1-12.

39. Polibio 3.50.1-51.13; Livio 21.32.6-33.11.

40. Polibio 3.52.1-53.10; Livio 21.34.1-35.1.

41. Polibio 3.54.5-55.9; Livio 21.36.1-37.6; la historia del vinagre, en 21.37.2-3; la importancia de poseer amplios conocimientos para un comandante, en Polibio 9.12.1-20.10; ejemplos de la ingenuidad de otros generales, por ejemplo en Josefo, *Bellum Judaicum* 3.271-281.

42. Sobre el tiempo invertido en el viaje, Polibio 3.56.3. Anteriormente menciona que les llevó nueve días alcanzar el punto más elevado del primer paso, 3.53.9. De hecho, quince días parece poco lógico teniendo en cuenta la cantidad de jornadas de descanso que menciona Polibio.

1. Polibio 3.56.4, 3.60.5 sobre el tamaño de los ejércitos. Sobre la idea de dejar guarniciones en el sur de Francia, véase J. Lazenby, *Hannibal's War*, Warminster, 1978, p. 34, fn. 9, citando a G. Picard y C. Picard, *The Life and Death of Carthage*, 1968 (ed. rev. 1987), pp. 248-250. El intento de Asdrúbal de marchar sobre Italia en 215, en Livio 23.27.9. En 1812, el ejército de Napoleón sufrió numerosas pérdidas en los inicios de la invasión de Rusia; véase sobre ello, D. Chandler, *The Campaigns of Napoleon*, Londres, 1966, pp. 780, 816.

2. Polibio 3.60.8-10. Una exposición sobre los problemas de suministro de Aníbal, en J. Shean, «Hannibal's mules: the logistical limitations of Hannibal's army and the battle of Cannae, 216 BC», *Historia* 45, 1996, pp. 159-187.

3. Polibio 3.61-1-12; Livio 21.39.3-10.

4. Sobre los discursos y las luchas de gladiadores, véase Polibio 3; Livio 21.40.1-44.9; la promesa de ciudadanía, en 21.45.5-6. Una exposición sobre los combates cuerpo a cuerpo, en L. Rawlings, «Warriors in a soldier's war», en Cornell, Rankov y Sabin (1996), pp. 81-95, esp. p. 89.

5. Sobre la fluidez en el combate de la caballería, véase Dion 56.32; Tácito, *Annals* 6.35. Sobre la silla de cuatro cuernos, véase P. Connolly, «The Roman Saddle», en M. Dawson (ed.), *Roman Military Equipment: The Accoutrements of War*, BAR 336, Oxford, 1987, pp. 7-27.

6. Los relatos sobre Tesino, en Polibio 3.64.1-65.11 y 10.3.3-6; Livio 21.45.1-46.10.

7. Polibio 3.66.1-8; Livio 21.47.1-8.

8. Polibio 3.66.9-68.8; Livio 21.48.1-8.

9. Polibio 3.68.9-15; Livio 21.51.5-7. Una exposición, en Lazenby (1978), pp. 55-56.

10. Polibio 3.69.1-14; su alabanza a la decisión de Aníbal de no luchar, en 69.12-13; Livio 21.48.9-10, 52.1-11.

11. Polibio 3.70.1-12; Livio 21.53.1-11.

12. C. Duffy, *Austerlitz*, Londres, 1977, p. 72.

13. Relatos sobre Trebia, en Polibio 3.71.1-74.11; sobre las cifras 72.2, 7-8, 11-13; sobre los elefantes 72.9, 74.2. Livio 21.54.1-56.8; sobre las cifras 55.2-4; sobre los elefantes 55.2.7-56.1. Polibio, 3.74.1, cree que las tropas de Magón eran sobre todo númidas. Un debate sobre el tema, en Lazenby (1978), pp. 55-58; Connolly, *Greece and Rome at War*, Londres, 1981, pp. 168-171; J. Kromayer y G. Veith, *Antike Schlachfelder in Italien und Afrika*, Berlín, 1912, III, 1, pp. 47-99, y H. Delbrück, *History of the Art of War*: vol. 1: *Warfare in Antiquity*, Nebraska, 1975, pp. 333-334.

14. Éste era el número de jinetes al mando de Gayo Centeno, en Polibio 3.86.3; Livio 22.8.1.

15. La batalla probablemente ficticia, en Livio 21.59.1-9; los disfraces de Aníbal, en Polibio 3.78.1-4; Livio 22.1.3.

16. Las disposiciones para el año, en Polibio 3.80.1, 86.1; Livio 22.2.1, 4.

17. Sobre el carácter de Flaminio, véase Polibio 3.80.3-82.8; Livio 21.63.1-15, 22.3.3-14.

18. Livio 21.63.5.

19. N. Rosenstein, *Imperatores Victi*, Berkeley, 1990, pp. 54-91.

20. Polibio 3.78.5-79.12; Livio 22.2.1-3.1. Sobre el paso de Porretta, véase Lazenby (1978), pp. 60-61, fn. 20; sobre el paso de Colline, véase B. Caven, *The Punic Wars*, Londres, 1980, p. 119. Catón afirmó que el elefante más bravo del ejército de Aníbal se llamaba *Sirio* (Surus), Plinio, *Natural History* 8.5.11.

21. Sobre el problema de los suministros, véase Shean (1996), pp. 159-187, esp. 175-185.

22. Polibio 3.80.1-2, 82.1-8; Livio 22.3.7-14.

23. Sobre los posibles lugares de las batallas, véase Lazenby (1978), pp. 62-64; Connolly (1981), pp. 172-175, y Kromayer y Veith (1912), pp. 148-193.

24. Livio, 35.4, menciona que, en 193, el cónsul Merula tomó la precaución de enviar exploradores incluso aunque marchaba a plena luz del día, lo que quiere decir que esa práctica no era habitual.

25. Para los relatos sobre Trasimeno, véase Polibio 3.9-85.5; Livio 22.4.1-7.5. Ovidio menciona la fecha de la batalla como *dies nefas*, *Fasti* 6.767-768. Silio Itálico dice que Flaminio llevaba un *crine Suevo* —una cabellera sueva, que claramente quiere decir gala, puesto que los suevos eran un pueblo germánico— como crin; véase Silio Itálico, *Punica* 5.132. Una exposición sobre las diferentes versiones de la muerte de Flaminio, en Rosenstein (1990), pp. 115-117.

26. Polibio 3.86.1-5; Livio 22.8.1.

27. Livio 22.7.6-14, 8.2-4.

28. Polibio 3.87.6-9; Livio 22.8.5-7.

29. Plutarco, *Fabius Maximus* 1-4.

30. Livio 22.9.7-10.10.

31. Livio 22.11.1-9; sobre la petición para que se le permitiera montar a caballo, Plutarco, *Fabius Maximus* 4.

32. Polibio 3.86.8-87.5; Livio 22.9.1-5.

33. Polibio 3.88.1-90.6; Livio 22.12.1-12. Véase P. Erdkamp, «Polybius, Livy and the Fabian Strategy», *Ancient Society* 23, 1992, pp. 127-147, donde afirma de manera convincente que Livio exageró enormemente el impacto de los intentos de Fabio por privar a Aníbal de víveres. Una exposición sobre las posibles rutas seguidas por los ejércitos durante esta campaña, en Lazenby (1978), pp. 66-71; Connolly (1981), pp. 177-182. En *Lucullus* 11.1, Plutarco menciona la frase, en jerga militar, «una patada en el estómago».

34. Polibio 3.90.7-92.10; Livio 22.13.1-15.1.

35. Polibio 3.93.1-94.6; Livio 22.15.2-18.

36. El apodo de Fabio, en Plutarco, *Fabius Maximus* 5; la elección de Minucio y su consiguiente derrota, en Polibio 3.100.1-105.11; Livio 22.18.5-10, 23.1-30.10.

1. W. Herckmann, *Rommel's War in Africa*, Londres, 1981, p. 113; A. Beevor, *Stalingrad*, Londres, 1998, p. 297.

2. Polibio 3.107.8-15; Livio 22.35.1-36.5. Una opinión moderna, en J. Lazenby, *Hannibal's War*, Warminster, 1978, pp. 75-76, y F. Walbank, *A Historical Commentary on Polybius* 1, Oxford, 1970, pp. 439-440, quien apoya las cifras de Polibio; B. Caven, *The Punic Wars*, Londres, 1980, pp. 134-141, y P. Brunt, *Italian Manpower*, Oxford, 1971, p. 419, están entre quienes las rechazan.

3. La afirmación de Livio sobre la política radical de Varrón, en 22.25.18-19, 34.2-35.4, 38.6. Véase también R. Feig Vishnia, *State, Society and Popular Leaders in Mid Republican Rome 241-167 BC*, Londres, 1995, pp. 57-58.

4. El discurso de Paulo, en Polibio 3.108.1-13; la manera de hacer de los aliados, en Polibio 3.107.6; la improbable versión de Livio de una conversación mantenida entre Fabio Máximo y Paulo, en Livio 22.38.6-40.4.

5. Polibio 3.107.1-7.

6. La aproximación romana a Cannas, en 3.110.1; la versión de Livio, en 22.40.5-44.1. Para el lugar de la batalla, véase Lazenby (1978), pp. 77-78; P. Connolly, *Greece and Rome at War*, Londres, 1981, p. 184; H. Delbrück, *History of the Art of War*. Vol 1: *Warfare in Antiquity*, Nebraska, 1975, pp. 324-325, y una opinión que contrasta con éstas, en J. Kromayer y G. Veith, *Antike Schlachfelder*, Berlín, 1903-1931, III.1, pp. 278-388, quien sitúa la batalla al sur del río, pero algo más próxima a la costa.

7. Polibio 3.110.2-11; Livio 22.44.1-3.

8. La próxima deserción de los españoles, en Livio 22.40.7-8, pero véase P. Erdkamp, «Polybius, Livy and the Fabian Strategy», *Ancient Society* 23, 1992, pp. 127-147. Para la conversación con Gisgo, véase Plutarco, *Fabius Maximus* 15.2-3.

9. Polibio 3.112.1-5; Livio 22.44.4-45.4. Según señala Connolly (1981), p. 184, la estribación sobre la que se levanta actualmente San Ferdinando di Púglia se encuentra en el lugar más obvio para el campamento de Aníbal.

10. Livio 22.45.5 afirma que Varrón no consultó a Paulo. Sobre la creencia de que, de hecho, Paulo era quien detentaba el mando, véase Connolly (1981), pp. 184-186.

11. En Metauro, el cónsul G. Claudio Nerón controló la derecha, el pretor L. Poncio Licino el centro, y el otro cónsul, M. Livio Druso Salinator, la izquierda, a pesar del hecho de que la batalla se libró bajo su mando (Livio 27.98).

12. Para el despliegue romano, véase Polibio 3.113.1-5; Livio 45.5-8.

13. Emilio Paulo envió a los *triarii* a proteger los bagajes y a comenzar la construcción de un campamento, mientras mantenía al resto del ejército para cubrirle ante Pidna (Livio 44.37), y Merula ordenó a los *triarii* proteger los bagajes cuando, mientras marchaba, se encontró con los boios en 193 a.C. (Livio 35.4). Sin embargo, en ambos casos, el comandante no había planeado presentar batalla. Lazenby (1978), p. 79, cree que 10.000 hombres era el número que formaba una legión y su *ala*.

14. Para el despliegue de Aníbal, véase Polibio 3.113.6-114.8; Livio 22.46.1-7.

15. Polibio 3.115.1-4, Livio 22.47.1-3; Paulo herido, en Livio 49.1.

16. Livio 22.47.5.

17. Polibio 3.115.5-116.4; Livio 22.47.4-10. Sobre el uso del número de columnas de un Cuerpo y una División en el ejército de Napoleón, véase J. Elting, *Swords Around a Throne*, Londres, 1988, pp. 536-537.

18. Livio afirma que 500 númidas pretendían desertar (22.48.2-4), pero según la versión de Apiano eran 500 celtíberos quienes lo hacían, *The Hannibalic War* 22.

19. Polibio 116.5-8; Livio 22.48.1-6.

20. Polibio 116.9-117.12; Livio 22.49.1-18. Un debate sobre las cifras, en Lazenby (1978), pp. 84-85. Un vívido intento de descripción de las últimas fases de la batalla, en V. Hanson, «Cannae», en R. Cowley (ed.), *Experience of War*, 1992. Véase también P. Sabin, «The Mechanics of Battle in the Second Punic War», en Cornell, Rankov y Sabin (eds.), *The Second Punic War*, 1996, pp. 59-79, esp. 67, que muestra la proporción de bajas que sufría habitualmente cada uno de los dos lados en las batallas de ese periodo.

21. M. Middlebrook, *The First Day of the Somme*, 1971, pp. 262-264.

22. Livio 22.51.5-9.

23. Polibio 3.117.4-5.

24. Livio 22.52.4, 7, 53.1-54.6.

25. Livio 22.51.1-4.

26. Mariscal de campo, sir Bernard Montgomery, *A History of Warfare*, Londres, 1968, p. 97. Para un argumento contrario al juicio de Livio, véase Lazenby (1978), pp. 85-86, y «Was Hannibal Right?», en T. Cornell, B. Rankov y P. Sabin (eds.), *The Second Punic War: A Reappraisal*, British Institute of Classical Studies Supplement 67, Londres, 1996, pp. 39-48. Esa opinión no es nueva; Delbrück (1975), pp. 336-344, llega prácticamente a la misma conclusión.

27. Livio 22.58.1-9.

28. Sobre la reaparición del sistema de intercambios de la Primera Guerra Púnica, en Livio 22.23.6-8; Plutarco, *Fabius Maximus* 7; sobre Cincio Alimento, véase Livio 21.38.3.

29. La lucha de Aníbal por el honor y el poder, en Livio 22.58.3.

30. Polibio 6.58.1-13; Livio 22.58.9-61.10.

31. Para el desastre de Postumio, Polibio 3.118.6; Livio 23.24.6-13.

32. Livio 22.57.10-12, 23.14.1-4.

33. N. Rosenstein, *Imperatores Victi*, Berkeley, 1990, pp. 139-140; Livio 22.61.14-15.

34. Livio 22.56.4-5, 57.2-9, *cf.* Polibio 6.56.6-12.

35. Livio 26.11.6.

1. Sobre el deseo de cambio de las clases más pobres y la general lealtad de la aristocracia a Roma, véase Livio 23.14.7-12, 24.13.8, y esp. 24.2.8-11; ejemplos de líderes aristocráticos desertando, en 23.30.8, 24.47.6, y tratando de hacerlo, en 24.13; líderes aristocráticos pidiendo el apoyo popular, en 24.13.2-3.

2. Sobre las deserciones, señalando las excepciones en cada zona, en Livio 22.61.11-13. Sobre las guarniciones romanas en Etruria, Livio 23.5.4, resituadas en 26.28.4-6; sobre el conflicto anticipado en Arretium, en 27.21.6-7, 22.5.

3. Sobre la decepción de los brucios seguido por su ataque a Rhegium, Livio 24.2.1-11; las llamadas a la protección de las incursiones romanas, en Livio 23.42.3, de los samnitas, y 24.12.1-2, 25.15.1-3 y 22.15-16, las de los campanos.

4. Sobre la diputación a Varrón, Livio 23.4.1-6.8; la rebelión y el tratado con Aníbal, 23.7.1-3; la ocupación de Aníbal y el arresto de Decio Magio, 23.7.4-10.13. Zonaras 9.2. culpa a Aníbal de la matanza en la casa de baños.

5. Sobre los intentos en Nápoles, Livio 23.1.5-10, 14.5, 15.1-6; Nola, 23.15.7-17.1.

6. Livio 23.17.7-18.9, 19.1-20.3.

7. La batalla del río Calor, en Livio 24.15.1-16.5; Benevento, en 212.25.13.3-14.14; Bomílcar, en Livio 23.41.10-12.

8. Sobre el número de legionarios en general, véase P. Brunt, *Italian Manpower*, Oxford, 1971, pp. 416-422. Sobre las legiones en 215-214, véase J. Lazenby, *Hannibal's War*, Warminster, 1978, p. 95.

9. Livio 25.20.4.

10. Elecciones en el 215, en Livio 23.24.1-3, 31.7-9, 12-14; para el año 214, 24.7.10-19.3.

11. La toma de Casilinum, en Livio 24.19.1-11; la de Arpi, 24.15.1-47.11; deserciones, en 23.46.6-7, 24.47.8-11, cooperación entre los cónsules 23.39.5-8, 24.19.3-9.

12. Lucio Bantio, en Livio 23.15.7-16.1; Plutarco *Marcellus* 10, *cf.* Plutarco, *Fabius Maximus* 20.

13. Livio 23.11.7-13.8.

14. Livio 24.13.1-5, 20.9-15.

15. Polibio 8.24.125.11; Livio 25.7.10-11(8)8.10.

16. Polibio 8.24.4-34.13; Livio 25.8.1-11.20. Livio no tuvo claro si datar ese episodio el 213 o el 212, pero parece más probable esta última fecha; véase Lazenby (1978), p. 110.

17. Una exposición sobre los daños a las cosechas, en V. Hanson, *Warfare and Agriculture in Classical Greece*, Berkeley, 1998, pp. 16, 30, 34-35, 50-52, 58-60, 106, 212-213, 219.

18. Las primeras luchas en Tarento, en Livio 23.46.9-11, 25.15.1-3, 19.1-20.5, 26.4.1-10; combates individuales, en 23.46.12-17.8, 25.18.4-15.

19. Livio 26.1.2; la deserción de campanos, en 24.47.12-13.

20. Livio 26.4.3-10, véase M. Samuels, «The Reality of Cannae», *Militärgeschichtliche Mitteilungen* 47, 1990, pp. 7-29, esp. 11-15, quien defiende de manera poco convincente una reforma importante.

21. Polibio 9.3.1-7.10; Livio 26.5.1-6.13.

22. Livio 26.6.14-17, 12.1-16.13.

23. Livio 27.15.1-16.9; Plutarco, *Fabius Maximus* 21, incluyendo la tradición que implicaba a la antigua amante de Fabio.

24. Livio 27.16.10-16.

25. La traición de Salapia, en Livio 26.38.11-14; la primera de Herdonea, en Livio 25.21.1-10; la segunda de Herdonea, en 27.1.3-15; otras batallas donde se emplearon a todas las legiones de reserva, en 27.2.1-12, 12.7-17, 13.11-14.15. Un claro ejemplo de un ejército formado por más de un grupo de *triplex acies* avanzando desde la línea de marcha sucedió el año 193 (Livio 35.4-5). En Ampurias, en 195, Catón mantuvo en reserva a una legión entera, pero quizás sobrepasara significativamente en número al enemigo (Livio 34.15.3).

26. El juicio de Fulvio, en N. Rosenstein, *Imperatores Victi*, Berkeley, 1990, pp. 106-108, 120, 146, 188-189 y Livio 26.2.7-13.12; la muerte de Marcelo y de Crispino, en Livio 27.26.7-27.14; *cf.* Plutarco, *Marcellus* 29-30; el intento sobre Salapia, en Livio 27.28.1-13.

27. La rendición de los lucanos y de otras tribus, en Livio 27.15.2-3; sobre los desertores africanos luchando a favor de los romanos en España, véase 28.20.1.

28. El escándalo que implicaba a los proveedores del ejército, en Livio 25.3.8-14.11; sobre los censores y la reducción de los miembros de la orden ecuestre, 27.11.15-16; las colonias latinas, en 27.9.7-10.10.

29. La expedición planeada en 216, en Livio 23.27.9-12; la marcha real en 208, en 27.36.1-4.

30. Livio 27.39.1-14, 43.1-3; las legiones con menor número de efectivos de Licino, en 27.39.2.

31. Livio 27.43.4-46.5.

32. Apiano, *The Hannibalic War* 52.

33. Polibio 11.1.1-2.11; Livio 27.46.6-49.9; sobre la fecha de la batalla y la tradición que recoge que Asdrúbal se suicidó, véase Ovidio, *Fasti* 6.770; sobre la ubicación del campo de batalla, véase J. Kromayer y G. Veith, *Antike Schlactfelder in Italien und Afrika*, Berlín, 1913, III. 1, pp. 424-494; para una opinión sobre las mejoras en los ejércitos romanos, véase J.-P. Brisson, «Les Mutations de la Seconde Guerre Punique», en J.-P. Brisson, *Problèmes de la Guerre à Rome*, París, 1969, pp. 33-59.

34. Acción de gracias, en Livio 27.51.8; el triunfo, en 28.9.2-20.

35. Livio 28.46.7-13, 29.4.6, 30.18.1-19.6.

36. La llamada a Aníbal, en Livio 30.19.12-20.9.

1. Sobre España en general, véase S. Dyson, *The Creation of the Roman Frontier*, Princeton, 1985, pp. 174-184.

2. Polibio 3.76.1-13; Livio 21.50.1-51.11. Polibio (3.76.8-9) afirma que Asdrúbal conocía la derrota de Hannón antes de que él atacase, pero Livio lo niega (21.51.1). El relato de Livio sobre la lucha ha sido normalmente rechazado ante la creencia de que había confundido una versión diferente de los mismos acontecimientos para operaciones posteriores.

3. Polibio 3.95.2-96.6; Livio 22.19.1-20.3; las últimas incursiones, en Livio 22.20.4-21.8.

4. Polibio 3.97.1-99.9.

5. Livio 23.26.1-29.17. Para comparar Ibera y Cannas, véase J. Lazenby, *Hannibal's War*, Warminster, 1978, pp. 128-129, y B. Caven, *The Punic Wars*, Londres, 1980, pp. 140, 180.

6. Lazenby (1978), p. 129.

7. Más tarde los romanos trataron de sacarle ventaja a esta tendencia entre los celtíberos, Livio 34.19.2-8.

8. Livio 25.32.1-39.18; sobre la categoría de Marcio, véase Cicerón, *Pro Balbo* 34; Valerio Máximo 2.7.15.

9. Sobre la inteligencia militar en el periodo republicano, véase M. Austin y B. Rankov, *Exploratio*, Londres, 1995, pp. 18-108.

10. Polibio 5.108.1-110.11.

11. El tratado, en Polibio 7.9.1-17; las negociaciones y la captura de los enviados, en Livio 23.33.1-24.9.

12. Livio 23.38.8-10, 48.3, 24.10.4, 40.1-17.

13. *Supplementum Epigraphicum Graecum* 13.382; Livio 26.24.1-25.15.

14. Una exposición sobre la importancia del botín, en W. Harris, *War and Imperialism in Mid Republican Rome 327-70 BC*, Oxford, 1979, pp. 58-104.

15. Sobre la renuencia de los etolios a aliarse con Roma y su demora en la ratificación del tratado, véase Lazenby (1978), p. 116.

16. Sobre Echinous, Polibio 9.41.1-42.4. Para una narración con referencias a las fuentes, véase Lazenby (1978), pp. 161-167. Sobre los ejércitos helenísticos, véase F. Adcock, *The Greek and Macedonian Art of War*, Berkeley, 1962, y B. Bar Kochva, *The Seleucid Army*, Cambridge, 1976.

17. El intento de mediación, en Livio 27.30.4-7; Mantinea, en Polibio 11.11.1-18.10; la firma de la paz de los etolios con Filipo V, en Livio 29.12.1-4.

18. Livio 29.12.2-16.

19. Sicilia, Livio 21.49.1-51.4; Cerdeña, Livio 23.9-12, 34.10-17, 40.1-41.9. Una exposición, en S. Dyson, *The Creation of the Roman Frontier*, Princeton, 1985, pp. 251-254.

20. Polibio 7.2.1-8.9, Livio 24.4.1-7.9. Hierón envía ayuda, en Polibio 3.75.7-8.

21. Livio 24.27.6-33.8.

22. Polibio 8.3.1-7.12; Livio 24.33.9-34.16; Plutarco, *Marcellus* 14-17.

23. Livio 24.35.1-39.13.

24. Polibio 8.37.1-13; Livio 25.23.1-25.13; Plutarco, *Marcellus* 18.

25. Livio 25.26.1-15, 25.27.2-13.

26. Livio 25.27.6-7, 28.1-31.11; Plutarco, *Marcellus* 19-20.

27. Livio 25.40.1-41.7; la ovación a Marcelo, en 26.21.1-13; Plutarco, *Marcellus* 21-22.

28. Sobre los refuerzos púnicos, véase Livio 26.21.14-17; sobre Levino, Livio 26.40.1-15. Muttines aparece en una inscripción posterior de Delfos como Marco Valerio Muttines, junto con sus cuatro hijos (*Inscriptiones Graecae* 585), y a él y a uno de sus hijos les menciona, sirviendo aún al ejército el 188 a.C., Livio 38.41.12; Moerico, 26.21.10-13.

29. Livio 26.40.15-16.

1. Marcio como *propraetor senatui*, en Livio 26.2.1-6; Nerón, en 26.17.1-2; Apiano, *The Wars in Spain*, 17; su campaña, en Livio 26.17.2-16.

2. El nombramiento de Escipión al mando de España, en Livio 26.18.1-19.9, y H. Scullard, *Scipio Africanus: Soldier and Politician*, Londres, 1970, p. 31; una interpretación basada en la política de facciones, en J. Lazenby, *Hannibal's War*, Warminster, 1978, p. 133, y B. Caven, *The Punic Wars*, Londres, 1980, pp. 191-192.

3. El carácter de Escipión, en Polibio 10.2.1-5.10, y Scullard (1970), pp. 18-23, 27-32. Sobre las virtudes que se le atribuyen a Escipión y a los comandantes romanos posteriores, véase S. Weinstock, *Divus Julius*, Oxford, 1971, *passim*, esp. pp. 35-36, 113, 136, 224, 228.

4. Las fuerzas de Escipión, en Polibio 10.6.7, 9.6; Livio, 26.19.10; sobre el contraste de las disposiciones púnicas, véase Polibio 10.7.5.

5. La marcha de una semana, en Polibio 10.9.7; la arenga de Escipión, en Polibio 10.11.5-8; Livio 26.43.2-8.

6. Polibio 10.9.8-10.13, 12.1-11; Livio 26.44.1-4.

7. La proximidad de los ejércitos púnicos, en Polibio 10.7.5; la dirección del asalto por Escipión, en Polibio 10.13.1-5.

8. Sobre las dificultades de reiniciar un asalto después de un fracaso, véase Josefo, *Bellum Judaicum* 3.280-288, 4.30-53, 62-83, 6.29-67, 131-148.

9. Polibio 10.13.6-15.7; Livio 26.44.5-46.10. Véase también A. Ribera, I. Lacomba y M. Calvo Gálvez, «La primera evidencia arqueológica de la destrucción de Valentia por Pompeyo», *Journal of Roman Archaeology*, 8 (1995), pp. 19-40, para evidencias sobre atrocidades romanas, aunque cometidas en este caso en una guerra civil.

10. Polibio 10.15.8-17.16; Livio 26.47.1-49.10. Para una exposición de los saqueos romanos, véase A. Ziolkowski, «*Urbs direpta*, or how the Romans sacked cities», en J. Rich y M. Shipley, *War and Society in the Roman World*, Londres, 1993, pp. 69-91, aunque no han sido generalmente aceptadas todas sus conclusiones.

11. Por ejemplo, Lazenby (1978), pp. 136-137; F. Walbank, *A Historical Commentary on Polybius*, 2, Oxford, 1970, pp. 192-196; Scullard (1970), pp. 39-67.

12. Polibio 10.18.1-19.7; Livio 26.49.11-50.14; *cf.* Plutarco, *Alexander* 21.

13. Polibio 10.20.1-8; Livio 26.51.3-14.

14. Polibio 10.38.7-10.

15. La batalla y sus consecuencias, en Polibio 10.39.1-40.12; Livio 27.17.1-20.8; la mención de *calones* luchando, en 27.18.12.

16. La derrota de Hannón, en Livio 28.1.1-2.12; la campaña en la Bética, en 28.1.13-14.4.

17. Polibio 11.20.1-9; Livio 28.12.10-13.5.

18. Polibio 11.21.1-6; Livio 28.13.6-10.

19. Polibio 11.21.7-24.9; Livio 28.14.1-15.11.

20. Para una exposición de la localización de la batalla y de la maniobra de Escipión, véase Lazenby (1978), pp. 147-149; Walbank 2 (1970), pp. 296-304; y Scullard (1970), pp. 88-92.

21. Livio 28.15.12-16.13.

22. Polibio 11.25.1-33.6; Livio 28.19.1-29.12, 31.5-35.12. Véase también S. Dyson, *The Creation of the Roman Frontier*, Princeton, 1985, pp. 184-187.

23. Polibio 11.24.1-4; Livio 28.16.11-12, 16.14-18.12, 35.1-13.

1. Livio 28.38.6-12, 40.1-45.10; Plutarco, *Fabius Maximus* 25-26; rumores de que Escipión había presentado una ley ante el Pueblo, en 28.45.1.

2. Sobre voluntarios y contribución de las comunidades aliadas, Livio 28.45.13-46.1; el tamaño del ejército que marchó a África, en 29.25.1-4. J. Lazenby, *Hannibal's War*, Warminster, 1978, p. 203, es reacio a aceptar el enorme tamaño de las legiones de que habla Livio, pero no proporciona argumentos convincentes para justificar su decisión.

3. La expedición de Lelio, en Livio 29.1.14, 2.7-15.1; preparación intensiva en Sicilia, en 29.1.2-14, 22.1-5; críticas a la demora de Escipión, en Lazenby (1978), pp. 195-196; para los suministros de la expedición de Escipión, véase J. Roth, *The Logistics of the Roman Army at War*, Brill, 1999, pp. 161, 226.

4. Livio 29.6.1-9.12.

5. Livio 29.15.4-21.13; Plutarco, *Cato the Elder* 3; diferentes versiones del destino de Pleminio, en Livio 29.22.7-10.

6. Livio 29.24.10-27.5.

7. Livio 29.27.6-29.3.

8. Livio 29.29.4-33.10; el matrimonio de Syfax con Sofonisba, en 29.23.2-10. Un resumen más detallado, en Lazenby (1978), pp. 198-199, 202.

9. Livio 29.34.1-17; la creencia de Livio en que hubo dos acciones diferentes en las que se hallaron implicados dos comandantes de nombre Hannón, en 29.35.1-2; *cf.* Lazenby (1978), pp. 205-206; saqueos romanos, en 29.35.3-5; sobre el parentesco del segundo Hannón, véase Livio 29.34.1, y Dion 17.65.

10. El asedio y la llegada de Syfax, en Polibio 14.1.1-15, y Livio 29.35.6-15; sobre el *castra Cornelia*, véase César, *Bellum civile* 2.24; el campamento númida, en Livio 30.3.1-10; sobre los centuriones disfrazados de esclavos, 30.4.1-3.

11. Polibio 14.2.1-6.5; Livio 30.4.4-6.9.

12. Véase Lazenby (1978), pp. 207-208; F. Walbank, *A Historical Commentary on Polybius*, 2, Oxford, 1970, pp. 427-429.

13. Suministros de ropa, en Livio 29.36.1-3.

14. Polibio 14.6.6-7.9; Livio 30.7.1-13; sobre la posible localización del campo de batalla, véase Lazenby (1978), pp. 208-209; Walbank 2, p. 447, H. Scullard, *Scipio Africanus: Soldier and Politician*, Londres, 1970, pp. 127-131.

15. Polibio 14.8.1-14; Livio 30.8.1-9.1; las razones de la obstinación de los celtíberos, en 30.8.8; el cansancio de la guerra de las ciudades libias, en Polibio 14.9.4-5.

16. Polibio 14.9.1-5; Livio 30.9.2; para una presentación de los *consilia* de los generales en un periodo posterior, véase Goldsworthy (1996), pp. 131-133.

17. Polibio 14.9.6-10; Livio 30.9.3-9.

18. Polibio 14.10.2-12; Livio 30.9.10-11.21; una exposición, en Lazenby (1978), pp. 209-211.

19. Livio 30.11.1-15.14.

20. Livio 30.16.3-14.

21. Livio 30.17.1-14, 21.11-23.8; Polibio 15.1.2-4 afirma que el tratado fue ratificado por Roma.

22. Livio 30.24.5-12; Polibio 15.1.1.

23. Polibio 15.1.3-12.15; Livio 30.25.1-10.

24. La brutalidad de la campaña, en Polibio 15.3.14; la prolongación del mando de Escipión, en Livio 30.1.10-11; Cepio 30.24.1-4; los cónsules del año 202, en 30.27.1-5.

25. Polibio 15.3.4-5.4; Livio 30.29.1-10; *cf.* Frontino, *Strategemata* 1.1.3, 6.2.1, 2.

26. Para la localización del campo de batalla, véanse los estudios de Lazenby (1978), p. 218; Walbank 2 (1970), pp. 445-451; Scullard (1970), pp. 142-155, 271-274, y J. Kromayer y G. Veith, *Antike Schlahtfelder in Italien und Afrika*, Berlín, 1912, III 2, pp. 598-712.

27. Polibio 15.9.1-11.12; Livio 30.32.1-33.11; Apiano, *Punic Wars* 40-41; la «legión» macedónica, en Livio 30.26.3, 33.5.

28. El hecho de que diferentes oficiales arengaran a cada una de las unidades púnicas, en Polibio 15.11.4-6; Livio 30.33.8-12.

29. Sugerencias de que Aníbal ordenó la huida a su caballería para hacer que los romanos la persiguieran, en Lazenby (1978), p. 223.

30. Pasaje nada claro en Polibio 15.13.1; cita de Homero, *Ilíada* 4.437, Polibio 15.12.9; la descripción de los golpes que los romanos daban con las armas contra los escudos, en 15.12.8.

31. Cargas repetidas, en Livio 30.34.2; sobre el uso de los escudos como arma de ataque, véase Livio 30.34.3; *cf.* Plutarco, *Caesar* 16; Tácito, *Annals* 14.36-37, *Agricola* 36; sobre el tamaño y el peso de los escudos republicanos, véase M. Bishop y J. Coulston, *Roman Military Equipment*, Londres, 1993, pp. 58-59; P. Connolly, *Greece and Rome at War*, Londres, 1981, p. 131. Lazenby (1978), p. 224, y Walbank 2 (1970), p. 469, afirman que los *principes* no se vieron implicados, pero el texto de Polibio es ambiguo y sus argumentos se basan en una suposición.

32. El rechazo de los veteranos a aceptar fugitivos en sus filas, en Polibio 15.13.9-10.

33. Relatos de la batalla, en Polibio 15.12.1-16.6; Livio 30.33.12-35.11. Detalles escasamente o nada útiles se incluyen en la narración heroica de Apiano, *Punic Wars* 40-47, o el breve relato de Zonaras 9.14. Apiano da la cifra de 2.500 como bajas romanas, más un número algo superior de los hombres de Masinisa, en *Punic Wars* 48.

34. Livio 30.36.1-11; el cónsul del año 201, en 30.40.7-41.1; el *consilium* de Escipión considerando la destrucción de Cartago, en Livio 30.36.10-11.

35. Polibio 15.18.1-8; Livio 30.37.1-6.

36. Polibio 15.19.1-9; Livio 30.37.7-38.5; Apiano, *Punic Wars* 54.

1. Se cuentan como batallas campales Trebia, Trasimeno, Cannas, Ibera, el río Calor, la primera y la segunda de Herdonea, Baecula, Ilipa, la derrota de Magón, las Grandes Llanuras y Zama.

2. Sobre el forrajeo y las incursiones rápidas, véase J. Roth, *The Logistics of the Roman Army at War*, Brill, 1999, pp. 117-155, 286-292; para una exposición detallada de las incursiones y la destrucción de las cosechas en las guerras griegas, véase V. D. Hanson, *Warfare and Agriculture in Classical Greece* (ed. rev.), California, 1998.

3. El papel de los asedios en la propaganda, en J. Keegan, *A History of Warfare*, Londres, 1993, pp. 151-152.

4. Para distintas opiniones sobre la estrategia de Aníbal, véase B. Caven, *The Punic Wars*, Londres, 1980, p. 141; J. F. Lazenby, *Hannibal's War*, Warminster, 1978, pp. 85-86, y «Was Maharbal Right?», en T. Cornell, B. Rankov y P. Sabin (eds.), *The Second Punic War: A Reappraisal*, British Institute of Classical Studies Supplement 67, Londres, 1996, pp. 39-48; H. Delbrück, *Warfare in Antiquity*, Lincoln y Nueva York, 1975, pp. 336-344; B. D. Hoyos, «Hannibal: What kind of genius?», *Greece and Rome*, 30, 1983, pp. 171-180, esp. 177-178; y S. Lancel, *Hannibal*, Oxford, 1997, pp. 109-111.

5. Véase S. Dyson, *The Creation of the Roman Frontier*, Princeton, 1985, pp. 186-198.

6. Dyson (1985), pp. 35-86, 87-125.

7. Livio 31.1.6-12.4, 5.16.1. Para una exposición de otras causas de la guerra, véase F. Walbank, «Polybius and Rome's Eastern Policy», *Journal of Roman Studies*, 53, 1963, pp. 1-13 (*Collected Papers*, 1988); P. Derow, «Polybius, Rome and the East», *JRS*, 69, 1979, pp. 1-15; Harris (1978), pp. 212-218.

8. Plutarco, *Aemilius Paullus* 19; sobre los ejércitos helenísticos, véase también B. Bar Kochva, *The Seleucid Army*, Cambridge, 1976.

9. El reclutamiento de veteranos del ejército de Escipión en el año 200, en Livio 31.14.1-2.

10. Cinoscéfalos, en Polibio 18.19.1-33.7; Livio 33.6.1-10.10; sobre Magnesia, Livio 38.37-44, Apiano, *Syrian Wars*, 30-36, Bar Kochva (1976), pp. 163-173; Pidna, en Livio 44.40-42; Plutarco, *Aemilius Paullus* 18-22.

11. Polibio 18.44.1-45.12; Livio 33.30.1-11; la preocupación por la disciplina se refleja en la cuidadosa preparación del ejército en Macedonia por Paulo, en Livio 44.33-34, 36-40; sobre los esclavos, Plutarco, *Flamininus* 13.

12. Livio 37.45.

13. R. Kallett-Marx, *Hegemony to Empire*, California, 1995, pp. 11-96.

14. Para una introducción a este periodo, véase M. Crawford, *The Roman Republic*, Londres, 1978, pp. 49-83.

15. Sobre Manlio Vulso, véase Livio 38.44-50.

16. H. Scullard, *Scipio Africanus: Soldier and Politician*, Londres, 1970, pp. 210-244.

17. Sobre el juicio a los Escipiones, véase Livio 38.50-56.

18. Sobre la carrera de Catón en general, véase A. E. Astin, *Cato the Censor*, Oxford, 1978; sobre *Surus*, véase Plinio, *Natural History* 8.5.11.

19. Sobre la piedra negra, véase Livio 29.10.4-11.8, 29.14.5-14. Sobre la supresión de los ritos a Baco, véase Livio 39.8-19, *Inscriptiones Latinae Selectae* 18 (*Corpus Inscriptionum Latinarum* 1.2.581).

20. En especial cuando Gayo Popilio Lenas intimidó a Antíoco IV hasta someterlo, en Livio 45.12. Sobre el aumento de extensión de los latifundios, véase K. Hopkins, *Conquerors and Slaves*, Cambridge, 1978.

21. Sobre la permanencia de Aníbal a cargo del ejército, Nepote, *Hannibal* 7.1.4; el retorno de los soldados a la agricultura, en Aurelio Victor, *De Caesaribus* 37.3; S. Lancel, *Carthage*, Oxford, 1995, pp. 277, 402, y (1997), pp. 180-185. Sus conflictos con otros políticos y su exilio final, en Livio 33.45.6-49.8.

22. La riqueza de Cartago, en Lancel (1995), pp. 401-409; los espías púnicos, en Zonaras 8.11.

23. Livio 39.51.

24. Livio 35.14.

1. Para una crítica de la conducta romana, véase W. Harris, *War and Imperialism in Mid Republican Rome 327-70 BC*, Oxford, 1979, pp. 234-240.

2. Sobre la política cartaginesa después del 201, véase Apiano, *Punic Wars* 67-68, y G. Picard y C. Picard, *Carthage*, Londres, 1987, pp. 272-282; sobre Ariston de Tiro, véase Livio 34.61.1-6, 62.67; sobre Magón el Brucio, véase Polibio 36.5.1. Una exposición de los motivos que llevaron a Roma a hacer la guerra en este momento, en J. Rich, «Fear, greed and glory», en Rich y Shipley (eds.), *War and Society in the Roman World*, pp. 38-68, esp. p. 64.

3. Apiano, *Punic Wars* 69; Plutarco, *Cato the Elder* 26-27, Livio *Per.* 47, y A. Astin, *Cato the Elder*, Oxford, 1978, pp. 125-130.

4. Para las guerras en España, véase S. Dyson, *The Creation of the Roman Frontier*, Princeton, 1985, pp. 199-218; Escipión Emiliano en 151, en Polibio 35.4.1-14; sobre Galba, en Apiano, *Hispania* 60.

5. Sobre Flaminino, véase Polibio 18.11.1-12.5.

6. Sobre el carácter de Masinisa, véase Polibio 36.16.1-12; Apiano, *Punic Wars* 106. Véase Picard y Picard (1987), p. 272, para una útil comparación con las actitudes en épocas modernas de las en otro tiempo colonias con sus antiguos dueños.

7. Apiano, *Punic Wars* 67-69; Polibio 31.21.1-8, y para una exposición de las fechas de este incidente y de otros descritos por Livio, véase F. Walbank, *A Historical Commentary on Polybius* 3, Oxford, 1970, pp. 489-491; véase también B. Caven, *The Punic Wars*, 1980, pp. 263-270, y Picard y Picard (1987), pp. 279-290.

8. Apiano, *Punic Wars* 70-73.

9. Apiano, *Punic Wars* 74.

10. Polibio 36.1.1-6.6; Apiano, *Punic Wars* 75. El «dieciséis» capturado a Perseo, en Livio 45.35.

11. Apiano, *Punic Wars* 76.90. Cicerón señaló la tendencia de Censorino al platonismo, en Cicerón, *Acad.* 2.32.102.

12. Apiano, *Punic Wars* 91-93.

1. Apiano, *Punic Wars* 95-96; para las pruebas arqueológicas, véase S. Lancel, *Carthage*, 1995, pp. 415-419, y «L'enceinte périurbaine de Carthage lors de la troisième guerre punique», *Studia Phoenicia*, X: *Punic Wars*, pp. 251-278.

2. Sobre las fuerzas romanas, Apiano, *Punic Wars* 75; *cf.* P. Brunt, *Italian Manpower*, Oxford, 1971, p. 428 y Apéndice 26; Apiano, *Punic Wars* 93.

3. Apiano, *Punic Wars* 97.

4. Apiano, *Punic Wars* 98; era una práctica común en los posteriores ejércitos romanos explotar la rivalidad entre diferentes unidades y cuerpos del servicio, por ejemplo, César, *Bellum Gallicum* 1.3941, Josefo, *Bellum Judaicum* 5.502-503, Tácito, *Hist.* 3.24, 5.16, *Inscriptiones Latinae Selectae* 5.795.

5. La infancia de Escipión y su carácter, en Polibio 31.25.2-30.3; acciones del año 151, en Polibio 35.4.8-15.2; en general, véase A. Astin, *Scipio Aemilianus*, Oxford, 1967, pp. 12-47.

6. Apiano, *Punic Wars* 99.

7. Apiano, *Punic Wars* 100.

8. Apiano, *Punic Wars* 101-109. Para la identificación de Neferis con la zona de Djebel Zaghouan, véase Lancel (1995), p. 419.

9. Apiano, *Punic Wars* 110-111.

10. Apiano, *Punic Wars* 112.

11. Véase C. Caven, *The Punic Wars*, Londres, 1980, pp. 282-283; Astin (1967), pp. 48-60 para el primer año de la guerra y pp. 61-69 para la elección de Escipión.

12. Apiano, *Punic Wars* 113-114.

13. Apiano, *Punic Wars* 115-118.

14. Apiano, *Punic Wars* 119-120; la injusta distribución de víveres, en Polibio 38.8.11.

15. Apiano, *Punic Wars* 121-123, Lancel (1995), pp. 422-424.

16. Por ejemplo, Antonio Primo en el 69 d.C., Tácito, *Histories* 3.17.

17. Apiano, *Punic Wars* 124-126.

18. Apiano, *Punic Wars* 127-130; para la arqueología de esta zona, véase Lancel (1995), pp. 156-172, 425-426.

19. Apiano, *Punic Wars* 130-131; el retrato que Polibio hace de Asdrúbal, en 38.7.1-8.15.

20. Apiano, *Punic Wars* 132-135; sobre la permanencia de algunos restos de la Cartago púnica, véase Lancel (1995), pp. 428-429.

21. Apiano, *Punic Wars* 132.

22. Sobre la carrera posterior de Escipión Emiliano, véase Astin (1967), pp. 80-241; la toma de Numancia, en Apiano, *The Wars in Spain* 90-91; los rumores sobre su muerte, en Apiano, *Bellum Civile* 1.19-20, y Astin (1967), p. 241.

23. Plinio el Viejo consideró a César el más grande de los comandantes romanos porque venció en más batallas que cualquier otro, *Natural History* 7.91-92; *cf.* Plutarco, *Caesar* 15; Apiano, *Bellum Civile* 2.149-154.

24. Josefo, *Bellum Judaicum* 6.403-408, sobre el final del sitio de Jerusalén.

25. Sobre la implicación de Roma en Grecia y la creación de la provincia de Macedonia, véase R. Kallet-Marx, *Hegemony to Empire*, California, 1996, pp. 57-96.

1. *Qui vincit non est victor nisi victus fatebur*, Ennio, *Fragment.* 31, 493.

2. P. Brunt, *Italian Manpower*, Oxford, 1971, pp. 422-434.

3. Trofeos tomados de los templos después de Cannas, en Livio 22.57.10-11.

4. Sobre la logística, véase J. Roth, *The Logistics of the Roman Army at War, 264 BC-AD 235*, Leiden, 1999.

5. Sobre los cambios de monedas, véase M. Crawford, «War and finance», *Journal of Roman Studies*, 54, 1964, pp. 29-32.

6. Véase L. Keppie, *The Making of the Roman Army*, Londres, 1984; E. Gabba, *Republican Rome: The Army and Allies*, Oxford, 1976, y R. Smith, *Service in the Post-Marian Roman Army*, Manchester, 1958, para el ejército de este periodo.

7. A. Toynbee, *Hannibal's Legacy*, 2 vols., Oxford, 1965, representa la argumentación más poderosa sobre el impacto a largo plazo de la Segunda Guerra Púnica. Brunt (1971) criticó esta opinión y arrojó serias dudas sobre la importancia de la devastación durante las campañas italianas. Un informe muy válido y perspicaz sobre el debate se encuentra en T. Cornell, «Hannibal's Legacy: The effects of the Hannibalic War on Italy», en T. Cornell, B. Rankov y P. Sabin, *The Second Punic War: A Reappraisal*, British Institute of Classical Studies Supplement 67, Londres, 1996, pp. 97-117.

8. Por ejemplo, Salustio, *Bellum Catilinae* 51.38.

9. Sobre el predominio de lo comercial en el pensamiento púnico, véase B. Caven, *The Punic Wars*, Londres, 1980, *passim*, esp. pp. 291-294.

La caída de Cartago
Adrian Goldsworthy

Licencia Creative Commons 4.0 Internacional
(Atribución-No comercial-Compartir igual)

Título original: *The Punic Wars*
© 2000, Adrian Goldsworthy
Publicado por primera vez por Cassell, Reino Unido, 2000
© 2002, Ignacio Herrero, por la traducción
Diseño de la cubierta: © Planeta Arte & Diseño
Diseño de la colección: © J. Mauricio Restrepo
Fotografía de la cubierta: © José Luiz Bernardes Ribeiro/CC BY-SA 4.0
© Editorial Planeta, S. A., 2019
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com
Primera edición en libro electrónico (epub): mayo de 2019
ISBN: 978-84-344-3112-6 (epub)
Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.
www.newcomlab.com

ÍNDICE

SINOPSIS 4
PORTADILLA 5
LISTA DE MAPAS 6
PREFACIO 7
INTRODUCCIÓN 12
CAPÍTULO 1. LOS BANDOS EN CONFLICTO 33
PRIMERA PARTE. LA PRIMERA GUERRA PÚNICA 264-241 A.C. 101
- CAPÍTULO 2. EL ESTALLIDO DE LA GUERRA 102
- CAPÍTULO 3. LA GUERRA EN TIERRA 122
- CAPÍTULO 4. LA GUERRA POR MAR 160
- CAPÍTULO 5. EL FINAL DEL CONFLICTO 217

SEGUNDA PARTE. LA SEGUNDA GUERRA PÚNICA 218-201 A.C. 241
- CAPÍTULO 6. LAS CAUSAS DE LA SEGUNDA GUERRA PÚNICA 242
- CAPÍTULO 7. LA INVASIÓN 285
- CAPÍTULO 8. CANNAS Y LA CRISIS EN ROMA 339
- CAPÍTULO 9. LA GUERRA EN ITALIA, 216-203 A.C 384
- CAPÍTULO 10. ESPAÑA, MACEDONIA Y SICILIA 425
- CAPÍTULO 11. LA ASCENSIÓN DE ESCIPIÓN, 210-205 A.C 467
- CAPÍTULO 12. ÁFRICA 498
- CAPÍTULO 13. ROMA, LOS COMIENZOS DEL IMPERIO 540

TERCERA PARTE. LA TERCERA GUERRA 574

PÚNICA 149-146 A.C.
CAPÍTULO 14. «DELENDA CARTHAGO» 575
CAPÍTULO 15. LA TERCERA GUERRA PÚNICA 591
CAPÍTULO 16. EL LEGADO 621
CRONOLOGÍA 642
APÉNDICE I. EL SISTEMA POLÍTICO REPUBLICANO 650
APÉNDICE II. EL EJÉRCITO CONSULAR 653
NOTAS 654
CRÉDITOS 683